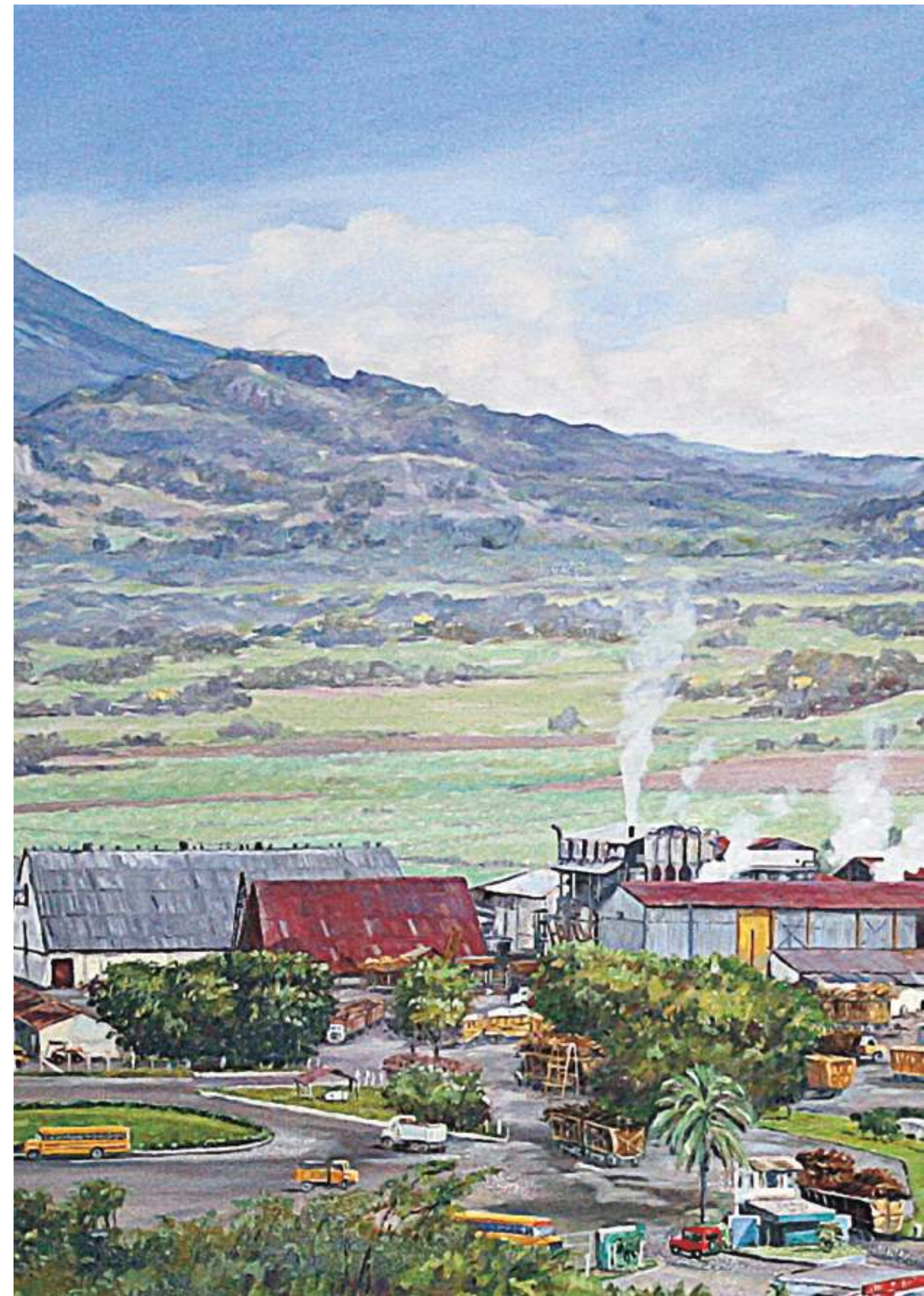






JOSÉ MOLINA CALDERÓN

DE TRAPICHE A INGENIO

LA AVENTURA DE UNA EMPRESA FAMILIAR



Molina Calderón, José (1941-)
De Trapiche a Ingenio: La Aventura de una Empresa Familiar /
José Molina Calderón, Guatemala. / Fundación G&T Continental, 2005

Autor: José Molina Calderón
Coordinador de edición: Pedro Salinas Yela
Editorial responsable: Galería Guatemala de Fundación G&T Continental
Consejo Editorial: Estuardo Cuestas Morales,
Mario Estuardo Montes Granai,
Carlos Enrique Zea Flores, Egemberto Alvergue O.,
María Olga Granai de Zoller
Dirección de diseño y Producción: Thelma Castillo
Diagramación: Gema Garoz
Asistente de dirección: María Eugenia Castellanos
Fotografía: Archivo Ingenio La Unión, Asazgua, Fundación G&T Continental
Separación de color: Enfoque
Impresión: Tinta y Papel
©José Molina Calderón 2005
Derechos reservados: La reproducción total o parcial de esta obra
sólo podrá hacerse con autorización escrita del autor.
ISBN: 99922-846-1-7
Producción: Editorial Galería Guatemala

AGRADECIMIENTOS

En los esfuerzos para llevar a término esta realización editorial han participado tantas personas, con tanto ahínco y entusiasmo, que sería imposible mencionarlas en su totalidad.

En su mayoría se trata de trabajadores y ex trabajadores de La Unión y Los Tarros profundamente identificados con la Empresa, y con el concepto de que ésta cumple y debe seguir cumpliendo una función de responsabilidad social.

Por su participación más directa en el apoyo a esta iniciativa debo citar a Mario René Estrada, Arnulfo Trujillo, Leonel Borja, Leticia de Páez, Liliana de Marroquín, Leonor Aldana, Lucrecia Yee, Armando Aguirre, Lorena Marroquín, todos ellos miembros del personal ejecutivo y administrativo cuando este trabajo dio inicio. El aporte brindado por éstas y muchas otras personas fue canalizado a través del Departamento de Recursos Humanos.

El proyecto llegó a hacerse factible gracias a la actitud propicia y receptiva de todos quienes —adentro o afuera de la Empresa— estuvieron anuentes a responder consultas, preguntas o requerimientos de datos que les fueron solicitados, o bien aportaron referencias, fotografías, estadísticas, detalles históricos, etcétera, todo lo cual terminó por enriquecer sustancialmente el contenido del libro y su valor documental.

Un agradecimiento, también, al Ingenio La Unión, así como a sus accionistas, personal, clientes y proveedores.

La presente obra es, de igual manera, un resultado tangible de la dedicación y el esfuerzo aportados por profesionales de la comunicación social, entre quienes el principal reconocimiento debe corresponder, póstumamente, por su sensible deceso, a Estuardo Salinas Yela, quien al momento de fallecer, el 2 de abril de 2005, había logrado avanzar alrededor de un ochenta por ciento en el trabajo a su cargo, consistente en la redacción y adaptación periodística de las entrevistas que permitieron dar forma al libro, labor que en la fase de recopilación y revisión fue completada por su hermano, Pedro Salinas Yela.

En una etapa del proceso coadyuvó también la participación de Raúl Sosa en asignaciones relacionadas con entrevistas y cuestionarios. En el área fotográfica, un reconocimiento especial al valioso aporte recibido de Vinicio Santiago, *rodriX/Eje Studios*.

Las presentes líneas están destinadas, pues, a reconocer el trabajo y la colaboración de todos ellos y de las muchas personas a quienes acá, por razones de espacio, no se les menciona, pero a quienes es justo expresar también mi profunda gratitud.

EL AUTOR



*Ingenio La Unión, óleo pintado en el año
2001 por el artista Jorge Mazariegos.*



SUMARIO

PRESENTACIÓN	14
LIBRO UNO	
CONTEXTO HISTÓRICO	
Capítulo I	
Los ingenios Los Tarros y La Unión en la historia	19
Cronología basada en documentación interna	
y referencias de diversas fuentes	
Capítulo II	
Una visión histórica del azúcar en Guatemala	27
Entrevista a la historiadora Regina Wagner	
Capítulo III	
La producción azucarera desde la época colonial	32
Entrevista al empresario Luis González Bauer	
Capítulo IV	
La incursión de Guatemala en el mercado de Estados Unidos	35
Entrevista al ingeniero José Luis Bouscayrol	
Capítulo V	
Surgimiento y consolidación de la agroindustria azucarera	41
Entrevista al abogado Saúl Guillermo Bonilla	
Capítulo VI	
Los ingenios, islas dentro de un mar verde	44
Entrevista al fotógrafo Ricardo Mata	
Capítulo VII	
Estudios arqueológicos revelan importancia estratégica de Cotzumalguapa	46
Informe del arqueólogo e historiador René Johnston	
Capítulo VIII	
Finca Los Tarros: más de 200 años de historia	49
Informe del arqueólogo Rolando Roberto Rubio Cifuentes	
Capítulo IX	
Cotzumalguapa y su impresionante riqueza arqueológica	53
Entrevista al antropólogo Oswaldo Chinchilla	
Capítulo X	
Santa Lucía Cotzumalguapa en el Diccionario Geográfico de Guatemala	59

página opuesta
En la casa-hacienda de la finca Los Tarros puede apreciarse esta obra del guatemalteco Rafael González y González (1927-96), especialista en pintura naïve, anterior a Juan Sisay como pintor de Atitlán. En ella se observa una diversidad de temas relacionados con el cultivo de la caña.



LIBRO DOS

PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE UN ESFUERZO PERMANENTE Y PLURAL

I. CUANDO TODO ESTABA POR HACER

Capítulo I

La audacia de un visionario: José García Paniagua

En el escenario de la historia

Similiano, al borde de la ejecución extrajudicial

Oportunidades y amenazas

Vivencias de los primeros años

Primeros trabajadores de las oficinas centrales

Reconocimientos públicos

Doña Anny, siempre presente

Capítulo II

Los Tarros, al despuntar el siglo XX

Luciano Barrios, entre el recuerdo y la leyenda

Jorge Ubico, visitante en Los Tarros

Los Tarros y los hermanos Aparicio. Un relato de su infancia

Panela, café y ganado, principales productos

¿Por qué vender Los Tarros?

Se consuma la venta, por tres votos contra uno

Capítulo III

Un ingenio en ciernes

Los bueyes de Los Tarros

Presencia y ejemplo de Dieter Haeckel

La experiencia de Ducal

Capítulo IV

Entereza ante la muerte del fundador

Cotidianas vivencias, valiosas lecciones

Testigo de la transición

Capítulo V

Entre la expectación y el misterio

Dos ingenios surgen simultáneamente

Similiano me ofrece trabajo y acepto

La Unión en sus inicios

Constitución de la Sociedad Anónima

Logotipos de La Unión y Los Tarros

Capítulo VI

Los cañeros y el arrendamiento de fincas

Testimonio de un antiguo cañero

El papel de los arrendatarios de fincas

61

72

85

93

95

105

Capítulo VII

Voluntad férrea y disciplina ejemplar

¿Lo toma o lo deja?

Siempre en el lugar preciso

Anécdotas, destellos y pinceladas

Capítulo VIII

Legionarios que dejaron huella

Semblanza de Genaro Miranda

Ramón Alonso: Respondimos a la confianza

Fernando Granda: Crecimiento, resultado del esfuerzo

Juan Luis Alonso: Encontré trabajo y gente digna de admiración

II. VENCiendo GRANDES ADVERSIDADES

Capítulo IX

La furia volcánica y otros desastres naturales

La erupción de 1974

El sifón en el río Coyolate

Algo más que lava y arena

Las erupciones del Volcán de Fuego en el siglo XVIII

La madrugada de un 4 de febrero

Las tribulaciones que siguieron al terremoto

Trabajadores, camiones y tractores, arrastrados por las aguas

Capítulo X

En medio de la guerra

Crisis económico-política

1980: Trabajadores agrícolas paralizan labores

Una huelga manipulada externamente

Indicios de la manipulación

Atmósfera terrorista

Acusación, amenaza, coacción y chantaje

Capítulo XI

El secuestro que a todos nos conmovió

Una negociación angustiosa

El pago del rescate y la liberación de Tere

Solidaridad de amigos y vecinos

Capítulo XII

Ataque a Los Tarros, en pleno proceso de paz

Otras consecuencias del conflicto armado

Reconciliación, el signo de los nuevos tiempos

107

116

123

132

139

144





III. TECNOLOGÍA, CALIDAD, MERCADO... DESAFÍOS INELUDIBLES

Capítulo XIII	
La aventura de consolidar un ingenio	151
La universidad más cara del mundo	
Un solo instante para despejar las incógnitas	
Diversidad de tecnologías y de culturas	
Un esfuerzo de hombres y máquinas	
Como armar un rompecabezas...	
¿Y el mítico invierno ruso?	
Dilemas y disyuntivas para un ingeniero eléctrico	
Capítulo XIV	
Las enseñanzas del mercado azucarero	159
Economía de guerra	
Tres crisis y las recetas para remediarlas	
Intervención estatal en el mercado	
La quiebra de Lamborn	
Tendiendo puentes en Nueva York	
Una visita a Londres	
Capítulo XV	
Del empirismo a la profesionalización	164
Zamoranos en La Unión	
Los días de campo	
Mutua cooperación entre ingenios	
Capítulo XVI	
La informática en el mundo agroindustrial	173
Treinta años atrás	
Un abismo de diferencia	
Capítulo XVII	
De pronto, lo inesperado: ¡Fuego en la bodega!	176
Reacción inmediata	
Intervención de las compañías de seguros	
Una experiencia dramática	

IV. LA HORA DE LA TRANSICIÓN, Y NUEVAS METAS EN EL HORIZONTE

Capítulo XVIII	
La Empresa Familiar y su Consejo de Administración	179
Equivalente a una Constitución Política	
Un nombramiento clave	
Aprendimos todos	
La transición, desde diversas perspectivas	

Capítulo XIX	
Más allá del azúcar: la cogeneración eléctrica	184
La agroindustria azucarera al rescate	
La autosuficiencia energética	
Trabajo especializado e intenso	
Cuando un proyecto justifica sus costos	

Capítulo XX	
Aprendizaje basado en la propia experiencia	188
Evolución de la parte agrícola	
Dos nuevas áreas de tecnología	
Mejoras impostergables	
CENGICANA: La visión de largo plazo	
Los aportes de La Unión y Los Tarros	
Resultados tangibles de un esfuerzo unificado	

Capítulo XXI	
El paquete tecnológico, clave de la productividad	195
Humberto Ospina, perseguidor de la excelencia	
Jack Nelson: <i>La Unión, uno de los mejores ingenios del mundo</i>	
Trotamundos del azúcar	
Lecciones y conclusiones de más de un cuarto de siglo	

Capítulo XXII	
Los asesores: certeras respuestas a grandes interrogantes	202
El retorno de un gran asesor y su tributo a un insigne colega	
Contratar asesores de primera categoría, un acierto	

Capítulo XXIII	
Metas mundiales para un ingenio guatemalteco	206
Cumplimiento de las normas ISO	
Innovaciones mundiales y círculos de calidad	
Curva ascendente de producción	
Eficiencia, productividad y principios	
Personalidades visitan La Unión	

V. LA RESPONSABILIDAD SOCIAL EMPRESARIAL, UN COMPROMISO PUNTUAL

Capítulo XXIV	
Un millón de árboles y la Responsabilidad Social Empresarial	217
Juan Pablo II y la RSE	
Educación para todos	
El cultivo del café cede su lugar a la reforestación	
El Jardín Botánico y el árbol del Santo Hermano Pedro	
Orígenes de los proyectos forestales de La Unión	

Capítulo XXV	
La dignificación del trabajador migrante	224
Dignidad y bienestar de la persona, principio fundamental	
El médico de los ingenios	





Capítulo XXVI	
Un trabajo para toda la vida	232
Con la camiseta del Ingenio	
Productividad, factor determinante en los salarios	
Capítulo XXVII	
Educación al trabajador: un reto ineludible	237
Todos adelante, que nadie se quede atrás	
Solidaridad y conciencia, valores que aguilata la Iglesia	
Capítulo XXVIII	
El Colegio Costasur y el Centro Educativo de La Unión	246
Un camino difícil pero gratificante	
Trascendencia del Centro Educativo La Unión-Los Tarros	
Una oportunidad brillantemente aprovechada	
Un esfuerzo iniciado en 1968	
Programas educativos en 2004	
VI. FRUCTÍFERA CONVIVENCIA, LA MÁS VALIOSA COSECHA	
Capítulo XXIX	
Calidad humana y esencia profesional	251
El mundo del azúcar visto por Adolfo Menéndez Castejón	
La Unión, importante generador de empleo	
Empuje y perseverancia	
El Gerente se gradúa trabajando en la Empresa	
Del fútbol y los caramelos a la supervisión agrícola	
La dinámica del día a día	
La vida familiar en las fincas azucareras	
Proverbial espíritu festivo	
El entorno social, desde la perspectiva de la Iglesia	
Pausa para el deporte	
Al mal tiempo buena cara	
Capítulo XXX	
Recordar, volver a vivir	267
Picardía de gitanos	
Inventario de alto riesgo	
¡Quién lo iba a decir!	
Noviazgo, boda y hasta congreso azucarero en el paquete	
Señales de humo	
Trabajo vitalicio a cambio de un pinchazo	
La resucitación de un niño	
¡Qué tiempos aquellos!	
Para asombro de Ripley	
Los atentados del 11 de septiembre	
Constancia histórica	

ÍNDICES

Índice analítico	276
Índices anexos	
Fotografías	297
Mapas y planos	300
Pinturas	300
Grabados	300
Otros documentos	301
Referentes bibliográficos	301

La obra está dividida en dos secciones: **Libro Uno** y **Libro Dos**.

El **Libro Uno - Contexto histórico**, consta de diez capítulos, de los cuales el Capítulo I es un resumen histórico de Los Tarros y La Unión; los capítulos II al XIX están constituidos por entrevistas e informes, y el Capítulo X consiste en una síntesis geográfica e histórica de Santa Lucía Cotzumalguapa.

El **Libro Dos - Pasado, presente y futuro de un esfuerzo permanente y plural**, está formado por treinta capítulos. La base estructural de cada uno de ellos son narraciones, descripciones y comentarios que el autor expresa en primera persona. A lo dicho por él se le intercalaron declaraciones formuladas por protagonistas o testigos directos o referenciales de los hechos, situaciones y casos descritos. Esas intercalaciones, para diferenciarlas de lo expresado por el autor, aparecen en un tipo de letra más pequeño y entrecomilladas (« »), como corresponde a toda cita textual.



PRESENTACIÓN

La caña de azúcar fue traída al Nuevo Mundo en el segundo viaje de Colón, en 1493, y llegaría a convertirse, tras su procesamiento, en uno de los productos americanos con alto nivel de consumo en Europa. Antes de finalizar el siglo XVI, había ya en Guatemala molinos para extraer el jugo de la caña de azúcar: trapiches (panela y azúcar café o mascabado) y los primeros ingenios (azúcar cristalizada). Aquella incipiente agroindustria pasó a constituir un factor muy importante en la economía colonial durante los siglos XVII y XVIII, con una infraestructura cada vez mayor.

Los procedimientos para la elaboración del producto registraron la incorporación de nuevas técnicas e instrumentos avanzados para la época, pero la modernización a mayor escala llegó a finales del siglo XIX y principios del XX, con la introducción de nuevas variedades de caña, procedentes del Caribe. Ello generó condiciones favorables para que, a partir de la década de 1930, el azúcar guatemalteca fuera alcanzando importancia como producto de exportación, primero hacia otros países centroamericanos y, desde los años sesenta, hacia el mercado estadounidense.

Justo a la mitad del siglo XX, en medio de un panorama político ensombrecido por el tema de la reforma agraria, un ciudadano guatemalteco y su esposa decidieron realizar una compraventa de inmuebles que, tras cumplir todas las formalidades de ley, los convirtió en propietarios de la finca Los Tarros y su anexo Las Marías, en Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla. Eran ellos el matrimonio constituido por José García Paniagua y Ana María Cottone Raphael de García. Su iniciativa, por la incertidumbre prevaleciente, implicaba un gesto de audacia, visionario quizá, pero enmarcado en un escenario de grandes riesgos.

Su voluntad de concretar aquella transacción fue el punto de partida de un esfuerzo de Empresa Familiar que llevaría al surgimiento en 1959 del Ingenio Los Tarros y se consolidaría en 1969 con la fundación del Ingenio La Unión. Para esa última fecha, la Compañía era ya

dirigida por Similiano García Cottone, hijo de los fundadores, quien tomó el relevo en 1967, al fallecimiento de su padre, y condujo la siguiente etapa dentro del proceso de esta Empresa Familiar.

He allí, pues, las razones para una realización editorial como la constituida por el presente libro. Es un libro que no se ha querido circunscribir al relato sobre Los Tarros y La Unión, porque ello limitaría el horizonte de percepción a un entorno demasiado cercano. Se considera, más bien, que esta obra debe abarcar el escenario total de los hechos, tanto en el espacio como en el tiempo, y de esa cuenta se ha recopilado una amplia gama de informes, documentos, entrevistas, fotografías, estadísticas y testimonios, cuya naturaleza abarca desde la arqueología hasta la política, pasando por la economía, la geografía, las tecnologías agrícolas e industriales y la historia propiamente dicha.

Para el ordenamiento de tan diverso material se ha procurado aplicar criterios apoyados en una base conceptual lógica y a la vez compatible con lo extenso de varios de los documentos consultados. Se ha preferido mantener en cada una de las entrevistas un apego estricto a la versión original -sin descartar por ello la adaptación gramatical de los textos-, aun a riesgo de eventuales imprecisiones y posibles contradicciones, tan susceptibles de ocurrir, en toda obra histórica, como la diversidad de apreciaciones sobre fenómenos sociales y políticos, siempre propensos a generar polémica.

Se espera que el libro suscite el interés de las empresas familiares, técnicos azucareros y académicos, arqueólogos e historiadores, así como personal de La Unión-Los Tarros, proveedores y clientes, en fin, todo lector motivado por los diversos y variados temas que se enfocan en sus páginas. En especial se desea que el libro cumpla un cometido esencial de reconocimiento a todos quienes han sido partícipes de los esfuerzos que tuvieron su inicio un remoto 24 de abril de 1950, cuando don Pepe y doña Anny dieron el primer paso en un camino que, al transcurrir del tiempo, conduciría al surgimiento y la consolidación del grupo empresarial La Unión-Los Tarros.

José Molina Calderón
Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla
31 de agosto de 2004

Plano
de la finca
Los Tarcos,
situada en jurisdicción de Santa Lucía Cotzumalguapa,
en el departamento de Escuintla, compuesta de 45 caballerías,
manzanas y 257 varas cuadradas; y perteneciente a don
Luciano Barrios.



LIBRO UNO
CONTEXTO HISTÓRICO



Capítulo I
Los ingenios Los Tarros y La Unión en la historia

La relación contenida en este capítulo ha sido elaborada como una guía cronológica, cuya base documental está constituida por datos recabados en los archivos propios de la Empresa, referencias suministradas por diversas fuentes —en su mayoría trabajadores y ex trabajadores—, así como el órgano de divulgación interno El Terroncito Informativo.

El 24 de abril de 1950, don José García Paniagua, cariñosamente llamado don Pepe, y su esposa, doña Ana María Cottone Raphael de García (doña Anny), compraron la finca Los Tarros y su anexo, Las Marías, a la sociedad Aparicio Hermanos. La producción anual en los inmuebles adquiridos era de 300 quintales de café pergamino, 2,000 toneladas de caña y 300 cargas de panela, y había además unos 300 novillos.

Si bien las aspiraciones iniciales eran producir 3,000 quintales de café pergamino y 3,000 cargas de panela y aumentar el ganado a 3,000 novillos, Los Tarros casi logró sextuplicar su producción de café al cabo de quince años, y fue pionera en Guatemala en producir café al sol, procedimiento que elimina la necesidad de árboles para obtener sombra.

En 1951 la finca tomó impulso, luego que la familia García invirtiera en equipo y materiales. En 1952 fue montada la primera caldera e instalado el tercer molino, lo que permitió a Los Tarros convertirse en el mayor productor de panela en el país.

Primera zafra. La primera zafra de Los Tarros, en 1958-59, produjo 12,000 quintales de azúcar. La molienda por día era de noventa toneladas de caña, y la producción, de 135 quintales de azúcar. En esa época la finca tenía grandes plantaciones de café, y su producción aumentó a 11,000 quintales de café oro en pocos años. Las casas de la finca eran de madera y la carretera a Santa Lucía Cotzumalguapa, de terracería. En 1959, la caña de azúcar utilizada para producir panela empezó a ser transformada en mieles vírgenes, que eran vendidas a una destilería de Santa Lucía Cotzumalguapa. Luego, la añejadora suspendió las compras de miel y entonces en Los Tarros se tomó la decisión de producir azúcar.

Con este propósito, durante el gobierno del general e ingeniero Miguel Ydígoras Fuentes (1958-63), fue comprada al Estado la maquinaria de una finca nacional, llamada Santa Cecilia, situada en San Francisco Zapotitlán, Suchitepéquez. El precio pagado fue de 18,000 quetzales. Desde entonces, parte de la caña era transportada por tres camiones, con cinco toneladas por viaje cada uno, y otra parte por veinte carretas de madera, jaladas por bueyes, hacia los lugares cercanos al Ingenio. Después fueron comprados dos tractores *Fordson Power* y luego tres camiones *Bedford*, para transportar azúcar a la capital, y llevar materiales de la capital al Ingenio.

El símbolo representativo de la primera zafra en Los Tarros es el molino utilizado en su realización, el mismo que, años más tarde, serviría para efectuar la primera zafra en La Unión, donde estuvo colocado, a la entrada del patio de caña, hasta el 2004. Actualmente se conserva en el parque-jardín de La Unión, en la finca Belén.

La zafra 1959-60, la segunda de Los Tarros, produjo 50,000 quintales de azúcar, cantidad cuatro veces mayor a la de la primera zafra. En 1961 fue comprado el primer cabezal, marca *International*, que constituyó una novedad en Santa Lucía Cotzumalguapa.

1967: Fallece don José García. En 1967 falleció don José García Paniagua, tras dirigir la Empresa durante 17 años. Un paro cardíaco lo sorprendió cuando con su esposa, doña Anny de García, viajaban de Los Tarros a la capital, por la carretera de Palín. La dirección de la Compañía

páginas 16-17
Las investigaciones respecto al origen de la finca Los Tarros remiten a documentos tan antiguos como el plano elaborado a solicitud de Luciano Barrios, en 1902, tras haber sido inscrito a su favor el inmueble que había pertenecido a su tío, el general J. Rufino Barrios, Presidente de Guatemala en los años 1873-85.

página 18
Genaro Miranda, quien fue Administrador General de Los Tarros y posteriormente de La Unión, observa el molino marca Sangerhausen, primero con el que operaron ambos ingenios (Los Tarros en el año azucarero 1958-59 y La Unión en el 1969-70). Anteriormente fue parte de la maquinaria utilizada en la finca Santa Cecilia —situada en San Francisco Zapotitlán, Suchitepéquez— y estaba integrado en su forma original por cinco mazas: tres cañeras, que aún se conservan, y dos quebradoras. En la actualidad está en el parque-jardín de La Unión. Otro ingenio guatemalteco, El Pilar, opera con grandes molinos también de cinco mazas marca Walkers.

fue asumida por su hijo, Similiano García. La finca era administrada por Genaro Miranda Pumarada, de origen español, quien trabajaba en ella desde 1954. Semanas después de la muerte de su padre, Similiano pudo realizar una aspiración a la que don Pepe siempre se opuso: comprar una avioneta. Entonces fue construida la pista de aterrizaje de las fincas Los Tarros y Belén.

La preocupación por mejorar el nivel educativo de los trabajadores y sus familias se manifestó desde los inicios de la Empresa, con la creación de una escuela de enseñanza elemental. Un salto cualitativo se dio en 1968, cuando fue construido el Centro Educativo Los Tarros, diseñado por el arquitecto Raúl Minondo, en cumplimiento de lo solicitado por don José García en 1967, poco tiempo antes de su fallecimiento.

En 1968, la Empresa compró la finca Tehuantepec al coronel Carlos Bracamonte. El propósito original fue criar ganado, actividad que después sería sustituida completamente por el cultivo de caña. En ese tiempo aún no existía La Unión, y la cosecha era entregada a Los Tarros. Tehuantepec tenía suelos muy buenos, y se contaba con una toma que conducía el agua proveniente del río Pantaleón, a través de casi toda la finca.

Surge La Unión. Bajo la dirección de Similiano, el Ingenio La Unión principió a funcionar en el año azucarero 1969-70 en la finca Belén, y tuvo como primera razón social el nombre de Rafael Minondo. Él era médico y cirujano, esposo de Lucrecia García Cottone y cuñado de Similiano, de tal manera que se mantuvo con ello el concepto de Empresa Familiar. Más adelante La Unión se transformaría en Sociedad Anónima.

En su primera zafra La Unión produjo 115,000 quintales de azúcar. Los molinos utilizados, marca *Sangerhausen*, fueron también los primeros que usó el Ingenio Los Tarros, en 1958-59. Posteriormente fueron sustituidos por molinos de la marca *Mc Farland*. En la década de los noventa algunos de ellos aún funcionaban en el Ingenio Santa Teresa, situado en Villa Canales, cerca del lago de Amatitlán. Otros fueron adquiridos por el ingenio hondureño Choluteca.

Para su primera zafra La Unión contó con la asesoría del ingeniero cubano Senén Viego, quien participó en el diseño del montaje de la fábrica. Viego fue superintendente de La Unión y Los Tarros y fundador de las Asociaciones de Técnicos Azucareros de Guatemala y Centroamérica.

Ingenio Los Tarros. Pista de aterrizaje, fábrica y, al fondo, a una distancia de cinco kilómetros, los volcanes Acatenango y de Fuego. A la derecha, el Volcán de Agua.



En 1970 Los Tarros, que hasta entonces era empresa individual, se transformó en Sociedad Anónima. Las actividades educativas fueron ampliadas en 1971, dado el interés de la Empresa por la superación de los trabajadores y sus familias. En 1972 empezaron a ser utilizados aviones para aplicar agroquímicos en las plantaciones de caña.

En 1974 una erupción del Volcán de Fuego dañó parte importante del Ingenio Los Tarros, incluidas casas, la escuela e instalaciones utilizadas en el proceso de producción. El nivel de la arena volcánica llegó hasta un metro en suelo agrícola, y sólo se podía ingresar a la finca en vehículos de doble tracción. El río Pantaleón se azolvó y amenazaba inundar La Unión, cuando cambió de rumbo y siguió un nuevo cauce sobre un río pequeño: el Petayá.

La Unión amplía operaciones. En 1975 se inició la ampliación de las áreas de fábrica y campo de La Unión. En esa época, ambos ingenios producían en conjunto un millón de quintales de azúcar. En 1977 fue ampliada la capacidad de La Unión. Se programó el sistema de transportación de caña denominado a granel, que consiste en llevar el producto en jaulas, cargadas por medio de grúas. Fueron asfaltadas la carretera pública de Santa Lucía a Los Tarros y dos carreteras internas hacia La Unión. Cuando concluyó la zafra 1976-77, La Unión había superado en producción a Los Tarros, por 86,000 quintales.

A partir de 1977 la Empresa apoyó el Centro Escolar Costasur, para brindar educación de alta calidad a los hijos de los trabajadores de los ingenios y a los habitantes de Santa Lucía Cotzumalguapa.

Más de un millón de quintales. La zafra 1983-84 quedó grabada en la historia azucarera guatemalteca, ya que la producción de La Unión sobrepasó el millón de quintales. En 1984 principiaron las aplicaciones de madurante en caña, en forma experimental. Una década después, La Unión habría de alcanzar los mejores resultados en toda Centroamérica, en la recuperación de azúcar por tonelada de caña molida.

En 1987, en medio de un proceso de avances en ambos ingenios, fue contratado como asesor agrícola el ingeniero cubano Eustaquio Ricondo, promotor de profundos cambios y grandes cosechas en varias naciones donde prestó sus servicios, incluida Guatemala.

En 1988 fue fundada la Asociación Solidarista de Trabajadores del Ingenio Los Tarros, que a partir de sus primeros años contó con dos comisariatos de productos básicos, servicio de préstamos, seguro colectivo de vida y auxilio póstumo.

En 1990 La Unión inició el Programa Comercial de Generación Eléctrica, con el propósito de producir electricidad para servicio público. Incluyó el montaje de la planta eléctrica y la adaptación de la fábrica de azúcar para producir bagazo de caña, eficientemente.

En junio de 1992 fue creada una clínica dental para servicio de los trabajadores y sus familiares. El 20 de diciembre de 1992 fue inaugurado el primer centro habitacional para personal migrante de corte de caña en Los Tarros, al que se sumaron más tarde otros tres, en las fincas Cristóbal, Tehuantepec y Montealegre.

Nuevo registro histórico. Un nuevo registro histórico se logró durante la zafra 1991-92, cuando La Unión superó los dos millones de quintales de azúcar. En 1992 Los Tarros obtuvo un récord nacional de 229 libras por tonelada de caña.

En 1992 fue creada la División de Diseño y Obra Civil, para los proyectos de infraestructura. Uno de ellos, un clarificador de agua, limpia y clarifica el agua utilizada en los ingenios.

En septiembre de 1992 fue fundada la Asociación Solidarista de Trabajadores de La Unión. Poco tiempo después contaba ya con una tienda de víveres, ventas de electrodomésticos y ropa, y un minimercado para la época de zafra.

En 1993 dio inicio el Programa de Manejo Integrado de Plagas. Ello significó la instalación, por primera vez en el país, de un laboratorio de parasitoides y hongos.

En la zafra 1993-94 La Unión alcanzó el tercer lugar en producción de azúcar entre los ingenios de Guatemala. En un solo día fueron molidas 9,478 toneladas de caña y procesados 21,300 quintales de azúcar.



Responsabilidad social. El año de 1993 fue de trascendencia también en el aspecto de la Responsabilidad Social Empresarial RSE, con la apertura de una clínica odontológica para los trabajadores y el inicio del programa educativo Escuela de Adultos en Primaria y Bachillerato, para los laborantes de La Unión y Los Tarros. Este programa es comúnmente llamado la *U de La Unión*, y a través de los años el número de alumnos ha aumentado, incluidos estudiantes regulares y personas que no trabajan en los ingenios.

Cogeneración eléctrica. El 24 de abril de 1994, la Empresa Eléctrica de Guatemala EEGSA y el Ingenio La Unión firmaron un contrato de compraventa de energía eléctrica, mediante el sistema de cogeneración, que se basa en la quema de bagazo de caña como principal combustible para las calderas. La energía generada se transforma en energía mecánica y eléctrica por medio de turbogeneradores. La última es llevada a una subestación, donde se interconecta con la EEGSA. En 1995 se inició esta cogeneración. La electricidad generada para la venta equivalía a la décima parte de la producción de la hidroeléctrica Chixoy, que era de 300 megavatios por hora.

Zafra sin precedentes. La zafra 1994-95 significó para La Unión un nuevo hito histórico, al sobrepasar los 3.1 millones de quintales producidos. En esa zafra, La Unión produjo y molió 12% de la caña de Guatemala, y fabricó 13.5% del total de azúcar del país, lo que le significó el primer lugar de rendimiento a nivel nacional. La molienda alcanzó 1.4 millones de toneladas. Estos logros coincidieron con otro récord de productividad, pues se necesitaron sólo 121 días para moler un millón de toneladas de caña. También en 1995 se decidió suspender definitivamente el cultivo de café en la finca Los Tarros y fue ampliado el Ingenio La Unión, como parte del Plan Estratégico 1995-2000.

El 29 de enero de 1995, a la medianoche, la guerrilla atacó el Ingenio Los Tarros durante tres horas. Los agentes de seguridad de la Empresa repelieron el ataque e impidieron a los guerrilleros apoderarse de las instalaciones.

El 15 de agosto de 1995, los trabajadores del Grupo Solidaridad, miembro del movimiento solidarista, acordaron crear un seguro de vida colectivo, financiado con mínimos aportes de todos sus socios. Inicialmente los beneficios eran de 10,000 quetzales por muerte natural, 20,000 por muerte accidental y 30,000 por muerte ocurrida en circunstancias especiales.

En 1996 se inició una nueva etapa en el proceso de educación básica para los trabajadores de La Unión y Los Tarros, con la acreditación, ante el Ministerio de Educación, de la carrera de Bachillerato en Ciencias y Letras. La primera promoción de bachilleres se graduó en 1997. Se inició con 39 adultos, laborantes de uno u otro ingenio.

Nuevos récords de producción. En la zafra 1996-97, La Unión rompió sus récords de caña molida y azúcar producida, que databan de la zafra 1994-95, al moler 1.7 millones de toneladas de caña y producir 3.7 millones de quintales de azúcar. En la zafra 1997-98, La Unión y Los Tarros produjeron, en conjunto, 5 millones de quintales, la mayor producción en su historia. Ambos produjeron unidos 29,000 quintales por día. Individualmente La Unión superó en esa zafra los 4 millones de quintales y Los Tarros produjo más de 870,000 quintales.

En 1998 se inició un programa de reforestación en los antiguos cafetales de Los Tarros y de otras fincas, con la meta de sembrar un millón de árboles, dentro del permanente Plan de Conservación del Ambiente y Restauración del Ecosistema.

El 21 de enero de 1999 fue inaugurada en Santa Lucía Cotzumalguapa una carretera alterna de tres kilómetros, para transportar caña, como proyecto conjunto de los ingenios Los Tarros y El Baúl, con la colaboración de la municipalidad local y de otros ingenios y fincas.

De administración familiar a directores externos. El 14 de julio de 2000 Similiano García se retiró de la dirección de la Empresa Familiar, después de 50 años. Los primeros 17 los trabajó al lado de don Pepe, con excepción de tres años en que ejerció la Gerencia de la Fábrica de Jugos y Conservas Ducal, en la que la familia García Cottone fue accionista.

De 1967 a 2000 Similiano dirigió la Empresa. Fue un período de 33 años de notable crecimiento. Durante los cinco años previos al retiro de Similiano, la familia García Cottone analizó la forma en que podría hacerse la transición de la Empresa Familiar de la Segunda a la Tercera Generación. La decisión que se adoptó fue nombrar un Consejo de Administración, presidido por profesionales no familiares, habiéndose firmado un Acuerdo de Accionistas que estableció las reglas de funcionamiento.

El primer Consejo de Administración, 2000-2004, fue integrado por las siguientes personas: James F. McSweeney, Rafael Viejo Rodríguez, Marcos Ibargüen Segovia, Eugene González Bogush, Marco Augusto García Noriega y el autor, como Presidente. Fue Secretario en ese período el licenciado Ibargüen Segovia.

Durante los primeros tres años el Vicepresidente fue el señor James McSweeney, y el cuarto año el ingeniero Rafael Viejo, quien el 31 de agosto de 2004, al iniciarse un nuevo período en la rotación de la Presidencia, asumió como Presidente del Consejo de Administración para los siguientes tres años.

Al principiar a aplicarse el Plan Estratégico 2001-2005, además de las metas de producción, fue incorporado el concepto de “Responsabilidad Social, con énfasis en la educación y capacitación, y en la conservación del medio ambiente”.

En 2001 La Unión empezó a administrar Los Tarros de tal forma que ambos ingenios constituyeron administrativamente una sola empresa. Fue asfaltada por segunda vez la carretera interna de La Unión, vecina a la finca Tesalia, para transportar caña. Además, dio inicio un programa para aumentar la productividad en el área de agricultura fina, promovido por el asesor colombiano Humberto Ospina.

Durante la zafra 2001-02, Los Tarros produjo más de 700,000 quintales de azúcar, cantidad que superó en más de 100,000 quintales la producción de cada una de las tres zafras anteriores. Ese avance fue posible mediante la molienda de 318,000 toneladas de caña, a razón de 2,488 toneladas diarias. Mientras tanto, La Unión molió 1.8 millones de toneladas de caña y produjo 4.2 millones de quintales de azúcar.

En 2002, además de los dos ingenios, La Unión administraba 21 fincas cañeras. Ese año fue remodelado el Centro Educativo Los Tarros, de uso múltiple, con orientación ecológica, y se realizaron simultáneamente tres programas educativos gratuitos, uno de ellos de primaria, para 280 hijos de trabajadores; otro de primaria y bachillerato, para 322 trabajadores, y el Programa de Capacitación en el Puesto de Trabajo, con participación de más de 400 laborantes.

También en 2002 fue creado el Jardín Botánico La Unión-Los Tarros, de seis hectáreas de extensión, complemento educativo del Programa de Reforestación y Conservación del Medio Ambiente. En él se cultivan cien especies de árboles de la costa sur, incluido el bambú, del que se origina el nombre Los Tarros. En 2004 fue alcanzada la meta de sembrar un millón de árboles.

El 2 de julio de 2002, cuatro semanas antes de que el Papa Juan Pablo II canonizara al Hermano Pedro de San José de Betancur, fue plantado en el Jardín Botánico La Unión-Los Tarros un árbol de esquisúchil, *árbol del Santo Hermano Pedro*, quien cultivó esa especie en La Antigua Guatemala, durante su labor misionera a favor de los pobres y los enfermos.

De los mejores del mundo. El 24 de mayo de 2002 el consultor internacional Jack Nelson, Presidente Ejecutivo del Ingenio *Río Grande Valley Sugar Growers*, situado en Texas, Estados Unidos, visitó las plantaciones de La Unión y Los Tarros, a donde fue invitado para evaluar el paquete tecnológico diseñado por el doctor Humberto Ospina. En el informe de su visita a La Unión, Nelson expresaba: *La operación de la fábrica es una de las mejores que he observado en el mundo.*

El 28 de mayo de 2002 la empresa Consultores de Ingenios Azucareros, Sociedad Anónima CIASA, señaló: *La Unión, con su excelente operación y un cómputo de 120 puntos en esta última zafra, se corona por quinto año consecutivo con la primera posición de la Eficiencia de Operación de estos ingenios con nuestra asesoría.*

En la zafra 2002-03 La Unión y Los Tarros produjeron en conjunto 4.6 millones de quintales de azúcar y molieron más de 2 millones de toneladas de caña, con un rendimiento promedio



de 230.79 libras de azúcar por tonelada de caña. Esta producción fue en su momento la tercera más alta en la historia de la Empresa. En 2004 La Unión rompió todos sus récords de producción y logró su mejor y más grande zafra. De acuerdo con la calificación de CIASA, La Unión obtuvo el primer lugar entre los ingenios azucareros del país. Ha alcanzado esa posición seis veces durante los últimos siete años.

La Universidad llega a La Unión-Los Tarros. Paralelamente con los logros en materia de producción la Empresa ha concretado nuevos avances en aspectos educativos en favor de su personal hasta proveer opciones de estudio a nivel universitario.

En 2003 fue inaugurado el Laboratorio de Computación, en acto al que asistió como invitado el representante en Guatemala del Banco Mundial, Eduardo Somensatto. El laboratorio cuenta con veinte computadoras en red, que utilizan los estudiantes de los programas educativos.

El 15 de enero de 2004, personeros de La Unión asistieron a la juramentación del ciudadano Julio Paz Espinoza como Alcalde de Santa Lucía Cotzumalguapa, y de la corporación municipal, en la que el partido Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca URNG tiene mayoría de miembros. La Unión ofreció cooperar para el éxito de esta administración, al igual que lo ha hecho con las anteriores y lo seguirá haciendo en el futuro.

El 19 de enero de 2004 fue inaugurado el primer Instituto Privado de Telesecundaria del país, un proyecto de La Unión que se realiza en la finca Los Tarros, con la participación inicial de 82 alumnos. En él se utiliza la televisión como recurso didáctico fundamental, y se aplica una metodología diseñada en México. Al acto inaugural asistieron el Alcalde Paz Espinoza y la Embajadora de México en Guatemala, Rosalba Ojeda.

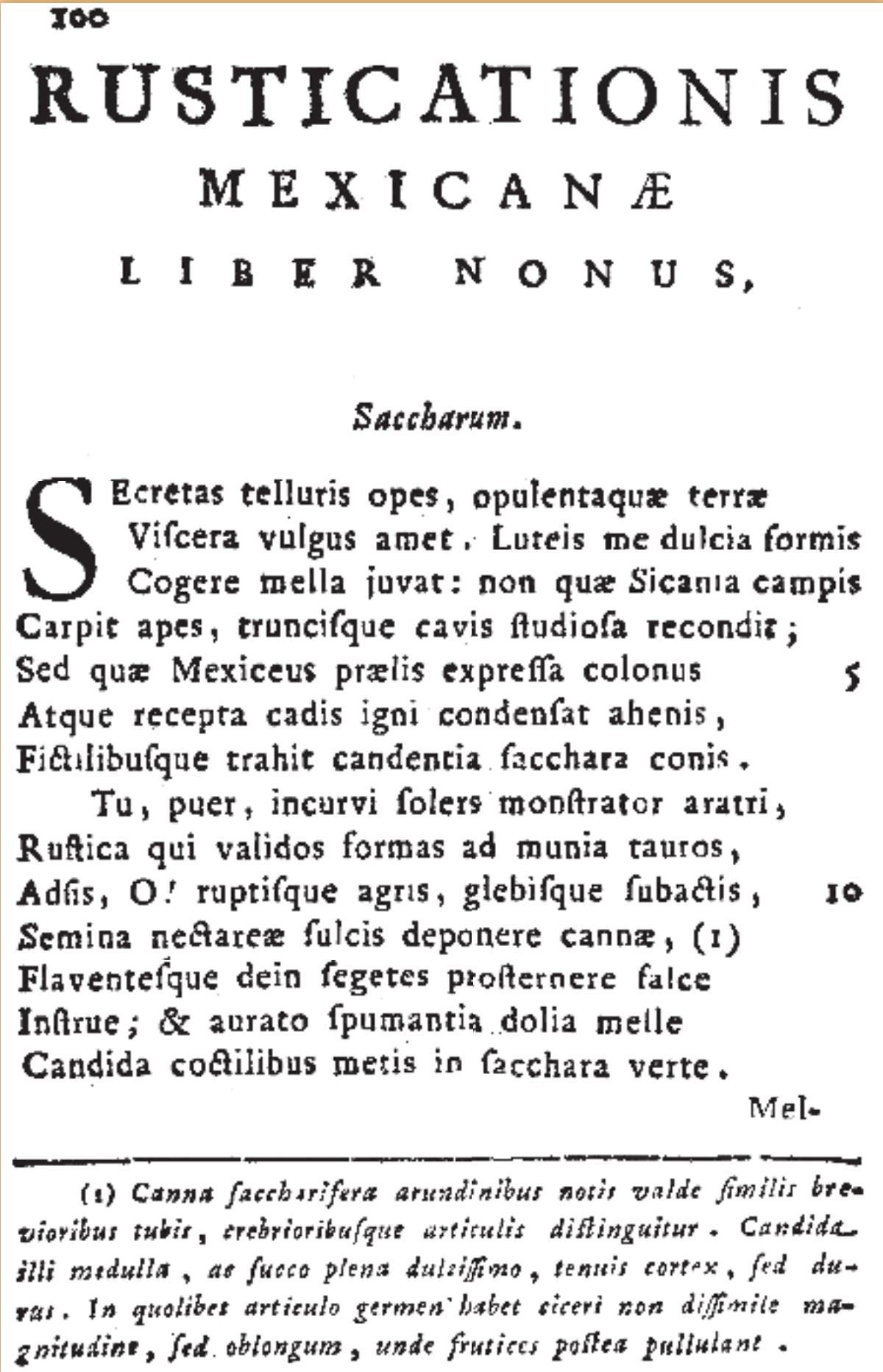
El 25 de marzo de 2004, por invitación de la Empresa, el Alcalde Paz Espinoza, concejales y dirigentes de la URNG, entre ellos Rodrigo Asturias (ex comandante *Gaspar Ilom*, de la que fuera en su tiempo la facción guerrillera ORPA), visitaron La Unión y Los Tarros. Fue el equivalente a la firma de los Acuerdos de Paz, en este caso entre la URNG y la Empresa.

Entre enero y abril de 2004 se realizó el Programa de Alfabetización y Nivelación de Educación Primaria, destinado al personal de corte de caña residente en el centro habitacional de Los Tarros. Más de cien personas concluyeron los estudios, incluidos nueve alumnos que obtuvieron el diploma de sexto grado de Primaria.

Y el 27 de junio de 2004, mediante una alianza con la Universidad Galileo, se inició la carrera de Técnico Universitario en Supervisión Industrial y en Supervisión Eléctrica, para trabajadores de la Empresa en la costa sur, de dos años de duración e impartida en el período de no zafra. Se inscribieron 54 alumnos.



página 25
Vista de los volcanes de Fuego y Acatenango desde la carretera de Santa Lucía Cotzumalguapa.



Capítulo II
Visión histórica del azúcar en Guatemala

La historiadora Regina Wagner ha investigado los orígenes del cultivo de la caña de azúcar en Guatemala. Sus estudios, destinados al libro *El azúcar de Guatemala — La historia*, patrocinado por la Asociación de Azucareros de Guatemala ASAZGUA, sitúan el inicio de esa actividad en el siglo XVI, mientras se consolidaba el proceso de colonización en Mesoamérica.

Entrevistada para la presente obra, la doctora Wagner responde a una serie de interrogantes sobre el tema.

¿Qué edulcorante se utilizaba en la época precolombina?

La miel de abejas, al igual que en Europa. No sabemos qué tanto endulzaba, porque en América tenían atoles con achiote y chile. Era otro tipo de dieta.

¿En qué forma principió la producción de azúcar granulada?

Rafael Landívar describe en *Rusticatio Mexicana* cómo se hacía el azúcar. Se colocaba la meladura en hormas de barro que tenían debajo un puro por donde escurría la melaza. Cuando la melaza ya había escurrido, se colocaba barro húmedo en la parte superior de la horma, y ese barro iba filtrando y blanqueando. Cuando ese pan o pilón de azúcar estaba seco y solidificado, lo vertían en unos olladeros. La parte superior era más blanca, y conforme venía bajando era menos blanca. El mascabado —azúcar granulada color café— estaba más abajo.

El relato de Landívar corresponde al año 1781. Para entonces, ¿cuánto tiempo hacía que se sembraba caña de azúcar en Guatemala?

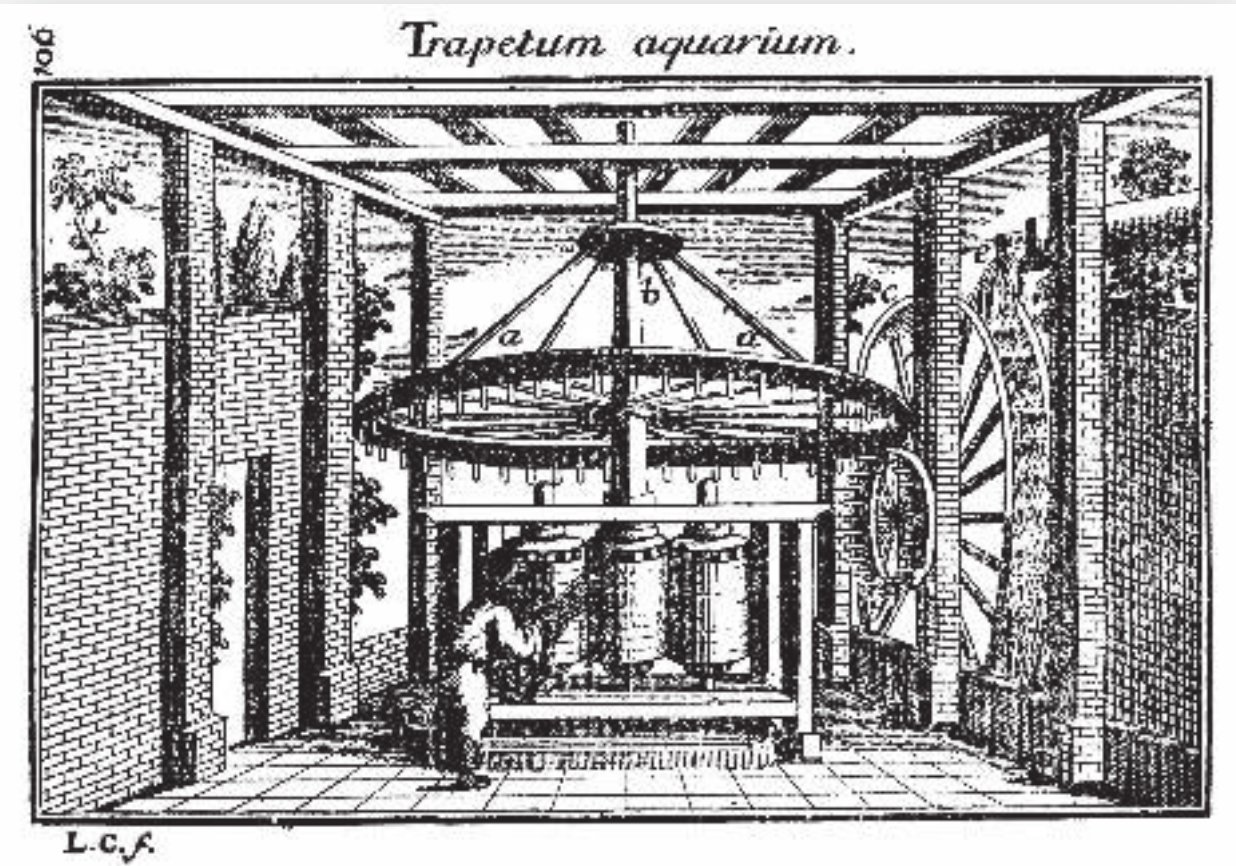
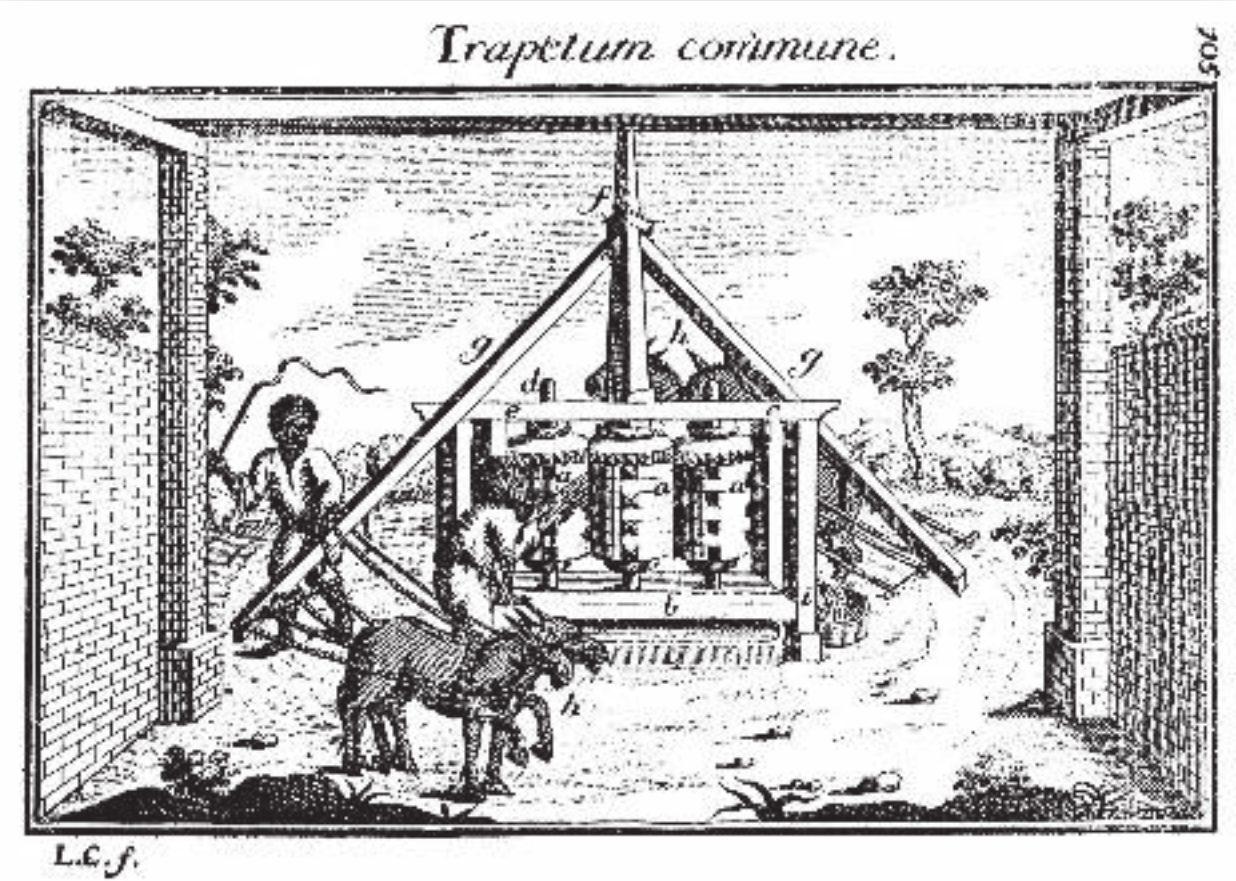
No se sabe exactamente. En 1536, un expedicionario, Antonio Diosdao, quien vino a Guatemala junto a Pedro de Alvarado, pidió tierras para cañaverales, y el Cabildo de Santiago se las adjudicó en Amatitlán. Es la primera noticia que tenemos acerca de alguien que pidió tierras para sembrar caña. En ese tiempo hubo también siembras de caña en Chiapas, México, indudablemente porque ya Hernán Cortés tenía ingenio y producción de azúcar.

En Guatemala se producía panela a fines del siglo XVI. En 1587, el Ayuntamiento de Santiago emitió las ordenanzas del gremio de hacedores de azúcar. Esto quiere decir que ya había suficiente gente que hacía azúcar, y un veedor que velaba por los precios y por las medidas de los cubos de azúcar, y supervisaba el valor de los jornales. En 1604 se hizo un censo en la ciudad de Santiago de Guatemala, y ya había inscritos diez dueños de trapiches, entre un total de 476 vecinos. También estaban inscritas siete personas que molían trigo. La conclusión es que en el año 1600 ya había producción de panela y azúcar.

¿Cuál fue el primer ingenio azucarero en Guatemala?

El primer ingenio del que se tiene noticia data de 1591, en San Miguel Petapa —al sur de la actual capital de Guatemala—, y está anotado en los protocolos de un escribano real. Tenía casas, esclavos y bestias. El siguiente ingenio —también en Petapa— fue el *Zavaleta*, de Sebastián Esteban de Zavaleta, después denominado *Mayorazgo de Arrivillaga*, y fundado en 1656. Pertenecía a dos hermanos, y uno le donó al otro la propiedad completa, para que ya no se dividiera. Ese ingenio, llamado también *Nuestra Señora de Guadalupe*, funcionó hasta la época de J. Rufino Barrios. Fue expropiado, vendido y después decayó. Estos datos fueron aportados por Thomas Gage, un dominico irlandés que obtuvo permiso de la corona española para viajar por estos países. Estuvo en Guatemala entre 1625 y 1637.

página 30
Detalles de la forma en que se elaboraba el azúcar en la época colonial son relatados por el literato guatemalteco Rafael Landívar en Rusticatio Mexicana (1781). En la obra —escrita en Bolonia, Italia, y totalmente en latín— el capítulo 9, titulado “Saccharum” (Azúcar), contiene una descripción del cultivo de caña y la fabricación del azúcar en el siglo XVIII.



El cronista Francisco Antonio Fuentes y Guzmán (1649-99) también habla de los ingenios y fue propietario de un trapiche vecino al Mayorazgo de Arrivillaga. Luego hubo uno en Amatitlán, llamado *El Anís*, perteneciente a Juan González Donis. Lo heredó a su hijo, éste a su sobrino, y después los herederos lo vendieron a religiosos dominicos. Este ingenio tomaría el nombre de *Nuestra Señora de la Encarnación*.

Había otro ingenio en Palín, Escuintla, conocido como *el de la Compañía*, que inicialmente perteneció a españoles, uno de ellos Diego de Arriaza, quien lo vendió a Diego Gómez, y después lo compraron religiosos jesuitas. Entre Escuintla y Santa Rosa, también surgió un ingenio, *La Vega*, que perteneció a Niño Sáenz Marroquín, en 1604, y después fue propiedad de religiosos mercedarios. Otro ingenio, denominado *Cerro Redondo*, fue creado en época de doña Beatriz de la Cueva, y adquirido por su hermano, el licenciado Francisco de la Cueva. Fue objeto de varios traspasos, perteneció al Convento de la Merced y finalmente quedó en manos de dominicos.

En 1598 se fundó en Escuintla un ingenio acerca del cual no se supo más. Otro perteneció a Francisco de Meza, quien lo vendió a los jesuitas. En conclusión, puede decirse que los ingenios mencionados fueron los primeros en Guatemala.

¿Cómo se explica la importancia de las órdenes religiosas en la producción de azúcar?

La concesión de tierras a dominicos, mercedarios y jesuitas fue normada a partir de 1575, cuando se aprobó que las órdenes religiosas pudieran poseer bienes, haciendas y propiedades. Lo primero que adquirieron, en 1579, fueron tierras baldías, en Salamá, Baja Verapaz, para criar ganado. Allí tenían una hacienda de vacas y yeguas, y también el famoso ingenio *San Pedro*. Alrededor de 1600, Rafael de Luján, prior de convento, trajo desde Sevilla, España, los cobres y todo lo que se necesitaba para ese ingenio. Empezaron a sembrar caña, y en 1681 ya tenían 150 esclavos.

El Mayorazgo de Arrivillaga tuvo 117 esclavos en 1680. En el trabajo de los esclavos estaba prohibida la mano de obra de los indígenas, destinados por su inferior constitución física a tareas de campo. Mulatos y negros realizaban los trabajos rudos en los trapiches, prensas y calderas.

San Jerónimo, en Salamá, hoy convertido en museo, fue uno de los ingenios más grandes de toda Centroamérica y llegó a tener hasta 700 esclavos en el siglo XVIII. Fue expropiado en la época del Presidente Francisco Morazán, en 1829, y vendido en 1832 a un guatemalteco y dos británicos que provenían de Belice. Al poco tiempo, el guatemalteco se fue del país y los británicos se quedaron. El Ingenio San Jerónimo funcionó durante todo el siglo XIX, empezó a decaer aproximadamente en 1880, y en 1900 pasó a manos del Estado.

Nuestra Señora del Rosario era otro ingenio muy bueno, ubicado en Petapa y perteneciente a dominicos. Usaban el cerro para aprovisionarse de agua, y gracias a ello tenían red hidráulica, que abastecía a la vez los ingenios de Arrivillaga y Nuestra Señora del Rosario. San Jerónimo también tenía red hidráulica. Los dueños de estos ingenios construían acueductos, y el agua venía de las montañas. Eso hacía girar *la rueda de agua* y también irrigaba los cañaverales. Solamente en el ingenio de Arrivillaga había dos maestros de azúcar, dos prensas y ocho calderas. En Nuestra Señora del Rosario trabajaban cuatro calderas. Eran dos de los ingenios más grandes.

San José de Palencia era un ingenio perteneciente a Matías de Palencia, y allí surgió el municipio de Palencia, vecino a la actual capital de Guatemala. Los dominicos lo adquirieron a finales del siglo XVII. Ellos contaban con muchos ingenios, incluido otro en Escuintla, y *Cerro Redondo* también les perteneció.

La Compañía de Jesús administró un ingenio en Escuintla y otro en el municipio de Palín, que era llamado *La Santísima Trinidad*. Religiosos agustinos poseyeron el ingenio *San Nicolás Tolentino*, entre Petapa y Villa Canales, en la aldea Boca del Monte. En el siglo XVIII dejaron de producir caña y dedicaron las tierras a la ganadería. Las órdenes religiosas iniciaron estas obras para financiar actividades de caridad. San Jerónimo y otros ingenios dejaban remanentes económicos, pero en el siglo XVIII los usuarios perdieron el interés en administrarlos y los empezaron a rentar.

El Convento de La Merced manejó en una época los ingenios La Vega y San Ramón, que después pasó a otras manos, y Cerro Redondo, que finalmente fue vendido. Los mercedarios tuvieron durante un tiempo otro ingenio en Colotenango, Huehuetenango.

página 32
Grabado de dos trapiches según Rusticatio Mexicana. Arriba, el trapiche común, de tracción animal, y abajo, el trapiche de agua, movido por una rueda de agua.

En el siglo XIX, ¿qué tanto se habían extendido los trapiches?

En 1888 había trapiches en San Raymundo, San Juan Sacatepéquez, San Martín Jilotepeque, el valle de Almolonga y Alotenango. En Escuintla estaban el de Cecilia, de Francisco de Souza; el de San Ildefonso y otro, sin nombre conocido, del capitán Francisco de Agüero.

En el siglo XVIII proliferaron los trapiches en todo el territorio, produciendo panela y especialmente aguardiente, bajo riguroso control de autoridades. Disponían de buenas tierras, abundante agua y se utilizaba mucha leña como combustible. Había trapiches en el valle de Guastatoya, en San Agustín Acasaguastlán, y en los valles de Sanarate y Sansare, departamento de El Progreso. En las Verapaces los había en Rabinal, El Chol y varios otros lugares. También funcionaban numerosos trapiches en Colotenango y Cuilco, Huehuetenango; en Sacapulas, Quiché, y en Petén, así como en Santa Catarina Ixtahuacán y Sololá. Había otros en Escuintla: *Tres Trapiches*, *Mauricio* y *San Francisco de Padua*, que pertenecía a Francisco Álvarez de Vega. En Oriente los había en Chiquimula y Jalapa, y varios otros en El Salvador.

¿Cuáles son los aspectos destacables en la industria azucarera a partir del siglo XIX?

El producto cosechado se utilizaba para el consumo interno. No se tenían puertos ni facilidades para exportarlo y, por añadidura, no había medios para evitar que se dañara durante la travesía. En el siglo XIX se inició un proceso de modernización, con la introducción de nuevas variedades de caña, en reemplazo de las que ya estaban desgastadas o enfermas. Luego empezó una renovación de variedades de caña en el Caribe. La producción de azúcar se incrementó a partir de 1897, después de la crisis del café, con el surgimiento de ingenios modernos para la época.

Empezó la lucha por exportar, con dificultades en el mercado: tarifas desventajosas y mercados acaparados por países con mayor producción, como Cuba y Brasil. Los Conservadores guatemaltecos fomentaron las siembras de café y azúcar, en tanto los Liberales promovieron gravámenes, hasta que el Presidente Carlos Herrera, al llegar al poder en 1920, impulsó las exportaciones.

La producción de azúcar y remolacha había decaído en Europa después de la primera guerra mundial. En 1929, como resultado de la gran depresión económica mundial, los valores de los productos agrícolas cayeron, y en Guatemala se redujo la producción. Durante el gobierno del general Jorge Ubico (1931-44) debían solicitarse licencias para sembrar caña.

La creación de la Asociación de Azucareros de Guatemala ASAZGUA, en 1957, dio lugar al fortalecimiento del gremio, que desde entonces adopta políticas para mejorar las condiciones de exportación, manejo interno de la producción y distribución azucarera. Anteriormente cada empresa tomaba por su lado, y la industria no avanzaba en una sola dirección.

Otro hecho destacable es el despegue que empezó a tener Guatemala al serle asignadas cuotas de exportación a Estados Unidos, luego de la revolución cubana de 1959. Después vendría el salto que ha dado la industria azucarera guatemalteca, para constituirse en una de las grandes exportadoras de América. Las innovaciones se observaron no solamente en la producción de azúcar, sino en las exportaciones, realizadas por medio de Expogranel, cuyas instalaciones están en Puerto Quetzal, Escuintla, en el océano Pacífico.

En el último cuarto del siglo XX se introdujeron machetes adecuados para el corte de la caña, y los grandes ingenios adoptaron políticas de Responsabilidad Social Empresarial, dando su debido lugar a los trabajadores y motivándolos para desarrollar sus labores. Esos estímulos han redundado en mayor producción.

¿Cómo se desarrolló la caña y el azúcar en Santa Lucía Cotzumalguapa a partir del siglo XVI?

Los documentos se refieren a la existencia de trapiches en el corregimiento de Escuintepeque (Escuintla), sin precisar dónde estaban ubicados. Se menciona que en 1817 existía un trapiche denominado *Torolá del Salto*, pero se ignora si estaba situado en la finca *Torolita* o en la finca *El Salto*. A lo sumo se sabe que varios de ellos estaban en la región de Palín.

Una parte de la información recabada corresponde al período de 1835, cuando se establecieron varias fincas, luego que los Liberales promovieran la adquisición de tierras para formar sociedades privadas. Con ese fin debían inscribirse, y se publicaba la inscripción en un periódico; a partir de ahí, se sabía la ubicación aproximada, y actualmente conocemos dónde están las grandes fincas. Por ejemplo, una de esas publicaciones podía indicar que una determinada finca estaba situada en el pueblo de Santo Tomás Perdido. Allí empezó la finca *Chocolá*, y sabemos que en 1858 fue objeto de una remediación. El valor total de ese ingenio, con su máquina de moler caña y sus útiles, era de 20,300 pesos. En ese entonces, un peso equivalía a un dólar norteamericano.

Encontramos referencias sobre el *Ingenio Concepción* y, después, sobre *Pantaleón*. Son varias fincas que los hermanos franceses Oscar y Javier Du Teil compraron a mediados de siglo, produjeron azúcar y después cultivaron café.

Desde 1830 se sabe de la denuncia de tierras que fueron adquiridas en Santa Lucía Cotzumalguapa durante los gobiernos liberales de Francisco Morazán y Mariano Gálvez. La finca *Pantaleón* tuvo varios dueños, hasta ser comprada alrededor de 1849 por Manuel María Herrera, y fue adquiriendo cada vez mayor extensión.

Otra finca enorme fue *Trapiche Grande*, con 1,200 caballerías, en el departamento de Suchitepéquez, en esa época dividido en dos partes. Actualmente esas tierras corresponden a la jurisdicción del departamento de Retalhuleu. En 1846, una parte de esa finca perteneció al Presidente Rafael Carrera, quien denunció y solicitó cien caballerías baldías, al sur de la finca, para agregarlas a la hacienda *Tululá*. En 1897, Trapiche Grande producía cacao, caña de azúcar y hule. *San Luis* fue una finca que surgió en Escuintla y perteneció a los hermanos Batres. Los hermanos Samayoa, propietarios de otra finca, destinaron la suya a la producción de aguardiente.

En el siglo XIX los principales ingenios eran *Chocolá*, *Chitalón*, *Pantaleón*, *San Luis* y *San Jerónimo*. También destacó la finca Capetillo, situada en Alotenango, Sacatepéquez, que perteneció a los hermanos Rodríguez Benito. Ellos fueron los primeros en poseer centrífugas y, alrededor de 1880, presentaron muestras de su producción de azúcar en exposiciones internacionales.



Fábrica del Ingenio San Jerónimo, en Baja Verapaz. Actualmente es un museo regional.

Capítulo III
La producción azucarera desde la época colonial

Propulsores del sector azucarero aportaron a este libro valiosos relatos sobre el desarrollo de la agroindustria. Uno de ellos es Luis González Bauer, quien hasta finales de 2003 (fecha de la entrevista), llevaba más de cuarenta años dedicado a esa actividad, y fungía como Presidente del Ingenio Palo Gordo.

¿Cuándo empezó su relación con la industria azucarera?

Me considero un novato en la industria azucarera, ya que mi relación con ella inició en 1962. Sin embargo, he tenido oportunidad de conocer una parte importante de su desarrollo, y de compartir con las personas que han hecho posible que Guatemala sea uno de los países de avanzada en el cultivo de la caña y la fabricación de azúcares, como resultado del uso de tecnología actualizada.

Vale la pena explicar qué es el azúcar y quién la produce. El azúcar es producida por la planta llamada caña, donde se forma el azúcar o la sacarosa. Se extrae el jugo de esa caña y se concentra para quitarle el porcentaje de agua que lleva consigo. Al consolidarla, forma minúsculos granos que llegan a ser el endulzante *azúcar*.

Es posible que el cultivo haya sido introducido a Guatemala durante la colonia. Se supone que los españoles, en la época de Cristóbal Colón, fueron trayendo las primeras plantas de caña, y así se fue difundiendo ese cultivo en nuestro territorio. La variedad de caña que llegó, provenía de la isla de Java. En aquella época, Holanda también era un país de conquistadores, quienes en cada zona que ocupaban, desarrollaban cultivos como la caña y el hule.

Por esos años, los españoles, que surcaban los mares libremente y eran dueños de una extensión tan grande que en sus dominios *no se ponía el sol* —esa frase de Carlos V—, trajeron el cultivo del azúcar a Guatemala, Cuba, la Dominicana y otros lugares conquistados.

La naturaleza, la acción del sol, la tierra y la planta es lo que forma el azúcar, esa fuente de energía. Al principio, el jugo se extraía mediante el procedimiento de moler la caña con piedras, hierros, torniquetes de bueyes o brazos más resistentes que la propia caña. Ese jugo se fermentaba para fabricar bebidas como la chicha. Así se fue formando la idea de que, calentando el jugo de la caña en peroles, se lograba la evaporación y se formaba la panela. A partir de esa etapa del proceso, el azúcar empezó a considerarse cristalizada. El color ámbar oscuro es el color natural del jugo de la caña, en tanto cierto porcentaje de bagacillos e impurezas no se podían eliminar porque no se conocía un procedimiento para ello.



Grabado de un ingenio cubano.

Creo pertinente referirme a por qué se denomina *ingenio* al conjunto de maquinaria utilizado en el procesamiento de la caña y la fabricación del azúcar. Es sencillamente porque los hombres que trabajan en eso están *ingeniándose* cómo mejorar aquello. Es decir, *se ingeniaron* varios métodos para producir el azúcar. El primero consistió en moler la caña con piedras para extraer el jugo. Después, hacerlo con pedazos de hierro más fuertes. Luego se formó un trapiche y se le daba vuelta mediante la acción de hombres o de bueyes, hasta que vino el invento de la *rueda de agua* para mover los trapiches, y se ingeniaron, como ingenio, la mejor forma de aprovecharlo. Posteriormente el sistema se perfeccionó y se adoptaron los trapiches que conocemos.

¿Qué información tiene sobre el surgimiento de Los Tarros?

En los albores del siglo XX se fueron creando en Guatemala fincas paralelas que tenían cultivos de café y caña de azúcar. Por lo que he escuchado, una de esas fincas paralelas era Los Tarros, y originalmente su dueño fue el entonces Presidente de la República, general J. Rufino Barrios, en 1884, hasta su muerte al año siguiente en la batalla de Chalchuapa. Barrios poseía fincas de mayor extensión, situadas un poco más al occidente, en dirección de la frontera con México. Una de ellas, El Porvenir, tenía más de cien caballerías.

En Los Tarros se producía café y panela, como también en otras fincas ubicadas camino al Occidente. Una de ellas es Santa Cecilia, en San Francisco Zapotitlán, departamento de Suchitepéquez. Esta finca tenía un anexo llamado El Chile. Los dueños de Santa Cecilia eran parientes del general Barrios, cuya esposa fue una de las herederas de Juan Aparicio. Más o menos en 1900, estos fabricantes de panela lograron otro avance en la industria y establecieron un pequeño ingenio llamado precisamente Santa Cecilia, que producía cada año 25 mil quintales de azúcar, y en su mejor año llegó a producir 30 mil quintales. Esa finca era la central de las propiedades de la empresa familiar de los Aparicio, oriundos de Quetzaltenango.

Fui dueño de aquella finca y todavía tengo en mi poder la *rueda de agua* que movilizaba los trapiches, construida en Glasgow, Escocia, en 1903. La conservo instalada en la misma finca Santa Cecilia. Cuando se inventaron los molinos, la rueda se utilizó para ayudar a sacar el jugo de la caña. Era una masa de hierro contra otra, y en medio quedaba la caña, para ser exprimida. La rueda producía energía para mover dos o tres trapiches que constituían el tándem de molinos.

Un antiguo miembro de la familia Abascal Eizaguirre me relató que su padre fue administrador de la finca Santa Cecilia a la edad de 23 años, más o menos en 1905. Su hermano Miguel llegó como administrador a Pantaleón. En esa época, Santa Cecilia producía 25,000 quintales de azúcar y Pantaleón 8,000 quintales. Dieciocho años después, cuando el tío Miguel se retiró de Pantaleón, lo dejó produciendo 200,000 quintales. En aquella época, 1920-21, el Presidente de Guatemala era Carlos Herrera.

Santa Cecilia dejó de producir azúcar porque sobrevino una crisis en la familia propietaria, y la finca pasó a nombre de una familia alemana. Posteriormente, debido a la segunda guerra mundial, fue expropiada, y después devuelta, pero con la expropiación se paralizó el ingenio. Sin embargo, la maquinaria quedó instalada allí y llegaría a constituir el origen del Ingenio Los Tarros a finales de los años cincuenta. La maquinaria fue vendida a don José García, se instaló en Santa Lucía Cotzumalguapa y, después que Los Tarros era finca panelera y de café, entró al proceso de convertirla en un pequeño ingenio, al que podría llamarse *padre* del Ingenio La Unión.

Conocí bastante bien a don Pepe. En ese tiempo, su hijo Similiano era muy joven y no participaba tan activamente como llegó a hacerlo después. Los Tarros se inició con la dinámica de don Pepe, su fundador. Después vino el desarrollo promovido por la Segunda Generación de la familia García, encabezada por Similiano y su hermana Lucrecia. Don Pepe ya no pudo observar el empuje que Similiano le dio a la Empresa, hasta alcanzar su pleno desarrollo.

Los ingenios de Guatemala eran realmente tan grandes o pequeños como correspondía a las necesidades del país. Además de Los Tarros en sus orígenes, en Guatemala había ingenios en Salamá, Baja Verapaz, o en lugares tan cercanos a la capital como Villa Canales, donde estaba el Ingenio Santa Teresa, y otros mencionados en *Recordación Florida*, de Fuentes y Guzmán.

Otros ingenios estaban en Escuintla, como El Salto, que fue el de mayor capacidad en los años cincuenta y finalmente desapareció. Allí mismo, en esa ruta, había un pequeño ingenio que aún

existe, Mirandilla, que opera asociado a Palo Gordo, y está situado a la orilla de una carretera que, según la historia, fue utilizada por los conquistadores. Ellos transitaban al lado derecho de los ríos, y tenían que construir puentes para atravesarlos. Se embarcaban en el área donde está el municipio de La Democracia, localidad que en ese tiempo se llamaba Don García.

¿Qué hechos influyeron en el desarrollo de la industria azucarera en Guatemala?

En 1959, a raíz del cambio de gobierno en Cuba, Fidel Castro nacionalizó esa industria y mucha gente salió exiliada, entre ellos dueños de ingenios, empresarios y técnicos azucareros. Algunos de ellos se establecieron en Miami, y como resultado, el estado de Florida tiene un puesto importante en la producción de azúcar de caña, si bien en Estados Unidos la producción azucarera predominante es la que se extrae de la remolacha.

El caso es que la inversión fuerte que había en los ingenios de Cuba era estadounidense, de parte de grandes compañías, como la *Sugar Company*, empresas que después vendieron sus bienes a residentes de Cuba. A partir del éxodo, aquellos cubanos participaron mucho en el desarrollo de los ingenios de los países donde se radicaron, y aportaron valiosa tecnología. Por ejemplo, introdujeron una pieza que le llamamos *gallego* y que consiste en un eje rotatorio, con brazos que van nivelando la caña. Cuentan que el nombre se originó porque, cuando no existía esa herramienta, los ingenios contrataban trabajadores gallegos, rudos por naturaleza, quienes manualmente nivelaban la caña en los conductores.

Entre los cubanos que vinieron a Guatemala, el ingeniero Humberto Aguilar participó muy activamente en el proceso de instalación de Los Tarros. Murió en un accidente de tránsito, cuando viajaba de Santa Lucía Cotzumalguapa a Escuintla. Muchos otros cubanos han venido a este país, y su participación ha sido muy efectiva para el desarrollo de la industria azucarera. Si bien aquellos cubanos vinieron con su saber, los empresarios los absorbimos aquí, y ellos contribuyeron a apoyar ideas nuestras y a introducir conceptos que no conocíamos.

Antes de ellos también llegaron otros técnicos extranjeros. Por ejemplo, el Ingenio Pantaleón —uno de los más antiguos, pues tiene más de cien años— contrató a un técnico inglés que después ayudó bastante a don Pepe en Los Tarros. En el Ingenio El Salto también trabajaron técnicos ingleses. España es otro país de donde llegaron algunas personas a emplearse en ingenios guatemaltecos, especialmente como administradores, y uno de ellos fue Genaro Miranda, quien trabajó en La Unión y Los Tarros.

Entre los técnicos cubanos que se radicaron en Guatemala recuerdo a Miguel Rodríguez, hombre muy capaz y tenaz que vino al Ingenio Pantaleón, y quien actualmente posee una empresa de asesoría, CIASA. Está asociado con el ingeniero Luis Verdugo y le prestan servicio a varios ingenios. Algunos empresarios cubanos, dirigidos por Alberto Díaz Masvidal, crearon el Ingenio Santa Ana, una empresa grande que en la actualidad pertenece a la familia Botrán.

¿Qué posición ha tenido Guatemala en el concierto azucarero durante los pasados 40 años?

Guatemala ha sido y es un productor importante de azúcar. En 1962, Estados Unidos otorgó al país la primera cuota de exportación, del orden de 10,000 toneladas de azúcar. Las exportaciones fueron en aumento hasta 120,000 toneladas exportadas anualmente a Estados Unidos, que es el mercado preferencial de Guatemala. Ahora estamos un poco más bajos: tres por ciento de la producción total.

Es ésta una industria a la vez asociada e independiente. Un incentivo para quienes se logran desarrollar, es ampliar su capacidad de ventas en el mercado interno. A veces las ventas locales dan margen para contrarrestar pérdidas en exportaciones. En realidad es una combinación de factores. Algunos empresarios creen que es bueno crecer mucho, en tanto otros más conservadores, como nosotros en el Ingenio Palo Gordo, preferimos no crecer en exceso, porque la exportación casi siempre está incontrolada y muchas veces uno vende a precios menores a los costos de producción. Y, a la par de todo esto, también tenemos otros rubros de ingresos, como la cogeneración de electricidad.

Capítulo IV
La incursión de Guatemala en el mercado de Estados Unidos

El ingeniero José Luis Bouscayrol, una de las personalidades más activas en el sector azucarero guatemalteco, fue entrevistado en torno a la evolución de esta agroindustria. En la entrevista, realizada en febrero de 2004, relata cómo Guatemala conquistó el mercado de Estados Unidos, en circunstancias creativas e insospechadas.

¿Qué recuerda de la finca Los Tarros, cuando don Pepe García la empezó a trabajar?

Pepe García, papá de Similiano, era muy amigo mío y comercializaba abarrotés. Yo pasaba a su tienda a platicar y a traer dulcitos. Un día, me contó que le ofrecían venderle la finca Los Tarros, que también le interesaba a mi padre, Antonio Bouscayrol Díaz. Le dije a mi papá que la finca estaba siendo ofrecida a Pepe, y me respondió: *¡Qué bueno; decíle que la compre!* Mi papá era muy amplio y, además, no disponía de muchos recursos para una compra de esa naturaleza.

El molino de cinco mazas que anteriormente perteneció al Ingenio Santa Cecilia sustituyó al viejo trapiche de Los Tarros, en 1958. Don Pepe García observa el trabajo de instalación del molino.





Con el propósito de aconsejar a Pepe, examiné la finca Los Tarros. Le dije que, si la compraba, debía gastar mucho dinero para rehacer el ingenio, porque prácticamente no tenía más que un trapiche. Sin embargo, Pepe se entusiasmó, compró Los Tarros, y me pidió ayuda y consejos para hacer otros trapiches. Le sugerí visitar a don Roberto Ruttiman, gran mecánico, conocedor de calderas y equipos y propietario de los Talleres Ruttiman, en la ciudad capital. De esta manera Los Tarros se fue haciendo, con ayuda de Dios, con asesoría de don Roberto y con los recursos que poseía don Pepe. Allí conocí a Similiano, hijo de Pepe, quien trabajaba tan intensamente que daba la impresión de que Pepe lo hubiera castigado. Similiano siempre ha sido un buen amigo.

¿Qué información histórica posee acerca de la producción y comercialización del azúcar?

En los años treinta, quienes manejaban el azúcar en Guatemala eran los *capitanes* del sector azucarero: unos, miembros de la familia Herrera, y, los otros, representantes de los intereses ingleses. La familia Herrera poseía el Ingenio Pantaleón y ejercía sobre un grupo de azucareros una hegemonía vigente aún en nuestros días. Entre tanto, los ingleses, encabezados por don Juan (*John*) Bellamy, administraban el Ingenio El Salto y tenían como aliados a pequeños ingenios de capital alemán, Kummerfelt entre ellos. La filosofía de coexistencia entre uno y otro grupo empresarial podía sintetizarse en la expresión: *No nos hagamos sombras, pero tampoco te aproveches de mí.*

El capital guatemalteco estaba dividido entre los aportes mayoritarios de la familia Herrera y los recursos provenientes de los ingenios San Diego en Escuintla, Santa Teresa en Villa Canales-Amatitlán y Tululá en Cuyotenango, Suchitepéquez, que eran los otros verdaderamente representativos. Los asuntos del sector azucarero, en la década de los treinta, se discutían en la casa de la familia Herrera, con los hermanos Carlos y Rafael Herrera Dorién. Luego, convocábamos a representantes de los otros ingenios, les informábamos acerca de los acuerdos logrados y empezábamos a ver cómo caminar cada quien por su lado. No existía el mínimo grado de unidad, y los ingenios pequeños, como el de mi familia, Tululá, estábamos supeditados a las decisiones de los poderosos. Después, algunos ingenios pequeños empezamos a crecer un poco y pudimos lograr que se nos escuchara, unos porque gritaban mucho —como yo— y otros porque argumentaban razones valederas sobre los asuntos del mercado y finalmente obtenían algo.

La regulación de la producción era única y exclusivamente para el consumo interno. Nosotros podíamos exportar en forma individual y como quisiéramos la poca azúcar que no fuera necesaria en el mercado local. Los excedentes de producción se iban almacenando. Cada cierto tiempo se realizaba una gran exportación de existencias acumuladas en tres o cuatro zafras. Después de exportar ese gran volumen, al año siguiente nos quedábamos prácticamente sin mercado. No había ninguna relación comercial organizada entre Guatemala y los países compradores.

La producción exclusiva para el mercado local duró por lo menos hasta 1930. Después se dio una apertura de fronteras en Centroamérica, y los países de la región empezaron a exportar recíprocamente. Guatemala aprovechó ventajas como que en El Salvador la producción era insuficiente para el consumo interno, y le vendió azúcar, así como a Honduras, que también enfrentaba déficit. En contraste, Nicaragua era un país azucarero grande, y Costa Rica tenía lo propio, destacándose en la producción el empresario Manuel Jiménez de la Guardia, quien solía *pelearse* conmigo por las cosas usuales del negocio.

En 1937, el general Ubico emitió una ley que limitó la producción de caña a determinadas áreas y restringió el crecimiento de los ingenios. Nos abstuvimos de reaccionar, para evitar que nos jalara las orejas, como lo hacía con quienes objetaban sus disposiciones.

Entre los años cuarenta y cincuenta, los ingenios estaban sujetos a controles parciales sobre sus ventas internas. Eran controles mixtos, que nos ajustaban mucho a la voluntad de *Tata Gobierno*. Bajo la presidencia de Jacobo Arbenz (1951-54), algunas fincas cultivadas con capital alemán fueron intervenidas, en tanto a los ingenios guatemaltecos se les restringía la producción de caña. Simultáneamente se enfrentó un problema político, no circunscrito al sector del azúcar, en el que se vio amenazada la propiedad de nuestras tierras. Junto a Enrique Novella, con cuya familia estábamos asociados, nos preparamos para defender el patrimonio.

página 36

Los capitanes de la industria azucarera, a finales de la década de los sesenta del siglo XX. Junto a ellos (primero desde la izquierda), un personero de una empresa estadounidense; luego, Roberto Dorién Bacardí, del Ingenio El Salto —anteriormente propiedad de ciudadanos ingleses—; John Bellamy, entonces Gerente de la Asociación de Azucareros de Guatemala (ASAZGUA) y ex Gerente de El Salto; Similiano García, de La Unión y Los Tarros, y Rafael Herrera Dorién, de Pantaleón y El Baúl. Los capitanes solían reunirse en la casa del ingeniero José Luis Bouscayrol —quien fue Asesor Permanente de ASAZGUA—, donde también se encontraban las oficinas de la Asociación, en la 4ª. avenida y 14 calle de la zona uno, de la capital de Guatemala.



¿Qué sucedió cuando fue derrocado el presidente cubano Fulgencio Batista?

Estados Unidos se abasteció con azúcar proveniente de Cuba hasta el derrocamiento de Fulgencio Batista en 1959. Productores norteamericanos que operaban en la isla y que tenían estrecha relación con Batista cubrían por completo el mercado de su país, pero cuando Fidel Castro tomó el poder, aquellos nexos comerciales llegaron a su fin, Estados Unidos ya no contaba con azúcar cubana y los ingenios guatemaltecos encontraron la oportunidad de competir por el mercado estadounidense.

Sin ese giro político en Cuba, los ingenios de Guatemala no hubieran podido seguir avanzando en una mayor producción de azúcar, porque no había mercado de exportación al cual venderla. La caída de Batista se traducía para los azucareros guatemaltecos en una luz de alerta que nos decía: *¡Empujen, hagan azúcar, luchen por la cuota, porque Estados Unidos está muy cerca!*

Después que Batista fue derrocado, productores cubanos afectados por el cierre del mercado estadounidense empezaron a negociar en secreto con productores latinoamericanos en busca de recuperar parte de él mediante un ardid. La estrategia era que los productores latinoamericanos *sacaran la cara*, simulando que tales exportaciones provenían de sus países, no de Cuba.

Ante la oportunidad de acceso al mercado de Estados Unidos, productores latinoamericanos iniciamos una intensa labor de *lobby* en el Gobierno y el Congreso de ese país. En dicho proceso de negociación nuestro mejor representante fue el magnífico pintor guatemalteco Juan Sisay —cuyo autorretrato tengo en la oficina de mi casa—. En busca de alcanzar nuestros objetivos, aprendí a ser mañoso, ingeniándomelas para atraer favorables opiniones de Estados Unidos hacia el azúcar guatemalteca, que aún no se había ganado un nombre en ese país, aparte de que, en general, las relaciones comerciales bilaterales eran muy bajas. A lo sumo había demanda de artículos indígenas como trajes y pinturas artísticas.

Surgió la idea de aprovechar la atracción en Estados Unidos por pinturas primitivistas guatemaltecas, y acordé con Juan Sisay que él produjera cuadros, y yo, junto a las personas que me ayudaban, llevaríamos sus obras a aquel país para obsequiarlas. Otra idea consistió en presentar una exposición pictórica en Guatemala, e invitamos a turistas estadounidenses, quienes quedaron muy bien impresionados. En la ejecución de nuestros planes cooperó mucho el colega azucarero Willy Dorión, quien *así como era de loco era de listo*. Estaba casado con la dueña del Ingenio Bacardí, uno de los más grandes de Cuba.

Nuestra meta era conseguir para Guatemala y otros países centroamericanos la cuota azucarera que anteriormente correspondía a Cuba. Sin embargo, no se pudo asociar capitales *gringos* con guatemaltecos, costarricenses u hondureños. La razón fue que los estadounidenses tenían muy fresca la experiencia de lo que les hizo Cuba con todas las inversiones que ellos poseían en esa isla, y eso los inhibió.

Una de nuestras *lobbistas* en Estados Unidos, Dina Delayle, norteamericana que tenía amistad con congresistas, nos ayudó a *introducir* a Juan Sisay en el Congreso. Fue admirable la aceptación que obtuvimos para pinturas guatemaltecas, telas nicaragüenses y otros artículos. Representantes de Guatemala, Nicaragua, Costa Rica y Honduras estábamos unidos en las gestiones, y las más exitosas eran las que hacíamos mediante el señuelo de los cuadros de Juan.

Yo le pagaba a Juan entre 200 y 500 quetzales por cuadro, en la época en que el quetzal tenía el mismo valor del dólar. En ese tiempo Sisay ya había triunfado como pintor, vivía muy bien y era muy honesto y razonable en los negocios. Me decía, por ejemplo: *Este cuadro no te lo puedo vender en menos de 500 quetzales, porque me costó mucho trabajo*.

Dina y los otros gestores que nos ayudaban, viajaban con nosotros a Estados Unidos, llevando los cuadros, muchos de los cuales podría asegurar que aún adornan casas de ex congresistas. A la postre fue una lucha no sólo comercial sino política, en la que el pincel de Juan Sisay ayudó enormemente a Guatemala, país que tuvo mayor capacidad estratégica que otras naciones centroamericanas para ganar la confianza del mercado estadounidense.

¿Cómo se involucró la familia Bouscayrol en la actividad agropecuaria?

Mi abuelo paterno, Enrique Bouscayrol, de origen francés, llegó a Guatemala aproximadamente en 1880. En 1903, mi padre, Antonio Bouscayrol Díaz, compró a empresarios alemanes 125 caballerías de la finca Tululá, situada en una montaña del lugar llamado Trapiche Grande, tierras que pertenecieron al ex presidente Rafael Carrera desde mediados del siglo XIX. Con muchas limitaciones, mi padre utilizó inicialmente esos terrenos en ganadería y cultivo de maíz, soportando plagas de zancudos y enfermedades propias de la región. Había un trapichito para hacer panela y se producía un poco de caña. Nuestras mejoras fueron paulatinas: adquirimos una caldera, mi hijo compró centrífugas y en 1915 ya había ingenio, pero hasta 1930 nuestra producción era escasa.

Los ingenios producían azúcar y panela, o sólo una de ambas, y cuando su producción superaba las necesidades de consumo interno, el azúcar se exportaba. En ocasiones los compradores la pedían de determinado color, verde por ejemplo. Se buscaba el colorante y se les complacía. Alguna vez, un restaurante de Estados Unidos solicitó azúcar rosada y se le vendió tal como la pidió.

Durante un tiempo manejé los ingenios Concepción y Palo Gordo, cuando el Gobierno intervino la producción de ambos, en el período revolucionario. Fui designado inspector de los ingenios en poder del Estado. Posteriormente, a inicios de los setenta, empresarios como Andrés Botrán Gómez y Luis Fernando *Tito* Leal, ambos ya fallecidos, administraron el Ingenio Santa Ana, trabajaron arduamente y lograron importantes avances. Tito me visitaba con frecuencia por las tardes. A veces me obsequiaba una botella de whiskey y, por una increíble casualidad, siempre en esas ocasiones me hacía alguna consulta relacionada con asuntos del trabajo.

A finales de la década de los setenta compré terrenos en la costa del Pacífico, y se estableció la empresa Mielés del Pacífico, que exportaba melaza a la compañía *Amerop*, de Estados Unidos. En la época contemporánea participamos en procesos de modernización industrial, en la medida de nuestros recursos. Desde hace unos diez años tenemos cosechadora mecánica en Tululá, donde se cultivan cincuenta caballerías de caña en buen terreno plano.

¿Cómo fue el surgimiento de la Asociación de Azucareros de Guatemala?

Los estatutos de la Asociación de Azucareros de Guatemala ASAZGUA, prácticamente los hice yo, a finales de la década de los cincuenta, con participación de mi abogado Julio Asensio. Recibía importante asistencia de parte de Fraterno Vila Betoret (Ingenio San Diego), Oscar Escamilla (Ingenio Santa Teresa) y los alemanes Kummerfelt (Ingenio Mirandilla). También me asistían —sólo cuando les convenía— los señores Herrera y, cuando no, me *regañaba* Rafael Herrera.

En ASAZGUA desarrollamos proyectos como un campo experimental, que se inició en el Ingenio Santa Teresa, si bien los Herrera tenían campos desde mucho antes, exclusivamente para sus empresas. Los actuales campos experimentales no son de la Asociación, sino de los ingenios grandes y medianos. En aquel tiempo nos enterábamos, por ejemplo, de que Concepción había traído una nueva semilla de caña. Averiguábamos dónde estaba sembrada esa semilla y por qué camino llegar. Llevábamos un pequeño machete y cortábamos dos o tres muestras. Esa picardía nos permitía llevar, a nuestro campo experimental, caña del campo experimental del vecino.

La Asociación creció, y una de sus preocupaciones a lo largo de los años ha sido evitar que algún ingenio grande tenga excesiva influencia en sus decisiones. En general ha caminado bien, no por presión de gobiernos sino por el deseo auténtico de constituir una entidad firme y valedera.¹



¹ Hasta 1972, el ingeniero Bouscayrol tuvo importante protagonismo en la industria azucarera y dedicaba su tiempo a la organización gremial. Elaboraba cuadros estadísticos acerca de la legislación, la distribución de cuotas de producción a los ingenios, la distribución de ventas, los cálculos de incrementos de producción y renta entre un año y otro. En 1972, otras personas asumieron esas responsabilidades, y el ingeniero Bouscayrol fue designado asesor. El gobierno de Carlos Arana Osorio (1970-74) estableció regulaciones a la agroindustria, mediante el Reglamento de la Ley Azucarera. Por Ley Azucarera se entiende el Decreto Ley No. 49, de fecha 17 de junio de 1963, que crea la Comisión Nacional del Azúcar y sus Derivados, y el Decreto 92-71, de fecha 21 de octubre de 1971, que da la dimensión de ingenio azucarero y regula la producción y exportación de azúcar. Dos reglamentos de dichas leyes son parte de la Ley Azucarera: El Reglamento de la Comisión Nacional del Azúcar y sus Derivados, Acuerdo del Jefe de Gobierno, de fecha 20 de diciembre de 1963, y el Reglamento para la Distribución de los Incrementos Azucareros (Acuerdo No. 41 del Ministerio de Economía), de fecha 26 de mayo de 1972.



Capítulo V
Surgimiento y consolidación de la agroindustria azucarera

El licenciado Saúl Guillermo Bonilla Sandoval, Consultor Legal del Ingenio La Unión, suministra valiosa información sobre las etapas históricas en el proceso de consolidación de la agroindustria del azúcar en Guatemala.

¿En qué contexto histórico se sentaron las bases de la industria azucarera en Guatemala?

La industria azucarera tiene especial significación en la lucha para combatir el monocultivismo en Guatemala. A finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, la siembra y el cultivo de la caña de azúcar cobraron incipiente aliento para abastecer a esta industria, como lo consignan los libros *Evolución económica de Guatemala*, de Valentín Solórzano; *Guatemala, el largo camino a la modernidad*, de Alfredo Guerra Borges, y *Características del proceso productivo y agroindustrial del azúcar*, de Edgar Iván Pineda Zea.

Según la historia, capitalistas guatemaltecos y extranjeros fomentaron un dinámico desarrollo de la industria azucarera. En 1904 la siembra de caña abarcaba aproximadamente 15,000 hectáreas en unas 1,200 fincas. Ese año la producción fue de 326,000 quintales de azúcar y 185,000 cargas de panela.

Las principales fincas involucradas en este proceso productivo eran Pantaleón, perteneciente a la empresa Herrera y Compañía; Los Cerritos, de Samayoa Hermanos; Santa Cecilia, de Aparicio e Hijos; Concepción, de la Compañía Hansiática Alemana; Chocolá, de la Compañía Hamburguesa, y Chitalón, de Zollikofer. Los agricultores que dirigían estas empresas establecieron las bases de la industria azucarera.

Sin embargo, hasta finales de la década de los treinta la panela fue uno de los principales productos de la caña. A partir de 1950 cobró importancia la relación caña-azúcar, cuando empezó el procesamiento propiamente fabril de la caña. La demanda externa aumentó y la industria se desarrolló significativamente en la costa sur.

¿Qué papel jugó la producción de caña para el avance de este proceso?

La producción cañera es básica en el proceso de modernización del agro con destino a la producción industrial azucarera. Los departamentos con mayor producción de caña son Escuintla, Suchitepéquez y Retalhuleu, pero la mayor concentración de cultivo se obtiene en Escuintla, donde durante el período comprendido entre 1950 y 1978 se triplicó la superficie cultivada.

Los ingenios empezaron a funcionar como industrias fabriles propiamente dichas durante el período 1944-54 y se fueron transformando en refinerías industrializadas, con un alto grado de consistencia. El proceso de modernización agrícola, iniciado en 1960, permitió a los ingenios convertirse en empresas agroindustriales, que se consolidaron durante la década 1970-80, en la que se crearon condiciones favorables para la inversión de capitales en el sector azucarero. El desarrollo de los ingenios fomentó sustancialmente la producción cañera, como actividades coadyuvantes y paralelas de un mismo fenómeno agroindustrial.

Ingenio Los Tarros 

“DESDE EL AIRE,
LAS PLANTACIONES CAÑERAS
DE LA COSTA SUR PARECEN
UN MAR VERDE...”

RICARDO MATA

Ingenio La Unión 



Capítulo VI
Los ingenios, islas dentro de un mar verde

Ricardo Mata, sobresaliente fotógrafo guatemalteco, ha captado el proceso evolutivo del azúcar en el país, reflejado en instantáneas que muestran cómo eran las áreas de operaciones de esta industria hace tres décadas y cómo son actualmente. Sus más recientes trabajos le han permitido percibir espectaculares escenarios en los cuales la naturaleza y el desarrollo productivo se conjugan idealmente, como lo expresa en esta entrevista.

En 1970, usted captó fotografías de todos los ingenios de Guatemala, como parte de un trabajo para ASAZGUA. En 2004, de nuevo fotografió los ingenios del departamento de Escuintla. ¿Qué variaciones observó entre una y otra época?

El cambio es grande y las zonas cultivadas se han extendido enormemente. Hace treinta años, los ingenios eran pequeñas islas alrededor de una extensión relativamente pequeña de caña. Ahora están rodeados por grandes extensiones de siembra de caña, lo que causa la impresión de que existe un mar verde en las plantaciones cañeras.

Cuando se vuela sobre los ingenios se observa la limpieza en ellos, y la jardinzación de la gran mayoría. Es impresionante cómo ha crecido la extensión de terreno en la siembra de caña. Las instalaciones de cada ingenio también han sido modernizadas, para estar al día con los cultivos y la producción cañera.



¿Qué otros aspectos le llaman la atención de los ingenios azucareros?

Los ingenios se ven como fábricas que perfectamente podrían estar localizadas en la ciudad, con vías de acceso y una adecuada forma de conducir el tránsito. Se observa la organización que tiene cada planta, y ello deja una impresión muy positiva, por la inversión y el esfuerzo para mejorar su productividad. Creo que la gran mayoría de ingenios ha implementado filtros contra las emanaciones, porque durante la zafra, en el tiempo de producción, vi el humo de las chimeneas un poco más claro que en el pasado.

¿Qué resalta de los ingenios desde el punto de vista fotográfico?

Semejan islas dentro de un mar verde. Visitar algunos de estos ingenios es como estar perdidos en el mar y llegar a una isla que tiene todos los servicios imaginables. Se ven como pequeñas ciudades establecidas dentro de esa gran extensión de siembra de caña.

¿Qué impresión le causó el Ingenio La Unión en su más reciente toma de fotografías?

La Unión y Los Tarros tienen una muy clara y positiva visión de lo que se produce en su interior. En ambos, después del vuelo fotográfico, tuve oportunidad de caminar y visualizar el ingenio desde abajo, y me sorprendió el grado de tecnificación. En ambos observé cómo aplican vitamina “A” al azúcar, proceso que como sabemos es de beneficio nacional, especialmente para la niñez.

¿Qué le atrajo del Ingenio Los Tarros?

Si uno no es experto en azúcar, puede parecerle que Los Tarros y La Unión son prácticamente iguales, pero Los Tarros, por ser un poco más pequeño, causa la impresión de ser un pueblito muy bonito, o un juguete limpio y ordenado.

Cuando hice mi primer vuelo fotográfico, en 1970, los ingenios no tenían estanques de agua para refrigeración, pero actualmente la gran mayoría tiene grandes estanques con fuentes, para regenerar y enfriar el agua.

¿Qué rol juegan los ingenios en el departamento de Escuintla?

Actualmente escribo 22 libros, uno sobre cada departamento de Guatemala. Para elaborar el que corresponde a Escuintla, me acerqué a los ingenios con el propósito de ilustrar sus actividades, que son muy significativas para la economía nacional. Cuando uno imagina la cantidad de empleos que generan, toma conciencia de la importancia socioeconómica que el azúcar tiene para Guatemala.

Otro hecho positivo es que los ingenios poseen vehículos que transitan en forma constante por las carreteras de la costa sur, recogiendo cuidadosamente la caña que va cayendo de los carretones, y limpiando las áreas por donde éstos pasan. Si no fuese así, cada semana veríamos miles de cañas aplastadas en la carretera.

Capítulo VII
Estudios arqueológicos revelan importancia estratégica de Cotzumalguapa

El connotado científico guatemalteco René Johnston, quien se dedica al estudio de la arqueología histórica y prehispánica, elaboró un informe sobre el área arqueológica de Cotzumalguapa. Johnston es licenciado en Historia y en Arqueología, graduado en la Universidad del Valle de Guatemala. Miembro numerario de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala, ha realizado su trabajo arqueológico en obras de Santa Lucía Cotzumalguapa, donde elaboró su tesis de arqueología, basada en estudios de los sitios de El Baúl y Los Tarros. Es autor de libros y artículos sobre esa zona. Este es su informe:

«Uno de los centros arqueológicos más importantes de la costa sur de Guatemala se localiza precisamente en la región de Cotzumalguapa, Escuintla. Esta región ha tenido asentamientos humanos desde hace milenios, debido a una serie de privilegios que pocas áreas de Guatemala tienen.

Cotzumalguapa goza de un terreno muy fértil, con unas condiciones climáticas favorables y una precipitación pluvial mayor que la del resto del país. Su situación geográfica es muy estratégica, ya que por ella pasan y han pasado (desde siglos antes de nuestra era) rutas comerciales que la unen con el resto de Mesoamérica (hacia el oriente y poniente), con el altiplano hacia el norte y hacia el sur, con la costa del Pacífico. Esta misma situación geográfica logró que, a través de la historia, se establecieran allí importantísimos asentamientos humanos y ciudades que controlaban el paso e intercambio de bienes y personas. En las épocas prehispánica y colonial funcionaron varias ciudades y pueblos que, precisamente, aprovecharon esas circunstancias.

En la finca El Baúl, vecina a Los Tarros, se observa la denominada Estela C, representación de El Jaguar, dentro del Museo Cultura Cotzumalguapa, en la jurisdicción municipal de Santa Lucía Cotzumalguapa.



La mayor de ellas fue la cultura Cotzumalguapa, que floreció del período preclásico al final del período clásico (250 d.C. a 900 d.C.), siendo el clásico tardío la época de su mayor esplendor y en la que se desarrollaron los sitios mayores. Éstos formaron una sola gran ciudad, de unos seis kilómetros cuadrados, cuyos restos importantísimos aún quedan. Hoy, ya se sabe que el área nuclear comprendía lo que ahora son los sitios de El Baúl, Bilbao y El Castillo (localizados a unos tres kilómetros al sur de Los Tarros), los cuales funcionaban juntos. Sus asentamientos se extendían a través de toda la planicie y hasta la parte baja de la boca costa y éstos desaparecieron posiblemente entre 1000 y 1100 d.C. De esta cultura se ha logrado localizar gran cantidad de esculturas (unas de gran tamaño), con un estilo particular y característico de la región. Éstas consisten principalmente en figuras humanas talladas en bajorrelieve o de bulto, y su simbología a menudo está asociada con el juego de pelota y con la muerte. La cultura Cotzumalguapa era mesoamericana y, como tal, compartía rasgos comunes con las demás culturas de Mesoamérica, pero no eran mayas.

Al desaparecer esa gran cultura vinieron otras a ocupar el territorio. A partir del 800 al 1000 (no se sabe exactamente) se establecieron emigrantes pipiles (posiblemente asociados con el altiplano mexicano). Éstos estaban principalmente asociados con el cultivo del cacao y el algodón. Existe extensa evidencia documental colonial que los identifica como hablantes de un idioma nahuatl o “mexicano” y estaban asentados en distintos pueblos de la región. Estos desaparecieron y no existe evidencia de ellos desde el siglo XIX. Es posible que hayan sido absorbidos por la población local.

A finales del período posclásico tardío (posiblemente a finales del siglo XV) parte de la región fue ocupada por cakchiqueles de Iximché, quienes mantuvieron constantes guerras contra los pipiles. Para la época de la conquista, la región estaba fraccionada entre asentamientos pertenecientes a ambas culturas.

Después de la conquista española y durante la colonia, se consideró a ésta como una región muy importante. Dada su cercanía a Santiago de Guatemala (hoy conocida como La Antigua, pero en ese entonces, la capital del Reino), desde principios del siglo XVI se encomendó la región a los personajes más importantes, tales como Diego de Alvarado (hermano de don Pedro) y otros importantes conquistadores. A la familia del cronista Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán también le fueron encomendados varios pueblos de la región.

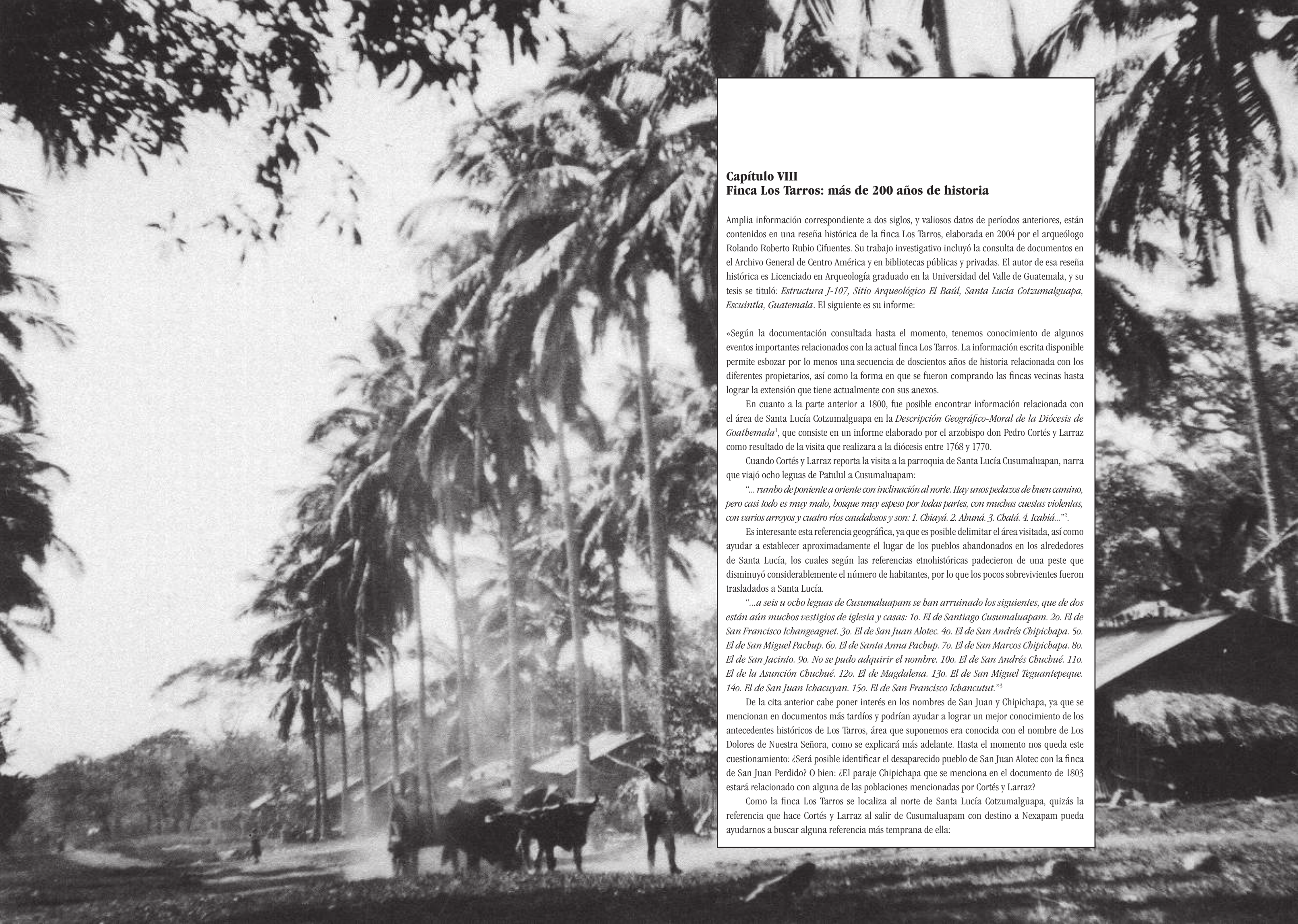
Para finales del siglo XVI y principios del XVII, la Orden Franciscana fundó varios pueblos en la región, algunos posiblemente sobre sitios prehispánicos. El pueblo principal era Santiago Cotzumalguapa (del que aún existen ruinas de la iglesia y del convento, localizado en la finca El Baúl). Este pueblo era cabecera, y de él dependían otros siete pueblos de la región, entre ellos San Juan Aloteque, hoy conocido como San Juan Perdido (localizado en lo que es hoy el cementerio); San Francisco Ichangüegüe (ruinas que aún existen y que están localizadas al oeste del casco de la finca, en el lindero con Pantaleón), San Andrés Tepechapa (posiblemente localizado en lo que es hoy el casco de Los Tarros), Santa Lucía y otros pueblos. Todos ellos han desaparecido, excepto este último.

En la región aún se pueden encontrar restos de los asentamientos arriba descritos. En el sitio de El Baúl está localizada la acrópolis; al este y sur de éste están los sitios de Bilbao y El Castillo. En la finca La Giralda (en un sitio que está sobre el camino hacia Yepocapa y que colinda con El Tigre) hay un gran sitio llamado Palo Verde. Este asentamiento cuenta con grandes edificaciones, pirámides, plazas, estelas y otras esculturas de gran tamaño. Algunas están expuestas en el Museo de Arqueología de la ciudad de Guatemala.

En toda la región hay restos de construcciones y de asentamientos y, sobre la superficie, son muy comunes y abundantes los artefactos como cerámica, obsidiana, piedras de moler, etc. Debido a la riqueza arqueológica de la región, es posible que en la finca Los Tarros también se encuentren artefactos y restos de las culturas y civilizaciones que han ocupado la región a través del tiempo.

En Cotzumalguapa se han realizado exploraciones arqueológicas desde mediados del siglo XIX hasta la fecha, principalmente en las fincas El Baúl y Pantaleón, Las Ilusiones y Versalles (El Tigre). En Los Tarros nunca se han llevado a cabo trabajos sistemáticos de arqueología. Se sabe que Eric Thompson, quien visitó la finca en 1948, informó sobre la existencia de una escultura (una cabeza humana dentro de un pico de loro de 41 cm. de alto) que estaba frente a la casa patronal. No se conoce otra. Por lo tanto, se podría decir que Los Tarros es un área virgen en ese tipo de investigaciones.

Es posible que, debido a la localización de la finca Los Tarros, ésta haya formado parte de las distintas culturas y asentamientos que existieron en la región en las diferentes épocas. Esa es la hipótesis que hay que comprobar.»



Capítulo VIII

Finca Los Tarros: más de 200 años de historia

Amplia información correspondiente a dos siglos, y valiosos datos de períodos anteriores, están contenidos en una reseña histórica de la finca Los Tarros, elaborada en 2004 por el arqueólogo Rolando Roberto Rubio Cifuentes. Su trabajo investigativo incluyó la consulta de documentos en el Archivo General de Centro América y en bibliotecas públicas y privadas. El autor de esa reseña histórica es Licenciado en Arqueología graduado en la Universidad del Valle de Guatemala, y su tesis se tituló: *Estructura J-107, Sitio Arqueológico El Baúl, Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla, Guatemala*. El siguiente es su informe:

«Según la documentación consultada hasta el momento, tenemos conocimiento de algunos eventos importantes relacionados con la actual finca Los Tarros. La información escrita disponible permite esbozar por lo menos una secuencia de doscientos años de historia relacionada con los diferentes propietarios, así como la forma en que se fueron comprando las fincas vecinas hasta lograr la extensión que tiene actualmente con sus anexos.

En cuanto a la parte anterior a 1800, fue posible encontrar información relacionada con el área de Santa Lucía Cotzumalguapa en la *Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala*¹, que consiste en un informe elaborado por el arzobispo don Pedro Cortés y Larraz como resultado de la visita que realizara a la diócesis entre 1768 y 1770.

Cuando Cortés y Larraz reporta la visita a la parroquia de Santa Lucía Cusumaluapam, narra que viajó ocho leguas de Patulul a Cusumaluapam:

“... rumbo de poniente a oriente con inclinación al norte. Hay unos pedazos de buen camino, pero casi todo es muy malo, bosque muy espeso por todas partes, con muchas cuestras violentas, con varios arroyos y cuatro ríos caudalosos y son: 1. Chiayá. 2. Abuná. 3. Chatá. 4. Icabíá...”².

Es interesante esta referencia geográfica, ya que es posible delimitar el área visitada, así como ayudar a establecer aproximadamente el lugar de los pueblos abandonados en los alrededores de Santa Lucía, los cuales según las referencias etnohistóricas padecieron de una peste que disminuyó considerablemente el número de habitantes, por lo que los pocos sobrevivientes fueron trasladados a Santa Lucía.

“...a seis u ocho leguas de Cusumaluapam se han arruinado los siguientes, que de dos están aún muchos vestigios de iglesia y casas: 1o. El de Santiago Cusumaluapam. 2o. El de San Francisco Ichangeagnet. 3o. El de San Juan Alotec. 4o. El de San Andrés Chipichapa. 5o. El de San Miguel Pachup. 6o. El de Santa Anna Pachup. 7o. El de San Marcos Chipichapa. 8o. El de San Jacinto. 9o. No se pudo adquirir el nombre. 10o. El de San Andrés Chuchué. 11o. El de la Asunción Chuchué. 12o. El de Magdalena. 13o. El de San Miguel Teguatepeque. 14o. El de San Juan Ichacuyan. 15o. El de San Francisco Ichancutut.”³

De la cita anterior cabe poner interés en los nombres de San Juan y Chipichapa, ya que se mencionan en documentos más tardíos y podrían ayudar a lograr un mejor conocimiento de los antecedentes históricos de Los Tarros, área que suponemos era conocida con el nombre de Los Dolores de Nuestra Señora, como se explicará más adelante. Hasta el momento nos queda este cuestionamiento: ¿Será posible identificar el desaparecido pueblo de San Juan Alotec con la finca de San Juan Perdido? O bien: ¿El paraje Chipichapa que se menciona en el documento de 1803 estará relacionado con alguna de las poblaciones mencionadas por Cortés y Larraz?

Como la finca Los Tarros se localiza al norte de Santa Lucía Cotzumalguapa, quizás la referencia que hace Cortés y Larraz al salir de Cusumaluapam con destino a Nexapam pueda ayudarnos a buscar alguna referencia más temprana de ella:

“Desde el pueblo de Cusumahuapam hasta el de Nexapam hay diez leguas y media, rumbo de sur a norte; ...se cruzan varios arroyos y los ríos siguientes de poco caudal: 1o. Río de San Juan. 2o. De los Tarros. 3o. Chiatulyá. 4o. Río Grande...”⁴

La mención del río Los Tarros nos puede dar una vaga idea de que quizás Cortés y Larraz pasó por la actual finca en su viaje entre 1768 y 1770. Como referencia visual a estas suposiciones se presenta un mapa del departamento de Zacatepéques (sic) elaborado en 1832 por Manuel Rivera Maestre, en el cual se observa en el extremo inferior izquierdo, tres pequeños volcanes y en el lado poniente de su base las poblaciones de Apocapa, Acatenango y Nejapa, algunas de ellas mencionadas en documentos que se presentarán más adelante, siendo actualmente Apocapa conocido como Yepocapa, municipio del departamento de Chimaltenango; Acatenango, también municipio de Chimaltenango, y Nejapa, una aldea del municipio de Acatenango.

Dentro de la información obtenida por documentos en el Archivo General de Centro América se ha podido establecer que en 1803 se procedió a realizar la medición de las tierras que pertenecieron al doctor don Manuel Francisco Ortiz de Letona o a su hermano Pedro Baltasar, las cuales hasta antes de la fecha del documento citado fueron posesión de don Nicolás Jacinto.

Al inicio del documento se menciona el área con el nombre de paraje Chipichapa. Sin embargo, después se hace mención del área, en el mismo documento, como Los Dolores de Nuestra Señora y aun se explica con el alias Los Tarros: “...sitio nombrado Los Dolores de Nuestra Señora, alias Los Tarros, el cual presentaba una extensión de diecinueve caballerías con ciento siete y dos tercios de cuerda”.⁵

Al final de dicho documento, ya para octubre de 1803, se recomendó a la corona española que se procediera a la venta del terreno al mejor postor, quien parece haber sido el presbítero don Manuel Rendón⁶, y realizó la integración de la finca vecina, llamada San Juan Perdido, ya que hay mención a un documento librado por el gobierno español en el que consta que para 1804 las haciendas Los Tarros y San Juan Perdido son de un mismo propietario y tenían una extensión de cuarenta y dos caballerías y doscientas treinta y tres cuerdas.

En 1833, el licenciado don José Azmitia le compró a don Clemente Castañeda dos caballerías y media vecinas, situadas en las márgenes del río Chatulyá, las cuales fueron agregadas a las haciendas Los Tarros y San Juan Perdido.

En 1842, el licenciado don José Antonio Azmitia y los hermanos doña María Francisca y don Mariano Rendón, heredaron de su hermano, el presbítero don Manuel Rendón, las haciendas Los Tarros y San Juan Perdido, cuya extensión se había incrementado a cuarenta y cuatro y media caballerías, con doscientas treinta y tres cuerdas.

En 1856 adquirió la finca don Máximo Girón, de don José Antonio Azmitia y los hermanos Rendón. Quizás lo más interesante de este documento es que se presenta un inventario de los bienes de la finca:

“Que á la fecha la prenotada finca cuenta entre los bienes que le corresponden, dos casas y varios ranchos, todos cubiertos de ojas, algunos corrales de madera, cercas de piedra que forman el potrero de Santiago, un trapiche de bueyes con dos ternos de bronce, tres peroles grandes y uno pequeño, y los demás útiles necesarios para la elaboración de panela: veintiséis mulas aparejadas é igual número de bueyes: ocho vacas y un toro, y tres yeguas y dos caballos” (sic).⁷

En los documentos posteriores ya no se realiza mención alguna de don Máximo Girón, sino de don Andrés Girón y Compañía. Es posible que Andrés Girón tuviera alguna relación de parentesco con don Máximo, pero no se puede establecer, ya que Andrés Girón y Compañía representaba a doña María y don Luis Aparicio, quienes por no poder cubrir una deuda de cinco mil cuatrocientos noventa y nueve pesos con cuarenta y ocho centavos a doña Dolores Cladera de Sinibaldi y a su menor hija Jesús Sinibaldi, se procedió al embargo de la finca en 1882.

En el primer remate de la finca, a fines de 1882, parece que don Luis Aparicio intentó adquirir nuevamente la finca, pero la negociación no fue aprobada y se procedió a un nuevo remate en el cual don Mariano Cruz ofreció la cantidad de diez mil pesos, al contado, “...para pagarla cuando se le otorgue la escritura de propiedad...”.

El día señalado para el pago, en enero de 1883, don Mariano Cruz cedió la propiedad al general Justo Rufino Barrios, quien se constituyó en el nuevo propietario de la finca. No hay

mayor referencia de la finca en el documento de compraventa, ni en ninguna de las otras fuentes consultadas hasta el momento.

En 1902, don Luciano Barrios⁸ solicitó que se procediera a una medición completa de la finca Los Tarros. Es importante hacer referencia a la carta de solicitud presentada por don Luciano, ya que por medio de ella se puede establecer que la finca fue incrementando su tamaño por la compra de fincas vecinas, todas ellas bajo la denominación de Los Tarros:

“Luciano Barrios, mayor de edad, casado, agricultor, de este domicilio, ante Ud. respetuosamente expongo: que soy dueño de una finca rústica situada en jurisdicción de Santa Lucía Cotzumalguapa del departamento de Escuintla, compuesta de un lote principal llamado “Los Tarros” y de otros anexos que son: “El Verde” o “Chatulyá”, “San Juan Perdido”, y un terreno sin nombre, de ocho caballerías, que fue originalmente titulado a favor del difunto General Sr. Don J. Rufino Barrios. Deseando poseer una medición general de todos esos terrenos, que hoy son conocidos bajo la denominación común de “Los Tarros” ...”⁹

Dentro del documento que contiene los resultados de esta gestión se incluye un plano firmado por Luis C. Samayoa, fechado el 21 de julio de 1902. En éste, además de presentarse las colindancias con fincas vecinas, se hace detallan los ríos, un arroyo, así como a los caminos que de Santa Lucía Cotzumalguapa conducen a Yepocapa y a La Antigua Guatemala, localizándose esta última bifurcación dentro de la finca Los Tarros. También se detalla las instalaciones de la finca, como la ranchería, los almacenes, la casa de habitación, el trapiche, un estanque y un beneficio de café. Es interesante notar que en los límites al sur de la finca hay dos caminos que conducen a Santa Lucía Cotzumalguapa, y a los lados tiene cada uno una iglesia arruinada, las cuales podrían tener alguna relación con las poblaciones abandonadas que menciona Cortés y Larraz en su escrito entre 1768 y 1770. Se adjunta una copia de este plano de 1902.¹⁰

En 1909 don Luciano Barrios compró a don J. Antonio Marroquín, quien representaba a su esposa, doña María Morales, la finca Las Marías, parte de la finca Palo Verde. En la documentación se aclara que la certificación relativa a impuestos fiscales aparece aún a nombre de don Secundino Morales, por tratarse de una división muy reciente de la finca Palo Verde.

En septiembre de 1923, al morir don Luciano Barrios, dejó en herencia la finca Los Tarros a su hija Lucila, y en enero de 1924, se encuentra un documento por medio del cual doña Lucila Barrios y Barrios de Aparicio, acompañada de su esposo, don José Vicente Aparicio, realizó un acto de donación de la finca Los Tarros a sus hijos Francisca, José Luis, Olga y Graciela.

El 31 de marzo de 1950 se realizó la escritura de promesa de compraventa de la finca Los Tarros y el anexo Las Marías por parte de los hermanos Aparicio Barrios, únicos socios de la sociedad Aparicio Hermanos, a don José García Paniagua y doña Anny Cottone Raphael de García. El 24 de abril del mismo año se realizó la escritura de compraventa. Esta transacción comercial fue de carácter mixto, ya que el pago se realizó en efectivo y con tres casas o chalets que estaban en el área de Tívoli, actualmente parte de la zona 9 de la ciudad de Guatemala.

El monto de la operación de compra-venta fue de Q245,000, los cuales se distribuyeron de la siguiente forma: Q100,000 en efectivo en el acto de otorgarse la escritura de compraventa, Q80,000 con tres chalets que don José García tenía en Tívoli: Compostela, con un valor de Q30,000; Santoña, con un valor de Q30,000, y Laredo, calculado con un valor de Q20,000. Los hermanos Aparicio Barrios tenían una deuda con el Crédito Hipotecario Nacional por Q40,543.18, la cual asumen los esposos García; y el saldo de Q24,456.82 lo pagaron los esposos García a cuatro años plazo, con un interés del seis por ciento anual, brindando como garantía la hipoteca del chalet Madrid, también situado en Tívoli.»



páginas 48-49
A finales de 1949, las palmeras se erguían aún en la entrada a la finca Los Tarros. Los ranchos habían sido construidos con material rústico. Las carretas de bueyes se utilizaban para distintos trabajos. Por lo quebrado de su terreno, Los Tarros es actualmente el único ingenio en Guatemala que usa bueyes para transportar la caña cortada.

1 1958 Cortés y Larraz, Pedro DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICO MORAL DE LA DIÓCESIS DE GOATHEMALA. Biblioteca “GOATHEMALA”. Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. 2 tomos. Esta obra es muy interesante dentro del campo de la historia de la segunda mitad del siglo XVIII, ya que el arzobispo don Pedro Cortés y Larraz brinda una buena descripción topográfica del recorrido que realiza, complementada con datos demográficos, referencias a parajes, pueblos y otros asentamientos que nos ayudan a la reconstrucción de la forma de vida unos cinco años antes del destructivo terremoto de Santa Marta, en 1773, por el cual se procedió al abandono de la capital de Santiago en el valle de Almolonga, para trasladarla al valle de La Ermita con el nombre de La Nueva Guatemala de la Asunción.

- 2
- Cortés y Larraz, 1958, tomo II, página 287.
- 3
- Cortés y Larraz, 1958, tomo II, páginas 288 y 289.
- 4
- Cortés y Larraz, 1958, tomo II, página 291.
- 5
- Texto que forma parte del plano topográfico realizado por Cayetano Díaz a solicitud de Isidro Pérez.
- 6
- Es importante considerar dentro de esta información que puede presentarse una laguna temporal, ya que según la Monografía del municipio de Santa Lucía Cotzumalguapa, escrita por el doctor Carlos Alfonso González Quezada en 1974, y publicada por la Editorial José de Pineda Ibarra, en el “Libro de Actas de Visitas” de Santa Lucía Cotzumalguapa, página 26, el presbítero Ignacio Rendón fue cura párroco entre los años 1811 a 1814, y dentro de la fecha a que se hace referencia en el documento consultado, 1804, el cura párroco era don Francisco José de Paz (1804-1811). Hay dos elementos que no coinciden, el nombre de Manuel e Ignacio, así como las fechas. Pueden presentarse diferentes razones para explicar esta situación, ya que en algunas oportunidades se presenta en las poblaciones el cargo de coadjutor, o sea como el segundo dentro de la jerarquía de la parroquia. O bien que haya estado párroco de otra comunidad, no necesariamente Santa Lucía Cotzumalguapa, ya que hay poblaciones cercanas como Yecocapa, Acatenango o Nejapa que se relacionan con la finca en algún momento dado de su historia.
- 7
- Parte del texto del documento consultado en el Archivo General de Centro América, proveniente del Tomo de Protocolos de 1856, folios 118 a 124, escritura sin número de fecha 4 de agosto de 1856.
- 8
- Según referencia de Batres Jáuregui, la finca fue heredada a don Luciano de parte de su tío, el general Justo Rufino Barrios. Sin embargo, según doña Olga Aparicio Barrios de Saravia, de 83 años de edad (2003), su abuelo Luciano Barrios recibió la finca como obsequio de parte de su tío, Justo Rufino Barrios, como regalo el día de su graduación, “como premio a su dedicación a los estudios”. Se trató de encontrar una copia del testamento de Justo Rufino Barrios, cuya existencia asevera Batres Jáuregui. Sin embargo, no fue posible encontrarla en los archivos consultados.
- 9
- Cita proveniente de la carta de solicitud presentada por Luciano Barrios en documento del Archivo General de Centro América, con fecha 1902, que en la portada dice: paquete 12, expediente 5.
- 10
- Según información proporcionada por el Ingenio Los Tarros, en 1902 se efectuó la primera inscripción de la finca Los Tarros en el Registro de la Propiedad Inmueble. (Véase fotografía de páginas 22-23).

esta página
Carreta tirada por bueyes para transportar la caña cortada.

página 53
Cabeza de piedra en el Parque La Democracia, Escuintla.



Capítulo IX
Cotzumalguapa y su impresionante riqueza arqueológica

El antropólogo Oswaldo Chinchilla, Curador del Museo Popol Vuh, de la Universidad Francisco Marroquín, afirma que Cotzumalguapa es una región poseedora de una impresionante riqueza arqueológica, de la que sólo se conoce una parte. Doctor en Antropología por la Universidad de Vanderbilt, Estados Unidos, Chinchilla obtuvo los títulos de Licenciado en Arqueología y Licenciado en Química Biológica, ambos por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Elaboró su tesis en torno a los monumentos precolombinos encontrados en Cotzumalguapa, donde ha realizado notables descubrimientos. Sus apreciaciones sobre la importancia arqueológica de la zona están contenidas en la siguiente entrevista.

Desde el punto de vista arqueológico, ¿por qué es significativa la región de Cotzumalguapa?

Durante el período clásico tardío (600-1000 d.C.), allí se desarrolló una civilización muy importante. Evidencias indican que existía toda una ciudad o centro urbano, con construcciones muy grandes, las acrópolis de El Baúl y de Bilbao, al norte de la actual Santa Lucía Cotzumalguapa, con un conjunto muy grande de esculturas —más de doscientas en toda la región—, y un estilo muy peculiar de la zona. En esas esculturas no sólo hay representaciones sino también un sistema de escritura propio de Cotzumalguapa, desarrollado en dicha área.

Esa ciudad era el centro de una red enorme, que posiblemente tuvo suficiente control político para dominar una región muy extensa de la costa. El estilo de escultura de Cotzumalguapa se difundió a otras regiones de Guatemala, de modo que se encuentra en una gran parte de la costa y en una parte del altiplano central.

Anterior al período clásico tardío, hubo un desarrollo muy prolongado. Desde unos 600 u 800 años a.C. hasta la época del nacimiento de Cristo, hubo en Cotzumalguapa una civilización local desarrollada. La primera estela con una fecha impresa mediante un sistema de escritura fue encontrada en la finca e ingenio El Baúl, data del año 37 d.C. y es la más antigua que se conoce en Guatemala. En el área que comprende las fincas El Barco y San Felipe, al sur de Santa Lucía Cotzumalguapa, hay una escultura en piedra de un venado magistralmente tallado, que mide alrededor de 1.85 metros de ancho por 1.20 de alto. Sin duda alguna, Cotzumalguapa es una de las principales zonas arqueológicas de Guatemala.

De acuerdo con la información histórica, ¿cuándo y cómo se pobló Santa Lucía Cotzumalguapa?

La población de Santa Lucía Cotzumalguapa data de miles de años, pero es difícil calcular cuántos, porque no hemos encontrado los restos de las poblaciones más antiguas. Aún no se sabe si sus primeros pobladores eran mayas o miembros de otras culturas, pero se ha determinado que, en la época de la conquista española, los indígenas mexicanos (pipiles) habitaban allí, como en otras partes de la costa. No sabemos cuándo los pipiles emigraron hacia la costa de Guatemala, pero existen hipótesis de que pudo ser en el período clásico, 500 años d.C. Según otras teorías, llegaron a esa zona unos 1,100 ó 1,200 años d.C.

En el área también había cakchiqueles. Según indicios documentales, el reino cakchiquel de Iximché (Tecpán), se



expandió, conquistó dicha región, y una parte de su gente se estableció allí, pese a que la zona era predominantemente pipil. Es probable que su objetivo fuese cultivar el cacao, producto importante en esa área.

¿Qué construcciones han sido encontradas?

Las construcciones eran muy variadas. Incluyen las grandes estructuras encontradas en las fincas Bilbao y El Baúl, edificios monumentales por su tamaño y la calidad de su construcción. Muchas de ellas eran de tierra, con revestimientos de piedra, y en algunos casos se han encontrado escalinatas de piedra tallada y patios empedrados. En general, la arquitectura de construcciones monumentales, como templos y palacios, tenía un recubrimiento de piedra.

Se ha encontrado un conjunto de calzadas que comunican sitios como Bilbao con El Baúl, y se extienden hacia áreas periféricas. Son avenidas de piedra, y la más grande que se conoce tiene unos catorce metros de ancho y una longitud de tres kilómetros. Otras construcciones descubiertas consistían en conjuntos habitacionales, unos de ellos con estructuras bien elaboradas. Se conoce por lo menos una cancha para el juego de pelota.

¿Qué ciudades o poblados constituían Santa Lucía Cotzumalguapa?

La zona nuclear urbana de Cotzumalguapa estaba formada por los sitios de Bilbao, El Baúl y El Castillo (al norte de la actual Santa Lucía), y alrededor de ellos había más de diez kilómetros cuadrados de asentamientos. En otros sectores había sitios que formaban parte del mismo sistema de asentamientos. Los más importantes eran Palo Verde, al norte de Los Tarros, a la par de la finca El Tigre, y Aguná, al suroeste, en la finca ahora denominada Cañaverales del Sur. Hay muchos sitios más pequeños, formados por una plaza con montículos alrededor. Por ejemplo, el de Ajashá, cerca del Ingenio La Unión. También los hay en la finca San Isidro Buena Vista, así como al norte de la finca El Baúl y en el área del Ingenio Pantaleón.

Entre las obras de ingeniería, ¿qué puentes son considerados característicos de esa región?

No conocemos muchos puentes en la arqueología de Mesoamérica, pero en esta zona de Cotzumalguapa se han encontrado algunos. Uno de ellos, muy grande, está sobre el río Santiago, que nace cerca del Ingenio Los Tarros, corre al sur y se une con el río Cristóbal en Santa Lucía. De ese puente se conservan sólo los cimientos. Los muros de los cimientos recorren el río en unos treinta metros, es decir que era un puente bastante ancho. Estaba construido de material perecedero, que pudo ser madera, y que ha de haber salvado la parte del río, a una altura de seis o siete metros sobre su nivel. Otros pequeños puentes fueron muy bien conservados, como el puente Thompson, al norte del sitio de El Baúl y en dirección al suroeste de Los Tarros, todo de piedra.

¿Qué cantidad de ceniza puede haber sobre

Santa Lucía Cotzumalguapa al día de hoy?

Es difícil calcular qué cantidad de ceniza pueda haber sobre Santa Lucía, pero las erupciones del Volcán de Fuego han ido depositando un gran volumen de material transportado por el aire. Por esta razón no son fácilmente visibles estructuras arqueológicas como calzadas, ya que están enterradas por completo, a una profundidad que puede oscilar entre diez centímetros y un metro con veinte centímetros. Hemos encontrado estructuras enterradas a casi dos metros. De alguna manera, los suelos formados por las erupciones protegen las estructuras encontradas, pero éstas no se ven y la impresión superficial es de que es un área plana, pese a que, de hecho, hay mucha arqueología enterrada.

¿Cuándo se comenzaron a realizar estudios

arqueológicos en la zona de Santa Lucía?

A partir de 1860 se descubrieron las esculturas, especialmente en la finca Bilbao. Entre 1870 y 1880, el Museo Etnográfico de Berlín, Alemania, se interesó mucho en este tema y envió arqueólogos a realizar trabajos, extrajeron esculturas y se llevaron unas treinta piezas para exponerlas. Después de ello no ha habido mucha investigación arqueológica moderna y profesional. Sin embargo, en

la década de los cuarenta, el experto Eric Thompson dirigió un trabajo en la finca El Baúl, y en los sesenta, otro arqueólogo norteamericano, Lee Parsons, realizó uno en Bilbao. Todos los demás trabajos han sido pequeños. Empecé a investigar esa zona en 1994, y hemos tenido temporadas de campo que nos han permitido conocer en parte el sistema de asentamientos, determinar la extensión y la conformación del núcleo urbano, descubrir las calzadas, trazar el sistema de calzadas de la zona, e investigar conjuntos de habitación, incluidas partes de los conjuntos monumentales existentes en la finca El Baúl.

Descubrimos el juego de pelota en El Baúl, y lo último que hicimos fue investigar un taller de obsidiana, cerca de la acrópolis de El Baúl. Los hallazgos demuestran que existía una gran producción industrial de navajas y puntas de proyectil para fabricar lanzas, lo que sugiere que la guerra era una actividad importante para estas poblaciones, aunque probablemente una parte de ese material era utilizado en cacería. Las esculturas encontradas denotan actividad guerrera y sacrificios. La obsidiana era importada de fuentes naturales situadas en el altiplano. No se sabe con exactitud si esos productos servían sólo para el consumo en la propia ciudad, o si eran distribuidos a otros lugares. Hay indicios de que a Cotzumalguapa llegaban cerámica y otros materiales importados desde regiones tan distantes como Petén y el altiplano.

Después de la llegada de los españoles,

¿cómo se desarrollaron las ciudades y qué vestigios hay de ellas?

Cuando ocurrió la conquista, los sitios grandes ya estaban abandonados. La ciudad de Cotzumalguapa, del período clásico, habría sido abandonada, como máximo, en el año 1000 d.C. Sin embargo, esa área no quedó despoblada, pues hay indicios de que vivió gente en la época posclásica. En el tiempo de la conquista, en el siglo XVI, se establecieron allí varios pueblos, el principal de ellos Santiago Cotzumalguapa, que se encontraba en un lugar actualmente llamado El Convento, al sur de El Baúl. El otro pueblo importante y relativamente floreciente por el cultivo de cacao era San Juan Aloteque, denominado ahora San Juan Perdido, donde está el cementerio situado entre El Baúl y Los Tarros. Los pueblos más pequeños, que constituían una especie de dependencias de aquellos, eran: Santa Lucía Cotzumalguapa, San Cristóbal Cotzumalguapa —que se cree quedaba en la finca San Cristóbal, hacia el occidente—, San Francisco Ichangüegüe—al que ahora llaman San Francisco Perdido— y San Andrés Tepechapa —que seguramente quedaba muy cerca de Los Tarros—.

En 2002, en compañía del historiador y arqueólogo René Johnston, hicimos excavaciones en San Juan Perdido y sus alrededores, y encontramos materiales prehispánicos y coloniales. En la zona se cuentan historias sobre las supuestas causas de la desaparición de estos pueblos, una de ellas que fueron invadidos por murciélagos, teoría que, sin embargo, no tiene base científica.

Ese conjunto de poblados siguió existiendo hasta finales del siglo XVII o inicios del siglo XVIII. Después se fue extinguiendo, y sólo quedó Santa Lucía Cotzumalguapa. De acuerdo con evidencias documentales de esa época, la causa de la desaparición de estos pueblos fue que muchos de sus habitantes enfermaron de oncocercosis, un mal endémico de esa región, que causa ceguera y aun afecta a municipios cercanos, como San Pedro Yepocapa, Chimaltenango.

¿Qué información histórica existe acerca de la finca Los Tarros?

Los Tarros, como La Unión, sin duda tienen importancia arqueológica, pero no han sido mayormente recorridos con fines de investigación. Muy cerca del área donde están, encontré el sitio llamado Ajashá, por donde corre un pequeño río del mismo nombre. Esto es en El Barco, una pequeña finca ubicada en la ruta hacia La Unión, próxima a Santa Isabel. En ese sitio hay esculturas arqueológicas. Su descubrimiento se debió a un trabajo de trazo de la distribución del estilo escultórico de Cotzumalguapa. Hice varios reconocimientos, con el propósito de encontrar sitios donde hubiera esculturas, y efectivamente las hay. He oído decir que en Santa Isabel también hay esculturas, pero aún no he entrado allí.

En la parte baja, donde están las playas, hay un sitio arqueológico medianamente grande del período posclásico. Existen indicios de que en esa región pudo haber existido Tehuantepec, que era un pueblo precolonial del período postclásico, y que siguió siendo pueblo en la época colonial. Al norte está el sitio llamado Cristóbal¹, donde existen montículos naturales y prehispánicos.



En relación con el origen de la finca Los Tarros, en el Archivo General de Centro América existe un documento del siglo XVIII en que consta lo que en la época colonial llamaban una composición de tierras. Esto consistía en que los pueblos tenían sus ejidos y, cuando un pueblo se abandonaba, pasaba a pertenecer a la corona española. Eso sucedió con el pueblo de San Andrés Tepechapa, que se despobló, se abandonó y fue objeto de una composición de tierras, procedimiento en el que una persona particular declaraba que existía un terreno baldío que era parte de las tierras de la corona española, y que lo quería adquirir. En el documento existente en el Archivo General consta que fueron medidas las tierras de San Andrés Tepechapa y que pasaron a formar parte de una hacienda llamada Nuestra Señora de los Dolores, o Los Tarros.

En aquellos años, ¿cuál era el comportamiento del río Pantaleón?

El Pantaleón, uno de los ríos que drenan las faldas del Volcán de Fuego, es muy importante para entender la historia de las poblaciones prehispánicas del área. Es un río torrencial, dificulta la comunicación y no es fácil vadearlo. En aquella época las circunstancias se agravaban porque todo el transporte y el comercio se hacía por medio de clamemes, cargadores a pie que llevaban su mercancía en mecapales. Los puntos más aconsejables para vadear el río deben haber sido buscados muy cuidadosamente y, aún así, en algunas épocas ello habrá sido imposible. En tiempo de erupciones el problema se agrava, porque el río arrastra una cantidad impresionante de sedimentos.

El sitio arqueológico de Palo Verde² está situado muy cerca del río Pantaleón, aunque en una parte un poco alta. Cuando excavamos allí, encontramos unas capas de ceniza de muy reciente caída, que aún conservaban el color gris o negro original. Esas capas tenían un grosor de aproximadamente ochenta centímetros. A la primera de ellas, gris o negra, seguía una de tierra, muy delgada. Luego había otra capa de ceniza, más gruesa, y otra de tierra, muy delgada. Debajo de esas capas encontramos las esculturas prehispánicas. Nos preguntábamos si a aquella gente le caía constantemente esa gran cantidad de ceniza, en cuyo caso la situación debió ser muy grave. Es posible que Palo Verde haya sido un punto de comunicación hacia el altiplano, rumbo a Yepocapa, pero es un camino muy difícil, constantemente sujeto a baños de ceniza, obstrucción del río a causa de la ceniza, y un violento proceso de desagiie.

¿Qué registra la historia acerca del llamado Convento de El Baúl?

El Convento de El Baúl era el pueblo de Santiago Cotzumalguapa, que durante la época colonial fue la cabecera principal de la región. Una de las razones de ello fue que allí estaba situada la parroquia o curato, que administraban frailes de la Orden Franciscana, quienes establecieron el convento. No había conventos en todos los pueblos, lo que significa que Santiago Cotzumalguapa tenía cierta categoría religiosa.

Santiago Cotzumalguapa y San Juan Aloteque, el otro pueblo de mayor importancia, estaban separados por sólo dos kilómetros de distancia. Aquí surge la interrogante de por qué los franciscanos no juntaron ambos pueblos a principios de la colonia. Ello sugiere que existía una estructura política prehispánica que reconocía dos pueblos distintos. De hecho, los documentos que hemos encontrado indican que Santiago Cotzumalguapa era un pueblo fundado por los cakchiqueles como parte de su conquista de esa región, mientras San Juan Aloteque era un pueblo más antiguo, habitado por los pipiles.

De acuerdo con listas de tributos de esa época, que obran en nuestro poder, Santiago Cotzumalguapa tributaba mucho más cacao —el producto valioso— que San Juan Aloteque. Todos los pueblos tributaban, pero algunos sólo daban bienes como gallinas y mantas. Eso me hace pensar que Santiago Cotzumalguapa controlaba las mejores tierras productoras de cacao. Es probable que los cakchiqueles se hayan establecido allí buscando el cacao y que hayan expulsado a pobladores pipiles. En la época prehispánica el cacao era muy apreciado como bebida alimenticia, pero además era utilizado como moneda, de manera que eran entregadas mercancías a cambio de una determinada cantidad de cacao. A principios de la época colonial, la importancia del cacao aumentó, porque los españoles lo comercializaron, contando ya con mayores recursos de comunicación y transporte, como animales de carga. A partir de allí, el cacao se empezó a exportar

a mayores distancias. Sabemos, por ejemplo, que los aztecas conquistaron Soconusco, en el estado mexicano de Chiapas, cerca de Ayutla, con el fin de explotar el cacao. Soconusco era una provincia azteca en la época de la conquista española. Aparte del cacao, Santiago Cotzumalguapa tenía cultivos de subsistencia como maíz, frijol, calabazas, chile, y puede que también el algodón haya sido importante.

¿Qué objetos arqueológicos han sido encontrados?

Los objetos arqueológicos más importantes encontrados en la zona de Cotzumalguapa son las esculturas, numerosas, muy variadas en sus tamaños y formas, y muchas de ellas portátiles. También han sido encontrados artículos de cerámica. Un tipo de objeto que atrae la atención son unas ollas enormes llamadas *golón*, una de las cuales fue hallada en el sitio de El Baúl y se encuentra en el Museo Popol Vuh. Esa olla tiene paredes muy gruesas y, aunque no sabemos para qué se utilizaba, estaba cuidadosamente colocada dentro de un pavimento empedrado. Puede ser que estas ollas hayan sido usadas para almacenar algún material o para fermentar bebidas.

¿Qué reliquias existen de la época colonial?

En las excavaciones que hice en compañía de René Johnston establecimos que se puede recuperar poco, particularmente en lo que se refiere a piezas más completas. Hay, sin embargo, cerámicas mayólicas, muy características de esa época. También hay cerámicas vidriadas, restos de tejas y de botijas, que semejan ánforas. Las botijas eran utilizadas para envasar aceites y vinos. En general, los materiales prehispánicos predominan sobre los coloniales. Entre lo prehispánico hay vasijas de cerámica muy bellas.



1 La finca Cristóbal, administrada por el Ingenio La Unión, se denominó anteriormente Hacienda El Pilar.
2 La finca Palo Verde, a que se refiere el entrevistado, se encuentra al lado norte de la finca Los Tarros y el anexo La Giralda, de la finca El Baúl, sin cruzar el río Pantaleón. En el siglo XIX fue anexada a Los Tarros. Al otro lado del río está la actual finca Palo Verde.

En 1976 el autor visitó la finca Las Ilusiones (caracterizada por la existencia de numerosos vestigios arqueológicos) donde dialoga con Ricardo Muñoz, miembro de la familia propietaria. Una parte del área de la finca fue utilizada para construir en 1977 las instalaciones del Centro Escolar Costasur, iniciativa conjunta de Pantaleón y La Unión-Los Tarros, con el respaldo de la Asociación para el Desarrollo Educativo (APDE).

páginas 54-55
Pueblo perdido en Santa Lucía Cotzumalguapa, sobre la carretera asfaltada, en los límites de las fincas Los Tarros y El Baúl.



MÉXICO

GUATEMALA

HONDURAS

EL SALVADOR

NICARAGUA

COSTA RICA

PANAMÁ

Capítulo X
Santa Lucía Cotzumalguapa
en el Diccionario Geográfico de Guatemala

En 1981, el Instituto Geográfico Nacional editó el *Diccionario Geográfico de Guatemala*, mediante una compilación crítica realizada por el experto Francis Gall. Las siguientes son algunas de las principales referencias a Santa Lucía Cotzumalguapa en esa obra.

SANTALUCÍA COTZUMALGUAPA. Municipio del departamento de Escuintla. Municipalidad de 2a. categoría. Área aproximada: 432 km². Nombre geográfico oficial: Santa Lucía Cotzumalguapa. Colinda al norte con Yepocapa (Chimaltenango), al este con La Democracia, Siquinalá y Escuintla (Escuintla); al sur con La Gomera y Tiquisate (Escuintla); al oeste con Tiquisate (Escuintla) y Patulul (Suchitepéquez).

En el centro del poblado y en el cruce de la carretera departamental *Escuintla 11* son 370 metros sobre el nivel del mar, latitud 14° 19' 54", longitud 91° 01' 30". Del lado sur de la cabecera por la carretera internacional del Pacífico CA-2 rumbo este-sureste son unos 7 kilómetros a la cabecera municipal Siquinalá y de allí aproximadamente 25 kilómetros al este a la cabecera departamental municipal de Escuintla. Cuenta también con caminos, roderas y veredas que unen a sus poblados y propiedades rurales entre sí y con los municipios adyacentes. La vía férrea atraviesa el municipio.

Entre las industrias principales están los ingenios de azúcar, fábricas de aceites de citronela y de té de limón, de hielo, velas y jabones, licores, así como aserraderos, etcétera. Un importante renglón de la economía regional es la crianza de ganado.

Las tribus quichés y cakchiqueles que estaban deseosas de poseer terrenos en clima cálido y disfrutar de sus ricos productos, durante el período indígena, bajaron a la costa, arrojando de allí a los mexicanos o pipiles y apoderándose los mames de Soconusco y otras partes del oeste del país, los quichés de Suchitepéquez y los cakchiqueles de la parte donde en la actualidad se encuentra el municipio. El grado de adelanto que tenía la cultura pipil en la zona está, por ejemplo, en lo que se ha estudiado de los sitios arqueológicos.

La fiesta titular, según datos obtenidos, se ha celebrado en diciembre, siendo el día principal el 13, en que la Iglesia conmemora la festividad de Santa Lucía, virgen y mártir, patrona del pueblo. Que se sepa, dentro del municipio no existe idioma indígena predominante; los aborígenes hablan por lo general quiché y cakchiquel.

El auge de Santa Lucía Cotzumalguapa se ha iniciado a partir de mediados del siglo XIX, contribuyendo sus habitantes a la prosperidad material de que goza hoy en día.

ESCUINTLA





LIBRO DOS
PASADO, PRESENTE Y FUTURO
DE UN ESFUERZO PERMANENTE Y PLURAL

Parte Primera
Cuando todo estaba por hacer

Capítulo I
La audacia de un visionario: José García Paniagua

Don José García Paniagua, cariñosamente llamado don Pepe —copropietario con su esposa, doña Ana María Cottone de García, de la finca Los Tarros, a partir del 24 de abril de 1950—, nació en Retalhuleu el 9 de julio de 1903 y vivió en España con sus tíos, de los tres a los veintiún años de edad. Fue hijo del empresario español Similiano García Campollo y doña Delfina Paniagua. El señor García Campollo, nacido en Frama, Santander, en 1879, fue presidente de la Cámara de Comercio de Guatemala y promovió intensamente las relaciones comerciales con España.

Don José y doña Anny contrajeron nupcias el 10 de mayo de 1930. El acto civil se efectuó a las 5 de la tarde en la Municipalidad Capitalina, y la ceremonia religiosa a las 9 de la noche en la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Del matrimonio García Cottone nacieron dos hijos: Similiano y Lucrecia.

Don Pepe es recordado como un empresario muy trabajador y ordenado, pero en particular audaz, como lo demostró al comprar la finca Los Tarros, en Santa Lucía Cotzumalguapa, en momentos en que las circunstancias políticas del país disuadían de la adquisición de tierras, durante el final del régimen del Presidente Juan José Arévalo Bermejo (1945-51), llamado el *Primer Gobierno de la Revolución*.

No tuve el gusto de conocer a don Pepe. Él falleció en 1967, y yo llegué a la industria azucarera en 1969. La gente lo apreciaba mucho y algunas personas recuerdan que, antes que comprara la finca Los Tarros, administraba una tienda muy conocida en la capital de Guatemala, S. García y Cía., Sucesores. Cuando niño visité esa tienda, aunque no conocí a la familia García. Había unos grandes frascos de vidrio con dulces que hacían agua la boca.

También encontramos referencias sobre la tienda S. García en un relato que aparece en el libro *Ombres contra Hombres*, obra del político y periodista Efraín de los Ríos. Perseguido y encarcelado en tiempos de Ubico (1931-44), De los Ríos cuenta cómo junto al abogado Domingo de León, prisionero con él, escuchaban en su celda las anécdotas de otro recluso, posteriormente fusilado.

«Cuando estábamos almorzando con Domingo de León, llegaba Lionel Arís y apoyándose sobre los caños que bordean la entrada de las bóvedas, nos deleitaba con el relato de sus aventuras personales, cuando capitaneaba la cuadrilla de pequeños gánsters cimarrones que tan alborotada traía a la policía capitalina. El robo donde “Kosak”, el del almacén “García”, el del “Royal Home” y muchos otros, me fueron relatados minuciosamente por el infortunado Arís.»

En el escenario de la historia

Don Pepe era un hombre a quien le gustaba hacer bien las cosas. Cuando él y doña Anny adquirieron la finca Los Tarros, el candidato a la Presidencia, teniente coronel Jacobo Arbenz Guzmán, anunciaba durante su campaña electoral tres proyectos principales de su plan de gobierno: la carretera asfaltada a Puerto Barrios, la planta hidroeléctrica Jurún Marinalá, en Escuintla, y la reforma agraria.

Desde mi llegada a la Empresa, me impresionaron los relatos que escuché respecto a la audacia de don Pepe al iniciar un negocio agrícola y comprar una finca de 35 caballerías (1,600 hectáreas), precisamente el tipo de fincas que eran objetivos del programa de reforma agraria de Arbenz. Pese a ello, don Pepe compró Los Tarros y la empezó a trabajar. El volumen de sus operaciones era pequeño, pero los nuevos administradores la hicieron crecer sustancialmente.

página 60

José García Paniagua, fundador de la Empresa en 1950. Nació en Guatemala, muy joven se trasladó a España, y regresó al concluir sus estudios secundarios.



El Presidente Arbenz promovió la Ley de Reforma Agraria y logró que el Congreso la aprobara, el 17 de junio de 1952, mediante el Decreto 900. Arbenz tenía una finca de cuarenta caballerías (1,800 hectáreas), llamada *El Cajón*, también en el municipio de Santa Lucía Cotzumalguapa, a la que no fue aplicada la reforma agraria mientras él ejerció la Presidencia (1951-54).

He leído al respecto, escrito por quienes ejecutaron la reforma agraria, que los funcionarios de gobierno tuvieron temor de afectar esa finca, justamente por pertenecer a Arbenz. Una vez que Arbenz dejó el poder, el siguiente gobierno, presidido por el teniente coronel Carlos Castillo Armas, continuó la reforma agraria en la zona de Santa Lucía Cotzumalguapa, y parceló esa finca, entregándola en unidades de 28 manzanas (20 hectáreas) cada una, a distintos propietarios. La finca que perteneció a Arbenz aún se encuentra dividida de esa manera, y en cincuenta años ha habido cambios de propietarios de varias parcelas.

El 27 de junio de 2004 se cumplieron 50 años de la renuncia de Arbenz. La prensa nacional reactualizó el hecho y le dedicó reportajes históricos y columnas de opinión. Entre los datos citados se afirma que al amparo de la Ley de Reforma Agraria, medio millón de hectáreas fueron expropiadas, y luego distribuidas entre 100 mil campesinos.

Otras referencias demuestran la coincidencia que se dio entre la campaña electoral de Arbenz y la emisión de manifiestos a favor de una reforma agraria. Por ejemplo, se cita una declaración de un Comité Político Nacional de Trabajadores, que en enero de 1950 emitió un documento denominado *Carta de los Trabajadores*, con la propuesta de que la transformación económica del país se iniciara a partir de una *reforma agraria democrática*.

Ya en el poder, Arbenz demostró hasta dónde era capaz de llegar, cuando disolvió la Corte Suprema de Justicia que dictaminó en contra del Decreto 900. Sin embargo, como resultado de la reforma agraria surgieron disputas por tierras entre comunidades, y conflictos entre industriales, comerciantes y terratenientes. Esos factores le restaron respaldo popular al Gobierno y debilitaron su alianza con importantes sectores económicos y políticos.

Similiano, al borde de la ejecución extrajudicial

Con la reforma agraria en plena gestión, ocurrieron muchas arbitrariedades, una de ellas cuando Similiano manejaba la finca Los Tarros: fuerzas de seguridad llegaron a capturarlo sin que hubiese ninguna razón legal y lo recluyeron en la cárcel de Escuintla. Encontrándose en situación de reo, Similiano estuvo cerca de la muerte. El 22 de junio de 1954 —cinco días después del ingreso a Guatemala de Castillo Armas al frente de un *movimiento de liberación*, y cinco días antes de la renuncia del Presidente Arbenz—, fuerzas arbencistas unieron a Similiano con un grupo de 17 trabajadores capturados en Tiquisate. Estos fueron llevados en un camión, bajados del vehículo en el trayecto a Escuintla y fusilados inmediatamente después en terrenos de la finca Concepción. De acuerdo a los diarios de la época, los cadáveres de algunas de las víctimas del fusilamiento fueron lanzados al lago de Amatitlán.

Similiano se salvó de la matanza gracias a que los jefes de la brigada que dirigían la “operación” lo vieron muy joven —tenía 22 años, recién cumplidos— y lo excluyeron del grupo ejecutado extrajudicialmente. El fragor de la pugna política había sido una de las circunstancias predominantes en la vida del país durante los cuatro años que hasta entonces habían transcurrido desde la compra de la finca Los Tarros por don José García. Cuatro años atrás, también, su primogénito había finalizado sus estudios de bachillerato.

«Mi papá adquirió la finca Los Tarros en días próximos a la Semana Santa de 1950, cuando yo estudiaba el *high school*, o sea el bachillerato, en la San Rafael Military Academy, de San Rafael, California. Fue ese el año en que me gradué. Supe que compró Los Tarros porque yo deseaba ser agricultor y no me gustaba el comercio. Me contó que, en vista de que la familia Herrera era dueña de todas las vecindades de Los Tarros, visitó a don Carlos Herrera Dorión, le preguntó si tenía interés en esta finca y su respuesta fue una negativa tajante. Recordemos que eran los tiempos previos al gobierno de Jacobo Arbenz, cuando la Ley de Reforma Agraria se perfilaba como una espada de Damocles. Durante la plática, mi papá le aseguró a don Carlos que su propósito no era competir en precios con la familia Herrera, y don Carlos sencillamente le auguró mucha suerte.

página 62

José García y Arny de García, a mediados de la década de los sesenta, en la boy centenaria casa-hacienda del Ingenio Los Tarros, utilizada simultáneamente como oficina.

Mi papá mostraba un gran entusiasmo por la agricultura. Le encantaban los cafetales, le agradaba trabajar la caña de azúcar y teníamos un beneficio de panela. Además, tenía ganado y le gustaba mucho esa actividad. Recuerdo que él pasaba todos los fines de semana en Los Tarros, y a veces se quedaba allí todavía el lunes, en tanto yo permanecía a tiempo completo y hacía las veces de administrador de la finca. Mi papá supervisaba las actividades, y yo le consultaba qué inversiones hacer. Trabajábamos en conjunto y de la mano.

Los Tarros producía, en ese inicio de operaciones, entre 600 y 800 cargas de panela, además de unos 600 quintales de café pergamino, y contaba con cerca de 600 cabezas de ganado de engorde. Tuvimos un gran desarrollo tanto en café como en la caña de azúcar, produciendo panela y mieles vírgenes. La producción de café se incrementó, entre 1950 y 1958, de 600 a por lo menos 14,000 quintales pergamino. La producción de panela aumentó a 10,000 ó 12,000 cargas, y después fuimos los más importantes productores guatemaltecos de mieles vírgenes.»

La miel virgen es el jugo que resulta de la caña de azúcar cuando es molida. La finca Los Tarros vendía esa miel a la Central Añejadora, de Santa Lucía Cotzumalguapa, actualmente conocida como DARSA (Destiladora de Alcoholes y Rones, S.A.), perteneciente a los hermanos Alejandro, Jesús, Andrés, Venancio y Felipe Botrán.

En una compañía establecida para producir azúcar lo que se registra es la *contabilidad azucarera*. Entra caña a la fábrica, se le agrega agua, y al final lo que sale es azúcar, melaza como subproducto y bagazo. Por iniciativa de varios ingenios, y con el propósito de exportar la melaza, fue creada la empresa Melazas de Escuintla, que tuvo como su primer Presidente a don Pepe, y como su primer Gerente a James F. McSweeney, actual miembro del Consejo de Administración de La Unión. A la fecha, Melazas de Escuintla sigue trabajando y es muy exitosa.

Entre 1950 y 1967, don Pepe fue el principal responsable de Los Tarros. Similiano lo ayudó a partir de 1951, y después trabajó una temporada en la Fábrica Ducal, en que la familia poseía acciones. En Los Tarros, don Pepe se reunía los fines de semana con varios amigos, entre ellos Alejandro Botrán y algunos de origen español, como Julio Lorenzo. Sus edades oscilarían entre cuarenta y cincuenta años, y existía entre el grupo una gran amistad, según lo he escuchado de un hijo de Alejandro Botrán, el ingeniero Alejandro Botrán Gómez, actual Presidente de la Junta Directiva del Ingenio Santa Ana, y también del hijo de don Julio Lorenzo, economista del mismo nombre, quien fue temporalmente mi jefe en el Banco de Guatemala.

esta página
Reunión de la familia García con amigos. De izquierda a derecha, doña Anny de García; Pilar de Weissenberg y su esposo, Rudy Weissenberg; Ramón Campollo y su esposa, Amparo Codina de Campollo, y José García. Las familias Weissenberg-Campollo eran entonces copropietarias del vecino Ingenio Madre Tierra, también en Santa Lucía Cotzumalguapa.

página 65
Similiano García, tras graduarse en la secundaria en la San Rafael Military Academy, de California, Estados Unidos (1950).



esta página
La finca Los Tarros produjo café, inicialmente bajo el sistema usual en Guatemala de utilizar sombra. Sin embargo, Similiano García, después de viajar a Hawai, desarrolló temporalmente el cultivo de café al sol. En 1973, por segunda vez, principió el cultivo de café al sol, y para asesorar en ese proyecto fue contratado el ingeniero costarricense Belarmino Soto, segundo de izquierda a derecha; luego, de sombrero, el Administrador del Área de Café, quien llegó de Costa Rica para quedarse viviendo en la finca y realizar el trabajo, y Genaro Miranda, Administrador General.

página 67
Don Pepe García examina los cafetales en la finca Los Tarros, alrededor de 1960. La producción cafetalera continuaría hasta 1995.



Oportunidades y amenazas
Luis González Bauer, Presidente de la Junta Directiva del Ingenio Palo Gordo desde 1962, expresa admiración por el espíritu empresarial de don Pepe García.

«Lo destacable es que algunas personas, como en su tiempo fue don Pepe, poseen un espíritu empresarial que les induce a lanzarse en pos de un objetivo aunque no sepan mucho del asunto. Don Pepe tenía un almacén de abarrotes, y de esa actividad a la de finquero hay mucha diferencia, pero a veces son las oportunidades que uno tiene, y las inquietudes mismas de las personas, las que determinan el éxito de una empresa. Don Pepe compró maquinaria azucarera, acaso pensando en que un cambio de actividad le permitiría descansar un poco, y resulta que ahí encontró la oportunidad de crecer empresarialmente. Uno, en su caso, observa los ejemplos de personas que han descubierto el camino que les convenía, y les sigue los pasos como si fuera parte de ellos.»

El ingeniero agrónomo Rodolfo Lambour, Gerente de División de Agroquímicos, S.A., relacionada con la compañía Tecún, S.A., destaca la tendencia innovadora personificada por don Pepe.

«Los Tarros todavía era un trapiche, que producía pequeñas cantidades de panela y un poco de café, pero se sabía del impulso que don Pepe traía para mejorar las cosas. Era sangre nueva en la agricultura. Don Pepe fue un hombre innovador que, después de realizar actividades en el comercio, incursionó en la agricultura con inquietudes de progreso. En busca de una mejor producción de café, los trabajadores de don Pepe volaron la sombra, hicieron un cultivo bastante regulado con una penumbra bien medida, y levantaron los rendimientos tremendamente.»

Similiano, quien habría de heredar de don Pepe la dirección de la Empresa, recuerda el carácter novedoso que en aquel tiempo tuvo esa tecnología agrícola.

«Entre los años 1954 y 1955 supimos que en Hawai se sembraba café al sol en forma intensiva, y realicé un viaje de unos veinte días, no precisamente a las playas sino a las plantaciones de café. Lo que vi me pareció increíble y cuando retorné a Guatemala empezamos a sembrar café al sol, con excelentes resultados. Era todo café al sol con riego aéreo, y lográbamos producciones promedio de 5,000 a 6,000 quintales pergamino por caballería (45 hectáreas cada una).»





Vivencias de los primeros años

Trabajadores de Los Tarros que compartieron vivencias con don Pepe y Similiano en los primeros años de la Empresa, recuerdan siempre algún sencillo detalle, como el que menciona René Reyes, Jefe de Transportes del Ingenio, quien llegó a Los Tarros en 1959.

«En cierta ocasión estaba en la finca Santa Isabel, vecina al Ingenio, como ayudante de Belarmino García, operador de un tractor D4 Caterpillar, cuando llegaron don Pepe García, don Similiano y don Roberto Quintanal, dueño de esa finca. El sol era abrasador, y don Pepe le obsequió su sombrero al operador del tractor, quedándose él con la cabeza descubierta. Admiré el gesto campechano de don Pepe.»

Otros trabajadores, como Arturo Escobar, fueron alcanzados de alguna manera por las tensiones políticas de los años cincuenta. Su relato es el de un hombre nacido en Los Tarros en 1924 y testigo de los primeros esfuerzos de don José García por hacer de la finca la gran empresa agrícola que en efecto llegó a ser, y para la cual Escobar trabajó 38 años, hasta su jubilación.

«Como apoyo al programa de reforma agraria del Presidente Jacobo Arbenz, surgió un grupo político al que me incorporaron en contra de mi voluntad. En cierta ocasión presentamos a don Pepe un pliego de peticiones: agua potable, alumbrado eléctrico y tanques para lavado de ropa. Don Pepe se dirigió al grupo, y ofreció que, tan pronto hubiese una buena producción de café, otorgaría los beneficios solicitados. De hecho, ordenó intensificar los esfuerzos por mejorar la producción. Una de sus instrucciones era que quien viera crecer un tallo de banano sobre los cafetales, debía cortarlo inmediatamente, para permitir que el café fructificara.

En 1954, después de la caída de Arbenz, fui incluido en una lista de trabajadores que debían ser destituidos, porque me consideraban líder político. Sin embargo, no fui retirado, gracias a la intervención de don Similiano, quien había observado desde el principio que me habían involucrado a la fuerza en ese movimiento, y siempre seguí cumpliendo mi trabajo en la fábrica. Él intercedió por mí y convenció a don Pepe, quien de todos modos lo previno y le dijo: *Éste es líder, y si te vuelve a levantar otro movimiento en la fábrica, serás el culpable*. Por supuesto, no fue así.»

En el recuerdo de las circunstancias a veces dramáticas de aquellos tiempos, ocasionalmente surge algún detalle pintoresco, como el que relata el ingeniero químico Otto Kushiek.

«Un día, estábamos reunidos informalmente don Similiano, don Genaro Miranda, algún otro personero y yo. En cierto momento don Similiano me preguntó: *Otto, ¿recuerdas los tiempos de la Revolución, de la reforma agraria, y las amenazas que recibíamos en esos años?* Yo le respondí: *No, don Similiano, no recuerdo nada de eso*. Don Similiano insistió: *Pero usted debe tener presentes los personajes de esa época...* Nuevamente mi respuesta fue: *No, don Similiano, no los recuerdo*. Don Similiano, extrañado, prosiguió: *Otto, ¿acaso no estaba usted cuando vinieron a sacarme del Ingenio Los Tarros, y todo lo que pasamos esa vez?*... Por fin, le respondí: *No, don Similiano, es que cuando eso sucedió, yo no había nacido, o era muy pequeño*. En ese momento, don Similiano, desconcertado, me preguntó: *¿Entonces, qué edad tiene usted?* Y le contesté: *Tengo 27 años*. Don Similiano se me quedó viendo y me dijo sorprendido: *¡No me vaya a decir que cuando usted tenía veintitantos años yo puse en sus manos el Ingenio La Unión para que lo sacara adelante!*... Sólo respondí: *Pues... sí, don Similiano*. Y entonces él dijo, como autorreprochándose: *Pero, ¿en qué estaría pensando cuando hice semejante cosa?*... Hasta ahí esta anécdota, cuya sencilla conclusión acaso sea que la vida me ha hecho madurar rápidamente y salir adelante.»

En efecto, Otto Kushiek tenía 24 años cuando asumió como Jefe de Fabricación de Los Tarros, mismo cargo que tiempo después ejercería en La Unión, dentro de una trayectoria de cerca de tres décadas en la Compañía.

Primeros trabajadores de las oficinas centrales

Trabajadores que contrató don Pepe al instalar las oficinas centrales también llegarían a permanecer durante treinta, cuarenta o cincuenta años, caracterizándose por su estrecha identificación con la Empresa. En el caso de doña Violeta Herman de León de Guzmán, su vinculación laboral con la familia García se extendió a 52 años.

«Aproximadamente en el año 1945, cuando yo tenía 14 años, empecé a trabajar en la abarrotería que fue el origen del Ingenio Los Tarros, recomendada por mi papá a un amigo suyo. Mi primer trabajo fue

como encargada del kárdex sobre existencias de mercadería, y poco a poco fui aprendiendo otras tareas, hasta confiárseme la contabilidad de la finca, pese a que yo no era contadora titulada. Para poder aprobar la carrera y a la vez atender mi empleo tuve que estudiar en la jornada nocturna, en la Escuela Nacional de Ciencias Comerciales.

Cuando don José García compró la finca Los Tarros, fui la primera persona que tuvo a su cargo los controles administrativos. Debía viajar frecuentemente en camioneta del servicio público, de la capital de Guatemala al casco urbano de la finca Los Tarros, y de allí a caballo hacia el bosque, donde se disfrutaba un clima fresco. Don Pepe fue nuestro primer jefe, y de él aprendí casi todo lo que llegué a saber para desempeñar mi trabajo.

Mi vida familiar estuvo estrechamente ligada con mi actividad laboral, por haberme casado con Armando (Guzmán), quien trabajó muchos años en la Empresa. Recuerdo cuando él hacía viajes para transportar las calderas, tarea bastante ardua, entre otras intensas actividades a su cargo. Siempre estuvimos juntos en la lucha y los dos jalamos parejo.»

Como transportista y agente aduanal, en efecto, Armando Guzmán dedicó a la Empresa muchos años de su vida, según él mismo lo relataba meses antes de su fallecimiento, acaecido en enero de 2004.

«Fue por mi esposa, Violeta, que yo me vinculé a Los Tarros. Nos conocimos en 1957, cuando ella tenía unos doce años de trabajar en la Empresa, que fue inicialmente una abarrotería mayorista. Violeta empezó a laborar allí debido a que su papá, un alemán, se quedó sin empleo por razones políticas, motivadas por la segunda guerra mundial.

En 1957, don Pepe le vendió a Julio Maza Castellanos —propietario de *La Puerta del Sol*— la abarrotería que constituyó el origen del Ingenio Los Tarros. Para entonces, ya era dueño de la finca Los Tarros, donde cultivaba café. Con su gran visión, compró maquinaria para ingenio azucarero, empezó a cultivar caña y pronto se percató de que podía estar ante algo así como una mina de oro. Motivado por esa expectativa de superación, poco tiempo después compró maquinaria moderna, y el Ingenio comenzó a crecer.»

Otro trabajador con prolongada permanencia en la Empresa, en su caso cuarenta años, fue René Ozaeta, quien desempeñó por último el cargo de Gerente Administrativo.

«En 1960 trabajaba en la empresa de contabilidad y auditoría del señor Martín Bennett, responsable de las cuentas de compañías grandes de Guatemala. Estaba a cargo de la contabilidad de empresas como Los Tarros. En 1962 me incorporé directamente como trabajador de la finca.

Don Pepe influyó en mi trabajo. Día a día, después de llegar a la oficina, se acomodaba detrás de mí, sentado yo frente a mi escritorio, y revisaba mis operaciones contables. Si observaba algún error, me lo señalaba con el dedo índice y me daba consejos para evitar equivocaciones. Ante esto, opté por revisar todo lo realizado cada día, previo a salir, y el resultado fue un mejoramiento en la calidad de mi trabajo.

Las anotaciones en los libros de contabilidad se escribían a mano, y utilizábamos letra caligráfica, en busca de una mejor presentación. Mi primera decisión consistió en que los comprobantes de ingresos y egresos fuesen colocados en libros, y éstos debían ser empastados. Cierta día, don Pepe recibió la visita de don Fabriciano Pascual, dueño de la Librería Helvetia, a quien le llamó la atención ver libros empastados y por curiosidad preguntó qué contenían. Don Pepe le respondió que en ellos estaban los comprobantes contables de la Empresa, ante lo cual don Fabriciano sonrió y advirtió: *Ya me van a contar cuando vengan los auditores de Rentas Internas...* Don Pepe sencillamente le dijo: *No hay ninguna pena, porque aquí todo se hace legalmente, así que los auditores pueden venir cuando lo deseen*.

De aquello han transcurrido más de cuarenta años, los documentos se siguen empastando y nunca ha habido ningún problema, gracias a ello.»

También en los años sesenta inició su trabajo, en Los Tarros, doña María Elena Cottone de Castroconde, Secretaria Ejecutiva de Similiano, de quien es prima.

«Llegué a trabajar a Los Tarros en 1965, proveniente de la Fábrica Ducal, donde laboré durante cerca de dos años como secretaria, con don Pepe García y su hijo, Similiano. Don Pepe era un personaje increíble, poseedor de una gran inteligencia y una visión admirable, muy vertical, ecuánime, recto, absolutamente definido en todos sus asuntos y con un impresionante *toque de Midas*, porque donde él ponía el ojo, las cosas resultaban bien.»



Reconocimientos públicos

Las virtudes humanas y la capacidad empresarial de don Pepe fueron públicamente reconocidas en múltiples ocasiones, y motivaron interés por conocer su visión, su pensamiento y sus afanes. En la década de los sesenta se publicaba una revista denominada *Guatemala Agrícola e Industrial*, que en varias ediciones incluyó reportajes y entrevistas sobre la labor de don Pepe.

En una de esas publicaciones, el periodista Gerardo Guinea, quien recordaba haber visitado Los Tarros por primera vez en 1950, describió la transformación de esa finca en *algo así como una pequeña estación experimental, en donde se ensayan las diversas variedades de café que mejores condiciones han ofrecido en el país, para su cultivo sin sombra*. El artículo, titulado *Diversificación contra monocultivo*, refiere cómo después don Pepe optó por impulsar la caña de azúcar en forma intensiva.

«Observamos magníficos cañales desarrollándose y también plantaciones hermosas ya muy próximas al corte. POJ, Barbados y PPQK, desde una altura de poco más o menos 3,500 pies sobre el nivel del mar, a unos 1,500, se apretaban gruesas y exuberantes por el plano ligeramente inclinado que es la finca de extremo a extremo.

Don Pepe García, hombre de mucha dinámica, se afanaba, se desvelaba, por salir adelante en la zafra que hacía unas cuantas semanas había principiado...»

El articulista entrevistó a don Pepe cuando recién habían sido suscritos convenios entre Guatemala y Estados Unidos (1959 y 1960), que permitieron a nuestro país entrar al mercado azucarero estadounidense y exportar su primera cuota de 10 mil toneladas. Don Pepe comentó:

“...Si persiste, de parte de los Estados Unidos, el propósito de comprarnos regularmente los excedentes de nuestra producción azucarera, Guatemala ganará mucho en el afianzamiento de su economía, por cuanto que no solamente somos capaces de producir lo necesario para la satisfacción de las necesidades internas, sino de superar los índices de producción que hasta la fecha las propias necesidades nos han impuesto. En la actualidad, en los diferentes ingenios se está elaborando un promedio de 1.800,000 quintales...”

“...Y no sólo en el renglón cañero, sino en muchos otros cultivos que permanecen estacionados por la falta de mercados y cuando no de iniciativa y capital, puede hacerse exactamente lo que hoy se está logrando en materia azucarera. Ya es tiempo que Guatemala diversifique su producción; que haga algo efectivo por evitar la acción negativa del monocultivismo. Está la ganadería, el propio algodón y ya no digamos la caña, renglones que si reciben el impulso necesario y los bancos se preocupan por hacer más flexibles los créditos, pueden, repito, llegar a desarrollarse con las mismas posibilidades que el café en los tiempos normales ofrece”.

Doña Anny, siempre presente

Conocí a doña Anny de García¹ en 1971, en ocasión de una visita que la Junta Directiva del Banco Industrial realizó a La Unión y Los Tarros. En esa oportunidad, doña Anny y personas de su familia atendieron a los visitantes en la casa-hacienda de la finca Los Tarros.

Don Pepe siempre contó con el apoyo de doña Anny, quien seguía muy de cerca los trabajos, y lo acompañaba todos los fines de semana. Después que él falleció, en 1967, la Empresa Los Tarros se denominó Ana María Cottone de García y Condueños. Más adelante se transformó en una sociedad anónima: Los Tarros, S.A.

A partir del 1 de julio de 1971, al iniciar mi vínculo laboral con ambos ingenios, tuve una relación cercana con doña Anny, quien se mantenía atenta a la operación agrícola e industrial. Además, cuando algún trabajador del Ingenio sufría una pena grande, doña Anny lo auxiliaba, y la vi asistir a los funerales de empleados o sus familiares. En 1973, cuando falleció mi padre, estuvo presente en sus funerales.

Doña Anny es una persona muy querida, tuvo un hijo y una hija, y yo siempre bromeaba con ella, diciéndole que me consideraba *su tercer hijo*.

- Doña Anny Cottone de García falleció el 10 de noviembre de 2005, a los 94 años de edad, cuando el presente libro estaba por entrar a la fase de impresión. En los casi 39 años transcurridos hasta entonces desde el deceso de don José García, doña Anny siguió siendo el símbolo viviente de los ideales que un día inspiraron el surgimiento de la Empresa Familiar.



el imparcial

BODA ELEGANTE

Anny Cottone y Pepe García P.

Grata noticia fue en nuestros círculos sociales distinguidos, la de que contraerían matrimonio los estimables jóvenes José García P. y señorita Ana María Cottone, Pepe y Anny entre sus amistades.

Las cualidades personales de los contrayentes aseguran la felicidad del nuevo hogar.

Los distinguidos contrayentes asisten de generales simpatías y estimación, por lo que indudablemente asistirán numerosas personas deseosas de estar presentes en el momento en que unan sus destinos por medio de los vínculos matrimoniales.

Guñalaron con profusión, en esta capital, las participaciones e invitación siguientes:

«María Luisa viuda de Cottone, participa a usted el próximo matrimonio de su hija Ana María, con el señor José García P. Doña Ana viuda de García, participa a usted el próximo matrimonio de su hijo José con la señorita Ana María Cottone.

«María Luisa viuda de Cottone, tiene el gusto de invitar a usted a la ceremonia religiosa del ma-

trimonio de su hija Ana María, con el señor José García P., que se efectuará el día diez del actual a las nueve p. m., en la iglesia de Nuestra señora del Carmen.»

Después de la bendición católica, los asistentes pasaron a la recepción en la elegante mansión número 24, donde se brindó una copa de champagne.

El acto civil fue a las cinco de la tarde, y apedrinaron la ceremonia:

Por Pepe, los señores Félix Montes y señora Pilar C. de Montes; Gustavo Trenbert, y señora Natividad de Trenbert; Samuel Gordman, y señora Dora de Clodman.

Por Anny, los señores Edmundo Díaz y señora Carlota de Díaz; Rodrigo Puitán, y señora Anselita de Puitán; Horacio Castillo, y señora Albertina de Castillo; doctor Ernesto Aldred, y señora Rosa viuda de Sánchez.

Estuvieron presentes como testigos, los señores Oscar Díaz, Alfredo Aguirre y Antonio Moreno.

El enlace religioso lo oficiaron:

Por el los señores Benédicto León y señorita Herminia Córdova; Ricardo Smith y señorita Elsa Flores; María León, y señora Es-

peranza de León; Fernando Romero, y señora Margarita de Romero; Luis del Valle, y señorita Luz del Valle; Federico Ochoa, y señorita María García; Enrique Rendueles, y señora Matilde de Rendueles; Similamp Gálvez, y señorita Matilde Carrillo; Félix Montes, y señora Pilar C. de Montes; Guido Albani, y señora Enriqueta de Albani; Enrique Segura, y señora Carmen Córdova.

Por ella, los señores Willy Kaltwasser y señora Adrián de Kaltwasser; Arturo Aguirre, y señora María de Aguirre; Arturo Castillo, y señora Elena de Hoyt; doctor Mariano J. López, y señora Piedad de López; licenciado Carlos Zachrisson y señora Julia Descamps de Zachrisson; doctor Julio Carrillo y señora Amalia de Carrillo; Horacio Castillo, y señora Albertina de Castillo; Ernesto Walter y señora Concha Viteri; Francisco Goyzueta, y señora Lolita de Goyzueta; Emilio Schneider y señora Elvira de Schneider. Serán testigos los señores Ricardo Berger, Casimiro Rendueles, Santiago Ochoa y Peter C. Wilson.

Reciban nuestra felicitación, muy cordial y sincera.

página 71

Boda de José García y Anny de García, el

10 de mayo de 1930. La ceremonia tuvo

lugar en el templo de Nuestra Señora del

Carmen, y el acto civil en la Municipalidad

Capitalina, ambos el mismo día, sábado.

Los contrayentes aparecen rodeados por

parientes y amigos. El diario El Imparcial

(fundado en 1922) publicó una gacetilla

con relación a la boda.

Capítulo II
Los Tarros, al despuntar el siglo XX

La finca Los Tarros, origen de la empresa Ingenio La Unión, S.A., fue inscrita en el Registro de la Propiedad el 29 de noviembre de 1902, época en que gobernaba el país el Presidente Manuel Estrada Cabrera (1898-1920). La primera inscripción de Los Tarros está registrada a nombre de don Luciano Barrios, sobrino del ex Presidente J. Rufino Barrios (1873-85), anterior propietario de la finca, quien legó en su testamento a don Luciano la suma de 25 mil pesos, que la mortuoria pagó mediante la adjudicación de la finca Los Tarros y un terreno anexo.

De acuerdo con el protocolo del notario Francisco Porras (tomo de los años 1886-87), doña Francisca Aparicio de Barrios, esposa del ex Presidente, vendió la finca Los Tarros. En el acto fue representada por don Francisco Aparicio, apoderado de la mortual del general Barrios.

Don Luciano era hijo de Venancio Barrios, quien murió combatiendo junto a su hermano J. Rufino en la batalla de Chalchuapa. Según la tradición oral de la finca Los Tarros, allí había una pintura que escenificaba el cadáver del general Barrios, cubierto con una bandera de Guatemala, al cabo de aquella batalla.

El libro titulado *El Patrón* (Biografía de J. Rufino Barrios), escrito en 1966 por Pedro Joaquín Chamorro Zelaya, historiador, político y periodista, incluye una nómina de los bienes pertenecientes al general Barrios al tiempo de su defunción (tomada de un impreso de la época). Según la nómina, Barrios poseía, entre muchas otras propiedades, la finca Los Tarros, valorada en 46 mil dólares, y un lote baldío situado junto a Los Tarros, valorado en 800 dólares.

Casa-hacienda de la finca Los Tarros, construida a inicios del siglo XX. Ha permanecido durante cien años como vivienda, y actualmente es utilizada por el ingeniero Sergio Cabrera, Superintendente de Fábrica del Ingenio Los Tarros.



El 31 de diciembre de 1909, don Luciano compró la finca Las Marías, situada al norte de Los Tarros, y la anexó a ésta. Las Marías era parte de la finca Palo Verde, situada al otro lado del río Pantaleón, y pertenecía a María Morales de Marroquín, quien la había comprado sólo 22 días antes a Secundino Morales, según una investigación realizada por el licenciado en Historia, Johann Melchor Toledo.

Don Luciano falleció en septiembre de 1923 y heredó la finca Los Tarros y su anexo Las Marías a su hija, doña Romelia Lucila Barrios y Barrios de Aparicio. El 10 de enero de 1924, la nueva propietaria, acompañada por su esposo, José Vicente Aparicio, donó ambas fincas, a perpetuidad, a sus hijos menores, Francisca, José Luis, Olga y Graciela (mencionados en orden descendente de edades). Don Vicente se desempeñaría como administrador mientras los hermanos Aparicio fueran menores de edad.

Luciano Barrios, entre el recuerdo y la leyenda

Como parte de la tradición oral de la finca Los Tarros, se cuenta que, después de morir don Luciano Barrios, por las noches *se le seguía escuchando cabalgar*. El rumor entre los habitantes de la finca era: *Allí va don Luciano, que siempre vuelve*. Había monedas con su efigie y su nombre abreviado, *Luco Barrios*, recuerda su única nieta sobreviviente, doña Olga Aparicio Barrios, de 83 años de edad cuando la entrevisté, en el año 2004, para conocer una semblanza de su abuelo:

«Don Luciano, hombre maravilloso y muy trabajador, vivía en Los Tarros, aunque durante ciertos períodos residió en la capital, de donde le escribía casi diariamente a su esposa, abuela mía. En todas las cartas le llamaba *mi querida Panchita*, y constantemente le preguntaba por su hija, Lucilita, para quien compraba vestidos y muñecas. Mientras vivió en Los Tarros, la esposa de don Luciano mostró un particular gusto por los canarios, monos, ardillas y venados, habiendo llegado a poseer entre doscientos y trescientos animales, a los que amaba profundamente. A don Luciano le gustaban especies como el pavorreal, y cooperaba con causas a favor de la sociedad. Un día, el Zoológico La Aurora publicó un aviso de que necesitaba pavorreales, y él los obsequió.»

Jorge Ubico, visitante en Los Tarros

En la época en que fue Presidente de Guatemala (1931-44), el general Jorge Ubico Castañeda visitó en varias ocasiones la finca Los Tarros y existen versiones de que intentó comprarla. Según la tradición oral, en 1935 Ubico conversó con la familia Aparicio, con el propósito de comprar la finca, y se instaló en ella durante dos meses. El pelotón de soldados que viajó con él se desplegó en la parte alta, área en que actualmente se encuentra la fábrica del Ingenio Los Tarros, junto a la presa de captación de agua. En ese lugar sigue hoy en pie la llamada *ceiba de Ubico*. Al árbol se le dio ese nombre porque, según la misma versión, el gobernante solía pararse junto a él para aprovechar la vista panorámica que desde allí tenía. La misma tradición oral indica que, cuando el contrato de compraventa estaba por firmarse, Ubico fue informado de que la menor de los hermanos copropietarios, Graciela Aparicio, aún no había cumplido la mayoría de edad, y se atribuye a ello que el Presidente desistiera de la negociación. Sin embargo, la hermana sobreviviente, doña Olga Aparicio, niega que Ubico haya pretendido comprar la finca:

«El general Ubico quiso a mi padre como a un hijo o un hermano. Sólo llegaba a la finca a pasear, o posiblemente iba por invitación de mi padre, para quedarse uno o dos días. Conservamos una fotografía del General cuya dedicatoria dice: *A don José Vicente Aparicio hijo. Afectísimo. Jorge Ubico, Guatemala, febrero de 1936*.

Ubico siempre trató de defender nuestros bienes. Durante el gobierno del general José María Orellana, allá por 1926, el capital de mi familia se empezó a desmenuzar, porque mi abuela Francisca no sabía conservar las cosas. Poseíamos tantos bienes que aún se conservaron durante un tiempo propiedades magníficas como las fincas Los Tarros, La Ceiba, San Isidro y Palo Verde —un pequeño anexo—. Nos salvamos de perderlas gracias a Ubico, porque cuando surgió la intención de rematarlas, él intervino y adujo que, como dos o más hermanos todavía éramos menores de edad, la ley no permitía el remate. Es probable que durante un tiempo haya enviado soldados a Los Tarros pero seguramente era para proteger los bienes de la familia Aparicio ante alguna amenaza de depredación, es decir, como una de sus muchas muestras de amistad.

General Jorge Ubico, Presidente de la República entre 1931 y 1944. Era amigo de la familia Aparicio y a bordo de su motocicleta visitaba Los Tarros. Su lugar preferido estaba en el norte de la finca, a la par de una Ceiba, denominada por ello la ceiba de Ubico. En la fotografía desplegada en las dos páginas siguientes, ha sido captada la ceiba y parte de la panorámica que convierte el lugar en un privilegiado punto de observación. Desde allí, en efecto, hay una vista impresionante que se extiende hasta el mar y sólo termina en la inmensidad del océano Pacífico.





Ciertamente, durante el gobierno de Ubico nos fueron expropiados terrenos en el Obelisco, pero ello fue por razones de utilidad y necesidad del Estado. La familia Aparicio fue dueña de casi todo el Obelisco, pero debió ceder una parte a la Nación, porque allí debía construirse la vía pública, habiéndonos quedado toda la parte posterior, llamada finca Las Violetas, enfrente del actual Edificio Médico Obelisco, y una parte del sector del acueducto de Pinula. Nunca fue autorizada la familia a construir una salida en el área del acueducto, y debido a ello la residencia familiar no estaba allí, sino a unas cuadras de distancia. En aquellos años, mis papás vivían en Los Tarros.»

Arturo Escobar, antiguo trabajador del Ingenio, recuerda las visitas de Ubico.

«En ese tiempo estudiaba en una escuela instalada cerca de la actual piscina de la casa-hacienda. Cuando venía el general Ubico, las clases se interrumpían y a los alumnos nos sacaban a la calle, donde debíamos formar una fila y esperar al Presidente. Primero llegaba la guardia motorizada, seguida por los carros oficiales, todos de color negro. Nuestro profesor o profesora nos decían: *Cuando pase el carro en el que viene el Presidente, ustedes tienen que hacerle el saludo*. El hecho es que, cuando venía, se quedaba dos o tres días en la casa-hacienda, que permanecía rodeada por la tropa mientras él estaba allí.

Ubico era un verdadero dictador, estuvo catorce años en el poder y las leyes eran estrictas, muy distinto al presente. Si alguien cometía un asesinato, lo pagaba con el fusilamiento, a veces en el mismo lugar del crimen, algo así como decir *ojo por ojo, diente por diente*. Se aplicaba la *ley fuga*, de modo que un determinado reo era liberado y se le daba la oportunidad de escapar, pero casi tan pronto lo soltaban, le disparaban y moría fulminado por las balas de los guardias. Algunos tuvieron suerte y pudieron escapar, pero fueron los menos.»

Los Tarros y los hermanos Aparicio. Un relato de su infancia

Los cuatro hermanos Aparicio Barrios poseyeron la finca Los Tarros entre 1924 y 1950. Doña Olga Aparicio describe el ambiente que les rodeó en su infancia.

«El nombre de Los Tarros se originó porque, en aquellos años, la leche era repartida en tarros de bambú. Una parte era vendida a la finca El Baúl, donde la producción era escasa, porque no había suficiente agua para regar los pastos. Los Tarros obsequió de por vida una provisión de agua a El Baúl, conforme a una escritura redactada por mi abuelo.

Santa Lucía era un pueblo pequeño, donde todo quedaba muy apretado, pero en el que había gente pudiente. Entre las propiedades más importantes estaba la finca El Baúl, de la familia Herrera, y la finca Santa Sofía, de la familia Morales. Solíamos visitar esas fincas, aunque para atravesar el río Pantaleón debíamos vivir una odisea, porque no había puente, ni siquiera de hamaca. Abundaban los murciélagos, y su aleteo se escuchaba dentro de la madera de las casas, incluida la nuestra.

La fiesta patronal de Los Tarros era muy bonita y pomposa. Aunque la fecha oficial del festejo era el 15 de enero —día del Santo Cristo de Esquipulas— se celebraba el 18, por ser el cumpleaños de mi mamá, Romelia Lucila Barrios. Nuestra niñez en Los Tarros fue sencilla y apegada a la naturaleza, especialmente de parte de mi hermano José Luis y yo. Me sentía identificada con la tierra, y a lo mejor debí casarme con un finquero, porque la ciudad no me gusta [ríe].

esta página, de izquierda a derecha

Francisca Barrios de Barrios, esposa de Luciano Barrios. La primera inscripción de la finca Los Tarros (1902) está registrada a nombre de don Luciano Barrios, sobrino del ex Presidente J. Rufino Barrios.

La familia Aparicio, después de la muerte de Luciano Barrios. De izquierda a derecha, Francisca Lucila Aparicio Barrios, Francisca Barrios de Barrios, Graciela del Carmen Aparicio Barrios de Coffey, Olga de Jesús Aparicio Barrios y José Luis Aparicio Barrios. Fueron propietarios de Los Tarros hasta 1950.



Los cuatro hermanos vivimos poco tiempo con nuestros padres, en parte porque ellos no habitaban en Los Tarros sino en la capital y sólo llegaban a visitar la finca, y luego porque ambos murieron cuando todavía éramos muy pequeños. Mi madre, Romelia Lucila Barrios, habrá fallecido en 1925 ó 1926, cuando yo tenía tres o cuatro años. En la campana principal de la iglesia de la finca hay una inscripción con el nombre de mi madre y la anotación del año en que fue grabada: 1906.

Pasábamos seis meses en Los Tarros y el resto del año en la capital, en una casa de la 5a. avenida y 8a. calle de la zona 1, esquina opuesta al Parque Centenario, donde después fue construido el edificio de la empresa Seguros Cruz Azul, inmueble ocupado posteriormente por el Banco Metropolitano. Era una casa muy bonita de tres patios, tan bien edificada que conserva sus cimientos originales. Cuando retornábamos a Los Tarros, procedentes de la capital, inicialmente viajábamos en tren a Santa Lucía Cotzumalguapa, donde nos esperaban para llevarnos en camión a la finca, por carretera de terracería, entrando por Escuintla. El viaje en tren duraba aproximadamente cuatro horas, pero el servicio a bordo era bueno y se ofrecía suficiente comida preparada. Un tiempo después, ya hacíamos el recorrido completo en carro. Era una travesía difícil, y transcurrieron muchos años antes que la carretera fuese asfaltada. Recuerdo que había una pendiente muy pronunciada antes de llegar a Los Tarros.¹

Durante nuestra estancia en la capital, permanecíamos encerrados. Cuando llegábamos a la finca, era como si soltaran cuatro pájaros a volar, después de tenerlos cautivos. En Los Tarros, mi madre había recogido un niño y una niña, Oscar y Lucrecia Ochoa Barrios, hijos de Raymundo Ochoa Barrios, quien fue administrador de la finca y vivió con una mujer indígena. Ambos niños fueron como hermanos nuestros y, como eran mayores que nosotros, nos enseñaron a montar a caballo y muchas otras cosas de la vida en el campo. Los vaqueros ayudaron a enseñarnos a cabalgar. Hacíamos excursiones a El Baúl y a Pantaleón.

Todos los días, a las cinco de la tarde, los seis niños caminábamos por las veredas y jugá + bamos en las orillas de los ríos. A veces recorríamos toda la finca a pie, y nos iban a traer en un carretón. En muchas ocasiones regresábamos provistos de la mejor caña encontrada durante el trayecto, para nuestro propio consumo. Era una caña morada, que para comerla nos la cortaban en pedacitos.

Nuestra abuela, a quien llamaban *doña Pancha*, era evasiva y falta de afecto hacia sus nietos, pero eso se compensaba con la actitud cariñosa de cuatro niñeras e institutrices que fueron como madres para nosotros. Nos acompañaban en nuestras caminatas, compartíamos quehaceres de la casa, y terminábamos juntos las actividades del día. A la mañana siguiente, como parte de la rutina, íbamos a una alameda donde había pavorreales. Admirábamos mucho a una señora octogenaria, Petronila Miranda, quien nos contaba anécdotas de nuestra madre, a quien ella conoció de niña. Así empezamos a saber de nuestra mamá, porque no nos habían dicho nada de ella ni de nuestro padre.

Cuando mamá falleció, quedamos en la finca casi como prisioneros. No íbamos al colegio. Los dos niños Ochoa sí estudiaban, en la capital, ella en el Colegio Santa Teresita y él en el Instituto Modelo. Yo empecé a estudiar a los 16 años, cuando aún no teníamos el apellido Aparicio, sino sólo Barrios. El licenciado Juan Córdova Cerna litigó hasta lograr que la patria potestad fuese otorgada a mi padre y nos devolvieran el apellido Aparicio.»

Panela, café y ganado, principales productos

En propiedad de los hermanos Aparicio Barrios, la finca Los Tarros tuvo un período de bonanza, al que siguió —siempre según la tradición oral— una etapa de decadencia. El trapiche que los cuatro hermanos encontraron cuando su madre les donó la finca, existía desde principios de siglo, de acuerdo con un plano que data de 1902, y que se conserva en el Archivo General de Centro América. Doña Olga Aparicio aún lo recuerda.

«Aquel trapiche era muy sencillo, pero con él se produjo mucha panela, que se transportaba amarrada en tapas y se vendía muy bien. Los Tarros era una finca muy rica, en la que había ganado excelente y buena producción de leche. Se realizaban grandes transacciones de ganado de una finca a otra, la cosecha de café era buena, había apiarios y se cultivaba plátano. El administrador era Rafael Figueroa, casado con una señora de apellido Stricker.

A la entrada de Los Tarros había palmeras. Entre el trapiche y la casa patronal —una distancia de casi doscientos metros—, estaban los patios de café. Durante un tiempo hubo una gran producción cafetalera, con una linda plantilla, que finalmente habría de ser transferida a la finca El Zapotillo,

de don Carlos Porras. En la alameda había ocho o diez árboles de cacao. También era abundante el bambú, de varas muy lindas, gruesas y con rayas verdes, que crecían cerca de las orillas de los ríos.

Cincuenta o sesenta familias habitaban en Los Tarros, a ambos lados de la carretera. En su mayoría era gente pasiva y buena. Muchos sólo salían de la finca el día de pago, o cuando debían entregar algún trabajo. La población indígena de Los Tarros, no muy numerosa, hablaba español. Varias generaciones de familias indígenas habitaron allí, desde antes que la finca perteneciera a los Barrios. Sin embargo, era mayor el porcentaje de población ladina.

Había una escuela, muy bonita, con buenos profesores, en el lugar ahora ocupado por el oratorio. Se impartía sólo educación primaria completa, y los alumnos recibían la Primera Comunión en actos muy emotivos. En esa misma área, enfrente de la actual casa patronal, había un cuarto de salinas, empedrado, y de bajo la tierra extraían la sal para los animales.»

¿Por qué vender Los Tarros?

Antes de la mitad del siglo XX, la productividad de Los Tarros decreció ostensiblemente, y ello pesó en la decisión de vender la finca, adoptada por tres de los hermanos, pero no compartida por doña Olga Aparicio, según me lo comentó durante la entrevista, realizada en presencia de su sobrina, señora Regina Aparicio de Sinibaldi, hija de José Luis Aparicio Barrios.

«Una de las razones para vender Los Tarros fue nuestra escasa noción agrícola y, como resultado de ello, no apreciar la joya que teníamos en las manos. José Luis, único hermano varón —a quien su padre inscribió en la Escuela Politécnica cuando tenía 16 años—, aprobó la carrera militar y salió convertido en un hombre, pero empezó a manejar la finca sin saber de agricultura. Por su ignorancia en la materia, a terceros interesados les resultó fácil convencerlo de vender Los Tarros, en una época de baja productividad.



esta página

La campana principal y en uso de la iglesia de la finca Los Tarros data de 1906, año que está grabado en ella, así como el nombre de doña Romelia Lucila Barrios, hija de don Luciano Barrios.

página 79

La impresionante altura de las varas de bambú, planta de la que se deriva el nombre de Los Tarros, puede apreciarse en la foto captada en 1895 por el fotógrafo Joaquín Alcáin, en terrenos de la antigua finca Los Tarros, donde en 1950 principió la aventura de la Empresa Familiar García-Cottone.



Desde su niñez, José Luis sólo había oído decir que poseíamos una finca y que otras personas la administraban, pero nadie lo motivó a aprender de agricultura, de manera que cuando se hizo cargo de Los Tarros, sus conocimientos eran nulos. En medio de sus limitaciones, tal vez hizo demasiado, porque su profesión de militar era completamente distinta, pero es probable que hubiera sido un buen agricultor, porque empezaba a encontrarle el gusto a la agricultura y a conocer los secretos del oficio, gracias a un administrador de nombre José Fernández Rivas, hombre muy bueno que trataba de ayudarlo.»

Se consuma la venta, por tres votos contra uno

En 1950, la sociedad Aparicio Hermanos vendió la finca Los Tarros y su anexo Las Marías a don José García Paniagua y su esposa, doña Ana María Cottone Raphael de García. Don José era propietario de una prestigiosa abarrotería mayorista, “S. García y Cía., Sucesores”, en la 6a. avenida y 13 calle de la zona 1, esquina opuesta a la iglesia de San Francisco. La escritura de promesa de compraventa se realizó el 31 de marzo, y la escritura de compraventa fue firmada el 24 de abril siguiente, ante los oficios del licenciado Federico Carbonell Rodas, abogado que después presidió la Corte Suprema de Justicia —en los años 1954-57— y el Congreso de la República —de marzo de 1957 a febrero de 1958—. Doña Olga Aparicio evoca las circunstancias en que se produjo la compraventa.

«La decisión de vender Los Tarros fue tomada sin contar conmigo, en una época en que la finca no estaba produciendo mayores utilidades, y se encontraba en cierto estado de abandono. Los Tarros tenía condiciones favorables para recuperar su rentabilidad, pero algunas personas, que ocultaban intereses propios, mal aconsejaban a mi hermano José Luis, induciéndolo a vender la finca. El argumento esgrimido fue la supuesta urgencia de pagar una deuda de la sociedad Aparicio Hermanos con la empresa Nottebohm. Pero las amortizaciones eran bajas y el monto total, cien mil dólares², cantidad no tan alta como para no poderla cancelar, aunque fuese a costa de vender una parte de la finca.

Yo vivía en Panamá con mi esposo, Roberto Saravia Santolino, entonces gerente de la petrolera Esso. De pronto recibí una llamada telefónica de mis hermanos, pidiéndome venir cuanto antes a Guatemala, porque iban a vender Los Tarros. Angustiada, le rogué a mi esposo que viniera conmigo para ayudarme a persuadir a mis hermanos a evitar esa pérdida, pero se negó, pues nunca quiso participar en nada que tuviese relación con la finca. Los cónyuges de mis hermanos también rehusaron intervenir.

Ante la inconsulta e imperdonable decisión de vender Los Tarros, sentí enloquecer, y cuando llegué, unas semanas antes de concretarse la compraventa, ya todo estaba arreglado, pendiente sólo de firmar los documentos de transferencia de la propiedad, por un valor cercano a trescientos mil dólares, incluido dinero en efectivo y bienes inmuebles. No tuve tiempo de defender mis derechos de copropietaria.

Los abogados Federico Carbonell Rodas —honorable profesional contratado para redactar la escritura— y Ernesto Viteri Bertrand fueron testigos de mi desacuerdo. Todavía en el último momento hice varias propuestas para rescatar mi parte de la finca, una de ellas dividir la propiedad en cuatro o en dos, para que sólo vendieran quienes realmente estuviesen interesados en ese negocio. Sin embargo, era demasiado tarde, porque para entonces habían dejado de tener vigencia varios de los documentos anteriores.

Mi hermano José Luis estaba muy influenciado por un abogado que nunca me inspiró confianza, se mostraba exageradamente interesado en cerrar pronto el negocio y ejercía intensas presiones con dicho fin. Ese abogado nos hizo perder muchas propiedades. La última que intentaron vender en perjuicio nuestro fue Las Violetas, en el Obelisco. Cuando Los Tarros iba a ser vendida, sospeché que él fraguaba apoderarse de la finca por medio de alguna argucia jurídica, y me dije: *Antes que tal cosa suceda, mejor que Los Tarros quede en manos de don José García, quien nunca ha hecho nada en contra nuestra*. Después de esta reflexión, firmé los documentos y la transacción se consumó.

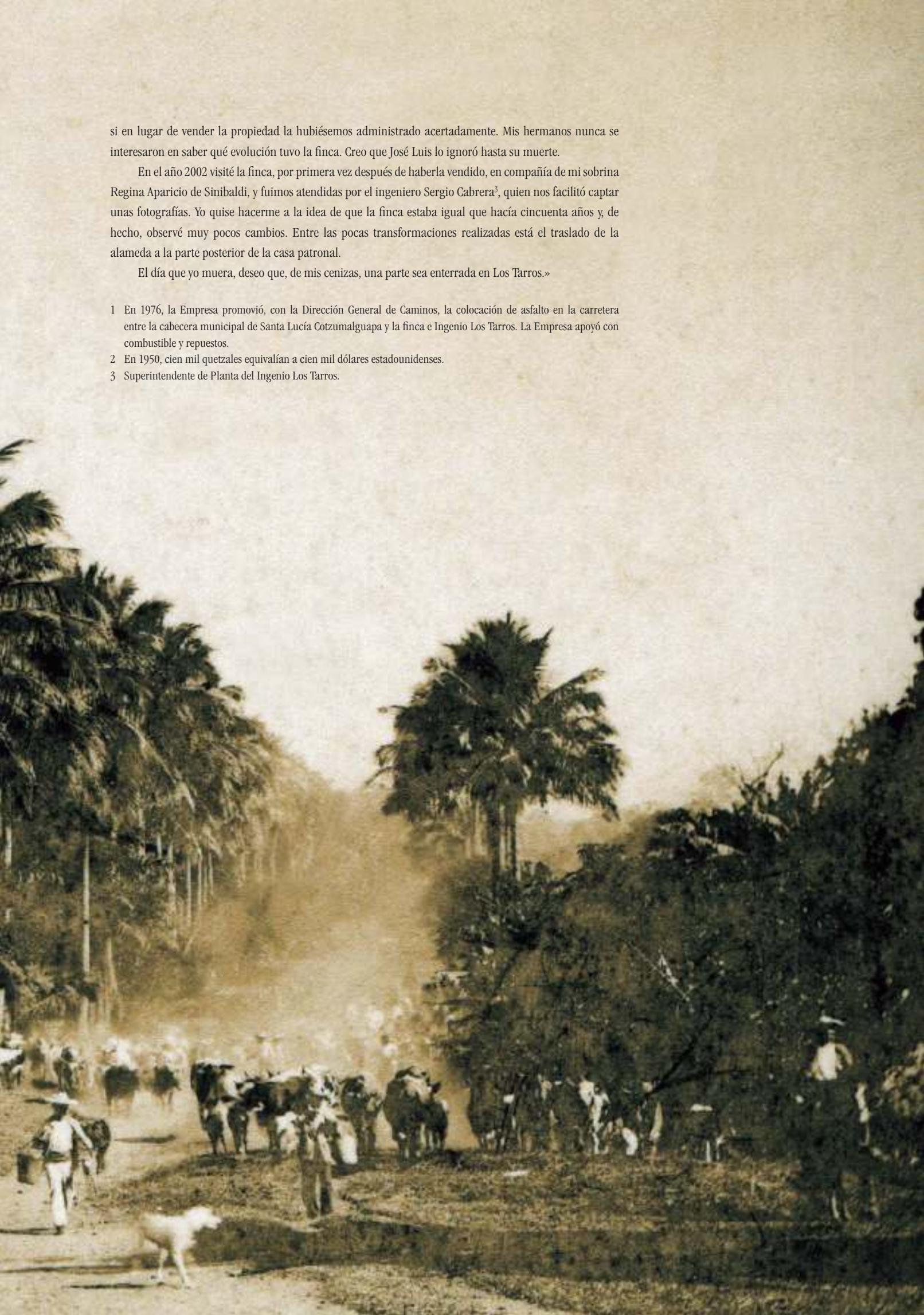
Don José García pagó su compra con una cantidad en efectivo, que recibió mi hermano José Luis, y con tres chalets, llamados Compostela, Santoña y Laredo, que fueron otorgados a mis hermanas. Debo reconocer que don José García hizo vivir de nuevo la finca Los Tarros, porque esa tierra estaba muerta. Aunque no existía una antigua amistad con don José —a quien llamábamos don Pepe— y doña Anny, ambos fueron muy amables con nosotros, y la recuerdo a ella como una persona cariñosa, una mujer encantadora a quien desearía volver a ver. Cuando supe del progreso alcanzado por la finca en poder de don Pepe, en el fondo me alegré, pero me causó tristeza imaginar lo que pudimos haber tenido los hermanos Aparicio

si en lugar de vender la propiedad la hubiésemos administrado acertadamente. Mis hermanos nunca se interesaron en saber qué evolución tuvo la finca. Creo que José Luis lo ignoró hasta su muerte.

En el año 2002 visité la finca, por primera vez después de haberla vendido, en compañía de mi sobrina Regina Aparicio de Sinibaldi, y fuimos atendidas por el ingeniero Sergio Cabrera³, quien nos facilitó captar unas fotografías. Yo quise hacerme a la idea de que la finca estaba igual que hacía cincuenta años y, de hecho, observé muy pocos cambios. Entre las pocas transformaciones realizadas está el traslado de la alameda a la parte posterior de la casa patronal.

El día que yo muera, deseo que, de mis cenizas, una parte sea enterrada en Los Tarros.»

- 1 En 1976, la Empresa promovió, con la Dirección General de Caminos, la colocación de asfalto en la carretera entre la cabecera municipal de Santa Lucía Cotzumalguapa y la finca e Ingenio Los Tarros. La Empresa apoyó con combustible y repuestos.
- 2 En 1950, cien mil quetzales equivalían a cien mil dólares estadounidenses.
- 3 Superintendente de Planta del Ingenio Los Tarros.



página 81
Camino de salida de la finca Los Tarros en 1949, año anterior a su compra por don Pepe García.

páginas 82-83
Así lucía la finca Los Tarros, vista desde el sur, alrededor de 1960. Los trabajadores provenían de distintas áreas del altiplano, como lo muestra la diversidad de sus trajes. A la izquierda se observa a una persona que carga leña.





Capítulo III Un ingenio en ciernes

El año azucarero 1958-59 marcó el inicio del Ingenio Los Tarros. Fue entonces cuando en la finca se principió a producir azúcar, una decisión adoptada luego que la empresa licorera que adquiría las mieles de la caña, suspendiera repentinamente sus compras. Ante esa situación, se resolvió transformar la caña en azúcar, y así nació el Ingenio Los Tarros. Ese tipo de fenómeno se ha repetido en esta agroindustria cuando algunos cañeros han enfrentado problemas que les han motivado a convertirse en productores de azúcar y trabajar por su cuenta. En el caso de Los Tarros hubo otras circunstancias que influyeron en la transformación, relatadas por Similiano.

«Los Tarros era vecino al Ingenio El Baúl, de la familia Herrera. Mi papá y yo éramos amigos del Administrador de El Baúl, Julio Miranda. Cuando lo visitábamos, sus instalaciones nos impresionaban. Era una industria como nunca habíamos visto en la costa. Por esos días, Gerardo Valdizán, quien era mi suegro, me contó que el gobierno del general e ingeniero Miguel Ydígoras Fuentes (1958-63) promovía la subasta de un ingenio en la finca Santa Cecilia, ubicada en San Francisco Zapotitlán, Suchitepéquez, y actualmente propiedad de Luis González Bauer. Mi papá y yo pensamos que, si comprábamos ese ingenio, tal vez podíamos en alguna forma compararnos con El Baúl. Participamos en la subasta, compitiendo con otros dos oferentes, y la ganamos por una ridícula suma: 15,000 quetzales.

Para participar en la subasta contratamos al ingeniero cubano Humberto Aguilar, que asesoraba al Ingenio Concepción, y quien trabajaría con nosotros durante muchos años. Él nos orientó en los primeros planes y recuerdo que le dijo a papá: *Olvídese de los 15,000 quetzales que pagó por eso; para poner esta cosita a moler, va a tener que invertir diez veces más.*



página 84

Panorámica de la finca Los Tarros en 1971. Las casas estaban a ambos lados de la carretera principal. De éstas sólo habrían de quedar en 2004 las del lado poniente. La figura rectangular que se observa en la parte inferior izquierda corresponde a un almácigo de café.

esta página

La panela fue uno de los productos que mayor impulso recibió tras la adquisición de Los Tarros por don Pepe García. De una producción inicial estimada entre 600 y 800 cargas, la finca llegó a producir entre 10,000 y 12,000, convirtiéndose en el mayor productor de panela en el país.

En ese momento no lo creímos, pero realmente así fue, y pese a ello en el término de un año ya teníamos el ingenio moliendo. Fue una época en que, después de trabajar todo el día, nos acostábamos a dormir algunas veces a las dos o tres de la mañana, y teníamos que levantarnos a esas mismas horas para resolver algún problema. Sólo en esa forma se pudo sacar adelante a Los Tarros.»

Arturo Escobar, veterano ex trabajador de Los Tarros, narra aquella etapa del naciente ingenio.

«Allá por 1958, don Similiano me solicitó ir al Ingenio Santa Cecilia, para desmontar la maquinaria de ese ingenio. Formamos un grupo que incluía un encargado de la obra, don Carlos Guzmán; un mecánico automotriz, un electricista, algunos ayudantes y yo, quien como carpintero debía construir estructuras de madera para asentar la maquinaria desmontada.

Estábamos a la mitad del desmontaje cuando fuimos avisados que el gobierno de Ydígoras Fuentes le había ordenado a la Gobernación Departamental de Suchitepéquez impedir que terminara ese proceso, y no permitir que del Ingenio Santa Cecilia fuera sacada una sola pieza más. El encargado de la obra me pidió ir a Los Tarros y comunicarle la situación a don Similiano, quien dirigía la instalación de las bases para la maquinaria que sería trasladada. Cumplí con el encargo, y don Similiano me pidió retornar al día siguiente a Suchitepéquez y decirle al encargado de la obra que suspendiera el desmontaje, pero que no regresáramos todavía, hasta nueva orden.

Transcurrieron tres o cuatro días de gestiones hasta que recibimos la autorización para terminar el desmontaje y trasladar la maquinaria a Los Tarros.»

Armando Guzmán, transportista de Los Tarros desde el comienzo de las operaciones de la Empresa, y fallecido en 2004, relataba la forma en que fue transportada, desde México, otra parte de la maquinaria inicialmente utilizada.

«El hecho es que transportábamos una caldera montada en una plataforma y jalada por un cabezal. Al llegar a Salcajá, Quetzaltenango, debíamos pasar dentro del pueblo por calles tan angostas que era casi inevitable que los costados de la plataforma toparan con las casas y causaran destrozos. Convencido de la magnitud del problema, opté por hablar con el alcalde municipal y con el jefe de la delegación de la Policía Nacional, a quienes, previa consulta con don Similiano, ofrecí en nombre del Ingenio pagar cualquier daño. Me preguntaron cuánto tardaríamos en pasar y, aunque calculé unas dos horas, ocupamos casi todo el día.

La operación constituyó un problema terrible. Aunque estudiamos cuidadosamente cómo alinear el camión para buscarle la mejor posición, los domos de la caldera topaban con las casas, de ambos lados de la calle, de modo que resultó inevitable romper paredes de varias viviendas. En cierto momento se nos acercó la dueña de una de las casas dañadas, en la que sólo habíamos derribado un cable de electricidad, pero la señora pretendía que le pagáramos 400 quetzales, pese a que el cable no podía costar más de 50 quetzales. Lo que pasaba en realidad es que esta persona tenía cortado el servicio de electricidad desde hacía ocho meses, ya debía 400 quetzales y quería que nosotros pagáramos todo ese dinero.

Por fin terminamos de pasar por aquella estrechez, aunque para ello dañamos varias casas. Las indemnizaciones sumaron 800 quetzales. Pagamos las reparaciones a todos los vecinos afectados, se levantó un acta ante el Alcalde Municipal y el Jefe de la Policía, y todo mundo quedó satisfecho.»

Max Mejía, Supervisor de Molinos del Ingenio La Unión, quien en 2004 cumplió 40 años en la Empresa, relata su participación en el desmontaje de algunos de los primeros molinos.

«Los Tarros tenía pequeños molinos de 36 pulgadas de largo, con capacidad de molienda de entre 400 y 600 toneladas. Empezó a desarrollarse, y fui enviado al Ingenio La Joya, en Campeche, México, a desmontar un molino de 42 pulgadas, que nos permitió aumentar la molienda a 1,800 toneladas. Después fui a Puerto Rico a desmontar un molino de 72 pulgadas, también para traerlo a Los Tarros.»

Los bueyes de Los Tarros

Los Tarros siempre ha utilizado bueyes para transportar la caña, debido a que el terreno quebrado impide movilizarla con tractores o camiones. René Reyes, Jefe de Transportes, avezado en esas labores desde 1959, describe los procedimientos utilizados.

«Inicialmente la caña era transportada por tres camiones cargados a mano y veinte carretas jaladas por bueyes. Después fueron comprados dos tractores de doble tracción. Cada tractor jalaba dos carretones, llevando tres o cuatro maletas cada carretón. Transcurrido un tiempo, fueron comprados tres camiones

Bedford y dos grúas *Jones*, para transportar la caña. En 1961 fue comprado el primer cabezal, marca *International*, de aspecto imponente para los vecinos de Santa Lucía Cotzumalguapa.

Entre 1969 y 1970, Los Tarros producía 16 mil quintales de café pergamino, pero la caña fue desplazando poco a poco al café. Por esos años empezó a constituirse el Ingenio La Unión, en la finca Belén. Después fueron compradas las fincas Florencia y El Carrizal, administradas por españoles —recuerdo a Constantino Fernández—, para quienes la experiencia de trabajo en Los Tarros llegó a ser una escuela.»

Los Tarros llegó a tener entre 1,000 y 1,200 bueyes en 1976, según estimaciones de Miguel Maldonado, Gerente de Operaciones Agrícolas, quien observa la importancia de ello desde el punto de vista económico.¹

«Don Similiano García, quien dirigía todas las operaciones, afirmaba que la compra de bueyes fue una de las mejores inversiones realizadas. Decía que, para un tractor o cualquier tipo de maquinaria agrícola, la depreciación principiaba desde el mismo momento en que salía de la agencia de ventas. En el caso de los bueyes era a la inversa, porque siete u ocho años después de su compra, podían ser vendidos a un valor tres o cuatro veces mayor que el pagado por ellos.»

La colocación de la caña en las carretas jaladas por bueyes es un procedimiento que requiere de especial destreza.





Presencia y ejemplo de Dieter Haeckel

El ingeniero Dieter Haeckel, guatemalteco, hijo de padres alemanes, fue Jefe de Maquinaria de Los Tarros durante doce años. Había estado a punto de viajar a Alemania para no volver, pero un azar del destino lo retuvo en Guatemala, donde vive actualmente.

«Mis padres y yo vivíamos en Guatemala, pero ellos eran inmigrantes alemanes y, cuando Estados Unidos entró en guerra contra las potencias del Eje, a todos los alemanes los repatriaron a Alemania o los enviaron a campos de concentración situados en Estados Unidos. Mi papá fue de los pocos alemanes que pudieron quedarse a vivir en Guatemala, pero sin autorización para trabajar. Fuimos a vivir a una granjita de unos amigos, al norte de Tecpán, Chimaltenango, y allí pasamos los años de la segunda guerra mundial (1939-45).

Mientras duró el conflicto, mi papá no tuvo empleo y sufrimos penas, pero cuando la guerra terminó fue autorizado a trabajar, y laboró en la finca El Valle, Nueva Santa Rosa, de la familia Ibargüen. Luego, aprobó una evaluación para desempeñar el cargo de Administrador de la finca Los Tarros, pero por alguna razón no logró ponerse de acuerdo con el propietario, don José García. Lo curioso es que, unos años después, yo trabajaría allí.

Mis dos hermanos y yo estudiábamos en el Colegio Alemán, en la capital de Guatemala, pero por la guerra fue cerrado el establecimiento. Mis padres, empeñados en que nosotros recibiéramos educación alemana, decidieron que estudiáramos en el Colegio Alemán de México, durante tres años. Después nos enviaron a Alemania, donde terminé el bachillerato y me gradué de Ingeniero Civil. Desde México veníamos a Guatemala una vez al año, pero de Alemania pasé diez años sin volver. Mi padre murió aquí, en ausencia mía, y cuando retorné ya sólo encontré a mi madre. En aquella época los viajes trasatlánticos eran en barco y la comunicación se realizaba por correo, todo ello completamente distinto al presente, en que se tienen al alcance aviones, teléfonos, Internet, etcétera.

Volví a Guatemala en 1961. La situación económica, bajo el gobierno de Ydígoras, era difícil y la industria de la construcción estaba paralizada. Estuve un año sin trabajo y tenía dispuesto retornar a Alemania, cuando conocí a Marlene, quien más adelante sería mi esposa, y decidí quedarme. Conseguí empleo en la Compañía Agro Comercial, que representaba a la firma alemana *Siemens*, y trabajé allí dos años. Cuando el Ingenio Concepción contrató un turbogenerador *Siemens*, fui el encargado de colocar los cimientos, y para ello permanecí durante unos meses en esas instalaciones. Fue mi primer contacto con la industria azucarera, por la parte civil, y nunca imaginé que después trabajaría de planta en un ingenio.

A todo esto, mi tío, Immo Rainitzer, quien vivía en la capital de Guatemala, montó una fase de la distribuidora de alcoholes llamada DARSA, en Santa Lucía Cotzumalguapa, y además instaló en Los Tarros la planta eléctrico-hidráulica —que continúa operando—. Allí conoció a don Similiano, quien le ofreció trabajo fijo. Los Tarros era dirigido por el ingeniero cubano Humberto Aguilar. Después que él murió, en un accidente automovilístico, don Similiano le ofreció a mi tío esa dirección. Él aceptó, pero al cumplir setenta años planteó su retiro para poder descansar. Era entonces cuando yo pensaba retornar a Alemania, pero mi tío me ofreció el puesto que él habría de dejar, proponiéndome la oportunidad de iniciarme en la industria azucarera.

Con ese incentivo me presenté con don Similiano, quien era Gerente de la Fábrica de Conservas Ducal y no llegaba entonces con mucha frecuencia a Los Tarros. Me dio el trabajo, aunque yo no era azucarero. Mi tío me entrenó en la parte mecánica, básicamente eléctrica, y cuando él se retiró, me quedé en la Empresa. Trabajé doce años como Jefe de Maquinaria. Al principio el Ingenio era pequeño, su personal escaso, y se molían unas 500 toneladas de caña diarias. En aquellos años un ingeniero era allí una especie de *mil usos*, incluidas funciones de mecánico eléctrico. Por la mañana iba a contar la caña que ingresaba al patio y elaboraba los reportes de fabricación. Mi esposa me ayudaba a escribirlos, en una máquina mecánica. Es decir, uno le hacía a todo, las 24 horas del día si era necesario.

Durante la zafra, mi esposa y yo salíamos del Ingenio sólo una vez al mes, por la mañana, para hacer compras en la capital, y regresábamos la misma noche. Cuando retornábamos, siempre teníamos el cuidado de ver si salía humo por la chimenea. Era nuestra señal para saber si el Ingenio estaba moliendo o estaba parado. En fin, eran tiempos de mucho sacrificio, pero si uno tenía ganas de trabajar, lograba salir adelante.

Mi relación laboral con don Similiano duró treinta años y siempre fue estrecha. Con él discutíamos todos los trabajos que debían hacerse. Los miembros de la familia García llegaban los fines de semana al Ingenio. Los sábados por la noche nos invitaban a departir en la casa-hacienda y allí deliberábamos sobre los asuntos de la Empresa. Era una actividad equivalente a los desayunos de trabajo que ahora se acostumbra. Aquellas reuniones eran informales, se platicaba un poco de todo, y Genaro Miranda —el Administrador General de la finca Los Tarros— explicaba la situación del trabajo de campo.

Después don Similiano se alejó un poco de Los Tarros, pero la relación cordial prosiguió. En el trabajo lo admiraba por su extraordinaria memoria, la rapidez de sus decisiones y su increíble capacidad para los negocios.»

En 1994 La Unión ofreció un homenaje a Dieter Haeckel, con motivo de su retiro de la Empresa, después de treinta años de trabajo. Nuestro órgano de divulgación interno, *El Terroncito Informativo*, dejó testimonio de su labor en un artículo titulado *Adiós a un gran amigo*, que patentiza el agradecimiento por su entrega a favor del desarrollo de la Compañía. La nota se cierra así:

«Para quienes nos quedamos en la Empresa, el ejemplo de Dieter no es sólo el de un trabajador excelente, sino también el de un amigo, y además, modelo de vida familiar como esposo y padre de familia.»

La experiencia de Ducal

En 1961, después de diez años de trabajar en Los Tarros en apoyo a su padre, Similiano se retiró transitoriamente y ambos decidieron fundar la Fábrica de Jugos y Conservas Ducal, que Similiano dirigió durante tres años. He aquí su relato de esa experiencia.

«Mi papá había hecho inversiones en la empresa Kern's, que aún fabrica jugos y pastas de tomate. El promotor de la compañía, situada en la carretera al Atlántico, era el señor Kern, quien provenía de California. Mi papá se metió a esto porque él era en Guatemala el distribuidor más grande de los jugos Kern's, producidos en California. La lógica aconsejaba involucrarse en una industria que fabricara estos jugos en Guatemala. Sin embargo, después hubo dificultades entre socios y decidimos crear una fábrica similar con el nombre Ducal, que todavía está operando.

Nosotros vendimos la Fábrica Ducal a la empresa W. R. Grace y Compañía, que a su vez la vendió a una corporación muy grande de Texas, que aún la posee, según sé, con buenos resultados. De los cincuenta años que estuve vinculado de lleno a nuestra corporación azucarera, sólo tres los dediqué a atender los asuntos de la fábrica Ducal.»

La revista *Guatemala Agrícola e Industrial*, que se publicaba en los años sesenta, registró en sus páginas la participación de don Pepe García en la fábrica de productos alimenticios Kern's, de cuya junta directiva fue Presidente. Don Pepe expuso a su entrevistador los motivos que le animaron a asociarse a la empresa:

«Acogí con todo entusiasmo la proposición que se me formuló para que interviniera como socio de la empresa Kern's, dada la necesidad que tenemos en Guatemala de producir los artículos más importantes para el consumo nacional. Lo que más llamó mi atención —desde un principio—, para interesarme en el nuevo negocio, fue el hecho de que nuestras inversiones de capital guatemalteco (hemos nueve accionistas nacionales) estarían respaldadas por el prestigio y la experiencia de una firma que ha hecho de sus labores una especialidad.»

1 En el año 2004, el Ingenio Los Tarros tenía 161 bueyes.



Similiano García, Dieter Haeckel y el autor, en el acto de despedida del ingeniero Haeckel, después de treinta años en la Empresa (1963-93). Dieter inició su relación laboral en Los Tarros, ocupó varios puestos intermedios, y al retirarse era Jefe del Departamento de Compras y Coordinador Técnico de ambos ingenios desde las oficinas centrales situadas en la capital.

Capítulo IV
Entereza ante la muerte del fundador

Don Pepe García, quien dirigió la Empresa durante 17 años, falleció en febrero de 1967 a causa de un paro cardíaco sufrido cuando en compañía de su esposa, doña Anny, viajaba entre Palín, Escuintla, y la capital, con procedencia de la finca Los Tarros. Doña Anny intentó llevarlo al hospital pero don Pepe murió en el trayecto. Similiano recuerda que se encontraba en viaje de trabajo por Estados Unidos cuando fue avisado del fallecimiento.

«En 1967, como en toda esa época, yo vivía en Los Tarros y a veces sólo venía a la capital una vez al año. Cuando mi papá falleció, yo estaba en Chicago, con el propósito de comprar unas calderas para incrementar las operaciones del Ingenio. Allá recibí la triste noticia, retorné a Guatemala al día siguiente y proseguimos nuestro trabajo.»

Antiguos trabajadores de la Empresa cuentan que la muerte de don Pepe causó un profundo pesar entre el conglomerado laboral de Los Tarros. René Reyes, Jefe de Transportes, recuerda la entereza demostrada por Similiano para sobreponerse a esos momentos difíciles.

«El día que don Similiano volvió, sus más cercanos colaboradores fuimos al aeropuerto a expresarle nuestro pésame, pero tan pronto bajó del avión nos dijo: *Ya sé que murió papá; así que, ahora, todo mundo a trabajar*. Entonces nos convencimos que él no permitía sentimentalismos prolongados de ninguna naturaleza.»

Cotidianas vivencias, valiosas lecciones

En tiempos de don Pepe fueron muchas las vivencias que dejaron como corolario valiosas lecciones, según lo relatan sus más cercanos colaboradores, entre ellos el ingeniero Dieter Haeckel.

«Don Pepe García llegaba todos los fines de semana al Ingenio. Esa vez, las cosas se complicaban por desperfectos en el cojinete de un reductor (turbina de los molinos). Su decisión fue importar desde Estados Unidos un repuesto original y comprar otro en la capital, para utilizar éste provisionalmente. El cojinete provisional funcionaba a la perfección. Cuando llegó el importado pensamos que, por ser repuesto de fábrica, era más confiable. Lo instalamos, arrancamos la máquina y a los cinco minutos la pieza nueva se arruinó. Allí encajó don Pepe uno de sus dichos característicos: *Nos pasó lo mismo que a don Melchor... Estando bien quiso estar mejor; y se murió.*»



página 92
Cada amanecer en Los Tarros es de alguna manera revivir la visión que en 1950 tuvo don Pepe García, y que lo motivó a tomar la decisión de comprar la finca, un acto de verdadera audacia si se consideran los grandes riesgos de aquel momento de marcada incertidumbre política.

esta página
Fabriciano Pascual y señora (segundo y primera desde la izquierda), Billy Hesse, José García (cuarto y quinto en ese mismo orden) y otras dos personas, participantes en una reunión amistosa en la finca Los Tarros.

René Reyes cuenta otra anécdota, que se remonta a unos años antes del fallecimiento de don Pepe.

«Un día, don Similiano, entonces de 24 años, le pidió ante nosotros autorización a su papá para comprar una avioneta. Don Pepe se la negó, diciéndole: *Cuando yo muera, harás todo lo que quieras*. Y efectivamente, después que don Pepe falleció, ocho días habrían transcurrido del retorno de don Similiano cuando nos solicitó a unos operadores y a mí que construyésemos una pista de aterrizaje en Los Tarros, de un kilómetro de largo y cincuenta metros de ancho. Compró una avioneta *Cessna*, de colores anaranjado y blanco, a la que llamábamos *la Nesbitts*, marca de una bebida gaseosa de naranja. Don Similiano comenzó a manejar la avioneta, ayudado al principio por un piloto experto. Un tiempo después construimos otra pista de aterrizaje, en la finca Belén, al lado del Ingenio La Unión.»

En total, hasta 1972, fueron construidas ocho pistas de aterrizaje: las mencionadas en Los Tarros y La Unión; además, dos en la finca Tehuantepec, dos en Cristóbal, una en Margaritas y una en Montealegre.

Testigo de la transición

El licenciado Mario Estrada, Gerente General de La Unión, relata cómo Similiano asumió la dirección de la Empresa, ante la muerte de su padre. Mario conoció a don Pepe tres años antes de su fallecimiento.

«Yo vine aquí en 1964, cuando era estudiante de secundaria, para realizar prácticas de contabilidad en Los Tarros, en una época en que La Unión aún no existía. Una tía mía, hermana de mi madre, trabajaba en la Compañía, y solicitó autorización para que yo pudiera efectuar aquí dicho trabajo estudiantil. En ese tiempo Los Tarros sólo tenía tres empleados en sus oficinas centrales, situadas en la 5ª. avenida 9-54 zona 9 de la capital. Cuando obtuve el título de Perito Contador, fui contratado para trabajar en el Ingenio, que ya tenía varios años de producir azúcar.

Don Pepe tenía entonces entre cincuenta y sesenta años. Don Similiano, unos treinta, y ya hacía tiempo que trabajaba en el propio Ingenio, en la costa. Él sabía lo difícil que era producir caña y azúcar, había vivido día a día con los trabajadores, y estaba incorporado a plenitud con la gente, tanto en la época de reparación como durante la zafra.

Cuando don Pepe falleció, su muerte causó en todos nosotros una sensación de tristeza. Nos dejaba un hombre muy dinámico, inteligente y brillante para los negocios. Pero tanto en la parte financiera como en la visión de la Empresa, su inteligencia la heredó su hijo, y eso permitió que la Compañía siguiera trabajando eficientemente.

La transición no fue sorpresiva ni intempestiva, y la estabilidad de la Compañía se mantuvo. Don Similiano ya sabía qué hacer. Conocía el negocio, porque estaba involucrado tanto en la producción como en la actividad de mercados, y entendía la política azucarera del país, porque participaba en las reuniones de ASAZGUA. Logró consolidar el Ingenio, haciéndolo eficiente y estable, y promovió la unidad con su hermana, doña Lucrecia, y con su señora madre, doña Anny, quienes le apoyaron en los aspectos familiar y empresarial, factor que fue muy saludable para la Empresa.»



Similiano García, al frente. Al fondo, la avioneta Cessna que utilizaba desde 1969, cuando se estableció el Ingenio La Unión. Para supervisar el montaje de la nueva fábrica, Similiano viajaba rutinariamente de allí a la finca Tehuantepec, donde tuvo durante ese tiempo su residencia. En el transcurso de los años llegarían a ser construidas diez pistas de aterrizaje en las áreas operativas de la Empresa.

Capítulo V
Entre la expectación y el misterio

El Ingenio La Unión fue fundado en 1969 e inició operaciones en la finca Belén, en Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla, bajo la dirección de Similiano García. El país vivía años de agitación política. La actividad guerrillera había aumentado desde el inicio en 1966 del llamado *Tercer Gobierno de la Revolución*, presidido por el licenciado Julio César Méndez Montenegro.

En 1968 fue asesinado el Embajador de Estados Unidos, John Gordon Mein, y secuestrado el Arzobispo Metropolitano, Cardenal Mario Casariego. Las *Fuerzas Armadas Rebeldes* FAR planificaban también el secuestro simultáneo de los presidentes de los tres organismos del Estado. No pudieron secuestrar a los presidentes del Ejecutivo y el Legislativo, pero sí al licenciado Romeo Augusto de León, Presidente de la Corte Suprema de Justicia; al licenciado Gonzalo Menéndez de la Riva, primer Vicepresidente del Congreso, y al periodista Baltazar Morales de la Cruz, Secretario de Prensa de la Presidencia, a cuyo hijo asesinaron. Los tres funcionarios fueron mantenidos en cautiverio cerca de San Juan Sacatepéquez, de donde Menéndez de la Riva logró escapar. Los otros dos serían liberados después.

A ello se sumó, en 1970, el secuestro del doctor Alberto Fuentes Mohr¹, Ministro de Relaciones Exteriores. A cambio de dejar en libertad al Canciller, la guerrilla logró la excarcelación de algunos de sus miembros. Por esos mismos días se realizaron las elecciones presidenciales en que resultó triunfador el entonces coronel Carlos Arana Osorio —posteriormente ascendido a general—, a quien se le atribuyó haber derrotado a la guerrilla en el Oriente de Guatemala y pacificado la zona. Los comicios fueron seguidos por el secuestro y asesinato del embajador de Alemania Federal, Karl Von Spretti.

Los acontecimientos así descritos configuraban el escenario en que surgió La Unión, casi dos décadas después de la adquisición de la finca Los Tarros por don Pepe García. Similiano, su hijo, explica cómo se originó la idea de establecer el nuevo ingenio.

«Cuando cambiamos molinos en Los Tarros, en 1965, mi papá sugirió que guardáramos los pequeños molinos que estábamos retirando, fabricados en Cuba, ya que podían servirnos en el futuro si ampliábamos ese ingenio o creábamos otro. Después de la muerte de mi papá decidimos seguir su idea y se estableció el Ingenio La Unión, en la finca Belén, con esos pequeños molinos, cuya molida diaria oscilaba entre 950 y mil toneladas. Tales molinos se le venderían finalmente al Ingenio Santa Teresa, perteneciente a los señores Escamilla y situado en Villa Canales, al lado del lago de Amatitlán.

La instalación del Ingenio La Unión se realizó con mucha reserva de nuestra parte. Sin embargo, como desde el aire era imposible ocultar que se hacían importantes trabajos, respondíamos a la curiosidad de los colegas diciéndoles que construíamos un centro para engorde de ganado, con bodegas para concentrado, silos, etcétera. Casi todos ellos creyeron que efectivamente instalábamos un gran hato ganadero, y hasta después se dieron cuenta de que en realidad montábamos un ingenio. En nuestra primera zafra tuvimos una molida diaria de aproximadamente 1,300 toneladas de caña, o unas 1,500 como máximo.»

El empresario Luis González Bauer, Presidente del Ingenio Palo Gordo, recuerda el hermetismo que rodeó el surgimiento del Ingenio La Unión.

«Corría el rumor de que en la parte baja de Los Tarros construían una pequeña galera para trasladar unas máquinas, porque en el centro de operaciones no tenían suficiente caña. Los colegas de Similiano le dábamos coba, preguntándole qué plan secreto preparaba, y él sencillamente respondía que sólo estaba abriendo espacio para una pequeña área de ganadería. Su actitud reservada era comprensible, porque en ese tiempo todos éramos muy celosos de la competencia y mutuamente nos ocultábamos muchas cosas. Especial curiosidad le manifestaba Walter Widmann, entonces Gerente del Ingenio Concepción,

En 1970, tras concretarse el surgimiento del Ingenio La Unión, Similiano García dirigía ya las operaciones de los dos ingenios.



quien le preguntaba: *Similiano, ¿qué es lo que tienes allí en la finca Belén?* Y Similiano respondía: *Es un corral; un bato para ganado*. Entonces Walter, incrédulo, insistía: *Pero las vacas no necesitan calderas...* Y Similiano contestaba: *Es que estas vacas son un poco friolentas...*»

A propósito de los orígenes de La Unión, a finales de 2003, cuando con Similiano caminábamos por el casco de la finca Los Tarros, él me señaló un lugar próximo al centro habitacional de los trabajadores y cortadores de caña. En el lugar que él me indicó se guardan las carretas de bueyes que Los Tarros, como una característica muy propia, siempre ha utilizado para transportar la caña. Allí también se guardan los primeros molinos usados por Los Tarros, que quedaron en desuso cuando mejoró la capacidad de molienda.

Allí mismo me relató Similiano que su padre le aconsejó conservar esos molinos, porque podían servir después. Y efectivamente así sucedió, al punto de que el pequeño molino que desde el año 2004 está en el parque-jardín del Ingenio La Unión, es parte del tándem de molinos utilizado para la zafra de 1969-70. Dichos molinos hicieron la primera zafra en la finca Los Tarros en 1958-59. Lo que queda de ese molino es un juego de tres mazas, de cinco en total. Las otras dos se extraviaron.

Dos ingenios surgen simultáneamente

La Distribuidora Azucarera Guatemalteca, S.A. DAZGUA, coordinaba todas las ventas del sector cuando yo inicié mi trabajo allí, el 17 de febrero de 1969. Me correspondió organizarla desde el cargo de Gerente General, con gran apoyo del señor James McSweeney, actualmente miembro del Consejo de Administración del Ingenio La Unión, y en aquel tiempo Subgerente del Ingenio Concepción y Gerente de Melazas de Escuintla, S.A., compañía promovida inicialmente por los ingenios Los Tarros, Pantaleón, El Baúl y Concepción.

En un momento dado, otro grupo se interesó en establecer una nueva compañía azucarera, el Ingenio Santa Ana. Venían con mucha fuerza y querían realizar el proceso industrial con maquinaria desmontada por completo en Cuba, ciertamente muy grande en relación con las dimensiones usuales en Guatemala. Uno de sus promotores era el entonces Gerente y Accionista del Banco de Comercio e Industria, Alberto Díaz Masvidal, de origen cubano, impulsor de varias otras empresas. Después, Díaz Masvidal resultó involucrado en un escándalo financiero, fue recluido en prisión y al final huyó en avioneta a Belice —de donde no se le podía extraditar, por no haber tratados ni relaciones diplomáticas—, evadiendo la persecución de la justicia guatemalteca.

Primera zafra de La Unión, en 1969. Tiempo atrás, don Pepe, caminando, le había dicho a Similiano: Los molinos que se utilizaron en Los Tarros hay que conservarlos. Algún día podrían ser útiles. Y así fue, pues en La Unión fueron instalados con mucho sigilo profesional hasta que el Ingenio arrancó, precisamente en 1969. Era una unidad pequeña, muy modesta con respecto a su tamaño actual.



Pero el caso Díaz Masvidal no frenó el proyecto Santa Ana, y Similiano divisó la oportunidad de que, simultáneamente, otro ingenio podía surgir, y ése sería La Unión. Ambos ingenios comenzaron a trabajar en el año azucarero 1969-70. La Unión efectuó su primera zafra en instalaciones que podían considerarse pequeñas para aquella época. Posteriormente, ya equipado y acondicionado, el Ingenio empezó a crecer. El ingeniero químico Otto Kushiek, Coordinador Agrícola de La Unión hasta 1992, atribuye el auge alcanzado a la tenacidad y empuje de Similiano.

«El incremento de la producción azucarera fue un resultado del liderazgo de don Similiano. En un momento dado, y aprovechando una coyuntura en que la legislación se lo permitió, él instaló el Ingenio La Unión, para no quedarse rezagado sólo con Los Tarros. Él sabía que debía seguir creciendo para aprovechar el mercado y las oportunidades, y después decidió ampliar La Unión, mediante una inversión fuerte. La producción aumentó de 2,000 a 6,000 toneladas de caña diarias. En esa época Los Tarros molía unas 2,200 toneladas. El afán de don Similiano de estar siempre en primera línea lo indujo a aceptar retos grandes como la cogeneración de electricidad. En adición a esto vendrían los cambios tecnológicos y el *boom* que vivió la industria azucarera. La certeza de que para crecer hay que invertir fue el motor para emprender los cambios que los tiempos imponían, y esta empresa se constituyó en una de las mejores y más eficientes de Centroamérica. Esto lo dicen los consultores y lo confirman las estadísticas. Para don Similiano, la Empresa está ahí, tal como él la concebía y a la medida de sus aspiraciones: estar en los primeros lugares y poder cambiar la historia, por supuesto con el apoyo de su gente.»

El licenciado Carlos Arriola, Gerente Financiero, opina que la solvencia económica ha sido una de las mayores fortalezas de La Unión y Los Tarros.

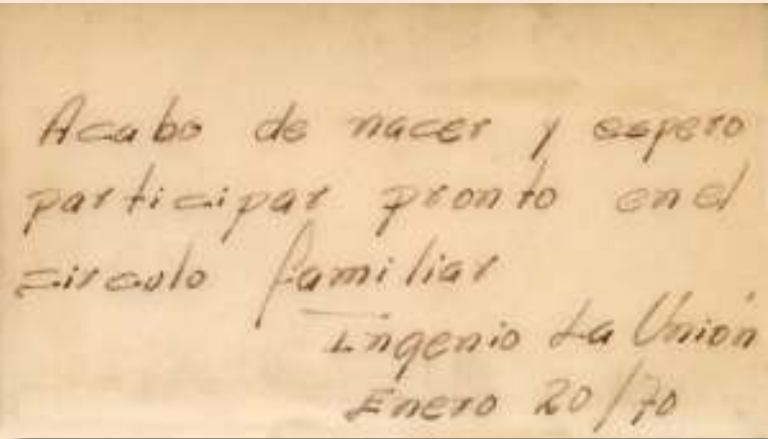
«El Ingenio La Unión realizó su primera zafra en 1969-70, y produjo 115,000 quintales de azúcar, marcando así el inicio del crecimiento de la Compañía. Don Similiano, con su visión, determinó cuán grande debía ser la Empresa en el gremio azucarero y, como resultado de esa visión, La Unión y Los Tarros han sido durante un largo período el segundo grupo en importancia entre un total de 17 ingenios. Tal importancia se mide en términos de eficiencia, producción, capacidad instalada y solvencia económica, siendo ésta la fortaleza más grande de nuestro grupo, ya que es una solvencia absoluta.»

Y, en fin, así nació el Ingenio La Unión, a base del tesón de Similiano. Desde que lo conocí en la DAZGUA, a inicios de 1969, observé cómo, a la par de sus colegas de aquellos tiempos, también muy laboriosos, Similiano era un verdadero titán de la industria azucarera, con una sorprendente capacidad de trabajo, mucha entrega, dedicación y, por supuesto, un gran sentido empresarial.

Similiano me ofrece trabajo y acepto

En los primeros meses de 1971, cuando aún desempeñaba el cargo de Gerente General de la DAZGUA, fui con Similiano al Club de Tenis Guatemala, en la zona 1 de la capital. Recién había concluido la sesión de la Junta Directiva de DAZGUA, y decidimos jugar al tenis un rato. Le conté que había recibido tres tentadoras ofertas de trabajo. Una de ellas, del Banco Industrial, S.A., para el cargo de Subgerente. Otra, el puesto de Gerente de la compañía Exploraciones Mineras de Izabal EXMIBAL, de capital canadiense, que exploraba y explotaba níquel en el norte de Guatemala. La tercera propuesta provenía de la Almacенadora Guatemalteca, S.A. ALMAGUATE —empresa de almacenes de depósito, de capital colombiano, posteriormente adquirida por el banco británico Lloyd’s—, que me ofrecía el cargo de Gerente.

Similiano me dijo algo como esto: *Si usted decide irse de la DAZGUA, pero sólo si usted decide irse, quisiera hacerle una propuesta*. Entendí que, en caso aceptara trabajar con él, quería evitar una molestia con los colegas, porque en la DAZGUA los ingenios eran los accionistas, y los mismos dueños eran los miembros de la Junta Directiva, excepto Bernardo Neumann, del Ingenio El Salto.



El inicio de operaciones del Ingenio La Unión, S.A., en enero 20 de 1970, fue comunicado por Similiano García con una pequeña tarjeta escrita a mano —cuyo texto se lee en la foto reproducida arriba—, acompañando a una pequeña botella de champagne. Fue enviada a los representantes de los ingenios de esa época, y al autor, quien se desempeñaba como Gerente General de Distribuidora Azucarera Guatemalteca, S.A. (ya desaparecida). Tanto el Ingenio La Unión como el Ingenio Santa Ana hicieron su primera zafra ese año.

Más adelante le manifesté a Similiano que había decidido retirarme de DAZGUA, para aceptar una de las ofertas recibidas. Me dijo que le comunicara mi renuncia tan pronto la hubiera presentado y fuera pública, a fin de formularme su propuesta en ese momento. Así lo hice, recibí después la oferta de Similiano, la acepté finalmente, y aprendí cuán cuidadoso era él en asuntos en que podía haber conflicto de intereses. Nominalmente principié en la Empresa el 1 de julio de 1971, aunque llegué el día 2 porque regía el calendario de los bancos, y el 1 es el Día del Empleado Bancario.

No sabía cómo era la gerencia de un ingenio ni cómo era trabajar con una persona como Similiano. Él decidió acudir a la oficina de la capital en una sola jornada diaria, desde muy temprano de la mañana hasta el final del mediodía. Yo lo haría en dos jornadas: mañana y tarde. Con base en mi experiencia laboral —ocho años en el Banco de Guatemala y dos años y medio en la DAZGUA—, supuse que me corresponderían funciones de tipo financiero y administrativo, incluida programación, ejecución y control. Preparé un plan de trabajo para un mes, y lo llevé al día siguiente. Similiano lo leyó con atención y me dijo que empezáramos a ejecutarlo. Terminamos todo esa misma mañana. Una de las primeras enseñanzas recibidas fue que allí no se acostumbraba programar las actividades de todo un mes. Había que hacerlas el mismo día, sin dejar asuntos pendientes para mañana.

Similiano seguía muy de cerca los asuntos y hasta el presente posee una memoria y una tenacidad impresionantes. Él decía, en broma y en serio: *Si tomamos una decisión diaria, vamos bien*. Cuando uno ve esto al paso del tiempo, concluye en que de verdad es importante tomar diariamente una decisión, y eso hacía él. Aprendí con él a resolver rápido, porque no dejaba las cuestiones para retenerlas largo tiempo. Cuando era imprescindible estudiar algún aspecto más detenidamente lo hacía, pero una vez tomada la decisión, quedaba firme, y de esa manera cerraba los asuntos. Delegó en sus ejecutivos muchas tareas, diciéndoles: *Esto ya está listo. Usted lo hace y usted lo sigue*.

Entre sus colegas azucareros, Similiano era reconocido por tener el mejor personal agrícola e industrial de la costa sur, y todos ellos le admiraban por su acierto de encontrar los colaboradores más adecuados. En 1971, Genaro Miranda era el Administrador del Ingenio La Unión. Ramón Alonso, Fernando Granda y José Ignacio González administraban las fincas Tehuantepec; Margaritas y Laredo; Belén y San Jorge, respectivamente. Otro ciudadano español, Constantino Fernández, lo hizo un año después en la finca Cristóbal. El ingeniero Dieter Haeckel era el responsable de la parte industrial, y durante la zafra quedaba al frente el ingeniero químico Senén Viego, de origen cubano. Con ellos, Similiano siempre estaba muy seguro de la parte agrícola e industrial.

Fui la primera persona de mayor nivel a quien Similiano contrató para las oficinas centrales en la capital y, según entiendo y he observado, me correspondió ser el primer gerente que no era a la vez propietario o accionista de un ingenio guatemalteco. En los otros ingenios las personas que fungían o habían fungido como gerentes tenían vínculos, desde antes de ejercer tal cargo, con las sociedades de las que se originaban sus nombramientos.

Con Similiano como máximo dirigente de la Empresa y yo como su principal colaborador, empezamos a compartir áreas de trabajo. En cierta manera, durante los 25 años que fui Gerente (1971-96), él hizo las veces de Administrador Único de la Compañía, y yo colaboraba inicialmente en las áreas financiera, comercial y contable, además de compartir la parte administrativa. Él mismo resume, en breves palabras, esta relación laboral.

«Efectivamente, en 1971 vino José Molina Calderón —Pepe—, y desde entonces hemos trabajado de la mano. Creo que él está muy satisfecho de estar con nosotros, y nosotros estamos más que satisfechos de estar con él. Si ya tenemos más de treinta años de trabajar juntos es porque las relaciones son extremadamente buenas.»

Similiano iba los sábados por la mañana a la costa y yo le acompañaba en la avioneta. Los asuntos se evaluaban sobre la marcha, en conversación con los ingenieros y los administradores de campo. Luego, el lunes por la mañana, a las siete y media, Similiano ya estaba en la oficina resolviendo los problemas que había observado en la costa, encargando las compras, haciendo consultas y adoptando decisiones. Era usual empezar cada semana con mucho empuje.

A pesar de que nunca le gustó tener presencia pública —y de hecho no la tenía en la capital ni en Santa Lucía Cotzumalguapa—, su nombre era muy conocido en las fincas próximas a los ingenios. En una oportunidad la Empresa buscaba un área para expansión de caña, y se localizó una finca llamada El Jabalí, contigua a Cristóbal, pero no conocíamos a los propietarios ni sabíamos si era adecuada para caña. Decidimos visitarla en compañía de los administradores, para tomar muestras de los suelos. Viajamos en helicóptero y, luego de aterrizar en la finca, caminamos unos diez metros. Un grupo de niños, habitantes de los alrededores, llegó corriendo a nuestro encuentro, muy entusiasmados por el vuelo del helicóptero, y gritando alegremente: *¡Muy buenos días, don Similiano!* Este hecho nos pareció muy curioso, ya que nadie había avisado que visitaríamos esa finca, y ningún trabajador de los ingenios estaba allí, de modo que fue una reacción surgida del conocimiento que el vecindario tenía de Similiano.

El autor, en su despacho de Gerente del Ingenio La Unión, cargo que ejerció entre 1971 y 1996.



Año 1974. Puente colgante entre las fincas La Libertad y El Pilar, esta última considerada como puerta de la finca Cristóbal, que constituyó un desarrollo nuevo promovido por La Unión en un área en la que no se cultivaba caña. El río se cruzaba en canoa, y cada pasajero pagaba cinco centavos de quetzal por viaje. Construido el puente, el propietario de la canoa se quedó sin clientes y se dedicó a otra actividad.

Sus colegas se preguntaban cómo hacía Similiano para lograr el crecimiento de la Compañía. Podrían mencionarse entre los factores de éxito su tenacidad y su impresionante capacidad de trabajo. Además, uno llegaba a pensar que él poseía un manual secreto como su fuente de ideas, porque siempre tenía la idea acertada para resolver cada problema. Generalmente teníamos la misma información en torno a cada asunto, y pese a ello no podía anticiparme a sus soluciones. Otro factor importante fue haberse rodeado de gente muy leal y sumamente trabajadora en todos los niveles. De hecho, la Empresa se ha caracterizado porque gran parte del personal ha mantenido su relación laboral ininterrumpida durante veinte, treinta o más años.

Un aspecto que también ha contribuido al crecimiento de La Unión es su política de reinvertir utilidades. De esa manera se logró capitalizarlo en forma respetable. Remontándonos a los inicios, en 1950, la Empresa tenía sólo una finca, que había sido administrada durante los setenta años anteriores sin mayores volúmenes de trabajo. A partir de entonces la Compañía evolucionó y creció significativamente.

La Unión en sus inicios

En 1969, cuando llegué a esta industria, las tecnologías eran rudimentarias y no avanzaron sino hasta unos años después. Los ingenieros eran casi todos de nacionalidad cubana, tal el caso de Senén Viego, Jefe de Fabricación en el Ingenio Los Tarros, con alguna excepción como la de Dieter Haeckel, ingeniero industrial guatemalteco, de ascendencia alemana. Ambos se entendían muy bien y manejaron Los Tarros durante varios años, hasta que Dieter asumió la responsabilidad de la ampliación de la fábrica de La Unión, ya con nuevo personal y con los jóvenes ingenieros Walter Montejo y Otto Kushiek en los ingenios.

La Unión y Los Tarros se desarrollaron a base de maquinaria y equipo usado. Se buscaba equipo en algún país, y se organizaba personal para ir a desmontarlo. El ingeniero Haeckel recuerda particularidades de las primeras operaciones.



Trabajos de montaje en el Ingenio La Unión, en 1976. Fue instalada una nueva planta, al lado de la que funcionaba desde 1969.

«La razón de establecer el Ingenio La Unión fue que el Congreso pretendía emitir una ley para impedir el surgimiento de nuevos ingenios. En el ínterin se fundó el Ingenio Santa Ana, y ello motivó a don Similiano a establecer su segundo ingenio. Echamos mano de maquinaria que no era indispensable en Los Tarros, generalmente equipo pequeño, y la montamos en La Unión hasta constituir el Ingenio.

Don Similiano escogió el lugar, junto con don Genaro Miranda y don Ramón Alonso. Tomaron en cuenta que estaba cerca de las fincas de caña con gran potencial agrícola. En ese entonces las únicas fincas propiedad de la Empresa, además de Los Tarros, eran Belén, San Jorge y Tehuantepec. El diseño original es del ingeniero Senén Viego, de don Immo Rainitzer y de quien esto les relata, Dieter Haeckel.

Para realizar el diseño del nuevo ingenio, don Senén y yo elaboramos los planos, bajo el modelo de Los Tarros y con los viejos molinos de éste. La primera zafra de La Unión tuvo una molienda de 500 toneladas por día, igual a la primera de Los Tarros. Sin apartarnos de nuestra labor en Los Tarros, don Senén y yo supervisamos el montaje del Ingenio La Unión.

Aceros Arquitectónicos ARCO se encargó de la construcción del edificio de molinos, de fabricación, y de la primera bodega. Se montaron tres molinos originalmente de Los Tarros, el primero, marca *Sangerhausen*, con dimensiones de 20 por 30 pulgadas, y los otros dos, marca *Mc Farland*, de 22 x 36", que en la actualidad trabajan en el Ingenio Santa Teresa. El equipo de cuádruple efecto (evaporadores) y los tachos eran de hierro fundido y todo atornillado, de fabricación británica, marca *Craig*, y también provenían de lo que había sobrado en Los Tarros.

La única caldera se compró usada en Estados Unidos y se montó bajo la dirección del maestro montador mexicano Eulogio Pastrana y del albañil, también mexicano, señor Nieto. Para la construcción y montaje del ingenio en general se contrataron dos ingenieros mexicanos, de los que sólo se quedó uno, Raúl Sotelo, mientras el otro a los quince días regresó a México. La toma que conduce del río Cristóbal hacia el Ingenio fue diseñada y construida por el ingeniero Agripino Zea, al igual que la pista de aterrizaje. El suministro de materiales desde Santa Lucía Cotzumalguapa y su transporte al Ingenio se dificultaban durante el invierno, porque el camino era de tierra. Como no existía la línea de alta tensión de la Empresa Eléctrica de Guatemala, se compró una planta diesel de 125 kilovatios, de origen alemán, marca *Motoren Werke Mannheim AG (MWM)*. Se inició la construcción de casas para ingenieros y personal técnico, ya que la única casa formal era la que posteriormente ocupó el Administrador, Genaro Miranda.

A lo largo de los años setenta del siglo XX el Ingenio La Unión experimentó procesos de ampliación que incrementaron su capacidad operativa. Esta es una panorámica de su fábrica en el año de 1978, cuando su volumen de producción había superado ya al de Los Tarros.





Antes de concluir la primera zafra se compró un tándem de cuatro molinos y desmenuzadoras de dos mazas marca *Fulton*, de 24 x 42”, en el Ingenio La Joya, de Campeche, México, con lo cual se hizo la primera ampliación del Ingenio La Unión, o sea que los molinos originales de Los Tarros sólo molieron en La Unión un año y fueron desmontados inmediatamente después de la zafra. Hubo que romper las bases de los molinos pequeños para dar lugar al tándem de molinos *Fulton*. Ese tándem había sido adquirido originalmente por el Ingenio Caribe, en la isla de Jamaica. De allí pasó a La Joya, en México, y en La Unión dejó de operar después de varios años para venderse finalmente a un ingenio en Honduras, donde funciona en la actualidad.

Después de la primera zafra, bajo el mando de Raúl Sotelo y Raúl Cardona, pasaron varios técnicos al frente del Ingenio, siempre sólo durante una zafra, hasta que finalmente se quedó el ingeniero Agripino Zea como Jefe de Planta y el ingeniero Erminio Menéndez como Jefe de Fabricación, bajo la supervisión del ingeniero Viego, tío de Erminio.»

Constitución de la Sociedad Anónima

Aunque el inicio de sus operaciones fue en el año azucarero 1969-70, el Ingenio La Unión se constituyó en Sociedad Anónima en 1971. Antes de ello, para el cumplimiento de los correspondientes requisitos legales, tuvo como razón social el nombre de Rafael Minondo.

Puesto que él era esposo de Lucrecia García Cottone y cuñado de Similiano —además de médico y cirujano de reconocidos méritos profesionales—, con el uso de esa razón social se mantuvo el concepto de la Empresa Familiar.

Aspectos relacionados con el surgimiento de la Sociedad Anónima fueron precisados por el licenciado Saúl Guillermo Bonilla Sandoval, quien en su calidad de notario procedió a faccionar la escritura constitutiva.

«José García Paniagua, un empresario guatemalteco inteligente, tenaz y honesto, fundó el Ingenio Los Tarros y lo dirigió hasta su muerte, en 1967. Sus herederos, con el legado de la mentalidad visionaria de José e investidos de grandes atributos, crearon la empresa Ingenio La Unión, constituida en Sociedad Anónima conforme escritura pública del 19 de octubre de 1971, ante mí, notario Saúl Guillermo Bonilla Sandoval. Esta sociedad se constituyó con un capital autorizado de un millón de quetzales, y sus socios fundadores fueron doña Ana María Cottone Raphael viuda de García, don Similiano García Cottone, el doctor Rafael Minondo y doña Ana María Lucrecia García Cottone de Minondo.

Como objetivo de esta sociedad, se previó que se dedicaría al desarrollo de todo tipo de actividades agropecuarias, especialmente la siembra y el cultivo de la caña de azúcar, así como a la industria, procesamiento y beneficio de la caña de azúcar. Otros objetivos enunciados son la venta, comercialización, negociación, explotación, distribución, exportación y, en fin, cualesquiera otras actividades derivadas, atinentes, conexas y complementarias, con respecto a las agrícolas e industriales, en relación con el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar. Esta sociedad quedó adaptada a las disposiciones del nuevo Código de Comercio, en escritura pública del 14 de mayo de 1996, autorizada por el notario Saúl Guillermo Bonilla Sandoval, y bajo esa normativa se rige hasta la fecha.»

Fin de zafra en Los Tarros, en 1972. De izquierda a derecha, Ammy de García, Lucrecia García de Minondo y su cuñado, el arquitecto Raúl Minondo, quien cuatro años antes había elaborado los planos de la actual escuela, que le fueron entregados a Similiano. Se concretó así una iniciativa de don Pepe García, fallecido en 1967 sin haber visto realizada la obra. La escuela fue remozada en 2002, manteniendo su estructura y distribución de espacios ambientales. En la escuela está enmarcado el plano de acabados con fecha “Julio, 1968”, único plano arquitectónico que se conserva de esta construcción.

Muchas veces alumnos de medicina abandonan sus estudios por dificultades financieras. La Beca a la Excelencia Dr. Rafael Minondo H. está estructurada para ayudar a dichos alumnos a terminar su carrera de medicina.

Requisitos :

- Completar los primeros 3 años de medicina.
- Demostrar vocación médica.
- Demostrar limitantes económicas para terminar los últimos años de la carrera.

Cómo aplicar :

- Los candidatos deben aplicar a la beca antes del mes de noviembre.
- Los candidatos deben recoger el formulario en la secretaría, llenar la parte que les corresponde para que el resto sea completado por su Consejero Facultativo, el cual debe elevar la petición al Comité Supervisor.
- Durante el mes de noviembre el comité procederá a realizar las entrevistas y consultas para escoger entre los candidatos.

Beca a la Excelencia Dr. Rafael Minondo H.



Una beca que honra a un doctor que dedicó su vida a ayudar a muchas personas necesitadas y que promovió la excelencia en la medicina guatemalteca.



Beca a la Excelencia Dr. Rafael Minondo H.
Para mayor información contactarse con la Secretaría General de la Facultad de Medicina.



Facultad de Medicina



El Ingenio La Unión tuvo el nombre de Rafael Minondo como su primera razón social. El doctor Minondo —esposo de Lucrecia García Cottone y cuñado de Similiano—, era un médico y cirujano cuyas cualidades humanas y profesionales fueron reconocidas póstumamente por la Facultad de Medicina de la Universidad Francisco Marroquín, con la creación de una Beca a la Excelencia. En un folleto editado con ese motivo, se dice de él que «fue un doctor-investigador y, en los ojos de muchos jóvenes galenos, maestro ejemplar de

la medicina en Guatemala; hombre de extraordinaria calidad humana y un amigo salvador para miles de pacientes de escasos recursos. El Dr. Minondo dedicó su vida profesional a trabajos voluntarios, investigaciones y enseñanza, pero fue sobre todo un cirujano de corazón. Rafael Minondo fue un verdadero maestro para enseñar a PENSAR la medicina y para SENTIR la medicina. El Dr. Minondo realizó sus estudios médicos en la Universidad de San Carlos de Guatemala; Harvard University, EE.UU.; Universitätsstadt

Marburg/Lahn, Alemania, y en King's College of Medicine, Post-graduate Medical School, Londres. En 1965 efectuó el primer implante de marcapaso cardíaco en Centroamérica, además de haber introducido en Guatemala el cierre primario del colédoco (1959), la linfangiografía (1961) y la dosificación de catecolaminas en vena cava, paradiagnóstico de feocromocitoma (1968)». En el libro Personajes Notables de la Medicina Guatemalteca del Siglo XX, el Dr. Abraham García Kutzbach se

refiere al Dr. Minondo como «un excelente cirujano además de un gran docente y ser humano; consagró su vida profesional al entrenamiento de generaciones de cirujanos en el Hospital General San Juan de Dios. Le recuerdo una vez que me hizo una pregunta de Medicina Interna y luego me dijo: 'es que el cirujano no sólo debe saber cortar y quitar órganos dañados, debe también conocer los procesos fisiológicos'». El Dr. Minondo falleció el 20 de noviembre de 1996 a consecuencia de un cáncer de colon.



Logotipos de La Unión y Los Tarros

El Ingenio La Unión utiliza como logotipo una figura de base rectangular horizontal, que en su parte superior semeja el trazo de un grupo de grandes chimeneas como las que efectivamente hubo en la época original del Ingenio, y que al igual que el primer molino, colocado a la manera de un símbolo en el Parque Jardín de La Unión, “encierra gran parte de la historia de la Empresa”, según palabras de René Ruiz, Supervisor de Mecánicos de Turbinas, quien trabaja en la Compañía desde 1969, cuando como ayudante de soldador participó en el montaje de las primeras calderas de La Unión.

Los Tarros adoptó como logotipo una figura circular en la que se observa una representación de la escena agrícola industrial característica de la finca desde su transformación en un ingenio azucarero, y los volcanes distintivos de su paisaje.

1 El doctor Alberto Fuentes Mohr integró el gabinete desde el comienzo del gobierno de Méndez Montenegro, inicialmente como Ministro de Hacienda y Crédito Público (Finanzas), cargo desde el que intentó sin éxito una reforma fiscal. (En 1979, bajo el gobierno del general Fernando Romeo Lucas, Fuentes Mohr fue asesinado cuando era diputado al Congreso).

Capítulo VI
Los cañeros y el arrendamiento de fincas

En el abastecimiento de caña a La Unión han participado cañeros de la más diversa capacidad operativa: desde productores establecidos en fincas de considerable extensión hasta los instalados en parcelamientos. En un tiempo, la mayor parte de la caña adquirida por el Ingenio era producida por la Asociación Nacional de Cañeros, entidad entonces dirigida por Carlos Estrada Bertolín —ya fallecido—, Nery Román y Mario Mora.

La mayoría de empresas azucareras recurrió a esa misma forma de abastecimiento y así, en 1969 y años subsiguientes, surgieron cooperativas de cañeros, por ejemplo la del Ingenio Palo Gordo. El cultivo de la caña se fue extendiendo de Escuintla a otras zonas, como Cuyotenango (Suchitepéquez), y la actividad cañera empezó a registrar la incorporación de un número creciente de personas.

Testimonio de un antiguo cañero

Pese a su gran crecimiento, La Unión conserva su relación comercial con cañeros independientes que operan a pequeña escala. El siguiente es el relato de uno de los más antiguos proveedores, José María Estrada.

«En 1976, compré una parcela con caña, sin saber nada sobre este cultivo. Intentaba vender toda la producción del terreno, pero don Genaro Miranda, Administrador de La Unión, me dijo que, por tener pocas cuotas ese año, sólo podía comprarme 250 toneladas. Me aconsejó visitar El Baúl y explicarle la situación a su hermano, quien finalmente me compró las restantes 500 toneladas. Logré así cancelar el saldo de la parcela, que de lo contrario me hubiera sido embargada. Fue el inicio de mi relación con La Unión, que mejoró hasta llegar ahora a entregas de entre 23,000 y 28,000 toneladas al año.

La Unión empezó siendo muy pequeño, pero ahora es grande y nos ayuda. En el pasado se formaban largas filas de camiones para entregar la caña, pero actualmente el sistema es tan práctico que los camiones sólo llegan, descargan y se retiran. Eso es ventajoso para uno como vendedor, porque reduce sus gastos en pago de empleados. Los cañeros pequeños siempre estamos luchando contra los costos y la vamos pasando atendida a lo que nos va quedando de la cañita.

Antes de dedicarme a la caña yo cosechaba maíz pero mi producción era de no más de 300 quintales y las compras de ese producto por La Unión eran de 2,000 quintales como mínimo. Don Ramón Alonso, entonces Coordinador de la Empresa, me redujo la cuota mínima a 1,500 quintales y me aconsejó agruparme con parientes cercanos que también cultivaran maíz, de forma que juntos lográramos cubrir esa cuota. Lo conseguimos, pude colocar mi maíz y así fueron los primeros negocios que hice por medio de don Similiano, a quien tengo mucha gratitud por la ayuda recibida. Don Similiano es un hombre recto y sincero y, aunque no nos comunicamos directamente, sé que yo estoy en su pensamiento por el esfuerzo que he podido aportar a la Empresa.»

El papel de los arrendatarios de fincas

Los propietarios de fincas pensaron que ellos por sí mismos podían manejar el cultivo y el corte de la caña, como efectivamente ocurrió durante años. Sin embargo, a mediados de los setenta cambió la forma de trabajar el campo, se introdujo la mecanización, y ello implicaba inversiones más importantes para los cañeros. En esos tiempos eran pocas las fincas arrendadas, pero entonces principió el procedimiento de arrendar fincas por parte de los ingenios y pagar a los cañeros el valor de la renta, o aplicar fórmulas combinadas, vinculadas a la producción. La Unión fue uno de los principales desarrolladores de fincas bajo el sistema de arrendamiento, y aún lo hace, al punto que la tercera parte de su producción proviene de fincas arrendadas.

Entre los arrendatarios más antiguos de La Unión están la finca El Pilar, de los herederos de una gran dama, la señora Marta Gálvez Paiz, en una relación que data de 1972, así como las fincas La Confianza y Guanipa, en el municipio de La Gomera, Escuintla, ambas de Juan Maegli, y una fracción de Guanipa, de Pablo Royer, arrendadas a partir de 1975. Después se alquiló la finca Santa Cristina, en La Democracia, Escuintla, propiedad de los hermanos Cordón Schwank, pero fue devuelta debido a una violenta caída de los precios a inicios de los ochenta. También la finca Agrícola, situada en Santa Lucía Cotzumalguapa, fue devuelta a su propietario, Arturo Herrera.

En 2004 están alquiladas fincas en áreas distantes del Ingenio La Unión, en el municipio de La Gomera, cerca de las costas del océano Pacífico. A La Gomera se llegó en 1975, mediante el arrendamiento de la finca Guanipa, y ahora es una zona muy extendida en caña de azúcar, después de haber sido una región algodonera hasta los años ochenta. La caña sustituyó al algodón, después de una mala racha de este último cultivo.

Puente colgante bien construido que comunica Los Tarros —al oriente— con las fincas Santa Sofía y Morelia. La estructura permite cruzar el río Gobernador, uno de los afluentes del río Pantaleón. Un día, cuando el puente era más sencillo en su construcción, un rayo mató a un transeúnte que atravesaba el río y a quien la tormenta no le permitió moverse con soltura. Este lamentable accidente motivó a los vecinos del lugar a gestionar ante las autoridades una instalación más adecuada.



Capítulo VII

Voluntad férrea y disciplina ejemplar

Trabajadores y ex trabajadores de La Unión y Los Tarros, empresarios azucareros que constituyen su competencia, y muchas otras personas, dan testimonio de la extraordinaria personalidad de Similiano García.

Similiano nació en la capital guatemalteca el 5 de junio de 1932, estudió en el Colegio Americano de Guatemala —casi desde su fundación—, Colegio Lehnsen y La Preparatoria, y cursó el bachillerato en la San Rafael Military Academy, de Estados Unidos.

Desde mayo de 1950 —al regresar a Guatemala— hasta la muerte de don Pepe, en 1967, y por mucho tiempo más, Similiano participó intensamente en promover la industria de la caña de azúcar por medio de esta Empresa Familiar, y realizó grandes aportes en todos los aspectos relacionados con dicha actividad.

Una de sus particularidades es ser muy detallista. En una oportunidad estábamos en el campo agrícola de la finca Margaritas, tras aterrizar en la avioneta *Cessna 180*, de un sólo motor, propiedad de la Empresa, que él manejaba acompañado por un piloto profesional. Conversábamos con el Administrador de la finca, Fernando Granda, cuando comunicaron por radio que la fábrica había suspendido operaciones, circunstancia contraria a una de las reglas básicas de la industria azucarera, en la que la clave es no parar.

Similiano preguntó la causa del *parón*, y le dijeron que en la misma finca Margaritas se había roto una pieza de una grúa utilizada en el proceso cañero, y no se contaba con el repuesto. Una sola pieza de una grúa era suficiente para provocar la paralización de una fábrica. Similiano averiguó de inmediato dónde podía obtenerse el repuesto, suministró la avioneta para recogerlo en la capital de Guatemala, mientras permanecíamos allí, y al cabo de una hora ya se tenía la pieza y se pudo reiniciar el trabajo.

Durante toda la época de zafra, la escena se repite día tras día. Dentro de la fábrica, el personal se atiene a una regla básica de la industria azucarera: no interrumpir el proceso de operaciones.



La anterior anécdota refleja el cuidado que Similiano tenía en el seguimiento de las operaciones, manteniéndose siempre atento a resolver cualquier problema, por pequeño que fuera. Un ingenio involucra una extensa gama de áreas donde puede haber fallas capaces de paralizar la fábrica de azúcar, y Similiano mantenía la idea de resolver de inmediato cualquier parón, de día o de noche.

¿Lo toma o lo deja?

Similiano quizá haya causado algún desconcierto a personas que lo principiaban a conocer, tal el caso del ingeniero Otto Kushiek, quien dirigió las fábricas de Los Tarros y La Unión, y trabajó cerca de tres décadas en la Empresa.

«Principié a trabajar en Los Tarros en noviembre de 1973, como Asistente del Jefe de Fabricación, ingeniero Senén Viego, técnico cubano que tenía bajo su responsabilidad el laboratorio y la fábrica. Por aquella época estaba terminando mis estudios de Ingeniería Química, y trabajaba en el Instituto Centroamericano de Investigación y Tecnología Industrial ICAITI.

Me entrevisté con don Senén y una semana después con don Similiano, para arreglar pormenores del contrato. Mi entrevista con don Similiano transcurría muy amena, pero en un momento dado me dijo algo que retrata claramente su pragmática personalidad: *Ingeniero, antes de proseguir, le voy a hacer una pregunta, y por favor contésteme con la misma franqueza con la que hemos estado platicando: ¿Usted está interesado en trabajar con nosotros, sí o no?*

Me extrañó la pregunta y, antes que pudiese responderla, don Similiano agregó: *Si usted está interesado en trabajar con nosotros, podemos seguir platicando cuanto quiera, y yo le aclaro todas sus dudas. Pero si no piensa trabajar con nosotros, dígamelo, y así ni usted ni yo perdemos nuestro tiempo.* Sentí que me había puesto con la espalda contra la pared, y le contesté que sí deseaba trabajar en la Empresa. Hablamos una hora más y acordamos las condiciones del trabajo.

Presidía el país el general Carlos Arana Osorio (1970-74). El ambiente político estaba convulsionado y en la capital había frecuentes ataques guerrilleros. Sin embargo, en Los Tarros percibí un ambiente de tranquilidad. El camino de diez kilómetros entre el centro de Santa Lucía Cotzumalguapa y Los Tarros era de terracería. Sólo una camioneta cubría la ruta, con un viaje por la mañana y otro por la noche, y a veces sencillamente no llegaba ninguna. Durante mi primera zafra en Los Tarros quedamos completamente aislados, después que las lluvias destruyeron el camino.

Por aquellos años, Los Tarros era algo así como una comunidad cerrada, con trabajadores muy antiguos, incluidas personas que nacieron en la finca. Era gente que a lo sumo una vez por semana viajaba a Santa Lucía. El trabajo era duro y la zafra duraba ocho meses. Era una labor de 24 horas, casi puedo decir que los 365 días del año. No había fines de semana, ni turnos y el personal era escaso. Por ejemplo, cuando empecé a trabajar en Los Tarros, sólo estábamos los ingenieros Dieter Haeckel, Senén Viego y yo. A los pocos meses llegó el ingeniero Walter Montejo, y con él se completaba el personal técnico. En La Unión estaban el ingeniero Agripino Zea, algún otro técnico y paremos de contar.

En ese tiempo, La Unión ya empezaba a planificar su expansión, y llegaron técnicos que le ayudarían a crecer. Pero Los Tarros siguió igual. En la parte agrícola, el apoyo provenía del doctor Alfonso Fors —cubano que residía en México— y del ingeniero Víctor Sanchezviesca, de origen mexicano. A partir de ahí, los demás eran los administradores de las fincas, cuyo nivel, comparado con el promedio actual, era bastante empírico, debido a las limitaciones tecnológicas.

Una dolorosa experiencia, en 1975, fue la muerte de don Senén, quien había trabajado en la Empresa durante siete u ocho años, y me entrenaba para que lo relevara en su puesto. Días antes de su muerte, me dijo: *Mira, yo todavía regresaré en esta zafra a trabajar, pero en la siguiente tú podrás tomar posesión del puesto. Ya estás capacitado para desempeñarlo, pero aún estaré un año más, para que todo salga bien.*

Una semana después se inauguró el II Congreso Centroamericano de Técnicos Azucareros, con una fiesta en el Club Guatemala, en la ciudad capital. Don Senén pronunciaba el discurso de bienvenida, y hablaba emotivamente sobre Guatemala, sus volcanes y sus paisajes, cuando sufrió un ataque al corazón y cayó muerto instantáneamente frente a todos. Esto fue impactante para mí, porque don Senén fue como mi segundo padre, casi me adoptó como su hijo y me enseñó todo cuanto debía saber del trabajo, sin ninguna restricción. Fue para mí como un libro abierto.

El día que don Senén murió, yo estaba confundido: me apesadumbraba lo ocurrido y me preocupaba mi futuro laboral. Estaba en la funeraria cuando llegó don Similiano a dar el pésame. Después se me acercó y me dijo: *Otto, esté tranquilo, el puesto es suyo.* En medio de mi pesar, este ofrecimiento fue para mí una gran noticia: en la plena juventud de mis 24 años sería el Jefe de Fabricación de Los Tarros, constituyéndome en uno de los pocos profesionales que trabajaría en la industria azucarera, y en uno de los primeros técnicos guatemaltecos en ocupar una posición tan importante. Más adelante sería designado Jefe de Fabricación de La Unión.

Tras haber ingresado en 1973 como ingeniero químico en el laboratorio, y desempeñar los cargos de Jefe de Fabricación de Los Tarros primero, y de La Unión después, se me transfirió en 1982 al Área de Coordinación entre Fábrica y Campo, como responsable de la parte agrícola. Fue un cambio radical pues estaba acostumbrado a observar procesos químicos en que las reacciones ocurren de un día a otro, o de un segundo a otro, y uno debe corregir las cosas inmediatamente. Pero en el área agrícola, los resultados de una decisión pueden conocerse hasta cinco años después, y hasta entonces uno sabe si acertó o se equivocó.

A mí me correspondió vivir un proceso de transición en la Empresa: inicialmente, las fincas eran administradas por ciudadanos españoles, de mucha confianza para don Similiano, quienes contaban con asesores técnicos. Después fueron centralizadas la administración y la coordinación agrícolas. Ramón Alonso, de origen español, fue el primer Jefe Coordinador. Su principal colaborador era su compatriota Fernando Granda, quien había administrado con éxito la finca Margaritas. Después, Ramón me entregó la Jefatura de la Coordinación Agrícola. Fernando Granda ya no estaba en la Empresa, y su puesto fue ocupado por el ingeniero guatemalteco Miguel Maldonado.

Don Similiano siempre fue emprendedor y buscaba estar en el primer lugar. Contra viento y marea, sus empresas debían ser ganadoras y nunca ocupar segundos lugares. Las metas que se trazaba debían cumplirse, aunque los recursos fueran escasos. Su olfato empresarial y su visión de los negocios eran impresionantes, y su personalidad, arrolladora. Mucha gente me ha comentado que, durante los primeros años del Ingenio Los Tarros, don Similiano fue visto trabajar en el campo con sus propias manos, como cualquier peón u operario, a la par de sus trabajadores. Él siempre estuvo junto a uno en los momentos más difíciles.»

Similiano García, al centro, acompañado por dos colaboradores, uno de ellos don Julio Markword (a la derecha), en el Ingenio La Unión, en 1978.





Siempre en el lugar preciso

Clarividencia en la evaluación de las personas, presencia oportuna y memoria fotográfica son algunas de las características de Similiano, según lo describe el ingeniero René Cifuentes, actual Gerente Industrial de La Unión, quien ingresó a la Empresa en 1976, cuando el Ingenio estaba en proceso de ampliación.

«Don Similiano siempre fue muy activo para los negocios y es un gran conocedor del proceso agroindustrial azucarero, a partir de su involucramiento en el montaje de Los Tarros. Tiene la admirable peculiaridad de que en poco tiempo ya conoce muy bien a las personas, y ello siempre le permitió identificar a quienes podían ser sus principales colaboradores y a qué puestos debía asignarlos.

En los inicios de La Unión, la administración agrícola fue confiada a ciudadanos españoles. Don Similiano fue uno de los primeros empresarios del sector que contrataron ingenieros para trabajar en esta agroindustria. Anteriormente, técnicos cubanos tenían a su cargo la función ingenieril en las fábricas de azúcar. También fue de los primeros en utilizar jaulas para transportar la caña, procedimiento que constituía una garantía de adecuado aprovisionamiento a los ingenios. Una característica suya es que administraba por excepción, de modo que siempre estaba presente donde se le necesitaba. Normalmente, él le permitía a uno actuar con independencia pero, cuando percibía una crisis, no quitaba el dedo del renglón hasta que el problema se resolvía.

Cuando yo tenía un año de trabajar en la Empresa y me transfirieron de La Unión a Los Tarros, un día necesitaba un cojinete de repuesto para un conductor de caña, pero no sabía el número del cojinete, ni encontraba un registro anterior para conseguir el dato. Le conté el problema a don Similiano y le dije que estaba esperando una oportunidad para apagar el equipo, desarmarlo y leer el número. Para sorpresa mía, me respondió: *Ese es un 22-2-23, y se lo enviaré hoy mismo*. En ese momento me di cuenta de que don Similiano sabía de memoria los números de los cojinetes del equipo. ¡Sabía hasta los nombres de los bueyes que jalaban las carretas con caña, porque posee una memoria prodigiosa!»

Anécdotas, destellos y pinceladas

Como resultado de la intensa y prolongada participación de ambos en la agroindustria azucarera, Similiano compartió experiencias con Fraterno Vila Betoret, fundador del Ingenio San Diego. De ello surgieron pasajes como el que relata Fraterno Vila Girón, Presidente de ASAZGUA.

«Puedo mencionar una anécdota que me contó mi padre, Fraterno Vila Betoret. En una ocasión, con don Similiano fueron a visitar unas fincas, pero el vehículo se atascó en un río. Don Similiano dejó el carro allí, pidió un tractor y así pudieron continuar la travesía. Eso dice mucho de cómo es don Similiano, una persona con mucha energía, empresario activo y progresista a quien nada es capaz de detener. No conocí a su padre, don José, pero él dejó la semilla de ese gran fruto.»

El ingeniero Sergio Cabrera, miembro de la Empresa a partir de 1990, recuerda que Similiano comparaba al Ingenio Los Tarros con un reloj de alta precisión.

«Trabajé diez años con don Similiano, siendo él, verdaderamente, el motor de la Empresa, y fue una experiencia maravillosa. Todos los que trabajamos con él hemos aprendido de su constancia, valor y palabra, porque ha sido ejemplo de orden, rigor y cumplimiento. En una ocasión en que vino a Los Tarros le comunicamos que se tenían problemas mecánicos en el tractor que jalaba los sacos de azúcar entre el lugar de envasado y la bodega, utilizando para ello un carretón. Don Similiano examinó el funcionamiento del tractor, me ofreció reemplazarlo en el término de una semana, y justamente así fue. Aunque el nuevo tractor era más grande que el otro, don Similiano cumplió su palabra. Así da gusto trabajar. Por lo general, él venía poco a Los Tarros, iba más frecuentemente a La Unión, y la explicación que daba era: *Aquí no hay problemas... Es un relojito Omega*.»

El licenciado Carlos Arriola llegó a La Unión entre 1975 y 1976, cuando estudiaba Contabilidad y Auditoría en la Universidad. Recibió becas otorgadas por la Empresa, se graduó y fue ascendiendo hasta su actual puesto de Gerente Financiero. Hoy ve en perspectiva más de un cuarto de siglo trabajado bajo la escuela de Similiano.

«Las empresas le permiten a uno desarrollarse profesionalmente y como persona. Yo he encontrado ese espacio y lo he aprovechado. Me considero un alumno de las enseñanzas que don Similiano dejó en la Compañía. Aprendí mucho de su sistema de trabajo, visión clara y sentido común. Lo importante no es tener ideas o la intención de hacer las cosas, sino saber ejecutar los planes en el menor tiempo posible.

Recuerdo que cuando don Similiano pedía un informe u otro documento, solía decir: *No me urge, pero si lo tiene para esta tarde, se lo voy a agradecer*.

Hay oportunidades que le permiten a uno algo así como graduarse en la universidad de la vida, y estar preparado para enfrentar cualquier actividad. En mi caso, agradezco a don Similiano haberme dejado una escuela muy positiva. Empecé aquí como un trabajador de abajo y fui escalando posiciones hasta aprovechar plenamente esa oportunidad de superación que se me brindó. Nunca he perdido de vista que un buen trabajo generalmente es el resultado de la participación de mucha gente. En toda empresa a los trabajadores se les debe incentivar y hacerles sentir que desempeñan un papel importante.»

El ingeniero Miguel Maldonado, actual Gerente de Operaciones Agrícolas y miembro del personal de La Unión desde 1976, afirma haber aprendido de Similiano el secreto de actuar con agilidad y la importancia de la sensibilidad humana.

«Don Similiano representa para nosotros el ejemplo a seguir. Es un empresario con una visión muy grande, impresionante agilidad para adoptar decisiones, y nos ha enseñado a ser ágiles para actuar, tanto en la operación como para todo lo relacionado con el trabajo. Sé que se hizo cargo total de la Empresa cuando Los Tarros era un ingenio pequeño y sólo se tenían unas dos o tres fincas cañeras. Actualmente la Compañía es un emporio del que todos nos sentimos muy orgullosos. Esto es resultado del empuje y la fuerza que puso en las labores durante sus muchos años al frente de la Empresa.

Como empleador, don Similiano ha demostrado gran sensibilidad humana, que podría resumir con mi propio convencimiento de que lo mucho o lo poco que soy aquí se lo debo a él. Entre otras cosas, siempre he admirado su actitud cuando es necesario amonestar a alguien. En 27 años de trabajar con él, nunca le he oído levantar la voz y, en lo personal, cuando ha debido llamarme la atención, siempre ha sido muy comedido y certero. Por esa razón, jamás una llamada de atención suya puede dejarlo a uno molesto sino, por el contrario, siempre se percibe el beneficio de aprender a hacer mejor las cosas.»

La virtud de transmitir a las demás personas seguridad y confianza para el desempeño de su trabajo fue lo que más impresionó de Similiano a Rodolfo Arroyave, quien llegó a la Empresa tras haber egresado como Técnico de la Escuela Agrícola Panamericana El Zamorano (hoy Universidad), título al que añadió el de Ingeniero Agrónomo por la Universidad del Valle de Guatemala.

«En Los Tarros había oído hablar de él como un gran hombre, con mucho carácter. Imaginaba que era corpulento y fortachón, pero cuando lo conocí me di cuenta de su complexión física normal. Lo notaba enérgico, pero siempre sonriente, se mostraba muy bien educado y todo lo pedía por favor.

Don Similiano inspira mucha fortaleza, voluntad de trabajar y espíritu de lograr metas. Recuerdo que cuando nos sentábamos a discutir alguna decisión, me decía: *Yo no impongo, sólo sugiero, y usted decide*. Y en efecto, delegaba la libertad de decidir, de manera que uno debía asumir la responsabilidad de aquellas decisiones, pero se podía trabajar libremente y uno sentía que le tenían confianza.

A don Similiano le agradaba que uno se sintiera parte importante de la Empresa. Una vez, platicando con él sobre varios ingenios, se me salió la expresión: *En nuestro Ingenio...* En ese momento titubeé, porque dudé haber dicho lo correcto; él me interrumpió y me dijo: *Sí, Rodolfo, es nuestro, es de todos*. Ese tipo de cosas lo estimula a uno, y le inspira a buscar esa mística y fortaleza que han permitido a la Empresa crecer mucho.»

Otro rasgo característico en Similiano ha sido la creatividad con que ha sacado provecho de las crisis, como lo recuerda René Reyes, Jefe de Transportes.

«La intensa actividad de don Similiano asombraba a todos. En una época en la que el azúcar escaseó en Guatemala, hizo llevar panela para molerla en el Ingenio. Don Rudy Weissenberg, del vecino Ingenio Madre Tierra y amigo de la familia García, entre sorprendido y desconcertado, sólo pudo decir: *¡Ve qué ishtío tal por cual!* También don Ramón Alonso, quien entonces administraba la finca Tehuantepec, comentó admirado: *¡El patrón bien dormido es más listo que todos nosotros bien despiertos!*»

La aplicación de imaginativas fórmulas en circunstancias excepcionales es un rasgo que Similiano ha sabido imprimirle a la Empresa. Max Mejía, Supervisor de Molinos de Los Tarros, recuerda aspectos que caracterizaron la zafra extraordinariamente larga de 1974.

«Mientras Guatemala exportaba una importante cantidad de azúcar, en Brasil una helada afectaba la producción. Al descubrir esa oportunidad, la zafra se prolongó y ha sido la más larga que me ha tocado vivir. Se consiguió caña donde se pudo y se logró moler bastante bien. Don Similiano y su Administrador, Genaro Miranda, iban a conseguir panela —se compró la totalidad disponible en el país—, y la rompían con piochas, almádenas y martillos, sobre unas grandes lonas, para disolverla y convertirla en líquido. Nosotros



teníamos jugo de caña, pero ya estaba muy pobre de pureza. Debido a ello había que hacerlo puro sólo con panela, que es el jugo virgen. Fuimos el único ingenio que le hizo frente a eso, y don Similiano logró cubrir su cuota. El trabajo más duro hubo que realizarlo después, durante la reparación anual del equipo para la siguiente zafra. En virtud del escaso tiempo de que se disponía para ello, prescindimos de nuestras vacaciones y trabajábamos sin descanso de un día para otro.»

Juan Fillippi llegó a la finca Los Tarros a la edad de nueve años, de la mano de su papá, quien entonces empezaba a laborar allí. Al transcurrir del tiempo, Juan se graduó de Ingeniero Agrónomo, trabajó en La Unión y actualmente labora en el Ingenio Santa Ana. Su recuerdo de Similiano es el de una persona digna de imitar.

«Don Similiano fue el mejor ejemplo para quienes tuvimos la dicha de laborar con él. Tuvo una visión y una idea que resultaron viables con trabajo y esfuerzo, y dejó bases sólidas para que La Unión y Los Tarros prosiguieran en la dirección correcta. Era interesante observar cómo, dotado de un don de mando impresionante, siempre adoptaba decisiones acertadas. Planificaba, organizaba, dirigía y supervisaba las tareas incansablemente. Una de sus particularidades es su prodigiosa memoria, que le permite recordar con admirable precisión muchas cifras y eventos. Como persona, posee un magnífico don de gentes, gran educación y mucha fineza para tratar a las personas, e igual saluda a las más sencillas que a las más importantes.

Don Similiano no se doblegó por las erupciones del Volcán de Fuego ni por las bajas en los precios del azúcar. Siempre invirtió, confió en la Empresa y la llevó adelante, dando un ejemplo digno de imitar.»

El ingeniero Elvis Reyes, quien laboró en La Unión desde 1991 hasta 2003, siendo al final Superintendente de Cosecha y Alce, considera que, al predicar con el ejemplo, Similiano imprimió su mística a la Empresa.

«Conocí a don Similiano cuando yo tenía seis meses de estar en la Compañía, y desde el principio me pareció un hombre con mucho empuje. El tiempo fue pasando y él siempre estuvo con nosotros en las buenas y en las malas. Don Similiano fue constante en el Ingenio, abordaba los problemas de frente, con una energía impresionante para dirigir, adoptando decisiones sin darle muchas vueltas a cada asunto. Esas decisiones se reflejan en lo que uno observa actualmente. Cuando uno ve hacia atrás y analiza cómo se desarrolló la Compañía, nota los resultados de las directivas trazadas por gente como él, con un gran carisma, capacidad para tomar decisiones inmediatas y una visión de futuro. Una de sus virtudes ha sido que siempre ha respaldado a su gente con mucha energía. Él solía decirnos: *Ustedes tomen decisiones, yo les apoyo*. Y así, todos los asuntos se resolvían satisfactoriamente y a tiempo.

Uno sólo puede guardar buenos recuerdos de alguien que le enseñó a trabajar con tan alto grado de eficiencia. Esa mística ha prevalecido, y en la actualidad, con nueva dirección empresarial, si la Gerencia indica realizar determinada tarea en una semana, se trata de terminarla en menos tiempo y siempre con los mejores resultados.»

El licenciado René Ozaeta, quien trabajó para la Empresa de 1962 a 2002, al final como Gerente Administrativo, evoca aspectos de la personalidad de Similiano.

«Don Pepe García falleció cuando yo tenía cinco años de laborar aquí. Su hijo, don Similiano, tomó a su cargo la Empresa y la hizo crecer de manera impresionante, como lo demuestran las estadísticas. Fueron determinantes sus decisiones rápidas, acertadas y su amplio conocimiento sobre la producción y comercialización de la caña y el azúcar, pero también su don de gentes y su buen trato a todas las personas. A mí me tenía tal grado de confianza que hasta me firmaba cheques en blanco.

Recuerdo que en una sesión de ASAZGUA alguien me preguntó: *¿Será que Similiano sabe escoger bien a sus trabajadores o que tiene mucha suerte para que le salgan tan buenos?* Yo contesté que don Similiano sabía seleccionar a sus trabajadores, qué incentivos ofrecerles y qué tecnología suministrarles para lograr de ellos los mejores resultados.»

Otro de los antiguos trabajadores de la Empresa, José Velásquez, Supervisor de Calderas de Los Tarros, donde labora desde 1962, siempre admiró la tenacidad de Similiano.

«Don Similiano es uno de los mejores patronos que ha habido y que hay. Siempre estaba pendiente de todo lo importante, era tenaz, y por eso llegó tan lejos. Yo siempre he creído que *al ojo del amo engorda el ganado* y de verdad que la Empresa *engordó* bastante. Aquí en Los Tarros, él pasaba temporadas hasta de cinco meses, casi sin dormir, con el fin de no desatender el trabajo, o sea que lo que posee le costó *sudor y sangre*. Una vez, mientras revisaba las labores, don Similiano metió accidentalmente el pie en un aserradero y se fracturó, pero aún lesionado siguió trabajando.»



arriba
Similiano García —el tercero en la familia que lleva ese nombre—, su hijo José Gerardo García —quien tiene en brazos a José Similiano García— y doña Amy de García, en ocasión del bautizo de Similiano IV.

abajo, de izquierda a derecha
Aurora Valdizán, primera esposa de Similiano, sostiene en brazos a su nieto, José Similiano García.

Bautizo de Similiano IV por Monseñor Antonio Rodríguez Pedrazuela. Aurora Valle Valdizán carga al niño. Tras ellos, la madre del pequeño, Nisla van der Henst. Monseñor Rodríguez fue quien bendijo la nueva planta industrial de La Unión (1976) y el nuevo turbogenerador brasileño —destinado a la cogeneración eléctrica— (2002).



La presencia de Similiano era perceptible en todo momento y se contaba con él para la solución de cualquier problema, según el relato del ingeniero eléctrico Raúl Rivera, Consultor del Ingenio La Unión, contratado en 1975, con motivo de la ampliación de la planta industrial.

«La mano de don Similiano se sentía en cualquier área del Ingenio. Todos los días llamaba por radio, y estaba enterado de cuanto sucedía en el campo y la fábrica. En aquella época no había teléfonos, sólo comunicación por radio, y don Similiano escuchaba ininterrumpidamente los diálogos sobre el curso de las operaciones los siete días de la semana, no sólo durante la zafra sino todo el año, de día y de noche. Daba la impresión que dormía con el radio junto a la almohada.

En muchas ocasiones, cuando un problema difícil de resolver era discutido por jefes y empleados a través del radio, de repente se escuchaba la voz de don Similiano, quien avisaba que ya había dado instrucciones de enviar el repuesto que se necesitaba, si ese era el caso, o de prestar cualquier otro tipo de asistencia, y así los asuntos se resolvían de inmediato. En lo que nosotros discutíamos, él no sólo había tomado una decisión sino además girado las órdenes, con asombrosa rapidez.

Cuando alguien no cumplía sus indicaciones, don Similiano reaccionaba de una manera poco común en una persona investida de autoridad. Un día, por el año de 1976, era esperada en Los Tarros doña Elizabeth Pérez de Ozaeta, en su primera visita a la finca. Don Similiano llamó por radio para pedir que se le recibiese con especial atención. (Se trataba de la cuñada del licenciado René Ozaeta, persona de especial aprecio dentro de la Empresa, donde llegó a ocupar importantes cargos, incluso el de Gerente Administrativo). El ingeniero Fernando Noriega respondió la llamada, y don Similiano le encargó atender a la señora como si fuera a él mismo.

La cuñada de don René llegó a la hora prevista, pero el ingeniero Noriega tardó excesivamente. Ella no era conocida en el hotel de la finca Los Tarros, se sintió incómoda, no soportó la espera y optó por retornar a la capital, sin haber sido atendida. Al enterarse, don Similiano llamó de vuelta y dijo a Noriega: *Ingeniero, es la primera vez que le pido un favor, y no me lo hace*. Noriega, quien temía ser objeto de una furiosa amonestación, se desconcertó a tal punto por el comedimiento de don Similiano para llamarle la atención que el efecto causado en él pareció acentuar su sentimiento de culpa. Cuando Noriega comentaba lo ocurrido decía con pena que ese era el regaño más grande recibido en su vida.»

Durante los 38 años que trabajó en Los Tarros, Arturo Escobar, ahora jubilado, fue testigo directo de la laboriosidad de Similiano.

«Don Similiano se fajaba en el Ingenio, y era normal verlo con la ropa llena de grasa y lodo, tanto en la fábrica como en el campo. Cuando él trabajó como Administrador fue estricto, y con frecuencia llegaba a donde uno estaba y le preguntaba: *¿Cuánto tiempo más te toma terminar lo que estás haciendo?... Porque ya te tengo otro trabajo*. Y efectivamente, tan pronto uno le comunicaba haber finalizado una tarea, él le encomendaba una nueva.»

El nombre Similiano es poco común. El propio Similiano García dice que en su familia son cuatro las personas bautizadas con ese nombre, en las cinco generaciones comprendidas entre su abuelo paterno y sus nietos.

«Mi abuelo, quien era originario de Santander, norte de España, se llamaba Similiano, o sea que podría llamársele Similiano I. Un tío mío, hermano de mi papá, también tenía ese nombre, o sea que le correspondería ser Similiano II, y es padre de la esposa del ingeniero Manuel (*Muso*) Ayau, Olguita García de Ayau, quien es prima hermana mía. Después resulté yo, y me tocaría ser Similiano III. Un nieto mío se llama José Similiano, y creo que hasta ahí llegamos con este nombre, que es muy raro y nunca lo he encontrado en ningún directorio telefónico, ni en Santander, ni en toda España, ni en ningún lado. A saber de dónde lo habrán sacado.»

Una enorme pintura del Ingenio La Unión adorna la oficina profesional de Similiano. El cuadro constituye un notable logro artístico y una demostración de aprecio hacia su persona, según él mismo lo valora.

«El actual Consejo de Administración, que se estableció en el año 2000, me obsequió esta obra, del famoso artista guatemalteco don Jorge Mazariegos, quien estuvo personalmente pintándola en el Ingenio durante varias semanas. A todas las personas que me visitan les muestro esta pintura con mucho orgullo, y con la gran satisfacción que me causa haber recibido este obsequio del Consejo de Administración.»

Rosita Campollo de García, esposa de Similiano.



Cuadro del Ingenio La Unión, pintado en el año 2001 por el artista Jorge Mazariegos. Fue un obsequio del Consejo de Administración a Similiano García, para agradecerle su entrega al trabajo en la Empresa durante 50 años, de los cuales en 33 la dirigió él como Administrador Único.

Capítulo VIII
Legionarios que dejaron huella

Ciudadanos españoles que trabajaron en Los Tarros y La Unión desde los orígenes de ambos ingenios, contribuyeron con dinamismo, dedicación y lealtad a la superación de la Empresa.

Su eficacia y laboriosidad, como administradores especialmente, en época de muchas limitaciones, revistieron características ejemplares en la persona de Genaro Miranda Pumarada, trabajador incansable y de profundo espíritu altruista. Genaro laboró ininterrumpidamente de 1954 a 1981, se retiró a España luego que la guerrilla tuvo secuestrada durante cuarenta días a su esposa, Teresa, y retornó un tiempo después, poseído por la nostalgia y por un poderoso sentimiento de identidad con su trabajo. Falleció en 1994, dejando una huella imborrable.

Semblanza de Genaro Miranda

En 1994, días después de la muerte de Genaro, ocurrida el 16 de abril, *El Terroncito Informativo*, órgano de divulgación interno de La Unión, publicó una nota titulada *Adiós, don Genaro*, en que se hace referencia a sus valores morales y profesionales, y se consignan datos biográficos.

Genaro nació en San Román Infiesto, provincia de Asturias, el 4 de octubre de 1924. Viajó a Guatemala en 1954 y de inmediato empezó a trabajar en la finca Los Tarros. Casó con doña Teresa en 1959, y procrearon tres hijas, María Teresa, Carmen María y Alicia. La publicación añade que Genaro adquirió en Los Tarros los conocimientos para administrar un ingenio azucarero, y se caracterizó por su empuje y alto sentido de responsabilidad. Los autores de la nota —el ingeniero Dieter Haeckel y Sarbelio Girón, entonces Jefe de Bodegas de Materiales de La Unión— evocan los tiempos en que Genaro se ponía al frente de un formidable esfuerzo contra las corrientes del río Pantaleón.

«No era raro verlo hasta la cintura entre el agua, dirigiendo a multitudes de obreros en la tarea de reconstruir la bocatoma para proporcionar el agua que movía las plantas hidroeléctricas de Los Tarros, ya que no había planta diesel de emergencia. Siempre fue madrugador y era el primero en llegar al Ingenio, por lo que muchas veces el día lunes, para el arranque semanal, él daba las órdenes de arrancar las calderas y, si el ingeniero se tardaba, también arrancaba las turbinas de los molinos.

esta página

En un recorrido por instalaciones de Los Tarros, en la década de los setenta, Genaro Miranda, Similiano García y, de espaldas, el ingeniero Dieter Haeckel.

página 117, de arriba hacia abajo

Año 1978. Similiano García y Genaro Miranda, en el patio de caña del Ingenio La Unión.

Similiano García y Genaro Miranda revisan canales de conducción de agua, obstruidos por la erupción del Volcán de Fuego en 1974.

Genaro Miranda y Alberto Morales, piloto aviador de la Empresa, quien falleció en un accidente sobre el Volcán de Agua en el conocido cañón de Palín. Genaro llegó en 1954 a Guatemala, proveniente de España, su país natal, por invitación de su hermano Julio, quien fue Administrador de la finca e Ingenio El Baúl, vecina a Los Tarros. Genaro trabajó en Los Tarros-La Unión durante cuarenta años.



Desde el inicio participó en la selección y el desarrollo de las fincas de caña San Jorge, Belén, Margaritas y Tehuantepec, obra titánica en aquellos años de escasos recursos materiales, y entrenaba en Los Tarros a los futuros administradores de dichas fincas.

Don Genaro Miranda vino a La Unión en 1978 como Administrador. Desde ese puesto supo ganarse la confianza y cariño de muchos trabajadores, y fue base importante en la decisión y ejecución de grandes obras en el desarrollo de la Empresa, como el encauzamiento del río Pantaleón por medio de más de diez kilómetros de gaviones. El puente que está sobre ese río benefició no sólo a la Empresa, sino a toda la zona de El Cajón, y desde un principio le quedó el nombre de Puente Don Genaro, quien ayudó mucho a las escuelas de las aldeas circunvecinas, tanto económicamente como en infraestructura.

Su espíritu batallador lo hacía un hombre de temperamento fuerte; nunca dejaba las cosas a medias, ejemplo digno de imitar; nunca le faltó su famosa libreta de apuntes. Siempre manifestó su buen humor, gastando bromas a todos y tarareando tangos del famoso Carlos Gardel. Su ideal era ver que las actividades se hicieran en el tiempo prudencial y con honestidad. Nunca dejó morir a ninguno; siempre tendió la mano a quien verdaderamente lo necesitaba.»

Similiano recuerda cómo llegó Genaro a trabajar en la Empresa.

«Mi papá y yo éramos muy amigos del Administrador del Ingenio El Baúl, Julio Miranda, quien nos contó que tenía un hermano menor en la provincia española de Asturias. Era Genaro. Julio nos lo recomendó, y lo trajimos a trabajar con nosotros. Empezó en Los Tarros y se adaptó perfectamente. Después de unos treinta años de trabajar para la Empresa, se retiró voluntariamente y regresó a España, pero a los tres años nos llamaba diciéndonos que no se acostumbraba a estar sin trabajar. Volvió como Superintendente Administrativo del Ingenio La Unión y se quedó con nosotros hasta su muerte, en 1994.»

El ingeniero eléctrico Raúl Rivera, vinculado a La Unión a partir de 1975, recuerda a Genaro con especial admiración.

«Don Genaro Miranda se desempeñó como Administrador de La Unión durante todo el tiempo que yo trabajé allí. Fue una persona tan especial, que adivinaba las necesidades. No se limitaba a su labor en el Ingenio, sino además administraba la colonia habitacional de quienes vivíamos y trabajábamos allí, al punto de que encarnaba la típica figura de alcalde de la población. Constantemente estaba resolviendo problemas relativos a servicios de la comunidad. Se mantenía atento a saber qué necesitaba la gente, y uno no tenía qué pedirle nada, puesto que de antemano se daba cuenta cuándo y dónde podía ser útil, incluso en casos de tribulaciones personales o familiares de trabajadores y vecinos.

Si, por ejemplo, don Genaro se enteraba de la enfermedad de un niño, de inmediato ofrecía suministrar un vehículo o un piloto para llevarlo al médico local, o a una clínica capitalina, o a donde fuese. A veces se anticipaba tanto que, sin previo aviso, la familia afectada ya tenía el vehículo en la puerta de su casa, listo para transportar al enfermo.

En lo laboral, don Genaro se mantenía pendiente de aspectos como las existencias de bagazo y otros insumos para garantizar las operaciones. Gracias a ese apoyo, los técnicos podíamos hacer nuestro trabajo sin preocuparnos de asuntos periféricos. En la misma forma, si imprevistamente surgía la necesidad de más personal para trabajar horas extraordinarias, don Genaro estaba oportuno y presto a resolver esos problemas. Ello era de gran ayuda, particularmente en aquella difícil época en que no era mucha la gente encargada de ese tipo de funciones. En La Unión no había nadie más administrando que don Genaro, con el auxilio de tres o cuatro personas de Santa Lucía, a lo sumo un contador, un chequeador y un par de pilotos. En el presente, los ingenios tienen un sistema administrativo tan numeroso que sólo un Departamento de Recursos Humanos es más grande que lo que antes era toda la organización.»

El ingeniero químico Otto Kushiek, quien trabajó de cerca con Genaro, admiró en él su capacidad para adaptarse a los cambios.

«Genaro Miranda, hombre de confianza de don Similiano, supo responder ante todas las vicisitudes que le tocó vivir a la Empresa, y murió trabajando para La Unión. Don Genaro se adaptó con una gran habilidad a los cambios que se experimentaron, sin quedarse atrás. Él fue algo así como la sombra de don Similiano, por su carácter y por su forma de ser, al punto que uno podía ver en don Similiano a don Genaro, y viceversa.»

Tere de Miranda, radicada definitivamente en Oviedo, Asturias, desde la muerte de su esposo, fue entrevistada para este libro por medio de correo electrónico, y brindó el siguiente relato.



«Genaro y yo nos conocimos en España el 17 de enero de 1953, en una fiesta. Al año siguiente, él viajó a Guatemala para trabajar en la finca Los Tarros, retornó a España en 1959, y nos casamos el 26 de junio. Ese mismo año viajamos hacia Guatemala, el 2 de agosto, para radicarnos en este país.

Genaro fue Administrador General de la finca Los Tarros durante una época en que la zafra duraba ocho meses, el trabajo era mucho y los recursos escasos. Los lunes, mi esposo se levantaba entre la una y las dos de la madrugada. Luego iba al potrero, llevando consigo linternas, para juntar a los bueyes y con ello asegurarse de que en los patios habría caña suficiente y a una hora oportuna.

Durante toda la zafra, Genaro se mantenía presto por las noches y las madrugadas a atender asuntos del trabajo. En invierno, cuando el río Pantaleón se crecía en plena zafra, mi esposo y los otros trabajadores pasaban noches enteras tratando de desviar el cauce para evitar pérdidas en el Ingenio. En esas ocasiones, él llegaba empapado a la casa, tiritando de frío. Compartíamos este sacrificio con cariño, comprensión, paciencia y con mucha comunicación entre nosotros. A pesar de todo, él generalmente se mantenía de buen humor y se levantaba cantando, aunque, por supuesto, a veces tenía sus malos ratos.

En aquella época era frecuente ver en el Ingenio, como un trabajador más, a la persona que posteriormente sería condueño de la Empresa, don Similiano García, quien en 1967 habría de heredarla de don Pepe García Paniagua. Don Similiano fue ejemplo de trabajo, se desvelaba, madrugaba, se hacía cargo de tareas duras, y era cosa común verlo ajustando tornillos, con la ropa y las manos llenas de grasa. Él siempre ha sido un hombre muy luchador. Su empuje y constancia lo llevaron hasta la cima. Ciertamente, tenía muy buenos colaboradores, pero sin su ímpetu personal las cosas no hubieran salido tan bien.

Pasado el tiempo, Los Tarros fue ya un ingenio más organizado, con más recursos y más personal. Como es lógico, el trabajo se duplicó, pero la gente tenía mayor experiencia. Don Similiano depositó en Genaro un alto grado de confianza, que mi esposo correspondió a través de los años con trabajo, lealtad y honradez, cualidades innatas. Guardo mucha gratitud hacia don Similiano, una persona generosa por naturaleza que siempre nos tendió la mano en momentos difíciles.

Llegó el día en que Genaro y yo decidimos retornar a España, porque el estrés había ido minando su resistencia, a medida la Compañía iba creciendo y la responsabilidad era mayor. El organismo de mi esposo se resentía, él necesitaba vivir más relajado, y sólo con descanso podía recuperarse. Así lo hicimos. Sin embargo, pasado el tiempo, cuando ya se sintió mejor, seguía añorando a Guatemala, y se mostraba aburrido y desanimado, sin querer emprender nada. Temí que sufriera una depresión y le escribí una carta a doña Anny de García, esposa de don Pepe, manifestándole mi preocupación por el estado de ánimo de Genaro. Pocos días después la Empresa nos obsequió boletos aéreos para regresar a Guatemala.

Guatemala es mi segunda patria, y a menudo imaginariamente recorro los ingenios Los Tarros y La Unión. Allí nacieron nuestras tres hijas, con quienes mi esposo y yo compartimos años de mucha felicidad en aquellas fincas. A esa felicidad contribuyó la actitud siempre cariñosa de don José García (QEPD), de su esposa, doña Anny, y de los demás miembros de la familia.

Entre los buenos recuerdos están las fiestas por la terminación de la zafra. Las carretas llegaban adornadas a la finca, colmadas de ramos de flores, y los camiones sonando las bocinas. Los pitos del Ingenio se escuchaban persistente y alegremente, y sentía una gran felicidad.

Una anécdota que tengo presente es que un empleado de la Empresa, Augusto García, transportaba habitualmente de las oficinas de la capital hacia la finca el dinero en efectivo para pagar los sueldos de los trabajadores. Debía entregarlo a don Mario Castañeda —ya fallecido—, quien era miembro del Departamento de Contabilidad. Sin embargo, cuando ya era muy tarde, Augusto evitaba molestar a don Mario, y dejaba guardado el dinero en nuestra casa. Cuando eso sucedía, yo pasaba la noche en vela, nerviosa, sólo de pensar cuánto dinero había dentro de aquellos costales, y tenía miedo de que intentaran robarlo. Aguzaba el oído para estar pendiente de ruidos extraños, pero gracias a Dios nunca pasó nada.»

Ramón Alonso: “Respondimos a la confianza”

Dentro de aquel grupo de trabajadores españoles figuraba Ramón Alonso, quien desempeñó los cargos de Administrador de Los Tarros y Superintendente de Campo de La Unión. Sus reminiscencias de la época en que laboró en la Empresa también llegaron por correo electrónico.

«Nací en el municipio de Piloña, provincia de Asturias, y viajé a Guatemala en una época de mucha emigración. Opté por este país, ya que en él vivían mis familiares Julio y Genaro Miranda, este último, Administrador de la finca Los Tarros. Yo tenía experiencia en el cultivo de café, pero ninguna con caña de azúcar. Todo lo que sé sobre esto lo aprendí en Los Tarros y La Unión.

Cuando empecé a trabajar aquí, Los Tarros molía diariamente entre 600 y 700 toneladas de caña, y nos costaba mucho entregarlas. Después se llegaría a entregar entre 11,000 y 12,000 toneladas, con un esfuerzo mucho menor. Al principio se contaba con muy pocos recursos y, cuando los precios del azúcar bajaban, la Empresa se veía obligada a recortar gastos, pero las cosas fueron mejorando con el tiempo.

El trabajo de Administrador del Ingenio Los Tarros me dejó muy buenas experiencias. En 1967, año en que tomé posesión del puesto, el Volcán de Fuego hizo erupción, y en la finca quedó una capa de arena de medio metro. Ese suceso complicó tremendamente el trabajo y terminamos la zafra con grandes dificultades. Luego, mi labor como Superintendente de Campo del Ingenio La Unión también fue ardua, porque cada año la Empresa compraba o alquilaba una o dos fincas, y teníamos que sembrarlas con caña. En una ocasión don Similiano y yo viajamos en avioneta, de La Unión a la finca Tehuantepec. Salimos al atardecer, y oscureció antes que llegáramos. No podíamos aterrizar, por falta de visibilidad. Finalmente, un carro nos alumbró y así pudimos descender, después de pasar muchos apuros.

De izquierda a derecha, Ramón Alonso Genaro Miranda, Rodrigo García Valdizán, Similiano García, Constantino Fernández y Jorge Urruela, reunidos en la finca Florencia, situada donde en la actualidad está la finca Cristóbal. El señor Urruela, propietario de la finca, la dio en alquiler a la Empresa, y más adelante la ofreció en venta. Finalmente se realizó la compra, a mediados de la década de los ochenta.

Celebración familiar en Los Tarros. Entre el grupo están Genaro Miranda, primero por la izquierda; Mario Castañeda Muñoz, cuarto por la izquierda; junto a él, amigos de la familia García: Julio Lorenzo; luego, de pie, María Teresa de García, esposa de Armando García, y Estela Paiz de Quintanal, quien platica con una niña invitada.



Nunca supe por qué don Similiano confiaba en españoles como nosotros para administrar sus fincas, pero respondimos a esa confianza y nunca lo defraudamos. Varias razones me motivaron a retirarme de la Empresa y retornar a mi país, pero la más importante fue que mis hijos deseaban terminar sus estudios en España, y debía estar junto a ellos.»

Fernando Granda: “Crecimiento, resultado del esfuerzo”

Como Jefe de Campo, Fernando Granda Longo impulsó la agricultura intensiva, lo que contribuyó a lograr índices de productividad sumamente altos para la época. Retornó a España en 1980 y sus hijos se quedaron a vivir en Guatemala. Desde su país narra su experiencia.

«Nací en la aldea Prunales, del municipio de Parras, en la provincia de Asturias, región de España que se extiende a lo largo de la costa del Cantábrico. Llegué a Guatemala en noviembre de 1957. Unos familiares míos eran amigos de don Pepe García, propietario de la finca Los Tarros, y gracias a dicha amistad yo me incorporé a la Empresa ese mismo año, con el afán personal de mejorar económica y profesionalmente.

Cuando empecé a trabajar en Los Tarros se extraía miel de la caña de azúcar, que diariamente se entregaba a la fábrica y añejadora de licores de Santa Lucía Cotzumalguapa. En 1959, la empresa de don Pepe compró la maquinaria del ingenio Santa Cecilia y la instaló en la finca Los Tarros, labor que dirigieron don Similiano García y el ingeniero Humberto Aguilar.

Durante la primera zafra de Los Tarros, para mantener el vapor de las calderas, teníamos que salir en un camión a medianoche hacia la montaña, para conseguir leña. Aquel ingenio era tan pequeño que en su primera zafra sólo logramos producir 17,000 sacos de azúcar en ocho meses, pero en el segundo año obtuvimos 60,000 sacos, y en el tercero llegamos a 100,000 sacos. Los Tarros fue mejorando progresivamente hasta producir 700,000 sacos de azúcar.

El primer año que trabajé como administrador de las fincas Margaritas y Laredo —estaban una al lado de la otra—, don Pepe me pidió hacer un esfuerzo para producir 20,000 toneladas de caña. Con gran satisfacción personal, ese año produjimos 42,000 toneladas, y los buenos resultados siguieron, porque cuando me retiré la producción era ya de 132,000 toneladas.

Ese crecimiento fue resultado del esfuerzo de don Similiano, quien durante tres o cuatro años casi no se movió de Los Tarros por atender el trabajo, con tal empeño que no bajaba a Santa Lucía ni a cortarse el cabello. Empleados suyos, como mi compatriota Genaro Miranda, que era el Administrador, y yo, cooperamos arduamente con don Similiano, en busca del crecimiento de la Empresa. Fue una suerte trabajar con él, un patrono que depositó en mí un alto grado de confianza que nunca defraudé. Con sus grandes cualidades personales y empresariales, su tesón y espíritu de lucha, llevó al éxito a La Unión y Los Tarros, y siempre supo valorar los aportes de sus colaboradores.

La Unión surgió a finales de la década de los sesenta, cuando Los Tarros tenía un buen volumen de facturación y una base económica estable. Debido a esas condiciones, La Unión creció sin necesidad de tantos esfuerzos ni debió pasar tantas dificultades como las experimentadas por Los Tarros. Fue muy

satisfactorio haber trabajado en el Ingenio La Unión con gente noble y respetuosa, inspirados todos por un afán siempre vigente de colaboración. La Empresa, a mediados de los años setenta, producía 550,000 toneladas de caña y, cuando yo me retiré, producía 800,000 toneladas, en la misma superficie de terreno.

En aquella época no había bancos en Santa Lucía Cotzumalguapa, por lo que Genaro Miranda y yo solíamos guardar sumas relativamente altas de dinero en efectivo en nuestras habitaciones. Él guardaba hasta 1,500 quetzales y yo unos 500. Eso era una ayuda para el cajero de la Empresa, don Mario Castañeda, pues cuando no tenía completo el dinero para los pagos ordinarios, nos pedía un préstamo, y unos días después nos lo devolvía.

Mi relación con la familia García fue más allá de lo laboral. Recuerdo haber ordeñado vacas durante tres años para alimentar al hijo mayor de don Similiano, José Gerardo, quien sólo aceptaba beber leche de las vacas que yo ordeñaba.



Fernando Granda, al centro, cuando era Administrador Agrícola de la finca Margaritas, labor que concluyó en 1978. A la izquierda, Juan Luis Alonso, y a la derecha, Gilberto Zarabozo. La foto fue captada en la finca Santa Cristina —que pertenecía a los hermanos Adolfo y Daisy Cordón Schwank—, arrendada en esa época para el cultivo de caña por el Ingenio La Unión.

Regresé a España en junio de 1980, pero recuerdo a Guatemala como si fuese mi propia patria, porque *no es madre la que te pare, sino la que te da de comer*. Me siento muy orgulloso de haber contribuido a colocar tan firmes bases de lo que hoy es un edificio tan alto: el grupo La Unión-Los Tarros.»

El ingeniero Miguel Maldonado, Gerente de Operaciones Agrícolas de La Unión, reconoce el esfuerzo y capacidad de los administradores españoles.

«Cuando ingresé en la Empresa, como técnico agrícola, casi toda la parte del campo la administraban ciudadanos españoles, en quienes siempre admiré la garra y el tesón que aplicaban en las labores, lo que contribuyó a engrandecer a la Compañía. De ellos aprendí la importancia de estar siempre presente en el trabajo, incluidos sábados, domingos, por las noches o en cualquier momento que fuese necesario. Ese fue para mí un legado muy especial. Recuerdo con profunda admiración, en la parte agrícola, a Ramón Alonso, quien durante mucho tiempo fue el Coordinador General, y en la parte administrativa a Genaro Miranda, un hombre muy emprendedor, carismático, esforzado y tesorero.»

Juan Luis Alonso: “Encontré trabajo y gente digna de admiración”

El último miembro de esta generación de trabajadores españoles es Juan Luis Alonso Fernández, Administrador de Campo de Los Tarros, con 33 años laborados en la Empresa.

«Yo provengo de Gijón, Asturias, en el norte de España, donde nací en 1943. A los 21 años me enrolé en el Ejército y presté servicio militar durante dos años en una colonia española situada en África. En mi país trabajaba en la ganadería y ganaba muy poco dinero. La vida era muy dura después de concluir la guerra civil española (1936-39) y la segunda guerra mundial (1939-45), bajo la larga administración política de Francisco Franco (1939-75).

En 1970, mi compatriota Genaro Miranda, quien era amigo de mi familia y administraba en Guatemala la finca e Ingenio Los Tarros, me ofreció trabajo en la costa sur. Mi padre, quien para mí fue ante todo un buen maestro y un gran amigo, me animó a venirme y aceptar la oferta de Genaro, habiendo empezado a trabajar el 2 de enero de 1971. Aquí vine a conocer el trabajo con el café y la caña de azúcar, y en general a hacer mi vida, por cierto muy feliz, pues me casé y tuve dos hijas.

Al inicio trabajaba como mayordomo y me transportaba a caballo. La maquinaria industrial y todo el equipo eran aún muy primitivos. La caña se enviaba a la fábrica en carretas jaladas por bueyes, ya que la finca sólo tenía dos camiones marca *International*, tres camiones *Bedford*, dos tractores *Ford* y un *Caterpillar D-4*. Además, la carretera entre Santa Lucía Cotzumalguapa y Los Tarros no estaba asfaltada.

La caña se cortaba a mano cuando todavía estaba verde. Cada trabajador cortaba un promedio de una tonelada y media, y algunos muy buenos lograban cortar dos toneladas. En los años dos mil, con la quema, cambiamos variedades de caña, y el promedio de corte por persona oscila entre 3.75 y 3.80 toneladas, o sea que aumentó casi el doble. Las condiciones de la finca Los Tarros —irregularidad del terreno y arena— impiden lograr seis toneladas por trabajador, como se consigue en las fincas con suelo plano.

El 70% de los trabajadores que labora aquí proviene de Joyabaj, Zacualpa y Cunén, municipios de Quiché, donde en la agricultura seguramente ganaban menos de lo que ganan aquí en el corte de caña. Trabajan aquí personas de mi edad, quienes, cuando niños, vinieron a la finca con sus papás, y aprendieron el corte de café y el de caña. Hoy está prohibido el trabajo de menores de edad, por decisión de la Empresa.

A pesar de los grandes avances tecnológicos, las circunstancias obligan a conservar un procedimiento de los viejos tiempos, que es el corte maletado, con carretas jaladas por bueyes. Me atrevería a decir que, de toda Guatemala, sólo en Los Tarros se sigue utilizando ese sistema. La razón es que, como la topografía de la finca es quebrada, no pueden entrar tractores ni carretones, menos cabezales. Las llantas de los tractores no tienen agarre aquí, debido a que hay mucha arena volcánica, y no podrían sacar la caña. El transporte a granel —caña suelta sin estar atada con cadenas— tampoco puede funcionar en Los Tarros, ya que los caminos son muy angostos y ello impediría la salida de los tractores con sus jaulas. Es difícil que podamos prescindir de los bueyes, a causa de la topografía de la finca.

En la Empresa hay muchos personajes dignos de admiración, empezando por don Similiano, quien hizo enorme la Compañía, habiendo comenzado con lo *poquito* que eran Los Tarros. Por supuesto, también he de mencionar a mi compatriota Genaro Miranda, quien administró durante muchos años la finca e Ingenio Los Tarros y el Ingenio La Unión. Siempre me dio buenos consejos, fue para mí como un segundo padre y, aunque a veces yo protestaba por una u otra razón, con el tiempo me di cuenta que todo lo que me ordenaba era por mi bien. Aquí todos sentimos mucho la muerte de Genaro.»

de arriba hacia abajo

Año 1974. Juan Luis Alonso, actual Administrador de la finca Los Tarros; Similiano García, el autor y Ramón Alonso. Al fondo, el ganado fino que aún se comercializaba en esa época.

Recorrido por un río en la finca Montealegre, situada en La Gomera, Escuintla, en 1973. Al centro, el ingeniero Víctor Sanchezviesca, entomólogo. A la derecha, Fernando Granda, quien administraba las fincas Margaritas y Laredo. En esa época, la Empresa intentó comprar la finca Montealegre, lo que lograría quince años después.

En 1973 aún se tenía ganado fino en la finca Margaritas. A la izquierda, el autor, y a la derecha, Fernando Granda, Administrador. Tras la cerca, uno de los encargados del área ganadera.





Parte Segunda Venciendo grandes adversidades

Capítulo IX La furia volcánica y otros desastres naturales

Entre abril y mayo de 1967 y en octubre de 1974, erupciones del Volcán de Fuego destruyeron grandes áreas del Ingenio Los Tarros. Cuando ocurrió la primera, Los Tarros estaba en plena zafra. El ingeniero Dieter Haeckel narra el episodio.

«Se formó una especie de nube de arena tan densa que el ambiente se oscureció, al extremo de que a las diez de la mañana teníamos que usar focos para alumbrarnos. La caída de arena no se detenía y, al cabo de doce horas, el techo de la fábrica se derrumbó, la toma de agua quedó obstruida y tuvimos que suspender operaciones durante diez días.

El material volcánico destruyó por completo la plantación de café, mientras en los cañaverales la capa de arena era de unos treinta centímetros. Esa arena dio mucho trabajo en el Ingenio, pero a la vez causó un beneficio porque la capa era tan densa que no permitió que creciera el monte. Debido a ello, al año siguiente no fue necesario hacer la limpia de malezas acostumbrada y hubo un gran ahorro de dinero.»

Similiano reflexionaba en el sentido de que aquella erupción dejó valiosas enseñanzas.

«La erupción del Volcán de Fuego, en 1967, provocó tal cantidad de arena que se formó una capa de casi dos metros en la parte norte de la finca Los Tarros, donde está la finca Las Marías, en el área de las plantaciones de café al sol. En la parte central, donde está el Ingenio, la capa de arena alcanzó por lo menos cincuenta centímetros, el techo se desplomó, las tomas de agua se llenaron de arena, y debimos suspender la zafra durante unos días. Fue una experiencia traumática que nos tocó enfrentar tan sólo unos meses después de la muerte de mi papá, pero gracias a Dios salimos del atolladero.

Tal como habíamos enfrentado las consecuencias de la erupción de 1967, manejamos la situación provocada por el Volcán de Fuego en 1974, o sea *amarrándonos el cincho*. Centenares de trabajadores nuestros, con palas y azadones, depositaban en camiones la arena caída en el casco de la finca, mientras en las plantaciones utilizábamos tractores de oruga para tratar de retirar la arena, sin mayores resultados. Estas erupciones terminaron por completo con nuestra producción de café, ya que la cosecha bajó a unos 300 quintales de café pergamino. Optamos por sembrar caña sobre la arena volcánica, incluso en la parte norte, donde la capa era de dos metros de alto. Gracias a Dios la caña fructificó y allí está todavía.»

La erupción de 1974

Nunca había vivido los efectos de una erupción, y sólo conocía los volcanes por los temblores, o por la curiosidad de ver cómo es la lava y observar aquellos impresionantes paisajes. La erupción del Volcán de Fuego, en 1974, afectó al río Pantaleón. Hasta el atardecer del día de la erupción todo había transcurrido normal y, como era costumbre, a las seis de la tarde se apagó el radio que servía para comunicarse desde las oficinas centrales en la capital con la finca Los Tarros. Por ello, pasarían varias horas antes de que llegáramos a enterarnos de lo que ocurría.

La ceniza y arena lanzadas por el volcán cubrieron masivamente toda la finca, en cuyas partes altas la capa de materia volcánica alcanzó mayor espesor. En ese tiempo Los Tarros tenía una plantación de café modelo en Guatemala, asesorada técnicamente por el ingeniero costarricense Belarmino Soto. Había un semillero de un millón de plantas de café que se tenían en preparación para resembrar. La arena cayó sobre esas plantas y las mató instantáneamente. Los árboles de café quedaron blancos o color ceniza, algo impresionante que se pudo ver en toda su magnitud al día siguiente.

página 122

La arena lanzada por el Volcán de Fuego en 1974 cubrió la finca Los Tarros, como se observa en la foto, captada cuando Similiano sacudía un cafetal. La erupción mató la cosecha de ese año y arruinó un almacigo de 500 mil matas de café.



La materiavolcánica se introdujo en la toma de agua, llegó hasta el turbogenerador de la fábrica de azúcar y lo arruinó, al punto que estuvo fuera de funcionamiento por quince días. Una erupción aún más copiosa del Volcán de Fuego había caído en Los Tarros el 3 de mayo de 1967. Con base en aquella experiencia, Similiano ordenó quitar las láminas de la fábrica, para evitar que el techo se desplomara y cayera sobre la maquinaria. La arena cayó directamente sobre las máquinas, de modo que el ingenio quedó enterrado en arena, con sus molinos cubiertos por completo. Fue una gran decisión de Similiano, porque el eventual derrumbe del techo era una amenaza para la maquinaria. Lo que no se pudo evitar fue que se desplomara el techo del edificio de la escuela, construido en 1968.

Cuando ocurrió la erupción de 1974, había en Los Tarros muchísimos bueyes, e incluso su número total estaba registrado en el inventario general con valor económico importante. A causa de la erupción, los bueyes no tenían qué comer, porque el pasto estaba enterrado. Se fueron acercando a la fábrica, donde en esa época no había cercos, todo era abierto, y se colocaron debajo de la tubería del tanque que saca la melaza del ingenio y la conduce a los camiones que la transportan. Los bueyes empezaron a lamer la melaza del suelo, mezclada con arena. A las pocas horas, tenían diarrea, por el efecto purgante de la melaza, llamada precisamente *miel de purga*.

La noche de la erupción, en medio del temor generalizado, la caída de arena y la oscuridad, la gente que vivía en el Ingenio fue evacuada hacia el casco urbano de Santa Lucía Cotzumalguapa, a diez kilómetros, en ese entonces carretera de terracería. En determinado momento se suspendió la electricidad. Al día siguiente, apoyamos al personal ante esa situación tan difícil. En ese tiempo habría en Los Tarros unas 200 casas, número que se ha reducido sustancialmente, ya que la gente ahora vive en la ciudad.

Seis meses después de la erupción y a la llegada de las lluvias, la arena volcánica empezó a introducirse en uno de los tres ríos que forman el Pantaleón —el que nace en las faldas del volcán—, y comenzó a azolver los cauces. El río quedó cubierto y aplanado por la arena, en el tramo de diez kilómetros comprendido del puente del Pantaleón —sobre la carretera del Pacífico, entre Siquinalá y Santa Lucía Cotzumalguapa— al Ingenio La Unión. Cuando empezaron las lluvias, el agua corría por todas partes. El río tenía originalmente 75 ó 100 metros de ancho entre su cauce y las orillas, y se convirtió en un río de dos kilómetros de ancho. Actualmente todavía se puede ver ese efecto. El río *se volvió loco*, y la corriente de agua salía por donde podía, a veces hacia el suroriente, en dirección del mar y rumbo al parcelamiento El Cajón y la finca Tehuantepec.

En una ocasión posterior, cuando empezaron las crecidas de los ríos por la época de lluvias, Tehuantepec fue completamente inundada en sus 1,800 hectáreas de extensión, y el agua alcanzaba medio metro de alto en toda la finca. El sistema de riego que tenía Tehuantepec, con agua del río Pantaleón, fue dañado por las erupciones. Se pensó que la finca se había perdido, porque en la superficie quedaron mucha arena y piedras. De hecho unas partes se arruinaron más que otras, pero Tehuantepec volvió a recuperar su potencial de caña, aunque no exactamente el que tuvo con anterioridad, pues faltó agua para riego.

El Pantaleón fluye en dirección al mar, hacia el suroccidente, rumbo al Ingenio La Unión. En un momento dado la corriente se introdujo en el pequeño río Xatá, que corre al lado de la fábrica de La Unión. Sorpresivamente, el Pantaleón estaba desbordado a las puertas de la fábrica. El río se constituía en una gran amenaza para la planta industrial y, ante ello, Similiano, que siempre ha sido muy batallador, pronunció una frase que al cabo de los años aún recuerda René Reyes, Jefe de Transportes: *O ganan esta batalla el Volcán de Fuego y el río Pantaleón, o la gana yo*.

Dimos inicio a una gran movilización de maquinaria pesada, con apoyo de la Dirección General de Caminos, para tratar de encauzar el río hacia sus vertientes originales, pero era imposible porque no había cauce. El cauce del río era como una mesa de billar, desde el puente de la carretera del Pacífico hasta la finca Tehuantepec. Eran tremendos volúmenes de piedra los que el agua movía, y no se lograba dominar



la situación. Tras pensar qué hacer y a quién acudir para subsanar el problema, se hizo venir al encargado del manejo de las playas en California, donde hay un impresionante movimiento de olas. Esta persona llegó y dijo: *Yo conozco de mar, pero sobre ríos, no los puedo orientar*.

La respuesta nos desilusionó, y optamos por contratar al jefe de los flujos de agua del Mississippi, otro río muy caudaloso, que también tiene problemas de manejo. Vino, se le llevó a la costa, estuvo varios días observando el problema, regresó a la capital, y cuando ya estaba próximo a tomar el avión para retornar a Estados Unidos, seguía sin hablar absolutamente nada, hasta que por último nos dijo: *iThis is the worst thing I have ever seen in my life! (¡Esta es la peor cosa que he visto en mi vida!)*. Se fue sin proponernos algo, argumentando: *Yo conozco de agua, pero no de agua con arena; ese es otro fenómeno*.

No se sabía qué hacer. El problema era muy complejo. Sin embargo, casualmente, un vendedor de productos italianos se presentó al Departamento de Compras, en las oficinas de la capital. Por alguna razón se le comentó este problema y dijo que él tenía la solución. Todos le escuchamos con incredulidad: *Yo vendo gaviones que son jaulas o cajas de alambre que se arman fácilmente, similares a los ataúdes, dentro de las cuales se pueden colocar las piedras, y eso las convierte en un muro. Este producto es fabricado en Italia, donde también se usa como alambrado plano —tipo malla de gallinero— para protección cuando hay deslaves en las montañas. Las cajas se colocan en las montañas para evitar los deslaves*.

Atendido el consejo, las cajas fueron introducidas en el río, en proporciones masivas, porque Similiano, cuando surgía una nueva idea, la evaluaba y procedía a hacer los trabajos en grande. Fueron colocadas las cajas o jaulas a uno y otro lado del río, en un tramo de doce a quince kilómetros, y a noventa grados de las orillas, porque se pensó que el agua debía pegar frontalmente contra ellas.

Al llegar las crecientes, como todos los años, se fue a observar qué ocurría y se comprobó que, cuando venían las grandes corrientadas, el agua se metía bajo las jaulas, las levantaba y las estallaba en el aire. El sistema no funcionaba. Se consideró que las jaulas estaban mal colocadas y que debían ponerse en forma diagonal, saliendo de la orilla hacia abajo y rumbo al centro del río, para que el agua no chocara de golpe sino de lado, y aplicando esa idea se logró reencauzar el río.

Fue impresionante el trabajo, y también fue la primera vez que ese tipo de jaulas se utilizó en Guatemala. Actualmente se observan por todo el país. Su uso fue adoptado por la Dirección General de Caminos, la Escuela Nacional Central de Agricultura —situada en Bárcenas, Villa Nueva— y personas que realizan trabajos de encauzamiento del agua. El experimento introdujo una nueva tecnología en Guatemala sobre la conducción de aguas, y quedó registrado en la historia del Ingenio La Unión como una anécdota inolvidable.

El sifón en el río Coyolate

Cuando en 1975 fue arrendada la finca Guanipa, perteneciente a Juan Maegli y vecina a la finca La Confianza, fue instalado sistema de riego en una y otra. El Pantaleón es el primer río que llega a ambas fincas, pero la arena del Volcán de Fuego impedía que el agua entrase a ellas, lo que provocó una situación difícil de manejar. No obstante, a un lado está el Coyolate, con agua clara y cristalina. Se estudió la posibilidad de introducir, a través de la finca La Confianza, el agua a la finca Guanipa. Así se hizo pero, para no mezclar esa agua buena con la del Pantaleón, contaminada con arena, fue construido un sifón. Fue colocada tubería de hierro de más de cincuenta metros de largo y cemento por debajo del río.



página 124, de arriba hacia abajo

Aspecto de Los Tarros, después de la erupción de 1974. Una densa capa de arena, de hasta un metro de altura, cubrió la superficie de la finca.

El río Pantaleón se desbordó a consecuencia de la arena lanzada por el Volcán de Fuego, y sus aguas se introdujeron en el cauce del río Petayá. Obsérvese la carretera que cruza de izquierda a derecha, cuyo puente fue destruido por las corrientadas de 1976. Posteriormente, gracias a la gestión del cañero Nery Román, buen amigo de Similiano, se construyó allí un puente nuevo. En ese mismo lugar, unos años después, ocurrió un enfrentamiento entre cuatro bombres armados, que intentaban asaltar el Ingenio La Unión, y fuerzas de seguridad del Gobierno. En el episodio murieron los cuatro asaltantes. Falleció el Administrador de la finca Belén, donde está situado el Ingenio.

Las continuas erupciones del Volcán de Fuego afectaron a los ríos. El agua disminuyó y adquirió un color chocolate. Si el río hubiera estado a su nivel normal, sus aguas hubieran cubierto las piernas de las personas captadas en la fotografía.

esta página

Trabajos en el río Pantaleón, para encauzar el agua. Se observan las piedras arrastradas por las corrientadas, después de la erupción de 1974.

Tiempo después, una crecida del Pantaleón destruyó todas esas instalaciones. Actualmente el agua que se utiliza es una mezcla de la que proviene de ambos ríos, aunque en realidad del Pantaleón llega poca agua a la entrada de esas fincas, ya que ésta es absorbida completamente por las que están situadas arriba y al norte de la finca Tehuantepec.

Algo más que lava y arena

José Velásquez, Supervisor de Calderas, trabaja en Los Tarros desde 1962, cuando a la edad de 17 años llegó proveniente de Tejutla, San Marcos, su lugar de origen. Transcurridas tres décadas desde la erupción de 1974, el recuerdo de aquella experiencia sigue vívidamente en su memoria.

«La primera erupción lanzó arena en grandes cantidades y piedritas por todos lados. El horizonte se oscureció por completo y pensamos que íbamos a desaparecer. Cuando el volcán se calmó, limpiamos el Ingenio y barrimos el tejado repleto de arena, para quitarle el excesivo peso que soportaba. Creímos que lo peor había pasado, y los trabajadores se retiraron a sus casas. Pero después, cuando ya estábamos sólo un señor y yo, platicando en la entrada principal, hubo otra erupción todavía peor y empezó a llover. En el techo se formó una capa de arena mayor a la anterior, y el edificio comenzó a tronar. El miedo se apoderó de nosotros y corríamos sin saber a dónde ir; en ese momento, una parte del edificio se derrumbó, a causa del tremendo peso de la arena. Nadie murió, pero el susto que pasamos fue enorme, y la tristeza nos invadió al ver el campo y las casas llenos de arena. El Ingenio Los Tarros estaba destruido y sería necesario un gran esfuerzo para recuperar aquella valiosa fuente de trabajo.»

René Reyes, Jefe de Transportes, tenía quince años de trabajar en Los Tarros cuando sucedió la erupción de 1974.

«La erupción destruyó la finca Los Tarros y varias casas situadas en Santa Lucía Cotzumalguapa. El coloso lanzó toneladas de arena, ceniza y pedrín durante tres días en que no vimos salir el sol. El material volcánico alcanzó un metro de altura, las plantaciones de café desaparecieron, como también algunas fincas ganaderas situadas en los alrededores. Después de la erupción vino un período de sequía, y las pocas cabezas de ganado que se habían salvado murieron porque no tenían qué comer. La cantidad de arena era tal que sólo se podía entrar a la finca en vehículos de doble tracción. Don Similiano llevó un cargador frontal y varias palanganas, y comenzamos a sacar la arena. Tengo presente que él dijo: *A ver si primero se cansa el volcán de lanzar arena, o yo de sacarla*. Don Similiano es un hombre de trabajo a quien nada lo amedrenta.»

En junio de 2000, el Instituto Nacional de Sismología, Vulcanología, Meteorología e Hidrología INSIVUMEH presentó un informe sintético preliminar sobre las erupciones del Volcán de Fuego en el siglo XX. En relación con las erupciones de 1974, dice:

Los ríos Pantaleón y Petayá fueron azolvados por arena y piedra volcánica como consecuencia de las erupciones del Volcán de Fuego. Obsérvese tal azolvamiento a la entrada del Ingenio La Unión, y la eliminación del cauce del río. Unos años después, el cauce volvió a tener, como ahora, su profundidad normal de ocho metros. (El 5 de octubre de 2005, a consecuencia de las fuertes lluvias causadas por el huracán Stan, el puente, que había sido reconstruido varias veces, fue fracturado de nuevo. Esas lluvias ocasionaron daños a los cañaverales de las fincas situadas en La Gomera, Escuintla, y destruyeron caminos, puentes y drenajes).



“Octubre y diciembre 1974: Erupción vulcaniana que en las fechas 10 al 23 (de octubre), arroja un volumen de 0.2 km³. Luego de una bora de iniciado, ceniza y lodo llueven en Escuintla. La columna explosiva entre el 17 y 18 de octubre alcanza penetrar la estratósfera (7 km. por encima del cráter activo). Fragmentos de bloques y bombas volcánicas caen al oeste y suroeste del volcán. En diciembre 4, las columnas explosivas se elevan a 1.5 provocando caída de ceniza a inmediaciones de la base del volcán.”

Las erupciones del Volcán de Fuego en el siglo XVIII

Las erupciones del Volcán de Fuego, que tanta destrucción causaron en época reciente, tienen antecedentes históricos de mucha gravedad en el siglo XVIII. Así lo registra el libro titulado *Los Terremotos de Antigua Guatemala y los de la Nueva Guatemala de la Asunción. Guatemala de Ayer y de Hoy*, publicado por el periodista Augusto Acuña en 1973.

De acuerdo con esa obra, una de las peores erupciones ocurrió el 1 de febrero de 1705, cuando *la cantidad de ceniza y arena llegó a obscurecer de tal manera el ambiente, que hubo necesidad de usar luz artificial, que consistía en candelitas, como en aquellos tiempos se usaba, para alumbrar el oscuro manto que cubría la claridad del día.*

Los antiguieños dispusieron llevar en procesión sus imágenes religiosas más veneradas: *Unos sacaron a Cristo Crucificado mientras otros se preparaban para la procesión de la Santísima Virgen del Socorro, ambos de la Catedral Metropolitana, quedando sorprendidas las cientos de personas que estuvieron presentes en el respetuoso desfile, pues las imágenes fueron colocadas con vista hacia el famoso volcán. Juarros dice: “Todo fue desviar a las imágenes, como dar comienzo a que la nublazón desapareciera, quedando limpio y despejado todo el cielo”.*

Cinco años después, en 1710, el volcán lanzó fuego, piedras y una enorme cantidad de lava rojiza. Transcurrirían siete años de tranquilidad hasta que, el 28 de septiembre de 1717 por la noche, *sucedió otra erupción, la peor que se había visto en La Antigua Guatemala.*

«Cuántas personas pudieron se arrodillaron frente al santo de su devoción; otras llegaron a las iglesias a sacar al Santísimo Sacramento, el que colocaron en la plazoleta de San Francisco, para ponerse en rogación; otras a la Virgen de Concepción, hasta llegar el día 29, que también fue durísimo, sacando a la Virgen que le llamaban Nuestra Señora de los Pobres.

El Día de San Miguel, que es precisamente el 29, fue el más espantoso; todos estaban creídos que sería el último día de su vida, pues los movimientos telúricos se sucedían a cada instante, oyéndose a cada momento grandes ruidos, que eran ocasionados por las casas que se venían al suelo, ruina completa de edificios, sufriendo la mayor parte los templos que otrora fueron arreglados o reconstruidos por los daños que les habían causado los terremotos de tiempos pasados.

Otro aspecto de las consecuencias de la erupción del Volcán de Fuego en 1974. Trabajadores cavan boyos en busca de llegar al nivel previo a la erupción y medir la altura de la arena caída. De izquierda a derecha, José Gerardo García, Genaro Miranda, Ramón Alonso, Rodrigo García (bincado), Similiano García, Dieter Haeckel y, parcialmente oculto, José Ignacio González, en ese tiempo Administrador de la finca Belén.





En esta oportunidad, la mayor parte de los vecinos tomaron camino para los pueblos, donde se creía que no llegaría la furia del famoso Volcán de Fuego. Salen de La Antigua Guatemala con rumbo a Comalapa donde se radicaron las monjas de Santa Clara, pues allí se encontraban los religiosos de su orden, quienes inmediatamente les dieron albergue, llevándose las mejores joyas de los templos, las cuales hasta la fecha se encuentran en la mencionada iglesia, al cuidado de las Cofradías, que son celosos guardianes de las mismas.

Como ya había sufrido demasiado La Antigua, se solicitó por primera vez el traslado de la ciudad a otro lugar donde se creía que estaría más segura, pero como esto tardó mucho tiempo, volvieron los vecinos a reconstruir sus casas, así comenzando a reparar iglesias y edificios. Cuando ya estaban establecidos nuevamente, los templos reparados y todos tranquilos, el Real Concejo resolvió el traslado, pero ya todos estaban dedicados a sus labores, por lo que no se pudo llevar a cabo, dando todos inicio nuevamente a sus actividades habituales.»

La madrugada de un 4 de febrero

El terremoto del miércoles 4 de febrero de 1976 tuvo mucha fuerza en la costa sur, pero no causó allí daños tan graves como en otras regiones del país. Sin embargo, en el Ingenio Los Tarros, las paredes de la chimenea se rajaron. Las personas que estaban en las fábricas de La Unión y Los Tarros cuando ocurrió el terremoto, a las tres horas con tres minutos, relataron que el ruido que se escuchó al estremecerse las estructuras metálicas fue estruendoso, pero ningún equipo resultó afectado.

En la capital, las oficinas centrales del Ingenio La Unión estaban en su actual ubicación del Edificio Reforma Obelisco (Avenida Reforma y 16 calle, zona 9), cuya construcción había concluido en 1975, y las del Ingenio Los Tarros en la 5ª. avenida y 10ª. calle de la misma zona, donde actualmente está el Banco G&T-Continental, frente a la Nunciatura Apostólica.

El edificio sufrió muchos daños, porque *giró sobre su cintura*, y luego, al regresar del primer giro, todas las paredes de ladrillo se rajaron. Cuando uno subía por las gradas —los ascensores dejaron de funcionar— podía ver la Avenida Reforma a través de las paredes. Estuvo fuera de uso durante un año, hasta que fue restaurado por completo. Las oficinas de La Unión fueron reubicadas en su antigua sede de la zona nueve y allí se trabajó, en medio de la estrechez física.

La señora Liliana de Marroquín, actualmente Secretaria Ejecutiva del Consejo de Administración, recuerda cómo el temor a nuevos temblores continuaba días después de los terremotos del 4 y 6 de febrero.

«Las oficinas habían sido temporalmente reinstaladas en el edificio de la 5ª. avenida zona 9, pero por circunstancias propias de la emergencia, no tenía a mi disposición una máquina de escribir —aún no era época de computadoras—, papel ni otros materiales para trabajar, pues todo ello estaba en el Edificio Reforma Obelisco, que fue evacuado porque, si bien su estructura no sufrió daños graves, sí quedó con boquetes en las paredes, la mayoría en el séptimo nivel.

Como necesitaba mis instrumentos de trabajo, don Similiano me propuso que subiéramos al 14º. nivel. Los ascensores habían quedado fuera de servicio, así que subimos por las escaleras, él un poco más rápido que yo, dada su condición atlética. Por fin llegamos a la oficina de la Empresa, y notamos que las paredes estaban dañadas. A causa del terremoto, mi máquina de escribir había quedado en el borde del escritorio, a punto de caer. Durante esos días aún temblaba y eso me crispaba los nervios. A medida que tomaba conciencia del riesgo al que nos exponíamos, mi temor aumentaba. Sacamos de la oficina sólo los objetos indispensables que calculábamos poder llevar, especialmente la máquina de escribir y documentos de trabajo, y empezamos a bajar las escaleras. Cuando estuvimos fuera respiré con alivio y, cuando llegamos a las oficinas temporales en la 5ª. avenida zona 9, encontré rezando por nosotros a la secretaria particular de don Similiano, María Elena de Castroconde, mi amiga y compañera de trabajo, quien nos recibió muy emocionada al vernos a salvo. La Empresa prosiguió en esas oficinas durante cerca de un año y después se reinstaló en el Edificio Reforma Obelisco, hasta la fecha.»

de arriba hacia abajo

Batalla contra el Volcán de Fuego en 1974. Trabajadores retiran la arena, que en algunas áreas de la finca Los Tarros alcanzó un metro de alto. La foto fue captada frente a la actual bodega de repuestos. Similiano solía decir: Se cansará el volcán de lanzar arena pero yo no me cansaré de sacarla.

El Volcán de Fuego, durante la erupción de 1974. La arena ocasionó el azolvamiento del río Pantaleón, y ello afectó las operaciones de La Unión y Los Tarros.

El licenciado Carlos Arriola, Gerente Financiero del Ingenio La Unión, rememora hechos de esa temporada de angustia para el país.

«Ante el devastador terremoto, el Presidente Kjell Laugerud se identificó sensiblemente con el pueblo. Sin embargo, en la parte política ya estaba presente la corrupción. Durante ese año, Guatemala recibió unos 600 millones de dólares para los damnificados, entre dinero, equipo y ropa, pero tal ayuda fue escasamente aprovechada por la gente necesitada. En contraste, vimos cómo algunos miembros del gobierno de turno hicieron su agosto, vendiendo las casas de campaña, las frazadas, etcétera.»

Similiano se mantuvo pendiente de toda asistencia que pudieran necesitar sus trabajadores como consecuencia del terremoto, recuerda el ingeniero René Cifuentes, Gerente Industrial.

«Don Similiano demostró ser una persona muy sensible, en ocasión del terremoto de 1976. Con nosotros trabajaba en la costa el ingeniero Rolando Sett Oliva, cuya familia vivía en Zacapa. Al día siguiente del terremoto, don Similiano facilitó la avioneta de la Empresa para que transportara al ingeniero Sett, del Ingenio hacia Zacapa, y pudiera enterarse de cómo estaba su familia.»

Las tribulaciones que siguieron al terremoto

Para Julián Hernández Yanes, quien ingresó en la Empresa como piloto de cabezal en 1976, aquel año le dejó muchos otros motivos para recordar. Asistente de Operaciones desde 1990 en el área de transportes, Hernández Yanes evoca sucesos de los que fue testigo.

«1976 fue un año difícil, ya que, además del terremoto del 4 de febrero, erupciones del Volcán de Fuego y desbordamientos de ríos afectaron la costa sur. La intensa actividad volcánica provocó que varios ríos se desbordaran, uno de ellos el Petayá, que en la carretera de Santa Lucía Cotzumalguapa a Cerro Colorado, frente a la finca Santa Isabel, arrancó un puente de sus cimientos y lo arrastró aproximadamente cien metros. Las aguas llegaban hasta donde en la actualidad está la báscula del Ingenio La Unión.»

Dos décadas después, bajo circunstancias distintas, se prodigaban nuevos esfuerzos por mantener bajo control las indómitas aguas, de acuerdo con el relato del Superintendente de Servicios, ingeniero Rodolfo Arroyave.

«En 1994, durante la construcción del canal de riego hacia la parte de abajo, empezamos a familiarizarnos con la zona. Precisamente en el invierno de ese año ocurrieron inundaciones fuertes allí. En 1996 y 1997 las inundaciones fueron mayores, y comenzaron a azolverse las fincas que administra la Empresa. Para enfrentar el problema, constituimos un comité con autoridades de Obras Públicas y los finqueros. Una de las medidas adoptadas fue construir bordas en toda la orilla del río Coyolate, que dicho sea de paso sigue inundando cada año la región de Texcuaco.

En aquella ocasión se hizo una abertura muy grande, la que después se trató de tapar durante tres semanas consecutivas en el invierno, pero no pudimos. Se esperó que hubiese unos días de canícula, y se empezó a construir un dique para cerrar uno de los brazos del río, por donde se metía el agua. De repente se cruzó un poquito el dique, y el trabajo se desvió hacia un islote, con el fin de cerrar ese brazo del río, y se logró estrangularlo bastante. Las inundaciones cesaron de ese lado, pero empezaron a ser más frecuentes en el municipio de Nueva Concepción.

Así las cosas, un domingo se inundó la localidad de Cerro Colorado. Estaba en Los Tarros, como a las seis de la mañana, cuando se presentaron el alcalde de Cerro Colorado, un capitán del Ejército y otras personas, acompañados por un periodista, y me dijeron que llegaban a capturarme. Les pregunté por qué y me respondieron: *Pues porque usted es el canchito a quien han visto allá abajo, haciendo boyos y canales por todos lados. El Cerro Colorado ya se inundó, así que nos acompaña.* . .

Y efectivamente nos llevaron a mí y a varios de mis colaboradores, acusándonos injustamente de la inundación, sólo porque estuvimos construyendo unas estructuras para manejar el agua, no para que se entrara, aunque finalmente se entró por el otro lado. Mis captores me obligaron a caminar dentro del cementerio de Cerro Colorado, y recuerdo que pasé entre pedazos de ataúdes viejísimos, a los que sólo se les veía una de las puntas. Mientras caminábamos, yo me preguntaba: ¿A qué hora me topo con un esqueleto entre el lodo? Después de hacernos pasar ese mal rato, nos permitieron regresar.»

El Volcán de Fuego volvió a hacer erupción en 1976, el mismo año del devastador terremoto que causó en el país alrededor de 23 mil muertos. Las fallas geológicas y la abundancia de volcanes plantean en Guatemala riesgos permanentes de desastres naturales.





Trabajadores, camiones y tractores, arrastrados por las aguas
Los problemas derivados de las inundaciones en Santa Lucía Cotzumalguapa y otros municipios de Escuintla tuvieron a veces consecuencias trágicas, como las que describe René Reyes.
«En la década de los ochenta, siendo yo Jefe de Transportes, el río Pantaleón se desbordó durante la zafra y destruyó una parte de la finca Tehuantepec. Fue impresionante ver cómo, cuando dos camiones pasaban por la carretera a gran velocidad, bajó una creciente de aproximadamente ocho metros de alto. El río le alcanzó la cola a uno de esos camiones y lo sepultó. La corriente de agua arrastraba una ceiba de un metro y medio, la estrelló contra el puente —después llamado Puente Don Genaro— y lo derrumbó.
Al día siguiente llegó don Similiano, y suspendió la zafra. Había dos tractores de la Empresa y uno de Caminos, cuando se me ocurrió decirle al operador: *Saquen los tractores, no vaya a ser que crezca el río y se los lleve*. De hecho, los trasladábamos a la finca cañera El Recuerdo, propiedad de Carlos Hernández, cuando una gran creciente de agua arrastró al tractor de Caminos con todo y su operador. El cadáver fue encontrado en la finca San Juan. Mientras tanto, uno de nuestros tractores, que en ese momento no tenía piloto, quedó sepultado para siempre por la arena.

Después de esta experiencia, en la trayectoria del río sembramos bambú —que aún se puede ver— para proteger al Ingenio. Transcurrirían entre diez y doce años antes de lograr que el río volviera a quedar dentro de su cauce, y para ello utilizamos tractores, maquinaria de dragado y gaviones de malla metálica.»

El ingeniero Rodolfo Arroyave narra otra anécdota, ésta relacionada con las erupciones de 1974.

«El Volcán de Fuego lanzó mucha arena, y los ríos acarreaban ese material hacia abajo. En cierta ocasión, todos los ríos empezaron a salirse de cauce y a provocar inundaciones. Más adelante tuve bajo mi responsabilidad en La Unión el Departamento de Riegos y Drenajes, y trabajábamos en un proyecto para construir un canal de riego de catorce kilómetros de largo, desde la aldea Cerro Colorado, entrando por la finca La Confianza, hasta la finca Nueva Esperanza, en el municipio de La Gomera. Éste debía ser el canal que mayor cantidad de agua iba a conducir en toda Guatemala, ya que ni siquiera el proyecto de La Fragua, que era el proyecto estrella del país, iba a administrar ese caudal. El nuestro estaba diseñado para conducir entre ocho y catorce metros cúbicos por segundo, es decir, un río grandísimo.

Hubo que pasar por varias propiedades, hablar con la gente, revisar escrituras, etcétera. Empecé a construir puentes, y recuerdo que el dueño de la finca La Garrucha, don Florencio (*Lencho*) Martínez, me había pedido que no le tocara sus árboles. Estoy seguro de haber cumplido su petición, pero un domingo que llegué a supervisar las máquinas, vi que el operador me hacía ojos, como queriendo prevenirme de algo, y le pregunté: *¿Qué te está pasando, vos?...* En ese momento sale de la parte de atrás don Lencho, con un gran pistolón *44 Magnum*, y me dice: *¡Usted, tal por cual, me está desgraciando mi finca!* Ocurrió que él creyó ver un árbol dañado, me atribuyó ese perjuicio, y me sacó de su finca a punta de pistola. ¡Imaginen cuán difícil es calmar a alguien así!»



esta página, de arriba hacia abajo

René Reyes, Jefe del Departamento de Transportes y uno de los empleados con más prolongada permanencia en la Empresa, donde principió a trabajar en 1959, ha sido testigo presencial de los efectos causados por erupciones volcánicas y desbordamientos de ríos.

Aspecto que presentaba la fábrica del Ingenio Los Tarros, como consecuencia de la erupción del Volcán de Fuego en 1967.

página 131
La disminución de los recursos bídricos, en 1973, obligó a instalar un enfriador de agua en cada uno de los ingenios. Fueron contruidos estanques (como el que se observa en la figura rectangular; arriba, en La Unión) de 50 x 25 metros, para que circulara el líquido. Se puede apreciar (abajo, en Los Tarros) cómo brota el agua en su proceso de enfriamiento.



Capítulo X
En medio de la guerra

En 1958, cuatro años después de la caída de Arbenz y ya bajo la presidencia del general Miguel Ydígoras Fuentes, empezaron a retornar a Guatemala políticos que durante el gobierno arbencista habían apoyado la reforma agraria. Eran los años de la guerra fría, entre un anticomunismo muy fuerte, liderado por Estados Unidos, y una ideología que llegó a dominar dos tercios del mundo y causó cerca de cien millones de muertes violentas.

El marxismo pretendía imponerse aquí, como lo terminaría logrando en Cuba, y el 13 de noviembre de 1960 un grupo de oficiales del Ejército se rebeló contra Ydígoras, pero el levantamiento fue sofocado. Uno de los jefes rebeldes fue el capitán Luis Turcios Lima, compañero mío en la primaria, en el Colegio de Infantes, de los Hermanos Maristas. Varios dirigentes de la fallida rebelión abandonaron el país y otros fueron amnistiados, pero en 1962, con la formación de nuevos grupos, dio inicio la guerrilla y su consecuencia: la guerra civil de Guatemala. En la Universidad, entre mis compañeros de estudio, había líderes guerrilleros, aunque lo ocultaban.

La guerrilla comenzó a secuestrar y matar personas, declaró a la empresa privada como su enemiga y la convirtió en blanco de sus ataques. El movimiento tuvo dos épocas, la primera en los años sesenta y la segunda iniciada alrededor de 1975 con acciones como el asesinato de Luis Arenas Barrera, en la finca La Perla, Ixcán, Quiché. Un hijo suyo, el licenciado Jorge Arenas, y el licenciado Jorge Toriello Saravia, eran socios de Similiano en una empresa constructora, una de cuyas obras fue el Edificio Reforma Obelisco, sede de las oficinas centrales de La Unión. Y cuando Luis Arenas fue asesinado, Similiano puso a disposición el helicóptero que utilizaba en el Ingenio, para transportar los restos mortales a la capital.

Los secuestros de empleados, quemas de caña, destrucción de camiones, tractores y autobuses, fueron parte de la ofensiva contra los ingenios, incluidos La Unión y Los Tarros, que como todas las empresas privadas sufrieron el ataque de la guerrilla.

Entre los múltiples hechos violentos acaecidos en aquellos años, ocurrió también el secuestro del doctor Roberto Herrera Ibarguén, ex Canciller de la República y ex Ministro de Gobernación, el 31 de diciembre de 1977.

Crisis económico-política

El licenciado Adolfo Menéndez Castejón, quien fue Asesor Jurídico de La Unión entre 1979 y 2003, hasta su fallecimiento, recordaba que, durante el gobierno presidido por el general Fernando Romeo Lucas (1978-82), la industria azucarera enfrentaba la agresión de la guerrilla.

«En la década de los ochenta, Guatemala atravesaba por una grave crisis económico-política. Recién en 1979, en Nicaragua, el gobierno de Anastasio Somoza Debayle había sido derrocado por los sandinistas. En Guatemala había una guerrilla muy fuerte, al igual que en El Salvador, y Cuba tenía un gran poder internacional. Así que cuando Somoza cayó en Nicaragua, todo mundo conjeturaba que ocurriría un efecto dominó: que después caería el gobierno de El Salvador y luego el de Guatemala.

Realmente estuvimos a punto de que aquello sucediera. Sin embargo, en Guatemala, por factores políticos de la guerra interna, el Ejército logró neutralizar a la guerrilla, al cabo de una guerra dura y sucia de más de treinta años. Y en ese contexto se tenía que sobrevivir, con los insurgentes y la guerra a las puertas, en medio de secuestros, asesinatos, matanzas, y además frente a un movimiento sindical gigantesco, controlado por la izquierda con vínculos internacionales. En toda la República se habían organizado sindicatos del Estado y sindicatos agrícolas, al grado de que paralizaron el Ingenio Pantaleón y otros ingenios, obligaron a suspender la zafra e hicieron huelgas generales en toda el área agrícola.

Aquella situación era aterradora. La guerrilla atacó también nuestros ingenios, secuestró a dos miembros de la familia propietaria, así como a ejecutivos de La Unión-Los Tarros y miembros de sus familias. A todo esto, en el mercado azucarero internacional los precios estaban deprimidos. En el mercado nacional había una lucha por la sobrevivencia, y la inseguridad era tremenda.»

1980: Trabajadores agrícolas paralizan labores

Una de las situaciones más difíciles que me tocó vivir fue la huelga de trabajadores agrícolas que se inició en Guatemala el martes 19 de febrero de 1980, durante el gobierno del Presidente Fernando Romeo Lucas. Los problemas laborales eran agitados por la guerrilla. En ese tiempo, en la finca Tehuantepec, había un administrador que no era miembro de la primera generación de españoles que vinieron a trabajar en la Empresa, ni del primer grupo familiar, sino que en un momento dado él estuvo disponible y se le contrató. Por no tener la cultura adquirida por la Compañía y por su forma de ser, hablaba con voz muy fuerte, de corrido, causando en los cortadores de caña la impresión de que los estaba regañando. Esto provocaba insatisfacción, y el problema se tornó tan tenso que los trabajadores empezaron a buscar razones para manifestar su desacuerdo. Argumentaron que se les robaba en el peso de la caña, que se les trataba mal, y eso originó un paro en el proceso de corte en esa finca.

Con la asesoría del Comité de Unidad Campesina CUC, que a partir de esos hechos cobró auge, los cortadores salieron de la finca a la carretera, se ubicaron en el punto de convergencia de varios caminos, cerca del Puente Don Genaro —llamado así por haberlo construido Genaro Miranda—, y paralizaron la entrada de caña a La Unión y a los otros ingenios de la zona.

Desde las oficinas centrales, en la capital, tratábamos de establecer qué pasaba. Los cortadores pedían que se les aumentara el jornal a cinco quetzales, que en aquel tiempo equivalían a cinco dólares. No se tenía claro cómo valuaban ellos su trabajo —si por día o por tonelada de caña cortada—, y cuando se intentó recabar mayor información sobre el paro, llegó al lugar el Ejército, que tenía una presencia muy fuerte y una base militar en Santa Lucía Cotzumalguapa.

El 27 de febrero de 1981, otro camión de transporte de caña fue destruido en la finca El Carrizal, de Santa Lucía Cotzumalguapa. A ese tipo de acciones guerrilleras se sumaron los secuestros de que fueron víctimas ese mismo año tres personas, dos de ellas pertenecientes a la Empresa Familiar, y la señora Tere de Miranda, esposa del Administrador de La Unión. En un momento dado dos de las tres personas estuvieron simultáneamente secuestradas en diferentes lugares. A principios de 1978, por relato de un azucarero vecino, el doctor Roberto Herrera Ibarguén, secuestrado previamente, se llegó a saber que el grupo autodenominado Ejército Guerrillero de los Pobres tenía planes de secuestrar también a Similiano García, lo que no logró.

Camión destruido por la guerrilla en uno de sus ataques contra La Unión y Los Tarros.



La brigada estaba a cargo del coronel Abadía y de su lugarteniente, el capitán Domínguez, quien en realidad dirigía la operación. Los soldados rodearon al personal de La Unión delegado allí, cuyos miembros eran Genaro Miranda; el ingeniero Otto Kushiek, Jefe de Fabricación, y el ingeniero Walter Montejo, Jefe de Maquinaria.

Con las armas ya cargadas, los jefes militares les dijeron a los delegados: *Negocien y resuelvan*. Los personeros me informaron por radio de lo que ocurría, y me comuniqué con Similiano, quien estaba en el extranjero. En una reacción pragmática, dado que estábamos a la mitad de la zafra —en febrero—, y después de un rápido cálculo numérico, Similiano me dijo que otorgáramos el aumento solicitado, si ello permitía resolver definitivamente el problema.

Así lo comuniqué a los delegados en la costa, y ellos a su vez lo hicieron saber a los trabajadores, quienes se desconcertaron porque no esperaban tal respuesta sino negativas o regateos. Los dirigentes del CUC se desconcertaron todavía más, y dijeron algo así como: *¡Con éstos no se puede!* Decidieron hacer un paro laboral en Santa Lucía Cotzumalguapa, donde el movimiento se tornó masivo, y luego paralizaron las labores de caña en todo el país. Un agravante de la huelga era el peligro de los fuegos en los cañales, pues la caña no se podía moler y, en esos casos, se degrada, y el problema se complica.

El número global de trabajadores dedicados a esta actividad oscilaba entre 8,000 y 10,000. Actualmente hay 20,000 cortadores de caña sólo en la costa sur. El paro cobró dimensión nacional, y se abordó como tal, con participación del Ministerio de Trabajo, y representantes de los empleadores y de los trabajadores.

Una huelga manipulada externamente

El ingeniero Otto Kushiek, quien vivió intensamente la huelga de 1980, se percató de que aquél no fue un movimiento espontáneo.

«Todo comenzó cuando los jefes fuimos avisados que los trabajadores de la finca Tehuantepec habían suspendido sus labores y estaban concentrados, en desacuerdo con la remuneración que se pagaba por tonelada de caña cortada. En aquel tiempo los cortadores ganaban entre Q2.50 y Q3.20 por tonelada. El Jefe del Área de Coordinación Agrícola, Ramón Alonso, no estaba en ese momento en la costa sur. Le correspondió enfrentar el problema a Genaro Miranda, Administrador de La Unión. Don Genaro habló por teléfono con don Similiano, quien ese día no estaba en el país. Inmediatamente después de ser informado, don Similiano reiteró lo ya conversado con el licenciado Molina: *Aumenten el pago por tonelada hasta a seis quetzales si es necesario, pero que la zafra no pare*. Era una de aquellas decisiones que solía adoptar don Similiano con una actitud muy pragmática.

De pronto, en el Ingenio aterrizó un helicóptero de la Fuerza Aérea Guatemalteca, en el que se transportaban militares encabezados por el jefe regional, el coronel Abadía, quien nos confirmó que los trabajadores estaban en huelga, afirmó saber todo sobre ese movimiento laboral y lo calificó de *muy difícil*. Nosotros pensábamos que el conflicto ocurría exclusivamente en la finca Tehuantepec, y le dijimos al coronel Abadía que lo íbamos a solucionar por nuestra cuenta. Nos preguntó qué pensábamos hacer y le dijimos que dialogaríamos con los huelguistas. Entonces, el coronel Abadía nos dijo: *Muy bien, nosotros vamos con ustedes*. Y todos nos subimos a vehículos del Ejército, casi con certeza de resolver el problema mediante el aumento aprobado por don Similiano. Durante el trayecto, sin que hubiese ninguna solicitud de nuestra parte, los militares pretendieron darnos instrucciones de cómo enfrentar la situación y nos dijeron: *Los van a tratar de rodear; no tengan pena, aquí estamos nosotros y hay gente nuestra allí infiltrada*.

Bajamos de los vehículos frente a los trabajadores concentrados en la finca Tehuantepec. Don Genaro y el ingeniero Walter Montejo fueron a hablar con quienes parecían dirigir el movimiento y, dicho y hecho, en un momento dado ya los huelguistas nos habían rodeado a cada uno de nosotros. Don Genaro intentó negociar y, conforme a las instrucciones de don Similiano, llegó a ofrecerles hasta seis quetzales por tonelada de caña, pero ellos no aceptaron.

La huelga habría de terminar después de otorgar un aumento en el pago del jornal diario, de Q1.80 a Q3.20, pero previo a ello ocurrieron muchas otras huelgas y quemas de caña, en varias regiones del país. Al correr del tiempo y con el devenir de los hechos nos dimos cuenta que aquel movimiento laboral fue una acción manipulada externamente, en la que, para comenzar el conflicto, le tocó *la chibolita* a la finca Tehuantepec. Pero la huelga estaba previamente trazada, como lo demuestran las circunstancias en que

se desarrolló y el tipo de coordinación que fue aplicado. En nuestro caso, efectivamente sucedió lo que se anunció que nos pasaría cuando fuésemos a dialogar con los huelguistas, es decir, nos rodearon, mientras los militares andaban allí *como Juan por su casa* y hasta tomaban fotografías, pero a nosotros *‘nos tuvieron que ir a rescatar’* del grupo de huelguistas.»

Indicios de la manipulación

El 29 de febrero de 1980, undécimo día de los quince que duró la huelga de trabajadores agrícolas, fue cuando el entonces Administrador de La Unión, Genaro Miranda, tuvo un diálogo con directivos de la Empresa acerca de las circunstancias en que se inició el movimiento en la finca Tehuantepec. El contenido del diálogo fue transcrito y ello permite conocer la información suministrada por Genaro. Las siguientes fueron sus expresiones más reveladoras.

«Él (el coronel Abadía) vino a la oficina, me llamó y me dijo: *Don Genaro, usted tiene un problema grave allí. La gente (los trabajadores) quiere venir para el ingenio y ellos piden 5 quetzales por tonelada de caña. Yo quiero que usted les ofrezca 3 quetzales con 50 centavos y yo voy a salir de mediador para cerrarlo en 4 quetzales*. El Coronel quería ‘salir en caballo blanco’, lograr 50 centavos más, y hacer evidente que gracias a él se lograba eso.

Fuimos a negociar enfrente del grupo de trabajadores, que podían ser 400, 500, 800. Efectivamente, los soldados estaban allí. Cuando vi la presión tan grande de la gente, me pareció ridículo proponer Q3.50, y opté por ofrecer Q4 de una vez, como se me había autorizado, pero sin la intervención del coronel Abadía, porque era la Empresa la que iba a pagar. Los trabajadores ubicados enfrente de nosotros estaban conformes con los Q4, pero los que se encontraban tras ellos levantaban la mano con los dedos separados para indicar que querían Q5. Esta cantidad también era exigida mediante carteles colocados al salir del vado de la finca Tehuantepec.

Los trabajadores se quedaron allí, los soldados también, nosotros esperamos un poco y nos fuimos, sin haber logrado ningún acuerdo ese martes 19. El miércoles 20, nos reunimos con el coronel Abadía, quien nos exigió que no enviáramos las camionetas en que se transporta a los cortadores de caña hacia las fincas Tehuantepec y Cristóbal porque, según él, existía un plan para que, al llegar a la entrada de La Unión, los trabajadores se bajaran y ocuparan el Ingenio. Abadía tenía sobre su escritorio un informe sobre ese plan. Su asistente, el capitán Domínguez, nos dijo que la consigna era destruir dos puentes situados en la ruta al Ingenio y el puente Santa Isabel, construido por La Unión en la otra carretera asfaltada. Además, pretendían quemar las instalaciones del Departamento de Transportes y tomar como rehenes a todos los trabajadores.

Después, ese miércoles, los líderes del movimiento se dirigieron a las fincas Florencia (en el área de finca Cristóbal) y Guanipa, para forzar a los trabajadores a unirse a la huelga, y amenazaron a los transportistas, impidiéndoles llevar la caña. Nosotros desviamos hacia La Unión caña destinada a Los Tarros, con el fin de que pudiera moler. Como no enviamos las camionetas que transportan a los cortadores, los huelguistas no se juntaron donde habían acordado para ir a ocupar La Unión, sino en un cruce, junto al hotel El Camino, cerca del aserradero, en la antigua carretera del Pacífico que cruza Santa Lucía Cotzumalguapa. Unos iban a pie y otros en camiones. Ese día, los huelguistas realizaron su primera concentración en Santa Lucía. El coronel Abadía envió inspectores de trabajo a La Unión, y les expliqué que allí no había ningún problema, sino con la gente que estaba en la carretera. El coronel Abadía ya no volvió a hablarnos sobre la cantidad a pagar por el corte de la caña, ni hubo después ninguna consulta de parte del Ejército sobre qué valor se estaba pagando, pero la huelga se extendió a todo el país.»

El ingeniero Miguel Maldonado considera que la huelga de trabajadores en 1980 tuvo un trasfondo extra laboral.

«En 1980 fue forzado un aumento sustancial del salario mínimo, como resultado de una huelga general de trabajadores de todos los ingenios, que paralizó a la industria azucarera y provocó algunas muertes y enfrentamientos ocasionados por los huelguistas. En los momentos más difíciles ellos amenazaban con apoderarse de los ingenios, y tuvimos que sacar de allí a nuestras familias porque la seguridad era insuficiente.

En apariencia, la huelga fue motivada por aquella demanda de aumentos salariales, aunque en realidad tenía un trasfondo extra laboral. En ese tiempo, el salario mínimo diario que se pagaba a los cortadores de caña era de Q1.80 y, como resultado de la huelga, fue incrementado a Q3.20. El salario fue el argumento utilizado para promover la huelga, pero en realidad también estaban mezclados otros intereses.»



A LUCHAR CONTRA LOS RICACHONES QUE APOYAN A LUCAS Y FAVORECEN LA REPRESIÓN

El Frente Popular "31 de Enero" (FP-31), de clara ante la opinión pública nacional e internacional, que sus miembros sabotearon los intereses del grupo de ricachones encabezado por los Fischer, por el apoyo activo que éstos le brindan al régimen de Lucas, y consiguientemente a la política represiva que éste impulsa.

El FP-31 considera como enemigos de nuestro Pueblo, a los grandes ricos que apoyan al gobierno y a la represión, y en consecuencia actúa contra ellos golpeándolos en sus bienes. Sin embargo, el FP-31 sabe establecer las diferencias, con los empresarios que se mantienen ajenos al gobierno, y que no se apoyan en las fuerzas represivas para resolver los conflictos laborales con sus trabajadores.

Entre los grupos de ricachones que apoyan la represión están los que encabezan: Juan Maegli, los Torrebiarte, Similiano García, Walter Widmann, Ernesto Rodríguez Briones, Roberto Alejos Arzú, Roberto Berger, Milton Molina, Ismar Stahl, y por supuesto, Raúl García Granados, entre otros.

Todos estos ricachones, que sueñan con la derrota del Pueblo, no tendrán cabida alguna en la nueva Guatemala, revolucionaria, popular y Democrática. En cambio los empresarios progresistas, que no apoyen al gobierno ni al ejército, que no acudan a las fuerzas represivas, que estén dispuestos a aportar su capacidad de trabajo mediante el desarrollo de sus empresas en un marco de respeto y promoción a los intereses de los trabajadores, esos empresarios tienen un lugar y un papel que cumplir y nada tienen que temer de parte de las organizaciones populares.

El FP-31 llama a los empresarios a reflexionar sobre el hecho de que la lucha por una revolución popular y democrática avanza incontestablemente en nuestro país, porque en ella participa ya, de una u otra manera, la inmensa mayoría de nuestro Pueblo, y esa es una fuerza invencible. Esa revolución deberá apoyarse en un programa amplio que le de cabida a todos los guatemaltecos honestos y trabajadores, que no se hayan manchado de sangre con la represión, y que estén dispuestos a aportar sus capacidades para el desarrollo del país y en beneficio de nuestro Pueblo.

Con la derrota de Lucas y del régimen del ejército, con la derrota de los grandes ricachones y de los politiqueros que se aprovechan del actual estado de cosas, se abrirá para la inmensa mayoría de nosotros un porvenir de paz y progreso, sin miseria, sin opresión, sin represión y sin discriminación.

CON LA FUERZA DE LAS MASAS COMBATIVAS
PRESENTES EN LA GUERRA POPULAR

FRENTE POPULAR "31 DE ENERO" (FP-31)

Atmósfera terrorista

La huelga de trabajadores agrícolas estuvo rodeada de la atmósfera terrorista que caracterizó los peores tiempos del conflicto armado. En un manifiesto de fecha 17 de febrero de 1980, una de las facciones más poderosas de la época, el *Ejército Guerrillero de los Pobres EGP*, se atribuyó entre otros hechos el secuestro del empresario y deportista Jorge Raúl García Granados de Garay, liberado a cambio de dinero; el incendio de la finca Florencia, propiedad del Ingenio La Unión, en Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla; el asesinato del vocero militar, coronel Virgilio Villagrán Bracamonte, emboscado en el puente del viaducto de la 24 calle de la zona 5; un atentado con dinamita en contra del ministro de Gobernación, Donaldo Álvarez Ruiz —quien salió ileso—, cerca del Cerrito del Carmen, y el asesinato del coronel José Fernando Ruiz Furlán, hermano del sacerdote José María Ruiz Furlán —este último asesinado también, en el año 2003, en un hecho al parecer sin connotaciones políticas—.

Las actividades de la guerrilla eran profusamente divulgadas desde Guatemala y el extranjero. Los recursos divulgativos utilizados incluyeron el lanzamiento de volantes mediante la explosión de bombas panfleteras, la circulación de periódicos clandestinos, un constante suministro de información a los medios de comunicación privados, y asaltos a radiodifusoras con el propósito de transmitir proclamas. Se estableció en México una agencia de noticias que diariamente reportaba las acciones bélicas de la guerrilla, y en Costa Rica fue creado un periódico en el que se publicaban artículos y manifiestos, así como recortes de la prensa guatemalteca, informaciones sobre la lucha armada en El Salvador y declaraciones de apoyo a los alzados en ese país. Con frecuencia, esos medios divulgativos se referían a la ofensiva guerrillera contra la empresa privada en la costa sur de Guatemala, en particular los ingenios azucareros, que fueron blanco de sus ataques con el presunto argumento de reivindicar derechos campesinos.

Acusación, amenaza, coacción y chantaje

Una de las facciones con mayor volumen de difusión fue el EGP, que en febrero de 1980 distribuyó un texto titulado así: *La guerra de guerrillas revolucionaria se desarrolla en todo el país, golpeando a los explotadores, a los que dirigen y a los que ejecutan la represión y el terror contra el pueblo*. El documento reportaba once acciones subversivas, una de ellas descrita en la forma siguiente: *El viernes 1 de febrero por la mañana, trabajadores en armas de nuestro Frente Guerrillero Luis Turcios Lima incendiaron la finca "Florencia", del millonario explotador y represor Zimiliano (sic) García, en Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla*.

Otros textos provenían de una facción denominada *Frente Popular 31 de Enero FP-31*, cuyo nombre se inspiraba en la ocupación y toma de rehenes ocurrida el 31 de enero de 1980 en la Embajada de España (frente a la Plazuela España, zona 9), donde un artefacto que fue hecho explotar causó un incendio y la muerte de cerca de cuarenta personas, incluidos el ex Vicepresidente Eduardo Cáceres Lehnhoff y el ex Canciller Adolfo Molina Orantes.

En abril de 1981, también durante el gobierno del Presidente Fernando Romeo Lucas, el FP-31 repartió una hoja impresa, titulada así: *A luchar contra los ricachones que apoyan a Lucas y favorecen la represión*. Una parte del texto decía: *Entre los grupos de ricachones que apoyan la represión están los que encabezan: Juan Maegli, los Torrebiarte, Similiano García, Walter Widmann, Ernesto Rodríguez Briones, Roberto Alejos Arzú, Roberto Berger, Milton Molina, Ismar Stahl, y por supuesto, Raúl García Granados, entre otros*.

También en 1981, el FP-31 publicó un periódico tamaño tabloide titulado *Pueblo Combatiente*, cuyo primer número informaba, entre otros hechos, acerca de un mitin del Comité de Unidad Campesina CUC, en la finca Tehuantepec, administrada por La Unión. Durante ese mitin fueron repartidas copias de un conjunto de nuevos ajustes salariales que el CUC exigió a los sectores azucarero y algodónero, un año después de la huelga nacional de trabajadores agrícolas, descrita en este mismo capítulo. El CUC envió en sobres cerrados esa propuesta de escala salarial a jefes de operaciones de ingenios. Uno de los destinatarios fue Ramón Alonso, de la finca Los Tarros, quien recibió un mensaje que en una de sus partes decía: (...) *Usted como*

página 136
A las consignas antigubernamentales e incitaciones a la subversión, los manifiestos distribuidos clandestinamente por la guerrilla añadían críticas y amenazas contra el sector productivo, incluidos los ingenios azucareros, y específicamente contra la persona de Similiano García, cuyo nombre aparecía escrito con la letra "Z" en los boletines guerrilleros.

representante de las fincas de Maximiliano (sic) García tiene la obligación de responder las exigencias de los trabajadores, por lo que debe comunicarse inmediatamente con los patronos cañeros y algodoneros, para que en el menor tiempo posible se nos dé la respuesta favorable...

A la vez, Similiano recibió una nota en términos semejantes y con expresiones adicionales como ésta: *...No estamos en condiciones de negociar, porque con ustedes se encuentran los cuerpos represivos para matarnos...* Sin embargo, esa nota, personal para Similiano, se cerraba así: *Nos hemos dirigido a usted, considerándolo como uno de los finqueros más comprensivos con las causas de los trabajadores.*

Ese reconocimiento contrastaba, no obstante, con virulentas acusaciones contenidas en comunicados del EGP, como el emitido el 2 de febrero de 1980, atribuyéndose el incendio de la finca Florencia. Esta es una parte del texto:

«Un conflicto reciente planteado por los trabajadores para que no se les siguiera robando descaradamente en la pesa de la caña, lo resolvió el explotador Zimiliano (sic) García, propietario de la finca, en complicidad con los funcionarios públicos y las fuerzas represivas, despidiendo a 80 trabajadores, sin respetar las propias leyes de los ricos y sin otorgarles ninguna prestación.

En la finca Florencia, el explotador Zimiliano (sic) García roba en la pesa de la caña entre 6 y 8 quintales por tonelada (que debe ser de 20 quintales). Paga el corte por tonelada a Q2.50. Esto significa que a los precios impuestos por la finca, roba a cada uno de sus trabajadores entre 78 centavos y un quetzal con cuatro centavos por tonelada. Si un trabajador corta tres toneladas al día, el explotador Zimiliano (sic) García le roba en la pesa entre 18 y 24 quintales. Esto significa que, en dinero, el explotador Zimiliano (sic) García roba entre Q2.34 y Q3.12 por día a cada trabajador. El robo por semana a cada trabajador, que realiza Zimiliano (sic) García, es de Q16.38 a Q21.84. Y por mes el robo que realiza a cada trabajador es de Q72.54 a Q99.72. Entre 72.54 y 99.72 es el monto de la sobreexplotación por robo en la pesa que practica la finca Florencia de Zimiliano (sic) García, a cada uno de sus trabajadores por mes de trabajo.»

En mayo de 1981, el periódico *Noticias de Guatemala*, producido en Costa Rica, publicó su número 65, correspondiente a su tercer año de existencia. Su formato era tamaño carta, tenía 24 páginas y se enviaba por correo a Guatemala. Esa edición incluyó una síntesis de acciones guerrilleras recientes, entre ellas el ajusticiamiento —término utilizado para referirse a muertes violentas planificadas— de cinco personas en un período de dos semanas, por el EGP, en poblaciones y fincas de la costa sur. No se mencionan los nombres de los ajusticiados, a quienes sólo se califica así: *Oreja, comisionado militar, agente confidencial, organizador de bandas paramilitares y agente represivo patronal.*

De esa manera funcionaban los sistemas informativos de la guerrilla, en la época en que el sandinismo había triunfado en Nicaragua y la insurgencia estaba en su apogeo en El Salvador. Varios impresos subversivos de Guatemala contenían esta consigna: *Ayer Nicaragua, hoy El Salvador; mañana Guatemala.*

Capítulo XI
El secuestro que a todos nos conmovió

Luego de la huelga de trabajadores de 1980, la segunda situación extraordinariamente difícil que me tocó vivir fue el secuestro de Tere —como cariñosamente se le llama—, esposa del Administrador de la Fábrica de La Unión, Genaro Miranda, ambos de origen español.

Una noche de septiembre de 1981 atendía yo en mi casa a unos invitados, cuando me llamó Genaro, jefe principal del Ingenio en la costa sur y persona de la mayor confianza de Similiano. Con voz muy cortada me dijo: *Licenciado, sólo quiero comunicarle que Tere acaba de ser secuestrada. Ella iba con mi hija en el carro. Después alguien llevó a mi hija a la casa con una nota de los secuestradores pidiendo un rescate económico.*

Yo en mi vida había recibido una noticia de esa naturaleza. Quedé con la mente en blanco, apresuré un poco el compromiso en casa, me trasladé a la oficina, y llamé a un abogado de la Empresa, el licenciado Jorge Toriello Saravia, muy amigo de Similiano. El licenciado Toriello llegó a la oficina. Conseguimos unas grabadoras con el propósito de registrar las llamadas telefónicas que sin duda harían los secuestradores, como en efecto fue. Pese a lo delicado del caso, Genaro manejó el problema muy bien en lo personal. Tere estuvo secuestrada varias semanas, amarrada a una cama, sin cambiarse de ropa, en una situación muy difícil, pero finalmente fue liberada.

Sin embargo, esto tuvo un severo impacto en la Compañía y en las personas a nuestro alrededor, pues Genaro decidió que su esposa retornara a España con sus tres hijas. Él se quedó aquí, en una actitud muy responsable, y ofreció trabajar exclusivamente durante las zafras, ya no todo el año, pero el ambiente de zozobra que se había generado provocó que otros excelentes trabajadores agrícolas españoles —quienes tenían la ciudadanía guatemalteca por el tratado de doble nacionalidad Guatemala-España— también se retiraran de la Compañía, dado que las amenazas eran serias y reales.

Transcurría 1981, último año completo del período presidencial del general Fernando Romeo Lucas, en medio de mucha violencia y terror. Desaparecieron algunos miembros de la Empresa, cuyo paradero nunca fue esclarecido. Éramos hostigados por todas partes, y la guerrilla intensificó la quema de equipos de trabajo y camionetas utilizadas para transportar al personal.

Luego del retiro definitivo de los trabajadores españoles, inevitablemente hubo que enfrentar una nueva era. Se pensaba en la Empresa que con la participación de aquel grupo de trabajadores se tendrían resueltos los problemas de trabajo durante toda la vida, pero eso cambió de súbito. Se les estaba muy agradecidos, pero tampoco se les podía pedir un sacrificio personal y que se constituyeran en mártires de la Empresa, porque los agresores estaban actuando directamente contra ellos. Al retirarse los españoles, la organización cambió por completo y prácticamente fue necesario rehacerla. Es lo que hoy se llama *reingeniería*.

Una negociación angustiosa

El ingeniero Dieter Haeckel tuvo una participación crucial en las negociaciones para liberar a Tere, episodio que recuerda vívidamente.

«El secuestro de doña Teresa de Miranda fue un hecho doloroso para todos nosotros. Para entonces, ya me había retirado de Los Tarros y trabajaba en las oficinas centrales, en la capital. Sin embargo, disponía de una casa en La Unión, para pasar allí los fines de semana, porque durante la zafra viajaba al Ingenio a examinar el funcionamiento de los equipos y evaluar con los ingenieros el avance del trabajo.

El Administrador de La Unión, Genaro Miranda, vivía en el Ingenio, y su esposa, Tere, tenía una abarrotería en Santa Lucía Cotzumalguapa. Ella iba sola todos los días en su carro a atender su tienda, pero un día que la acompañaba su hija menor, Alicia, quien tenía unos diez años, ambas fueron asaltadas

cuando retornaban de Santa Lucía, dentro de la finca Santa Isabel, rumbo a La Unión. Tere fue secuestrada y los hechores le dejaron una nota a la niña, en la que anunciaban que pedirían una cantidad de dinero como condición para liberar a su mamá.

Tere tenía mucha amistad con mi esposa Marlene, de modo que el número telefónico de la ciudad capital que mejor recordaba era el suyo, y les dio a los secuestradores ese número, que era el de la casa que a la fecha habitamos. Así fue que en esta casa recibimos una llamada de los secuestradores, quienes me dijeron que en determinado lugar de la zona 18 debía recoger una nota con las condiciones para entregar a Tere. Opté por llamar a don Similiano, luego fui a su casa, y me asignó un custodio para que me acompañara a la dirección indicada.

Cuando llegamos, observé un carro estacionado, con las luces encendidas. Los tripulantes nos vieron buscar la nota y se fueron. En su siguiente llamada me dijeron que nos habían estado apuntando con sus armas, y me acusaron de haberlos delatado, porque según ellos el vehículo en que habíamos llegado pertenecía a la *Policía Judicial* (denominación dada entonces al cuerpo de detectives de la Policía Nacional). Les aseguré bajo mi palabra que eso no era cierto, y aceptaron proseguir las negociaciones.

El caso es que Tere estuvo en cautiverio cuarenta días. En aquella época los secuestros eran tan frecuentes en Guatemala que un ciudadano inglés, residente en nuestro país y ex agente de Scotland Yard, se sostenía sólo de asesorar a familiares de personas secuestradas. Don Similiano facilitó la contratación del experto, quien me asesoraría sobre cómo negociar con los secuestradores cuando nos llamaran por teléfono.

Al inicio, los secuestradores exigieron un millón de dólares, equivalentes en ese entonces a un millón de quetzales. El ex agente de Scotland Yard nos aconsejó negociar sin miedo, y argumentó que se debía ver el problema exactamente como eso: un negocio de los secuestradores a costa de una familia. Para facilitarme la labor, instalé una oficina en el Edificio Reforma Obelisco —el mismo en que se encuentran las oficinas centrales—, con una línea telefónica directa, para grabar todas las llamadas. Permanecía en dicha oficina, respondiendo cada llamada, y frecuentemente sufría la intimidación de los secuestradores, quienes afirmaban saber dónde vivía yo, quiénes eran mis hijos y todo lo que podía servirles para tomar represalias en caso de una delación. La Empresa me suministró un carro blindado y, aunque ello suponía mayor seguridad personal, la zozobra era tremenda.

En la negociación logramos que los secuestradores aceptaran recibir en total cien mil dólares, pagándoles veinte mil inicialmente. Aunque al final la Empresa pagó el rescate, Genaro tuvo que vender su carro, la abarrotería de su esposa y otros bienes, para demostrarles a los secuestradores que estaba recolectando el dinero, ya que en las llamadas se hacía evidente que lo tenían bien controlado. La noche que liberaron a Tere, les correspondió a Genaro y a Otto Kushiek entregar los últimos ochenta mil dólares, y luego la encontraron a ella en una gasolinera situada en la ruta a la colonia La Florida, zona 19 de la ciudad capital. Unos días después, Genaro y Tere viajaron a España, para recuperarse de la crisis.»

En muchos de estos hechos criminales es frecuente la complicidad de personas que, valiéndose de la confianza que les ha sido otorgada en las empresas y de la oportunidad de tener acceso a información privada, se asocian con bandas delictivas para obtener dinero mediante secuestros y asaltos. Dicho de otra manera: Siempre hay uno adentro. Tal situación se confirmó en el caso del secuestro de Tere, según lo expresa el ingeniero Haeckel en otra parte de su relato:

«Al correr del tiempo habríamos de enterarnos que uno de los secuestradores era el Administrador de la finca Belén, propiedad de la Empresa, quien trabajaba a la par de Genaro, de modo que conocía perfectamente su rutina y sabía quiénes éramos las personas de su confianza. Supimos esto porque, unos meses después, en vísperas de la Navidad, ese administrador y unos cómplices planificaron un asalto al vehículo que transportaría el dinero destinado a pagar los aguinaldos de los trabajadores. Como parte de su plan, el grupo intentó sobornar a un agente de la Policía Militar Ambulante PMA que debía custodiar el transporte de los valores. El cabecilla de la banda se desempeñaba como Jefe de Seguridad de la brigada de la policía guatemalteca que tenía a su cargo vigilar la Embajada de Estados Unidos, mientras otro miembro del grupo delictivo trabajaba en la cárcel de Puerto Barrios. Los planes del asalto al vehículo se frustraron gracias a que el agente de la PMA no se dejó sobornar, sino sólo fingió que aceptaba el trato propuesto, y le reveló el ardid a su jefe, quien tenía bajo su responsabilidad la base militar de Santa Lucía Cotzumalguapa. La PMA le tendió una celada a la banda, en la carretera de Santa Lucía a Cerro Colorado, en el puente frente a la finca Santa Isabel. En medio de la sonora balacera se cruzaron bombas de mano, y finalmente murieron todos los miembros de la banda, quienes estaban fuertemente armados. Los agentes de la PMA

introdujeron propaganda comunista en los bolsillos de los fallidos asaltantes muertos, subieron los cadáveres a un picop y se los llevaron. Esto sucedió el 11 de diciembre de 1981. La versión difundida por la prensa fue que los fallecidos eran guerrilleros y que su muerte estaba vinculada con actividades subversivas. En el velorio —que fue de cuatro personas fallecidas— se observó que sus familias estaban emparentadas.»

El pago del rescate y la liberación de Tere

El ingeniero Otto Kushiek cooperó decisivamente para salvar la vida de Tere. Más de veinte años después, evoca los momentos de nerviosismo y tensión que antecedieron al desenlace.

«El pago del rescate y la liberación de doña Teresa de Miranda sucedieron el 20 de octubre de 1981, aniversario de la revolución de 1944. Don Genaro y yo estábamos en casa del ingeniero Dieter Haeckel, cuando se recibió una llamada telefónica de los secuestradores y se convino la cantidad a pagar. Nos dijeron que debíamos salir en un carro descapotable, color blanco —precisaron el color—, viajar a una velocidad no mayor de veinte kilómetros por hora y con las luces de emergencia encendidas, rumbo a la Avenida Bolívar, de norte a sur. Después, debíamos detenernos a la par de una iglesia situada cerca de un cuartel de policía. No nos dieron una dirección exacta, y sólo nos dijeron que, cuando ya estuviésemos en ese lugar, en alguna forma nos harían llegar nuevas indicaciones. Debíamos portar radiocomunicadores, pero abstenernos de hacer llamadas.

Aproximadamente a las nueve de la noche salimos en un pequeño carro blanco, marca *Triumph*, descapotable, perteneciente a Mario Estrada, actual Gerente General de la Empresa, vehículo que cumplía las exigencias requeridas. Nos estacionamos frente a la iglesia que suponíamos era la indicada por los secuestradores. Un ambiente de terror predominaba en la capital, sonaban sirenas de ambulancias y se oyó estallar una bomba. Después nos enteraríamos que la explosión fue consecuencia de un atentado de la guerrilla contra el Centro Financiero, sede del Banco Industrial, en la 7ª. avenida de la zona 4.

Estábamos estacionados, bajo una llovizna y con la capota descubierta. A la media hora, los secuestradores llamaron por radio, y nos dijeron que la iglesia frente a la que estábamos no era la que se nos había indicado. Nos ordenaron reiniciar la marcha, pasar por el puente del Trébol, cruzar a mano derecha y allí encontraríamos la iglesia a la que debíamos llegar.

Cuando todavía estábamos en el lugar equivocado, pasaron agentes de la Policía Nacional, les parecimos sospechosos, nos pidieron mostrar la licencia de conducir y nos ordenaron retirarnos. Fueron momentos críticos: si la Policía se hubiera enterado de la razón de nuestra presencia allí, mayor hubiera sido el peligro para la vida de Tere. A todo esto, sabíamos que estábamos bajo constante vigilancia de los secuestradores.

Por fin llegamos al lugar correcto, recién pasado el Trébol. Después de unos 45 minutos hicieron contacto visual con nosotros por medio de unas luces. En ese momento alguien pasó por donde estábamos, nos dijo que reiniciáramos la marcha hasta llegar a Escuintla y que durante el viaje recibiríamos nuevas instrucciones. Recién habíamos arrancado para tomar la Calzada Aguilar Batres, cuando detrás nuestro aparecieron unos carros y unas motos. Nos siguieron durante unos cinco minutos —que nos parecieron interminables— y después los perdimos de vista.

Frente al actual predio de la agencia de automóviles Mercedes Benz, en la zona 11, una moto se apareó al carro en que viajábamos, el piloto nos ordenó detenernos y nos pidió identificarnos. Aquel hombre nos dijo: *Ingeniero, buenas noches; don Genaro, buenas noches; por favor, entréguele el paquete que traen a un compañero que viaja en una moto y lleva un cesto; después continúen su trayecto, rumbo a Escuintla, a veinte kilómetros por hora y con las luces de emergencia encendidas; nosotros los vigilaremos durante todo el viaje, y si no hacen las cosas como debe ser, pondrán en peligro la vida de doña Tere.*

Proseguimos la marcha y un rato después apareció otra moto. El piloto efectivamente portaba un cesto, donde colocamos el dinero. Continuábamos sobre la ruta indicada y al pasar frente a una gasolinera nos dimos cuenta que a los costados de la carretera estaban apostados hombres con armas de fuego, quienes nos apuntaban. Quisimos entender esto como un mensaje de que habíamos hecho correctamente el contacto, y seguimos en el mismo trayecto, pero aún no teníamos ningún indicio de dónde encontraríamos a Tere. El tiempo pasaba y no recibíamos ninguna otra llamada. Así llegamos a Villa Nueva, y nos planteamos con don Genaro qué debíamos hacer, entre proseguir hacia Escuintla o retornar a la capital. Finalmente decidimos regresar, puesto que ya habíamos pagado el dinero exigido.

Estuvimos en la casa del ingeniero Haeckel esperando una llamada telefónica de los secuestradores. Por fin la recibimos, después de una o dos horas, que nos parecieron muchas más, debido a la angustia.

Como a las doce de la noche o una de la madrugada nos avisaron que liberarían a Tere en un lugar próximo a una estación de policía de la Calzada San Juan, en la ruta a la colonia La Florida, y que ella estaría sentada en la calle, esperándonos, cerca de una gasolinera contigua al cuartel policial.

Don Genaro y yo salimos a buscar a Tere, muy emocionados y contentos. El área estaba completamente desolada. Dimos tres vueltas, buscándola despacio sobre toda la Calzada San Juan, cerca de La Florida, a la par de la estación de policía y en todo lugar que se nos ocurrió. En determinado momento supusimos que el aviso sobre la liberación de Tere podía haber sido una falsa alarma. Nos comunicamos por radio a la casa del ingeniero Haeckel para preguntar si se había recibido alguna llamada con aviso de alguna equivocación de nuestra parte, pero nadie se había comunicado.

Ya habíamos decidido retornar a la casa del ingeniero Haeckel, cuando dimos una vuelta a la par de una gasolinera, encendimos las luces altas y vimos algo semejante a un bulto. Don Genaro y yo nos preguntamos si podía ser una persona, pero no se veía en él ningún movimiento. Sin bajarnos del carro enfocamos las luces lentamente hacia el extraño objeto y nos acercamos. Efectivamente, era Tere, pero no se movía, circunstancia que acrecentó nuestra duda y preocupación. Bajamos el vidrio, don Genaro quiso salir del carro, pero ella le dijo: *¡No, por favor, ábreme la puerta, no me hablen, no hagan ningún movimiento, porque nos pueden matar!* Abrimos la portezuela, Tere entró al carro, y luego nos explicó que nos había visto pasar tres veces, pero no se atrevió a llamarnos porque los secuestradores la habían prevenido abstenerse de cualquier movimiento, so pena de matarnos a todos.

Aquellos fueron momentos más difíciles para ella que para nosotros. Manifestó que le provocaba una indescriptible ansiedad vernos pasar y no atreverse a llamarnos, mientras nosotros estábamos desesperados por encontrarla. Por fin, gracias a Dios, la veíamos viva, con mucha fortaleza y entereza, al extremo de que al encontrarnos supo sobreponerse a la emoción y abstenerse de cualquier gesto o expresión propios de semejante desenlace. El miedo mismo la obligó en esos instantes a reprimir cualquier reacción. Después retornamos a casa y todo terminó.

A nadie le deseo el calvario que vivió Tere, ni los sufrimientos psicológicos por los que pasó, porque un secuestro es algo tremendo. Los momentos difíciles que nos tocó vivir junto a don Genaro cimentaron la amistad entre nuestras familias, relación que se mantiene sólida hasta la fecha. Mi esposa la visitó recientemente en su casa en Gijón, Asturias.»

Solidaridad de amigos y vecinos

Vera de Kushiek, esposa del ingeniero Otto Kushiek, comunica su sentimiento respecto al secuestro de Tere. Sus expresiones demuestran un gran espíritu de solidaridad con la víctima.

«Para nosotros fue muy triste el secuestro de Tere de Miranda, de quien éramos vecinos y muy buenos amigos. El hecho abatió demoledoramente a don Genaro y a sus hijas adolescentes, especialmente a Alicia, su hija menor, quien cuando ocurrió el secuestro viajaba con su mamá en el carro. Después del tremendo trauma de ver cómo se llevaban a su madre, la jovencita todavía tuvo valor para tomar el timón del vehículo y llegó a La Unión en busca de auxilio. En ese tiempo, las otras dos hijas del matrimonio de Tere y Genaro, un poco mayorcitas, estudiaban en un internado en Quetzaltenango, de donde tuvieron que ausentarse unas dos semanas, sufriendo aquella horrible zozobra. Mientras ellas estuvieron con nosotros, tratamos de mantenerlas entretenidas, leyendo libros, jugando cartas o preparando pasteles, para atenuar hasta donde se pudiera la profunda depresión que les causaba la incertidumbre sobre el paradero de su mamá.

La negociación para el rescate de Tere parecía eterna, el transcurrir de cada día era desesperante, y las noches, terribles para sus hijas. Como el tiempo pasaba y estaban perdiendo mucho tiempo de clases, las dos que estudiaban en Quetzaltenango retornaron al colegio, lejos de su papá y aún sin saber nada de su mamá.

Gracias a Dios, Tere salió de este doloroso trance y está viva. Cuando fue liberada, viajó a España con sus hijas, porque sentían la necesidad de adoptar precauciones por su seguridad. Pasado cierto tiempo y pese a todo lo que sufrió, Tere todavía venía a pasar temporadas con don Genaro en La Unión. Cuando eso sucedía, a mí me costaba explicarme cómo sacaba fuerzas para ello, a pesar del miedo que sin duda le queda durante mucho tiempo a quien ha sido víctima de un secuestro.»

En la Empresa el secuestro de Tere tuvo efectos profundos. No se podía descartar que pudiese repetirse en otro ejecutivo o su familia. Se adoptaron dos decisiones: ofrecer custodios a quien los aceptase, y comunicar que la Empresa no cubriría los gastos de un nuevo rescate. Aunque esto último pudo parecer fuerte, fue aceptado por los ejecutivos, y no ocurrió otro incidente de ese tipo.

PRENSA LIBRE

UN PERIODISMO INDEPENDIENTE, HONRADO Y DIGNO

AÑO XLIV

GUATEMALA, MARTES 31 DE ENERO DE 1995

NUMERO 13995

Nacionales

Figura del delito fiscal entra en vigencia mañana

PAGINA 65

Guerrilla destruye hidroeléctrica del ingenio Los Tarros, Escuintla

ATAQUE GUERRILLERO. Grupos de la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas, ORPA, atacaron ayer en la madrugada las instalaciones del ingenio Los Tarros, Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla, en donde a bombazos destruyeron la planta de la hidroeléctrica que suministra energía al complejo azucarero. En la fotografía, soldados revisan el pícop militar que también fue blanco de artefactos explosivos lanzados por la guerrilla desde los camiones en la entrada al ingenio. (Foto PRENSA LIBRE por Daniel Herrera)

PAGINA 2

Nacionales	Internacionales	Deportes
Fenómeno de la Corriente del Niño provocará sequía en el país, dice el INSIVUMEH 3	Gobierno hondureño cancelará pasaportes emitidos en ese país 24	Autoridades del deporte italiano podrían frenar la actividad del domingo 7
Ecuador pide a mandatarios del istmo apoyar el cese de hostilidades con Perú 3	China Continental amenaza con usar la fuerza contra Taiwán 27	Iván Zamorano, atacante del Real Madrid, llegó a la tercera semana sin anotar 7

Esta edición

808 PAGINAS

1.25 QUETZAL EN LA CAPITAL

1.30 EN LOS DEPARTAMENTOS

AVILA 2000

EL PERIODICO DE MAYOR CIRCULACION

página 143

Así informó el matutino Prensa Libre sobre el ataque perpetrado contra el Ingenio Los Tarros en enero de 1995, precisamente mientras representantes del Gobierno del Presidente Ramiro de León Carpio (1993-96) y de la dirigencia guerrillera dialogaban en busca de acuerdos para establecer una paz firme y duradera. Se había declarado una tregua, y la Empresa presentó su protesta, a través de los delegados del sector privado, en una reunión efectuada por los beligerantes y los representantes gubernamentales en México.

Capítulo XII
Ataque a Los Tarros, en pleno proceso de paz

Durante el conflicto armado, la guerrilla atacó el Ingenio Los Tarros dos veces en cinco años, la primera en 1990 y la segunda en 1995, año anterior al de la firma de los Acuerdos de Paz.

El atentado cometido el miércoles 2 de mayo de 1990 fue un hecho inesperado. La guerrilla atacó por la noche y se enfrentó con el limitado cuerpo de seguridad del Ingenio. Durante cuatro horas, miembros del personal de la Empresa, así como niños y niñas, que vivían con sus padres, estuvieron tirados en el suelo de sus casas, bajo las camas, sin moverse y aterrorizados. Afortunadamente, no se produjeron víctimas.

El domingo 29 de enero de 1995, veintitrés meses antes de la suscripción de los Acuerdos de Paz, la guerrilla atacó nuevamente Los Tarros. En esa ocasión, los miembros de la seguridad industrial de la Empresa estaban mejor preparados para defenderse, como resultado de la experiencia anterior. Un hecho verdaderamente sorprendente fue que esta última vez los guerrilleros atacaron la zona de vivienda de los trabajadores cortadores de caña, provenientes de Quiché. Aunque gracias a Dios no hubo bajas, la Empresa, por medio de las organizaciones del sector privado de Guatemala y en vista de que el diálogo por la paz estaba en pleno desarrollo, presentó ante los negociadores una queja en contra de la guerrilla, por cometer ese tipo de ataques pese a existir una tregua y un proceso pacificador próximo a concluir.

El mayor retirado del Ejército, Américo Santizo, Jefe de Seguridad del Ingenio La Unión, afirma que este ataque ha sido una de las situaciones más graves sufridas por la Empresa, para la que trabaja desde finales de 1991.

«Cuando vine a Los Tarros, observé que la periferia del Ingenio estaba un poco descubierta. Decidí cercar todo el Ingenio y establecer nuevas normas de seguridad para el movimiento al interior y exterior de las instalaciones. Las básculas fueron reubicadas en un lugar estratégico, y la estación de gasolina fue trasladada, lo que adicionalmente permitió facilitar el abastecimiento a los camiones que transportan la caña. La estrategia incluía no sólo garantizar la seguridad que es propia de un ingenio azucarero, sino proteger a sus trabajadores y los bienes de la Empresa, en vista de la conflictiva situación política de aquellos años, cuando la subversión estaba en auge.

Y en efecto, en 1995 un grupo guerrillero intentó ocupar el Ingenio Los Tarros. En esa época las organizaciones subversivas estaban agrupadas en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca URNG. El ataque se produjo aproximadamente a las doce de la noche, y aunque fue sorpresivo, estábamos preparados para una situación como ésa. Respondimos al fuego y los guerrilleros no pudieron llegar a las instalaciones del Ingenio, pese a haber estado bastante cerca, pues incursionaron hasta la pista de aterrizaje, es decir, a una distancia de entre 250 y 300 metros de su objetivo.

La superioridad armamentista de los guerrilleros era absoluta, pues poseían fusiles AK-47 y M-16 y bazukas, en tanto nosotros sólo disponíamos de las carabinas usuales de la Policía Militar Ambulante PMA —que prestaba servicio de vigilancia— y las escopetas de los agentes de seguridad de la Empresa. Nadie murió en aquel enfrentamiento, aunque varias vidas estuvieron en peligro. Un rocket disparado por los guerrilleros cayó en uno de los tachos de la fábrica, y otro proyectil pudo haber causado la explosión de un depósito de gas propano, en cuyo caso hubiera sucedido una catástrofe.

Cuando el bombardeo comenzó, llamé al Comandante de la Zona Militar de Santa Lucía Cotzumalguapa, quien ofreció enviar soldados en un picop. Le previne sobre el riesgo de una emboscada, basado en mi experiencia de servicio militar en Ixcán y Playa Grande, Quiché, zona donde el conflicto armado fue intenso. Aconsejé al Comandante buscar otro rumbo para el ingreso de la brigada que llegaría en nuestro auxilio pero, en vez de hacerlo así, envió a los soldados por la ruta de peligro en un vehículo particular, y los guerrilleros los emboscaron cerca del cementerio próximo a Los Tarros. Los militares se salvaron lanzándose a los cañaverales, y el vehículo quedó destruido.

Un factor que permitió defendernos eficazmente fue el entrenamiento que por norma deben realizar todos los miembros del cuerpo de seguridad. Aquí se les imparten técnicas de seguridad privada y de resguardo de instalaciones industriales.

Ese cuerpo de seguridad es el recurso permanente de defensa de la Empresa desde finales de 1996, cuando como parte de los Acuerdos de Paz fue eliminada la PMA. Con ese cuerpo de seguridad se ha hecho frente a la delincuencia común. Sin embargo, a finales de 1997 se sufrió un asalto en la finca Montealegre, donde murió un agente y fue robado el dinero destinado a pagar la planilla. Debido a ello, cada día de pago se solicitaba servicio de seguridad a la Zona Militar de Santa Lucía Cotzumalguapa, y no ocurrió ningún nuevo asalto.

No obstante, la criminalidad ha aumentado en el área a partir del retiro de la Zona Militar, dispuesto también por los Acuerdos de Paz. El cuerpo de seguridad fue autorizado en 1999 mediante un acuerdo del Ministerio de Gobernación, y se denomina Servicios Administrativos, S.A. SERVISA, del que soy Gerente. Es miembro de la Gremial de Compañías de Seguridad de la Cámara de Comercio de Guatemala, y es una entidad de servicio, independiente del Ingenio La Unión, pero le presta vigilancia.

La Unión es un ingenio seguro, como resultado de su estratégica ubicación, con un entorno despoblado en el que cualquier situación de riesgo puede ser fácilmente descubierta. En cambio, en Los Tarros el terreno es más quebrado.»

El ingeniero Miguel Maldonado, Gerente de Operaciones Agrícolas, recuerda las circunstancias del ataque cometido contra Los Tarros en 1995.

«En ese tiempo vivía con mi esposa y nuestras cuatro primeras hijas en la finca Los Tarros. Aproximadamente a la una de la madrugada fuimos despertados por disparos de armas de fuego, y el Jefe de Seguridad me explicó por teléfono que la guerrilla estaba atacando. Tomé a mi esposa y a mis hijas y las refugí en el servicio sanitario para visitas, situado en el centro de la casa, que me pareció el lugar más seguro. Les pedí que permanecieran sentadas en el suelo, porque pensé que así era menor el riesgo de que fuesen alcanzadas por las balas. Mientras tanto, me comunicaba por teléfono con nuestro personal de seguridad para monitorear la situación. En una de estas comunicaciones, como a los quince minutos de iniciarse el ataque, se me informó que dos de nuestros vigilantes estaban heridos.

Los dos hijos de don Similiano, José Gerardo y Rodrigo, vivían en aquel tiempo en Los Tarros. Esa noche, ninguno de ellos estaba allí, pero sí se encontraban sus custodios, unos cuatro en total, quienes repelieron el fuego. Sus rifles eran mejores armas y sonaban mucho más fuerte que las carabinas de los agentes de seguridad de la finca, en total entre quince y veinte. Sin embargo, fue un rato de mucha angustia. Si los guerrilleros hubieran logrado entrar en las instalaciones, no imagino qué pudo haber pasado.

Después de unas dos horas de enfrentamiento llegaron tanquetas del Ejército, y ello nos tranquilizó, pero quienes estuvimos allí nunca podremos olvidar el drama vivido. Un hecho decisivo para evitar que los guerrilleros llegaran hasta las casas fue que, uno o dos meses antes del ataque —como medida preventiva—, fue cercado con malla de alambre todo el perímetro del Ingenio y el área de habitación, y ello les impidió el acceso.»

Sheny de Maldonado, esposa del ingeniero Miguel Maldonado, narra cómo ambos se preocuparon ante todo por la protección de sus hijas.

«Fue impresionante. Mis hijas aún recuerdan cómo mi esposo, buscando protegernos, casi no permitía siquiera que nos moviéramos. Teníamos niñas pequeñas y en esos instantes de angustia tratábamos de que la menor de ellas no fuera despertada por la explosión de los artefactos lanzados contra las instalaciones. Oíamos ruidos de todo tipo, no sabíamos si los guerrilleros ya estaban alrededor de la casa, y luego aquello se quedaba en un silencio total. Mi esposo corría hacia el teléfono, hacía varias llamadas y regresaba con nosotras, pero parecía no querer decirnos la verdad de qué estaba pasando, seguramente para no agravar nuestra zozobra. Esta vivencia nos impactó muchísimo, y por fin la tranquilidad volvió al cabo de unas horas, cuando llegaron tanquetas del Ejército.»

El ingeniero Sergio Cabrera, Superintendente de Los Tarros, recuerda las dramáticas circunstancias del ataque armado.

«Aquella fue una experiencia angustiosa. En ese tiempo eran frecuentes las explosiones terroristas en torres eléctricas, así como los puestos de asalto en carreteras para cobrar el *impuesto de guerra*, etcétera. El ataque en contra nuestra ocurrió en época de zafra, un domingo por la noche. Circunstancialmente, ese domingo no se estaba moliendo caña, ya que se suspendía la molienda cada quince días, ocasiones

en las que en forma alternativa le correspondía moler al Ingenio La Unión. Sin embargo, en Los Tarros se aprovechaban esos recesos para hacer reparaciones, y también se trabajaba en el área de calderas.

Eran cerca de las doce de la noche cuando los guerrilleros hicieron estallar una carga de dinamita en una planta de energía hidráulica que sirve para generar electricidad en el Ingenio, en las afueras del perímetro cercado de la fábrica. Al mismo tiempo, empezaron a atacar con bastones chinos. Uno de ellos fue lanzado a las instalaciones de calderas y otro a las oficinas industriales, evidentemente tratando de hacer explotar un tanque de gas propano y provocar un incendio, pero la puntería les falló. A todo esto, otros disparaban con ametralladoras hacia las oficinas del Departamento de Seguridad.

Durante tres horas estuvimos bajo el fuego de metralletas y bastones chinos. Mi esposa y mis hijos se resguardaron bajo la cama, que era lo único que se podía hacer, y llamé por radio al ingeniero Miguel Maldonado, quien a su vez se comunicó con la Zona Militar. De allí fue enviada una patrulla, cuyos miembros fueron emboscados y, aunque presuntamente no sufrieron bajas, uno de sus vehículos quedó destruido. Durante la madrugada llegaron refuerzos y la situación fue controlada.»

José Velásquez, Supervisor de Calderas de Los Tarros, donde trabaja desde 1962, comenta que el ataque de la guerrilla pudo haber causado un devastador incendio.

«La peor experiencia fue en enero de 1995, cuando la guerrilla atacó con bastones chinos el Ingenio Los Tarros. Trabajaba como jefe de turno, y un domingo nos tocó hacer reparación general de la maquinaria, labor que terminamos como a las once de la noche. Estaba sentado dentro del edificio, revisando unos trabajos, cuando de pronto vi unas luces. No imaginé qué podía ser, me fui a la casa con mi familia, nos acostamos a dormir y, en eso, se escuchó un bombazo que nos tomó por sorpresa. Empecé a hacer conjeturas y me dije: *Esas bombas no pueden ser de la iglesia de Los Tarros, porque en esta fecha no celebran nada...*

Las explosiones continuaron y ya no había duda de que el Ingenio estaba bajo ataque. Los bastones chinos silbaban, tronaban, y nosotros no podíamos salir porque nos exponíamos a un peligro mayor. También temíamos que alcanzaran una caldera y causaran un incendio. De hecho, un bastón chino iba directo hacia una caldera, pero gracias a Dios se estrelló en una columna de hierro, doblándola por completo. Las esquirlas cayeron en la baranda de la caldera y eso evitó que sucediera lo peor.»

El ingeniero Otto Kushiek, quien estaba de viaje cuando sucedió el ataque, se refiere al hecho en base a lo que le fue relatado por sus familiares y compañeros de trabajo.

«La guerrilla atacó Los Tarros durante tres o cuatro horas consecutivas, con ametralladoras y bastones chinos. Cuando eso sucedió, me encontraba en Estados Unidos, con el encargo de comprar maquinaria. Sin embargo, mi esposa y mis cuatro hijos vivieron aquellos momentos de pánico. Uno de los niños tenía catorce años, y los otros, trece, once y nueve años.

Los guerrilleros no pudieron ingresar al Ingenio porque fueron repelidos muy aguerridamente por los custodios de los hijos de don Similiano, quienes en ese tiempo vivían en Los Tarros. El contraataque se dificultó porque la agresión ocurrió justamente cuando se realizaba el cambio de guardia, de modo que los custodios estaban desarmados en ese momento. Dos de ellos resultaron heridos por los subversivos, quienes con insultos exigían a los agentes que se rindieran y les permitieran entrar al Ingenio. En aquella época, Los Tarros ya contaba con una carretera asfaltada, y el Ingenio estaba a sólo cinco minutos de Santa Lucía Cotzumalguapa. No obstante, el Ejército tardó cuatro horas en llegar, pese a que se le avisó inmediatamente lo que ocurría.

Aunque no estuve allí, mi familia compartió conmigo su testimonio de tan traumática experiencia. Mi esposa y mis hijos estuvieron cerca del peligro, porque los custodios estaban parapetados en nuestra casa y desde allí disparaban. Bastones chinos, lanzados por los insurgentes, caían en la ceiba centenaria allí situada, y nuestra casa se estremecía. Uno de mis hijos le dijo a mi esposa: *Mamá, subámonos al carro y vámonos, porque en el carro siquiera podemos huir; pero si seguimos en la casa nos van a matar.* Finalmente, la llegada de tanquetas del Ejército forzó a los guerrilleros a retirarse.»

Otras consecuencias del conflicto armado

Durante todo el conflicto armado, pero en particular a partir de la década de los ochenta, la ofensiva guerrillera en contra de la empresa privada afectó a La Unión y Los Tarros, y a sus funcionarios y empleados, como lo recuerda el ingeniero Otto Kushiek.

«En los años ochenta, la Empresa sufrió varios atentados. Algunos de sus camiones fueron incendiados en un lugar llamado La Libertad —en la finca del mismo nombre, arrendada por La Unión—,

enfrente de la finca Tehuantepec, río Pantaleón de por medio. Cuando yo trabajaba como Coordinador del Área Agrícola, un mayordomo de esa finca fue asesinado y su cadáver incinerado.

Otro hecho trágico, sucedido en 1983, fue el secuestro de Juan Mejía, Administrador de las fincas Margaritas y Laredo, ambas en el municipio de La Democracia, Escuintla. Su paradero nunca se supo. La familia de Juan, con el apoyo de la Empresa, se propuso averiguar qué había ocurrido, con la esperanza de encontrarlo vivo. Transcurrido cierto tiempo, un día asistí como invitado a una reunión organizada en una playa del océano Pacífico, actividad que no tenía ninguna relación con aquel asunto. Sin embargo, en un momento que entré al servicio sanitario, detrás de mí alguien preguntó mi nombre, me ordenó no volver la vista, y acto seguido, me dijo: *Por favor, deje de estar averiguando el paradero del señor Juan Mejía, porque él ya está muerto.* A la fecha ignoro quién me transmitió tan estremecedor mensaje.»

También el ingeniero Rodolfo Arroyave —designado en sustitución de Juan Mejía, dos meses después del secuestro— recibió una inquietante advertencia, según su propio relato.

«Yo tenía 23 años, y vivía con mi esposa y el primero de mis tres hijos. Una tarde llegó a mi casa el Administrador de la finca Guanipa, José Manuel Longo, a quien conocía poco, y me dijo: *Yo a usted lo aprecio y le voy a decir algo: hoy en la noche se lo van a venir a traer. No le puedo decir más, porque sólo de eso me enteré; si yo fuera usted, aborita mismo agarraba mis cosas y me iba.*

A pesar del susto, decidí quedarme, tal vez en un acto de imprudencia, pero me dije: De aquí nadie me va a sacar. Y pasé la noche en nuestro dormitorio de segundo piso, con mi esposa e hijo. Eran como las tres de la madrugada cuando el sueño me venció y me quedé dormido. De repente, una corriente de viento abrió de par en par la puerta del cuarto y también la ventana. Recuerdo que me paré de un salto, pero en el momento volví a caer en la cama, y me dije: Seguramente estoy muerto. En eso me di cuenta de que sólo había sido el viento. Así empezó a quitárseme el miedo, y nuevamente me dije: De aquí nadie me va a sacar. Afortunadamente, nada más sucedió.»

René Reyes, Jefe de Transportes, relata una experiencia que significó para él momentos de desesperación.

«En cierta ocasión, iba hacia Los Tarros en un picop de la Empresa, cuando unos soldados me pararon, me apartaron del volante por la fuerza y me pusieron boca abajo sobre el capó, que estaba caliente como una brasa. Sentía el estómago hirviendo, y le dije a uno de los soldados: *Dígale al capitán que lo conozco, y que él ha llegado a la finca a pedirnos diesel, aceite y otras cosas que le hemos dado; que no finja que no me conoce.* Me bajaron, me devolvieron el picop y me ordenaron que me fuera de inmediato. Para mala suerte mía, era un picop automático, y cuando lo quise encender, falló el *starter* y no arrancó. Los soldados se enojaron, me pegaron un culatazo y temí que me dispararan. Desesperado intenté otra vez encender el motor, por obra de Dios arrancó, y me logré ir. Fue una experiencia horrible.»

Reconciliación, el signo de los nuevos tiempos

La paz se firmó por fin el 29 de diciembre de 1996 y, siete años después, el 15 de enero de 2004, estuve en Santa Lucía Cotzumalguapa, acompañado por otros directivos del Ingenio La Unión, con motivo de la juramentación —en un acto público— del Alcalde Municipal, doctor Julio Paz Espinoza, quien fue postulado por la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca URNG, junto a otros miembros de ese partido —la antigua guerrilla—, también electos para integrar el Concejo Municipal. Fue la primera vez que directivos de La Unión asistimos institucionalmente a un acto de juramentación de corporación municipal.

El Alcalde Paz Espinoza pronunció un discurso, e invitó a concejales de la URNG a dirigirse a la concurrencia. En las palabras de todos ellos, observamos un cambio de tono. En la época de la guerra civil, la empresa privada, especialmente la agroindustria de Escuintla y en particular Los Tarros y La Unión, fueron objeto de por lo menos diez ataques de la guerrilla, de diversa naturaleza, con cauda de muerte, secuestros, destrucción e intimidación. Sin embargo, en esta reciente oportunidad, los discursos tuvieron otra connotación y, por ejemplo, los nuevos funcionarios municipales formularon exhortaciones a pagar salarios adecuados y prestaciones de ley como el aguinaldo y el Bono 14.

En el lugar donde se celebró el acto de juramentación había toldos y sillas en que nos sentamos directivos de La Unión y, detrás nuestro, una fila de dirigentes de la URNG. Allí encontré a ex compañeros de estudios universitarios de los años 1959-62, con quienes teníamos más de

cuarenta años de no vernos. Entre ellos estaba el médico Héctor Nuila Ericastilla, con quien estudiamos juntos parte de la primaria y toda la secundaria en el Colegio de Infantes y el Liceo Guatemala.

En 1990, como vocero político de la URNG, Héctor dio declaraciones cuando la guerrilla dinamitó el puente Coyolate, en un tramo de la carretera Interamericana que de Santa Lucía Cotzumalguapa conduce a Occidente. En aquella ocasión, Héctor dijo que el puente había sido destruido para afectar a los *opresores empresarios* —lenguaje que utilizaba la insurgencia—. En el reciente encuentro que tuvimos, le hice a Héctor bromas en referencia a lo equivocado que en su momento fue, por parte de la guerrilla, creer que ganaba simpatía y popularidad con aquellas acciones, porque en realidad el perjuicio fue sufrido por la gente común y corriente que se transportaba por esa ruta en camionetas, camiones y picops, a quienes se les cortó su vía de comunicación.

En un plan conciliador, nos presentamos mutuamente los directivos de La Unión y los funcionarios municipales electos por la URNG. La situación ha cambiado, hemos perdonado las actitudes antagónicas de aquellos tiempos y, en un acto de buena voluntad, se invitó al nuevo Alcalde de Santa Lucía y sus concejales a visitar las instalaciones de La Unión y Los Tarros, para permitirles conocer, ya no en plan de guerra ni de ataques nocturnos y violentos, cómo se trabaja en la Empresa. Aceptaron nuestra invitación, se concertó una cita y nos visitaron el 25 de marzo de 2004. Inicialmente se recibió en la finca Los Tarros al Alcalde Julio Paz Espinoza y a otros tres dirigentes de la URNG: Rodrigo Asturias —llamado *Comandante Gaspar Ilom* durante el conflicto armado, e hijo del Premio Nobel de Literatura, Miguel Ángel Asturias—, el doctor Héctor Nuila y el doctor Ángel Sánchez. Dos o tres custodios les acompañaban.

Nuestra entrevista se inició con un desayuno en la cocina industrial, donde durante la época de cosecha comen unos trescientos cortadores de caña, quienes pueden elegir entre tres menús. Hice ante los dirigentes de la URNG una presentación general acerca de la Empresa y sus programas de Responsabilidad Social Empresarial. Se les dijo que era muy satisfactorio recibirles en plan pacífico, dejar zanjado el pasado bélico e iniciar una nueva era. Después visitamos la escuela de la finca Los Tarros, cuyo funcionamiento es impresionante con sus instalaciones para educación primaria, su laboratorio de cómputo y la telesecundaria, un sistema de estudios básicos y de bachillerato que se ha iniciado en La Unión. Por las tardes funciona en Los Tarros una escuela para adultos, en la que cursan estudios de bachillerato unas 600 personas y se han graduado 160 alumnos.

En nuestro recorrido conjunto con dirigentes de la URNG llegamos al Ingenio La Unión, y luego en una camioneta de la Empresa nos dirigimos a la finca Tehuantepec, para ver la parte agrícola. Observaron los procesos de corte de caña, riegos y toda la escala de la labor industrial, y después los llevamos a la fábrica de La Unión, para mostrarles el trabajo de cogeneración eléctrica, la labor de envasado y las bodegas de azúcar. Concluimos la actividad con un almuerzo en el club social del Ingenio La Unión.

Con la visita de los dirigentes de la URNG a nuestras instalaciones quedó cerrado un capítulo histórico que fue sumamente violento, y nos proponemos iniciar una etapa de paz. El Ingenio La Unión es el mayor contribuyente de arbitrios municipales, entre las empresas localizadas en Santa Lucía Cotzumalguapa, y se le ofreció al Alcalde Paz Espinoza todo el apoyo y la colaboración para mejorar el municipio, ofrecimiento extensivo a futuros alcaldes de cualquier partido político o comité cívico.

Previo a este encuentro, el 19 de enero de 2004, el recién investido Alcalde Paz Espinoza atendió una invitación nuestra para participar en el acto de inauguración del Instituto Privado de Educación Básica de los ingenios La Unión y Los Tarros, ubicado en la finca Los Tarros. El material didáctico y audiovisual de la telesecundaria proviene de México y, en ese acto, estuvo presente la Embajadora de México en Guatemala, licenciada Rosalba Ojeda, quien dirigió palabras de aliento a estudiantes y profesores.



Inauguración del Instituto de Telesecundaria de La Unión-Los Tarros, el 19 de enero de 2004. Fue, por una parte, un notable avance en los proyectos educativos de la Empresa y, por otra, uno de los primeros actos públicos a que asistieron las nuevas autoridades del recién electo gobierno

municipal de Santa Lucía, en su mayoría miembros de la URNG, incluido el Alcalde Julio Paz Espinoza (primero desde la izquierda, seguido en su orden por Mario Alvarado, Concejal Primero de esa corporación edilicia; licenciada Rosalba Ojeda, Embajadora de México; ingeniero

Rafael Viejo Rodríguez y licenciado Marcos Ibargüen Segovia, miembros del Consejo de Administración, y licenciado Mario Estrada, Gerente General de la Empresa). Directivos de La Unión habíamos asistido tres días antes a la toma de posesión de los nuevos funcionarios municipales.

En marzo de 2004, el Alcalde Paz Espinoza acompañó a tres dirigentes de la URNG en una visita a las instalaciones de La Unión y Los Tarros, por invitación nuestra, para que conocieran cómo se trabaja en la Empresa, sin necesidad de agresión armada.



Parte Tercera
Tecnología, calidad, mercado... desafíos ineludibles

Capítulo XIII
La aventura de consolidar un ingenio

Bajo la dirección de Similiano García, La Unión experimentó varios procesos de ampliación, el más importante de ellos concretado en 1977, no obstante los pronósticos adversos.

Tehuantepec, una de las fincas que la Empresa administraba ya en 1969 y que conocí cuando aún había en ella ganado de raza, pasó a ser cien por ciento cañera. Otras fincas administradas por La Unión en aquel tiempo eran Belén y San Jorge —donde también se cultivaba caña— en Santa Lucía Cotzumalguapa, y Margaritas y Laredo —colindantes con la aldea Ceiba Amelia— en La Democracia, Escuintla.

En 1972 fue adquirida la finca Cristóbal, gran extensión situada entre los ríos Cristóbal y Coyolate, en Santa Lucía Cotzumalguapa, y en ella se estableció una nueva área de cultivo. Allí había ganado que andaba suelto en terrenos enmontados, cuyos propietarios no sabían con certeza cuántas cabezas poseían. Las 16 caballerías (700 hectáreas) de Cristóbal se sumaban a otras 20 caballerías (900 hectáreas) arrendadas a largo plazo, que fueron adecuadas a los planes de cultivo cañero, y finalmente se arrendó el resto del área para un total de unas 80 caballerías (3,600 hectáreas), de donde se abastecería de caña el Ingenio. Esa zona fue la que permitió en aquella época expandirse a La Unión, porque era cercana a la fábrica, y nadie había ido a zonas lejanas, próximas al mar, como ocurre actualmente.

Los ingenios se miden por su capacidad de molienda. Los Tarros, en su mejor época por aquel entonces, llegó a moler 2,000 toneladas por día. La Unión, que empezó siendo muy pequeño, igualó finalmente la producción de Los Tarros, para un total, entre ambos, de 4,000 toneladas por día. Sin embargo, Los Tarros, por estar en una montaña, no contaba con un área cercana de expansión de caña. En cambio, La Unión tenía mayores expectativas, por encontrarse ubicado en una zona plana y con muchas posibilidades de crecimiento.

Se mejoraron los dos ingenios —un diez por ciento más de producción cada uno— y, en 1973, el precio internacional aumentó significativamente. Incluso la primera cosecha de la finca Cristóbal, que correspondía a la molida de La Unión, permitió disponer de un volumen de azúcar que era importante en aquellos años, aunque actualmente hubiera constituido algo pequeño.

La universidad más cara del mundo

Similiano y yo decidimos vender anticipadamente en la Bolsa de Azúcar de Nueva York toda la cosecha que venía, a un precio que nos parecía razonable: cerca de seis dólares. Sin embargo —y esa fue una enseñanza valiosa—, al poco tiempo el precio aumentó al doble. Similiano viajó a Nueva York para explorar si se podía mejorar el ingreso por la venta del azúcar, pero, como así es la bolsa, una vez que ya se fijó el precio, no hay nada más qué hacer. Estuvo en esa ciudad un solo día, y cuando regresó me dijo: *Vamos a entregar y a cumplir.*

página 150

Construcción de drenajes en la finca Cristóbal, en 1972. Era una finca ganadera y se transformó en una nueva zona para el cultivo de la caña. Se construyó de todo: caminos, puente, drenajes, viviendas y pistas de aterrizaje.

esta página, de arriba hacia abajo

Ampliación del Ingenio La Unión, en 1976. De izquierda a derecha, Víctor Collone, Erminio Menéndez, Agripino Zea, Ramón Alonso y Rolando Sett Oliva.

Inicio de los montajes para la ampliación del Ingenio La Unión, en 1975. Captados en la gráfica, el autor y Agripino Zea.



Años después, por información de gente de las casas compradoras establecidas en Nueva York y Londres, supimos que en aquella ocasión en que el precio varió y La Unión quedó en desventaja, pensaron que Similiano no iba a entregar el azúcar, y que no iba a honrar el contrato suscrito, que era un documento muy sencillo, casi elemental, aunque la cantidad en negociación fuese importante. Sin embargo, el contrato se honró, y aquellos compradores de azúcar, que se convirtieron en nuestros grandes amigos a partir de entonces, manifestaron un gran respeto por Similiano, como un hombre de palabra cabal. La Unión empezó a forjarse así un gran prestigio entre las compañías compradoras, como una institución fiel en el cumplimiento de la palabra. Prevalció el criterio de que *aquí se hace lo que se dice*.

Con Similiano bromeábamos en el sentido de tener *la universidad más cara del mundo*, porque se había pagado un costo de aprendizaje elevadísimo, dividido entre dos. La gran enseñanza fue que no se puede ir en contra de los precios del mercado, ni ser más listo que el mercado mismo. Excepcionalmente se puede tener un chispazo y ganar un poco más, pero esa vez aprendimos a vender el azúcar conforme iba el mercado.

El precio del azúcar se mantuvo en buen nivel durante un tiempo más, y poco después, en ese mismo año de 1973, aumentó también el precio del petróleo y se incrementaron los valores del oro y de muchos otros bienes. Se siguió vendiendo a buen precio el azúcar que se producía, prosiguieron las inversiones en la caña, que era lo que permitía moler, dado que un ingenio es simplemente un transformador del azúcar que está en el campo, y se lograron interesantes remanentes económicos. Similiano decidió ampliar La Unión, para incrementar la molienda diaria, que era de 2,200 toneladas —acaso 2,400 en los mejores días— a 4,000 ó 5,000. Al final se llegó a 6,000, prácticamente triplicando la capacidad anterior.

Para enseñarme el mundo azucarero, Similiano me explicaba que su padre, don Pepe, le decía que montar un ingenio es solamente sentarse en un escritorio y empezar a firmar cheques. Y eso efectivamente lo experimentamos con la ampliación de La Unión. El ingeniero Dieter Haeckel fue el responsable de llevar a cabo la ampliación. Lo que se hizo fue depositar el dinero en una cuenta bancaria administrada por el ingeniero Haeckel, para que la usara como inversión y no se mezclara con los recursos de las operaciones ordinarias de la Compañía.

Cuando estaba por concluir la ampliación del Ingenio —que al final resultó ser la creación de un ingenio completamente nuevo— los recursos se habían agotado y no se podía financiar la compra de una caldera que era indispensable. Ante ello, se procedió a una operación de *leasing* (arrendamiento financiero), se concretó exitosamente el financiamiento, sin incurrir en endeudamiento bancario, y así fue adquirida la caldera, marca *Alfa*, que ahora está en La Unión como reserva.

Un solo instante para despejar las incógnitas

Luego vino la operación que demostró que poner en funcionamiento un ingenio es siempre una proeza. Todos los años, un ingenio normal se prepara para arrancar en un día determinado, a una

cierta hora, y todos los recursos se orientan hacia eso. Arrancar un ingenio nuevo es una aventura, porque no se sabe si realmente va a operar, dada la gran cantidad de tuberías, conexiones y sistemas interconectados. La Unión empezó a operar, pero como el sistema anterior de manejo de la caña no era el adecuado para una molida mayor, se hicieron cambios tecnológicos importantes para poder adaptarse a una operación de mayor volumen.

Terminó la época en que la caña cortada a mano se colocaba amarrada con cadenas metálicas —formando maletas— y se cargaba con una grúa pequeña, sobre carretas de bueyes, para luego, saliendo del campo, subirla a un camión y llevarla al ingenio. Se adoptó un nuevo sistema en que el manejo de la caña es a granel, los trabajadores la colocan en el suelo y la cortan, no le colocan cadenas, y por último una máquina alzadora la sube a la plataforma o jaula, jalada por el camión que la lleva al ingenio.

En cierto momento se observaron fuegos en los cañaverales, situación atribuible algunas veces a actos de mala fe y en otros casos a accidentes. Se decidió quemar la caña, como lo habíamos visto en otros países, para controlar los fuegos y la etapa de madurez de la caña. Con ello cambió completamente el sistema, ahora llamado Corte, Alce y Transporte CAT, y fue así como La Unión introdujo el sistema de caña a granel en Guatemala. En esa misma época, entre 1975 y 1976, se decidió establecer un taller y un sistema de transporte que funcionara entre el corte de la caña y la molida del azúcar. El taller y los transportes crecieron enormemente.

Diversidad de tecnologías y de culturas

Los administradores de las fincas cañeras y de los ingenios eran personas que se habían incorporado a la Compañía a partir de 1953. De España llegó Genaro Miranda, quien después motivó a parientes y amigos suyos a laborar en Los Tarros y La Unión. Tenaces, trabajadores, leales, identificados con la Empresa y honrados a carta cabal, se encontraron, sin embargo, ante la ampliación de La Unión, con un cambio tecnológico y cultural en el que el taller era manejado por profesionales y en el que el sistema de transporte crecía aceleradamente.

Fue difícil superar ese choque cultural. Los administradores españoles vieron un conflicto entre el sistema de manejo de la caña y el funcionamiento del taller. Sin embargo, siempre garantizaron la realización de la cosecha y le ofrecieron certeza a Similiano sobre la consumación de la zafra. A partir de esa actitud, se aprendió a convivir pese a aquellas dificultades.

El primer administrador del taller fue Carlos Echeverría Castillo, y él nos introdujo en este *mundo nuevo* de los talleres. El taller automotriz actual es un modelo en Guatemala, y probablemente uno de los tres mejor manejados de Centroamérica. Se llegó a dar mantenimiento y reparación a vehículos de todo tamaño, en una cantidad cercana a las mil unidades rodantes, e incluso a bombas de riego.

En aquella época La Unión llegó a moler 5,000 toneladas por día, y estuvo creciendo por poquitos, hasta estabilizarse de año en año. Pero siguió creciendo. En 1996 La Unión molía por día 8,000 y Los Tarros 2,500, para un total de 10,500 toneladas. Ese fue mi último año en la Gerencia, cumplí 25 años de laborar y pasé a desempeñar otro puesto en la Empresa.

En 2004 la molienda diaria es de 15,000 toneladas, de las que 12,500 corresponden a La Unión y 2,500 a Los Tarros. Este volumen constituye alrededor de 75 por ciento de lo que muelen juntos cuatro ingenios grandes de Guatemala: Pantaleón, Magdalena, Santa Ana y El Pilar. Durante los 33 años que he trabajado en la Empresa, ésta ha mantenido el doce por ciento de la producción del país, indicador de una posición importante en el mercado azucarero.

Un esfuerzo de hombres y máquinas

El ingeniero Dieter Haeckel fue protagonista de los procesos de ampliación iniciados a mediados de la década de los setenta.

«En 1974 se decidió ampliar el Ingenio. Fuimos con don Similiano a Puerto Rico a comprar molinos, tachos, evaporadores, cristalizadores y demás equipo. La Unión ya molía 2,000 toneladas de caña, y contrató a la compañía *International Planning Services IPS*, de Baton Rouge, Louisiana. Un miembro de esa corporación, el ingeniero José Lima —a quien llamábamos Pepe Lima y que trabajó durante mucho tiempo en El Salvador—, fue contratado para el diseño y supervisión técnica de la ampliación, que originalmente era para 3,500 toneladas, pues con el molino *Fulton* se molía una cantidad similar a la de Los Tarros, unas 2,300 toneladas por día.

También fueron contratadas compañías de construcción de edificios, de montaje del equipo de fabricación, y de instalación de tuberías. Ingeniería y Construcción, S.A. ICSA, una de las empresas que se encargaron de ejecutar las obras, designó como su delegado permanente al ingeniero René Cifuentes, a quien —ocho meses después— el Ingenio contrató para quedarse trabajando en La Unión.

de arriba hacia abajo

Panorámica del Ingenio La Unión, captada en 1975, previo al proceso de ampliación que se empezaba a gestar. En ese tiempo el patio de caña estaba en el lado norte, y actualmente está en la parte sur.

Ampliación del Ingenio La Unión, en 1976. De izquierda a derecha, Agripino Zea, Luis Lam —quien fungía como Jefe de Laboratorio—, Ramón Alonso —Jefe Agrícola— y Miguel Maldonado, quien recién principiaba a trabajar en la Empresa, después de graduarse en la boy Universidad El Zamorano (Honduras). Actualmente es el Gerente de Operaciones Agrícolas.



Corte de caña a mano, alce y transporte en las carretas de bueyes, como se realizaban alrededor de 1970. El Volcán de Fuego lucía aún su cúspide, antes de su destrucción por la erupción de 1974.



Cuando la molienda había aumentado y ya habían sido compradas Tehuantepec y otras fincas, la siguiente meta era agrandar La Unión. No se contemplaba aún que este ingenio tuviese sus actuales dimensiones, sino la meta inmediata era moler 6,000 toneladas, producción que en aquellos años ya era un monstruo, y que efectivamente se alcanzó.

La zafra 1975-76 fue la primera del ingenio ampliado. Por primera vez se utilizaron mesas alimentadoras de caña, y para ello fueron adquiridas diez jaulas de transporte a granel, marca *Vanguard*, hasta entonces desconocidas en Guatemala. Como jefes estaban los ingenieros Agripino Zea, en Planta; Erminio Menéndez, en Fabricación; Raúl Rivera, en el Departamento Eléctrico; el ingeniero Rolando Sett, como Jefe de Maquinaria, y Fernando Noriega, en Laboratorio. Al finalizar la zafra se retiraron Zea y Menéndez, y fueron transferidos de Los Tarros los ingenieros Walter Montejo, como Jefe de Maquinaria, y Otto Kushiek, como Jefe de Fabricación.

Concluí mi labor en La Unión en 1993, cuando se molían 7,000 toneladas diarias, y me sustituyó el ingeniero René Cifuentes. El Ingenio crecería hasta llegar a ser lo que es actualmente: 12,000 toneladas por día, logro que jamás imaginamos. Me retiré con la sensación de haber cumplido mi misión en la Empresa porque, después de empezar como asistente de mi tío en Los Tarros, fui ascendido a Jefe de Maquinaria. Luego fui jefe del proyecto para crear La Unión, más tarde me nombraron Director Técnico de los dos ingenios y, por último, Gerente de Compras e Importaciones. Viví la vida de un profesional que llegó hasta donde podía llegar, y me retiré satisfecho y muy agradecido con mis empleadores, treinta años después de haber empezado a prestar mis servicios.»

Como armar un rompecabezas...

En la ampliación de 1975, al adquirir equipo en Puerto Rico y alguna otra isla del Caribe, había que marcar cada pieza tal como estaba montada en los ingenios vendedores, y luego embarcarlas, traerlas y montarlas en La Unión, debidamente identificadas, para evitar confusiones. Las compras de equipo usado en el extranjero fueron frecuentes, y el personal se preparó muy bien para realizar los desmontajes, que incluyeron molinos, calderas y turbogeneradores.

La importancia de tener el mayor cuidado posible en esos procedimientos quedó demostrada cuando La Unión amplió su capacidad de molienda a 5,000 toneladas diarias. El tándem de molinos quedaba sin uso, disponible y, además, por sus pequeñas dimensiones, no era posible utilizarlo en una siguiente fase, de modo que fue puesto en venta. Varios ingenios de Guatemala se interesaron en comprarlo, pero finalmente lo adquirió un ingenio hondureño que, sin embargo, cometió el error de colocarlo al revés. Tuvieron que hacerle ajustes para darle la vuelta y poder moler.

¿Y el mítico invierno ruso?

Cuando Similiano decidió ampliar La Unión, recibió un consejo de su amigo Fraterno Vila Betoret, propietario del Ingenio San Diego, quien casi tres décadas después aún hace memoria de ello.

«Similiano estaba haciendo de La Unión un ingenio enorme. No conozco la envidia, el rencor ni el odio, y quise darle a Similiano una recomendación que consideraba pertinente. El hecho es que, en esos años, se necesitaban muchos pantalones para montar un ingenio de ese tamaño y, como amigo suyo que soy, le dije: *Recordáte de Napoleón Bonaparte y de Adolfo Hitler: ambos dominaron Europa, pero cuando trataron de meterse a Rusia el diablo se los llevó; así que no se te vaya a ir la mano*. Él me aseguró que todo lo tenía bien pensado y, en efecto, obtuvo los resultados que deseaba, y yo fallé en mi pronóstico porque él hizo lo que no lograron Bonaparte ni Hitler, y los resultados están a la vista.»

En efecto, las grandes aventuras empresariales requieren poner en juego esa sabiduría y genialidad que caracterizan a todo buen estratega y, al igual que las grandes campañas militares, exigen tanto audacia como prudencia.

Quizá parezca curioso pero, a propósito de Napoleón Bonaparte, la historia registra un hecho que lo relaciona con el azúcar. Mientras libraba guerras en Europa, a principios del siglo XIX, Napoleón se percató de las dificultades para que el azúcar producida en el Caribe llegara a Francia. Tomó en cuenta que el azúcar era un producto estratégico y promovió su siembra y cultivo, pero además de caña de azúcar se utilizó remolacha azucarera, y de esa manera se desarrolló en Europa la industria remolachera de azúcar, existente hasta hoy. El producto final de la caña de azúcar es exactamente el mismo que el de la remolacha de azúcar, aunque el proceso de molido es diferente.

Dilemas y disyuntivas para un ingeniero eléctrico

La ampliación del Ingenio conllevaba, además, requerimientos mucho mayores que los que hasta entonces habíamos tenido en cuanto al abastecimiento de electricidad. Para ello fue llamado un experto, el ingeniero eléctrico Raúl Rivera, quien recuerda las circunstancias que antecedieron a su contratación.

«En 1975, la Asociación de Amigos del Centro Universitario Ciudad Vieja organizó un curso sobre ingeniería azucarera, de casi un año de duración. Me invitó a participar mi amigo Gustavo Hurtarte, quien no vivía en el Centro pero asistía mucho. En el Centro había un excelente ambiente académico.

Cuando empecé a recibir el curso, no imaginaba que estaba entrando al mundo del azúcar para no salir en muchos años. Allí conocí a la mayoría de ingenieros que actualmente dirigen las plantas de los ingenios azucareros. Recuerdo a René Cifuentes (La Unión), Álvaro Armas (Pantaleón-Concepción), Jorge Flores y Alejandro Sinibaldi (Santa Ana), entre otros.

En cierto momento, el ingeniero Miguel Andux, promotor del curso y uno de los directores de la Asociación de Amigos del Centro Universitario Ciudad Vieja, preguntó si entre los asistentes había un ingeniero electricista o mecánico electricista. Hablé con él y me contó que La Unión estaba siendo ampliado, y que necesitaba contratar a alguien con conocimientos en esa materia. Me concertó una cita con el ingeniero Dieter Haeckel, quien a su vez me remitió con el asesor del área eléctrica, ingeniero Roberto Ballsels, para que él decidiera si me contrataba.

Esta foto fue captada después de la ampliación del Ingenio La Unión, en 1975. En el orden acostumbrado, el autor, Agripino Zea, Ramón Alonso y Rolando Sett Oliva, con el fondo de la fábrica.

de arriba hacia abajo
Inicios de la ampliación del Ingenio La Unión, en 1975. Desembarque de maquinaria en Puerto Santo Tomás de Castilla. De izquierda a derecha, Víctor Coltone, piloto aviador –primo hermano de Similiano–; el experto en bombas de riego Julio Markword y el transportista Armando Guzmán.

Montaje de ladrillos especiales. Agripino Zea (primero de izquierda a derecha) y el autor (tercero en ese orden), acompañados por técnicos provenientes de México.



El ingeniero Ballsels desempeñaba un cargo gerencial en la Empresa Eléctrica de Guatemala, S.A. EEGSA. Lo había conocido en la Universidad, donde gozaba de gran prestigio pero tenía fama de ser muy estricto. Aunque nunca fui su alumno, sabía de su excelente preparación académica pero, cuando me dijeron que debía entrevistarme con él, sentí miedo. Era el mismo miedo que le tenían sus alumnos debido a su grado de exigencia. Me preparé arduamente, como si fuera a someterme a un examen privado, pues no tenía la menor idea de qué me iba a preguntar. Es un hombre muy directo, y tan pronto llegué me confirmó el proyecto de ampliar La Unión y la necesidad de contratar a un profesional, y de entrada me hizo dos preguntas muy extrañas:

—*¿Cuándo usted estudiaba, también trabajaba?* —Sí —le respondí—, trabajaba y estudiaba a la vez. —*¿Y es casado o soltero?* —Soy casado —contesté, aún con mayor desconcierto. Luego me dijo: —*Es que necesito saber si está acostumbrado a asumir responsabilidades.* En ese momento esperaba que me formulara las preguntas técnicas, pero la siguiente interrogante fue: —*¿Conoce el Ingenio La Unión?* —No conozco La Unión, pero conozco Los Tarros... —No —me dijo—. *Los Tarros tiene su propia altitud y su propio clima, pero tiene que ir a La Unión. ¿Y conoce al ingeniero Agripino Zea?* —Sí, lo conozco. —*Vaya a La Unión, entrevístese con el ingeniero Zea, observe el clima, y decida de una vez si cree poder trabajar con el ingeniero Zea y bajo ese clima, porque no quiero que dentro de seis meses, cuando ya estemos trabajando, se vaya a ir. No quiero que me deje el trabajo a medias. Y si después de visitar La Unión usted está dispuesto a trabajar en esas condiciones, está contratado.*

Ante semejante advertencia, y extrañado de que no se evaluara mi aptitud técnica para el puesto, todavía pregunté en qué consistiría mi trabajo, y el ingeniero Ballsels me contestó: *Ahí yo voy a decir qué y cómo; ya usted verá con quién y cuándo.* Y así fue, efectivamente.

Me presenté ante el ingeniero Zea, Jefe de Planta y primer ingeniero mecánico de La Unión. Acepté el desafío y empecé a trabajar en noviembre de 1975, cuando se iba a instalar todo el equipo eléctrico necesario para el proceso de ampliación. Mi relación con el ingeniero Zea había sido muy buena desde que fui su alumno en la Universidad, a pesar de que era un hombre muy parco y muy exigente, circunstancia que no lo hacía muy simpático entre los compañeros estudiantes. Sin embargo, para mí fue una agradable experiencia encontrarlo en La Unión, y por supuesto también al ingeniero Ballsels, por lo mucho que aprendí de ambos.

En ese tiempo trabajaban también en La Unión los ingenieros Erminio Menéndez, en fabricación, y Rolando Sett Oliva, en maquinaria. Rolando ingresó aproximadamente un año antes que yo, después de estudiar juntos en la Universidad de San Carlos. Trabajamos simultáneamente en La Unión cerca de un año, después él pasó a Los Tarros, luego al Ingenio El Pilar, se retiró de la industria azucarera y laboró muchos años en actividades relacionadas con aguas.

El ingeniero Luis Pedro Escaler montó los molinos de La Unión, en el comienzo de un período de espectacular crecimiento del Ingenio, que duplicó su volumen de producción. Con anterioridad, él armó y desarmó el Ingenio Guayacán, actualmente Ingenio Guadalupe, y con la experiencia allí adquirida tuvo a su cargo el montaje de molinos de La Unión, que así dejó de ser un ingenio pequeño, comparable en sus dimensiones a Los Tarros.

Por aquellos años, para llegar a La Unión había que transitar un camino de tierra y, como no había servicio de la EEGSA, sólo se contaba con electricidad en tiempo de zafra, generada por el Ingenio. En tiempo muerto se producía energía por medio de una planta operada con diesel, sólo durante las horas de trabajo. Tan pronto terminaba la jornada laboral, apagábamos la planta, y se quedaba sin electricidad la finca. Fue hasta en 1976 cuando nos conectamos a la EEGSA, y con ello contrajimos una obligación nueva: pagar la factura del servicio eléctrico.

Don Similiano llegaba todas las semanas al Ingenio —casi siempre el sábado y en avioneta—, y lo recorría completo. Hablaba con los técnicos, desde el primero hasta el último, interrogaba a cada uno de ellos y por lo general hacía observaciones a todos, porque sabía perfectamente los detalles del proceso. Cuando terminaban las consultas, se iba a pie del Ingenio hacia la pista aérea —300 metros bajo el sol—, acompañado por el Administrador de La Unión, Genaro Miranda, y regresaba a la capital.

Cierto día, don Similiano caminaba hacia la pista para emprender el viaje de retorno. Súbitamente se volvió, le pidió al ingeniero Zea que me llamara, y al aproximarme a él me dijo: *Ingeniero, quiero que todos los días a las cinco de la tarde, cuando el personal se retire, usted se encargue de apagar todas las luces del Ingenio.* Eso provocaría que mis compañeros me embromaran, diciéndome que era el único trabajador del Ingenio a quien le habían definido claramente sus funciones: “apagar las luces”, y que sólo para eso se me había contratado.

Bromas aparte, es interesante señalar que no he dejado de trabajar para la Empresa desde que llegué, en 1975. Estuve en La Unión hasta mediados de 1988, cuando me trasladé a Los Tarros para dar un poco de soporte al proceso de automatización que recién se iniciaba allí. Posteriormente regresé a La Unión, donde espero seguir durante mucho tiempo.

En la actualidad trabajo directamente para La Unión, Magdalena y otros ingenios, por medio de Consultores de Ingenios Azucareros, S.A. CIASA. Antes de incorporarme a CIASA laboré para La Unión, Magdalena y Tierra Buena. Cuando ya prestaba mis servicios a estos ingenios, todos mis trabajos tenían relación con CIASA, precisamente debido a su naturaleza de firma consultora de los ingenios en general. Tengo una oficina en CIASA, no sólo para sus propios trabajos sino para los que realizo por solicitud de los ingenios Magdalena y La Unión. Es una *frontera un poco minada*, en la que se dificulta definir dónde empieza un ingenio y dónde termina el otro, al extremo de que en un momento dado yo mismo no estoy seguro a quién estoy representando, pero así es el quehacer azucarero, que nos impone grandes pruebas pero nos brinda enormes satisfacciones.»

Los anteriores testimonios han permitido recapitular diversas facetas del proceso de crecimiento de La Unión, un proyecto empresarial promovido en circunstancias inciertas, audaces y hasta cierto punto temerarias, en razón de la inestabilidad económica y política que vivía Guatemala en aquella época. La determinación y acaso la intrepidez de Similiano, su estrategia acertada y su confianza en invertir en el país, le permitieron superar las adversidades, impulsar denodadamente a La Unión y realizar planes que pudieron parecer utópicos pero eran factibles, en tanto se contara con el recurso humano idóneo y se aplicaran criterios adecuados para dar un uso óptimo a los activos tecnológicos de que se disponía, en medio de grandes limitaciones.



Durante el proceso de montaje de los molinos del Ingenio La Unión, de izquierda a derecha, ingenieros Agripino Zea, Erminio Menéndez y Rolando Sett Oliva.



Capítulo XIV

Las enseñanzas del mercado azucarero

La producción azucarera es en muchos países una industria estratégica. Por ello, su sistema de regulación estatal es distinto al de otros sectores. En Guatemala, cuando los precios internacionales eran bajos, el interés se enfocaba en la venta de azúcar al mercado interno. Sin embargo, cuando los precios internacionales empezaron a subir y a superar los precios internos, como sucedió en 1973-75, los productores optaron por vender al extranjero.

A lo largo del siglo XX, el Gobierno obligó a que primariamente fuera atendido el consumo interno y después las exportaciones. Eso causó muchas tensiones y, como los precios externos eran mejores, se empezó a generar en la década de los setenta un mercado que llegaría a alcanzar una magnitud desconocida hasta entonces: el mercado de la caña. Los ingenios comenzaron a comprar caña en lugares lejanos, como Baja Verapaz, e incluso a competir con la caña de otros ingenios. El azúcar estaba estatalmente regulada, la caña no lo estaba. Diez años después, algunos ingenios dejaron de operar, porque no pudieron comprar y pagar la caña en igualdad de condiciones, y se endeudaron en exceso.

Economía de guerra

Entre 1977 y 1980, los precios internacionales del azúcar bajaron. En ese tiempo, Similiano fijó el mayor precio para el azúcar guatemalteca, en Guatemala y en el extranjero: US\$0.635 (63 centavos y medio de dólar la libra), pero sólo se aplicó a un pequeño lote de cincuenta toneladas. Fue el mejor precio en el mundo azucarero internacional, si bien no fue ese el precio de toda la operación, porque no se podía vender toda la cosecha a un mismo y único precio. Lo que se aprendió también en esa oportunidad es que, luego de una abrupta subida de los precios, seguía una caída todavía más acelerada. Para La Unión y Los Tarros, la caída de precios era muy fuerte y no permitía generar los ingresos necesarios para operar con normalidad.

Una de las acciones que la Empresa adoptó con plena convicción de Similiano se resumía en la frase *compras cero*. Fueron drásticamente suspendidas las compras de bienes y servicios, al extremo de que el Departamento de Compras no tenía nada que comprar. Fue un episodio muy difícil, porque el personal estaba acostumbrado a que Similiano siempre proveyera los materiales a los ingenieros encargados de la fábrica. Ellos nunca se habían quejado de falta de materiales.

Los ingenieros azucareros suelen esgrimir un argumento muy divertido: dicen que si no se les da un equipo o una pieza, el ingenio se para. En aquella oportunidad, ante la medida de compras cero, ambos ingenios y los talleres se convirtieron virtualmente en una gran empresa de mantenimiento. Se decidió que todo el equipo debía recibir mantenimiento, sin invertirse en reposición nueva. De esa manera, lo que había en la bodega se utilizó al máximo, y todo el personal comprendió que se estaba casi en una economía de guerra. Fueron informados de la situación y se logró hacer una zafra exitosa. Aun con precios muy deprimidos, se pudo sobrevivir.

Es curioso, pero en esta industria a veces hay precios muy buenos y a veces precios muy malos. Hay que saber convivir con los precios malos, porque, si no, se sale del negocio. Es como sucede con el café, que algunos productores se acostumbran a vender a precios buenos, y cuando vienen precios malos y no se saben adaptar, sufren problemas financieros de los que les resulta muy difícil salir.

La Empresa, a través de su historia, ha tenido una estrategia que la ha ayudado a soportar las épocas malas, estrategia cuyo punto fundamental es invertir los remanentes. La Compañía estuvo continuamente invirtiendo remanentes, sin distribuir utilidades. Luego, cuando llegaron los precios malos, como no se tenía deuda bancaria ni comercial, ello permitía un manejo solvente, porque se sobrevivía sólo con el flujo de caja, de manera que no había que pagar intereses por deudas. Esa política de *deuda cero* sigue vigente en la actualidad.

página 158, de arriba hacia abajo

Año 1976. Dispersa en el área, la maquinaria adquirida para ampliar La Unión. El autor conversa con el ingeniero cubano Hugo López (a la derecha), Jefe de Fabricación, fallecido tiempo después. La planta de dos mil toneladas cortas por día estaba a punto de ser sustituida por una nueva de cerca de seis mil, que habría de iniciar operaciones ese año.

Año 1984. De izquierda a derecha, ingenieros Walter Montejo —entonces Jefe de Fabricación de La Unión—, Erick Aragón Trujillo —actual Jefe de la Destiladora de Alcoholes y Ron, S.A., en Santa Lucía Cotzumalguapa— y Otto Kusbiek —Jefe de Fabricación de La Unión—.





Tres crisis y las recetas para remediarlas

Las alzas de precios causan entusiasmo pero, con frecuencia, cuando falta una visión de futuro, tiende a ignorarse el riesgo de que las circunstancias puedan cambiar. En nuestro caso, más de tres décadas de exportar azúcar a los mercados mundiales nos han dejado la lección de que debemos estar alertas ante las posibles crisis y en su momento saberlas enfrentar.

Así pues, cuando se presentó la primera crisis, en la década de los setenta, la Empresa no tenía deudas y, al caer los precios, la situación pudo manejarse adecuadamente. En 1980 sobrevino otra crisis, que se resolvió mediante una reducción de las operaciones de la Compañía, incluida la devolución de algunas fincas arrendadas, y otras disposiciones, a las que alude el entonces Jefe de Coordinación Agrícola, ingeniero Otto Kushiek.

«Los recursos humanos eran escasos, en comparación con el presente. Fueron tiempos duros para la industria, ya que los precios del azúcar estaban por los suelos. Una de mis primeras experiencias como Coordinador Agrícola consistió en reducir plazas de trabajo en la finca Los Tarros, recortar drásticamente la planilla de trabajadores permanentes y reducir las fincas a casi nada.

Con bajos precios de venta del azúcar y altos costos de operación, era imposible llevar tanta carga. A antiguos trabajadores que habían vivido durante varios años en ranchos situados en Los Tarros se les consultó si querían que la Empresa les construyera casas, aportando parte de la indemnización laboral —como lo hizo el vecino Ingenio Pantaleón— o si preferían la indemnización en efectivo, como establecen las leyes laborales. Todos prefirieron el dinero en efectivo, y adquirieron casas en la zona urbana de Santa Lucía. Al dejar los ranchos, se procedió a botarlos. Eran cerca de doscientos y quedaron en uso setenta.»

En 1998 volvió a caer el precio del azúcar en los mercados internacionales, destinatarios del setenta por ciento de la producción del Ingenio. El precio bajó a cuatro centavos de dólar, lo que motivó una reestructuración de la Empresa. Para ello fueron contratados los servicios de consultoría de la firma KPMG. La Compañía sufrió un adelgazamiento muy fuerte, y además doloroso. Fue necesaria una reducción generalizada del personal en las distintas áreas. No obstante, esto permitió rescatar a La Unión. Se le explicaba al personal que la Empresa misma estaba en riesgo de desaparecer, y que sólo adoptando ese tipo de medidas se podría sobrevivir.

La Compañía ayudó por distintos medios a los trabajadores que fueron retirados y, debido a que el personal del Ingenio ha recibido mucha capacitación y preparación, todos ellos obtuvieron empleos prácticamente de inmediato en otras empresas. Arnulfo Trujillo, Superintendente de Recursos Humanos, evoca el aspecto emotivo de la reestructuración operada.

«Como no estamos acostumbrados a que los trabajadores se retiren de la Empresa, tal vez lo más doloroso sucedió en octubre de 1998, cuando los precios cayeron bruscamente en el mercado mundial, en momentos en que se aproximaba la zafra. A causa de ello fue imperativo adoptar decisiones no deseadas, como recortar personal, especialmente en las fincas de la costa sur. Debido a ese recorte se retiraron de la Empresa trabajadores con muchos años de servicio, muy queridos por nosotros.

Cuando se acercaba la fecha en que se debía notificar el cese de la relación laboral, solicité la ayuda de un abogado laboralista para asimilar el impacto que causaría el recorte, y para no terminar poniéndonos a llorar junto a los cesantes. En una cajita llevamos el dinero para pagar las prestaciones y, aunque el monto se antojaba satisfactorio para ellos, hubo quienes lloraban, puesto que estaban muy acostumbrados a la Empresa. Luego de liquidar salarios y prestaciones, la finca quedó como un cementerio. Aquella tarde fue una de las más tristes que ha habido en la costa sur. Regresamos consternados a las oficinas centrales y relatamos a nuestros compañeros aquel trago tan amargo para todos.»

Intervención estatal en el mercado

El Estado ha intervenido en los precios del azúcar, gobierno tras gobierno, con fines evidentemente políticos. Las prácticas intervencionistas constituyen uno de los factores adversos a que se enfrenta esta agroindustria, en opinión del Presidente de la Asociación de Azucareros de Guatemala, ingeniero Fraterno Vila Girón, directivo del Ingenio San Diego.

«Guatemala es un país en el que tradicionalmente se ha castigado el éxito. La industria azucarera, no sólo aquí sino en el mundo, es muy controversial y política. En Guatemala ha tenido un desarrollo



impresionante, mundialmente reconocido, como lo demuestra haber obtenido para enero de 2005 la sede del vigesimoquinto Congreso Mundial del Azúcar. Esto se logró durante la anterior edición de ese cónclave, celebrada en Brisbane, Australia.

Eso quiere decir que azucareros de todo el mundo están interesados en viajar y ver qué hace Guatemala para alcanzar su actual grado de eficiencia. Nuestro país, después de Cuba y Australia, es el que exporta el mayor volumen de azúcar en relación con su producción. En ese contexto, es comprensible que técnicos de todas partes deseen saber qué hacemos para producir y para exportar a los precios actuales, y cómo se equilibran los costos.

Desde luego, aquellas personas no conocen la situación interna de Guatemala, que políticamente ha sido muy difícil para la industria azucarera. El azúcar es uno de los pocos productos guatemaltecos cuyo precio en el mercado interno, si se cotiza al valor del dólar, está 25 por ciento más bajo que hace veinte años, cuando la libra se vendía a veinte centavos de dólar. En la actualidad el precio es mucho menor, ya que oscila entre 15 y 15.5 centavos de dólar por libra.

Ese precio sólo ha podido mantenerse a base de eficiencia y productividad. Los gobiernos han presionado para no aumentarlo pero la industria atraviesa un momento difícil, porque la maquinaria, los costos y las materias primas han subido, el valor de los salarios de los operarios se ha incrementado casi cien por ciento a partir del año 2000, y los precios del producto siguen igual.

Además, la situación de empleo en Guatemala se ha tornado más difícil después de la crisis del café, y una de las pocas agroindustrias que están invirtiendo en el país es la del azúcar. Debido al volumen de inversión, algunos políticos piensan erróneamente que se vende el producto a un precio sobrevalorado. No es así, sino que esta industria ha logrado ser eficiente, y gracias a ello ha podido resistir las presiones ejercidas mediante la importación de azúcar, exigencias laborales y asuntos relacionados con el medio ambiente.

Los colegas de otros países no creen que Guatemala por un lado importe azúcar y por otro exporte el 72 por ciento de su producción. Ellos preguntan cómo es posible que eso suceda. Además, el precio en Guatemala es probablemente el más bajo de Latinoamérica, después de Brasil, y uno de los más bajos del mundo.

En Brasil, por cierto, el Gobierno aplica una política de apoyo a las empresas y a las exportaciones. Recién estuve allí y me sorprendió ver la dirección que ese país tiene, no sólo en el área azucarera, sino en muchas otras actividades, como otorgar financiamientos a inversiones en lugares que el Estado quiere desarrollar, y conceder financiamientos blandos a industrias en proceso de crecimiento. El desarrollo alcanzado es notorio, por lo menos en el área de Sao Paulo.»

A su vez, Fraterno Vila Betoret, directivo del Ingenio San Diego, señala cómo la agroindustria azucarera ha logrado, a base de eficiencia, compensar los efectos de las políticas gubernamentales.

«Durante el gobierno de Álvaro Arzú (1996-2000), nuestro problema era ser amigos del Presidente. Por ser amigos, él no permitía subir los precios, bajo el argumento de que se le iba a criticar por favorecernos. Álvaro temía que, en caso de autorizarnos un alza de precios, la oposición afirmara que nosotros le estábamos cobrando la factura por haberlo ayudado en la campaña presidencial.

Después, el Presidente Alfonso Portillo (2000-04) tampoco lo permitió, porque presuntamente éramos enemigos suyos. En esas condiciones, los azucareros estamos *fregados* y tenemos que absorber pérdidas, porque desde 1998 no se pueden subir los precios en el mercado interno. El caso es que en el año 2003 se vendió la libra de azúcar a quince centavos de dólar, un precio más barato que el de veinte años antes, cuando la libra valía veinte centavos de quetzal, entonces equivalentes a veinte centavos de dólar.

Para compensar las desventajas causadas por factores políticos, grupos empresariales como La Unión-Los Tarros se han esmerado, y nosotros, los ingenios pequeños, hemos copiado lo bueno, así como los ingenios en general se copian mucho unos a otros e intercambian información. El aprovechamiento óptimo de la producción ha sido nuestro mejor recurso ante unos precios deprimidos en el mercado mundial y un precio de consumo interno que los gobiernos no permiten aumentar. A pesar de eso nos obligan a incrementar el salario mínimo, y a pagar desde 1994 el Impuesto a las Empresas Mercantiles y Agropecuarias IEMA.

Los gastos aumentan constantemente pero, queriéndole ver un lado positivo a esta situación, nos hemos esmerado en bajar los costos y mejorar los rendimientos, tanto en campo como en toneladas de

caña por hectárea, y tratar de producir más azúcar por tonelada de caña. Eso ha ayudado a sobrevivir. Antes, cuando los precios estaban relativamente buenos, no nos preocupábamos tanto como ahora, cuando tratamos de ahorrar hasta el último centavo.»

La quiebra de *Lamborn*

Desde 1971, los ingenios tomaron la decisión de vender directamente a las casas compradoras de Nueva York. Con anterioridad, las ventas estuvieron unificadas en ASAZGUA, conforme la práctica y las leyes de esa época. Entre 1973 y 1975, con los precios en alza en los mercados internacionales, algunas compañías corredoras jugaron peligrosamente en la Bolsa de Azúcar de Nueva York. Habíamos conocido a la compañía *Lamborn* y a otras empresas azucareras en 1971, tanto en Nueva York como en Londres y París. *Lamborn* era la más antigua de Nueva York, tan conservadora que en una ocasión solicité en persona en sus oficinas un gráfico sobre la historia del azúcar durante los cincuenta años anteriores, y me lo vendieron a 25 centavos de dólar, un hecho que ilustra cómo cuidaban los centavos.

Más adelante, *Lamborn* contrató como representante a Mario Lobo, *Mayito*, quien principió a operar con los ingenios de Guatemala. Cuando los precios subieron se generó mucho entusiasmo por vender pero cuando el repunte cesó y la tendencia fue hacia la baja, comenzaron los problemas, porque la gente pensaba que el precio algún día dejaría de bajar y volvería a subir.

Lamborn jugó con los precios y no pudo cumplir los compromisos contraídos. Ingenios guatemaltecos como La Unión, Los Tarros, Santa Ana, Pantaleón y algunos otros habían vendido azúcar a buenos precios. Dos nuevos y pequeños ingenios de Guatemala sufrieron las consecuencias de la crisis de *Lamborn* y quebraron inmediatamente.

La Unión se encontró ante una situación desconocida: cómo enfrentar la quiebra de una compañía a la que había vendido azúcar a buen precio. Se promovieron negociaciones, viajamos a Nueva York y algunos contratos se lograron rescatar. Al final de cuentas, de cada cien dólares se rescató sólo uno. Fue un golpe muy fuerte para La Unión. Afortunadamente, *Lamborn* no era la única compañía con la que operaba y tampoco era la principal.

Luego de la clausura de *Lamborn* en Nueva York, sus empleados cesantes buscaron otros trabajos. Uno de ellos, el tesorero, Lou Tomkins, fue contratado por la compañía *Farr Man*, y se tuvo con él una estrecha relación. Lou sufría una deficiencia física que le impedía caminar bien, había decidido pasar sus vacaciones de 1976 en Guatemala, pero ocurrió el terremoto del 4 de febrero, y él debía llegar justo unos días después. Le envié un mensaje por télex —medio de comunicación usual en ese tiempo— para indicarle que su visita no sería oportuna, a causa de la emergencia nacional. Se abstuvo de venir, y unos años después falleció.

En medio de las angustias causadas por el terremoto, nos quedó el positivo recuerdo de que la casa *Farr Man*, tratando de colaborar con Guatemala, envió tiendas de campaña —muy buenas, por cierto— que fueron muy útiles en el auxilio a los damnificados.

Tendiendo puentes en Nueva York

En los años sesenta, los ingenios, a través de ASAZGUA, exportaban por medio de una sola compañía, *Chrisman* de Nueva York, propiedad de una persona del mismo apellido. En 1971, representantes de los ingenios y de los cañeros viajaron a Nueva York y Londres para conocer las casas y vender individualmente. La compañía *Chrisman* facilitó esas relaciones, y desde entonces se entró en comunicación con la casa *Farr Man* —hoy con casa matriz en Londres—, así como con *Amerop*, de París, y *Szarnikow-Rionda*, que eran las más importantes en esa época. Con las dos primeramente mencionadas se han tenido relaciones continuas durante más de treinta años.

La casa *Farr Man*, que ha ido cambiando de nombres durante los treinta años en que hemos operado con ella, tenía anteriormente su sede en un antiguo edificio neoyorquino situado en Broadway Avenue y Wall Street. A inicios de los años ochenta se trasladó a una de las Torres Gemelas del *World Trade Center*, y se ubicó a la mitad del primer edificio. Por lo menos una vez al año visitaba yo sus oficinas. Cuando ocurrieron los atentados del 11 de septiembre de 2001, la casa *Farr Man* ya se había trasladado a un edificio situado a un costado del *World Trade Center*, y afortunadamente no sufrió mayores daños.

Una visita a Londres

En septiembre de 1975 viajé a Nueva York y Roma. Antes de retornar, pasé a Londres, a visitar la sede de la compañía *Man*, matriz de la empresa *Farr Man*, de Nueva York. Allí estaba el operador de Nueva York, Rodrigo Steed, con quien nos une una gran amistad. Nos reunimos con personeros de *Man* y, cuando me correspondió ser presentado ante ellos, me llevé la sorpresa de ser identificado como *productor privado de azúcar*. Particularmente me llamó la atención el énfasis en la palabra *privado*. En aquella época, en Asia y África, principales áreas de trabajo de *E.D. & F.Man-London*, muchos gobiernos estatizaron la comercialización del azúcar, y algunos confiscaron los ingenios. Para ellos, los personeros de *Man*, resultaba muy novedoso encontrar a alguien que proviniera de una empresa privada.

Una visita de saco y corbata —inusual por el calor pero obligada por instrucciones internas bancarias—, efectuada a La Unión y Los Tarros por personeros del Banco de Londres y Montreal, de la Ciudad de Guatemala, con sede central en una isla del Caribe. Al centro, el señor Eduardo Everst, guatemalteco que trabajaba en el banco y atendía la cuenta del Ingenio La Unión. En la década de los setenta el Banco de Londres y Montreal daba crédito a corto plazo con la garantía prendaria del azúcar, por medio de bonos de prenda emitidos por Almacenadora Guatemalteca, S.A. ALMAGUATE, de la que el banco era copropietario.

Desde los años sesenta del siglo XX, la industria azucarera guatemalteca registró un crecimiento que se refleja en un volumen de producción doce veces mayor. La Unión es el ingenio que produce la mayor cantidad de azúcar por cada hectárea cultivada con caña. En la zafra 2003-04, produjo el record de 256 quintales por hectárea (11.76 TM azúcar/hectárea). Fuente: Price Waterhouse.



Capítulo XV
Del empirismo a la profesionalización

En las décadas de los sesenta y setenta, expertos cubanos tenían a su cargo las operaciones de la industria azucarera en Guatemala. Algunos de ellos sólo venían a trabajar durante la zafra. La idea de preparar en esa materia a profesionales guatemaltecos me fue planteada en 1975 por el ingeniero Miguel Andux, quien era Gerente de la empresa Ingeniería y Construcción, S.A. ICSA, fabricante de maquinaria agroindustrial en Escuintla. Ambos logramos interesar a la Asociación de Amigos del Centro Universitario Ciudad Vieja, institución en que éramos directores, para preparar un programa de capacitación y formación de ingenieros azucareros guatemaltecos.

Hubo tres programas anuales de posgrado. En el primero el principal expositor fue el ingeniero Senén Viego, Superintendente de Los Tarros. Los alumnos eran ingenieros graduados, o estaban próximos a obtener el título. Fueron preparados sesenta ingenieros azucareros de fabricación y de maquinaria, y la mayoría empezó a trabajar en la Empresa. Sin embargo, como la preparación era muy buena, otras empresas empezaron a contratar a ese personal.

En La Unión trabajaron algunos miembros de la primera promoción: el ingeniero químico Otto Kushiek, en fabricación, y el ingeniero industrial Walter Montejo, en maquinaria, ambos como sucesores de los ingenieros cubanos. Otto trabajó con el ingeniero Senén Viego, en Los Tarros, y después asumió el área de fabricación en La Unión.

En la década de los noventa, el Centro Guatemalteco para la Investigación y Capacitación de la Caña CENGICAÑA reanudó esos programas, a iniciativa del ingeniero Luis Pedro Escaler, quien tras haber laborado en ICSA y La Unión, trabajaba entonces en el Ingenio Magdalena, como Superintendente de Operaciones. Un tiempo después falleció. A raíz de su iniciativa surgió la maestría de la Universidad del Valle de Guatemala, en la sede de Santa Lucía Cotzumalguapa. Dentro de ese marco se realizaron dos programas.

A nivel de operarios, a finales de los años setenta, por medio del Centro Escolar Costasur y su Instituto Agroindustrial, se promovieron programas de instrumentación hidráulica, instrumentación electrónica y formación de tacheros, entre otras áreas.



Curso de Administración de Empresas Agrícolas, en 1977, en el que participaron como profesores varios técnicos y especialistas del Ingenio La Unión. Atrás, a la derecha, el ingeniero Víctor Sanchezviesca. En primer plano, a la derecha, el ingeniero Alfredo Gil, quien desde 2003 funge como Jefe del Área de Corte y Alce de La Unión. Gil se incorporó a la Empresa después de asesorar en la calibración de aviones para la aplicación de madurantes.

El ingeniero Luis Verdugo, personero de la empresa Consultores de Ingenios Azucareros, S.A. CIASA, fue uno de los participantes en el Curso de Ingeniería Azucarera realizado en 1975 en el Centro Universitario Ciudad Vieja. Casi treinta años después, analiza cómo fue creciendo desde entonces la industria del azúcar.

«Durante la década de los sesenta, la industria azucarera guatemalteca producía 181,000 ó 226,000 toneladas métricas (4 ó 5 millones de quintales). Actualmente produce alrededor de 1.800,000 toneladas métricas (40 millones de quintales), o sea diez veces más.

Cuando empezó el desarrollo de esta industria en Guatemala, los ingenios en general no contaban con personal técnico, sino con gente de práctica. Al llegar el tiempo de zafra, contrataban a personas extranjeras, especialmente de Cuba, para la jefatura de fábrica o la jefatura de producción. Pero a medida que la industria crecía en producción, precios y presencia en el mercado mundial, se puso de manifiesto la importancia de mejorar todos los mandos de los ingenios. Hubo conciencia de la necesidad de contratar profesionales e importar tecnología.

Por ejemplo, antes que el Ingenio Pantaleón fuera reestructurado, molía 3,000 toneladas. Hubo un cambio de administración, y su presidente, Julio Herrera, contrató a expertos incorporados por él a esta industria, como Miguel Fernández y Roger Dubiel, además de algunos consultores. A raíz de esto llegó a Guatemala el ingeniero Miguel Rodríguez y se convirtió en socio-director de nuestra empresa de consultoría, buscando el mejoramiento del Ingenio Pantaleón.

Otros ingenios también se propusieron mejorar, y en 1975 se realizó en el Centro Universitario Ciudad Vieja un Curso de Ingeniería Azucarera, organizado por el ingeniero cubano Miguel Andux, quien había venido a Guatemala en ocasión del surgimiento del Ingenio El Salto. El licenciado José Molina Calderón fue otro de los promotores del curso. Aquel era el año de mi graduación como ingeniero, y participé, independiente de los ingenios, por un consejo de don Miguel Andux a mi padre. También participaron jóvenes ingenieros becados por ingenios en los que ellos recién habían empezado a trabajar.

El evento fue una contribución valiosísima para la industria azucarera, habiendo estado allí muchas de las personas que actualmente destacan en el sector del azúcar. Entre los asistentes recuerdo a los ingenieros Otto Kushiek, quien estuvo durante muchos años en La Unión; Walter Montejo; José Guadalupe Mendoza, quien en el presente es socio nuestro; Jorge Flores, actual Superintendente del Ingenio Magdalena; Álvaro Armas, actual Director de los dos ingenios de la corporación Pantaleón; Rolando —el “Chino”— Sett, quien trabajó para La Unión, y René Cifuentes, Superintendente de La Unión.



de arriba hacia abajo
De izquierda a derecha, ingeniero Miguel Andux, gerente de Ingeniería y Construcción, S.A., en Escuintla (fabricante de maquinaria azucarera); licenciado Rodolfo Castellanos, gerente del Banco Industrial, y Fernando Londoño, de Colombia, secretario ejecutivo de la Federación Latinoamericana de Bancos (FELABAN). El ingeniero Andux fue quien promovió y dirigió los cursos de posgrado e ingeniería azucarera en el Centro Universitario Ciudad Vieja, a partir de 1975, con participación de más de cien estudiantes. Los ingenieros René Cifuentes y Miguel Maldonado fueron alumnos de la primera generación del Ingenio La Unión, y hoy ejercen los cargos de más responsabilidad en las áreas industrial y agrícola, respectivamente.



Agrónomo Aníbal Arreaga, de la firma Ciba Geigy, a la izquierda, en el Curso de Administración de Empresas Agrícolas, para alumnos de Agronomía, en 1977. Algunos de los asistentes al curso ocupan hoy puestos destacados en distintos ingenios.



El curso se dividió en tres áreas, cada una de ellas impartida por ingenieros cubanos: maquinaria por Hidalgo Bato, fabricación por Eusebio Portela, y laboratorio por Senén Viego. El ingeniero Portela, uno de los primeros expertos cubanos que asesoraron a ingenios guatemaltecos, trabajó durante varios años en La Unión. Catedrático entusiasta, logró que muchos de los nuevos alumnos se ilusionaran. El ingeniero Viego, una autoridad en la industria azucarera, trabajaba en Los Tarros. Falleció precisamente por esos días, y otra persona debió terminar el curso de laboratorio.»

Zamoranos en La Unión

El actual Gerente de Operaciones Agrícolas de La Unión, ingeniero Miguel Maldonado, se graduó en 1975 en la Escuela Agrícola Panamericana El Zamorano, situada en Honduras, y por su medio

tuvimos una primera percepción sobre ese centro educativo, que después adquiriría la categoría de universidad. En ese entonces, El Zamorano formaba técnicos agrícolas en carreras de tres años, y en la década de los noventa se logró que tales técnicos pudieran obtener título de Ingeniero, en el caso de Guatemala por medio de la Universidad del Valle.

El segundo ingeniero en llegar a La Unión fue Rodolfo Arroyave, también graduado en El Zamorano. Asimismo, la Empresa cuenta además con profesionales agrícolas egresados de la Facultad de Agronomía de la Universidad de San Carlos; de la Facultad de Ciencias Agrícolas de la Universidad Rafael Landívar, y de otras universidades.

En 2002, junto al Gerente General, Mario Estrada, recibimos la visita del entonces Rector Interino de El Zamorano, Keith Andrews, con quien identificamos oportunidades para entrelazar ambas instituciones. Él habría de ser sustituido por el doctor Kenneth Hoadley, a quien conocí un cuarto de siglo antes en el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas INCAE, al participar en seminarios sobre agroempresas (*agrobussines*). Cuando el señor Andrews visitó de nuevo La Unión, acompañado por otros miembros de El Zamorano, nos reunimos en las oficinas centrales, para definir nuevos posibles vínculos.

En agosto de 2003, invitado por ellos, ofrecí una plática en El Zamorano para estudiantes de tercero y cuarto años, y realicé visitas a profesores e investigadores de la Universidad. Fue una experiencia que me dejó impresionado por el nivel técnico y la modernización de la institución, que además de dedicarse a la formación agrícola y zootecnia, educa sobre negocios agrícolas.

Estas ideas fueron presentadas al Consejo de Administración de La Unión, que resolvió promover una relación estrecha y de mutuo interés con El Zamorano. Ello nos permite contar actualmente con un alumno graduado de esa universidad, quien realiza un *trainee* en la Empresa, mientras una joven alumna hace sus prácticas de último grado de *agrobussines* en La Unión. Asimismo, por primera vez se ha otorgado una beca parcial a un estudiante guatemalteco, por cuenta del Ingenio, para que curse la carrera de cuatro años, y se firmó un convenio para que al graduarse pueda trabajar en La Unión, de mutuo acuerdo entre ambas instituciones.

En febrero de 2004 visitó Guatemala un grupo de ciudadanos estadounidenses, miembros del Consejo de Fiduciarios y Amigos de la Universidad El Zamorano, con quienes compartimos un almuerzo por invitación de una importante empresa guatemalteca. Durante esa reunión comprobé que El Zamorano desarrolla una intensa actividad y prepara un excelente personal para las áreas agrícola y de negocios agrícolas, de modo que sus relaciones con empresas como la nuestra se estrechan cada día.

Otros graduados de El Zamorano que han trabajado en la Empresa son Pablo Lembke, Rodolfo Rizzo, Mario Peña y Raúl Carías. En 2004 continúa aquí Oscar Suchini.



de arriba hacia abajo

El doctor Ernesto Cofiño, Rector del Centro Universitario Ciudad Vieja (derecha), dialoga con el doctor Alfonso Fors, destacado agrónomo nacido en Cuba, residente entonces en México y asesor de La Unión en áreas agrícolas cañeras. Posteriormente, en Miami, Florida, desarrolló programas de capacitación para técnicos en la caña de azúcar.

El doctor Silverio Flores, de nacionalidad mexicana, fue el primer asesor en el área agrícola del Ingenio La Unión, donde orientó sobre las variedades y el cultivo de la caña en 1971-72. Veintitrés años después, vendría a Guatemala a participar en el XXV Congreso Mundial Azucarero.

Los días de campo

A lo largo de más de treinta años, los *días de campo* han sido un útil procedimiento para una variada gama de propósitos, especialmente dar a conocer aspectos de la Empresa. El primero que se realizó en forma organizada data de 1971, época en que los ingenios buscaban medios para financiarse, y yo trabajaba en la Distribuidora Azucarera Guatemalteca DAZGUA, tras haberlo hecho en el Banco de Guatemala. Parte de mi actividad para el banco central fue participar en la elaboración del Reglamento de la Ley de Almacenes Generales de Depósito, emitida en 1967, y que constituía en aquellos tiempos una nueva opción financiera. El Reglamento fue aprobado años después de la emisión de la ley, estando yo en DAZGUA.

Como ha quedado dicho, los ingenios necesitaban financiamiento, y la DAZGUA era el cauce de la recaudación de las ventas de azúcar. Sugerí un procedimiento para que el financiamiento fuera directamente a los Ingenios y se pudiera pagar por medio de DAZGUA. Esto fue explorado y finalmente se invitó a la Junta Directiva del Banco Industrial a visitar la finca Los Tarros, las otras fincas de la Empresa y los dos ingenios. Asistió un numeroso grupo de miembros de la Junta Directiva y el Gerente General, licenciado Rodolfo Castellanos, con quien tuve una amistad de muchos años, desde que trabajamos en el Banco de Guatemala hasta el final de su vida, en el año 2003. La familia García atendió a los visitantes, y a partir de allí surgió una gran relación con el Banco Industrial, que aún se conserva.

En esa época, el Ingenio Los Tarros emitió el primer bono de prenda en Guatemala, una práctica muy extendida hasta el presente.

Por aquellos años se había organizado la Almacenadora Guatemalteca, S.A., promovida por un grupo de bancos colombianos. Fue la primera almacenadora privada y, como tal, fue también la primera que incursionó en el campo de los almacenes de depósito a través de la banca privada de Guatemala. Si bien el Crédito Hipotecario Nacional —banco estatal— tenía almacenes de depósito, sólo operaba para sí mismo.

En un día de campo, en 1974, recorrimos en camión la finca Los Tarros, acompañados por miembros de la Asociación Experimental del Café. Los Tarros había vuelto a ser una finca de cultivo intensivo de café, y aquella fue una provechosa experiencia.

Los días de campo son sumamente interesantes. Los invitados viajan en una plataforma rodante, que les permite estar sentados, como en la tribuna de un estadio de fútbol, y en ella recorren las instalaciones.



En 1977 dirigí un Curso de Administración de Empresas Agrícolas, destinado a estudiantes de agronomía. El programa tuvo dos enfoques, uno sobre el tema técnico-agrícola, y el otro sobre la parte administrativo-financiera. Motivé a participar en él a personeros del Ingenio y a gente destacada del sector agrícola. Las conferencias se grabaron en cinta magnetofónica, se transcribieron y tuve la iniciativa de editarlas en un libro, para dejar allí plasmada una semblanza de la agricultura en Guatemala durante la década de los setenta.

En el contenido del curso, aparte de la caña, banano y otros productos no tradicionales, destacaba el café, y se ofreció un día de campo en Los Tarros. El asesor de Los Tarros en materia de café era el ingeniero costarricense Belarmino Soto. Otro experto costarricense, el ingeniero Erasmo Sánchez, considerado el mejor técnico en esa época y con quien se tenía relación a través de la Asociación Experimental del Café, falleció el 23 de octubre de 1985, a causa de una bomba detonada por los guerrilleros en contra de una avioneta en la finca Panamá, cercana a Los Tarros.

En la parte cañera, a través de los años y en forma continuada, se han realizado días de campo con distintos objetivos, que han permitido mostrar ampliamente el Paquete Tecnológico.

Mutua cooperación entre ingenios

Los ingenios de Guatemala se han abierto parcialmente al mutuo conocimiento de sus tecnologías y procesos, en busca del desarrollo gremial de la industria. Ello constituye un cambio de actitud respecto al pasado, expresa el ingeniero Héctor Ranero, Asesor Agrícola de La Unión-Los Tarros y de otras compañías azucareras.

«Empecé en La Unión-Los Tarros en mayo de 1999, con la idea de ofrecer un *benchmarking*. En la actualidad dedico a ambos ingenios dos días al mes. Recorro las fincas y les asesoro básicamente sobre conceptos agrícolas. Aparte de mi relación directa con la Empresa, realizo un intercambio de experiencias entre todos los ingenios a los que asesoro, llevando de uno a otro lo bueno que veo en cada uno.

En ciertas ocasiones debo prevenir que alguno de mis asesorados se abstenga de adoptar un procedimiento que en otro ingenio ya fue probado y no funcionó. En todo caso, la aplicación de un determinado proyecto depende de la agresividad técnica de cada empresa, y debo reconocer que no todas tienen la capacidad que posee La Unión.

Antes, los ingenios eran tremendamente celosos unos de otros. Hoy en día la mentalidad ha cambiado en parte, y se han concretado alianzas entre ellos. Esto ha sido iniciativa de técnicos y profesionales. Hemos logrado convencer a los dueños y a los gerentes generales de los ingenios de que este cambio de actitud es positivo para todos. Con frecuencia intercambiamos caña y estamos en un esfuerzo conjunto para reducir costos y mantener un nivel competitivo en esta industria.»

Fraterno Vila Betoret, directivo del Ingenio San Diego, considera que la política de *tecnología compartida* es beneficiosa para toda la industria azucarera.

«Es bueno enfatizar en que el grado de solidaridad alcanzado por la agroindustria azucarera, influye para su propia superación. Los superintendentes de distintos ingenios son amigos y no se regatean consejos. De vez en cuando hay alguna pequeña fricción, lo que es lógico en un mercado competitivo.

Por ejemplo, San Diego y Trinidad son ingenios pequeños, cuyos dirigentes visitan los ingenios grandes en busca de ideas. Una muestra de tecnología compartida entre varios ingenios es haber adoptado en el proceso mecánico el fondo de los conductores intermedios, en los que se utiliza acero inoxidable, para que no se gasten demasiado pronto y para que resbale mejor.

Por pequeño que sea un ingenio, siempre tiene algo que mostrarle a uno superior. En nuestro ingenio sufríamos una época de rendimientos desastrosos. Eliminamos caña vieja que había quedado de la cosecha anterior y, cuando se empezaron a utilizar cañas nuevas, los rendimientos mejoraron significativamente. Entonces alguien dijo: *Ustedes son chiquitos, pero no invisibles*, y más de un jefe de caña de un ingenio competidor llegó a ver qué se hacía para obtener esos rendimientos.

Además, todos tenemos el apoyo de CENGICANA, que produce variedades cuyos rendimientos jamás soñamos. Esa estación experimental, financiada conjuntamente por los ingenios, se ha pagado con creces, porque ahora no se producen cañas de menos de 200 libras, a diferencia del pasado, cuando oscilaban en promedio entre 185 y 190 libras. Por eso antes, cuando algún ingenio obtenía una caña de 200 libras, estaba en la gloria. Ahora las hay hasta de 240 y 250 libras por tonelada. En eso la industria azucarera guatemalteca está en una posición mejor que las del resto de Centroamérica. Guatemala produce más azúcar que los otros cuatro países centroamericanos juntos.»

El Superintendente de Planta de Los Tarros, ingeniero Sergio Cabrera, argumenta que la cooperación recíproca entre ingenios refleja la unidad del gremio azucarero.

«El trabajo en fábrica es duro, pesado, de 24 horas diarias y seis meses de corrido, de noviembre a abril. Con frecuencia, en el área industrial de cualquier ingenio, surge algún problema técnico, y se necesita contar urgentemente con un repuesto específico para determinada maquinaria. Cuando eso ocurre, los ingenieros de diferentes empresas nos buscamos, como buenos amigos que somos, y nos auxiliamos, porque cualquiera de todos en un momento dado puede atravesar por esa situación. Todos sabemos lo difícil que es mantenerse operando sin interrupciones. Por eso, cuando alguna falla obliga a parar las máquinas de un ingenio, los colegas acuden a ayudarlo. Esto viene del ejemplo que nos dan gerentes y accionistas, y demuestra la valiosa unidad del gremio azucarero.»

El ingeniero Otto Kushiek subraya el contraste entre el actual espíritu de colaboración y las actitudes recelosas que hubo en el pasado.

«Durante varios años, la industria azucarera fue muy cerrada, de modo que ningún miembro de un ingenio podía informarse cómo operaba otro. La comunicación a nivel directivo entre empresas estaba en cero. A nivel técnico esa comunicación era posible mediante nexos de amistad, pero nunca por vías formales. Había una guerra de precios, una guerra de producción, y casi una guerra basada en ocultar los niveles de producción mediante eludir los mecanismos de control.

Actualmente, en cambio, vemos un *libro abierto* al que cualquiera puede entrar para conocer qué se está haciendo, de manera que existe una sana competencia. Este fue un sabio cambio de actitud, pues hoy tenemos una industria azucarera moderna, de avanzada, ubicada en los primeros lugares mundiales. Aquel pasado ha quedado en el olvido y hay una colaboración estrecha para salir adelante todos. El nuevo enfoque no es de una competencia entre ingenios, sino de una competencia a nivel mundial. Ello es beneficioso para Guatemala, y significa ver las cosas con una mentalidad acorde con los tiempos.»

La Gerencia Agrícola acondicionó camiones y diseñó plataformas con techo para ser jaladas por tractores en ocasión de los días de campo. Ello permite a los visitantes recorrer las áreas de exposiciones y presentaciones, sin exponerse a la lluvia o al intenso sol. El ingeniero Miguel Maldonado y sus colaboradores disfrutaron con la realización de los días de campo, y fueron programadas dos visitas para el Pre-Congreso y Congreso Mundial Azucarero, en enero-febrero de 2005.





En el marco del XXV Congreso Mundial Azucarero, efectuado en Guatemala entre el 30 de enero y el 4 de febrero de 2005, el Ingenio La Unión ofreció una cena en honor de los participantes. En la gráfica, de izquierda a derecha, el ingeniero Rafael Viejo Rodríguez, quien asumió la Presidencia del Consejo de Administración de La Unión el 31 de agosto de 2004; el

presidente del anterior Congreso Mundial Azucarero, Jean Claude Autrey, de Isla Mauricio, y James McSweeney, miembro del Consejo de Administración de La Unión. El evento, en cuya organización participaron conjuntamente las instituciones de la agroindustria azucarera guatemalteca, se desarrolló bajo el lema Compartiendo tecnología, y fue punto

de convergencia para técnicos, profesionales y empresarios del azúcar provenientes de todo el mundo, quienes además de intercambiar experiencias pudieron tener una percepción de los progresos alcanzados por este sector agroindustrial en Guatemala, mediante visitas efectuadas a las áreas operativas de los ingenios (fotos página opuesta).

(Las fotografías de estas dos páginas fueron incorporadas a este libro en febrero del 2005, al año siguiente de haber sido concluida la redacción de sus textos y mientras se iniciaba el proceso de edición de la obra).



Capítulo XVI

La informática en el mundo agroindustrial

En 1969, al iniciar mi trabajo en la Distribuidora Azucarera Guatemalteca DAZGUA, se instaló inmediatamente un sistema de procesamiento de datos. En ese tiempo no se había generalizado el uso de computadoras en las empresas, y se adoptó el Registro Unitario, de IBM, basado en la perforación de tarjetas de cartulina que, colocadas dentro de unas ruidosas máquinas mecánicas, identificaban, agrupaban y reproducían los datos. Aquellas máquinas eran enormes y hacían tanto ruido que algunos expertos las ponían *a marchar* como desfile militar.

Alfonso Mollinedo, quien conocía el sistema por haberlo utilizado en un banco privado de California, fue presentado por IBM a DAZGUA, que lo contrató inmediatamente, convirtiéndose en el primer empleado de la Distribuidora, también en 1969.

Cuando comencé a trabajar en La Unión y Los Tarros no había procesamiento de datos y, a los pocos meses, se solicitó este servicio a DAZGUA, en la medida en que los ingenios pudieran tener acceso a él. La Distribuidora accedió, y empezó a trabajar la contabilidad de los dos ingenios, hasta que la Empresa adoptó sus propios y nuevos sistemas computarizados de registro de datos.

Alfonso se trasladó a trabajar al Ingenio La Unión, donde asumió el cargo de Jefe de Cómputo, y en una oportunidad, a finales de la década de los setenta o inicios de los ochenta, IBM presentó una exhibición del equipo electrónico, incluida la mejor máquina para empresas medianas, IBM 32. La Unión adquirió la máquina, y mejoró el procesamiento de datos.

Luego compraríamos un equipo más grande, IBM 34, y un tiempo después fueron adquiridas computadoras personales y pantallas terminales conectadas a los sistemas centrales. Cada departamento de la Empresa ha desarrollado sus propios programas, y actualmente se dispone de valiosa información de todos ellos. En 2004, los sistemas están siendo integrados a una sola red, para aprovechar la información en mejor forma. Se estableció el Departamento de Sistemas Corporativos, bajo la responsabilidad de un experto, Rubén Estrada, quien previamente laboró en Shell Guatemala.

Treinta años atrás

Arnulfo Trujillo, Superintendente de Recursos Humanos, quien trabaja para la Empresa desde 1975, recuerda las dificultades operativas de aquellos años.

«Había muchas limitaciones tecnológicas. Por ejemplo, para redactar un finiquito de liquidación laboral, había que escribirlo en una máquina mecánica. Actualmente eso se hace en segundos en un impreso de computadora. Otro ejemplo: se necesitaba un empleado contratado a tiempo completo, sólo para elaborar las planillas destinadas a pagar las prestaciones del seguro social a los trabajadores de la costa. Esa tarea era la única que realizaba el empleado en todo el mes, y para terminarla debía trabajar horas extraordinarias. Actualmente basta un par de días, gracias a la sistematización tecnológica.»

Un abismo de diferencia

El ingeniero Juan Fillippi, quien a finales de la década de los ochenta desarrolló los programas de maduración, y de corte, alce y transporte, recuerda cómo comenzó el proceso de computarización.

«En 1987, el ingeniero Otto Kushiek llevó la primera computadora a la División Agrícola, lo que constituyó todo un acontecimiento. Aunque posiblemente estos equipos ya existían en otras áreas de la Empresa, entre nosotros ningún técnico sabía cómo utilizarlos. En mis vacaciones recibí un curso básico de computación, y con los conocimientos adquiridos abrí una hoja electrónica para registrar ingresos y egresos de agroquímicos en la bodega. De aquella primitiva computadora a las actuales hay un abismo de diferencia. La tecnología ha evolucionado enormemente. Recuerdo que las letras salían en la pantalla en color ámbar, y no había programas, sólo hojas electrónicas para trabajar.»

página 172 de arriba hacia abajo

En La Unión se combinan varios sistemas de corte y alce, entre ellos el mecanizado, para optimizar la operación.

Uno de los avances atribuibles a la actitud de apertura de los ingenios para compartir sus tecnologías se observa en los nuevos sistemas adoptados para la quema de caña, que ahora se realiza en forma controlada por medio de tractores equipados con lanzallamas y equipo especial.



Capítulo XVII
De pronto, lo inesperado: ¡Fuego en la bodega!

El 26 de marzo de 1998, un incendio se originó cerca del mediodía en la bodega de azúcar cruda para exportación del Ingenio La Unión. No había un conocimiento previo sobre incendios de bodegas de azúcar en Guatemala, y nos tomó completamente por sorpresa. El Gerente, licenciado Mario Estrada, viajó de inmediato al Ingenio, y una hora después lo hice yo, para estar con el personal. Ambos fuimos por vía aérea.

Fue un accidente. Entendemos que un trabajador externo realizaba una soldadura, y allí pudo haber surgido la causa. El fuego comenzó a extenderse, en llamas cortas como las que produce el alcohol, y empezó a quemarse toda el azúcar de la bodega.

Reacción inmediata

Se reaccionó con extraordinaria rapidez. El Departamento de Campo trasladó el sistema de riego a la bodega, la que fue rodeada con tubería mientras se conectaban fuentes de agua. Tres o cuatro horas después de iniciarse el incendio llegaron los bomberos. Nos impresionó ver la agilidad y el arrojo con que actúan estos cuerpos de socorro, y desde entonces soy un admirador de los bomberos de Guatemala, con quienes tratamos de colaborar lo mejor que se puede. Llegaron desde distintas zonas de la costa, como Santa Lucía Cotzumalguapa, el Puerto de San José y Mazatenango, y también se recibió ayuda de la motobomba del Ingenio Santa Ana. Otra motobomba pequeña del Ingenio Los Tarros era utilizada para combatir el fuego, y aunque su capacidad era escasa, su presencia tenía un efecto motivacional y presencial en la lucha contra las llamas.

Intervención de las compañías de seguros

El incendio fue controlado en pocas horas y, para analizar la situación, esa misma tarde se invitó a visitar la fábrica a los corredores de seguros con los que se trabaja, quienes llegaron inmediatamente. Nos reunimos con los representantes de las compañías de seguros alrededor de las seis de la tarde, y todos fuimos nuevamente testigos del incendio.

Se salvó el azúcar pero hubo un efecto secundario. El agua que se aplicó al azúcar era agua contaminada. En ese entonces llegaba agua en mal estado de Santa Lucía Cotzumalguapa y del IGSS de esa misma ciudad. El azúcar no podía ser exportada con ese grado de contaminación. Lo que se hizo fue, de común acuerdo con las compañías de seguros, ofrecer en venta el azúcar a otro ingenio para que la reprocesara, descontaminara y pudiese ser exportada, como efectivamente sucedió con el Ingenio Magdalena.

La compañía de seguros cubrió todos los daños del azúcar y los sufridos por la bodega, a los *noventa días menos uno* —como decía el ex Gerente Administrativo, René Ozaeta—. Se tenía un récord excelente de manejo de riesgos con las compañías de seguros y ellos reaccionaron muy pronto. El valor de las pérdidas fue de diez millones de dólares, una cantidad que hubiera puesto en aprietos a la Compañía si el seguro no hubiese funcionado tan rápido. Ayudó a recuperar el valor del daño el ingeniero Sergio Salazar, Asesor del Área de Riesgos de la Empresa, de nacionalidad chilena y residente en Ecuador. Su trabajo fue muy útil para realizar esa gestión.

El incendio quedó documentado en un video, con la mente puesta en que en el futuro podría servir a otras personas como experiencia. Después llegamos a enterarnos que hacía más de treinta años habían ocurrido incendios de azúcar, pero nadie pudo recordar cómo se enfrentaron aquellas emergencias. Y, a partir de lo sucedido en 1998, surgió un programa mejorado de prevención de riesgos. Sin embargo, fue hasta en 2004 que se aprobó en su totalidad.

Una experiencia dramática

El ingeniero Rodolfo Arroyave, Superintendente de Servicios de La Unión, recuerda con tristeza los acontecimientos de aquel jueves 26 de marzo.

«Fue muy doloroso el incendio accidental de una bodega repleta de azúcar, en 1998, época en que se estaba construyendo un puente aéreo para comunicar las bodegas 2 y 4. Una tarde, acaso una semana antes del incendio, observé a un soldador trabajando arriba de una de estas bodegas, operación que suponía un alto riesgo de incendio, debido a la posibilidad de que cayese una gota de soldadura de metal incandescente que pudiera provocar un calentamiento en las instalaciones. Promoví que se distribuyera un memorándum, prohibiendo realizar trabajos de soldadura en esa área.

Sin embargo, presuntamente algún soldador ignoró el memorándum, y ese 26 de marzo, como a las once de la mañana, surgió un brote de fuego en el lado sur, expandiéndose hacia el norte. Al principio nadie vio nada, lo que se explica porque la llama del azúcar es tan blanca como la del alcohol, o sea que es un combustible limpio, que no se ve y del que tampoco emana humo. Los primeros testigos se dieron cuenta cuando las láminas del techo empezaron a derretirse. La bodega estaba cerrada y no había ningún movimiento de personas a su alrededor.

Estas bodegas, por su estructura, sólo son accesibles por los extremos, de modo que, cuando miembros del personal del Ingenio fueron a inspeccionar y abrieron una de las puertas, debió de entrar una corriente de aire que seguramente oxigenó el fuego, lo que hizo arder toda la parte superior de la bodega. El problema se agravó cuando la estructura de hierro se empezó a derretir y cayó sobre el azúcar, propagándose el fuego abajo. Recurrimos a cuanto pudimos para lanzar agua, vinieron bomberos de Escuintla, Santa Lucía Cotzumalguapa, Mazatenango, Retalhuleu, y una motobomba del Ingenio Santa Ana.

Nosotros, utilizando grúas, rompimos el techo, conectamos equipos de bombeo de riego agrícola con aspersores, enfriamos la bodega 3 y el techo de la bodega 1, para evitar que ardieran, en tanto con otros equipos y con toda nuestra gente lanzábamos agua al azúcar. Apparently el fuego se extinguió a las cuatro de la madrugada del 27 de marzo, pero al día siguiente el humo se reinició. Estuvimos lanzando agua hacia la bodega durante 48 horas, y aún después seguía saliendo humo.

Ninguna persona resultó quemada o herida a causa de este incendio, pero en la bodega incendiada había 27,000 toneladas métricas (596 mil quintales) de azúcar cruda de exportación, equivalentes a la producción completa de una zafra del Ingenio Los Tarros, con un valor estimado de nueve millones de dólares al tipo de cambio de esa época, que oscilaba entre seis y siete quetzales por un dólar.

Días después del siniestro, el solo hecho de caminar por el área de la bodega incendiada era para nosotros motivo de aflicción. También lo era, por supuesto, para don Similiano, pues icómo podía sentirse al ver achicharrado el producto del esfuerzo de un año entero! Su semblante, cuando pasábamos con él por allí, denotaba profunda frustración. Yo me sentía peor que nunca e impulsado a decir: *¡Trágame, Tierra!* Habría dado cualquier cosa por evitarle a don Similiano ese sentimiento de pena, pero yo trataba de sacar fuerzas de flaqueza y pensaba: Luchemos para recuperar esto, aprendamos de la experiencia sufrida y asegurémonos de no cometer otro error.»

El 26 de marzo de 1998, un incendio accidental destruyó una bodega de azúcar cruda para exportación, en el Ingenio La Unión, sin causar víctimas. El azúcar, al quemarse, produce una llama baja, como cuando se quema alcohol. Las pérdidas derivadas del incendio fueron repuestas mediante la aplicación de los contratos de seguros vigentes. En América Latina no se reportaba un incendio semejante en treinta años.



paginas 174-175

Guatemala ha sido un importante productor de azúcar desde los años sesenta del siglo XX. Para responder a los requerimientos del mercado mundial se han perfeccionado los sistemas de producción y productividad. En el cultivo se investigaron e implementaron nuevas variedades según la altura, humedad y condiciones del terreno.



Parte Cuarta
La hora de la transición, y nuevas metas en el horizonte

Capítulo XVIII
La Empresa Familiar y su Consejo de Administración

En 1995, dos hechos casi simultáneos impulsaron la búsqueda de una visión de futuro para el Ingenio La Unión. El primero, cuando le comuniqué a Similiano que sólo me faltaban ocho meses para cumplir 25 años en la Gerencia, y que pensaba retirarme del cargo, solicitándole estudiáramos qué proceso adoptar para nombrar sucesor. Y como segundo hecho, el planteamiento que a Similiano le fuera dirigido por su hermana Lucrecia, mediante una carta —que él me mostró— en que ella le proponía considerar el futuro de la Empresa y el de los hijos de ambos, cuando le correspondiera a la nueva generación familiar dirigir las grandes líneas de la Compañía.

Similiano me propuso seguir vinculado a la Empresa en ese doble proceso de transición. A partir de allí aprendimos a decir que asistíamos a la transferencia de la dirección de la Compañía, de la Segunda Generación, representada por Similiano y Lucrecia, a la Tercera, formada por todos y cada uno de sus hijos. La Primera Generación fue la de don José García Paniagua y doña Anny de García. Es oportuno decir aquí que, en 1967, el paso de la Primera a la Segunda Generación fue sumamente exitoso. Después de 28 años, Similiano y Lucrecia buscaban diseñar un proceso que permitiera hacer igualmente exitoso el paso de la Segunda a la Tercera Generación.

Había leído desde hacía muchos años varios libros sobre empresas familiares, y entonces hicimos varias cosas: una de ellas fue buscar personas capaces de orientarnos y ayudarnos. Otra consistió en identificar programas educativos para las familias protagonistas de la transición. Lo primero fue contratar al doctor Guillermo Forno Aguirre, *Willy*, para la primera etapa del proceso, consistente en un Plan de Inducción a la Tercera Generación.

En sus años de universitario, Willy trabajó en IBM de Guatemala, mientras estudiaba la carrera de médico y cirujano. Después de graduarse, estudió siquiatría, y combinó esa especialidad con su experiencia en IBM para convertirse en un experto en desarrollo organizacional de empresas.

Con Willy diseñamos el programa de inducción, para enseñar y mostrar a la Tercera Generación qué era el Ingenio La Unión, una compañía grande para los estándares empresariales de Guatemala. Era un programa claro y periódico. Decidí grabar en videocassette todos esos eventos, y Pedro Salinas Yela —ex director de *Teleprensa*— produjo el trabajo audiovisual. De esa manera se lograban dos cosas: tener a la mano las explicaciones para verlas cada vez que se quisiera, y luego guardarlas como un documento histórico de la Compañía en esta etapa, porque no se tenía uno que ilustrara la anterior transición, de don Pepe a Similiano, sino sólo se conservaban, en la memoria de los empleados, relatos y anécdotas aisladas.

El programa se desarrolló conforme lo previsto y fue muy ilustrativo. La Tercera Generación, acompañada de Lucrecia, recibió la información en forma metódica y completa, en tanto los ejecutivos de la Empresa aprendieron a explicar ordenada y prácticamente la labor que desempeñaban día a día. Llevábamos ya en ello varios meses cuando ocurrió, penosamente para todos, el fallecimiento de Willy, dejándonos el programa en su último tercio, sin concluir.

Con Similiano estudiamos la nueva ruta que se podía seguir. Yo había asistido a un curso de empresas familiares en la Escuela de Negocios Tayasal, en Guatemala, dirigido por el doctor Joan Ginebra, de origen catalán y radicado en México. Asesor de empresas familiares, muy conocedor de todos estos aspectos y de los negocios en general, el doctor Ginebra aceptó participar en el diseño y realización de un segundo programa, esta vez con la idea de elaborar y aprobar la Carta Magna Familiar CMF.

página 178

La certeza de que para crecer hay que invertir fue el motor para emprender los cambios que los tiempos imponían, y La Unión se constituyó en una de las empresas más eficientes de Centroamérica, tal como lo confirman las estadísticas. La decisión de mantener la unidad de la Empresa Familiar con vistas al siglo XXI fue el resultado de un proceso de consenso alcanzado mientras se deliberaba en el seno de la familia sobre el paso de la Segunda a la Tercera Generación.

Equivalente a una Constitución Política

En un negocio familiar, lo que se suele hacer —eso se ha aprendido— es el equivalente a una Constitución Política, como si se tratara de un país. Una Constitución Política establece las reglas generales: hay un Organismo Ejecutivo, un Organismo Legislativo y un Organismo Judicial; hay procuradores, sanciones, períodos de vigencia y, por supuesto, se establece cómo va a ser cada transición.

El proceso de la CMF o *Constitución Política del negocio familiar* principió con un seminario interno sobre empresas familiares, muy interesante, dirigido por el doctor Ginebra. Cada vez se aprendía más, y surgieron los primeros proyectos de CMF. En las reuniones se formulaban propuestas. Un mes después regresaba el doctor Ginebra con el texto que recogía lo que se había pactado, se hacía circular, se analizaba nuevamente, y se presentaban otras propuestas.

Fueron elaborados tres proyectos. Sin embargo, se consideró que, por la forma en que estaba integrada la Tercera Generación, iba a ser difícil constituir un equipo que le diera estabilidad y continuidad a la Compañía. Aparte de ello, los miembros de la Segunda Generación pusieron un ancla, y dijeron: *No dividamos el negocio. Hagamos una transición sin dividir el negocio.*

Dividir el negocio resultaba sencillo en cierta manera, porque eran dos ingenios azucareros y unas tierras, o sea que más o menos se podía encontrar una forma, pero se descartó esa posibilidad.

Fue una decisión sabia, heroica, porque estableció un ancla que nos permitió a todos movernos limitadamente en distintas direcciones, hasta que se llegó a una conclusión sobre la mejor forma de darle continuidad a la Compañía: Que cada uno de los dos grupos familiares nombrara tres directores externos para constituir el Consejo de Administración, y que cada una de las familias se organizara como grupo familiar y, unidos, constituir la Asamblea General.

El 14 de julio de 2000 se firmó un Convenio de Accionistas y se instituyó un sistema para mantener informado a cada grupo familiar por los Consejeros que lo representan.

El 2004 es el cuarto año del nuevo sistema, en que la Presidencia se rota cada tres años, para que cada grupo familiar tenga alternativamente la dirección de la mesa de debates —que esto es el Consejo de Administración—. Sin embargo, a mí me solicitaron que ejerciera la Presidencia en el primer período, y que la desempeñara durante un año adicional, con vencimiento el 31 de agosto de 2004. Después, la Presidencia empezaría a rotarse en períodos de tres años. Esto está muy bien organizado, porque con un año de anticipación se acordó quién sería el Presidente a partir del 31 de agosto de 2004: el ingeniero Rafael Viejo, Consejero desde el inicio, y quien a mediados de 2003 asumió las funciones de Vicepresidente del Ingenio La Unión. Luego, habrá una rotación normal.

Concluyó así una transición que empezó con Similiano. Él tuvo que ceder el 100 por ciento del poder de mando en esa decisión, porque *entregó las llaves del carro en marcha*, y el Consejo de Administración *las recibió*.

El Consejo de Administración 2000-2004, constituido con base en el Convenio de Accionistas, firmado el 14 de julio de 2000. Recibió las llaves con el carro en marcha, en la culminación de un proceso que, según opiniones de otras empresas familiares y sus asesores, representa un ejemplo de transición exitosa en una empresa familiar. Habían transcurrido 33 años desde la transición de la Primera Generación a la Segunda, acaecida en 1967, como consecuencia del fallecimiento del fundador, don José García Paniagua, y su relevo por su hijo Similiano. De izquierda a derecha, en la foto, los seis miembros del Consejo de Administración: Eugene González Bogush, Marco Augusto García Noriega, José Molina Calderón, Rafael Viejo Rodríguez, James McSweeney y Marcos Ibargüen Segovia. Las mismas personas fueron nombradas de nuevo para el período 2004-2007.



Un nombramiento clave

Hubo otro efecto interno importante: debía nombrarse un gerente en 2004. Se confirmó a Mario Estrada, quien tiene 35 años de laborar en la Compañía. Llegó como practicante de contador de la Escuela de Comercio, cuando su tía era Contadora de Los Tarros. Vino jovencito a hacer sus prácticas, que le habrían de servir para culminar la carrera de Contador Público y Auditor. Adquirió buena experiencia interna en lo contable y financiero, en la exportación y en la gestión gremial e internacional azucarera, y a partir de 1996 se preparó muy bien para comprender y dirigir las áreas industrial y agrícola, tras ser nombrado Gerente por Similiano, a sugerencia mía.

Viéndolo históricamente, a mí me tocó formarme dentro de la Empresa. No fui antes a una escuela para prepararme como gerente de ingenio. Había trabajado inicialmente durante ocho años en el Banco de Guatemala, siendo estudiante de Economía, y allí estaba cuando concluí la carrera universitaria. Después laboré dos años y medio en la Distribuidora Azucarera y, de allí, en esta Empresa. A mí me formó Similiano, quien me enseñó el negocio, y de él aprendí muchísimo.

Un gerente no es fácil formarlo, porque maneja muchas áreas, pero en la Compañía la ventaja era que el Grupo Gerencial, que sigue después del Gerente, es muy competente. Además, durante la transición de la Segunda a la Tercera Generación, se dio como un proceso paralelo el aprendizaje del Gerente General y del Grupo Gerencial bajo la nueva dirección. En esta fase, iniciada en 2000, *no hubo muertos, no hubo caídos*, y se mantuvieron todos los puestos. Fue difícil, porque había que acostumbrarse a un Consejo de Administración con una cultura distinta a la de Similiano, pero se logró.

Es un proceso que nunca termina. Continuamente se avanza, y la Compañía ha logrado mantener ininterrumpidamente durante estos cuatro años los mejores indicadores de desempeño en las áreas industrial, agrícola y de servicios entre los ingenios de Centroamérica, medidos por consultores e instituciones que hacen *benchmarking* sobre las mejores prácticas de trabajo en Guatemala y en la región centroamericana.

Aprendimos todos

Ha sido una experiencia sumamente aleccionadora, y la Empresa es frecuentemente visitada para compartirla. Así como se da oportunidad de conocer la parte industrial y la parte agrícola, se recibe a empresarios y familias de Guatemala y Centroamérica, que se acercan para tener una mejor noción de cómo trabajar las sucesiones y dar continuidad a los negocios familiares. Han venido a platicar, a observar, porque ellos están intentando hacer lo propio. También se ve que en sus respectivos casos no es fácil pero sí posible, dado que la CMF es como *un traje a la medida*.

En La Unión, la decisión más importante fue la que adoptó Similiano al decir: *Aquí están las llaves del carro*. Pero también tomó una actitud muy interesante, cuando dijo: *Yo en vida voy a ver cómo va a ser esto*. Con ello quiso expresar que no hay que estar muerto para que se hagan las sucesiones, contrariamente a las circunstancias que obligaron a que él asumiera la dirección de la Empresa, en 1967, por el fallecimiento de don Pepe. Tanto Similiano como su hermana y los miembros de la Tercera Generación han podido observar la transición y estar en ella, en forma ordenada, lo que determina que éste sea ahora un proceso consolidado.

Antiguos empleados tienen su particular percepción sobre el cambio de dirección. Así lo pude percibir recientemente cuando recibí una nota firmada por uno de ellos, en la que propone que sean los hijos de cada grupo de Accionistas los que dirijan la Empresa, *para aborrrar los gastos del Consejo de Administración y del Gerente*.

También se aprende que cualquier cambio en el timón de mando es como entrar a un nuevo negocio, y se ha observado cómo el Consejo de Administración ha hecho cosas que antes no se hacían. Similiano dejó la Compañía *hecha y derecha*, perfectamente constituida, y el Consejo de Administración le ha dado nuevo impulso, mejorándola en las áreas en que es posible.

La transición, desde diversas perspectivas

Al evaluar los resultados de la transición, Similiano subraya la importancia de la continuidad del personal ejecutivo.

«Se decidió que la Compañía fuese administrada por un grupo profesional, que lo viene haciendo en muy buena forma desde el 14 de julio de 2000. Pepe Molina preside el Consejo de Administración, y observo con satisfacción que todos los ejecutivos que desempeñaban cargos en el año 2000 prosiguen en la Empresa, en campo, en fábrica, en la parte química, en el área de maquinaria. . . Eso me satisface porque es personal que ya trabajaba conmigo y con el licenciado Molina, ya que entre ambos dirigíamos la Organización.»

El doctor Humberto Ospina, de nacionalidad colombiana, quien desde 1998 es Asesor de Productividad Agrícola del Ingenio La Unión, señala algunos de los muchos factores que están en juego durante un proceso de transición en toda empresa familiar.

«Ha merecido mi mayor admiración la forma en que don Similiano llevó a su familia a la transición de una empresa de tipo familiar a una empresa de corte moderno, con un Consejo de Administración actuante, con la Gerencia General dotada de facultades de operación, y que efectivamente trabaja. La Gerencia no es eso sólo por su título, sino porque posee facultades reales.

Suele suceder que las empresas familiares crecen y llegan a una edad que va acompañando a sus gestores, pero sobreviene un momento en que la empresa no se puede enterrar con sus gestores, y eso hay que preverlo con suficiente anticipación. Sin embargo, la mayoría de empresas no es capaz de prever esto, sino van esperando y esperando, hasta que llega un momento en que ya es tarde.

Me impresionó ver cómo don Similiano logró llevar a su familia a tener una Junta Administradora y una Gerencia General verdaderamente actuantes, independientes ambas hasta donde es posible dentro de una concepción de empresa dependiente de la familia. Ese es un aspecto que vale la pena resaltar en la personalidad de quien ha sido capaz de hacer esto, sobre todo porque escogió la fórmula más aconsejada en los tratados de transición de empresas familiares hacia sistemas de empresas modernas, cuando la empresa familiar llega a una edad en que requiere de un cambio para no sucumbir. Aparentemente es fácil, pero este paso exige capacidad de desprendimiento, y disciplina, que no todos poseen.

Para don Similiano, como para cualquier persona que haya dirigido, manejado y llevado tan adelante una empresa, debe haber sido un esfuerzo muy difícil ese desprendimiento, y la disciplina de fijarse un tope y una meta para no intervenir. Él fue capaz de hacerlo, lo supo hacer, y eso es lo que más me ha impresionado.»

Otras apreciaciones sobre el concepto familiar empresarial adoptado por La Unión son las expresadas por Luis González Bauer, quien ha presidido desde 1962 el Ingenio Palo Gordo.

«La Unión y Los Tarros se han tecnificado mucho y han tenido visión organizativa, pese a ser empresa familiar. En la actualidad se administran más técnicamente, como una forma de armonizar los intereses familiares, porque cuando sólo uno manda y la otra parte no, se originan fricciones. El grupo La Unión-Los Tarros funciona como una sociedad muy práctica, en que hay un presidente, luego están los directores y, arriba, los... *meros meros*. Esta corporación es un ejemplo de desarrollo de una industria familiar, que ha sido muy positiva y que ha demostrado su visión empresarial, especialmente en su Segunda Generación, encabezada por Similiano, siempre convencido de la necesidad de contar con gente preparada.»

El Presidente de la Asociación de Azucareros de Guatemala, ingeniero Fraterno Vila Girón, directivo del Ingenio San Diego, comenta el proceso de transición experimentado por la corporación La Unión-Los Tarros, desde la perspectiva de la agroindustria azucarera en su conjunto.

«La corporación La Unión-Los Tarros dio un giro importante en años recientes, consistente en el proceso de transición de un modelo de administración a cargo de una sola persona, al esquema de una junta directiva corporativa. Este cambio no es fácil de asimilar para los empleados, ni para los grupos azucareros que estamos acostumbrados a tratar y resolver muy fácilmente las cosas alrededor de una sola persona. En la actualidad, La Unión-Los Tarros es dirigida por una junta directiva cuyos miembros son profesionales de muy alto nivel, pero este es un sistema de administración diferente, acaso más lento, con decisiones más complicadas. Sin embargo, a la postre, muchos de los otros ingenios vamos a parar haciendo lo mismo que hizo La Unión.»



página 183
Similiano García Cottone, en el año 2005, un lustro después de haber entregado la dirección de la Empresa Familiar a Administradores Externos.

Capítulo XIX
Más allá del azúcar: la cogeneración eléctrica

En la Florida y Louisiana, Estados Unidos, y también en Venezuela, observé con gran sorpresa las instalaciones eléctricas de los ingenios azucareros, en edificios propios, amplios, ventilados y sumamente limpios. En Guatemala, La Unión y Los Tarros, como otros ingenios locales, producían electricidad para su autoconsumo, pero sus unidades de generación eran pequeñas, de dimensión acorde a lo que necesitaba la propia fábrica.

El antecedente de 1974, cuando el Volcán de Fuego hizo erupción y el agua en Los Tarros se contaminó, había dejado al descubierto la conveniencia de tener mayor capacidad de reserva energética. En aquella ocasión, la arena arrastrada por el agua se introdujo al turbogenerador, lo arruinó y, como consecuencia de ello, el Ingenio estuvo parado cerca de dos semanas. Un atenuante hubiese sido que los dos ingenios, o por lo menos uno, hubieran estado conectados al sistema público de electricidad, como era el caso de otros ingenios que así, aunque fuera a un alto precio, por lo menos podían moler.

El tema de la electricidad siempre revistió importancia para la Compañía y, en 1986, cuando el régimen militar presidido por el general Oscar Mejía Vítores estaba por concluir, fue emitido el Decreto Ley 20-86, Ley de Fomento al Desarrollo de Fuentes Nuevas y Renovables de Energía. La nueva normativa establecía los procedimientos para autorizar la producción de electricidad con bagazo de caña, y otorgaba incentivos para tal actividad, pero el decreto estuvo congelado durante unos cinco años.

En 1990, otros ingenios empezaban a producir electricidad para venderla al mercado nacional, que estaba completamente centralizado, y en Escuintla —departamento político-administrativo al que pertenece Santa Lucía Cotzumalguapa— sólo se podía vender a la Empresa Eléctrica de Guatemala, S.A. EEGSA, que operaba únicamente en tres departamentos de la República: Guatemala, Sacatepéquez y Escuintla. En el resto distribuía la electricidad el Instituto Nacional de Electrificación INDE. Nadie podía vender electricidad por su cuenta.

Bajo la ley mencionada, La Unión solicitó al Ministerio de Energía y Minas le extendiera calificación para establecer una planta productora de electricidad con bagazo de caña, en vez de petróleo o agua, que eran los sistemas más conocidos en Guatemala hasta entonces. El Ministerio otorgó la calificación solicitada, los ingenieros de Consultores de Ingenios Azucareros CIASA realizaron los estudios económicos y técnicos y principió el montaje. Sin embargo, empezaron a surgir problemas: el Ministerio de Finanzas dictaminó que La Unión no calificaba bajo la referida ley. Se logró clarificar y resolver eso, darle certeza a la ley, y finalmente, en 1994, seis ingenios azucareros firmaron contratos individuales con la EEGSA para venderle su producción, desde el momento en que les fuera posible concluir el montaje de la respectiva planta.

Algunos técnicos de la EEGSA desconfiaban de los ingenios, argumentando que éstos eran azucareros, no productores de electricidad. No obstante, se superaron esas dificultades y se comenzó a producir electricidad. La Unión inició la producción energética en 1995. Ha transcurrido una década, ha cumplido el contrato, lo renegoció en una oportunidad, como también lo hicieron los otros ingenios, y actualmente cuenta con el mejor indicador de producción de electricidad (kw/tonelada corta de bagazo) entre los ingenios.

La Unión desvirtuó la tesis de que los ingenios sólo podían producir energía con bagazo de caña o con petróleo. En época de zafra produce electricidad con 90 por ciento de bagazo y 10 por ciento de petróleo, tras haber introducido esta nueva tecnología combinada de combustibles en Guatemala.

En el texto del contrato, la EEGSA especificó que quería tener la opción de comprar, en época de no zafra, 23 megavatios producidos con búnker. Sólo un año se entregó electricidad así.

La Unión produce el 1.5 por ciento de la electricidad del país y, durante la zafra, vende 30 megavatios, de modo que si la hidroeléctrica Chixoy genera 300 megavatios, el aporte equivale a 10 por ciento. Y, para consumo del propio Ingenio, la producción es de 14 megavatios adicionales, para un total de 44 megavatios.

La producción anual en Guatemala era estimada en 1,500 megavatios en el año 2004. El consumo nacional requiere 70 megavatios nuevos cada año.

La agroindustria azucarera al rescate

La producción privada de energía eléctrica se convirtió en un procedimiento imprescindible para el país, porque el Estado se quedó sin capacidad económica para promover ese tipo de proyectos. Chixoy, en 1985, fue su última gran obra. Las inversiones privadas han sido enormes y, gracias a Dios y a los incentivos fiscales, dieron como resultado que hubiera electricidad.

Los ingenieros Hugo Cabrera Cienfuegos y Edwin Gamboa, Superintendente de Generación Eléctrica y Jefe de Ingeniería Eléctrica, respectivamente, explican el proceso de cogeneración en La Unión.

«El proceso de cogeneración de electricidad consiste en aprovechar los excedentes de energía en la fábrica o en el Ingenio, para producir electricidad en cantidades que se puedan comercializar. Para que haya una buena cogeneración, el Ingenio debe ser eficiente y proporcionar una buena cantidad de bagazo que se pueda procesar en turbinas y producir la energía eléctrica. El bagazo, que en este caso es el combustible, llega por medio de conductores a las calderas, y allí se produce un vapor de presión mayor a 600 libras, con una alta temperatura de 750 grados. El vapor llega a los turbogeneradores, donde la energía térmica se convierte en energía eléctrica; ésta pasa a través de un transformador, mediante el cual una parte se envía al Ingenio, para el consumo propio, y el excedente se conecta y vende a la red nacional de electricidad, en este caso la EEGSA. La industria azucarera en conjunto genera un promedio diario de 120 megavatios durante la zafra, de lo que La Unión aporta entre 25 y 30 por ciento.»

La unidad de generación eléctrica del Ingenio La Unión produce energía que no sólo le ha permitido al Ingenio alcanzar la autosuficiencia energética sino además lograr rentabilidad mediante la venta de excedentes. El bagazo de la caña se aprovecha al máximo en época de zafra pues se utiliza como combustible para generar energía eléctrica las 24 horas del día.



El ingeniero Hugo Cabrera recuerda las dudas y temores que fue necesario superar antes de emprender el proyecto.

«En abril de 1994 fue firmado un contrato con la EEGSA para la compraventa de energía. El promotor del proyecto fue don Similiano, quien lo supervisó personalmente, y tuvo la visión de que podía ser exitoso, en contraste con las opiniones de quienes temían un fracaso. Casi los únicos que no teníamos dudas éramos los que conocemos bien estos procesos.

Hemos cumplido el contrato y logrado hasta un poco más. Tenemos un buen lugar entre los ingenios que realizan la misma labor, porque hemos conseguido avances que otros no lograron, como quemar bagazo junto con el búnker. Una vez, en otro ingenio, me dijeron que eso era imposible, y he comprobado que no lo es. Aunque quememos bagazo, necesitamos también del búnker, porque da cierta estabilidad en el funcionamiento. Un servicio eléctrico requiere de esa estabilidad para no ser discontinuo.

Lo que sucede es que cuando el bagazo está húmedo o abodocado, la generación puede decrecer, porque se pierde la continuidad de la temperatura de la caldera, pero como el búnker es automático, inmediatamente introduce una especie de compensador. Recientemente hemos quemado 90 por ciento de bagazo y 10 por ciento de búnker, pero en años anteriores la proporción fue 70 de bagazo y 30 de búnker.»

El ingeniero Edwin Gamboa señala que la incursión en el ámbito de la cogeneración eléctrica se produjo en un escenario marcado por la insuficiente oferta de electricidad en el país.

«Uno de los objetivos de generar electricidad fue hacer autosuficiente al Ingenio, porque después de una época en que el bagazo abundó, las variedades de caña cambiaron, el bagazo empezó a escasear y fue necesario conseguirlo en otros ingenios. Sin embargo, también influyó el hecho de que la energía eléctrica escaseó en Guatemala, y los ingenios descubrieron la oportunidad de involucrarse en el negocio de la cogeneración.

Por supuesto, fue necesario hacer muchas adaptaciones técnicas, como operar a alta presión y a alta temperatura, para poder tener equipo eficiente de generación. En nuestro caso, debimos reducir nuestro consumo de energía, especialmente de vapor, a fin de que el bagazo que se usaba para cubrir esa demanda de energía se utilizara en la cogeneración. Redujimos entonces el consumo de vapor por tonelada de caña, se electrificó el Ingenio, y se sustituyeron prácticamente todas las tuberías por motores eléctricos. Una tubería tiene 50 por ciento de eficiencia y un motor 95 por ciento.

La columna vertebral de la cogeneración en el Ingenio es la automatización. Con la gran cantidad de controles que tiene la planta, sería casi imposible operarla manualmente. Por otra parte, uno de los problemas vinculados a la cogeneración es la dificultad de encontrar personal calificado. No es simplemente colocar en el pueblo un rótulo que diga: *Se necesitan electricistas*. En consecuencia, La Unión ha ido formando su propio personal, incluidos los ingenieros.

Recuerdo que, cuando nosotros empezamos a hacer pruebas con la planta, cualquier suspiro que daba el área de la cogeneración paralizaba al Ingenio. Era inevitable, porque para probar el funcionamiento de los equipos, se necesitaba echarlos a andar y meterlos a línea, pero eso causaba muchos problemas en el molino. Para el personal de la fábrica de azúcar es preferible que se les pare el corazón y no que se pare el molino. Fue así como llegaron al extremo de decirnos: *Cuando falte un día para que termine la zafra, hagan sus pruebas; entonces ya podrán molestar todo lo que quieran, pero ahorita no.*»

A su vez, Hugo Cabrera comenta aspectos derivados de la realización de la *prueba de potencia firme*.

«El contrato de cogeneración establecía hacer una prueba de potencia firme durante la zafra, y otra después, para comprobar si se cumplía con la oferta de cogeneración. Afortunadamente, las máquinas siempre respondieron y se cumplió el compromiso. Sin embargo, cuando terminaba cada prueba, sentíamos como si hubiéramos ganado en la Universidad un examen privado, al punto de que quemábamos cohetes para festejarlo, y ello se convirtió en una tradición. Pero cierto día, casi nadie sabía que realizaríamos una de estas pruebas y todos se alarmaron cuando escucharon la coherería. . . »

La alarma no ocurría sólo en esos casos sino también, por ejemplo, al terminar de montar una caldera, pues siempre quedan en su interior pedacitos de hierro o electrodos, que deben sacarse porque si pasan al tubo lo arruinan. Para ello se coloca a la caldera un tubo o válvula y se sopla a la máxima presión de 200 libras, pero la operación origina un ruido tremendo. Para no alarmar, dábamos aviso por escrito a los habitantes de la zona para que si llegaban a oír los ruidos más fuertes jamás escuchados en su vida, supieran que la causa estaba controlada y, eso sí, tuvieran cuidado con los niños, quienes podían pensar que había llegado el fin del mundo. . . »

Trabajo especializado e intenso

El licenciado Mario Estrada, Gerente General, resume sus impresiones en torno al proceso de cogeneración eléctrica.

«Esta actividad ha estado muy relacionada con la industria azucarera, pero es muy diferente en su tecnología y operación, de manera que los técnicos azucareros no son los mismos que participan en el área eléctrica. La electricidad constituye una especialidad a cargo de ingenieros y técnicos con una carrera universitaria aplicada a su labor.

Para La Unión-Los Tarros es muy satisfactorio ser la compañía azucarera más eficiente en el suministro de energía a la EEGSA y haber logrado la mayor cobertura durante todos estos años, gracias a la cuidadosa utilización de la tecnología.

La intensidad que impone el trabajo energético es similar a la de la industria azucarera: se labora las 24 horas, los siete días de la semana, sin descansar un minuto. Afortunadamente nuestros equipos de ejecutivos y técnicos son muy responsables y eficientes, para hacer una buena labor.»

Cuando un proyecto justifica sus costos

Similiano manifestaba en 2004 su satisfacción por los resultados del proyecto de cogeneración eléctrica:

«En el proyecto de invertir en cogeneración eléctrica influyeron mucho Pepe Molina y el ingeniero eléctrico Roberto Balsells. Si bien los costos que originalmente se habían calculado se triplicaron, la cogeneración le reporta al Ingenio una importante ayuda económica y financiera. El primer contrato con la EEGSA fue firmado en 1994, cuando Guatemala sufría graves deficiencias de suministro de electricidad y frecuentes apagones. Actualmente vendemos alrededor de treinta megavatios, en tanto la planta del Ingenio consume entre diez y once megavatios, todo en una forma muy eficiente y estable, y creo que no hemos dejado de generar electricidad ni un solo día.

El ingeniero Hugo Cabrera, Superintendente de Generación Eléctrica, se incorporó a la Empresa poco después de haberse retirado del INDE y posee mucha capacidad, experiencia y don de gentes. El Jefe de Ingeniería Eléctrica, ingeniero Edwin Gamboa, es un joven profesional de primera categoría.»

Dos aspectos me indujeron a tomar la iniciativa de realizar el proyecto eléctrico: Uno, el potencial económico, y el otro, no tener miedo ante la oficina de regulación fiscal, en cuanto a poder mostrar correctamente esos resultados. Esto último por la excusa de que *puede haber un secuestro* —frecuentemente esgrimida en otras instituciones para no aportar datos—, y porque en ese entonces las leyes fiscales propiciaban que las empresas en Guatemala —como una práctica generalizada— separaran sus operaciones en sociedades anónimas distintas.

Y ocurrió que, tras llevarse a cabo el proceso de inspección fiscal, después de varios meses de revisión por parte de los auditores, finalmente expresaron su felicitación por lo bien llevada que está la contabilidad y la documentación que la soporta.



Un nuevo turbogenerador eléctrico, procedente de Brasil, fue instalado en el Ingenio La Unión en 2002. La foto registra el momento en que era bendecido por Monseñor Antonio Rodríguez (a la derecha). De izquierda a derecha observan los ingenieros Edwin Gamboa y Enrique Velásquez, el autor y el ingeniero Elfecho Arturo Bautista. El generador operó consecutivamente dos años, pero en el penúltimo día de la segunda zafra se descompuso por fallas de fabricación. La empresa fabricante WEB cumplió el compromiso de garantía, y lo repuso con una unidad nueva.

Capítulo XX
Aprendizaje basado en la propia experiencia

Una de las características de La Unión y Los Tarros es que, durante los primeros 40 ó 45 años, no fue política de la Empresa comprar equipo nuevo. Con excepción de las centrífugas, todo el equipo que se adquiría era usado, porque los precios del azúcar en Guatemala son inferiores a los de los países desarrollados, cuyos productores pueden comprar máquinas modernas y caras. En Guatemala no es posible hacer eso.

Esa fue la política de compras, cuya vigencia en términos generales se ha extendido hasta años recientes, salvo por un turbogenerador que se adquirió en Brasil, a finales del 2002, por ser muy competitivo en su utilización por productores de Estados Unidos y Alemania.

De 1954 a 1970, la tecnología se desarrolló despacio. Sin embargo, en 1975 habría un gran cambio tecnológico en el manejo de la caña y, a inicios de los noventa, por primera vez se realizaron inversiones fuertes en relación con el tamaño de la Compañía, en programas de control industrial, y se contrató a una empresa de Estados Unidos. En programación y dirección se empezaron a invertir muchos recursos, en comparación con lo que se había asignado en el pasado, y eso ha dado una experiencia muy positiva en esas áreas.

Las tendencias actuales son automatizar procesos, instrumentalizar muchos trabajos, y el grado de preparación del personal que se contrata es cada vez más elevado. Era evidente que nuestros trabajadores de rangos medios y operativos se estaban quedando rezagados en el área tecnológica, y para ayudarles a mejorar su nivel educativo se promovieron programas de educación formal y capacitación.

Un tractor jala un tanque de agua. Al fondo, equipo utilizado para transportar caña.



El Ingenio La Unión no está automatizado por completo, pues lograrlo requeriría cuantiosas inversiones. Sin embargo, ello se compensa con la preparación adquirida por el personal en el puesto de trabajo. Cuando se realizaron las ampliaciones en las plantas eléctricas, con el fin de producir energía mediante el uso de bagazo de caña como materia prima, se adoptaron tecnologías avanzadas, y eso ha contribuido a mejorar la cultura en la Compañía.

Evolución de la parte agrícola

Cuando principié en la Empresa, los métodos eran rudimentarios. La variedad de caña predominante era la denominada PPQK, y humorísticamente se decía que había sido un invento en Cuba *del señor Pepe y la señora Cuca*. Era una variedad morada y gruesa, de la que algunas muestras todavía están sembradas en la finca Los Tarros, pero no se usa debido a que quedó desfasada por variedades nuevas.

Fueron mejorados los procedimientos de cultivo, a la par de la semimecanización del campo, y luego, en los años noventa, se estableció el Paquete Tecnológico del Cultivo de Caña, que consiste en preparación de tierras, siembra, fertilización, riegos, control de malezas, enfermedades y plagas, así como la cosecha de la caña. Esta última incluye corte, alce y transporte; el denominado camino de la sacarosa, y planificación y aplicación de madurantes. El Paquete Tecnológico incorpora el control integrado de plagas, utilizando hongos y avispidas. La Unión fue el primer ingenio en Latinoamérica en aplicar esa tecnología, que actualmente se emplea en otros países, para mejorar la productividad.

El trabajo de campo ha continuado mecanizándose. Los tractores están equipados con computadora. En el pasado, los operarios de tractores podían tener tan limitada escolaridad como el primer grado de primaria, pero actualmente manejar un equipo de esos es como conducir un automóvil Mercedes Benz de alta potencia. El personal ha mejorado su escolaridad y su educación.

A ello se suma la aplicación aérea de productos agroquímicos y de biotecnología: fertilizante sólido-granulado, sulfato de amonio, madurante líquido, inhibidor de floración de caña líquido y el hongo *Metarbizium*. Se utilizan avionetas en áreas planas y helicópteros en áreas quebradas. La última tecnología, que se incorporó en 2001, es el *Geographic Positional System GPS*. Consiste en registrar los trabajos aéreos mediante apoyo de satélites. Por ejemplo, en el caso de una aplicación de madurante, se observa cuánto se aplica, cuándo y por dónde pasa el avión, y queda registrado su itinerario.

Un avión aplica agroquímicos. En estas aplicaciones se utilizan madurantes, sulfato de amonio y productos biológicos, incluidos hongos *Metarbizium*, producidos en el Laboratorio de Control Biológico del Ingenio La Unión para combatir plagas.



Para la quema de la caña fueron adoptados nuevos procedimientos, en parte para contrarrestar quemaduras provocadas de mala fe. La Empresa inventó quemadores de caña similares a lanzallamas, cuyo funcionamiento es impresionante. Ese tema también tiene relación con la conservación del ambiente.

Dos nuevas áreas de tecnología

A partir de 1990, dos nuevas áreas de tecnología se incorporaron a la fábrica y al campo. Fue contratada una compañía asesora: Consultores de Ingenios Azucareros, S.A. CIASA, de los ingenieros Miguel Rodríguez y Luis Verdugo, y empezó un proceso sostenido de mejoras en fábrica, tanto en La Unión como en Los Tarros. Cuando en 1993 el ingeniero René Cifuentes se trasladó de Los Tarros a La Unión, adoptó ese Plan Tecnológico, ya sugerido pero hasta entonces puesto en ejecución. Logró así que La Unión, en los últimos seis años, haya estado a la cabeza en Centroamérica en el área de mejor manejo de ingenios.

En 2003 La Unión estaba en el segundo lugar, por una diferencia de un solo punto, en las mediciones del *benchmarking* que realiza CIASA. La Unión ha mantenido una constante en ese sentido y se espera que la conserve. Esto también ha hecho que otros ingenios, con mayores inversiones en equipo, observen cómo La Unión, con menos equipo, lo hace bien, y esto es por el personal con que cuenta, muy involucrado en el Plan Tecnológico y con incentivos económicos para impulsarlo.

El segundo Plan Tecnológico introducido en la década de los noventa fue el de la caña de azúcar, ya mencionado. Con Similiano analizábamos a qué experto invitar para que nos asesorara en el tema de la caña, y así, en 1971, el especialista mexicano Víctor Sanchezviesca se convirtió en el primer ingeniero agrónomo a tiempo parcial que tuvo la Compañía, con especialidad en entomología, y se inició el combate a plagas de insectos. Con él se aprendió la tecnología de las aplicaciones aéreas de insecticidas y herbicidas.

Con aquel propósito llegó en 1972 el doctor Silverio Flores, también mexicano, y en 1975 el doctor Alfonso Fors, cubano, quien trabajaba en Florida y asesoró a varios ingenios en México. Finalmente, en 1987, fue contratado el ingeniero cubano Eustaquio Ricondo, quien vivía en Miami. Digo finalmente, porque su contratación había sido sugerida diez o quince años antes por Aquilino Vigil, otro gran personaje, amigo de Similiano desde la década de los sesenta. Vigil representaba al fabricante de molinos *Fulton Iron Works*, con sede en San Luis, Missouri, que después estableció su propia oficina de representaciones. El ingeniero Ricondo puso en práctica lo que actualmente la Compañía conoce como el Plan Tecnológico de la Caña, como se indicará más adelante.

Hubo cambio de administración agrícola, a raíz de que en 1980 la guerrilla intensificó sus acciones en la costa sur, con molestias a las personas y actos contra las instalaciones. El grupo de administradores españoles que había venido a Guatemala se retiró y retornó a su país. Ante ello, se consideró que Otto Kushiek, ingeniero químico de la fábrica La Unión, era la persona idónea para asumir la administración agrícola. Él estuvo manejando el área de campo de 1982 a 1989, cuando fue nombrado Superintendente Administrativo. A la vez, y bajo la dirección del ingeniero Ricondo, Miguel Maldonado, graduado en la Escuela Agrícola Panamericana El Zamorano, de Honduras, fue designado Superintendente de Campo.

Otto se retiró de la Empresa en enero de 1991, y Miguel asumió la Dirección del Departamento de Operaciones Agrícolas. El ingeniero Maldonado absorbió la tecnología junto al ingeniero Ricondo. Esa tecnología consistía básicamente en que cuando la caña se estresa —fue algo que aprendimos—, debe tener agua para superar ese estrés.

La iniciativa de buscar al ingeniero Ricondo surgió en enero de 1987, en plena zafra y en crisis, porque si bien La Unión molía y los análisis indicaban que la caña tenía azúcar, no salía azúcar de la fábrica. Durante quince días, La Unión y Los Tarros estuvieron moliendo caña pero no producían azúcar y sólo salía bagazo, gomas y acaso un poquito de azúcar. Cuando llegó el ingeniero Ricondo se aprendió algo que actualmente todo el mundo sabe pero que en ese entonces se ignoraba: sí había azúcar, pero como recién se había sufrido una sequía, la caña no tenía jugo, y debido a la misma sequía había sido afectada por insectos y hongos.

Cuando se abría y rompía la caña, se la encontraba roja por dentro; estaba atacada por el *muermo rojo*. Todo el campo cañero se había contaminado, al punto que Similiano decidió suspender la zafra en enero, ante la sorpresa de la Compañía y de todos los ingenios. A nadie se le había ocurrido parar una fábrica que estaba moliendo en plena zafra, con la idea de dar tiempo a madurar la caña.

Tras la huelga laboral de 1980, cuando toda la industria azucarera estuvo paralizada por quince días, habíamos observado, al retomar las operaciones, una mejora en la maduración. En 1987, luego de suspender la zafra a causa de la contaminación, creímos poder encontrar un efecto similar, pero no sucedió así. Siguieron saliendo gomas y bagazo. Eso motivó a replantear por completo la estrategia, así que se terminó como se pudo la operación ya iniciada, malamente por supuesto, pero con la idea de mejorar al año siguiente.

Mejoras impostergables

A raíz de aquella experiencia fueron adoptadas varias medidas, entre ellas el inicio de un Programa de Sanidad Vegetal, para garantizar que la caña estuviera sana, con jugo y sin insectos nocivos. Comenzó también la aplicación de un plan para aumentar los riegos tanto como fuese posible, pues hasta entonces se tenía *cero riego* y se dependía de la lluvia de temporada, de mayo a octubre.

En 1992 se estableció un laboratorio para realizar el Programa de Control Integrado de Plagas. La iniciativa fue del ingeniero Ricondo, y contó con la asesoría del doctor Francisco Bobadilla —costarricense—, quien periódicamente supervisa ese trabajo. Es un laboratorio de hongos en polvo mojable y una crianza de avispidas. Se producen allí millones de insectos benéficos y gracias a ese laboratorio, desde hace varios años la Compañía no usa insecticidas químicos. Es un programa muy exitoso, del que La Unión es pionero en Centroamérica. Otros ingenios de Guatemala también utilizan esos productos. Algunos los compran en el Centro Guatemalteco para la Investigación y Capacitación de la Caña CENGICAÑA o en el extranjero, y el Ingenio Santa Ana ha establecido sus propios laboratorios. Esta ha sido una notable innovación no sólo en Centroamérica sino en toda América Latina.

Los sistemas de cultivo fueron mejorados. El ingeniero Ricondo introdujo innovaciones en el transporte y acarreo de la caña. La operación se tornó más eficiente al trabajar con equipos más grandes. Comenzó a aplicarse una mayor supervisión sobre los tiempos perdidos de los equipos. Anteriormente, por ejemplo, un tractor se atrofiaba y se quedaba perdido en cualquier finca, lo que conllevaba una mala inversión de los recursos.

El programa de caña concluyó con dos aspectos sobresalientes. Uno, que por primera vez en Guatemala se aplicó fertilizante desde avión. Fue utilizado sulfato de amonio, en grandes extensiones, para dar un impulso final a la maduración de la caña. La característica química del sulfato permitiría una mejor formación del grano de sacarosa, para cuando la caña estuviera lista para el corte. Y luego, La Unión fue el primer ingenio en Latinoamérica en aplicar comercialmente el madurante. Ya se habían hecho algunas pruebas y estudiado fugazmente el asunto en 1977-78, pero hasta en 1992 empezó a operarse en gran escala. Inicialmente se aplicó en un tercio de las plantaciones, y al año siguiente las abarcó por completo.

Asistíamos así a la consolidación del Plan Tecnológico, uno de los orgullos de la Compañía, por ser un producto propio, además de constituir una contribución muy importante de la Empresa a la industria azucarera. Con el Plan Tecnológico la producción de caña en La Unión y Los Tarros mejoró en promedio un 30 por ciento, y hasta un 40 por ciento en los lugares que tenían condiciones más adecuadas para el cultivo. Se observó que la caña con agua es la mejor. Pueden aplicarse fertilizantes y madurantes, y la caña los absorbe satisfactoriamente. Desde entonces, el Paquete Tecnológico es utilizado por cada vez más ingenios de Guatemala y de Centroamérica. Y fue en ese contexto que la industria azucarera guatemalteca empezó a mejorar notablemente, hasta el punto de convertirse en modelo para muchísimos países.

El ingeniero Víctor Sanchezviesca explica la forma de aplicar agroquímicos por avión. Fue él quien introdujo en la caña de azúcar la técnica consistente en utilizar aviones para actividades agrícolas, una práctica masivamente empleada con anterioridad en plantaciones de algodón. Las plantaciones algodonerías se acabaron en el país en 1988, por el uso excesivo de insecticidas, que elevó los costos de producción. El algodón es importado por Guatemala libre de impuestos, y así se ratificó en las negociaciones del Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y Centroamérica.

En la fábrica de La Unión, ingeniero Víctor Sanchezviesca, entomólogo, y Genaro Miranda, Administrador del Ingenio. El Ingeniero —como se le llamaba a Víctor, cariñosamente— fue el primer profesional agrícola en trabajar en la Empresa, a inicios de 1970. Enseñó el uso y elaboración de normas para la aplicación de agroquímicos, por las vías terrestre y aérea.



CENGICAÑA: La visión de largo plazo

En los años noventa principió a funcionar CENGICAÑA, que el ingeniero Ricondo consideró muy importante apoyar porque, según sus palabras, representa la visión de largo plazo. Sin embargo –agregó–, *en el corto plazo nosotros tenemos que resolver nuestros problemas e ir rápido*. Y efectivamente, a mediados de 1997 la dirigencia de la industria azucarera se reunió en CENGICAÑA y estableció sus metas de producción. Durante esa reunión, algunos participantes decían: *Nos gustaría esto, o nos gustaría lo otro...* El Director General de CENGICAÑA, doctor Mario Melgar, les aseguró que las metas a las que aspiraban ya las había logrado La Unión.

Las funciones fundamentales de CENGICAÑA son realizar investigaciones científicas y tecnológicas, e impartir capacitación para aumentar la productividad del cultivo de la caña de azúcar. Fundado en 1992 por ASAZGUA, el Centro es financiado por los ingenios en proporción a su producción de azúcar. El doctor Melgar describe el marco de referencia en que se concretó el surgimiento de la institución.

«La industria azucarera guatemalteca ha tenido un crecimiento impresionante desde 1960, pero su mayor auge data de 1980. Los cultivos de caña de azúcar ocupan ahora 180 mil hectáreas, aproximadamente dos por ciento del territorio nacional. Medido en términos de generación de fuentes de trabajo, son más de 70 mil empleos directos y más de 200 mil indirectos.

Cuando una industria logra tal grado de desarrollo, requiere del componente tecnológico, fundamental para el crecimiento de cualquier empresa, y en particular de un ingenio azucarero. CENGICAÑA fue fundado para seguir el rumbo marcado por industrias azucareras mundialmente vanguardistas, como las de Australia, Brasil y Colombia.

Fue así como en Guatemala se decidió desarrollar proyectos de investigación que permitieran un crecimiento sostenible y rentable de la industria azucarera, con el convencimiento de que el factor tecnológico abre una gran brecha entre los países desarrollados y los subdesarrollados. Las naciones desarrolladas invierten más de 4 por ciento de su producto interno bruto en investigación, un porcentaje mucho mayor del que los países subdesarrollados destinan a ese rubro. En esa perspectiva, la creación de CENGICAÑA demuestra la visión de los empresarios, en el sentido de buscar los frutos del desarrollo tecnológico, en asociación con los países de liderazgo mundial.

De izquierda a derecha, Aquilino Vigil, gran amigo de Similiano García, y representante de la compañía Fulton, de San Luis, Missouri, Estados Unidos; Otto Kusbiek –quien llegó como asistente del Ingenio Los Tarros en 1975–; Genaro Miranda, Administrador, y Eusebio Portela, Jefe de Planta de Los Tarros. La fotografía fue captada poco tiempo después del fallecimiento del ingeniero Senén Viego, acaecido en 1975.



Desde sus inicios CENGICAÑA se ha basado en la planificación estratégica, y eso ha permitido que desde los diversos niveles gerenciales de los ingenios se determine hacia dónde se debe orientar. Uno de los principales temas de investigación ha sido el desarrollo de nuevas variedades, algo de suma importancia para la industria, porque su materia prima, la caña, proviene del campo, y para obtener una buena producción de azúcar, hay que comenzar por tener buenas variedades de caña.

CENGICAÑA también ha trabajado en proyectos como el Manejo Integrado de Plagas, para reducir el impacto de éstas en la producción de caña. En el control de plagas la industria azucarera ha tenido una relación muy amigable con el ambiente, a través de un enfoque basado en el componente biológico, que minimiza el uso de productos químicos. Ese enfoque se inspira en el concepto de un ambiente sostenible.

Otros importantes proyectos promovidos por CENGICAÑA son la fertilización, los riegos y la agrometeorología. Su personal ha sido seleccionado entre el mejor recurso humano, formado en las especialidades que el Centro requiere para desarrollar sus proyectos. Sus miembros poseen doctorados y maestrías obtenidos en universidades de Estados Unidos, México, Costa Rica, Puerto Rico y Bélgica.»

Los aportes de La Unión y Los Tarros

El Director de CENGICAÑA considera especialmente valiosas las aportaciones de La Unión y Los Tarros a la tecnología azucarera.

«La Unión y Los Tarros siempre han sido ingenios vanguardistas en el componente tecnológico de la industria azucarera. En base a la producción de azúcar de años recientes, La Unión, junto a Los Tarros, ocupa el tercer lugar entre los ingenios contribuyentes a CENGICAÑA. Su relación con CENGICAÑA ha sido intensa en todos los proyectos del Centro, en un trabajo muy armónico con los técnicos de ambos ingenios. El nivel tecnológico alcanzado mediante esa labor conjunta es muy alto.

Conviene destacar la capacidad obtenida por La Unión y Los Tarros en labores como el Manejo Integrado de Plagas, actividad que la industria azucarera debe realizar en forma coordinada, porque es un problema que afecta geográficamente a toda la zona productora, sin importar a qué ingenio pertenece una determinada área. La Unión ha sido uno de los pioneros en actividades como la producción del hongo *Metarhizium*, utilizado en el control biológico de la *chinche salivosa*, una de las plagas que en mayor medida afecta a la caña de azúcar.

También han sido significativos sus aportes a proyectos conjuntos en fertilización, riego y aplicación de madurantes. Durante los primeros años de CENGICAÑA, don Similiano García manifestó interés en conocer los proyectos del Centro, y en respuesta a ello hicimos algunas presentaciones. Don Similiano, quien siempre ha destacado como un empresario de vanguardia, apoyó desde el principio el visionario proyecto de CENGICAÑA, convencido de la importancia de aprovechar la ciencia y la tecnología para la producción de azúcar.

La Unión ha sido en el sector del azúcar uno de los pioneros en apoyar todas las actividades destinadas a la capacitación del recurso humano. Se ha compenetrado de la trascendencia que tiene la inversión en tecnología para la rentabilidad y la sostenibilidad de una industria tan importante para Guatemala.»

Resultados tangibles de un esfuerzo unificado

El doctor Melgar explica aspectos del funcionamiento del Centro y el énfasis puesto en actividades de capacitación.

«CENGICAÑA cuenta con un comité de capacitación cuyos miembros son técnicos de los ingenios. En base a las necesidades detectadas, ellos diseñan planes anuales de capacitación, que comprenden cursos, seminarios y talleres, dirigidos a todas las áreas de trabajo de los ingenios, incluidas fábrica, campo, recursos humanos y transporte.

Conjuntamente con las universidades Del Valle y Francisco Marroquín, CENGICAÑA ha promovido maestrías en la costa sur, en ingeniería azucarera, ingeniería cañera y administración agroindustrial. Probablemente estas fueron las primeras maestrías impartidas fuera de las dos principales ciudades del país, la capital y Quetzaltenango. En síntesis, la capacitación impartida por CENGICAÑA está dirigida a personal operativo, técnico y gerencial.

El Diplomado en Ingeniería Azucarera fue promovido en el pasado por el licenciado José Molina Calderón, en el Centro Universitario Ciudad Vieja. Profesores extranjeros impartieron ese diplomado en 1977 con el respaldo de la industria azucarera. Durante unos años los diplomados se suspendieron, pero en

Ingenieros Arturo Valle, de una empresa comercial, y Víctor Sanchezviesca, primer entomólogo que trabajó en La Unión, en la década de los setenta, y primer ingeniero que laboró en el área agrícola del Ingenio.



1996 se reiniciaron en CENGICANA, con participación inicial de 104 estudiantes de los diferentes ingenios y con los mejores recursos humanos de toda esta agroindustria. En efecto, los profesores eran las personas más calificadas en cada área del proceso de fabricación. Posteriormente su nivel se elevó a Maestría en Ingeniería Azucarera, habiéndose graduado 18 estudiantes hasta 2003.

Con apoyo del INTECAP, que aporta el recurso humano, CENGICANA coordina un proyecto de preparación de monitores en el corte de caña, fundamentalmente dirigido a capacitar a mayordomos de corte durante los meses previos a la zafra. Después de ello, en conjunto con los mayordomos de corte, se le da seguimiento a la labor que realizan cortadores seleccionados durante toda la zafra. A través de los años, esto ha permitido mejorar la eficiencia del corte de caña.

Basada en su Plan Estratégico 2000-05, CENGICANA tiene como principal proyecto de investigación desarrollar nuevas variedades de caña de azúcar. El segundo proyecto en importancia es el control del impacto económico ocasionado por las plagas y, tras ello, el uso óptimo de fertilizantes; la mejor utilización posible del recurso agua, incluida la evaluación de métodos y sistemas de riego, y, además, el análisis de la información agrometeorológica.

En materia de transferencia de tecnología, los proyectos incluyen variedades de caña, riego, cosecha y zonificación agroecológica, y cuentan con la participación de todos los técnicos de la industria azucarera. Las actividades se realizan por medio de comités para cada área, y han permitido el libre intercambio de tecnología, primariamente entre todos los ingenios guatemaltecos. Después se incorporó como socio de CENGICANA el Ingenio Central Izalco, de El Salvador.

Desde la fundación de la institución, la industria azucarera ha alcanzado niveles sobresalientes de productividad. En 1992 se producían ocho toneladas de azúcar por hectárea, y en la actualidad se producen diez. Esto no sólo representa para la industria azucarera estar muy por encima de cualquier otro cultivo en el país, sino que además coloca a Guatemala en el segundo lugar mundial en productividad, después de Malasia.

Ese impresionante salto no es un logro individual de un ingenio en particular sino el resultado de un esfuerzo conjunto, realizado con el apoyo de CENGICANA. Y aún es posible llegar más lejos, pues investigaciones sobre fertilización indican que en algunos casos, al integrar los conocimientos generados por la tecnología apropiada en el uso de fertilizantes, estarían al alcance incrementos de hasta una tonelada por hectárea.

Entre los logros obtenidos por CENGICANA durante sus primeros diez años, con el apoyo de INTECAP, universidades y otras instituciones, destaca haber organizado más de mil cursos, con participación de más de treinta mil personas. Otro avance notable fue empezar a desarrollar variedades guatemaltecas de caña de azúcar, función esencial de CENGICANA. En 2003 dichas variedades se producían a nivel semicomercial, bajo un proceso de evaluación. También se han desarrollado tecnologías en el manejo integrado de las principales plagas, conjuntamente con técnicos de los ingenios y mediante la adopción de un enfoque compatible con el ambiente.

Asimismo, CENGICANA confiere una gran importancia a objetivos como la instalación de una red meteorológica, que será vital para que la industria azucarera cuente con un sistema de información que facilite la toma de decisiones basadas en pronósticos del clima. A inicios de 2003 se disponía ya de la información generada por seis estaciones meteorológicas. A mediano plazo se calcula contar con 18 estaciones que permitirán adoptar decisiones más acertadas en la producción, la cosecha y finalmente el mercadeo del azúcar.»

Un logro adicional en que debe reconocerse el mérito de CENGICANA es que, mediante un trabajo conjunto con ASAZGUA y con la Asociación de Técnicos Azucareros de Guatemala ATAGUA, se obtuvo para el año 2005 la sede del Congreso Mundial Azucarero, el evento tecnológico más importante para la caña de azúcar, como lo demuestra la participación de mil técnicos de las industrias azucareras de todo el mundo, destacando las más avanzadas como Australia, China, Sudáfrica, Taiwán, Malasia, Indonesia, Pakistán y la India, que es uno de los mayores productores de azúcar entre los 80 países donde se cultiva caña. Lo confirma, también, la asistencia de delegados de Europa, pues aunque en ese continente no se produce azúcar de caña, sino de remolacha, los europeos están muy vinculados al desarrollo de equipos y productos, y ello explica la concurrencia de técnicos de Francia, Gran Bretaña, Alemania y España. Guatemala se convierte en el primer país centroamericano organizador del Congreso Mundial, cuyas anteriores ediciones en el hemisferio tuvieron como sedes a Estados Unidos, Brasil, Colombia y Cuba.

Capítulo XXI
El paquete tecnológico, clave de la productividad

La visión de futuro asumida por La Unión, en vías de consolidar su proceso evolutivo como empresa, ha inducido a adoptar planes de largo plazo en sus diferentes áreas. Dentro de ese marco, para el quinquenio 2002-06 fue elaborado un Plan de Alta Productividad para el Área Agrícola. El diseño y la definición de esa estrategia productiva fueron el resultado de largos y exhaustivos análisis, realizados con el respaldo de sólida experiencia profesional y profundos conocimientos tecnológicos.

Humberto Ospina, perseguidor de la excelencia

El Plan de Alta Productividad debía constituir una herramienta para superar todo lo logrado hasta entonces, por lo que le fue encargado al ingeniero colombiano Humberto Ospina, con amplia experiencia en la agroindustria azucarera de la región latinoamericana y del Caribe, y poseedor de un doctorado de la Universidad de Montpellier, Francia. Vinculado a la Compañía desde 1998, tras una breve asesoría en 1995, las apreciaciones del doctor Ospina en torno a los lineamientos y perspectivas de La Unión-Los Tarros reflejan en él una identificación plena con nuestra búsqueda de excelencia.

«Estos años de trabajo en la corporación La Unión-Los Tarros me han confirmado que uno puede alcanzar metas similares por muy diferentes caminos. Cuando comparo los sistemas empleados en Colombia con los de Guatemala y otros países donde he sido asesor —México, Honduras, Nicaragua, Ecuador, Panamá y República Dominicana— encuentro que en cada lugar la industria azucarera tiene paradigmas propios, aunque las metas son las mismas: lograr las mejores utilidades.

El objetivo final no es alcanzar la mayor producción de caña ni de azúcar, sino obtener las más altas utilidades en relación a las inversiones realizadas. Claro, las estrategias varían según el enfoque de la política económica que corresponde a un momento determinado en cada país. Un ingenio, como cualquier empresa, debe ser evaluado en función de sus metas, sus utilidades o el crecimiento de su capital. Pero desde el punto de vista agrícola, lo más importante es obtener la mayor cantidad de azúcar por tonelada y por hectárea de caña sembrada, es decir, que cada hectárea produzca la mayor cantidad posible de azúcar.

Impulsor de la agricultura de precisión, el doctor e ingeniero Humberto Ospina es el artífice del Plan de Alta Productividad para el Área Agrícola, en el que ha volcado la vasta experiencia adquirida en varios países donde ha sido asesor, incluida Colombia, su tierra natal.



En Guatemala, La Unión es el ingenio que produce la mayor cantidad de azúcar por hectárea cultivada con caña. En la zafra 2001-02 produjo un *récord Guinness* de 249 quintales por hectárea, una cantidad muy alta en relación con Guatemala y Centroamérica. El gran récord de La Unión y Los Tarros en la zafra 2001-02 fue la producción en conjunto de más de cinco millones de quintales, una marca lograda de nuevo en la zafra 2003-04.

La Gerencia de Operaciones Agrícolas ha creado un excelente equipo técnico. Asesoró a varios ingenios en Guatemala, y difícilmente otro ingenio pueda tener un equipo técnico de tan alto nivel como La Unión. Cuando llegué a La Unión comprendí que, en el país, este ingenio se encontraba en los primeros lugares. Me percaté de que había que promover un paquete tecnológico de avanzada para poder superar lo que este equipo estaba haciendo. No podía venir con un paquete tecnológico común y corriente como el que se hubiera podido aplicar en otros ingenios de Guatemala. Aquí había que aplicar un paquete mucho más avanzado que los de todos los demás ingenios, porque si no, no se iba a hacer nada.

La Unión había llegado ya al primer lugar de la tecnología en Guatemala, así que era obligado superar esto, y por eso empecé a idear el proyecto de productividad agrícola, para poder hacer algo muchísimo mayor. Discernimos que nuestro punto de comparación no podía ser Guatemala, sino países de cualquier parte del mundo que estuvieran a la vanguardia, tales como Australia, Brasil y Colombia. De hecho, La Unión en su proyecto de productividad se compara con los países líderes, porque en otras naciones centroamericanas los ingenios difícilmente pueden llegar a esa altura. Este es el resultado de la excelencia de nuestro personal técnico y administrativo, y de la Gerencia de Operaciones Agrícolas.

El Consejo de Administración aprobó el Plan de Alta Productividad que como asesor para el área agrícola se me encargó diseñar, y que es el resultado de un proceso de varias etapas. Se empezó por examinar a fondo qué se tenía, en relación con la fertilidad del suelo, la topografía del terreno, las necesidades reales de agua y los medios para conseguirla. Esos estudios se realizaron para saber qué estaba pasando, y por qué no se podía producir más si todo se estaba haciendo bien. El procedimiento de análisis fue similar al de un médico que, antes de operar a un paciente, ordena tomar una radiografía y practicar unos exámenes, para luego dar a conocer su diagnóstico.

Con base en los resultados, se establecieron programas para lograr la máxima producción de caña. El primero consistió en diseñar los campos para facilitar los riegos, los drenajes, la preparación de los suelos y la cosecha. El *diseño de campo* permite regar fácilmente y que el agua corra con más fluidez. Mediante ese procedimiento se utiliza menos agua y el terreno queda mejor humedecido. A la vez se logra sacar la cosecha sin inconvenientes, por calles rectas y mejor construidas. Tal diseño de campo es fundamental en la nueva agricultura, llamada por nosotros *agricultura de precisión*.

Luego, se diseñó un programa en busca de mayor eficiencia en la *operación de riego*. Se empezó a analizar, a buscar nuevas tecnologías, y desde 2003 se tiene un pivote central trabajando en la finca Montealegre, en La Gomera. Es una belleza, está ahorrando agua y la producción se incrementará allí en por lo menos treinta toneladas de caña por hectárea. Ese mismo año llegaron tres pivotes más y en 2004 otros tres pivotes. A la larga se necesitarán cerca de cincuenta pivotes en el Ingenio, pero eso también reducirá el costo del riego por debajo de cincuenta por ciento. El caso es que el agua queda mejor localizada, no hay pérdida de líquido, y se necesita menos agua, pero la planta cuenta con ella en los momentos propicios, y la producción aumenta notablemente.

Otro componente es el *programa de fertilización*, de acuerdo con la relación suelo-planta. Esa relación resulta de los análisis que hicimos con anterioridad en torno a la fertilidad y al perfil del suelo. Antiguamente se aplicaba en toda el área la misma fórmula de fertilizantes. Ello equivalía, en términos deportivos, a tomar a un grupo de atletas para someterlos a una competencia, suministrándoles a todos el mismo tipo de comida. Esto ya no será así, porque se determinará qué necesita cada lote de caña, como si se tratara de la nutrición particular de cada deportista, y se dará exactamente la ración de alimento, en este caso de fertilizante, que le conviene. A unos lotes se les suministrará más fertilizante, y a otros, menos, pero el resultado será excelente. Ese es el programa de fertilización, y se administrará por nichos, como se manejan los nichos ecológicos.

El cuarto y último programa es el de *preparación de suelos*. Todos los suelos son distintos, como se observa cuando se cava un terreno y se encuentra suelo arenoso y después piedra. Hay otro que es una tierra negra profunda, y otro que es malo desde el principio. La preparación debe realizarse de acuerdo con el perfil de cada suelo, porque se trata de agricultura fina.



página 197, de arriba hacia abajo
Desde el año 2003 La Unión cuenta con un moderno sistema de riego basado en un pivote central que trabaja en la finca Montealegre, en La Gomera, Escuintla. Con este nuevo sistema se está aborrandando agua, y la producción por hectárea se ha incrementado en por lo menos treinta por ciento.

El agua es uno de los ingredientes básicos en la agricultura, y por eso se busca cada día mayor eficiencia en la operación de riego. Se proyecta tener cerca de cincuenta pivotes funcionando en los campos, con el objeto de usar el agua en forma eficiente.

Ciertamente hay factores que escapan a nuestro control, como los efectos del clima. En 1997-98, después del gran esfuerzo realizado, el fenómeno de El Niño causó una merma de 20 toneladas por hectárea, y en 2002 una reducción de entre siete y ocho toneladas por hectárea.

Para mí fue muy difícil, por pundonor profesional, decirle al Consejo de Administración que, en lugar de lo que habíamos calculado, se iban a producir siete toneladas menos. Temía que no se iba a comprender la gravedad del daño causado por El Niño, y que se llegara a pensar en otro tipo de causales, pero el Consejo de Administración es muy maduro y está muy bien informado, de modo que comprendió la situación. Supongo que sus miembros averiguaron con anticipación lo que sucedía en el resto de Centroamérica, y que habría de afectar no sólo a La Unión, sino a toda Guatemala. En general, los estragos de El Niño se observaron en todo el mundo, y los resultados están a la vista con el aumento de los precios del azúcar en esa cosecha y la reducción generalizada de la producción.

Por último, me causó mucho gusto la contratación de un asesor internacional que realizó un diagnóstico de mi trabajo en La Unión, una especie de *segunda opinión*. Él es el doctor Jack Nelson, quien analizó la situación, revisó el proyecto de la productividad y le pareció muy bueno y muy bien encauzado.»

Jack Nelson: *La Unión, uno de los mejores ingenios del mundo*

Bajo su estructura actual, en que el Consejo de Administración está constituido por profesionales externos, que no son accionistas o dueños de la Empresa, La Unión ha ejecutado procedimientos nuevos e interesantes. Por ejemplo, ha pedido evaluar el Plan de Productividad Agrícola, para confirmar si es en realidad un paso correcto. Debía haber en el mundo alguna persona capaz de hacer una evaluación de ese tipo y, aunque buscarla no fue fácil, se encontró al doctor Jack Nelson, principal ejecutivo del único ingenio del estado de Texas, el *Rio Grande Valley Sugar Growers*.

Cada año, el doctor Nelson presta servicios de consultoría privada durante dos semanas. Se le contrató, estuvo en el Ingenio una semana, en mayo de 2002, y fue a la costa a examinar el Plan de Productividad Agrícola, diseñado por el doctor Ospina. El doctor Nelson llegó acompañado por su esposa, quien lo apoyaba en el registro de datos. Un día viernes terminaba su evaluación y análisis, de modo que sería recibido por el Consejo de Administración, con cuyos miembros no se conocía. Él llegó muy nervioso y nosotros estábamos ansiosos por saber a qué conclusiones había arribado. El doctor Nelson es una persona muy profesional, amable, con muchas cualidades. Nos entregó un informe en el que, después de las primeras páginas, decía lo siguiente: *La operación de la fábrica La Unión es una de las mejores que yo he podido observar en el mundo*. Verbalmente remarcó aquella afirmación diciendo: *Y yo recorro mucho mundo*.

El doctor Nelson bromeó diciéndonos que cuando los miembros de La Unión quisiéramos irnos *de mojados* a los Estados Unidos, él nos recibiría a todos para trabajar con él, y que estaría muy a gusto con nosotros. Una de sus recomendaciones, con relación a nuestro trabajo en el tema del agua, es tratar de llevar agua hasta donde se pueda. Durante su visita le abrimos todas las puertas y él recíprocamente nos suministró información. Le sorprendió que los costos de La Unión constituyeran la mitad del presupuesto del ingenio que él dirige en Texas pero, claro está, el precio del azúcar en ese estado norteamericano es el triple del precio establecido en Guatemala.

Trotamundos del azúcar

El ingeniero Miguel Maldonado evalúa estadísticamente los resultados de aplicar en La Unión la mejor tecnología mundial.

«Cuando vine a la Empresa, en 1976, la producción era de 133 libras de azúcar por hectárea (76 toneladas de caña por hectárea con rendimiento de 175 libras de azúcar por tonelada). Desde entonces ha aumentado en más del doble hasta alcanzar 276 libras de azúcar por hectárea (120 toneladas de caña por hectárea con rendimiento de 230 libras).

Estos logros se deben a la nueva tecnología aprendida en otros lugares, ya que, como un acierto de la Empresa, hemos visitado la mayor parte del mundo azucarero para conocer mejores técnicas, que después se aplican en el campo, las fábricas, los talleres y el transporte. La industria azucarera no es estática sino muy dinámica, y eso lo hemos vivido nosotros.

Es así como la principal meta del Plan de Productividad Agrícola 2002-06 es tener una producción estable y sostenida, sin altibajos. Todo ello se puede lograr con nueva tecnología y con productividad.»

La capacitación de mandos medios y los viajes de ejecutivos al extranjero son parte de un esfuerzo constante para la actualización de la Empresa, como lo señala el licenciado Mario Estrada, Gerente General.

«Se ha capacitado al personal de mandos medios, en tanto a los ejecutivos los hemos enviado a que conozcan la tecnología de otros países, donde puedan observar la labor que se realiza en el campo, en las fábricas y en todas las etapas del proceso de operación azucarera. De esa manera ellos adquieren una cultura tecnológica, se preocupan porque nuestros ingenios progresen y sean más eficientes.

Adicionalmente, se dispone de asesores muy bien informados sobre lo que ocurre en los negocios azucareros del mundo. Ello ha permitido obtener las mejores recetas de la tecnología mundial, y las aplicamos en las áreas agrícola y de la fábrica para mejorar la caña y el azúcar. La política de adquisición de tecnología se basa en conocer cuáles han sido sus resultados en otras latitudes, buscando así que los técnicos sepan cómo se aprovechan en el extranjero los nuevos métodos a su alcance. Este proceso no se ha limitado a la compra de tecnología, sino ha pasado por una etapa de observación hacia el exterior, después se imparte capacitación, luego se aplican las nuevas técnicas, y al final todo ello conduce a una buena operación.»

Lecciones y conclusiones de más de un cuarto de siglo

El ingeniero Héctor Ranero, Asesor Agrícola de La Unión y Los Tarros, analiza la incidencia que ambos ingenios han tenido en la evolución tecnológica de la agroindustria azucarera desde el último cuarto del siglo XX.

«Fui el primer agrónomo colegiado que trabajó en la industria azucarera de Guatemala. Principié en 1975 en el Ingenio Pantaleón, donde permanecí diez años. Después laboré por nueve años en el Ingenio Madre Tierra, de la familia Campollo. A raíz de mi trabajo allí, y por mi relación con dicha familia, conocí de cerca a don Similiano García.

Pantaleón era en aquella época el ingenio más grande de Guatemala, y recuerdo que ya entonces todo mundo se refería con profundo respeto a don Similiano, admirado por su gran agresividad empresarial, que le llevó a cambiar conceptos y convertirse en un impulsor de esta industria, además de gran amigo y excelente persona. Ha sido un orgullo trabajar con don Similiano, uno de los empresarios más importantes de esta industria, en la que es un auténtico personaje.

Desde 1995 soy consultor de ingenios azucareros. Asesoro en Guatemala a La Unión, Los Tarros, Tierra Buena, San Diego, Trinidad y Madre Tierra. En Honduras soy consultor del Ingenio La Grecia, en Costa Rica asesoro al Ingenio Catsa, y en República Dominicana al Ingenio Barahona.

Tengo relación directa en la Empresa con el ingeniero Miguel Maldonado, quien comenzó en la industria azucarera hace 25 años, un año después que yo, y siempre ha trabajado en La Unión y Los Tarros. Verdadero líder, con enorme mística, empujador como pocos, se ha rodeado de muy buen equipo técnico.

Siempre se debe tener claro que, sean cuales fueren sus logros, un ingenio nunca debe sentirse completamente satisfecho de lo que hace. La etapa actual es más difícil en costos y más fina en análisis, que cuando nosotros empezamos en esta industria, lo que obliga a contar con técnicos mucho mejor preparados. Hoy en día se habla de presupuestos y de costos, a diferencia del pasado cuando sencillamente la gente que valía mucho era la que impulsaba. En el presente se observa a muchos ingenios buscando técnicos graduados con maestrías. Eso antes era impensable.

Un proyecto importantísimo que partió de la Empresa fue CENGICAÑA, del que soy director-fundador. Los técnicos encontraron allí un punto donde se converge, lo que ha permitido un gran intercambio de tecnología. Por supuesto que ahí ya entra en juego la habilidad de cada empresa para aprovechar los recursos disponibles. Mi trabajo para ocho ingenios me ha permitido observar cómo unos tienen más propensión a los cambios y otros son conservadores. Algunos que antes eran calificados de arcaicos, están actualmente muy sólidos. Y otros que en el pasado fueron muy agresivos, ahora no están muy consistentes. Mientras tanto, países como Nicaragua, Honduras y El Salvador buscan asociarse con CENGICAÑA, para mejorar su tecnología.

El ingeniero Miguel Maldonado llegó a la Empresa en 1976, poco después de graduarse en la Escuela Agrícola Panamericana El Zamorano, de Honduras (abora convertida en Universidad). “Empujador como pocos”, es uno de los calificativos que recibe de quienes lo han visto trabajar en más de un cuarto de siglo, especialmente desde que asumió, en 1990, la Jefatura del Departamento de Operaciones Agrícolas, denominado posteriormente Gerencia Agrícola.



Cuando vine a La Unión-Los Tarros había un proyecto para impulsar la cosecha mecanizada. Existían buenas razones para ello, ya que, por el sistema que regía en la Empresa, el mayor porcentaje de cortadores era de la región de Santa Lucía Cotzumalguapa, y con frecuencia debían suspender sus labores los sábados, domingos o lunes, por falta de caña. Hablé con los dirigentes de la Empresa y no me costó mucho convencerlos —porque de alguna forma ya traía la experiencia de otro lado— de que convenía tener más personas del altiplano, o sea gente viviendo en los centros habitacionales. La idea fue muy bien recibida y aplicada, y La Unión mejoró muchísimo, observándose los beneficios en la calidad del corte.

Otro asunto que se analizó durante mucho tiempo con la Gerencia de la Empresa y con el ingeniero Maldonado fue la división de la Superintendencia de Campo en dos superintendencias. Antiguamente, en La Unión, las personas que producían caña también eran jefes de cosecha, y esa dualidad impedía que hiciesen bien ambas cosas a la vez. Fueron establecidas la Superintendencia de Producción Agrícola, a cargo del ingeniero Jorge Sandoval, y la de Cosecha, a cargo del ingeniero Elvis Reyes. A raíz de eso, a partir de 2001 se han revisado todos los cuadros del organigrama y la estructura de zonas. En el momento en que se realizaron esos cambios, La Unión comenzó un verdadero despegue, cuyos frutos estamos seguros de obtener al cabo de pocos años.

Impulsé también la cosecha de seis surcos, idea que fue muy bien recibida y aprobada. Consiste en que cada cortador de caña corta seis surcos en vez de cinco. De nuevo, la tenacidad y el liderazgo del ingeniero Maldonado influyeron en que, en un solo año, los resultados fueran de cien por ciento, con un gran beneficio para la Empresa. Ahora casi todos los ingenios han adoptado esa tecnología.

Por último, se adoptó el sistema de minimaletas, anteriormente experimentado por Madre Tierra, donde lo llamaban chorro discontinuo. Su mayor ventaja es que permite cortar la caña un poco más limpia y lograr que a las fábricas llegue menos tierra. En el futuro puede ser de gran impacto para reducir el uso de agua en el lavado de caña, y hay ingenios que mediante ese procedimiento han reducido su consumo de agua en más de cincuenta por ciento. La razón es que el agua de la caña, después de ser lavada, puede contaminar los ríos. El proceso de corte es el mismo, pero la gente, a cambio de un mayor pago, se encarga de elaborar las minimaletitas. Con ello se logra alzar más limpio y evitar que llegue piedra a las fábricas. El sistema está siendo evaluado, y hay cinco o seis ingenios aplicándolo durísimo en Guatemala. En La Unión la aplicación del sistema en 2004 abarcó el cuarenta por ciento de la cosecha.

Merece destacarse el proyecto del doctor Humberto Ospina para incrementar la productividad del área agrícola, hecho con el aporte de todo el personal de La Unión. Es un proyecto cambiante que se puede ir enriqueciendo y reformando. Del doctor Ospina recuerdo que, siendo yo Gerente Agrícola del Ingenio Madre Tierra, le dije a la familia Campollo que se necesitaba un consultor extranjero que viniera a validar o a criticar lo que se estaba haciendo, y por una enorme casualidad me tocó a mí escoger al doctor Ospina, y él comenzó de asesor en el Ingenio Madre Tierra. Es asesor de varias empresas en Guatemala y en el extranjero, desarrolló una gran experiencia en Colombia, es productor de caña en ese país y ha sido empresario de maquinaria azucarera. En fin, es un profesional muy completo, es un gusto trabajar con él aquí en La Unión y estamos juntos en el proyecto agrícola.

Desde una perspectiva internacional, hay que reconocer que Colombia posee la mejor tecnología azucarera del mundo, obviamente en condiciones diferentes a las nuestras, es decir, con otro valor de tierras y otro costo de producción. En Colombia hemos adquirido la tecnología de mayor calidad,

aunque de hecho ya nos han cerrado un poco las puertas, porque después de ser sus alumnos pasamos a estar ya muy cerca de ellos en productividad, pero los colombianos han sido gente muy fina que nos ha ayudado muchísimo.

Actualmente hay una moda y es Brasil. Mucha gente está yendo a Brasil, país cuyo impactante volumen de producción le permite tener costos mucho más bajos que los nuestros, con rendimientos excepcionales. Ellos sacan, como país, treinta libras más de azúcar por tonelada de caña.»

esta página
Curso para estudiantes de agronomía. Asistieron algunos profesionales ya graduados, con estudios avanzados, quienes actualmente ocupan puestos importantes en la administración azucarera en Guatemala. A la izquierda, el ingeniero Mauricio Cabarrús, Gerente de la División Agrícola del Ingenio Pantaleón. Al centro, el ingeniero Héctor Ranero, quien trabajó en los ingenios Madre Tierra y Pantaleón, y actualmente es Consultor de La Unión-Los Tarros. A la derecha, el licenciado Julio Toledo, en ese entonces Administrador del Ingenio Pantaleón. Ejecutivos de La Unión fueron directores de los programas impartidos en estos cursos: Víctor Sanchezviesca (agronomía), René Ozaeta (administración) y el autor en la coordinación. Las conferencias quedaron plasmadas en un libro editado por el autor.

página 201
Con el propósito de tener certeza en la aplicación de productos agroquímicos, se lleva un control estricto, respaldado por información satelital de todas las aplicaciones aéreas. Se utilizan avionetas en áreas planas y helicópteros en áreas quebradas.



Capítulo XXII
Los asesores: certeras respuestas a grandes interrogantes

La contratación de asesores de alto nivel incidió significativamente en las transformaciones de la industria azucarera guatemalteca, en distintas épocas. La guerra civil en Nicaragua y la toma del poder por los sandinistas trajeron como consecuencia la emigración de expertos que laboraban en ese país, entre ellos el doctor St. John P. Chilton, quien había contribuido al ascenso del ingenio nicaragüense San Antonio, en ese tiempo el más grande de Centroamérica.

El doctor Chilton llegó a La Unión entre 1978 y 1980, y le dio su asesoría juntamente con el ingeniero nicaragüense Jorge Pacheco —su asistente permanente en Guatemala, y quien también salió de su país, como tantos otros profesionales, a causa de los sandinistas—.

Uno de los aportes tecnológicos más importantes que se atribuyen al doctor Chilton es haber establecido procedimientos para seguir de cerca el proceso de madurez de la caña. La época de zafra comenzó a dividirse en tercios. El *primer tercio*, denominado *nicho de zafra*, desde noviembre hasta Año Nuevo. El *segundo tercio*, desde Año Nuevo hasta Semana Santa. Y el *tercer tercio*, de Semana Santa al fin de la zafra. Se trabajó también en variedades de caña, tratando de buscar las que fueran específicas para cada tercio. En esa época, las variedades utilizadas en Guatemala eran pocas. La más extendida era la variedad B-4364, que era tempranera, correspondiente al primer tercio y de gran rendimiento. Sin embargo, no había variedades adecuadas para los siguientes tercios.

Plagas afectaron a la variedad B-4362 y se empezó a buscar afanosamente otras variedades. Se presentó la ocasión de procesar la información de la caña que se produce masivamente, y se introdujeron los datos en programas de computación, con la participación del ingeniero Ricardo Rícica, quien elaboró un programa completo. Esta información se produce diariamente, y se hacen cortes semanales, quincenales o mensuales.

El paso del doctor Chilton por La Unión duró varios años, y con su asesoría se avanzó notablemente. Falleció en 2002.



Inauguración del Laboratorio de Control Biológico y Centro del Sistema de Control Integrado de Plagas. El Párroco de Santa Lucía Cotzumalguapa (al fondo) bendijo las instalaciones. De espaldas, a la izquierda, el ingeniero Miguel Maldonado y, junto a él, Elvis Reyes, hasta 2003 Jefe de Corte, Alce y Transporte. Durante el acto el ingeniero Maldonado y el autor expresaron el reconocimiento de la Empresa al ingeniero Eustaquio Ricondo (QEPD) como impulsor de esta iniciativa, y fue develada una placa con la siguiente inscripción: “Ingenio La Unión dedica estos laboratorios de control biológico a la memoria del Ing. Eustaquio Ricondo, por su espíritu vanguardista que promovió una época de cambios. La Unión. Noviembre 1994.”

En enero de 2004 llegó el doctor Thomas G. Ray, invitado por el Consejo de Administración de La Unión, para analizar la logística de la caña, desde que es cortada hasta que llega al ingenio. El doctor Ray es el *Chairman* o Director de la Facultad de Ingeniería Industrial y Sistemas de Fabricación de la Louisiana State University LSU, institución muy acreditada en estas áreas, situada en la ciudad de Baton Rouge. Fue profesor del ingeniero Rafael Viejo, quien en el año 2004 asumiría la Presidencia del Consejo de Administración. Estuvo en Guatemala durante tres días completos, observó las operaciones, y le impresionó la cantidad de información que se manejaba y el interés de la Empresa de *producir azúcar educando al personal* (traducción libre de: *We make sugar building people*). Esas eran sus palabras para definir la política de trabajo. El doctor Ray estaba verdaderamente impresionado por esta cultura del Ingenio, y formuló recomendaciones muy atinadas para mejorar la labor.

También en enero de 2004 se solicitó la asesoría del doctor José Paulo Stupiello, presidente de los técnicos azucareros de Brasil, a quien habíamos conocido en ocasión de un seminario sobre azúcar en la ciudad de Ribeirão Preto, Brasil, en septiembre de 2003, al que asistimos miembros del Consejo de Administración, así como el Gerente General, Mario Estrada, y el ingeniero René Cifuentes. El doctor Stupiello fue contratado para analizar también el tema de la logística de la caña. Estuvo en La Unión durante una semana y presentó valiosas sugerencias, como unificar los laboratorios de la caña de los ingenios y del campo, bajo la dirección de una sola persona, y que ese laboratorio único dependa directamente de la Gerencia General, como efectivamente se hizo a partir de febrero de 2004. Observó otros aspectos interesantes, pero se puso de manifiesto que las condiciones de Brasil son muy diferentes a las de Guatemala.

Un factor ineludible dentro del tema de la logística, analizado por los doctores Ray y Stupiello, es que la caña de azúcar empieza a deteriorarse desde el momento en que se corta, y más aún mientras más tarda en llegar a la fábrica. El azúcar que contiene esa caña comienza a perderse conforme avanzan las horas. Debido a ello, la importancia de la logística consiste en movilizar la caña con la mayor rapidez posible.

El retorno de un gran asesor y su tributo a un insigne colega

Uno de los actuales asesores permanentes de La Unión, el doctor Humberto Ospina, experto colombiano en productividad agrícola, trabaja ininterrumpidamente para la Empresa a partir de 1998. Le había brindado su asesoría tres años antes, pero entonces lo hizo de manera fugaz, por razones que él explica.

«Estuve vinculado por primera vez a La Unión en 1995, por un corto período, y después decidí retirarme. En febrero de 1998 me vinculé de nuevo, y entonces iniciamos un trabajo continuado.



La Unión fue el primer ingenio en Centroamérica en aplicar tecnología biológica para el control integrado y sostenible de plagas. Actualmente estas técnicas se emplean en otros ingenios y países para mejorar la sanidad vegetal. Uno de los logros en ese aspecto es la producción del bongo metarhizium para el control de la chinche salivosa.



Mi retiro temporal es una anécdota muy simpática, y a la vez, para mí, una experiencia grave. Admiré mucho la huella dejada por el asesor que me antecedió en La Unión, de 1986 a 1994, el ingeniero cubano Eustaquio Ricondo Fernández. Sabía de su excelente calidad, porque había oído hablar de él en Ecuador, Costa Rica y Panamá. El caso es que cuando llegué a Guatemala, para asesorar al Ingenio Madre Tierra, el ingeniero Ricondo trabajaba aquí para La Unión. Infortunadamente, el ingeniero Ricondo murió el 30 de junio de 1994 y, unos meses después, en 1995, La Unión contrató mi asesoría.

Después de cuatro meses de trabajar para la Empresa, y de cuatro visitas realizadas, opté por retirarme. La razón fue que el ingeniero Ricondo había dejado una huella muy grande, y me resultaba muy difícil lograr que mis asesorados vieran en mí a su reemplazo idóneo. Para mí fue imposible en ese momento alcanzar la autoridad técnica requerida para validar los nuevos conceptos que traía. Comprendí que debía retirarme, y permitir que los dirigentes de La Unión siguieran en su proceso de duelo hasta que lo terminaran.

Estaba convencido de que en aquel momento no podía hacer una buena labor en La Unión, y que acaso podía retornar a la Empresa, si se presentaba una oportunidad, cuando sus autoridades estuvieran en condiciones de recibir de nuevo un asesor, sin estarlo comparando con un colega suyo de tan alta calidad como el ingeniero Ricondo, a quien ellos quisieron muchísimo. Así fue que, con el dolor de mi alma, y sin explicarles mis razones a los dirigentes de La Unión, para evitar que se sintieran incómodos, simplemente me retiré. Volví tres años después, cuando ya había transcurrido suficiente tiempo para concluir el duelo y ya las cosas se dieron divinamente bien.»

Contratar asesores de primera categoría, un acierto

El ingeniero Elvis Reyes, ex Superintendente de Cosecha y Alce, destaca los resultados de contratar asesorías de alto nivel.

«Las asesorías recibidas, por su excelente calidad, han tenido un efecto decisivo. A través de los años se ha mantenido vigente la figura del técnico asesor. En la Compañía existe esa cultura, de modo que los asesores contratados son asignados específicamente para determinadas áreas del trabajo. Una parte importante de la tecnología proviene de asesores externos, quienes proponen mejoras en base a indicadores comparativos nacionales e internacionales. Se recogen esos parámetros y se va tratando de igualarlos y superarlos, tanto en la parte de costos como en los aspectos de economía, maquinaria, equipo, etcétera. Con el tiempo, todo ello ha permitido que cada cosecha tenga el éxito esperado.

La estrategia tecnológica se ha basado en establecer estándares para saber si la gestión que se realiza es adecuada. Se pueden tener buenas iniciativas y obtenerse resultados satisfactorios, pero es posible que otro lo haga mejor y a menor costo. Cada año se trazan metas, hay esfuerzo por cumplirlas y superarlas. Cuando se cuenta con mediciones y datos de lo que se hace, se tiene el control.

Respecto al uso de tecnologías específicas, se tienen los madurantes, productos que ayudan a madurar la caña. Cuando llegué a la Empresa, entre 1991 y 1992, La Unión ya tenía cuatro años de utilizar madurantes, y se aplicaban por avioneta a un quince o veinte por ciento de la caña. En la actualidad se aplican al 85 por ciento. A la vez, se han desarrollado otros productos —orgánicos, no químicos— para ayudar a que la caña madure y obtener una alta recuperación. Recuerdo que cuando aplicábamos los madurantes al cincuenta por ciento de la cosecha, ingenios grandes de Guatemala todavía no se atrevían a intentarlo, y algunos de ellos empezaron a hacerlo hasta hace poco, como parte de un conjunto de tecnologías. Esto demuestra que la Compañía ha sido líder e incluso pionera en diversas áreas del proceso de producción. Gente de la industria azucarera nacional y de otros países nos visita con frecuencia, porque aquí siempre hay algo que aprender.

Los resultados con los madurantes han mejorado con el Sistema Geográfico Posicional (GPS, por sus siglas en inglés). En la avioneta una señal en un tablero indica dónde aplicar los madurantes. Inmediatamente se activan equipos mecánicos que descargan madurante, justo en la cantidad que corresponde por hectárea. Si el avión vuela más rápido o más lento, el equipo se regula automáticamente,

En todas las fincas bajo su administración, La Unión ha mantenido entre sus normas una medición constante y altamente tecnificada de los resultados de la actividad agrícola. Se establecen puntos de comparación con base en estándares internacionales y se recurre a las asesorías más calificadas para un aprovechamiento integral del potencial de la Empresa.

de modo que las descargas siempre se realizan en la proporción adecuada. La Unión fue el segundo ingenio que utilizó esa tecnología en Guatemala, donde actualmente sólo tres la poseen. Con ese sistema también se aplican fertilizantes y herbicidas.

En otra área tecnológica, La Unión también ha innovado maquinaria. Las primeras máquinas eran pequeñas y en la actualidad se utiliza equipo grande, más eficiente y con menores costos de operación. Desde 1998 se realizan procesos de cosecha mecanizados y prosigue la evolución de esas técnicas. La Compañía ha administrado la caña en tierras propias y alquiladas, y ha logrado autonomía en el corte, lo que significa no depender de otros para la operación. Uno mismo trae la caña, establece las cuotas diarias, se fija estándares y lucha por cumplirlos, lo que le permite estar seguro de la calidad del producto.»

El ingeniero agrónomo Juan Fillippi, quien desarrolló los programas de Control de la Maduración y de Corte, Alce y Transporte CAT, al final de la década de los ochenta e inicio de los noventa, recuerda cambios relevantes ocurridos en ese período.

«Un cambio que marcó el rumbo de la Empresa consistió en incorporar técnicos a la labor de cultivo, con lo que aumentó la productividad en el campo. Otro acierto fue contratar asesores, entre quienes destacó el ingeniero Eustaquio Ricondo, que introdujo técnicas para el control biológico de las plagas de la caña, así como para riegos y drenajes en general, todo ello con el fin de administrar mejor la operación. El ingeniero Ricondo promovió el cambio tecnológico que hizo crecer a la Empresa.

El logro más importante, que repercutió directamente en la producción de azúcar, fue introducir la técnica del madurante en la cosecha de caña. Gracias a ello se pudo iniciar las zafras con un mes de anticipación, en diciembre de cada año, y después con otro mes de adelanto, en noviembre. Además, se pudo ordenar las cosechas, enciclar los cultivos de las variedades, y especialmente aumentar el contenido de azúcar en la caña, de siete a once por ciento. La técnica del madurante le permitió al Ingenio incrementar sus rendimientos, que eran de 210 libras, a 235 libras de azúcar por tonelada de caña molida.»



de arriba hacia abajo

Sobre el plano de una de las fincas cañeras, el experto Richard Quast, contratado por La Unión en 1977, muestra la utilidad de las fotografías aéreas para el trabajo agrícola, una tecnología mejorada después mediante fotos captadas por vía satelital. Asimilada la experiencia para administrar los datos, el proceso siguió hasta su consolidación, y en la actualidad se usa el Sistema Geográfico Posicional (GPS, por sus siglas en inglés), con equipo colocado en las avionetas utilizadas por la Empresa.

El ingeniero Eustaquio Ricondo introdujo el paquete tecnológico adoptado por la Empresa y posteriormente, también, por los demás ingenios de Guatemala. Como asesor de La Unión, impulsó profundas innovaciones en el cultivo de la caña de azúcar.

Capítulo XXIII
Metas mundiales para un ingenio guatemalteco

Características que identifican a La Unión y Los Tarros son el trabajo intenso y continuado, con mucho empuje y constante iniciativa. Lo que realmente hace a la Empresa es que produce azúcar, a la vez que educa y capacita a sus trabajadores. El fuerte respaldo a la preparación de su gente, en distintos campos, ha motivado entre el personal y la Compañía un gran sentido de vinculación.

La Unión motiva a su personal a trabajar con tesón y a tratar de estar entre los mejores ingenios de Guatemala. Nuestros esfuerzos se orientan a alcanzar la mayor eficiencia posible y nos hemos trazado metas mundiales. Analizamos qué hacen los mejores ingenios del mundo, y tratamos de estar entre ellos. Eso se puede evaluar con indicadores de desempeño. En las mediciones que la empresa asesora CIASA realiza a la mayoría de ingenios guatemaltecos, la fábrica de La Unión ha figurado como líder durante los pasados seis años en forma consecutiva. En ese período La Unión ha estado cinco veces en primer lugar de desempeño. Y en las mediciones que para Centroamérica practica la compañía Price Waterhouse, La Unión aparece constantemente como líder, en costos, y en los indicadores industriales, agrícolas y de servicios.

Durante la zafra 2004, funcionaron en Guatemala quince ingenios. En otros países de Centroamérica hay un número mayor, aunque más pequeños, con excepción de San Antonio y Monterrosa, en Nicaragua, e Izalco, en El Salvador. Todo ello es parte del contexto en que se enmarcan las apreciaciones que sobre el tema hace el licenciado Mario Estrada, Gerente General.

«En términos de calidad, somos los primeros en Centroamérica, según lo demuestran comparaciones con ingenios guatemaltecos y de los otros países de la región. Por ejemplo, en el azúcar estándar, que es la de consumo regular en el país, se tiene el primer lugar en calidad, y aunque existen otros tipos de azúcar, como la refinada, más de noventa por ciento del consumo nacional es de azúcar estándar. Otro primer lugar en que nos encontramos se refiere a la operación del Ingenio. Existe una compañía que se dedica a asesorar a los ingenios respecto a su producción de azúcar, y hace su *benchmarking* quincenal, en el que durante cinco años consecutivos hemos obtenido el primer lugar. Es muy satisfactorio saber que La Unión se maneja como el primer ingenio en Centroamérica.

En el *benchmarking* de costos, La Unión aparece con los mejores indicadores en Centroamérica en lo que se refiere a la fábrica, y el segundo lugar en la parte agrícola. Hemos alcanzado y mantenido el primer lugar en calidad, mientras que en volumen de producción el segundo lugar está muy discutido en Centroamérica. Hay otras tres compañías en Guatemala que producen semejante cantidad que La Unión, y en Nicaragua existe un ingenio grande —San Antonio— que también está alrededor del segundo lugar, de modo que en Centroamérica estamos entre los primeros cuatro lugares en volumen de producción.

Don Similiano se preocupó mucho porque La Unión obtuviera el espacio que necesitaba en el mercado, siempre con el cabal cumplimiento de sus obligaciones en el gremio azucarero. Fue un arduo trabajo, y una lucha importante frente a los competidores, pero el esfuerzo fructificó, y La Unión ha estado incorporado al gremio tanto en el mercado local como en el mercado internacional, desde sus inicios.

El crecimiento de la Empresa ha sido rápido, no necesariamente violento, pero sí agresivo —en el buen sentido de la palabra—, en lo que se refiere a la producción y a las ventas. Cuando vine aquí, en 1964, se producían cien mil quintales de azúcar, y en 2002 la producción fue de más de cinco millones de quintales. Esta cantidad se ha logrado en tres zafra consecutivas, lo que significa que la Empresa ha crecido en una proporción de cincuenta veces desde que la conozco. También en la parte agrícola ha crecido significativamente. Ha habido inversiones importantes en la tierra y en maquinaria agrícola, al igual que en equipo sofisticado para aprovechar la tecnología y lograr un buen desenvolvimiento tanto de la parte azucarera como de la parte cañera.»

Cumplimiento de las normas ISO

En 2003 se consideró conveniente que La Unión estuviera acreditado y certificado para garantizar la elaboración de su producto final, el azúcar, porque en un mundo globalizado se debe demostrar cómo es la cadena de producción y el cumplimiento de las normas establecidas. Una compañía puede sufrir la suspensión de sus exportaciones si es señalada de no cumplir alguna norma vigente en el país de destino de su producto. De ahí que las normas ISO 9000 tienen el efecto de dar fe sobre el proceso y la calidad de lo que se produce.

En La Unión se adoptó una doble decisión, consistente en sujetarse a normas de procesos de fabricación del azúcar, las denominadas ISO 9000, y a la vez tener certificados los procesos de atención del ambiente, las normas ISO 14000. Se contrató al inicio a la empresa guatemalteca “Sí Calidad”. La primera etapa, equivalente a cuarenta por ciento del trabajo, consta de procesos relacionados con ambos tipos de normas, ISO 9000 e ISO 14000, y después se separará unas de otras. La Unión está completamente involucrada en el cuidado del ambiente y en las relaciones con la comunidad, por lo que desea establecer esas normas de manera permanente e informar a la población sobre ese esfuerzo.

Innovaciones mundiales y círculos de calidad

La Unión ha sido precursor de innovaciones tecnológicas a nivel mundial, como lo refiere el Gerente Industrial, ingeniero René Cifuentes.

«La Unión y Los Tarros fueron los primeros ingenios en el mundo que utilizaron grasa para lubricar molinos. Los aceites lubricantes, que se usaban anteriormente, dañaban los ejes de los muñones de las mazas. Se probó la grasa durante un par de años, se comprobó su eficacia, y desde 1994 la aplicamos permanentemente. Transcurrió hasta 2001 antes de que otro ingenio recurriera a esa tecnología.

Algunos progresos en la productividad se deben a la creación de *círculos de calidad*, que consisten en que un grupo de jefes y técnicos de cada área de trabajo se reúne periódicamente durante la zafra y en época de reparación, para discutir los problemas y adoptar un método que permita resolverlos. El primero de ellos surgió en el Departamento de Calderas, en Los Tarros, que en esa época estaba bajo mi supervisión. Se originó porque registrábamos un déficit de bagazo en las operaciones. El bagazo hace las veces del combustible que da la potencia por medio del vapor, pero no se lograba ese efecto con algunas variedades de caña que tenían mucho jugo pero muy poca fibra. Ese era el caso de la conocidísima variedad PPQK, de caña morada, que ya no existe pero que en aquella época abundaba en Los Tarros. A causa de ese déficit, teníamos que traer bagazo de otros ingenios para seguir operando.

El ingeniero René Cifuentes, Gerente Industrial, ha aportado sus profundos conocimientos de los procesos de fabricación para contribuir en forma sustancial al crecimiento de la productividad de la Empresa, hasta convertirla en líder en Centroamérica, de acuerdo a las mediciones de los indicadores de eficiencia. La foto le fue tomada durante una de sus interesantes disertaciones sobre la temática agroindustrial, en un congreso regional en que La Unión y Los Tarros también estuvieron representados por el doctor Guillermo Forno Aguirre (izquierda), iniciador del Programa de Inducción a la Tercera Generación Familiar, que por su fallecimiento no pudo ver finalizado.



Ante la necesidad de usar más eficientemente el bagazo y lograr que quedara algún excedente para atender los tiempos perdidos, se buscó la solución con el personal del Departamento de Calderas, y nació el círculo de calidad. Anteriormente había observado este tipo de administración en Colombia, lo que nos indujo a comprar libros en ese país, y a estudiarlos hasta encontrar soluciones y ser autosuficientes con el bagazo. Se aprendió mucho. Fueron creados otros ocho círculos de calidad en la Empresa, y se transfirió hacia La Unión la tecnología obtenida en Los Tarros, también con mucha participación de los trabajadores.

Otro aspecto que merece destacarse es el esfuerzo realizado por la Empresa para cumplir la norma legal de agregar vitamina “A” al azúcar, aunque es un proceso complejo que presenta dificultades. Por ejemplo: la proporción de vitamina a través de la pre-mezcla en el azúcar es de diez partes por un millón, o sea que es como encontrar una bolita roja entre cien mil bolitas azules. Significa que es una mezcla sólido-sólido, que se dificulta a causa de la homogenización. Se hacen esfuerzos por mejorar esta homogenización y dosificación, y de esa manera garantizar que la norma se siga cumpliendo.»

Curva ascendente de producción

Profesionales que durante muchos años han trabajado en La Unión y Los Tarros citan estadísticas que demuestran una curva ascendente en los indicadores de producción. Algunos de esos datos son referidos por el licenciado Carlos Arriola, Gerente Financiero.

«Cuando me incorporé a la Compañía, entre 1975 y 1976, Los Tarros produjo 915 mil quintales de azúcar, el mayor volumen de producción alcanzado durante 45 zafras hasta 2004. Adicionalmente, La Unión produjo durante esa zafra 658 mil quintales, de modo que ambos ingenios en conjunto produjeron 1 millón 573 mil quintales. En ese tiempo Los Tarros ya había reducido la producción de café, y utilizaba una parte de su tierra para sembrar más caña.

La Unión tenía en sus inicios una capacidad instalada de molienda menor a mil toneladas diarias, y en 2004 ha crecido a doce mil toneladas. La Compañía, como grupo agroindustrial, producía en 2004 un total de 231,000 toneladas métricas (5.1 millones de quintales) de azúcar al año, lo que significó un índice de crecimiento de 324 por ciento en 29 años.»

El ingeniero Miguel Maldonado, Gerente de Operaciones Agrícolas, traza otras comparaciones entre el pasado y el presente de la Empresa.

«Los recursos en maquinaria han crecido en forma sensible. En 1976 no se tenía ninguna alzadora, y actualmente hay 16 y se cuenta con tres cosechadoras mecánicas. En aquel tiempo había 10 ó 15 cabezales como máximo, y ahora se utilizan cien cabezales y 80 camionetas. En aquellos años, cada finca cañera perteneciente a la Empresa contaba con su propio taller y además tenía asignados camiones y camionetas. En el presente, como resultado de los cambios tecnológicos, hay un taller central en el que se maneja toda la maquinaria.

En 1976 todo el corte se hacía a mano. Había muy poca maquinaria y la cosecha era transportada en carretas de bueyes. Sin embargo, la tecnología ha cambiado y en 2003 sólo contamos con dos grúas de bueyes, después de haber llegado a tener casi trece grúas. Y si aún conservamos aquellas dos grúas, se debe a la complicada topografía de Los Tarros, donde es muy difícil introducir maquinaria para sacar la cosecha.

En 1979 se logró un avance tecnológico consistente en realizar el corte a granel, en el que los trabajadores cortan la caña, y el proceso de alce se realiza por medio de máquinas alzadoras. A partir del año 2000 hemos iniciado el proceso de pasar a la cosecha mecánica total. Hubiésemos querido retardar un poco este paso para no prescindir tan pronto del trabajador que corta la caña a mano, pero debido a que llegan menos trabajadores, tendremos que enfrentar esa situación. Sólo para dar una idea, el volumen que cosecha una máquina en un día significa el trabajo de cien hombres. La reducción de trabajadores en el corte de caña se debe al empeoramiento de la situación general del país. La gente que regularmente participaba en el corte de caña ha empezado a ausentarse.»

El ingeniero René Cifuentes, Gerente Industrial, observa que el crecimiento de la Empresa ha permitido duplicar en sólo diez años la capacidad de molienda.

«La Unión empezó a funcionar en 1969 y su ampliación se concretó en 1976. La superación de la Empresa ha sido impresionante, y puede decirse que en sólo treinta años creció en proporciones que a empresas similares les ha tomado cien años. En 1991, el promedio efectivo de molida de La Unión era de 6,000 toneladas cortas por día. Desde 2001, el promedio es de 12,000, lo que significa que en sólo diez años se ha duplicado la capacidad de molienda.

La producción de la zafra 2001-02 en La Unión alcanzó la cantidad récord de 194,500 toneladas métricas (4 millones 289 mil quintales), unas 4,500 toneladas métricas o cien mil quintales más que en la zafra 1997-98, que era el récord anterior. El mérito estriba en que el período de labor se redujo en 42 días. Y en la zafra 2003-04 el récord de nuevo fue superado: 204,557 toneladas métricas (4.446,868 quintales).»

El ingeniero Sergio Cabrera, Superintendente de Planta de Los Tarros, quien trabaja para la Empresa desde 1990, resume su experiencia.

«Durante estos años Los Tarros ha mejorado su eficiencia en el patio de caña, extracción de los molinos, área de la fábrica y eficiencia de las calderas. Ciertamente, no se ha ampliado la molida, pero sí la eficiencia en la producción, como lo demuestran evaluaciones realizadas por CIASA.

Puerto Quetzal. Carga de azúcar a granel, efectuada por la Exportadora de Granel, S.A., que presta servicios de exportación de azúcar a todos los ingenios guatemaltecos. Es una moderna terminal de carga. Puerto Quetzal inició operaciones en 1985, con la carga de azúcar transportada en bolsas de papel, que se rompían sobre la cubierta del barco para su descarga. Era un sistema lento y engorroso.



La compra de bueyes, analizada desde una retrospectiva histórica, fue una de las mejores inversiones realizadas. Similiano lo explica así: Para un tractor o cualquier tipo de maquinaria agrícola, la depreciación empieza desde el mismo momento que sale de la agencia de ventas. En el caso de los bueyes ha sido a la inversa, pues se compraban a un precio y, después de siete u ocho años, se había triplicado o cuadruplicado su valor.





Las áreas de cultivo han crecido en la parte de fábrica. En 1992, como resultado de un cambio de administración en La Unión, se corrigieron deficiencias en molida y fabricación, y se logró aumentar la molida, que era de entre 6,000 y 7,000 toneladas cortas diarias, hasta 12,000 que se muelen en la actualidad, por supuesto con una ampliación del área de cultivo.

Entre 1989 y 1990 se hicieron pruebas para aplicar madurantes a la caña de azúcar, y los resultados fueron positivos. A partir de entonces esa técnica se utiliza todos los años, y con ello se logra recuperar mayores cantidades de azúcar, porque los procedimientos de cultivo y recuperación mejoran notablemente. Otro experimento exitoso lo constituyen los círculos de calidad. Las mejoras se han visto, por ejemplo, en el área de molinos, donde a partir de 1990 se ha reducido notablemente el tiempo perdido, aunque en general los progresos se observan en todas las áreas de trabajo. Los Tarros es uno de los ingenios que tiene menores índices de tiempo perdido, y los costos se han reducido.

Aparte de la producción propiamente dicha, ha habido grandes logros como la creación y mejora constante de la escuela para los hijos e hijas de los trabajadores, y la cogeneración de electricidad. En todo ello se ha visto la pujanza de don Similiano, quien supo aprovechar los momentos oportunos para promover estos cambios.»

El ingeniero Elvis Reyes, ex Superintendente de Cosecha y Alce, quien ingresó a la Empresa en 1991, aporta su percepción sobre el incremento en la capacidad de molienda.

«En 1991 la molienda de La Unión fue de 1.2 millones de toneladas, con un promedio diario de unas 6 mil. En 1992 la Compañía se expandió y plantó caña en nuevas fincas alquiladas. La capacidad de molienda fue creciendo y la fuente de trabajo se amplió. Se incursionó en la región de Tiquisate, donde se alquiló la finca Ipala. El nuevo rumbo era como ir buscando el mar. Se empezó a explorar la zona que en esos años estaba saliendo de la cosecha de algodón, producto que atravesaba una crisis muy complicada. La industria azucarera, y específicamente La Unión, comenzó a ganar terreno.

A partir de esa época, destacados profesionales del sector azucarero manifestaron estar impresionados por el crecimiento de la Empresa y por su capacidad de molienda, factores que observábamos como muestras de un desarrollo sostenido. Después comenzaron a llegar más técnicos para La Unión, se reestructuró el Departamento de Campo, y fueron creados departamentos específicos para desarrollar el riego y la cosecha, así como para manejar los cultivos, preparar los suelos, fertilizar, etcétera.

Había en todo ello un *boom*, resultado de la visión que tenía don Similiano, quien dirigía las operaciones con gran fortaleza, y los técnicos aportábamos nuestros mejores esfuerzos. Había liderazgo, como lo hay en el presente, y lineamientos bien definidos que marcaban el norte hacia dónde ir.

Todos participábamos de la emoción motivada por hechos como el alquiler de una finca nueva. Por ejemplo, nos imponíamos la meta de cultivar una extensión de unas 200 manzanas, equivalentes a 140 hectáreas (en aquella época se utilizaba la manzana como unidad de medida, heredada de España). Se formaban grupos para realizar tareas como la siembra, el abastecimiento, el corte de semilla y el transporte, con participación de todos, sin excepción. Esa filosofía incluyente hace honor al nombre de La Unión, porque el trabajo en equipo ha sido siempre uno de los pilares más fuertes de la Compañía.

En La Unión ha sido admirable el crecimiento a partir de aquellas 6,000 toneladas de 1991. Sin cambiar molinos, en esos años hubo un crecimiento en la parte de fabricación, y el proceso se ha reforzado en años subsiguientes mediante cambios realizados en la parte de molienda. Conforme a la curva de crecimiento, la expectativa establecida para 2004 fue de unas 12,500 toneladas diarias, o sea un incremento cercano a 85 por ciento en relación con 1991. Los Tarros molía anteriormente 2,000 toneladas, y en la actualidad muele 2,500 toneladas, que es lo que sus características topográficas permiten.»

Eficiencia, productividad y principios

Para conocer otra percepción de nuestro trabajo, requerimos la opinión de Fraterno Vila Betoret, uno de los azucareros guatemaltecos de mayor experiencia. Reconocido promotor de obras sociales de beneficio comunitario, don Fraterno pertenece a la segunda generación de la familia Vila, que a inicios del siglo XX impulsó el Ingenio San Diego, del que ahora es Presidente. Estos fueron sus comentarios:

«La Unión acaso no sea el ingenio líder en producción en Guatemala, pero sí lo es en rendimiento y en todo lo demás, porque en 2003 está obteniendo el mayor volumen de azúcar con el mismo tonelaje de caña



entre todos los ingenios, mediante sistemas muy eficientes en la elaboración, así como en el funcionamiento. Creo que La Unión es el único ingenio en Guatemala que tiene motores hidráulicos en los molinos para moler la caña, una aspiración de todos los otros ingenios, incluidos San Diego y Trinidad, a los cuales represento.

Aparte de eso, es probable que La Unión sea el ingenio más eficiente de Centroamérica, sin ser necesariamente el mayor productor de azúcar. Además, su atención no está únicamente enfocada en rendimientos económicos, sino también en el entorno, para hacer de él algo bonito, con calles elegantes y jardinerías, entre otros atractivos.

Pero al margen de esos asuntos, La Unión-Los Tarros ha mantenido principios básicos como la honestidad en los negocios y el cumplimiento de la palabra, que también son norma de conducta en nuestros ingenios San Diego y Trinidad. Además, todos hemos visto que La Unión se preocupa por la formación educativa de sus trabajadores, y ha puesto en práctica programas que hace veinte años ni en sueños existían.

Similiano se ha significado como un buen empleador, tanto para sus ejecutivos como para sus trabajadores. La prueba de ello es que allí tiene a dirigentes como Pepe Molina Calderón desde hace como *sapotecientos años*, y a Mario Estrada. De abogado tuvo a Adolfo Menéndez Castejón (QEPD), también durante mucho tiempo. En fin, él no es un hombre que esté cambiando a su gente constantemente. Escoge bien a sus colaboradores, para quedarse con ellos. Similiano ha sido alma y corazón del progreso de La Unión-Los Tarros. Por supuesto, uno no puede olvidar que su papá, don José, fue quien dio el arranque, pero aunque don José hubiera vivido muchos años más, el resultado hubiera sido el mismo, porque Similiano siempre hubiera estado allí para dar el empuje que se necesitaba.»

El ingeniero Fraterno Vila Girón, Presidente de ASAZGUA y directivo del Ingenio San Diego, comenta aspectos relacionados con el papel de La Unión en este gremio agroindustrial.

«La Unión ha alternado con dos o tres ingenios de Guatemala en el liderazgo de las áreas de tecnología y prestaciones sociales. Dentro de la industria azucarera, La Unión ha obtenido durante los últimos años un gran avance, e indudablemente es uno de los mejores de Guatemala, como lo demuestran sus rendimientos y su productividad.

Los ingenios San Diego y Trinidad, a los que represento, mantenemos una excelente relación con La Unión-Los Tarros y hemos tenido un acceso muy amplio a sus ingenios, circunstancia que nos ha permitido aprender las cosas buenas que ellos han realizado. En general, toda la industria azucarera del país ha ido mejorando, en gran medida como parte de la apertura que hay y la interrelación entre un ingenio y otro, incluso entre los técnicos.

Esa buena armonía es una de las razones del éxito de esta industria, porque se han obtenido acuerdos beneficiosos para todos. Uno de los hechos más positivos para el gremio fue fundar CENGICAÑA, que aglutina a todos los técnicos del sector agroindustrial y que ha generado sinergia entre los conocimientos de ellos, nuevas experiencias e inquietudes, lo que se ha traducido en un gran apoyo al desarrollo de esta industria, con un efecto multiplicador para las acciones positivas que emprendemos.»

El Gerente de División de la compañía Agroquímicos, S.A., Rodolfo Lambour, evalúa la labor realizada por La Unión y Los Tarros en la agroindustria azucarera.

«Estos dos ingenios en particular, organizados sobre una de las áreas más tradicionales de caña de azúcar del país, han jugado un papel básico desde los tiempos de la incipiente industria de la panela, hasta llegar a una posición sobresaliente en ese sector de la economía. Con los aportes de La Unión y Los Tarros el azúcar guatemalteco ha podido alcanzar un desarrollo sólido en el mercado internacional, y se ha constituido en uno de los renglones más importantes de nuestra economía.

A mediados de los cincuenta, en los años de la posguerra, se produjo un despertar de la economía mundial. Se reactivó la agricultura, y Guatemala no se sustrajo de eso. Recuerdo lejanamente a don Pepe García cuando compró Los Tarros, entonces una finca de cierto renombre en Santa Lucía Cotzumalguapa.

Un tiempo después, asesoraba yo a Carlos González Barrios, a un hermano suyo y a Humberto Mansilla, para comprar en ese sector la finca Magdalena. Esa finca cambió de propiedad también —me parece que pertenece a González Barrios—, y esa área se volvió muy buena para el cultivo de caña. Con ellos comenzamos en ese tiempo el crecimiento de la industria del azúcar, y la producción de mieles vírgenes para satisfacer la demanda de la industria licorera.

Similiano García, hijo de don Pepe, trajo el desarrollo que tomó la industria azucarera en el país. Era uno de los pioneros ya no sólo en el crecimiento sino en hacer rentable el cultivo. Los análisis de costos empezaban a realizarse intensamente para poder competir en el mercado mundial, sortear épocas difíciles

de precios bajos o de costos altos. Desde ahí se visualizó que sólo por medio de altos rendimientos y bajos costos se puede competir con cierta tranquilidad. Y lógicamente, eso trajo consigo la parte industrial, no sólo la parte agrícola, sino el proceso de principiar a invertir en lo que en su momento fue el trapiche de Los Tarros. La Empresa empezó a crecer, y se creó el Ingenio La Unión, que en la actualidad es uno de los tres más grandes del país, uno de los líderes de la producción azucarera nacional.

Cuando surgió La Unión, bajo la dirección de Similiano, la Empresa cobró gran fuerza y empuje. Es un empresario respetable, a quien no conocí tan bien como hubiera deseado, pero sí lo traté y fui testigo del impulso que le dio a la Compañía. Logró hacer crecer La Unión, contra viento y marea, en aquellos difíciles años, frente a problemas de toda índole. Si se analizan a profundidad datos de rendimiento de azúcar por área o por tonelada, La Unión ocupa, sin duda, uno de los primeros lugares. Esto se debe en gran medida al elemento humano con que ha trabajado, que verdaderamente es de los buenos. Con su actual administración, la Empresa ha crecido con ímpetu, y soy testigo de los afanes de sus ejecutivos, con quienes emprendimos muchas cosas en conjunto y compartimos inquietudes.

El grupo de profesionales de La Unión, que brinda el apoyo básico en las áreas agrícola e industrial, es gente inquieta, innovadora y muy despierta, desde la cúpula directiva hasta los cuadros de mando en el campo. Dicha integración empieza entonces por el equipo humano, y se suma a los recursos naturales con que se cuenta, y a los recursos financieros. El mérito es mayor en la medida en que son difíciles los mercados para cultivos como la caña de azúcar, que tiene épocas muy buenas, pero también épocas malas. Afortunadamente ahora ha surgido la cogeneración de energía, que es uno de los bastiones colaterales de la industria azucarera nacional.

La Unión y casi todo el sector azucarero se han preocupado mucho no sólo por vitaminar el producto, sino también por atender a sus propios operarios o gente del campo, dándoles una alimentación seleccionada para mejorar su estatus nutricional. En cualquier empresa eso se traduce en que la gente aprende mejor su trabajo y vive mejor. Se notan en la industria azucarera, y en particular en La Unión, los esfuerzos por educar a sus trabajadores para que alcancen el estatus básico de conocimientos.

Acontecimientos políticos del pasado y del presente han afectado a la industria azucarera. A partir de los años cincuenta, hasta la fecha, ha habido épocas duras y difíciles, ya que Guatemala no se sustrajo a la famosa guerra fría. Hubo traspíes, cambios de gobierno, directrices contradictorias, y todo ello frenaba el deseo de inversión, al extremo que uno se preguntaba: *¿Qué estoy haciendo aquí?* Pero los pioneros son así: la gente empresarial de agallas se queda en el país, lucha, invierte y confía en que toda crisis va a pasar. Es así como Guatemala está considerada ahora casi uno de los líderes de producción por área, de caña en bruto y de azúcar, lo que le da un lugar entre los grandes productores mundiales.»

Personalidades visitan La Unión

La Unión ha tenido una actitud de apertura, propicia a permitir que se conozcan ampliamente sus operaciones. En 2003 recibimos al Representante del Banco Mundial en Guatemala, Eduardo Somensatto, quien observó los trabajos y fue invitado a inaugurar el Laboratorio de Cómputo. Expresó admiración por el proceso educativo de telesecundaria, entonces en su fase inicial, y comentó que si las iniciativas que La Unión desarrolla en materia educativa fueran extendidas a todo el país tendrían un efecto muy positivo.

El experto australiano Phil Atkins —a quien La Unión y otros ingenios contrataron para negociar en mercados mundiales y vender en forma directa, sin la intervención de los operadores de Nueva York— ha invitado a Guatemala a algunos clientes, quienes han visitado el Ingenio La Unión. Phil nos presentó a un empresario japonés de la casa *Mitsubishi*, que también comercializa azúcar, quien se mostró muy bien impresionado al ver cómo se trabaja en La Unión.

A finales de 2003 se recibió la visita de un importante grupo de funcionarios de la Secretaría de Agricultura de México, encabezados por el Secretario (Ministro) Javier Usabiaga Arroyo, en compañía de miembros de la Embajada del vecino país en Guatemala. Les llamó mucho la atención la forma en que se produce electricidad mediante el uso de bagazo de caña como materia prima, opción que hasta entonces no se había explorado en México.

Un reconocimiento de gran valor para La Unión-Los Tarros lo constituye un testimonio de la estimada señora Susan Nelson, esposa del asesor internacional Jack Nelson, mencionado en anteriores páginas de este libro con motivo de una evaluación técnica realizada en mayo de 2002, en torno a nuestras operaciones de producción. Los esposos Nelson visitaron las instalaciones situadas en la costa sur y se hospedaron en el hotel del Ingenio La Unión. La señora Nelson comunicó sus impresiones en torno a su estadía en ese lugar.

«El *hotelito* del Ingenio tiene una jardinización muy bella. Es muy lindo, muy limpio y la comida es muy buena. Patty Castellanos lo administra excelentemente, y cuenta con un personal muy servicial. Desde la cocina hasta en lo doméstico, todos fueron maravillosos con nosotros. Nuestro refrigerador siempre estuvo provisto de frutas surtidas, de modo que esto fue un verdadero agasajo. Como mujer puedo decir que este es un pequeño hotel muy bien manejado, y recomiendo su estadía en él. Agradezco muchísimo a los miembros del Consejo de Administración su obsequio, consistente en una bella caja de té, bebida que nosotros consumimos mucho, y que ahora tendré un lugar muy especial en donde guardar. Esta caja será un recuerdo de nuestra visita y de la extraordinaria gente que conocimos. Jack y yo esperamos verlos aquí en Texas y corresponderles tan maravillosa hospitalidad.»

esta página

La Unión tomó temprana conciencia de la importancia de ceñirse estrictamente a los estándares internacionales en el control de calidad y buenas prácticas de manufactura, y ello puede observarse en todas las áreas de su proceso productivo.

páginas 214-215

Niños y niñas de la escuela situada en Los Tarros plantaron 480 árboles (cuarenta por ciento) de los 1,200 sembrados en el Jardín Botánico que rodea ese establecimiento educativo.





PARTE QUINTA
LA RESPONSABILIDAD SOCIAL EMPRESARIAL,
UN COMPROMISO PUNTUAL

Capítulo XXIV
Un millón de árboles y la RSE

Los avances tecnológicos en la producción de azúcar y caña debían ir acompañados por mejoras en las condiciones sociales de los trabajadores y en la relación entre los ingenios y la comunidad en la que operan. En otras palabras, hacer nuestro el concepto de Responsabilidad Social Empresarial RSE, muy conocido en el mundo y cuyo principio fundamental es que la empresa, así como se debe a sus accionistas, se debe también a sus trabajadores, proveedores y clientes, y a la comunidad en la que trabaja.

Desde esa perspectiva, La Unión ha desarrollado varios programas: educación, salud, medio ambiente. En materia de educación, la meta es mejorar la escolaridad y capacitación de los trabajadores. En el ámbito de la salud, establecimos clínicas en cada uno de los cuatro centros habitacionales, con dos médicos de planta, que ofrecen consultas por las noches, cuando los trabajadores ya han retornado del campo. Esas clínicas se hicieron indispensables luego que el Instituto Guatemalteco de Seguridad Social IGSS suspendió la cobertura a todos los cortadores de caña y personal de campo, dejando en el abandono a aproximadamente mil personas que utilizan los cuatro centros habitacionales, y otras tres mil que trabajan sólo en época de zafra.

En los cuatro centros de salud establecidos por el Ingenio funcionan farmacias, como también en los lugares de trabajo, para que el personal tenga acceso a medicinas. Dos empresas proveen los medicamentos, una de ellas el Laboratorio Donovan, que enumeró las quince enfermedades más frecuentes y proporcionó doce tipos de fármacos. La otra empresa proveedora proporciona medicinas genéricas. Se han organizado pequeñas farmacias en las que rigen precios módicos y, si los trabajadores lo desean, pueden pagar a plazos razonables.

En el tema del medio ambiente, se tiene una sensibilidad especial. Es una cultura que se ha transmitido en la Empresa, y que comienza por los niños de la escuela del Ingenio La Unión en la finca Los Tarros. En 2002, ellos sembraron el cuarenta por ciento del Jardín Botánico, que reúne 130 especies de la costa sur, organizadas en forma de arboretos. Cada arboreto está constituido por doce árboles de la misma variedad. En 2004, más de 1,200 árboles iniciaron su tercer año de crecimiento. Será un jardín muy bonito cuando los árboles hayan crecido, con microclimas por arboreto, y en el que cada árbol alimentará a pájaros de distinta especie.

El Jardín Botánico abrirá al público, en especial a los niños de Santa Lucía Cotzumalguapa, una vez que los árboles estén lo suficientemente grandes para que el área sea transitable y, de esa manera, se contribuirá con la comunidad en el tema de la educación ambiental. Además, servirá para conservar especies de árboles en vías de extinción.

En el plan de reforestación se llegó a la meta en 2004: un millón de árboles. Se han utilizado tierras que no son aptas para sembrar caña por estar en zonas arenosas o muy inclinadas. Esos terrenos son adecuados para bosques y es impresionante observar las siembras realizadas allí.

El licenciado Mario Estrada, Gerente General, afirma que la proyección social de La Unión va más allá del municipio de Santa Lucía Cotzumalguapa.

«Tenemos las mejores relaciones con las municipalidades circundantes a Santa Lucía Cotzumalguapa. Promovemos el desarrollo de varias poblaciones, en municipios como La Gomera y en todos los pueblitos situados cerca del Ingenio. Hemos ayudado a esas comunidades con ideas y recursos, para mayor bienestar de sus habitantes, quienes por tal razón aprecian a La Unión y Los Tarros, aunque no tengan relación laboral con la Empresa. Ellos aspiran a que en el futuro sus hijos puedan trabajar con nosotros, o consideran factible instalar algún negocio cuyos clientes sean los empleados de los ingenios y las fincas cañeras. En fin, todo el desarrollo que se genera a través de la zafra es de beneficio para la gente que está cerca de nosotros, aunque no sean trabajadores directos de la Empresa.»

página 216

El programa de reforestación de un millón de árboles ya plantados es un tributo a la naturaleza y al futuro. Se estableció un Jardín Botánico con 120 especies en forma de arboreto (10 plantas de cada una). Cuando los árboles hayan crecido lo suficiente el Jardín Botánico se abrirá a la comunidad para que, sobre todo las futuras generaciones, aprendan a apreciar y conservar los bosques.



Juan Pablo II y la RSE

Es difícil percibir el crecimiento de una compañía desde sus propias estructuras. En lo que a mí me tocó ver, durante 33 años, La Unión creció quince veces. Las satisfacciones se dan en el trabajo diario, en la oportunidad de orientar las decisiones de la mejor manera posible, y en contar con personal muy identificado con la Empresa.

Desde hace más de una década, es de gran satisfacción el esfuerzo que se ha hecho internamente por la RSE. Este concepto se empezó a manejar en 1991, cuando el Papa Juan Pablo II publicó la encíclica social cuyo título en latín es *Centessimus Annus*, en conmemoración del centenario de otra famosa encíclica, del Papa León XIII, sobre la cuestión social, titulada *Rerum Novarum*, traducida al español como *La Renovación de las Cosas*, de 1891.

Educación para todos

La Empresa ha logrado superar la escolaridad de sus trabajadores. De los 1,200 que laboran en forma permanente a lo largo del año, el 95 por ciento trabaja en la costa, donde también lo hacen los dos mil que son contratados para el corte de caña en zafra, y mil personas más en las fábricas y servicios. Lo primero que se ha hecho es propiciar que el personal permanente suba en su nivel de escolaridad. Como la Compañía es también un reflejo de la situación de Guatemala, debemos recordar que en nuestro país hay un área rural que está alejada de la modernidad y de la preparación escolar.

Significativos logros han sido alcanzados mediante los programas de bachillerato para los trabajadores, al igual que con los destinados a sus hijos e hijas, así como para sus esposas. De suma importancia son también los programas de educación escolar para los cortadores de caña. La primera de sus tres fases inició con el plan piloto en Los Tarros, en enero de 2004. Consiste en impartir alfabetización y educación primaria. Se inscribieron 150 personas el primer año y algunos terminaron la primaria.

En enero de 2004 dio inicio también el proceso educativo de telesecundaria del Ingenio La Unión, en la finca Los Tarros, con un programa técnico y audiovisual elaborado en México. La Embajadora de la vecina nación, licenciada Rosalba Ojeda, especialmente invitada a la ceremonia inaugural, se mostró muy satisfecha de que su primera actividad pública en Guatemala tuviera como motivo la aplicación de material didáctico producido en su país.

En ese mismo acto, declaró inaugurado el Instituto de Telesecundaria de La Unión el recién investido Alcalde Municipal de Santa Lucía Cotzumalguapa, doctor Julio Paz Espinoza, electo para el cargo dos meses atrás, como candidato del partido Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca URNG, la antigua guerrilla. Los personeros de La Unión y el Alcalde Paz Espinoza acordaron trabajar en conjunto en el área educativa del municipio, dado que la corporación edilicia proyecta extender los programas de telesecundaria a cuatro aldeas. Por el momento, ya existen siete institutos de telesecundaria en varias zonas del municipio. A todo esto, los cortadores de caña han preguntado si ellos también pueden aspirar a seguir estudios de secundaria, en las mismas áreas del Ingenio donde tienen servicios de vivienda, alimentación y actividades deportivas.

El cultivo del café cede su lugar a la reforestación

El café se ha producido en Guatemala desde mediados del siglo XIX. Los Tarros tuvo dos épocas de gran producción de café. En 1995, bajo la dirección del doctor Guillermo Forno, más de cien personas nos reunimos en las instalaciones de la finca donde viven los cortadores de caña de Los Tarros para la elaboración de un plan estratégico relacionado con la siembra y producción del grano. Nuestra conclusión fue que el café ya no era un producto con futuro, en parte por las erráticas y acentuadas oscilaciones de precios en los mercados mundiales.

Además, había robos sistemáticos en la finca Los Tarros. Los trabajadores de la finca iban cortando y, delante de ellos, iba otro grupo que cortaba café ajeno, se robaba todo el producto —sin tener costos de cultivo—, y era imposible obtener apoyo de las autoridades de seguridad para evitarlo. El resultado del plan estratégico fue la decisión de suspender definitivamente el cultivo de café, y sustituirlo en algunas áreas por caña de azúcar.

Tres años después, en 1998, se decidió que Los Tarros debía volver a su antigua vocación forestal, y dio inicio un programa para plantar en esa finca y en otras administradas por la Empresa, un millón de árboles, meta alcanzada en 2004. Para ello fueron utilizadas áreas no planas y otras que, por ser arenosas, no son aptas para sembrar caña. El resultado ha sido una mejora en el medio ambiente.

El proceso de reforestación aplicado para el efecto tuvo entre sus principales lineamientos los señalados por el ingeniero agrónomo Hugo Coronado.

«Después que concluye la zafra, me dedico a la reforestación en las fincas, mediante proyectos incluidos en el Programa de Incentivos Forestales PINFOR, del Instituto Nacional de Bosques INAB. En 1998 se inició en las fincas Los Tarros y Tehuantepec un proceso de reforestación de 55 hectáreas. La idea original era sembrar sólo *Eucalipto Camandulensis*, con el propósito de elaborar chips para las calderas y para la cogeneración eléctrica. En 2000 se adoptó una visión más amplia, al agregar otras especies maderables, como cedro y palo blanco, para exportación. En 2003 y 2004 se ha trabajado sólo con especies maderables. Además, se ha buscado crear un entorno ecológico adecuado para mantener un equilibrio ambiental en las áreas de cultivo de caña.

Un proyecto muy importante es el Jardín Botánico. Se desarrolla en nueve hectáreas y cuenta con 120 especies, clasificadas en maderables, comestibles, bebibles —como café y cardamomo— y medicinales —como la quina, con la que se elabora una pastilla contra el paludismo—. También se cuenta con especies ornamentales, como palmeras. De cada especie tenemos diez plantas, con las que formamos un arboreto.

La herramienta utilizada para inculcar una cultura ambiental en la gente del Ingenio es la educación, especialmente en los niños. Para ello nos apoyamos en el Jardín Botánico, situado alrededor de la escuela. A los alumnos, que son hijos de los laborantes de la Empresa, se les explica por qué se siembran plantas y árboles, y cuáles deben ser nuestros aportes al ambiente. Además, tratamos de crear una conciencia ecológica en los trabajadores de campo. En 2003, estos proyectos de trabajo posteriores a la zafra abarcaban 536 hectáreas y daban empleo a sesenta por ciento de los trabajadores que habían participado en el corte de caña. Ellos realizan labores de limpia, siembra y adecuación de terrenos para nuevos proyectos, lo que les reporta ingresos adicionales y les permite tomar conciencia del valor que tienen los árboles.

La etapa final que nos permitió alcanzar la meta de un millón de árboles sembrados dio inicio en febrero de 2004. La importancia de este logro puede valorarse mejor si se toma en cuenta que, en otra época, la costa sur fue una zona boscosa, como Petén, con suelos fértiles y profundos. Al principio, la gente

página 218 de arriba hacia abajo

La Embajadora de México en Guatemala, licenciada Rosalba Ojeda, pronuncia un mensaje en el acto inaugural del Instituto de Telesecundaria de La Unión-Los Tarros, el 19 de enero de 2004. Para la licenciada Ojeda fue su primera actividad pública desde que asumió la jefatura de la misión diplomática mexicana en Guatemala, precisamente al comenzar también el período de gobierno del Presidente Óscar Berger (2004-2008). La telesecundaria, metodología diseñada en México y basada en el uso de la televisión, principió a aplicarse en nuestro país al ponerse en marcha esta iniciativa de la Empresa.

La ingeniera María del Carmen Aceña de Fuentes, Ministra de Educación, y la licenciada Ana Isabel Carrera de Áscoli observan las actividades desarrolladas en la inauguración del Instituto de Telesecundaria de La Unión-Los Tarros, junto a los señores Marcos Ibargüen Segovia y Rafael Viejo Rodríguez, miembros del Consejo de Administración; el licenciado Mario Estrada, Gerente General; el ingeniero Miguel Maldonado, Gerente Agrícola; la profesora Aura Marina Martínez, directora general del Centro Escolar La Unión-Los Tarros, y una maestra del establecimiento.



sembraba milpa en bajas cantidades, pero con el transcurrir del tiempo empezaron a desarrollarse cultivos de banano y otros productos de exportación. Se establecieron grandes zonas pecuarias y después el algodón abrió las puertas al cultivo de la caña. A partir de entonces la vegetación ha cambiado demasiado. De aquellos bosques vírgenes quedan ahora pocos, y la mayoría han sido talados. Las especies maderables de la costa sur eran muy parecidas a las del norte, latifoliadas, con predominio de palo blanco, caoba y cedro, que son especies preciosas.

Actualmente en la costa todo se circunscribe a cultivos, a excepción de zonas como las que nosotros estamos trabajando, que no son aprovechables para la siembra de caña, por razones de topografía, alta pedregosidad o vetas arenosas. Debido a ello se utilizan como áreas de bosque. Los proyectos se realizan en las fincas Los Tarros, Tehuantepec, Margaritas, Montealegre, Belén, Cristóbal y en la nueva finca Trapichitos, a la orilla de la carretera de circunvalación de Santa Lucía Cotzumalguapa, todas ellas propiedad de la Empresa. Mientras tanto, se buscan acuerdos para desarrollar a mediano plazo otros proyectos en fincas arrendadas.

Con el propósito de mejorar zonas arenosas no aptas para el cultivo, se incorpora materia orgánica utilizando el follaje que cae de las plantas. Para obtener los resultados deseados, es necesario abstenerse de cultivar en esas zonas durante prolongados períodos. En general, los suelos de la costa son muy ricos en nutrientes, pero debe incorporárseles cachaza —residuo de la caña—, que es materia orgánica que sale de la fábrica del Ingenio. Además se aplican fertilizantes químicos. Adicionalmente se desarrolla un proyecto de corte de caña en verde, consistente en cortar toda la caña cuando está verde y no quemarla, sino incorporar toda esa materia orgánica que se queda en la superficie, para darle al suelo más vida.»

El Jardín Botánico y el árbol del Santo Hermano Pedro

El compromiso de La Unión con la mejora del ambiente y con la formación de una conciencia ecológica fue fundamental en el proyecto del Jardín Botánico, diseñado en base a una serie de consideraciones que explica el ingeniero agrónomo Hugo Coronado.

«La extensión de seis hectáreas donde ahora está el Jardín Botánico era una porción de la finca Los Tarros donde anteriormente se encontraba el *hospital de bueyes*, llamado así porque allí eran llevados los bueyes que se habían golpeado o enfermado durante la transportación de la caña en carretas. Se decidió trasladarlo a otro lugar y utilizar el área para el Jardín Botánico. Ello coincidió con los trabajos de remodelación de la escuela del Ingenio La Unión, en los primeros meses de 2002. En conjunto con los Departamentos de Obra Civil e Ingeniería Agrícola, tuve a mi cargo trazar los caminamientos, elegir lugares para los arboretos y para las áreas de descanso, y decidir si convenía construir unas gradas o un puente, dado que en medio pasa un río y se forman una cascada y una laguna para peces.

El Jardín Botánico fue creado con cuatro objetivos. El primero, servir de guía para la educación local y regional. Unos quince mil estudiantes del área de Santa Lucía Cotzumalguapa podrán allí conocer diversas especies, incluso algunas en vías de extinción. El segundo objetivo es dar a los trabajadores de la Empresa la oportunidad de convivir y recrearse en un medio natural. El tercero, preservar especies de flora y fauna en peligro de desaparición. Y el cuarto, ofrecer un sitio ideal para el estudio de la botánica.»

El Obispo Coadjutor de Escuintla, Víctor Hugo Palma, bendijo el Jardín Botánico, a solicitud de los directivos de La Unión. Monseñor Palma estaba a cargo de la parte operativa del Obispado, porque el Obispo Titular, Monseñor Fernando Gamalero, sufría una prolongada enfermedad, que terminaría por causar su fallecimiento, durante la Semana Santa de 2004. Para Monseñor Palma, uno de los aspectos destacables del proyecto es su contribución a propósitos ambientales y educativos.

«El Jardín Botánico es un proyecto digno de elogio, por su carácter educativo y por salvaguardar la naturaleza, no sólo local sino también del árbol de esquisúchil (árbol del Santo Hermano Pedro), que no es escuintleco sino antigüeño. Entiendo que este jardín está orientado, además, a proteger la floresta de Escuintla. Esto significa que no se trata de un museo vivo de plantas sino se proyecta en función de forestación y ofrece a todos, especialmente a los jóvenes, la oportunidad de conocer las distintas especies.

Recuerdo haber visto siembras de caoba a la par del Jardín Botánico, como ocurre también en Pantaleón, en la parte de San Gregorio. En general, la costa sur es rica en maderas preciosas. En Santa Rosa, por ejemplo, hay árboles de matilisguate, otra valiosa especie que debe darse a conocer. En conclusión,

no se deben escatimar espacios para la naturaleza y, si un terreno permite sembrar una ceiba, hay que hacerlo. En una ocasión, unos misioneros italianos que trabajaron en el Congo vinieron a Escuintla y, cuando vieron una ceiba, exclamaron sorprendidos: *¡Un baobad!* Es decir, confundieron aquel enorme árbol africano con la ceiba guatemalteca.»

A propósito de lo anteriormente relatado, es oportuno mencionar que en la entrada a la finca Los Tarros se encuentran tres impresionantes ceibas, todas ellas centenarias. Y en cuanto al esquisúchil sembrado en el Jardín Botánico, el ingeniero agrónomo Hugo Coronado explicó aspectos relacionados con esa especie.

«El esquisúchil es un árbol nativo de Mesoamérica y propio de esta región. Es una especie en vías de extinción, que según la historia fue cultivado en La Antigua Guatemala por el Santo Hermano Pedro de San José de Betancur. En 2002, cuando se aproximaba la canonización del Hermano Pedro, se consultó con el doctor Miguel Torres —microbiólogo que ha hecho trabajos de este tipo en La Antigua Guatemala— la posibilidad de plantar un árbol de esquisúchil en terrenos del Ingenio. El proyecto se hizo realidad gracias a un donativo del doctor Torres, quien tiene trece años de estar trabajando en la reproducción de este árbol, y ha plantado más de veinte en la *Ciudad de las Perpetuas Rosas*.

El ejemplar que fue donado es el único árbol de esquisúchil que existe en la costa sur. Es una especie cuya forma de reproducción es muy difícil y compleja, ya que no se puede reproducir sexualmente. ¿Cómo lo hizo el doctor Torres? El procedimiento consiste en agarrar una raíz expuesta, de la cual salen vástagos, cortar esa porción de raíz, transplantarla a una maceta y aplicarle cuidados muy especiales. La planta pasa en algunos casos hasta cinco años en la maceta, antes de ser llevada a un lugar definitivo.

En el caso del ejemplar de esquisúchil llevado a Los Tarros, el doctor Torres lo donó después de tres años de tenerlo en una maceta. Ha sido muy difícil mantenerlo sano, incluso se defolió durante unos seis meses y ya casi lo dábamos por perdido, pero en junio de 2003 recibimos la buena noticia de que se había recuperado y tenía nuevos brotes. Actualmente el árbol de esquisúchil está bajo rigurosa observación y recibe los mayores cuidados para que se mantenga bien.»

Entrada al Jardín Botánico de La Unión, en la finca Los Tarros, en mayo de 2002. Al frente, Elvis Reyes, realizador en 2002 del proyecto en seis hectáreas y Hugo Reynoso, Jefe del Departamento Administrativo de Los Tarros. Al fondo, el doctor Carlos González Quezada —médico de Los Tarros de 1959 a 1969— y el ingeniero Dieter Haeckel. El nombre tarros proviene de los tarros que se elaboraban con los canutos del bambú.



Orígenes de los proyectos forestales de La Unión

Impulsor y alma de los procesos forestales, el ingeniero Elvis Reyes, ex Superintendente de Cosecha y Alce, recuerda los orígenes de estas iniciativas.

«En las fincas hay áreas no aptas para sembrar caña, por condiciones desfavorables del terreno o por exceso de piedras. Además hay vetas de arena en suelos que anteriormente fueron fértiles, pero que el paso de los ríos transformó en infértiles. El hecho es que, si se siembra caña allí, se obtiene muy poca productividad o lastimosamente la caña muere. Frente a esas desventajas, el ingeniero Miguel Maldonado propuso reforestar dichos terrenos, y así surgió, en 1995, el Proyecto de Apoyo al Ambiente y la Reforestación. Bajo esa idea se procedió a plantar árboles capaces de reportar alguna rentabilidad por venta de madera o de leña, a la par de mejorar el ecosistema y de provocar un positivo impacto social. Cada árbol que se siembra es un aporte al proceso de regeneración del medio ambiente, incluidas la flora y la fauna.

Aparte de ello, algunas fincas están inscritas en el Programa de Incentivos Forestales PINFOR, establecido conforme a una ley aprobada por el Congreso de la República para estimular la reforestación. Bajo ese sistema, el proyecto ha sido autofinanciable, y como parte de él se venden árboles para construir obras diversas y casas en la playa, obteniendo así un valor agregado por nuestra labor. Tenemos, además, un Programa de Árboles Energéticos, cuyo objetivo inicial era generar material que pudiera quemarse en la caldera del Ingenio, con el fin de producir combustible. De esa manera, no sólo se quemarían materiales líquidos como la kerosina, sino también materiales sólidos, en este caso el bagazo de la caña, y de la misma forma se podían traer trocitos de madera, meterlos en las calderas y quemarlos. Pensamos que eso mejoraría sustancialmente la eficiencia, y se empezó el experimento con eucalipto, especie que tiene un valor energético muy alto, y cuya utilidad para contribuir a la generación de energía se demostró desde las primeras pruebas. Sin embargo, se comprobó que debe sembrarse un área muy grande para compensar la inversión en maquinaria y en una caldera. Ante eso, el proyecto ha quedado en fase de estudio, aunque indudablemente constituye una alternativa energética.

Viajé a Nicaragua para observar cómo funciona un proyecto similar, y por eso sabemos bien cómo hay que hacerlo. No obstante, en Guatemala el eucalipto quedó excluido del PINFOR. Se reorientó el proyecto y actualmente se siembran caoba, cedro, palo blanco y matiliguat de la costa sur, con visión de futuro, para que, a un plazo de 20 años, se pueda disponer de material para la venta de maderas preciosas.»



página 223
Monseñor Víctor Hugo Palma, Obispo de la Diócesis de Escuintla, planta un ejemplar del esquisúchil, el árbol del Santo Hermano Pedro, con ayuda del doctor Miguel Francisco Torres, quien investigó esa especie y trabaja en su reproducción. El esquisúchil es el árbol emblemático del Jardín Botánico, por haber sido sembrado en el 2002, año en que fue canonizado el Hermano Pedro, durante la tercera visita a Guatemala de Su Santidad Juan Pablo II. Tras el obispo Palma se observa a Hugo Reynoso, Administrador de Fábrica del Ingenio Los Tarros.

Capítulo XXV
La dignificación del trabajador migrante

Durante muchos años nuestro principal problema social fue la falta de condiciones adecuadas de vivienda y alimentación para los trabajadores migrantes en las fincas, la mayoría de ellos provenientes del altiplano. Antes que La Unión, otros ingenios establecieron instalaciones de vivienda y comedores industriales para los trabajadores, muy bien montados. La Unión lo hizo en 1990, y eso cambió la forma de atender al personal: ahora vive en lugares adecuados, con cocinas industriales manejadas por profesionales y con dietas balanceadas.

Los trabajadores migrantes cuentan con centros habitacionales en el Ingenio Los Tarros y en las fincas Cristóbal, Tehuantepec y Montealegre. Este último, en el municipio de La Gomera, es el de más reciente construcción y el mejor; *el Cadillac*, le dicen sus administradores, ya que da gusto estar hospedado allí. Los otros centros están bien, pero como el de Montealegre es el último, en él se aprovechó la experiencia de los anteriores. En total, mil laborantes viven en los centros habitacionales en época de zafra. Aparte del deporte, que siempre se ha tenido como entretenimiento, los trabajadores que vienen del altiplano tienen la posibilidad de completar la primaria. Cuando concluyen sus estudios y su trabajo en La Unión, pueden regresar a sus comunidades e incorporarse a las escuelas locales, para no perder el ritmo de aprendizaje.

Dignidad y bienestar de la persona, principio fundamental

El ingeniero Leonel Borja, Asesor de Recursos Humanos, hace notar que las precarias condiciones en que vivían y trabajaban los cortadores de caña en Guatemala constituían un problema arraigado durante siglos.

«Durante cientos de años, los trabajadores que llegaban a ingenios de la costa sur, provenientes del altiplano, para participar en el corte de caña, padecieron condiciones inhumanas de contratación, alimentación y vivienda. Venían a las fincas con esposa e hijos, dormían en galeras o en el suelo y, entre una familia y otra, la única separación eran pedazos de *nylon*, lo que provocaba una terrible promiscuidad. Sus alimentos eran sólo frijoles parados y tortillas, durante los tres tiempos. Algunos trabajadores recibían su ración individual y debían compartirla con su esposa y, en algunos casos, hasta con cuatro hijos.

Cocina industrial en finca Los Tarros. Aquí se preparan alimentos diariamente para mil personas en tres tiempos (desayuno, almuerzo y cena), durante la zafra. Se suministra comida caliente, transportada al lugar del corte en vehículos especiales.



La mortalidad infantil en las fincas cañeras fue enorme durante muchos años. Los trabajadores llegaban de un clima benigno, el del altiplano, a sufrir con sus niños las altas temperaturas de la costa sur. Muchos niños murieron por deshidratación, provocada por malignos cambios en el agua que consumían, enfermedades gastrointestinales o paludismo. La falta de letrización constituía un agravante.

Frente a esa cruda realidad surgió una iniciativa de cambio. Los trabajadores, para ser contratados, debían llegar sin sus familias. El suministro de alimentos quedó centralizado y se diseñó una dieta nutricionalmente balanceada para compensar el desgaste físico derivado del corte de caña. El nuevo sistema incluyó proveer de cubiertos a los trabajadores, pues anteriormente comían con las manos. Se instalaron servicios de agua potable en las casas y en el campo. En la actualidad los cortadores reciben sueros orales para prevenir la deshidratación, cuentan con servicios médicos en las áreas de vivienda y disponen de sanitarios de loza. La Unión estableció cuatro complejos habitacionales para uso de los trabajadores migrantes y puso en funcionamiento un servicio de autobuses para su transporte. Estos cambios no han sido fáciles, porque se ha necesitado incorporar a los trabajadores a un proceso de educación sanitaria y alimentaria.

Las transformaciones sociales fueron acompañadas por la modificación tecnológica del corte de caña. En el pasado, el promedio diario de corte durante la zafra era de una tonelada y media por trabajador, se utilizaban machetes tradicionales y no importaba la calidad del corte. Sin embargo, con el fin de mejorar la eficiencia, se adoptó el sistema de corte con machete australiano, se capacitó a los trabajadores por medio de monitores, y fueron creados estímulos. Las remuneraciones se determinan de acuerdo con una escala de productividad que establece un aumento del pago por tonelada cortada, en proporción con la eficiencia de cada cortador. Los domingos se paga el doble por tonelada cortada. Esto ha permitido a los trabajadores disponer de mayores recursos para enviarlos a sus familias en el altiplano.

Con estas políticas hemos demostrado cómo los cortadores pueden ser productivos y a la vez recibir el digno trato a que tienen derecho por su condición de seres humanos. Desearía que fuese testigo de estos cambios un administrador de finca cañera que, una vez, cuando se hablaba de mejorar las condiciones de los cortadores, dijo prejuiciosamente: *Es imposible cambiar la conducta de estos trabajadores*... En la actualidad, todos los miembros de La Unión nos sentimos orgullosos de poder mostrar a los visitantes las condiciones de vivienda, salud, alimentación, trato humano y salarios de los cortadores de caña.»

El ingeniero Dieter Haeckel, impulsor y ejecutor de muchos de los logros alcanzados en materia social para los trabajadores de La Unión y Los Tarros, recuerda cómo surgió la filosofía de promover mejoras en las condiciones de vida de los cortadores.

Zona de habitaciones y comedor industrial, utilizados por los cortadores de caña en la finca Los Tarros. En las instalaciones del comedor principió en 2004 el programa de alfabetización y primaria para los cortadores, que en su mayoría proceden del altiplano y tienen el español como segundo idioma.





«Desde sus inicios, la Empresa se propuso ayudar a sus trabajadores. Cuando empecé a laborar en Los Tarros, en 1963, los miembros de las cuadrillas vivían en galeras rústicas y en un gran campamento de ranchos. No contaban con electricidad ni con servicio de agua conducida por tuberías. Nuestro primer trabajo fue introducir la energía eléctrica y el agua entubada a todas las viviendas de la ranchería, y además se construyeron fosas sépticas. Toda el área de vivienda fue mejorada sensiblemente a través de los años. En materia educativa, se construyó en 1968 la escuela del Ingenio Los Tarros, diseñada por el arquitecto Raúl Minondo, con la meta de promover el progreso de la gente del Ingenio. Muchos de los avances sociales logrados después se deben al ingeniero René Cifuentes, por su característico empuje para promover la capacitación y la alfabetización.»

El ingeniero Elvis Reyes, ex Superintendente de Cosecha y Alce, asegura que establecer campamentos fue decisivo para reducir el ausentismo laboral.

«La instalación de campamentos para albergar a los trabajadores que participan en el corte de caña ha permitido que la asistencia diaria de cortadores sea sostenible. La Compañía recurrió durante muchos años a cortadores residentes en la costa sur, pero cada semana se observaba ausentismo. El problema estribaba en que muchos trabajadores no retornaban el domingo ni el lunes, por razones personales o porque sencillamente prolongaban su período de descanso.

En esas circunstancias, el Ingenio sufría una irrecuperable pérdida de continuidad cuando, después de una molienda ininterrumpida, de repente no molía y luego volvía a arrancar. Frente a ese problema, se adoptó la decisión de establecer centros habitacionales para los cortadores, de modo que en la actualidad aproximadamente 40 por ciento de la caña que se muele, ha sido cortada por trabajadores que habitan en esos centros. Además, se ha capacitado al personal, se dispone de un tipo de machete apropiado, se están haciendo pruebas de corte de caña en verde, y todo ello ha ayudado a obtener resultados positivos.»

Fraterno Vila Betoret, directivo del Ingenio San Diego y legendario azucarero, recuerda que la logística para alimentar a los trabajadores migrantes fue durante mucho tiempo un proceso tortuoso y complicado.

«Recuerdo que antes, cuando la zafra iba a empezar, por ejemplo, llegaba a los campamentos una cuadrilla de aproximadamente 200 hombres provenientes de Rabinal, Baja Verapaz. Con ellos venían molenderas y los flonques, como se llamaba a las personas que iban a traer la leña al campo y se la daban a la molendera, para que hiciera las tortillas. La dieta original era maíz y frijol. Y punto. Y aparte de eso sólo les daban sal, y un poco de cal para que cocieran su maíz.

En el presente, todos los ingenios tienen una cocina industrial que establece un menú para toda la semana, de manera que los trabajadores ya no consuman sólo tortillas y frijoles. Una dietista profesional establece la proporción de calorías que los alimentos deben contener y recomienda bebidas energéticas.

En el Ingenio San Diego se adoptó la práctica de pesar a los trabajadores. La norma aplicada fue pesarlos cuando llegaban a trabajar, luego de holgar en su tierra, y también al salir, después de tres o cuatro meses de corte y de trabajo intenso. Resultaba que cuando salían tenían un peso mayor, debido a la alimentación recibida. En general, estos procesos han sido muy ordenados, y actualmente todos los cortadores de caña en los ingenios tienen platos, cubiertos y vasos conteniendo refresco con hielo.

Además se mantienen depósitos de agua potable en todos los frentes de caña para que de ellos se surtan los trabajadores. Y respecto a la vivienda, los cortadores duermen en literas para dos personas, con colchonetas de *foam*, y se instalan ventiladores. Cuentan con batería de baño e inodoros. Todo esto dista mucho de las condiciones del pasado, cuando los trabajadores dormían bajo los árboles. Su salud es mejor atendida ahora, porque en todos los ingenios hay centros de salud y médicos permanentes.»

El doctor Humberto Ospina, Asesor de Productividad Agrícola, de nacionalidad colombiana, enfoca otra faceta de la contratación de trabajadores migrantes.

«Una de las cosas más importantes que he visto aquí es la incorporación del trabajador indígena durante la zafra, y su regreso a sus parcelas de maíz. Esta excelente combinación casi no se observa en ninguna otra parte. Favorece a empleadores y trabajadores, reduce los costos, y es una ventaja comparativa invaluable que tienen Guatemala y los ingenios La Unión y Los Tarros. Como experiencia, para mí, es importante ese conocimiento de los guatemaltecos y de las estrategias del sector azucarero, y esa simbiosis entre el personal del altiplano y el de la costa sur, que les permite trabajar la mitad del tiempo en sus propias parcelas en el altiplano, y la otra mitad apoyando a la industria azucarera. Eso es fantástico.»

El médico de los ingenios

El médico y cirujano Carlos González Quezada, Asesor en Salud de Los Tarros y La Unión, conoció de cerca los problemas de los trabajadores migrantes. Radicó en Santa Lucía Cotzumalguapa en el período 1958-68, y fundó un hospital. Fue médico de Los Tarros a partir de 1959 e innovó los servicios sociales de la Empresa. Diputado a la Asamblea Nacional Constituyente que promulgó la actual Constitución Política de la República, en 1985, el doctor González Quezada escribió el libro *Monografía de Santa Lucía Cotzumalguapa*, publicado por la Editorial José de Pineda Ibarra en 1973. Carlos relata en amena entrevista aspectos de su relación con la Empresa.

¿Cómo principió su relación con Los Tarros?

Recién graduado de médico, en febrero de 1958, obtuve una beca para especializarme en dermatología y alergias en Boston, Massachussets, Estados Unidos. La beca comenzaba en noviembre pero, por una serie de circunstancias imprevistas, fui a vivir a Santa Lucía Cotzumalguapa, e instalé allí mi clínica. A dos meses de mi llegada conocí al Administrador de la finca Los Tarros, Genaro Miranda. Yo era muy amigo del dueño de la finca Las Ilusiones, Ricardo Muñoz. Un primo suyo, Mario Castañeda Muñoz, tenía un puesto importante en la administración de la finca Los Tarros, cuya casa estaba a su cargo. Empecé a tener amistad con gente de esa finca, y también un vínculo profesional, porque comenzaban a solicitar mis servicios algunos pacientes que trabajaban allí, sin tener yo todavía ninguna relación directa con Los Tarros.

Por aquella época, Similiano García se estaba haciendo cargo del ingenio de la finca Los Tarros, donde vivía. Un hijo suyo y un hijo mío tenían la misma edad, un año, y recuerdo que una vez Similiano me llamó para atender un pequeño problema de salud de su hijo. Entonces tuve la oportunidad de conocer a Similiano, a su esposa Aurora y a su hijito. Así empezamos paulatinamente a tener una mayor relación, y poco a poco me llegaban más pacientes de Los Tarros hasta que, más o menos a finales de 1958, los dueños me propusieron hacer visitas profesionales a la finca y presentar un pequeño proyecto para mejorar la salud de sus trabajadores, un acto de buena voluntad de parte de la familia García.

¿En materia de salud, qué infraestructura existía en la fábrica?

Aquella era una época de muchas limitaciones, distante *del cielo a la Tierra* de los tiempos actuales. No había clínicas, ni nada. Más aún, los cortadores que provenían del altiplano vivían en galeras, con grandes carencias. Ellos llegaban a la finca con mujer e hijos, y muchos traían hasta gallinas y perros. Los cortadores y sus familias dormían en el suelo, cubiertos sólo por la galera de lámina, en condiciones antihigiénicas.

No obstante, por esos días se notaba ya voluntad de mejorar las cosas. Propuse un modesto diseño de clínica médica, con una pequeña sala donde los pacientes pudieran sentarse mientras esperaban su turno. La clínica debía tener un área para exámenes y una pequeña sala de curaciones donde se pudieran practicar cirugías menores y enyesar pacientes fracturados, por ejemplo. El plan fue aprobado y las instalaciones fueron remozadas y así, en 1959, comenzó a funcionar la primera clínica médica en Los Tarros.

¿Hasta qué punto hubo receptividad a sus propuestas?

Estuve diez años en Santa Lucía Cotzumalguapa y durante todo ese tiempo fui médico de Los Tarros. Conforme mi contrato, debía ofrecer consulta en la finca una vez por semana, y otros pacientes me eran referidos a la clínica por la administración de la Empresa. A fin de mes, cobraba la factura correspondiente. Similiano siempre atendió mis solicitudes, relativas a ampliar la clínica y promover frecuentes mejoras. Sin embargo, aquel hacinamiento humano en las galeras causaba epidemias, algunas de ellas muy fuertes, de tifoidea. Siempre tuve el apoyo de los dueños de la finca y de la administración, en el sentido de promover vacunaciones masivas, de hasta más de mil personas, que era un imperativo debido a la contaminación. Así le hicimos frente a varias epidemias. En el Centro de Salud conseguíamos vacunas y si no, se compraban. A veces un enfermero o una enfermera auxiliar ayudaban a vacunar.

El servicio fue mejorando y, cuando me retiré de Santa Lucía, al cabo de diez años, ya estaban siendo transformadas las condiciones de habitación de los trabajadores migrantes. Había un sentido social más amplio por parte de los dueños y de la administración de la finca. Se empezó a cambiar por completo aquel aspecto denigrante que se observaba en toda esa región. Lo digo yo, que era médico de El Baúl, de Pantaleón y de casi todos los ingenios y de la mayoría de fincas. Gracias a Dios recibí una buena acogida de la población y dejé en ella gratos recuerdos.



¿En qué momento se principió a dar el cambio?

Ese cambio empezó a ocurrir en los ingenios en general, durante los años sesenta. Más aún, fue una transformación muy importante para Santa Lucía Cotzumalguapa y su área azucarera, e incluyó crear un servicio regular de energía eléctrica, pues en esa época sólo existía una planta, perteneciente al Banco del Agro. Yo le daba cabida a esa planta en mi casa de salud. A cambio de ello, el Banco me suministraba electricidad después de las ocho de la noche, cuando se suspendía el servicio en la población, que se reiniciaba a las seis de la mañana del día siguiente.

Sólo en mi casa de salud había electricidad las 24 horas. Tenía un laboratorio clínico, sala de operaciones, servicios de radiología y una sala de pediatría. Contaba con capacidad para atender hasta veinte pacientes hospitalizados, y de la capital llegaban especialistas.

En aquellos años comenzó a cambiar el concepto de municipio y también el aspecto físico de Santa Lucía Cotzumalguapa, porque cuando llegué todo era empedrado. Poco a poco comencé a auxiliar directamente a la población por medio del Club de Leones. El Alcalde Municipal era el capitán Vicente Cancedo. Aquel movimiento de cambio empezó a extenderse hacia la periferia de la población, donde estaban las fincas Los Tarros, El Baúl, Las Ilusiones y Pantaleón. La finca Los Tarros comenzó a transformarse, con un sentido humano, dado que la administración se preocupaba por sus colonos —había muchos en aquel tiempo—, a quienes las fincas les daban casa, una ración alimenticia y algunos beneficios a sus trabajadores.

¿Cómo incidió todo ello en la salud de las familias?

La mortalidad infantil, que era tremenda en los ingenios, bajó enormemente cuando empezamos nuestra labor. Sin embargo, la contaminación era grave, y enfermedades como sarampión y escarlatina estaban a la orden del día, especialmente en la época de zafra, porque cientos de trabajadores y sus familias bajaban del altiplano, causando un gran incremento de la morbilidad y la mortalidad de esta gente en toda la zona.

Al principio, los empleados de los campamentos no recibían mayor ayuda alimentaria que una ración de maíz. Un tiempo después, Los Tarros fue uno de los primeros ingenios en cambiar completamente el sistema, hasta llegar a la actualidad, cuando ya se cuenta con una cocina industrial. Pero en aquella época, a pesar de la buena voluntad de los dueños y de la administración, los cambios debieron ser paulatinos pues no podían hacerse de un día para otro. Cuando dejé Santa Lucía Cotzumalguapa, Los Tarros todavía estaba en proceso de una transformación integral.

¿En qué otros aspectos ayudaron La Unión y Los Tarros?

Respecto a la proyección social de la Empresa, aparte de la asistencia médica, de la que puedo dar fe por mi involucramiento de diez años en clínicas y programas, entiendo que los trabajadores tenían acceso a pequeños créditos para subsanar problemas familiares, como la falta de vivienda. Es así como estos ingenios han mejorado mucho el sentido social.

En aquella época y sin duda también en otras, la Empresa ha colaborado en forma muy estrecha con la Municipalidad de Santa Lucía. Fui Asesor Municipal durante unos años, y Presidente del Club de Leones, y de allí mi vinculación a entidades con las que trabajábamos en el desarrollo del hipódromo y de la feria del pueblo. Cada vez que le solicitábamos a La Unión y Los Tarros ayuda consistente en maquinaria, nos la otorgaban o, si no, nos daban un aporte económico.

¿Que tanto ha evolucionado esta región del país?

En los 45 años transcurridos de 1958 a 2003 han ocurrido cambios notables, como parte de una transformación absoluta. De hecho, la industrialización de esta región de la costa sur vino a cambiar los condicionantes, y los parámetros sociológicos se modificaron por completo. La producción azucarera ha sido un estímulo que ha venido a renovar sustantivamente las condiciones de vida. El hábitat cambió de una manera impresionante.

En 1974 publiqué un libro: *Monografía de Santa Lucía Cotzumalguapa*. Ahí se ve que el azúcar ha sido el motor de la transformación de ese municipio, cuya primera fortaleza productiva fue el ganado. Luego, la United Fruit Company entró a operar en el área de Tiquisate y La Gomera, pero unos años después se retiró, y las zonas bananeras fueron destruidas para dar paso a otros cultivos: así empezó una gran producción de algodón y sobrevino una transformación agroeconómica.

¿Qué implicaciones trajo la sustitución del banano por el algodón?

En aquel tiempo era Director del Hospital del IGSS en Santa Lucía, y recuerdo un hecho ocurrido cuando los bananales empezaron a ser deshechos para el nuevo uso asignado a la tierra. El área fue destronconada para comenzar a sembrar algodón y la tierra fue aplanada, ya que ese cultivo no necesita sombra. Sin embargo, durante el proceso de destronconamiento de ramales apareció una gran cantidad de serpientes, la mayoría de ellas de la especie *barbaamarilla*, al extremo de que diariamente llegaban al hospital unos quince trabajadores mordidos por los reptiles. Muchos pacientes murieron fulminados por el veneno, y ante ello pedimos auxilio a la compañía alemana *Bayer*, que envió técnicos para realizar controles y mediciones en el tratamiento de los pacientes.

El caso es que, superado este problema, la siembra de algodón empezó, pero entonces surgió otro tremendo inconveniente, pues muchas personas resultaban intoxicadas por insecticidas, fosforados y clorados. Posteriormente se abandonó el cultivo de algodón y comenzó la gran producción de caña, lo que coincidió con un decrecimiento de la crianza de ganado. Ahí empezó la transformación, porque los ingenios adquirirían más tierra cada día y ayudaban económicamente a los finqueros para que sembraran caña. La producción mejoró en forma notable, hasta llegar a constituir el azúcar el gran factor de cambio en esa zona, y a la vez la fuente importantísima que es actualmente en la producción agrícola de Guatemala.

En lo referente a los indicadores de la producción azucarera de aquella época, por ejemplo, en 1962, el Ingenio Pantaleón logró el volumen más alto, con 550 mil quintales, empleando en la zafra a unos dos mil trabajadores. En esos años Los Tarros era inferior a Pantaleón y El Baúl, ingenios de la familia Herrera, pero después Los Tarros empezó a crecer progresivamente, transformado y fortalecido por Similiano con un gran sentido empresarial. El resto de la historia ya es conocido por todos quienes hemos observado el comportamiento de la industria azucarera a través de los años.

Desde una perspectiva general, las cuotas han sido el problema para el azúcar. En los nuevos tratados internacionales, y en particular en el Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y Estados Unidos, debe hacerse mucho hincapié para abrir un poco más el mercado al azúcar guatemalteca, que es una de las mejores del mundo, especialmente por su fortificación con vitamina “A”. Es obvio que la globalización vino a cambiar por completo el sistema de mercado, y ese es el verdadero desafío a enfrentar.

Para don Florentín Hernández y su hijo Gerbin Ariel, la Unión ha sido su vida... “Aquí nacimos, crecimos, estudiamos y trabajamos alegres...” Cuando termina cada zafra, unidos los trabajadores dan gracias a Dios y comparten la esperanza de retornar para la siguiente zafra a recibir los beneficios de la madre naturaleza. En La Unión y Los Tarros trabajan aproximadamente 7,000 personas, de las que unas 2,500 son cortadores.





Capítulo XXVI
Un trabajo para toda la vida

Acaso una de las razones de la prolongada permanencia en la Empresa de personeros y empleados de todos los niveles operativos, administrativos y técnicos, sea que los directivos de La Unión, desde el propio Similiano, establecieron una cultura de trato amigable con las personas. Nunca lo vi a él regañar, levantar la voz ni tratar mal a nadie, aunque a veces *daban ganas de estrangular a alguien*. Él siempre tuvo un trato muy mesurado, humano y respetuoso con toda la gente, y esto es algo que se transmite al personal: mantener un clima de cordialidad, de trabajo y de amistad.

Luego, la Empresa facilita a la gente lo que está su alcance. Similiano acudía sin falta cada vez que alguna circunstancia dolorosa afectaba a cualquier miembro de la Compañía, y siempre hacía el bien, sin hacerse notar, actitud de la que muchas personas pueden dar testimonio.

Desde el punto de vista laboral, la Empresa trata de estar en la misma situación que sus semejantes o, si es posible, mejor. Durante el período en que a mí me tocó estar dentro, se le decía a la gente: *Aquí, el que quiera quedarse, encantadísimo, y el que quiera irse, puede pasar por su cheque de indemnización*. Desde 1971 se estableció el sistema de indemnización automática universal, y todos saben que no se les va a forzar a permanecer. Aquí es muy libre la permanencia.

Con ello, La Unión ha logrado algo que antes sólo conocía en los bancos centrales, lo que puedo afirmar porque mi formación original fue de banquero central. Ocurre que en los bancos centrales, en todo el mundo, la gente hacía carrera de por vida. Yo mismo pensé que haría carrera en el Banco de Guatemala para toda la vida, pero al final he visto que 20 ó 25 años es el máximo de permanencia en la banca central, en tanto en muy pocas organizaciones el trabajo es de largo tiempo. En las últimas décadas se ha visto en las empresas que la rotación de personal es más acelerada, pero en La Unión está vigente ese deseo de trabajar, de permanecer, y la gente sabe dónde está.

Por otra parte, han sido resueltos muchos casos de connotaciones humanas dramáticas, como es lógico que suceda en una familia numerosa —que eso somos— de 1,200 personas, en la que por supuesto pasa todo lo imaginable.

Con la camiseta del Ingenio

El licenciado Mario Estrada, Gerente General, subraya la importancia de la armonía entre la Empresa y sus trabajadores.

«Nos hemos interesado mucho por los trabajadores, actitud que data de los tiempos en que don Similiano manejaba la Empresa, y que mantiene vigente el Consejo de Administración. Nos hemos preocupado por los ejecutivos de cada área, y procuramos que toda la gente sea bien tratada, reciba capacitación, y se atiendan sus ideas e inquietudes, porque ellos tienen las mejores iniciativas en las áreas específicas que manejan. A partir de esa actitud empresarial, los trabajadores se muestran muy identificados con la Organización, y contentos de participar con nosotros en estas actividades, porque se sienten tomados en cuenta como parte integrante de la producción y del negocio. Es gente que, por esa razón, se identifica con la Empresa y no duda en *ponerse la camiseta del Ingenio La Unión*, como ellos mismos dicen.

La gente es lo más importante de la Compañía, su capacitación es vital, y corresponde al Departamento de Recursos Humanos promover el bienestar, la tranquilidad y la estabilidad laboral de los trabajadores. Ellos se sienten muy identificados, lo que se refleja en la mínima rotación de personal. Por lo general todos quienes vienen a laborar aquí se encariñan con La Unión y se quedan con nosotros.»

El Superintendente de Recursos Humanos, Arnulfo Trujillo, expone los criterios que prevalecen en La Unión en materia laboral.

«Frecuentemente se escucha que en toda institución el activo más valioso es el recurso humano. En La Unión y Los Tarros es una realidad. La Empresa se mantiene actualmente en los primeros lugares en eficiencia en la industria azucarera, según estudios de organismos especializados, incluso Consultores de Ingenios Azucareros, S.A. CIASA, y ello se ha logrado pese a no ser La Unión el ingenio con mejor tecnología en Guatemala. Ese primer lugar se debe al recurso humano, cuya calidad se ha cuidado mucho.

Un claro indicador de nuestra valoración del recurso humano es que la gran mayoría de empleados permanece muchos años en la Empresa. Don Similiano solía decir: *Algo ha de haber que hacemos bien, y por eso la gente no se va de aquí*. Y así es: por lo general no hay rotación de personal administrativo. Es muy raro que algún empleado decida retirarse y, cuando uno de ellos renuncia, investigamos sus razones, porque no nos gusta que la gente se vaya de aquí. Hemos cultivado una cultura consistente en valorar el recurso humano. La experiencia de nuestra gente es uno de los activos más valiosos de la Empresa.»

El ingeniero Leonel Borja, Asesor de Recursos Humanos, indica que se han realizado sondeos para conocer, de los propios trabajadores, su percepción respecto a la Empresa.

«Las encuestas sobre *clima laboral* principiaron en el año 2000, y hemos observado que los trabajadores aprecian la oportunidad de expresar sus criterios y críticas constructivas, haciéndoles partícipes de la institución. Si ellos señalan deficiencias, las investigamos y, si se comprueban, tratamos de corregirlas. Cuando se realizó la primera encuesta, algunos jefes de departamentos dudaron de sus resultados, pero en la actualidad solicitan contar pronto con los datos recolectados en cada encuesta.

La Unión selecciona adecuadamente a su personal pero, ante todo, lo trata de conservar. El bajísimo nivel de rotación de personal demuestra la satisfacción de los trabajadores por ser miembros de la Empresa. Otro aspecto importante de nuestra política es mejorar la calidad del recurso humano mediante educación y capacitación. La Unión fue el primer ingenio en Guatemala cuyos trabajadores tuvieron acceso a educación secundaria, con niveles básico y de bachillerato, de un año académico cada uno. Avizoramos que los hijos de los actuales trabajadores serán, en el futuro, miembros de nuestro personal o trabajarán en otros lugares y, con base en ello, nos esmeramos por brindarles una educación formal de alta calidad.

La credibilidad alcanzada por La Unión está en relación directa con el esfuerzo realizado para sobreponerse a las crisis, a base de productividad y esfuerzo. Cuando surge una crisis, la mayoría de empresas opta por recortar personal, pero en La Unión nuestra política no es realizar despidos. Consideramos que nuestra gente es muy valiosa, ha llevado a la Empresa a ocupar su actual posición, y debemos estar con nuestros trabajadores en las buenas y en las malas.»

El ingeniero René Cifuentes, Gerente Industrial, afirma que es parte de la filosofía de La Unión no abandonar a sus trabajadores.

«En cierta época de crisis, en Los Tarros, nos quedamos sólo con el personal indispensable para mantenimiento y operación de la planta, y se recontrató a una parte de la gente que había sido indemnizada. Transcurrieron tres o cuatro años, y algunos trabajadores ya tenían casi la edad en que les correspondía jubilarse. Gestionamos que el IGSS les acogiese mediante su programa de Invalidez, Vejez y Sobrevivencia IVS, pero para lograrlo se necesitaba suspender la relación laboral, y ellos debían esperar que se cumpliera un plazo legal de seis u ocho meses, en que no recibirían ningún ingreso. Y si los recontratábamos formalmente, ya no podían inscribirse en el IVS.

Sentíamos la responsabilidad de ayudarlos a sobrevivir, y don Similiano me autorizó recontratar a esos trabajadores. Le conté las penalidades que a causa de esos obstáculos habían pasado algunos de sus primeros trabajadores en Los Tarros y me dijo: *No quiero que eso vuelva a ocurrir con la gente que colabora con nosotros*.

En busca de una solución estructural, por iniciativa mía, fue creada una asociación solidarista, integrada por trabajadores y la Empresa, en Los Tarros, con el fin de promover el ahorro y proveer a los trabajadores de medios de sobrevivencia adicionales cuando les corresponda retirarse.»

Dos trabajadores del Ingenio La Unión presentan la maqueta de la fábrica.





Arturo Escobar constituye un ejemplo del trabajador que ha cumplido toda su vida laboral en la Empresa. Nació en la finca Los Tarros, donde empezó a trabajar a los 16 años, en 1948, como ayudante de carpintero. En el Ingenio fue encargado de calderas y, después, Supervisor y Encargado del Departamento Eléctrico, hasta su jubilación en 2002.

«Estuve cuatro años como encargado de calderas, en turnos de doce horas toda la zafra —más adelante fueron de ocho horas—. Un día se me propuso dejar las calderas y trasladarme al Departamento Eléctrico. Don Similiano me aumentó el sueldo y me dio un turno de electricista, que desempeñé durante once zafas.

Cuando me inicié en esa función, el electricista que cubría el otro turno me aconsejaba estudiar, y tomé un curso por correspondencia de la *National School*. Ello me permitió combinar la práctica con la técnica. Después seguí cursos en el INTECAP y, llegado el momento, me nombraron Encargado del Departamento Eléctrico, porque era quien mejor conocía la planta. Para no defraudar la confianza, trabajaba domingos, días de asueto y siempre que fuera posible.

Cumplí 38 años de trabajar en la Empresa y quise retirarme, pero me fue pagada mi indemnización y los ingenieros me convencieron para seguir laborando. Así fue, y cada año se me cancelaban mis prestaciones. Por fin, en 2002, decidí retirarme en definitiva, y todavía me dijeron que me iba *sólo porque así lo quería*. Experimenté profunda satisfacción por el trabajo realizado. Gracias a la Empresa, nunca estuve vacante, y me atraía la idea de seguir trabajando, pero a la vez comprendía que, a mis 71 años, necesitaba descansar. Mi padre trabajó aquí 45 años, como mayordomo, y murió en plena labor.»

César Ruiz, trabajador de la Empresa desde 1967, comenta las razones de la prolongada permanencia de la mayoría de empleados.

«La Unión-Los Tarros ha brindado estabilidad laboral, y a cada trabajador se le ha reconocido su capacidad en su respectiva área. Aquí se recibe apoyo moral, que lamentablemente no es un valor generalizado en las empresas. Los directivos reconocen el valor humano de cada trabajador, y ello genera en nosotros una sensación de trascendencia en nuestras labores. Yo agradezco a Dios y a don Similiano, ya que, a pesar de mi edad, se me ha confirmado en mi puesto de trabajo, dándome la oportunidad de aportar mi esfuerzo a una empresa pujante y de mucho progreso.»

El ingeniero Rodolfo Arroyave, Superintendente de Servicios, explica el sentimiento de identidad que los trabajadores muestran hacia la Empresa.

«Una de las principales razones es la confianza que se otorga, por lo que uno siente que es su propia empresa. Para mí es un orgullo considerarme parte de La Unión, y he transmitido a mis hijos ese sentimiento. Para quienes durante muchos años hemos trabajado aquí, es muy gratificante recordar y comentar los logros y las vivencias y poder decir alegremente: *Eso lo hice yo; yo estuve allí; ¿te recordás de lo que allí pasó?*»

Productividad, factor determinante en los salarios

La productividad constituye un factor esencial para determinar el monto de los salarios en La Unión, sin menoscabo del pleno cumplimiento de la ley. El ingeniero René Cifuentes, Gerente Industrial, evaluó los factores que han influido en el incremento de la productividad laboral.

«Los sueldos han mejorado a medida que la Empresa ha crecido. Los trabajadores ganan el triple o más que hace diez años. El crecimiento de la Empresa es el resultado de un incremento en la productividad, lo que se ha logrado con el mismo equipo que ya se tenía, y sin que hayan aumentado los costos de operación.

Los ingresos de los trabajadores se han incrementado en función de su mayor productividad. Por ejemplo, en la zafra 1991-92, con casi 700 trabajadores, La Unión molió un promedio de 6,000 toneladas por día. En la zafra 2001-02, con 520 personas y sin aumentar el tamaño de los molinos, se molió un promedio diario de 12,000 toneladas, sin recurrir a excesivas horas extraordinarias de trabajo.

En ese incremento de la productividad ha influido notablemente una mejora en el grado de escolaridad de los trabajadores, mediante enseñanza impartida en el sistema educativo de la Empresa.»

El licenciado Carlos Arriola, Gerente Financiero, destaca cómo la remuneración a los trabajadores de campo en La Unión se ha incrementado con el transcurrir del tiempo.

«La remuneración promedio diaria que a finales de los años setenta se pagaba a los trabajadores de campo en La Unión era de Q1.49, equivalentes en esa época a 1.49 dólares. En 2002, el salario promedio diario fue de Q30, cantidad que, si se divide entre los Q7.90 que equivalen a un dólar, da como resultado 3.79 dólares actuales contra el 1.49 de aquella época. Esto significa que la remuneración a nuestros trabajadores de campo en la costa sur creció en 250 por ciento.»



El ingeniero Miguel Maldonado, Gerente de Operaciones Agrícolas, compara los salarios actuales con los de los años setenta.

«En 1976, el salario mínimo en las fincas azucareras subió de Q0.80 a un quetzal diario y al año siguiente se incrementó a Q1.20. A cada trabajador se le asignaban dos o tres tareas por día, para ayudarles a ganar un poco más. En 1980, como resultado de la huelga general de trabajadores agrícolas, el salario mínimo para los cortadores de caña aumentó a Q3.20.

El costo de vida en Guatemala era bajísimo en aquellos años. Por ejemplo, en 1979 compré mi primer automóvil, nuevo, y me costó entre 3,500 y 4,000 quetzales. Actualmente con esa cantidad no se paga ni el enganche de un carro usado.

En la industria azucarera, si bien el salario mínimo actual es de Q40 por día, lo que marca la pauta es la productividad individual, circunstancia que permite no supeditar a los cortadores de caña a la rigidez de un salario mínimo, sino hace posible otorgar mejores remuneraciones a quienes más trabajan.»

La Unión ha adoptado estrategias creativas para enfrentar los aumentos de los costos de operación, expresa el Superintendente de Recursos Humanos, Arnulfo Trujillo.

«La estrategia ha consistido en eliminar el antiguo modelo de jornal y salario, y en vez de ello pagar en función de productividad. Se promueve que el trabajador sea más productivo y así gane más dinero. Se aplican incentivos en las fábricas y trabajo a destajo en el campo. Con ello, el personal ha disminuido sin necesidad de despedir gente.

Como una parte del trabajo es temporal, conforme a la época del año, contratamos a un limitado número de trabajadores, pero les damos la oportunidad de producir más, a cambio de mayores ingresos. Los salarios que se devengan en La Unión son de los mejores en la industria azucarera y por ello la rotación es baja. Suele suceder que, cuando un ingenio no remunera bien, la gente se va, pero ese no es nuestro caso. No significa necesariamente que los trabajadores no aspiren a obtener mayores ingresos, lo que es legítimo, pero no enfrentamos presiones de laborantes que pretendan renunciar motivados por mejores oportunidades. Usualmente se reciben muchas solicitudes de trabajo, y ello nos satisface.

En la Empresa, el Departamento de Recursos Humanos es un medio de servicio, entre cuyas principales misiones está facilitar la educación y la capacitación de todo el personal. Casi se ha logrado superar el analfabetismo de los trabajadores del campo, excepto los migrantes, cuya educación está fuera de nuestro control, porque es personal que permanece en la Empresa sólo en zafra, aun cuando ya se inició un programa adaptado a sus circunstancias. Constantemente se promueven proyectos de responsabilidad social, nos estimula lograr el aprecio de las comunidades de la costa sur, y se trata de que todo nuestro personal se sienta siempre bien aquí.

La mayoría de mis colaboradores en el Departamento de Recursos Humanos ha trabajado alrededor de 25 años en la Empresa. Casi se puede decir que crecimos juntos, ahora somos padres o madres de adolescentes, e incluso hay abuelos entre nosotros. Muchos jefes empezaron desde abajo y han hecho carrera aquí. Es una gran familia y deseamos gozar siempre de esta convivencia.»



Capítulo XXVII
Educar al trabajador: un reto ineludible

En 1971, cuando inicié mi trabajo en la Empresa, La Unión estaba en su tercer año de operaciones. Laboraban en la fábrica muchos ayudantes de albañil, así como albañiles que habían participado en el montaje de la planta, quienes fueron contratados cuando ésta empezó a operar en 1969. En su gran mayoría habían cursado hasta primer grado de primaria, y les fueron asignados equipos sencillos, si se los compara con los que serían utilizados años después. Sin embargo, en 1990 la tecnología avanzaba, y se observó que al personal que no sabía leer le era difícil cumplir las instrucciones de los jefes. A algunos trabajadores se les daba instrucciones por escrito y por no saber leer recurrían a sus compañeros para recibir de ellos la explicación que necesitaban.

El ingeniero René Cifuentes tomó nota de la situación y decidió promover mejoras en la educación del personal. Su propuesta fue crear un bachillerato para los trabajadores. La actitud en la Empresa era que, al surgir una idea, convenía *darle pita*, y así, muchos proyectos se han realizado y otros no. Este proyecto es de los que se concretaron, y se inició en 1994. El primer grupo de trabajadores que se inscribió en la escuela fue objeto de muchas bromas y burlas de sus compañeros, quienes les decían que perderían su tiempo. Pese a ello, el grupo de estudiantes fue perseverante, *abrió brecha*, y al día de hoy 160 trabajadores adultos se han graduado de bachilleres, hasta el año escolar 2003 inclusive.

En la Empresa trabajan 1,200 personas a lo largo del año como empleados permanentes. Se mejoró la escolaridad en más de diez puntos porcentuales durante la primera década del bachillerato para los trabajadores. Los actuales planes estratégicos contemplan la mejora de la escolaridad del personal de la Compañía a todos los niveles y, en 2004, trescientos trabajadores —diferentes de los ya graduados— estudiaban en la Escuela de Adultos con el fin de obtener su bachillerato.

El primero y segundo años de estudios, 1993-94, los alumnos eran únicamente miembros del personal de la fábrica La Unión, y para impartir las clases fue contratada la empresa Servicios Profesionales Educativos Integrales SEPREDI. Después, La Unión absorbió directamente el manejo de la educación. En 1995 se incorporó el personal de la fábrica Los Tarros. En 2001 el proceso de enseñanza abarcó también a trabajadores del Departamento de Operaciones Agrícolas, con un nivel de escolaridad bajo. Se decidió establecer la escuela primaria acelerada, cuyos primeros estudiantes ahora cursan la secundaria.

Circunstancialmente, se presentó el caso de una señora cuyo esposo dejó de trabajar en la Compañía, y ella le solicitó a la Directora de Educación y Desarrollo, Aura Marina Martínez, que le permitiera proseguir sus estudios. Terminó el bachillerato y ahora trabaja en la farmacia situada en el Ingenio La Unión. Este ejemplo abrió los ojos en el sentido de que otras personas relacionadas con la Empresa también podían ser educadas en la Escuela para Adultos, y así fue en efecto: durante una visita a la Escuela, observamos a algunas señoras que no conocíamos, y cuando se les preguntó, respondieron que eran esposas de trabajadores, no empleadas del Ingenio. Nos sorprendió esa actitud positiva, que contribuye a confirmar que el programa educativo está consolidado: la enseñanza para adultos es accesible a las esposas de los trabajadores.

Las madres de familia se están educando para poder también dar orientación escolar a sus hijos. En 2004 el Ingenio tiene una escuela con trescientos alumnos en la primaria y setenta en primero y segundo básicos. Se completará la secundaria en 2007. Aunque sea repetitivo, las madres de familia, quienes están más cerca de la educación de los hijos, también están educándose con ellos. En el almuerzo de celebración con el primer grupo de bachilleres graduados, uno de ellos relató que tenía tres hijos, y que con el segundo de ellos él estaba cursando el mismo grado, circunstancia que les permitía tener una mejor comunicación mutua. Eso no lo logró con su primogénito.

página 236
Cuadro elaborado por el pintor guatemalteco Jorge Mazariegos, tomando como inspiración una escena característica del diario acontecer en las instalaciones de la Empresa, con el Ingenio La Unión en plena actividad agrícola e industrial. La pintura está colocada a la entrada del salón de sesiones del Ingenio La Unión, en la capital de Guatemala.

En un acto de graduación más numeroso, con cuarenta estudiantes, en 2001, me correspondió almorzar junto a un alumno de 60 años, el de mayor edad en el grupo. Él tenía mucho tiempo de trabajar en la Compañía, era muy respetado por sus compañeros, y dijo: *Yo decidí estudiar, no tanto por mis hijos, porque ellos ya hicieron su vida, sino por mis nietos; atiendo a mis nietos y quiero darles el ejemplo, demostrándoles que estudiando se sale adelante.* Aparte de esos casos, que desgarran el corazón y dan mucha alegría, se observa que el personal aprecia mucho la educación, y la percibe como un valor agregado que se tiene en la Empresa. Los planes de educación, junto a los planes de salud, hacen que se ofrezca algo adicional y distinto a los empleados en esta zona.

De los 160 bachilleres graduados, el primero de ellos se fue a trabajar a otro ingenio. Algunas personas nos dijeron que de nada servía educar a los trabajadores si después se retiraban de la Empresa. No lo tomamos así, porque he vivido durante más de cuarenta años involucrado en procesos educativos con adultos, y estoy convencido de que los trabajadores de La Unión están aquí porque así lo desean, y pueden retirarse cuando quieran, indemnización en mano. En 1971 se estableció esa política, y a la fecha La Unión tiene un gran récord de estabilidad laboral. Algunos trabajadores tienen entre treinta y cuarenta años de prestar sus servicios a la Empresa, y humorísticamente les he dicho que *el día del juicio final vamos a tener que fusilarlos para que logren pasar a la otra vida.*

Lo interesante es que la gente valora mucho esto, y en 2004 se inició un programa con la Universidad Galileo para que, en el período de no zafra, de junio a octubre, los operarios de las plantas y talleres puedan cursar dos años de carrera tecnológica universitaria, con miras a aspirar al grado de Técnico en Supervisión Industrial y Supervisión Eléctrica.

Una de las razones por las que se impulsan estos programas es que, en un mundo tan cambiante, si se desea permanecer en el negocio se necesita contar con el mejor personal posible. El personal de La Unión y Los Tarros es el mejor que se podía haber tenido, y se quiere enfrentar junto a ellos los nuevos retos. Se trata de darles los instrumentos necesarios para que se capaciten en mejor forma y puedan estar bien preparados ante la competencia que se está abriendo en el mundo. Y la otra razón es que La Unión produce azúcar y electricidad preparando al personal, y capacitándolo en su puesto de trabajo.

Trabajadores de la Empresa muestran certificados de cursos de capacitación, que en la actualidad son impartidos en el puesto de trabajo a unos 800 empleados cada año. Los programas de buenas prácticas de manufactura han sido especialmente motivadores.



En efecto, el Consejo de Administración 2000-04 —que tomó posesión al retirarse Similiano, después de cincuenta años de dedicación a la Compañía— agregó al proceso educativo un aspecto muy interesante: aprobó el Programa de Capacitación en el Puesto de Trabajo, para todo el personal, que en 2002, su primer año de realización masiva, contó con ochocientos participantes. En estrecha colaboración con el Instituto Técnico de Capacitación y Productividad INTECAP, se han desarrollado programas de tanta importancia como el de *buenas prácticas de manufactura*. En 2003 participaron ochocientas personas, quienes recibieron enseñanza sobre las normas y procesos de trabajo en el ISO 9000, ya que la Compañía se está preparando para registrarse y calificarse dentro de esa normativa, así como en el ISO 14000, relativo al ambiente.

Los programas son completos, y se ha logrado educación a todo nivel. El propio personal se refiere a los sistemas educativos del Ingenio como la *U de La Unión*, o sea la *Universidad de La Unión*.

Todos adelante, que nadie se quede atrás

El licenciado Mario Estrada, Gerente General, subraya la importancia de ofrecer educación de alta calidad a adultos y niños, a la vez de crear en ellos la motivación que los impulse a su superación personal.

«El proceso de capacitación es una actividad dinámica, que se renueva año con año, siempre en busca de mejores resultados, no sólo por la cantidad de gente que podamos capacitar, sino porque la calidad del aprendizaje debe ser siempre superior. Impone conocer las nuevas tecnologías mundiales, para poderlas transmitir al personal.

Tenemos un número importante de alumnos en la costa sur, hijos e hijas de los trabajadores. Además, desde 2003 ofrecemos educación secundaria a esa niñez, y hemos desarrollado opciones para los trabajadores adultos, apoyando moral y económicamente a quienes deseen estudiar en universidades. Esto ha sido de mucha motivación para quienes terminan la secundaria. Se les ayuda otorgándoles el tiempo necesario para estudiar, y un apoyo económico para completar el pago de sus matrículas estudiantiles.

Esa es otra de las razones de los empleados para estar satisfechos con La Unión, mientras para la Compañía es una gran ventaja tener gente capacitada, en función de su eficiencia. En síntesis, la filosofía ha consistido en mejorar la calidad intelectual del personal, todavía hay mucho por hacer, y pretendemos incluso extender a los cortadores de caña la cobertura de la capacitación.»

La carrera de dos años de Técnico Universitario en Supervisión Industrial fue establecida en 2004 por La Unión, como resultado de una alianza con la Universidad Galileo. Los primeros 54 alumnos se inscribieron al enterarse de esta nueva oportunidad ofrecida por la Empresa para elevar el nivel educativo y la capacidad tecnológica de los trabajadores. Se prevé que en 2006 puedan continuar los estudios para alcanzar el grado de Técnico en Supervisión Industrial y Supervisión Eléctrica. Ello abre nuevas oportunidades al personal operativo de las fábricas La Unión y Los Tarros, y a los trabajadores del área agrícola. Al fondo, pintura alegórica del Ingenio Los Tarros, con los volcanes de la zona: el Acatenango, el de Fuego y el de Agua.



El licenciado Arnulfo Trujillo, Superintendente de Recursos Humanos, afirma que la educación constituye un estímulo para la búsqueda de la superación personal y familiar de cada trabajador.

«Uno de los incentivos más importantes para nuestro personal es la oportunidad de educarse y capacitarse. Se ha tenido la convicción de que hay que ayudar a quien lo necesita para superarse. Conforme a esa filosofía, la Empresa brinda prerrogativas a los empleados que pueden optar a estudios universitarios, reembolsándoles el valor de la matrícula y de las cuotas mensuales pagadas a las universidades. Mediante esa ayuda se han graduado numerosos profesionales, lo que nos enorgullece. Se tiene escuela pre-primaria, primaria y telesecundaria para los hijos de los trabajadores, y educación de adultos hasta bachillerato para nuestros empleados.

En enero de 2004 principió el programa para cortadores en Los Tarros, y la alfabetización y primaria en horario vespertino durante la zafra. Consideramos indispensable elevar el nivel de escolaridad para contar con recurso humano capacitado. Primero hay que educar y luego dar capacitación técnica. No se puede esperar frutos de un terreno que no ha sido adecuadamente fertilizado. Nosotros *fertilizamos* por medio de la educación en la Escuela para Adultos, y luego viene la capacitación técnica.

Ello concuerda con requisitos adoptados por el INTECAP, que exige cierto nivel académico para otorgar capacitación, e incluso somete a los trabajadores a pruebas de aptitud. El INTECAP construyó en las afueras de Santa Lucía Cotzumalguapa uno de los centros de capacitación más grandes de Latinoamérica.

Los trabajadores reciben estas oportunidades como una bendición, y un indicador de su complacencia es que muy pocos se retiran de la Empresa, porque comprenden que, si se van, perderían esa prestación, con la desventaja de tener que inscribir a sus hijos en escuelas públicas. La escuela en Los Tarros es muy buena, su edificio es muy bonito y se realizan esfuerzos porque los alumnos reciban la mejor atención. Además, una de las metas es que todos los trabajadores aprueben la escuela primaria, de modo que resulte innecesario contar permanentemente con una escuela primaria para adultos.»

El ingeniero René Cifuentes opina que la educación es uno de los principales medios de proyección social que posee La Unión.

«Una iniciativa importante ha sido la creación de la escuela para los hijos de los trabajadores. Antes de ello, cuando un hijo de uno de nuestros empleados cumplía quince años, su padre acudía con algún jefe a solicitar trabajo de aprendiz para su *patojo*, sin esperanzas de que pudiese estudiar. Ahora les pregunto a los trabajadores cómo están sus hijos y responden satisfechos: *Estudiando*.

Incluso esposas de los trabajadores estudian en la misma escuela, por las tardes. Todos se esfuerzan por salir adelante y valoran la oportunidad que la Empresa les brinda. El proyecto escolar se inició en 1992. Se han graduado seis promociones de bachilleres, y otros ingenios están emulando esta obra educativa.

Niños y niñas, durante la clase de educación física, en el campo de fútbol de la escuela situada en la finca Los Tarros. Al fondo, el Ingenio Los Tarros.



Además, por la necesidad de contar con personal capacitado, propuse crear una escuela para que los empleados obtengan grados de escolaridad formal. Anteriormente en Los Tarros se ofreció capacitación con la cooperación del INTECAP, pero los alumnos aprovechaban poco la enseñanza, muchos no comprendían cómo leer, no entendían las cuatro operaciones aritméticas fundamentales, y había una deserción muy alta.

Los propios trabajadores de Los Tarros salieron a buscar educación formal con ayuda de la Empresa, que les suministró transporte vespertino para que fuesen a estudiar a Santa Lucía, a diez kilómetros por carretera pública. El proyecto funcionó y, cuando estaba yo por ser transferido de Los Tarros a La Unión, le pregunté a don Similiano qué esperaba de mí en este ingenio, y me respondió: *Quiero que haga en La Unión lo mismo que en Los Tarros, pero aún mejor*. Para ello le propuse la creación de un instituto, con el fin primario de otorgarle al personal escolaridad formal, para que después pudieran recibir y absorber mejor la capacitación técnica.»

El ingeniero Miguel Maldonado asegura que la educación es una de las fortalezas de la Empresa.

«En 2002, a iniciativa del licenciado José Molina Calderón, se logró consolidar las escuelas en una sola, en la finca Los Tarros. Para orgullo de quienes trabajamos en la Empresa, en la actualidad esa escuela es probablemente la mejor de la costa sur en lo que respecta a la parte física, muy bonita y con todas sus comodidades, ideal para que todo buen alumno pueda sobresalir. En 2003 se incorporó la enseñanza secundaria, y aparte de eso tenemos la opción a estudios universitarios, que es un excelente plan.

Acaso nuestra fortaleza más grande es la Escuela para Adultos, que ha colocado a la Empresa en una posición vanguardista y nos permitirá contar, en uno o dos años, con una fuerza laboral sin un solo analfabeta. La idea es que la gente pueda seguir estudiando y superarse en su propio beneficio. En 2004, la Escuela para Adultos tiene más de 200 alumnos, incluidas personas que viajan más de 70 y 80 kilómetros para poder estudiar. Después de haber trabajado medio día emprenden el viaje en autobús de la Empresa a recibir clases, y por la noche regresan a su casa. Ello constituye un sacrificio muy grande.

La educación ha crecido notablemente en Santa Lucía. Al inicio sólo se tenía el Colegio Costasur, creado por los ingenios La Unión-Los Tarros y Pantaleón, pero después se sumaron el Colegio Americano, instalado también por iniciativa de los ingenios, y la Universidad del Valle de Guatemala.

Aparte de eso, la comuna de Santa Lucía se ha favorecido con tener a estos dos ingenios —de un total de cuatro— dentro de su área municipal, porque le generan beneficios económicos muy importantes, y a la vez constituyen el mayor contribuyente de arbitrios municipales. A ello se suman el funcionamiento de CENGICAÑA y la construcción de un edificio del INTECAP, que será uno de los mejores del país.»

El ingeniero Fraterno Vila Girón, Presidente de ASAZGUA en 2004, reconoce el esfuerzo realizado por La Unión, para ofrecer educación a sus trabajadores.

«En la industria azucarera en general, aunque en unos ingenios más y en otros menos, se ha tenido una inquietud hacia la parte social y hacia sus trabajadores, pero hay actividades en que La Unión ha sido verdaderamente líder, como son la capacitación y la alfabetización, esto último con un éxito tremendo. Todos los trabajadores de La Unión y Los Tarros han aprobado por lo menos la escuela primaria, algunos ya son bachilleres y otros estudian una carrera universitaria, como resultado de ese incentivo que les ha dado la Empresa para capacitarse y a la vez superarse en sus puestos de trabajo.»

El ingeniero Elvis Reyes, ex Superintendente de Cosecha y Alce de La Unión, destaca que estos procesos educativos se han proyectado en beneficio de personas que, de lo contrario, no hubieran llegado a tener la oportunidad de estudiar.

«La Unión es líder en educación de personal, a todos los niveles. Esto significa un mismo grado de atención a trabajadores que están en proceso de aprender a leer y escribir que con aquellos empleados que están cursando la escuela primaria y los que reciben la educación básica. La Empresa fundó sus propios establecimientos educativos, en que se han graduado varias promociones de bachilleres. Las oportunidades de capacitación incluyen a todos los trabajadores, permitiéndoles hacer un plan de carrera. Por ejemplo, un trabajador que aprende aquí a leer y escribir puede optar a un puesto de apuntador de caña o capacitarse para operar maquinaria.

Salón de usos múltiples y gimnasio techado, en la escuela situada en la finca Los Tarros. El salón tiene capacidad para 400 personas sentadas. La Empresa realiza aquí sus celebraciones de fin de año, generalmente con clima fresco, gracias a la altitud de la finca Los Tarros.



Otro valor agregado en el que se invierte es la identificación de cada trabajador con la Empresa. Muchos de ellos, viniendo de la nada, provenientes de aldeas remotas, han encontrado la oportunidad de educarse e incluso graduarse de bachilleres. Una de las ayudas que reciben es el transporte hacia la escuela. Estos empleados pueden escalar puestos de trabajo dentro de la Compañía, de acuerdo con su aptitud. En el acto de graduación de 2002 algunos dijeron que veían realizarse un sueño, porque nunca imaginaron obtener un título. Otros relataron que desde los 15 ó 17 años tuvieron que dedicarse exclusivamente a trabajar, por limitaciones económicas de sus padres, hasta que La Unión les abrió las puertas al estudio.»

El ingeniero Otto Kushiek, ex Coordinador Agrícola de La Unión, considera que el énfasis en el aspecto educativo revela un espíritu de sensibilidad social.

«La proyección social ha sido determinada por una actitud de sensibilidad dentro de la Empresa. Desde sus inicios, el sentido de responsabilidad social se manifestó, entre otros hechos, cuando en 1968 Los Tarros construyó un edificio nuevo para la escuela, que en su momento fue líder y actualmente sigue siendo una *señora escuela*, modelo en su género.

Ante esos ejemplos, la industria azucarera se percató de que debía ser el motor de un cambio y, por medio de la Fundación para el Desarrollo del Azúcar FUNDAZÚCAR, promovió la búsqueda de objetivos sociales. La corporación La Unión-Los Tarros generó el espíritu de progreso en la comunidad. Fue creado, juntamente con Pantaleón, el Centro Escolar Costasur, para los hijos de los profesionales azucareros e incluso los habitantes de Santa Lucía Cotzumalguapa. Fue un impulso al sistema educativo de Santa Lucía, y generó inquietudes que actualmente vemos realizadas, en esa región, en el Colegio Americano y la Universidad del Valle de Guatemala, ambos con el auspicio de la industria azucarera.

A la vez se han impulsado proyectos de lotificación para contribuir en el tema de la vivienda. Todo ello ha incidido en el desarrollo de la comunidad y sus áreas de influencia, donde se concentra la gente que trabaja en esta agroindustria. Ese trabajo ha sido bien remunerado, y las condiciones de vida en la región han mejorado. El área donde están La Unión y Los Tarros es uno de los sectores con mayor evolución y velocidad de cambio en Guatemala.»



Escuela del Ingenio La Unión en finca Los Tarros. Más de 350 alumnos, hijos de los trabajadores, reciben clases gratuitamente por la mañana. Se imparte preprimaria, primaria y telesecundaria. El número de alumnos se prevé aumentará a 500 en 2007, al iniciarse el 5º. curso de bachillerato. Por las tardes y fines de semana funciona la Escuela de Adultos, en la que hasta 2004 se habían graduado 180 bachilleres. Trescientos alumnos-trabajadores están inscritos con sus cónyuges en los distintos grados. Mientras tanto, otros cien cortadores de caña iniciaron la primaria. A ellos se añaden los 54 alumnos que en 2004 cursaron el primer año de Técnico Universitario en Supervisión Industrial, establecido en alianza con la Universidad Galileo. Con ello se aproxima a mil el total de alumnos que reciben educación formal.

Solidaridad y acercamiento humano, valores que aquilata la Iglesia

En 2002, La Unión inauguró el programa educativo para trabajadores adultos del área agrícola, con un acto al que acudió Monseñor Víctor Hugo Palma, Obispo de Escuintla.

«Mi visita al Ingenio La Unión, en 2002, recién designado Obispo Coadjutor de Escuintla, constituyó para mí el descubrimiento de una dimensión de vida productiva que no había visto en la costa sur. Con anterioridad, cuando pasaba frente a La Unión y Los Tarros, pensaba que sus actividades consistían únicamente en producción agroindustrial, pero en esa ocasión descubrí el valioso aspecto formativo que la Empresa ha promovido a favor de varias generaciones locales.

Descubrí la solidaridad, en esta dimensión de acercamiento humano, en plano de ayuda, más allá de lo que el mismo programa productivo implica. La impresión que me causaron La Unión y Los Tarros fue de una gran proyección social. Comparto este criterio con sacerdotes que conocen más de cerca el proyecto y con obispos de la zona sur de Guatemala. Aquella visita me permitió descubrir un mundo de formación, solidaridad y mucha humanización, que en años recientes se ha afianzado.

Entre los trabajadores-estudiantes presentes en ese acto inaugural había vecinos y feligreses de municipios como Sipacate y aldeas que atiendo, próximas al mar. Me pareció encontrar la riqueza humana de los estudiantes. El proyecto educativo no se restringe al área geográfica de La Unión y sectores aledaños, y me dio mucho gusto ver la pluralidad de regiones beneficiadas. Se observa en los alumnos el comienzo de un principio de responsabilidad, al aprovechar oportunidades que no es fácil encontrar. Por eso, en aquella ocasión felicité a promotores y beneficiarios de ese programa formativo.

La escuela de La Unión que funciona en Los Tarros es envidiable. En ninguna de las escuelas nacionales que conozco, y sólo en escasos colegios de Escuintla o Santa Lucía, hay un ambiente tan bonito. Es un lugar apto para la función pedagógica, con los locales muy bien dispuestos y aulas bien cuidadas. Recordemos que un elemento clave en la pedagogía es que el ambiente mismo debe ser formativo. Si un estudiante va a un lugar donde observa descuido y deterioro, su impresión del mundo es que esto es irremisiblemente así. Entonces puede aprender la temática, pero no aprenderá humanidad ni urbanidad.

Estos proyectos son futuristas, muy apegados —voy a decirlo— a lo que la Doctrina Social de la Iglesia insiste en recordar a todos los productores guatemaltecos en cuanto a la necesidad de educar a las personas en valores y además en capacitación productiva. El gran problema de Guatemala, de cara a las grandes necesidades de producción que se vienen, es que no sabemos hacer más que dos o tres cositas. Hemos llegado a un nivel de estancamiento, con oportunidades tan escasas, que ahora hay que tender la mano un poquito más allá de lo que pensábamos. Aquí entra el proyecto educativo de La Unión, porque lleva la formación al lugar de trabajo, no sólo referida a producción azucarera sino también a valores humanos.

Una celebración escolar en Los Tarros. El gimnasio techado es utilizado también como cancha de baloncesto.





esta página, de arriba hacia abajo
Monseñor Víctor Hugo Palma, Obispo de Escuintla, recibe la bienvenida que con cantos le brindan los alumnos de la escuela de Los Tarros, e imparte su bendición al coro de estudiantes.

Campo de fútbol, en día normal de clases en la escuela del Ingenio La Unión, situada en la finca Los Tarros.

página 245
La comunidad de Santa Lucía Cotzumalguapa responde positivamente a toda iniciativa tendiente a una mejor educación para jóvenes y niños, y prueba de ello es la participación en 2004 de miembros del Club Tucán de Guatemala en esta actividad de remozamiento de las instalaciones de la escuela situada en la aldea Miriam II, vecina al Ingenio La Unión.

El problema no estriba en tener o no tener, sino cómo podemos ser más humanos, con lo mucho o lo poco que tengamos. El proyecto de La Unión es futurista porque si algo va a pedir la Iglesia, si algo van a pedir los sectores sociales a la vida productiva de Guatemala y de Latinoamérica, es que se proyecten de esta manera: haciendo lo que deben hacer, en la excelente forma en que algunos ya lo hacen, y tratar de ofrecer estos servicios sociales y esta proyección.

En su encíclica *Centessimus Annus*, Juan Pablo II nos pide promover no sólo el bienestar material del hombre mediante la producción, sino también la formación de valores. Cuando habla de solidaridad, el Pontífice demanda dar la mano a aquellos que difícilmente puedan tener una oportunidad. Hay gente que, si no se le da una mano, un poquito heroicamente, no va a salir adelante.

No voy a hacer un juicio muy amplio, porque puedo acusar, pero entre los sectores agrícolas productivos de Guatemala, La Unión y Los Tarros, y en general la industria azucarera, tal vez son de los más visionarios en este aspecto. Guatemala no sólo ha alcanzado el sexto o el séptimo lugar en la producción mundial de azúcar —lo que constituye un orgullo—, sino que además las empresas de este sector han sabido cumplir su función social, como quisiéramos lo hiciesen todas las demás.

Así que conocer la vida productiva de Escuintla y tomar conciencia de lo que va a ser tras un largo proceso, me parece una gracia de Dios. Escuintla es un departamento que ofrece oportunidades. Esto es una bendición, porque las tierras están aptas para el cultivo, hay demanda de mano de obra y acaso es necesario organizarse un poco más y capacitar mejor a los trabajadores, para obtener buenos resultados.»

Al término de su visita, se le formuló a Monseñor Palma esta pregunta: “Ahora que usted ha conocido los ingenios azucareros, ¿cómo aplica la frase bíblica que dice: *Ganarás el pan con el sudor de tu frente?*”

«Es difícil que esa frase no se cumpla. Son 38 grados de temperatura en el ambiente. Hay suficiente capacidad tecnológica en los ingenios, no sólo para producir más y mejor azúcar, sino para optimizar las condiciones de trabajo. Considero que hay un sector, dentro de cada ingenio, que se pregunta: ¿Cómo los trabajadores pueden cumplir mejor sus labores, en mejores condiciones? Si se está logrando dignificar a las personas al proporcionarles trabajo, cuidemos también que el trabajo rescate nuestra dignidad. La dignidad del trabajo no consiste sólo en decir: Trabaje y comerá. También debe decirse: Voy a trabajar y comeré.

Debe formarse la conciencia de los trabajadores, en el sentido de que *trabajando, seremos más dignos del pan que estamos comiendo*. Así dijo el Señor al principio, cuando puso a Adán en el Paraíso. Lo puso para que lo trabajara, y no como dijo *el Negrito del Batey*, ... “*porque el trabajo lo hizo Dios como castigo*”, porque eso no es cierto.»



Raíces

Seis o siete siglos antes de la Era Cristiana, hubo en Cotzumalguapa una civilización local desarrollada, según las conclusiones de estudios efectuados por el arqueólogo y antropólogo Oswaldo Chinchilla. Las investigaciones suyas y de otros especialistas, podrían arrojar luces para aclarar la incógnita referente a quiénes fueron los primeros pobladores de Santa Lucía.

Hasta en tanto no se tengan indicios reveladores a ese respecto, seguirán existiendo dudas e imprecisiones que eventualmente se extienden incluso a los campos artístico y literario.

Por ejemplo, en la canción titulada “Santa Lucía Cotzumalguapa” se alude en una de sus estrofas a “los Olmecas”, probablemente porque en el tiempo en que el autor de esa composición musical, el recordado maestro José Ernesto Monzón Reyna, creó la letra de la canción, no se conocían aún los resultados de investigaciones efectuadas durante la última década, que definen a la cultura Cotzumalguapa como una cultura propia, y revierten la antigua tesis de que la cultura Olmeca había sido la primera en establecerse en la zona.

De allí que, en la primera estrofa de la obra que reproducimos en esta página —como un tributo a la creación artística de José Ernesto Monzón (QEPD)— se ha sustituido “los Olmecas” por Cotzumalguapa, con lo que esperamos aportar también un valor didáctico a la composición que tan inspiradamente suele ejecutar el Coro Estudiantil del Centro Educativo Experimental La Unión-Los Tarros.

Coro Estudiantil
Centro Educativo Experimental
La Unión – Los Tarros.

SANTA LUCÍA COTZUMALGUAPA

Hay en la costa de Guatemala
Un paraíso que nada iguala
Fue la grandeza de Cotzumalguapa
Obra de genios y su riqueza son los ingenios

Alegres valles los de allá arriba
Son las delicias junto a Itz'abao
Por otro lado está Los Tarros
Y la Malobra, Miriam, las Playas
Y Santiago.

Santa Lucía Cotzumalguapa
En donde vive mi novia guapa
Entre las flores eres princesa
Tierra de ensueños, cuna de reinas
De la belleza

¡Santa Lucía eres emporio de la alegría!

Autor: José Ernesto Monzón.



Capítulo XXVIII
El Colegio Costasur y el Centro Educativo de La Unión

El Colegio Costasur, situado en Santa Lucía Cotzumalguapa, surgió como resultado de una iniciativa de los ingenios La Unión-Los Tarros y Pantaleón, con el apoyo de instituciones privadas vinculadas al sector educativo. Su fundación respondió a la demanda proveniente de muchos profesionales de la industria azucarera que deseaban dar a sus hijos una calidad de estudio comparable con la que imparten colegios privados de la capital, en una época en que la educación en la costa sur era deficiente.

Desde su creación, el Colegio Costasur constituyó factor de consolidación de la unidad familiar, como lo afirman los esposos Luis Alberto Figueroa Álvarez y Emilia de Figueroa, quienes han desarrollado una labor docente de más de un cuarto de siglo en el establecimiento, del que son, en la actualidad, Director General y Directora Académica, respectivamente.

Un camino difícil pero gratificante

El profesor Figueroa Álvarez, licenciado en Educación, y la profesora De Figueroa, graduada de la Universidad del Valle, recuerdan las circunstancias que dieron lugar al surgimiento, en 1977, del entonces denominado Centro Escolar Costasur, al que llegaron provenientes, él, del Colegio El Roble, y ella, del Colegio Campo Alegre.

«Hacia 1975, los ingenieros que recibían ofertas de trabajo en la industria azucarera, se enfrentaban al inconveniente de no contar aquí con un colegio para sus hijos. El problema era que los papás debían quedarse aquí, mientras las mamás tenían que viajar a la capital para llevar a estudiar a sus hijos. Esa desventaja fue expuesta a don Similiano García y al licenciado José Molina Calderón, de La Unión-Los Tarros, y a don Julio Herrera, de Pantaleón, quienes lograron de la Asociación para el Desarrollo Educativo APDE, el respaldo para crear un colegio próximo a los ingenios. Así, en 1976 empezamos a promover el Colegio. Visitábamos familias que vivían en la costa, para motivarlas. Mientras tanto, a nosotros nos propusieron trabajar en el establecimiento un año o dos, como máximo, pero han pasado más de 26 años y aún estamos aquí.

La creación del Colegio es lo mejor que pudo haber ocurrido en Santa Lucía, pues se han cumplido los principales objetivos: por un lado, impartir una educación de alta calidad, paralela con una formación basada en virtudes humanas y valores, y por otro evitar el alejamiento de padres e hijos por causas de trabajo y estudio. El Colegio es un tesoro para muchos profesionales y un valioso recurso educativo para las comunidades de Escuintla, a la vez que ayuda a las familias a preparar a sus hijos desde temprana edad. Nuestros tres hijos estudiaron aquí, y actualmente son profesionales. El menor de ellos se graduó de ingeniero en 2003; otro es químico biólogo y el otro, médico. Gracias a Dios constituimos una familia de profesionales, con una visión bien marcada de los valores y de la fe. Y es motivo de mucha satisfacción ver cómo los muchachos egresados del Colegio forman sus propias familias, sus hijos estudian aquí, y juntos acuden a la Iglesia.

Desde que el Colegio surgió, el 2 de enero de 1977, bajo el nombre de Centro Escolar Costasur, recibía una ayuda anual de cien mil quetzales, otorgada en conjunto por La Unión-Los Tarros y Pantaleón. Con esos recursos se cubría el presupuesto de operación y se mejoraba la infraestructura del proyecto. Por no ser un colegio lucrativo sino de servicio, todos los ingresos se invertían en la propia entidad, y eso nos ayudaba mucho. Después, FUNDAZÚCAR nos apoyaba con un instituto que funcionaba por las tardes. Eso significaba otros Q40 mil para inversión. Pero cuando el precio de la caña empezó a bajar, los ingenios tuvieron que retirar la ayuda, FUNDAZÚCAR suspendió su apoyo y nos quedamos sólo con el respaldo al programa de becas.

La segunda etapa del Colegio Costasur comenzó el 2 de enero de 1996, cuando pasó a ser autónomo y su administración quedó a cargo de la Asociación Educativa del Sur ASEDES. El Colegio, situado contiguo al Hipódromo Municipal, funciona como una entidad de servicio educativo, en la que los padres de familia son la base del sistema. En la actualidad, el establecimiento cuenta con 243 alumnos, cantidad que no puede ser mucho mayor porque la educación que se imparte es personalizada. Los niveles de estudio son preprimaria, primaria, básicos y bachillerato. El 26 por ciento de los alumnos son familiares de trabajadores del azúcar. Forman parte del plantel 22 alumnos becados por La Unión-Los Tarros. El nivel de enseñanza es alto, comparable con el de los mejores colegios de Guatemala. Haber estudiado en el Costasur constituye una tarjeta de presentación.

Inicialmente fue APDE la entidad que tuvo la posición de vanguardia, con su filosofía de apoyo, cimentada por el anterior Director Ejecutivo del Colegio, Luis Fernando Echeverría, con el respaldo de personas como el ingeniero Hugo Coronado. También es justo reconocer el esfuerzo del ingeniero Miguel Maldonado, presidente de la Junta Directiva de ASEDES, entidad que administra el establecimiento. Todos ellos han aportado mucho a favor de esta noble causa.

Para nosotros ha sido una experiencia gratificante, por haber podido ayudar a gente del área rural que estaba en total abandono en el aspecto educativo. El calor humano recibido en las escuelas, el apoyo y la buena voluntad de maestras y maestros, y la oportunidad de ayudar a resolver muchas necesidades sociales, al plantearlas por nuestro medio a los personeros de los ingenios, es lo más valioso que nos ha dejado esta experiencia.»

Trascendencia del Centro Educativo La Unión-Los Tarros

El Centro Educativo del Ingenio La Unión, situado en la finca Los Tarros, es la sede de todos los programas educativos de este grupo agroindustrial, que constituyen una prestación para sus trabajadores y para la familia de cada uno de ellos. La Directora del Centro, profesora Aura Marina Martínez, explica su funcionamiento.

«Aquí funcionan programas de educación preprimaria y primaria para hijos de los trabajadores de toda la Empresa, y desde 2003 inició el básico, mediante el sistema de telesecundaria, cuya primera promoción de bachilleres en Ciencias y Letras se graduará en 2007. Por las tardes funciona también el Centro Experimental de Capacitación Educacional para Adultos, que es un instituto de educación básica y diversificada, donde pueden mejorar su nivel de escolaridad todos los trabajadores de la Empresa, hasta concluir el bachillerato. Adicionalmente, en el Centro Educativo se imparten programas de capacitación.

Por las mañanas estudian 280 niños y niñas, de preparatoria a sexto grado de primaria. En 2004 se registró un número de 80 alumnos en primero y segundo básicos. Por las tardes, el programa de educación para adultos está dividido en dos subprogramas. Uno de ellos es el de educación regular, que comprende clases durante el período de enero a octubre —el mismo de todo el país—, y en el que participan los trabajadores de las áreas de fábrica de La Unión y Los Tarros, y los empleados de talleres, transportes y servicios. El otro subprograma está dirigido a trabajadores del área de campo. Inició en 2001, y le llamamos Educación Acelerada porque aplicamos un método distinto al subprograma regular, en el sentido de que sólo hay clases durante cuatro meses del año, en el período de no zafra.

Los alumnos próximos a graduarse reciben computación. La Empresa financia a sus empleados una beca en una academia de computación en Santa Lucía, ejerciendo nosotros registro sobre su asistencia, calificaciones y aprendizaje. En 2003 fue creado un laboratorio de computación, con 20 ordenadores en red, para todos los programas educativos. Se imparten cursos a todos los niveles, desde los niños de preparatoria hasta los estudiantes de carreras técnicas universitarias y trabajadores adultos.

La Empresa tenía anteriormente tres escuelas, situadas en las fincas Tehuantepec, Belén y Los Tarros, y los trabajadores enviaban allí a sus hijos, pero a partir de 2001 se propuso unificarlas, a fin de mejorar calidad educativa, cobertura y servicio. Para ello fue remodelado el Centro Educativo Los Tarros, que agrupa ahora a todos los alumnos y alumnas anteriormente dispersos en las tres escuelas.

Los trabajadores y el alumnado han recibido con gran complacencia la oportunidad de estudiar en el Centro, dotado de un ambiente muy agradable. Tratamos de introducir nuevas metodologías para salir de lo tradicional, y la receptividad se demuestra en el hecho de que, a partir de julio de cada año, los trabajadores vienen a averiguar las fechas de inscripción para el nuevo ciclo de estudios.

Ataviada con el traje regional de Santa Lucía Cotzumalguapa, la niña Nibea Alejandra Tiño, alumna de básicos de la Escuela de Los Tarros.



Más de 180 trabajadores adultos, entre 300 estudiantes inscritos en los distintos años escolares, se han graduado hasta 2004 como bachilleres, gracias a la implementación de los programas establecidos por la Empresa para mejorar el nivel de escolaridad de sus laborantes. Otros 48 trabajadores y sus cónyuges se graduarán en el ciclo escolar 2005, incluidos 31 miembros del personal de la Gerencia Agrícola.



Aquí estudian incluso hijos de supervisores de Departamentos, que son las personas en mandos medios con más altos niveles laborales dentro de la Empresa. Todo nuestro personal docente es especializado, y se organizan talleres para actualizar las metodologías, permitir a los maestros renovar sus conocimientos, y salir de modelos de educación que han ido perdiendo vigencia a través de los años.

Los maestros de adultos, algunos de ellos trabajando aquí desde 1995 o incluso antes, han recibido instrucción pedagógica respecto a ese tipo de alumnado, así como especialización en matemáticas, física y química. Nuestro profesor en idioma español es especializado en esa materia y en literatura, y el maestro de inglés también es especializado.

Todo esto significa que hemos ayudado a mejorar la calidad de la educación que se imparte en Santa Lucía Cotzumalguapa, y a lograr que la educación dirigida a los adultos sea práctica y útil. Incluso se toman experiencias de la vida de ellos para incorporarlas a los programas. Esto se observa particularmente en los ejercicios de aprendizaje de matemáticas, algunos de los cuales se relacionan con la caña de azúcar, el producto más familiar para los alumnos adultos.»

Una oportunidad brillantemente aprovechada

El programa de educación para adultos principió en 1992, a raíz de un censo de escolaridad en el área industrial, cuyos resultados fueron alarmantes. Ese censo reveló que algunos de los supervisores ni siquiera habían aprobado la primaria. Se decidió impartir un programa educativo dentro de la Empresa, apoyado por instituciones educativas externas, para mejorar el nivel de escolaridad de nuestra gente. El programa, iniciado en 1993, tuvo tal aceptación que en el segundo año había más de 300 alumnos, y muchos de ellos se inscribían por su propia iniciativa.

Para mejorar la educación en todas las áreas de trabajo se propuso establecer un centro experimental, con la acreditación académica oficial, gestionada ante el Ministerio de Educación en 1995. En 2001 se formó la dependencia denominada Coordinación en Educación y Desarrollo. Una empresa privada, Servicios Profesionales Educativos Integrales SEPREDI, nos asesoró durante los dos primeros años en el programa de educación de adultos, y ayudó a efectuar talleres para el personal docente. Ese nivel educativo todavía es una novedad en Guatemala.

En 2003 ya se habían graduado siete promociones de trabajadores y trabajadoras, incluidas esposas de empleados nuestros. Algunos trabajadores manifiestan que, si ellos tuviesen más tiempo para estudiar, vendrían a hacerlo con nosotros. Para ellos esto ha sido como un regalo del cielo. Cuando se graduó la primera promoción de estudiantes-trabajadores del sexto grado de primaria, en 1997, dos señores lloraron de alegría al recibir sus diplomas. Ellos sólo habían cursado hasta tercer grado y, según manifestaron, nunca creyeron tener la oportunidad de estudiar la primaria completa.

En enero de 2004 se inició el Programa de Alfabetización y Primaria Acelerada para los trabajadores migrantes en el corte de caña. Comenzó con más de cien alumnos. El ciclo escolar comprende de enero a mayo.

El Consejo de Administración y la Gerencia han apoyado cien por ciento estos procesos. La remodelación del Centro Educativo Los Tarros ha sido una excelente obra, y los trabajadores están felices de que sus hijos estudien en un lugar tan bonito. Ningún colegio de Santa Lucía Cotzumalguapa ofrece el ambiente que se disfruta en estas instalaciones. Además de los beneficios educativos han sido establecidas otras prestaciones, incluida la refacción para los niños, consistente en una taza de atol y una ración de pan, cuya preparación está a cargo de una cocina industrial. En materia de salud existen programas de medicina preventiva, dirigidos a adultos y niños. En aspectos recreativos la Empresa promueve eventos deportivos y culturales, y el Jardín Botánico, anexo a la escuela, facilita un mejor conocimiento de la flora de la región. El alumnado plantó 40 por ciento de los más de mil árboles.

Un esfuerzo iniciado en 1968

La idea de construir una nueva escuela partió de don Pepe García, quien ya no pudo verla concretada. La construyó su hijo, Similiano. Los planos arquitectónicos, que aún se conservan en una pared de la escuela fueron elaborados por el arquitecto Raúl Minondo, en julio de 1968. El licenciado René Ozaeta, ex Gerente Administrativo de La Unión, recuerda detalles sobre el origen de los proyectos educativos.



María del Carmen Aceña de Fuentes, Ministra de Educación; el autor y una alumna, en ocasión de la visita de la funcionaria al Ingenio, como invitada al acto inaugural del laboratorio de computación y de la conexión inalámbrica de Internet con 33 terminales dentro de la Escuela, en el año 2004. Las instalaciones fueron habilitadas para su utilización por los alumnos de los diferentes niveles educativos, incluidos los trabajadores, dentro de los procesos de enseñanza y capacitación establecidos por la Empresa.

«Sin duda, uno de los más importantes proyectos sociales de la Empresa ha sido la educación de sus trabajadores y, como parte de ello, la construcción, en 1968, de la escuela de la finca Los Tarros, una de las mejores de la zona costera. Es un orgullo para La Unión y Los Tarros y para quienes de una u otra forma cooperamos en ese proyecto. Fui uno de ellos, en la parte fiscal. Se realizó un estudio de la Ley del Impuesto sobre la Renta, emitida en 1963 por el Congreso de la República. El estudio estaba destinado a determinar la factibilidad de registrar como gasto el valor de la construcción de la escuela —en vez de operarlo como inversión depreciable—, para reducir el costo y mejorar la calidad de la obra. Así fue determinado y allí está el edificio, funcionando bien.

Cuando la escuela se estaba construyendo, observé que los albañiles colocaban parejos los blocks de cemento de las paredes, es decir, uno sobre otro, en vez de colocarlos amarrados unos con otros. Esto me pareció incorrecto, y le dije al administrador, Genaro Miranda: Genaro, si lo siguen haciendo de esa manera, se van a caer las paredes. Me respondió que lo que menos podía pasar era que se cayera la escuela, pues su construcción tenía suficiente hierro, hasta como para resistir un terremoto. Y cuando ocurrió el terremoto de 1976, comprendí que Genaro tenía la razón, ya que allí no pasó nada grave ni irremediable.»

Programas educativos en 2004

Al año 2004, el Centro Educativo La Unión-Los Tarros tenía capacidad para atender 1,625 estudiantes en cinco programas gratuitos, como un servicio adicional a lo establecido por las leyes de Guatemala, así:

- * Escuela preprimaria y primaria para 275 hijos e hijas de trabajadores de la Empresa.
- * Instituto de Telesecundaria, con cobertura en los grados de primero y segundo básico, para 80 hijos e hijas de trabajadores. Es el primer instituto de telesecundaria no estatal aprobado por el Ministerio de Educación. En Guatemala hay 429 institutos estatales de telesecundaria, que atienden a aproximadamente 30,000 estudiantes en los 22 departamentos.
- * Centro de Educación Ocupacional para Adultos, dirigido a trabajadores y trabajadoras de la Empresa y sus cónyuges, con una cobertura para 280 estudiantes durante el año.
- * Programa de Capacitación en el Puesto de Trabajo, dirigido a 900 empleados de áreas industriales, agrícolas y de servicios.
- * Programa de Alfabetización y Primaria Acelerada para 90 miembros del personal migrante temporal del corte de caña.



La Ministra de Educación, María del Carmen Aceña de Fuentes, formuló valiosas apreciaciones sobre las iniciativas de La Unión y Los Tarros en el tema educativo.



PARTE SEXTA

FRUCTÍFERA CONVIVENCIA, LA MÁS VALIOSA COSECHA

Capítulo XXIX

Calidad humana y esencia profesional

El Ingenio La Unión contrató al abogado Adolfo Menéndez Castejón, en 1982, para auxiliar no sólo en asuntos legales sino también en aspectos gremiales relacionados con la industria azucarera. Trabajó con intensidad, disciplina y profesionalismo durante más de veinte años, hasta que en agosto de 2003 empezó a padecer una grave enfermedad, que causaría su deceso el 29 de febrero de 2004 .

Meses antes de su fallecimiento, los miembros del Consejo de Administración fueron a saludarlo personalmente y le presentaron a su familia un documento escrito en el que ese cuerpo colegiado le manifestaba su solidaridad, y expresaba por sí mismo el sentimiento de todos nosotros.

El mundo del azúcar visto por Adolfo Menéndez Castejón

El licenciado Adolfo Menéndez Castejón llegó a tener una perspectiva clara y profunda de los múltiples factores legales y de otra índole que forman parte de las reglas del juego en la industria azucarera. La siguiente es la parte medular de una entrevista realizada en 2003, que Adolfo concedió para su inclusión en este libro.

¿De cuándo data su relación con La Unión-Los Tarros?

Empecé a trabajar como abogado de La Unión-Los Tarros en 1979. Pepe Molina me llamó y me dijo que necesitaba que apoyara a la Empresa. Me expuso el grado de dificultad con una metáfora: *“Necesitamos un abogado que pueda subir en motocicleta al decimocuarto piso de un edificio”*. Después lo comprendí mejor: las oficinas del Ingenio La Unión estaban situadas en el catorce nivel del Edificio Reforma Obelisco.

Los directivos de La Unión y Los Tarros generalmente han tenido la virtud de anticiparse y la visión de ir un poquitito más adelante, “ver” el futuro, y en esos años el futuro que ellos veían era tremendo y conflictivo. Pudieron predecir una catástrofe en la industria azucarera, y empezaron a prepararse para enfrentarla. Percibieron señales que otros no percibieron.

Digo prepararse, ya que ambos ingenios siempre han sido alejados de pleitos, leguleyos y tribunales, y viendo que el asunto venía sumamente complejo, determinaron que iba a ser necesario sobrevivir entre las complejas relaciones gobierno-cañeros-azucareros.

Fue así como empecé a estudiar. Consiguieron toda la legislación vigente, incluidos los decretos, acuerdos gubernativos, convenios comerciales y todo lo que se había firmado. Me dieron un cartapacio grueso con toda la papelería, para que estudiara la legislación azucarera.

La crisis empezó. El precio del azúcar en el mercado interno era mucho más alto que el precio del azúcar de exportación. Como era obvio, todos los ingenios querían vender el azúcar internamente. Después, el precio para exportación subió mucho, y ya a nadie le interesaba vender azúcar para el consumo interno. Surgieron problemas porque había que surtir el mercado interno, pero los ingenios optaban por exportar.

La Unión y Los Tarros previeron que esa situación iba a ocasionar grandes dificultades, incluidos problemas legales. Ante esto, prepararon una estructura que permitiera subsistir frente a la crisis y, efectivamente, la Corporación sobrevivió, en tanto desaparecieron empresas que no estaban preparadas, como el Ingenio El Salto. En el Ingenio Concepción cambiaron a accionistas y directivos.

En síntesis, yo llegué a La Unión-Los Tarros como un abogado que debía dar soporte al manejo de la crisis azucarera de los años ochenta, prestar asesoría jurídica y brindar apoyo.

¿Explica eso la metáfora de que usted debía estar dispuesto a subir al decimocuarto piso en motocicleta?

Así es. Significaba que la situación era de sobrevivencia, y se llegó al extremo de que el Gobierno del general Fernando Romeo Lucas García (1978-82) intervino la industria azucarera, congeló las existencias de azúcar

página 250
El Ingenio La Unión, con los volcanes Acatenango y de Fuego al fondo.

y prohibió a los ingenios venderlas. La producción obtenida estaba bajo el control de un supervisor, y el producto que era vendido en el mercado local no se podía revender. El licenciado Roberto Barillas Izaguirre fue designado Interventor.

Conviene señalar aquí que la industria azucarera libra una lucha con cada gobierno, generalmente motivada por los precios. Los gobiernos siempre han querido que los precios del azúcar estén bajos, y los ingenios a su vez han tratado de ajustarlos en el mercado interno conforme les afecta la inflación. En esa ocasión, la lucha y el desgaste fueron muy grandes, pero La Unión y Los Tarros lograron sobrevivir.

¿Cuáles han sido los rasgos característicos de la Empresa?

Desde los directivos hasta el empleado más sencillo han compartido siempre una mística en que pesan mucho la solidaridad y el factor humano. Todo trabajador llega a sentirse identificado con la Empresa: funcionarios, empleados, incluso yo, como abogado.

Además, la Compañía posee una permanente dinámica interna de superación en todos los ámbitos. Cada año se logra una mayor eficiencia en el campo, en el transporte y en toda la cadena productiva. Esta constante de superación influye en una mentalidad de equipo. La relación entre la dirigencia y los empleados tiene un verdadero componente humano, de mucha comprensión. Es una dirigencia que está pendiente del más pequeño detalle de cada empleado, día a día.

¿En qué medida la legislación ha propiciado o dificultado el desarrollo azucarero?

Una ley para regular la industria azucarera fue emitida por el Congreso de la República en 1971, pero no funciona. La legislación en general ha venido afectando cada vez más a esta industria, especialmente las leyes ambientales, sanitarias y laborales. Se ha tenido que realizar un gran esfuerzo para mantener a la Empresa dentro de un contexto caracterizado por un continuo cambio de las leyes laborales, por la presión relativa a la ecología, presiones económicas y la intervención constante del Estado.

¿Qué implica la globalización para la industria azucarera?

La globalización involucra amenazas pero también oportunidades. Una amenaza puede ser que países competitivamente mucho más fuertes, como Brasil y Australia, puedan ir ganando los mercados. Ambas naciones son gigantes en materia azucarera, pueden producir a menores costos que Guatemala —con subsidios ocultos y directos—, administran volúmenes de azúcar muy grandes y no están bajo un asedio gubernamental como el que sufre la agroindustria guatemalteca. Si bien esos factores pueden constituir una amenaza, también deben verse como una oportunidad, porque Guatemala tiene producción, comercialización, exportación y transporte de azúcar eficientes, de modo que si se dejara completamente libre el mercado, a la agroindustria azucarera de Guatemala le iría mucho mejor.

Un mundo globalizado también ofrece oportunidades, como la que ahora tiene en Centroamérica la industria de la electricidad, al poder exportar energía hacia los países de la región. En el mercado eléctrico se avizoran grandes proyectos y, a la par de ello, ahora puede surgir la industria del etanol, el alcohol carburante, todo lo cual conlleva nuevos retos.

¿Qué experiencia profesional le ha dejado su relación con la Empresa?

La experiencia profesional es muy grata, el trato humano es de mucho valor, y se tiene ante sí el desafío de resolver los problemas inherentes a una empresa grande. La Unión-Los Tarros tiene muy buena organización, que infunde una motivación muy fuerte para explorar más allá del entorno, ir de acuerdo con los tiempos, y estar siempre inmerso en un proceso de modernización. La experiencia y el conocimiento que deja el hecho de participar en una empresa como ésta se pueden utilizar siempre, gracias a esa infinita dinámica de superación que hay aquí, como resultado de un contagioso esfuerzo diario de toda su gente.

esta página
Adolfo Menéndez Castejón, Asesor Jurídico de La Unión-Los Tarros durante varios años, en los que demostró un profundo conocimiento de los aspectos legales relacionados con la agroindustria azucarera.

página 253, de arriba hacia abajo
El alto significado que para Adolfo tuvo su pertenencia a La Unión queda reflejado en la carta que, días después de su fallecimiento, fue enviada al Consejo de Administración por su viuda, la señora Lourdes de la Riva de Menéndez.

Visita de los miembros del Consejo de Administración del Ingenio La Unión al licenciado Adolfo Menéndez Castejón, a quien manifestaron su reconocimiento por la dedicación con que desempeñó sus funciones como Asesor Jurídico de la Empresa.

páginas 254-255
Documento entregado al licenciado Adolfo Menéndez Castejón, el 23 de diciembre de 2003, por el Consejo de Administración del Ingenio La Unión.



Guatemala, 21 de Julio 2,004

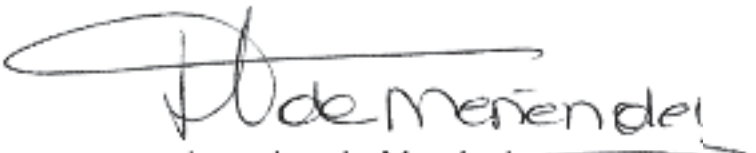
Señores
Consejo de Administración
Ingenio La Unión, S. A.
Presente.

Muy Estimados Señores:

Adolfo siempre se sintió muy feliz y orgulloso de poder pertenecer a la familia del Ingenio La Unión. Siempre regresaba a casa satisfecho e ilusionado ya que encontraba en el trabajo la motivación y el apoyo que lo hacían dar lo mejor.

Quiero agradecerles por toda su preocupación durante su enfermedad y por el honor de haber tenido en casa al Consejo de Administración de Ingenio La Unión, como amigos y compañeros de trabajo que llegaron a darle además de su apoyo y amistad, un emotivo homenaje, el cual quedo plasmado en un documento que detalla los logros y pormenores de su labor en el Ingenio, nos queda como una valiosa herencia y nos ha dejado en el corazón un recuerdo que nos llena de orgullo y gratitud. Muchas gracias.

Atentamente,


Lourdes de Menéndez



**RECONOCIMIENTO DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN DEL
INGENIO LA UNIÓN AL LICENCIADO ADOLFO MENÉNDEZ
CASTEJÓN.**

GUATEMALA, 23 DE DICIEMBRE DE 2003

El Consejo de Administración de Ingenio La Unión, S. A., inmediatamente de conocer sobre la enfermedad que aqueja al Licenciado Adolfo Menéndez Castejón, emitió dos resoluciones encargándole al presidente del mismo, Licenciado José Molina Calderón, que le hiciera llegar a él y a su querida familia, un mensaje como muestra de solidaridad.

El día de hoy, el Consejo de Administración de Ingenio La Unión se reunió en sesión ordinaria, y decidió hacer patente de nuevo sus muestras de solidaridad y cariño a Adolfo, dejando constancia de algunos de los trabajos que él realizó para el Ingenio, que los hizo con mucha profesionalidad y dedicación, por lo cual estamos agradecidos.

Algunos de estos trabajos son los siguientes:

Desde finales de 1982, se le solicitó representar a los Ingenios La Unión y Los Tarros, en la Junta Directiva Ampliada de la Asociación de Azucareros de Guatemala. Eran momentos muy difíciles en el gremio, y se deseaba una persona que no solamente tuviera los suficientes conocimientos, sino que fuera capaz de subirse en moto al 14° piso del Edificio Reforma Obelisco, en caso de necesidad, dado que se necesitaba tomar decisiones muy audaces. Los resultados fueron muy positivos.

Desde ese entonces, hace dos décadas, Adolfo se volvió la persona más versada en la legislación azucarera de Guatemala. Y en una oportunidad, acudió a un seminario internacional sobre este tema, e hizo un trabajo escrito de legislación comparada sobre azúcar en América Latina.

Otro estudio muy completo fue el relacionado con la legislación de aguas. Adolfo nos señaló que no solamente era un tema delicado y sensible, sino que la legislación tenía dos sistemas: la legislación que llegó hasta 1986 cuando entró en vigor la Constitución Política vigente, y la propia que establece dicha Constitución a partir de ese entonces.

Posterior a ese estudio, se procedió al registro del agua que utiliza el Ingenio y las fincas que administra.

Otro campo en el que Adolfo se desarrolló, fue con ocasión de que el Ingenio La Unión solicitó que se le aplicaran los beneficios fiscales del Decreto Ley 20-86.

Ley de Fuentes Nuevas y Renovables. Adolfo ayudó a que se ratificara la decisión de recibir por parte del Ingenio ese incentivo fiscal. A partir de ese momento, se pudo continuar la inversión en la planta eléctrica y modernización de la fábrica, para producir electricidad utilizando como combustible bagazo de caña. Es un proyecto hecho realidad.

En el tema eléctrico, Adolfo ayudó a que el Ingenio La Unión modificara razonablemente el contrato de venta con la Empresa Eléctrica de Guatemala hace dos años. En mayo recién pasado presentó al Consejo de Administración un nuevo estudio sobre la situación en que se presenta la producción, transmisión y distribución de electricidad que afecta al Ingenio.

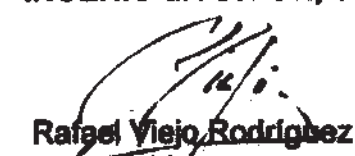
El último estudio que se le encargó a Adolfo se refiere a utilizar alcohol industrial producido en la fábrica de azúcar, como combustible para los automotores. Este proyecto, por razones ajenas a él, aún no se ha podido llevar a la práctica.

Hemos extrañado en la celebración de Navidad de Ingenio La Unión la presencia de Adolfo. También nos gusta tenerlo en la Costa Sur en las celebraciones de fin de zafra.

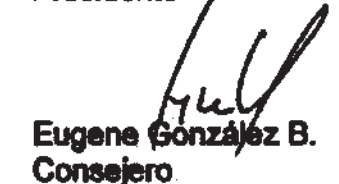
El Consejo de Administración de Ingenio La Unión, S. A., desea reiterarle su profundo aprecio y cariño a Adolfo, a Lourdes, y a sus seis hijas e hijos, expresándoles nuestro apoyo en estas difíciles circunstancias, confiando en que se haga la voluntad de Dios.

**CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN
INGENIO LA UNIÓN, S.A.**

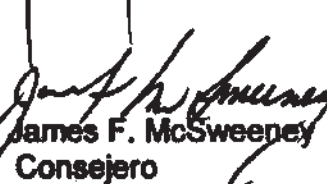

José Molina Calderón
Presidente


Rafael Viejo Rodríguez
Vicepresidente


Marcos Ibargüen Segovia
Secretario


Eugene González B.
Consejero


Marco Augusto García Noriega
Consejero


James F. McSweeney
Consejero


Mario René Estrada G.
Gerente General

La Unión, importante generador de empleo

Desde el punto de vista de la generación de empleo, La Unión y Los Tarros tienen una significativa importancia para la región en que ambos ingenios están situados, con un efecto coadyuvante para la economía del país. El ingeniero Elvis Reyes, ex Superintendente de Cosecha y Alce, expresa sus observaciones a ese respecto.

«La Unión y Los Tarros constituyen importantes fuentes generadoras de trabajo. Por ejemplo, en el Departamento de Cosecha y Alce hay aproximadamente 2,800 personas, de las que unas 2,500 son cortadores. De ese número, cerca del cuarenta por ciento proviene del altiplano. Así que el efecto no es sólo en la zona urbana de Santa Lucía Cotzumalguapa, sino que desde aquí se proyecta la creación de fuentes de trabajo hasta allá arriba, más lo que se genera aquí en la costa sur.

En la cosecha hay una rotación de personal menor a quince por ciento. Cada trabajador sabe cuál es su tractor y quién es su compañero de faena. Cuando termina la zafra les damos las gracias y junto al personal de cosecha se celebra la finalización del proceso, pero al año siguiente ellos ya están pendientes porque en octubre se les invita nuevamente para capacitarse previo a la zafra. Saben que su maquinaria está allí, y se muestran muy identificados con la Compañía.

Otro componente de la proyección social es la ayuda brindada a la población de Santa Lucía Cotzumalguapa. La Empresa entrega el arbitrio municipal por concepto de extracción de caña, y además coopera con el ambiente y contribuye para el adoquinamiento de calles. Da apoyo a las escuelas de la región y colabora para el éxito de las fiestas patronales. Cerca de La Unión hay aldeas cuyos jefes de hogar trabajan en la Compañía, lo que acentúa la identificación de la comunidad con la Empresa. Los hijos van creciendo con la ilusión de que también ellos trabajarán en el futuro en La Unión o en Los Tarros, por ejemplo manejando un tractor o un camión, o podrán asistir a la universidad.

Todos aportamos un granito de arena, desde cualquier posición en que estemos, con entusiasmo, optimismo y una actitud positiva. Mediante esa perspectiva se ha podido observar cómo la industria azucarera de Guatemala se ha superado hasta llegar a ser la más pujante de Centroamérica, constituyéndose La Unión en un ingenio caracterizado por un desarrollo sostenible. Esos comentarios suelen escucharse cuando uno se comunica con técnicos de otros ingenios, o cuando participamos en reuniones nacionales e internacionales.

Animadas celebraciones en Los Tarros. Las principales festividades son el Día del Cristo de Esquipulas, el de la Virgen de la Asunción y el final de la zafra. Cada año, al iniciar la temporada azucarera, el Párroco de Santa Lucía Cotzumalguapa oficia la Santa Misa, pidiendo por una buena cosecha.



Además, hemos expuesto nuestras experiencias en congresos y seminarios celebrados en otros países. En esa medida se transfiere tecnología y se comparten las vivencias del desarrollo de la industria. En fin, este es el resultado de los aportes de muchas personas que trabajamos con los mismos objetivos y con metas claramente definidas. En La Unión se sabe cuáles pueden ser los alcances, qué se espera de cada uno y hacia dónde va la Empresa. Siempre se han recibido las herramientas para que esto funcione, y uno se siente muy orgulloso y realizado, personal y familiarmente, por ser miembro de la Compañía, y sabe que ésta le tenderá la mano.

Con esa conciencia se renueva día a día la voluntad por hacer bien las cosas. La Empresa no pasa inadvertido ningún logro de los trabajadores, sino los reconoce, estimula al personal y lo capacita de manera permanente.»

Empuje y perseverancia

El ingeniero Dieter Haeckel, ex Gerente de Compras e Importaciones, resume sus impresiones de tres décadas de trabajo en La Unión-Los Tarros.

«Nuestra política laboral, caracterizada por el buen trato, salarios justos y prestaciones adicionales, influye en que personeros y trabajadores sean duraderos en la Empresa y procuren corresponder con respeto y cariño. En medio de esto, el empuje de trabajo siempre ha sido grande y nunca ha habido nada estático. Lo veía yo en el personal de campo cuando había fincas nuevas que cultivar, lo que invariablemente ha sido motivo de entusiasmo. Igual en la fábrica, nunca nos aburrimos. Siempre hubo algo nuevo que hacer y nadie estaba pensando e irse a trabajar a otro lado, si todos estábamos bien, con una política salarial adecuada a los tiempos.

La Unión-Los Tarros deja a las nuevas empresas que surgen en un entorno de crisis económica, un ejemplo de constancia, porque en medio de tantos altibajos, épocas buenas y malas, la Empresa se ha mantenido. La actual crisis de la economía nacional no es la primera que ocurre. Hubo situaciones muy difíciles en el pasado, como en los años de mayor actividad de la guerrilla, pero la Empresa siempre ha demostrado constancia y un desarrollo continuo.»

El Gerente se gradúa trabajando en la Empresa

Personeros y trabajadores de La Unión y Los Tarros reconocen que su pertenencia a la Empresa les ha significado una oportunidad constante de aprendizaje y superación. Los testimonios son innumerables, cada uno con características muy propias y particulares, como en el caso del licenciado Mario Estrada, Gerente General.

«Para mí ha significado muchísimo realizar en la Empresa mi vida profesional. Obtuve mi título universitario en Contabilidad y Auditoría cuando trabajaba aquí, y esa es una muestra de la política de la Compañía de contribuir a la capacitación de sus miembros. Todas mis actividades profesionales se relacionan con el azúcar y con el Ingenio La Unión. Así es que, aparte de mi familia, aquí he tenido mi actividad fundamental, y espero que, cuando me retire a descansar, esta haya sido la única empresa en que haya trabajado.

Remontándonos a los inicios, el principal bastión de la familia García fue el fundador de la Empresa, don Pepe, con quien lamentablemente sólo tuve la oportunidad de trabajar dos años, debido a su fallecimiento. Luego con su hijo, don Similiano, trabajé durante más de treinta años. Han sido una guía muy importante para mi desarrollo profesional. Aprendí mucho de ellos y eso me satisface.

Es para mí motivo de orgullo haber desempeñado varios puestos en la Organización, hasta alcanzar el cargo de Gerente General. Pienso que la edad que tenía cuando lo asumí fue la adecuada para ejercerlo. Si la oportunidad se me hubiese presentado antes, la situación se me habría complicado, porque sólo la Empresa misma y la propia actividad del negocio pueden darle a uno la seriedad y la sabiduría que se necesitan para asumir la responsabilidad gerencial. Ciertamente, tenemos una fábrica que únicamente produce azúcar, pero los componentes y los elementos que se utilizan para la elaboración de ese único producto son más de 16 mil, debidamente registrados en inventario y contabilidad. Así pues, lo difícil en una empresa como la nuestra no estriba en la cantidad de productos sino en toda la actividad que involucra un solo artículo.»

Una de las primeras decisiones adoptadas por el Consejo de Administración tras la toma de posesión de sus miembros fue la confirmación y el nombramiento del licenciado Mario Estrada como Gerente General, cargo que desempeñaba desde 1996, tras haber acumulado amplia experiencia en aspectos contables, de gestión gremial e internacional azucarera.





Del fútbol y los caramelos a la supervisión agrícola

El ingeniero agrónomo Juan Fillippi, quien trabajó más de una década en la Empresa y actualmente labora para el Ingenio Santa Ana, relata su experiencia.

«Viví en la finca Los Tarros desde los nueve años de edad, cuando vine de Santa Lucía Cotzumalguapa. Mi infancia en Los Tarros fue muy agradable, muy sana, llena de vivencias familiares. Jugaba al fútbol, iba a pescar a un riachuelo cercano, montaba a caballo cuando algún mayordomo lo permitía, jugaba al dominó, y a veces me daba una escapadita a la fábrica a comer unos caramelos.

Tuve muchos buenos ejemplos que me marcaron una conducta de vida, como ver a la gente levantarse muy temprano para ir a sus labores. Mi papá trabajaba en la parte agrícola del Ingenio, llamada en ese tiempo Coordinadora Agrícola, y ello influyó mucho para decidirme a estudiar Agricultura. En la Escuela Nacional Central de Agricultura ENCA, en Bárcenas, cursé como interno los últimos tres años de secundaria. Egresé de la Facultad de Agronomía de la Universidad de San Carlos en 1986, lo que para mí significó culminar el anhelo que tuve desde pequeño. Durante toda esa carrera viví en el Centro Universitario Ciudad Vieja, en la capital de Guatemala. Aquello representó hacer realidad el esfuerzo de mis padres y, lo más grande, obtener la llave que me permitiría lograr lo que siempre quise: trabajar en La Unión-Los Tarros.

Mi labor en la Compañía fue muy provechosa, ya que crecí mucho como persona y como padre de familia. Profesionalmente tuve la oportunidad de trabajar con técnicos de mucha experiencia en el cultivo de la caña. Aprendí a planificar, dirigir y supervisar cada tarea. Logré conocer el cultivo, plagas, maduración y los grandes beneficios que nos brinda este producto. La Unión me concedió una beca para estudiar física de suelos, en Piracicaba, Brasil. El propósito era determinar humedad y densidad de suelos en cultivos como caña, arroz y pastos. También obtuve una beca para estudiar conservación de alimentos en la Universidad de La Molina, en Perú. Además participé en seminarios en Centroamérica, Panamá y México.

La Unión-Los Tarros alcanzó el éxito agrícola y logró superar a los otros ingenios, fundamentalmente como resultado de su organización. Los gerentes han orientado acertadamente su crecimiento y su desarrollo. Este consorcio posee un valioso recurso humano, un personal que se entrega incondicionalmente a las labores a cualquier hora que se le necesite, para trabajar duro y enfrentar los retos económicos y los desafíos tecnológicos, consiguiendo siempre salir adelante.»

La dinámica del día a día

Liliana de Marroquín, Secretaria de la Presidencia del Ingenio La Unión, recuerda los tiempos en que el personal de las oficinas centrales apenas se aproximaba a veinte empleados.

«En 1961 trabajaba yo en el Banco de Guatemala cuando empezó a laborar allí, en el mes de mayo, el licenciado José Molina Calderón. Tiempo después, siendo él Gerente General de La Unión-Los Tarros, se me ofreció una oportunidad en la Empresa, la acepté, y principié el 22 de agosto de 1972. La Compañía era pequeña, no sólo por el área de sus oficinas en Guatemala sino también por el número de empleados, que éramos unos 18 en total. Estuve desde un comienzo bajo las órdenes directas del licenciado Molina y, por supuesto, también de don Similiano García. Ambos han sido siempre muy unidos en sus decisiones, generalmente atinadas.

Don Similiano es una persona en quien siempre he admirado su poder de decisión. Posee una bondad sin límites, cuyas muestras he observado infinidad de veces. Él ayuda anónimamente a quien lo necesite. Tiene un conocimiento incomparable de la Empresa, desde saber de la utilidad de una tuerca hasta entender el funcionamiento de la maquinaria más complicada. Respecto a las particularidades de la venta del azúcar, él no ignoró nada y casi nunca se equivocó, optando siempre por lo más acertado. Otra cualidad suya es la cortesía, característica muy propia en él cuando daba órdenes. Para mí, sin discusión, representa el mejor ejemplo a imitar, por su don de mando, capacidad y honorabilidad.

He aprendido bastante, entre otras cosas a trabajar constantemente bajo presión, cuando todo urge y es imperativo adoptar decisiones rápidas, muchas veces sin esperar órdenes. Eso hace interesante esta labor, porque no se está condicionado a que le digan siempre qué hacer en un momento dado. Esto es parte de la dinámica propia de la Empresa, porque a veces no es posible comunicarse inmediatamente con un jefe para consultarle una cuestión. Además, el trabajo es muy variado. Igual hay que escribir una carta que redactar el acta de sesiones, o elegir el menú para los almuerzos, supervisar la limpieza de las oficinas, en fin, todas las actividades imaginables para la secretaria de un Consejo de Administración.

En los inicios me correspondió atender atribuciones que cumplía sola y que, a causa del crecimiento en las operaciones de la Empresa, actualmente están a cargo de tres departamentos. Me siento realizada en la Compañía, a la que llegué después de haber trabajado en otras instituciones de prestigio. Fui Secretaria Administrativa del Presidente de Aviateca. Además laboré con dos personas muy capaces en la rama de representaciones, Nils Pira y José Polasek. En el Banco de Guatemala trabajé durante doce años en diversos cargos, incluido el de Secretaria del Gerente General. De allí me trasladé para acá, le he dedicado 32 años de mi vida a la Empresa y doy gracias a Dios por las satisfacciones obtenidas.»

La vida familiar en las fincas azucareras

Profesionales que han contribuido a la superación de La Unión y Los Tarros afirman que su éxito personal en la Empresa ha dependido, en gran medida, de la adaptación de esposa e hijos a la naturaleza de este trabajo. Uno de ellos es el ingeniero Miguel Maldonado.

«En 1975 me gradué como ingeniero agrónomo en la Escuela Agrícola Panamericana Zamorano, de Honduras. Ingresé a La Unión el 3 de marzo de 1976, contratado por el doctor Alfonso Fors, quien era Asesor de la Empresa. Tengo 27 años de trabajar para La Unión y eso me enorgullece. Siendo trabajador de la Empresa me casé, y mi esposa y mis seis hijas son parte de la historia de mi vida como miembro del Ingenio La Unión, al que le debo lo que soy.

Uno de los factores por los que numerosos trabajadores permanecemos durante muchos años en la Empresa es porque se logra armonizar la actividad laboral con el vínculo familiar, con mi esposa e hijos en mi caso. Recuerdo unas palabras del ingeniero cubano Eustaquio Ricondo —muy apreciado Asesor de la Empresa y quien en 1986 introdujo el cambio tecnológico más notable que hemos tenido en la parte agrícola—. Él decía que, detrás de un hombre, siempre hay una gran mujer. En mi caso, mi esposa y mi familia han influido mucho en que haya permanecido 27 años aquí, porque si la esposa y los hijos no se adaptan, aunque uno sí lo logre, la tendencia es emigrar.

La conciliación entre el interés laboral y el interés familiar es básica pero, además, la Empresa se ha preocupado mucho en darnos facilidades para que todos podamos sentirnos cómodos aquí. Y dentro de esto debo mencionar la gran iniciativa conjunta del Ingenio Pantaleón y el Ingenio La Unión de promover y apoyar el Colegio Costasur, en Santa Lucía Cotzumalguapa, desde mediados de los años setenta. Eso le permitió al personal estar más tiempo en los ingenios, porque nuestros hijos e hijas podían ir al Colegio, y después de las clases volver al hogar junto a sus padres. Dicho incentivo familiar motivó a muchos técnicos a trabajar en La Unión y Los Tarros.

Aparte de lo anterior, en ambos ingenios se vive una mística de la que don Similiano es el artífice y nosotros somos partícipes, irradiando esa actitud positiva hacia los trabajadores. Debo mencionar la oportunidad que se me dio en 1980, de estudiar en la Universidad del Valle de Guatemala, en la capital, el programa para ex alumnos zamoranos, de dos años y medio de duración. Ese mismo tipo de oportunidades les ha permitido aquí a muchos peritos agrónomos obtener títulos de ingenieros.

Además de conceder permisos para estudiar, la Empresa se ha interesado en financiar el aprendizaje de su gente en las aulas universitarias. Esto se ha hecho con base en la productividad individual, de modo que, por ejemplo, si uno alcanzaba un promedio de 90, la Empresa le pagaba el 80 por ciento durante todo el semestre. Mi filosofía personal a este respecto es que nosotros somos trabajadores que estudiamos, no estudiantes que trabajamos, porque aquí el razonamiento es simple: si no hay empresa, no hay universidad.»

A su vez, Sheny de Maldonado, esposa de Miguel, relata su experiencia de vivir en las fincas azucareras.

«Es una experiencia de orgullo para mí, porque he visto cómo mi esposo, a través de los años, con esfuerzo y sacrificio, ha alcanzado metas y objetivos, dedicado a sus labores pero sin descuidar la vida familiar, que junto al trabajo es lo más importante en la existencia de todo ser humano.

Por supuesto, hay particularidades propias de este trabajo, como que el tiempo esté medido en zafras, el día dividido en turnos, y deba estarse pendiente de lluvias, veranos y vientos. Esos factores influyen en que todos los miembros del grupo familiar compartamos las preocupaciones sobre asuntos propios de la zafra, pero uno luego se adapta, comprende la situación, ayuda en lo que puede y va haciéndose partícipe también de las preocupaciones, los problemas y finalmente la satisfacción que causa observar una zafra exitosa.





Mis seis hijas nacieron viviendo nosotros en Los Tarros. La vida de mi esposo se ha realizado aquí, ha sido su único trabajo, y tenemos 27 años de matrimonio, de los cuales trece vivimos en Los Tarros y los otros catorce años en La Unión. Con tantos años de vivir aquí, día tras día, he visto muchas veces las luces y el humo del Ingenio en medio de aquella inmensa oscuridad. Una característica del Ingenio es el pito de las diez y media de la noche, al que inicialmente cuesta acostumbrarse, pero después uno lo espera, y yo diría que casi lo disfruta como la señal de que otro día de trabajo ha concluido.

En conclusión, más que paciencia para compartir el sacrificio laboral de un esposo dedicado al Ingenio, se necesita comprensión, con mayor razón en la época de zafra, porque no hay límites de horarios, surgen inconvenientes, a veces hay quemas no planificadas, ocurren problemas con la gente y accidentes. Un esposo, en cumplimiento de su deber, tiene que dejar momentáneamente los asuntos familiares para atender los problemas del trabajo. Uno, como pareja, debe comprender y apoyar a su esposo, porque toda esa dedicación es indispensable.»

Marlene Federsen de Haeckel, esposa del ingeniero Dieter Haeckel, relata parte de su vida familiar, y la forma en que las actividades que realizaba su esposo la acercaron al mundo del azúcar.

«Nací, hija de padres alemanes, en Alta Verapaz, en 1939, unos dos o tres meses antes de estallar la segunda guerra mundial. Mi padre poseía un almacén, pero en 1942 fue llevado a un campo de concentración, y en aquellas circunstancias mi madre se vio imposibilitada de conservar el establecimiento, porque en esa época los alemanes estaban como en la *lista negra*. Mi papá regresó con nosotros en 1946, cuando la guerra terminó, pero nuestra familia atravesaba por años difíciles. Él se fue a vivir con su madre a San Cristóbal Verapaz. Después retornó, consiguió empleo y nuestra vida mejoró nuevamente.

Estudí en Cobán, de allí me enviaron a la capital, después estuve en Estados Unidos durante un año y medio, regresé a Guatemala y trabajé como secretaria. Conocí a Dieter, nos casamos y nos fuimos a vivir a la finca Los Tarros, un lugar muy bonito, en el que la familia García siempre se comportó maravillosamente con nosotros. Allí empecé a interesarme por los asuntos del Ingenio, por las alzas y bajas de la molienda y todas esas cosas.

Solía ayudar a Dieter, porque en aquellos años el Ingenio no tenía secretarías en la costa. Al atardecer, elaboraba el reporte que se enviaba todas las mañanas a las oficinas centrales en la capital, con la información de la cantidad de caña que se había molido el día anterior, qué volumen de caña entregaba cada cañero, y datos sobre el rendimiento del producto.

Para una esposa, adaptar su vida hogareña al ritmo que impone la actividad azucarera depende del grado de disposición que tenga para vivir en las fincas. Es difícil para quien proviene de la capital y se encuentra con que en tiempo de zafra no puede disponer libremente de los domingos para salir con su esposo, y que así ha de ser durante seis meses consecutivos. Pero a la vez, uno sabe que si no lucha no sale adelante, y cuando se encuentra gente tan buena y colaboradora como la que nosotros tuvimos a nuestro alrededor, que siempre ayudó en todo, se genera un ambiente muy bonito y la rutina se torna sumamente agradable. Mis hijos siempre dicen que su niñez fue maravillosa, porque en la finca ellos sentían que no tenían límites de espacio y podían andar libremente por todos lados. En fin, para nosotros aquellos años fueron fabulosos.

Por muchos años, el día en que la zafra terminaba, llegaba a la finca Los Tarros doña Anny de García, mamá de don Similiano y persona muy apreciada por todos, quien era recibida con muestras de cariño. El pito de la fábrica sonaba cuando pasaba la última maleta de caña. Aquello era muy emocionante, las carretas de bueyes y los camiones pasaban adornados. Había alegría porque finalizaba la zafra y se aproximaba una temporada de relativo descanso, pero por otra parte mucha gente se quedaba unos tres meses sin trabajo. Eran tres meses porque en ese tiempo la zafra era mucho más prolongada que en la actualidad, ya que en algunas ocasiones empezaba en octubre y terminaba en julio, como ocurrió en 1967.

Cuando mi esposo se retiró, después de treinta años de trabajo, sentí un poco de preocupación. Pensé que a Dieter le haría mucha falta la actividad del Ingenio. Por supuesto, él también extrañó los viajes, a los que estaba muy acostumbrado porque con frecuencia don Similiano lo enviaba a otros países a localizar maquinaria. Once años después, mi esposo y yo recordamos con agrado y satisfacción el tiempo vivido en estrecha relación con la actividad azucarera.»



Vera de Kushiek, esposa del ingeniero Otto Kushiek, ex Coordinador Agrícola, narra sus vivencias familiares en las fincas de los ingenios Los Tarros y La Unión.

«Esta experiencia ha sido muy enriquecedora. Yo me casé con Otto, y ocho días después vivíamos ya en la finca azucarera. El cambio de ambiente fue total, de la ciudad al campo. Mis hijos vivieron los mejores años de su vida en la finca. Para ellos era como un jardín muy grande, donde podían hacer muchas cosas que en la ciudad no se pueden hacer. Ellos encontraron allí gente sana, con otro tipo de horizontes y de diversiones.

El día que voluntariamente nos retiramos de la finca, mis hijos no se resignaban a que tuviéramos que vivir en la capital. El mayor, de catorce años, y sus hermanos nos reclamaban que no les hubiésemos preguntado su opinión acerca de dejar la finca, porque eran felices en aquel ambiente. Daban la impresión de creer que la casa les pertenecía y que podían quedarse a vivir allí aunque su papá ya no trabajara en ese lugar. Ellos añoran aquellos tiempos, y mi hija mayor bromea con su hermanita más pequeña, quien no nació en Los Tarros, llamándole *pobre niña de ciudad*, porque se perdió todo lo que nosotros disfrutamos en la finca.

Cuando vivíamos en Los Tarros, las zafras eran mucho más largas, y no podíamos salir los fines de semana, porque si surgía algún problema propio del trabajo, sólo se podía resolver estando allí. El invierno en Los Tarros era terrible, de mayo a octubre, y tener a los niños dentro de la casa era cosa seria. Se les compraban capas y botas de hule para que por lo menos salieran a mojarse un rato.

Durante la primera época de nuestra vida en Los Tarros, la carretera era tan mala que viajar al pueblo era una odisea, y lo hacíamos sólo una vez por semana. Sin embargo, la finca era sola ella como un pueblo, algo impresionante. Había mercado y uno podía comprar casi cualquier cosa. Cuando fue asfaltada la carretera, en 1976, la población vivió un acontecimiento histórico, en especial para personas que nunca habían salido de Los Tarros, entre ellas algunas de hasta setenta años. Cualquiera podría preguntarse cómo esa gente se acostumbró a vivir en tal grado de aislamiento, pero la explicación es que en Los Tarros había de todo, hasta cine, con funciones una vez al mes.

Nuestro primer amigo en la finca fue un niño de seis años, Martín Haeckel, hijo del ingeniero Dieter Haeckel. Martín me presentó con personajes del lugar, como un señor llamado Cleto, quien tenía 121 años, y una señora de nombre Milagros, quien falleció a la edad de 106 ó 107 años. Doña Milagros gozaba de una gran vitalidad, al punto de que poco tiempo antes de morir llegó a visitarme caminando sola hasta mi casa.

Así era la finca Los Tarros, con muchas cosas sorprendentes: la ranchería era grandísima, había escuela e iglesia católica como si fuese un pueblo, el mercado se instalaba una vez por semana y las tiendas eran grandes. En fin, había tantas cosas que era comprensible que la gente no se sintiera muy atraída por viajar a Santa Lucía Cotzumalguapa, trayecto que se recorría en unos cuarenta minutos. Actualmente se llega en diez minutos.

Cuando Otto pasó a ser Coordinador Agrícola en Los Tarros, la celebración del final de cada zafra empezó a realizarse en mi casa. La fiesta era una oportunidad para promover el mutuo conocimiento entre los laborantes de las oficinas centrales y los de la costa. Señoras que trabajaban en la finca me ayudaban a cocinar, y juntas organizábamos alegremente la celebración.

Vimos crecer la Empresa, y en ello el resultado del esfuerzo de don Similano, quien siempre fue un líder con mucho empuje, con grandes metas y deseo de estar a la vanguardia en todo. Nuestra relación con él fue muy cordial y respetuosa, y además tenemos mucho que agradecerle porque le dio a mi esposo una oportunidad muy buena para su realización personal. Yo hice muy buena amistad con los hijos de don Similiano, José Gerardo y Rodrigo, quienes vivieron mucho tiempo a la vecindad de mi casa.»

Proverbial espíritu festivo

Del entusiasmo con que la festividad de la Virgen de la Asunción se ha celebrado en Los Tarros da testimonio el doctor Carlos González Quezada, Asesor en Salud de La Unión.

«Conservo un recorte de un periódico que fundé y dirigí, *El Mensajero Luciano*, que describe el gran colorido de la fiesta de 1962:

La fiesta se inició con un desfile encabezado por un grupo de moros, quienes luciendo espléndidos trajes interpretaron el baile típico El Torito, tomando parte destacada en tan animada celebración una carroza alegórica graciosamente adornada donde iba la reina del campo, Amada Victoria Morales, quien llevaba como séquito niñas representando monjas, un niño con una biblia abierta y otros niños cubiertos de plumas, algo original que nos hace pensar en las grandes solemnidades de la raza vencida que hoy nos habla a través de la tradición, fielmente conservada por el entusiasmo de nuestra gente, que ve en ella una forma singular de expresión artística y religiosa.

En aquel desfile participaban los alumnos de la pequeña escuela de Los Tarros, que funcionaba en un salón para primero, segundo y tercer grados. Como parte de los festejos se realizaba una carrera para los trabajadores, partiendo del Ingenio Pantaleón hacia Los Tarros, un tramo no mayor de quince kilómetros. Además había encuentros de fútbol. Los Tarros jugaba contra Pantaleón, lo invitaban de la finca Aguná, o disputaba encuentros con equipos de otros municipios.

Notas y fotografías sobre las actividades de la feria de Los Tarros eran publicadas todos los años en *El Mensajero Luciano*, quincenario independiente que duró tres años. Uno de mis colaboradores era el poeta y profesor Delfido Barrera Navas, un gran maestro que trabajó conmigo durante muchísimo tiempo. Fundamos un instituto prevocacional que él dirigió. Don Delfido, gratamente recordado en Santa Lucía por su labor docente, era el Jefe de Redacción de *El Mensajero Luciano* y juntos conseguimos colaboradores entre los maestros y otras personas.»

El licenciado René Ozaeta recuerda esas festividades por la alegría y la fraternidad que las caracterizaba.

«Las fiestas de agosto, en honor a la Virgen de la Asunción, eran extraordinariamente alegres en Los Tarros. Se celebraban actividades sociales, deportivas y culturales. Había encuentros de fútbol, básquetbol, combates de lucha libre, y se habilitaba una bodega como salón de baile, con música de marimba para que los trabajadores y sus familias bailaran durante toda la noche. A la fiesta éramos invitados todos los empleados de las oficinas centrales. Disfrutábamos de buena comida y la consabida costumbre entre los españoles, la bota de vino. Si el espacio para dormir no alcanzaba, nos alojaban en el hospitalito, desde luego si no había pacientes, y siempre la pasábamos muy alegres.»

El ingeniero Rodolfo Arroyave opina que las celebraciones de Los Tarros eran aún más alegres que las de Santa Lucía Cotzumalguapa.

«En los primeros meses me impresionó la finca Los Tarros, que todavía no estaba circulada, y era como un pueblo con muchas casas y mucha gente. La feria de Los Tarros era una fiesta abierta, a la que asistíamos no solamente los pocos trabajadores y habitantes de la finca, sino también mucha gente de Santa Lucía Cotzumalguapa, porque nuestra feria era más alegre que la fiesta patronal del pueblo. Había ruedas de Chicago, comedores, garnacherías, salones de baile y de tiro al blanco, en fin, una fiesta fabulosa.»

Arturo Escobar, jubilado tras 38 años de servicio, evoca los tiempos en que la fiesta titular de Los Tarros no era en agosto, sino en enero.

«Cada 18 de enero se celebraba en Los Tarros la fiesta titular en honor del Señor de Esquipulas, cuya fecha oficial es el 15, y además festejábamos el cumpleaños de doña Lucila de Aparicio, a quien pertenecía la finca. Su esposo, don José Vicente, traía dos o tres barriles de aguardiente, designaba un caporal para despachar y éste repartía gratuitamente el licor entre la gente, que venía en gran cantidad, atraída por la expectativa de beber sin tener que gastar un centavo.»

Fin de zafra en Los Tarros, en marzo de 1972. De izquierda a derecha, Mario Castañeda, Cajero de Los Tarros; Constantino Fernández, primer Administrador de la finca Cristóbal; Genaro Miranda, Similiano García y Dieter Haeckel.



La celebración anual del fin de zafra ha constituido otra demostración del espíritu festivo característico en Los Tarros, tal la impresión de Shený de Maldonado, esposa del ingeniero Miguel Maldonado.

«Recuerdo los inicios de cada zafra, con sus penas y preocupaciones, pero también los fines de zafra, el júbilo de la gente, su sentido artístico para adornar los camiones participantes en los desfiles, las camionetas y el ingreso de toda la maquinaria al patio del Ingenio. Casi siempre he estado allí, compartiendo el ambiente festivo caracterizado por cohetillos, bombas y el pito largo del Ingenio en señal de algarabía. Durante mucho tiempo las fiestas de fin de zafra fueron muy grandes y bonitas, y tampoco puedo olvidar la festividad anual de Los Tarros, que era de tanta magnitud como la fiesta patronal local, con ruedas de Chicago, juegos mecánicos y actos religiosos en la iglesia. Una banda le tocaba serenata a la Virgen de la Asunción. En mi memoria están presentes las misas de primera comunión, y las tradicionales posadas que celebrábamos en Los Tarros y que en La Unión aún se organizan.»

Ese entusiasmo se ha mantenido aun en épocas difíciles, según la apreciación del ingeniero Elvis Reyes.

«Una de las características de la Empresa es el entusiasmo que generan sus logros. Cuando se alquilaba una finca había fiesta y todos participábamos. Así como trabajábamos de sol a sol, también celebrábamos esos hechos y otros, como la finalización de cada zafra, con una algarabía impresionante.

Una peculiaridad de La Unión, entre los ingenios de Guatemala, es la realización de un magno desfile cuando termina la zafra. La última tonelada de caña que se corta, se celebra con el personal en el campo, quemamos bombas pirotécnicas y aquello truena. Por eso, cuando La Unión termina de cortar en la costa sur, se conoce.

Vejigas de hule, flores y plantas decorativas son colocadas en todo el equipo de corte, alce y acarreo —unas cincuenta unidades de cosecha y noventa cabezales— y los tripulantes van lanzando dulces en la calle y quemando bombas. Ese entusiasmo se ha mantenido en la Compañía, aun en épocas difíciles.»

El entorno social, desde la perspectiva de la Iglesia

Santa Lucía Cotzumalguapa pertenece, en términos de jurisdicción eclesiástica, a la diócesis de Escuintla. Cuando conocí el lugar, estaba ya en la finca Los Tarros la actual iglesia católica, construida en los años sesenta. Con anterioridad hubo allí un templo más sencillo. La fiesta de la finca era el 15 de enero, Día del Señor de Esquipulas, y después se trasladó al 15 de agosto, Día de la Virgen de la Asunción, fecha en que la finca sigue celebrando su fiesta anual.

En la finca Belén, donde se encuentra el Ingenio La Unión, no había iglesia. Entre 1980 y 1982, el Administrador General de la fábrica, Genaro Miranda, tuvo la iniciativa de construir un pequeño templo, dedicado a la Virgen de Covadonga, venerada en el santuario del mismo nombre en la provincia española de Asturias, lugar de origen de la familia García y de los administradores que trabajaron para la Empresa.

La imagen de la Virgen de Covadonga fue colocada también en la pared de la casa que para reuniones utiliza el Consejo de Administración en el Ingenio La Unión, frente al jardín principal.

Actualmente, la diócesis de Escuintla tiene como Obispo a Monseñor Víctor Hugo Palma, quien recuerda el momento de su traslado allí, veinte años atrás.

«En 1984, cuando tenía 24 años, llegué a Escuintla, acompañado por Monseñor José Ramiro Pellecer Samayoa, encargado de la Arquidiócesis, y lo primero que ví fue un letrado que decía: *Bienvenidos a la ciudad de Escuintla. 90,000 habitantes*. A esta fecha, ese número ha aumentado a 310,000. Cuando leí aquel letrado, le pregunté a Monseñor Pellecer: “¿Y cuántos sacerdotes hay aquí?” “Dos”, me respondió, “*tú y yo, y sobre todo tú, porque yo me regreso mañana a Guatemala*”. Y me dejó completamente solo en la Iglesia Catedral, durante un mes, lo que se justificaba porque en esos días no había Arzobispo en la ciudad de Guatemala, y él debía atender la capital y Escuintla.



Interior de la iglesia de la finca Los Tarros. Inicialmente las fiestas patronales anuales correspondían al Cristo de Esquipulas, el 15 de enero. Sin embargo, por ser época de zafra, se trasladó al 15 de agosto, Día de la Virgen de la Asunción. La devoción al Cristo de Esquipulas se mantiene y su imagen es llevada cada año en procesión a diversos lugares dentro del casco habitacional e industrial de Los Tarros, en la víspera del 15 de enero.

Para entonces, yo tenía sólo trece días de haber sido ordenado sacerdote, vivía en Santiago Sacatepéquez y era encargado de la parroquia local y del área de San Lucas Sacatepéquez, así como de San Pedro Sacatepéquez, en el departamento de Guatemala. Como argumento para persuadirme a trabajar en Escuintla, Monseñor Pellecer me dijo: *En el departamento de Guatemala ya hay muchos sacerdotes; mejor vente conmigo a Escuintla*, donde él había estado solo durante seis meses o un año, viviendo problemas tremendos.

A la fecha le agradezco a Monseñor Pellecer, gran amigo, haberme propiciado aquella experiencia, en medio de la pena cristiana que me causó observar el abandono espiritual en que encontré a la gente de Escuintla. Mi reflexión en ese momento fue: Si esta gente vive como vive, es porque no hemos hecho lo suficiente para acercarla a Dios.

El caso es que creo haber cumplido la misión encomendada por Monseñor Pellecer, en la actualidad asignado a la diócesis de la Antigua Guatemala, y quien ya casi está ciego. Cuando lo visito me dice: *Llévame a Escuintla para por lo menos sentir el calor de la costa*.

Recién llegado a Escuintla, tenía un pequeño carro a mi disposición y empecé a conocer lugares del departamento, como Brito y Masagua. Llegué hasta el Puerto de San José, donde el calor era tan intenso que me sentía como en el desierto del Sáhara.

Mi estancia en Escuintla fue muy corta, y no volví en cerca de veinte años, salvo una que otra visita rápida. Una dura impresión que sufrí cuando retorné a Escuintla, en diciembre de 2001, fue observar que la situación de la Iglesia Católica no había mejorado al cabo de dos décadas. Encontré 16 sacerdotes en todo el departamento, poblado actualmente por más de un millón de habitantes. Once de esos 16 sacerdotes no son guatemaltecos, sino polacos, italianos, españoles, holandeses, mexicanos y un alemán de origen.

La pérdida de valores en Escuintla es un poco proverbial. Es una zona golpeada también por la historia, por la moral, es zona de tránsito y lo será más intensamente en el futuro. A partir de ahí surge la interrogante: ¿Cuándo la Iglesia va a responder a esto, desde su papel propio?

Frente a esta realidad promoví un pequeño seminario, denominado *Juan Pablo II*, fundado como una semilla para proveer sacerdotes locales en el futuro. A veces, el producto importado resulta mejor, pero ya no vendrán sacerdotes de Estados Unidos y Europa, y habremos de recurrir a escuintlecos. Nuestro proyecto consiste en proveer de sacerdotes a las parroquias. Sólo Santa Lucía Cotzumalguapa tiene 158 mil habitantes, y escasamente hay dos sacerdotes. Jesús dijo: *Siento lástima de toda esta gente que está como ovejas sin pastor*.

Con el propósito de ayudarme a cumplir mi misión de promoción clerical, Monseñor Pellecer me asignó una casita y me dijo: *Quiero que esta casita sea el germen de muchos sacerdotes para Escuintla*. Ahora bien, debe haber sacerdotes, pero también compromiso laical. De cara a eso, estamos haciendo cinco años misioneros, en que vamos a ir —no sé cómo, pero lo haremos— de casa en casa, contactando católicos, sea que vivan en los pueblos o dentro de los ingenios... Sólo pienso en el Ingenio Magdalena... ¡Dios me libre!, hay que recorrer como seis kilómetros de terracería para ir a decirle a cada católico: *Recuérdate que eres hijo de Dios, que te ama y que es bueno acercarse a su palabra*.

Iglesia de Los Tarros, en 1960, posteriormente modificada por completo. Al frente, carretas de bueyes, vacías. Al fondo, los volcanes Acatenango y de Fuego.



También visitaremos a quienes no son católicos pero son nuestros hermanos. Guatemala necesita urgentemente un compromiso de todos, desde lo que a cada uno le toca hacer, para liberarnos de males como la deshonestidad y la falta de honradez, que han causado mucho daño. He descubierto que, a partir de los malos ejemplos de autoridades superiores, la plaga de la pequeña delincuencia se ha sentido autorizada a actuar impunemente. Eso es fatal, y hay que rescatar los valores desde el punto de vista de todos. Ojalá podamos caminar juntos en la dirección correcta.»



de arriba hacia abajo

Iglesia de Los Tarros, en construcción, en los años cincuenta del siglo XX.

Varios matrimonios colectivos se celebraron en la iglesia católica de la finca Los Tarros. Este corresponde al 23 de junio de 1968. La familia García facilitaba la impartición del sacramento.

En La Unión y Los Tarros existen viviendas ocupadas por familias durante el año. Las celebraciones de diciembre incluyen una posada navideña. A la derecha, la señora Shený de Maldonado, esposa del ingeniero Miguel Maldonado. Del lado izquierdo, carga la andarilla la señora Emilia de Figueroa, Directora de Orientación del Centro Escolar Costasur, de Santa Lucía Cotzumalguapa.

Pausa para el deporte

Es ampliamente reconocida la importancia del deporte como un factor coadyuvante para la formación de las personas. En La Unión y Los Tarros también se destina tiempo a las actividades deportivas, y uno de sus más entusiastas promotores es Max Mejía, quien recuerda una experiencia de liga mayor.

«Lo más sobresaliente en la historia deportiva de La Unión ha sido el equipo de fútbol Azucareros-Santa Lucía Cotzumalguapa, que nació aquí en el Ingenio bajo el nombre de Unión-Independiente, creado por mí con el apoyo del ingeniero Pedro Dabroy. Azucareros-Santa Lucía Cotzumalguapa entró a jugar a la liga “C” y dejó la ficha en la liga de permanencia, quedando en poder del ex alcalde Melchor. Más adelante el equipo se llamó simplemente Azucareros, estuvo en poder de verdaderos empresarios azucareros y se superó mucho.»

Al mal tiempo buena cara

El espíritu deportivo y el temple ante las adversidades, desde luego, no sólo se manifiestan en una cancha de fútbol o en los escenarios de competencia, sino también en la actitud individual en medio de la vida, sobre todo cuando las personas son puestas a prueba en algún momento de crisis. Esa fue una de las lecciones que nos dejó Alfonso Mollinedo, quien durante alrededor de 25 años de trabajo en La Unión compartió con nosotros innumerables experiencias positivas, al igual que situaciones tan difíciles como la paralización de actividades por los trabajadores de la agroindustria azucarera en 1980, descrita en otra parte de este libro.

La huelga, entre sus múltiples efectos, había trastornado nuestra rutina laboral. Yo no había vivido la experiencia de tener una compañía paralizada. Los días transcurrían, con los cortadores en las fincas, sin trabajar, y el personal del Ingenio sin hacer absolutamente nada. Nos quedábamos al mediodía en las oficinas, de corrido, en jornadas muy largas, pensando que el problema se arreglaría de un momento a otro, y así transcurrieron quince días sin que hubiera solución.

Tuve un bajón de ánimo cuando me di cuenta que nada se podía resolver. Alfonso Mollinedo, entonces Jefe de Cómputo, hombre con mucho dinamismo, muy colaborador y entusiasta, me habló a solas y me dijo: *Nosotros no podemos aceptar que usted se desplome porque, si usted se cae, caemos todos detrás de usted.* Le agradecí muchísimo esa expresión, porque me enseñó que, en situaciones difíciles, los que tienen a su cargo la dirigencia están obligados a llevar la carga principal, con mucho ánimo, y dar ejemplo.

Y a partir de ese momento, llevé mis atuendos deportivos para hacer carrera estacionaria en la oficina, y que el personal viera que se mantenía alta la moral. Era la época en que los ejercicios aeróbicos estaban de moda, al popularizarse el libro *Aerobics*, del doctor Cooper. Lo que desconocía era que el agua de la regadera era helada. Pero en fin, eso ha servido para enfrentar las siguientes crisis *deportivamente*. Y el que indujo a esa positiva reacción fue Alfonso, quien seguiría siendo ejemplo de una actitud anímica inquebrantable, hasta su fallecimiento en enero de 2004.

En 1999, tras treinta o más años de servicio en el Ingenio Los Tarros, diez trabajadores que decidieron jubilarse fueron objeto de un merecido reconocimiento por su lealtad y perseverancia.



Capítulo XXX
Recordar, volver a vivir

La vida de los ingenios La Unión y Los Tarros, a lo largo de más de medio siglo transcurrido desde que don Pepe García inició esta aventura empresarial, está llena de anécdotas que sencillamente forman parte de una realidad cotidiana. Algunas de ellas evocan momentos críticos que acaso fuera preferible olvidar, pero otras permiten rememorar pasajes de comicidad y alegría vividos por miembros de nuestro personal, en el ambiente de compañerismo y amistad que ha prevalecido en la Empresa.

Entre esos casos, varios son los que denotan la satisfacción experimentada por nuestros trabajadores cuando su tenacidad, creatividad y sentido de responsabilidad han permitido superar obstáculos propios de la labor que realizan.

Así lo podemos notar, por ejemplo, en las circunstancias relatadas por Guadalupe Cárdenas Santos, quien ingresó en La Unión en 1969, año de la fundación del Ingenio, y actualmente es miembro de la División de Obra Civil.

«En una ocasión, encontrándome al frente de una brigada de albañiles, se me ordenó empedrar la presa situada cerca de la fábrica de La Unión, en un plazo de treinta días. Sin embargo, a pesar de contar con muy buena maquinaria, no se pudo eliminar el lodo depositado en el estanque. Se intentó romper en el extremo del estanque, para hacer una calle e introducir camiones con palangana, pero el experimento no funcionó, como tampoco el uso de carretas de mano. El plazo se terminaba, y se me ocurrió inventar una herramienta consistente en toneles partidos por la mitad, sostenidos por dos brazos de madera, uno en cada extremo. Bajo mi supervisión, 200 personas eliminamos el lodo e iniciamos el tapizado de piedras.»

Max Mejía, a cargo de los molinos de Los Tarros, encontró la fórmula para remediar otro problema que parecía insoluble.

«Durante el proceso de producción, se escuchaba un rechinido muy desagradable cuando los peines se asentaban. Los peines, que son los raspadores de la maza brasera, demoraban ocho días en asentarse. En ello se gastaba mucha leña, y la operación provocaba fuertes rechinidos día y noche. Siendo encargado de molinos, y con motivo de la reparación que antecedió a mi tercera zafra, busqué una solución que eliminara el consumo excesivo de tiempo, el gran gasto de leña y el desagradable ruido. Le propuse al ingeniero Dieter Haeckel que me permitiera hacer un arreglo mecánico consistente en cambiar el ángulo de los dientes de cada peine, logrando que trabajaran sólo las puntas, y de esa manera evitar el roce de los flancos con los de la maza. Este experimento fue autorizado, no hubo ruidos excesivos y los peines quedaron asentados en el término de 24 horas.

Lo sucedido desconcertó a mucha gente a nuestro alrededor, al extremo de que surgió el rumor de que ese año no habría zafra, porque los molinos no hicieron ruido. El rumor llegó a oídos de don Similiano, quien en respuesta pidió que me felicitaran por el logro obtenido, aseguró que los peines no hicieron ruido porque estaban bien instalados, y garantizó que habría una zafra normal, como efectivamente ocurrió.

Al margen de tal anécdota, debo decir que los trabajadores nos identificamos con la Empresa por la forma adecuada de tratarnos y dirigirnos, y todos compartimos el esfuerzo por hacer bien las cosas. Otra razón es que se permite la participación de todos y se escuchan nuestras sugerencias. Es un orgullo ser miembro de una empresa líder que, pese a ser un ingenio relativamente pequeño, ha logrado mejores resultados que los grandes ingenios tradicionales. Uno va a otra empresa y, cuando dice que proviene de La Unión, lo toman muy en cuenta porque saben que uno puede hacer bien su trabajo. Mucho de esto se lo debemos a don Similiano, la mejor persona que he conocido: disciplinado y estricto pero siempre amistoso.»

Picardía de gitanos

Doña Olga Aparicio Barrios, quien fue copropietaria de la finca Los Tarros entre 1924 y 1950, cuenta una anécdota de la tradición oral de esas tierras.

«Durante un tiempo se asentaron en Los Tarros grupos de emigrantes húngaros (gitanos), quienes pedían permiso para establecer sus campamentos, pero robaban caballos. Pintaban los caballos de otro color, para despistar a los dueños y apoderarse de ellos. Por ejemplo, si robaban un caballo blanco, lo pintaban de café o le hacían una mancha oscura. Unos tres días después, los gitanos se iban de la finca, llevándose los caballos que habían pintado.»

Inventario de alto riesgo

El licenciado René Ozaeta relata hechos pintorescos, desde un riesgoso procedimiento para contar ganado hasta un súbito frenazo al borde del abismo, pasando por el dilema de pernoctar o no a la vecindad de un cementerio.

«Como parte de su proceso de crecimiento, la Empresa compró las fincas San Jorge, Margaritas y Tehuantepec, y empezó a criar ganado por medio de inseminación artificial. Se llegaron a tener miles de cabezas de ganado, y las inventariábamos periódicamente, incluidos datos como cuántas cabezas había en cada finca y cuáles eran sus razas. Para llevar el control utilizábamos en la oficina tarjetas karex.

El inventario físico lo efectuábamos introduciéndonos a los potreros, en un vehículo descapotado que llamábamos *automula*, que en vez de techo tenía una baranda. Cuando los toros se desbandaban, nos asíamos de la baranda, y así evitábamos ser corneados.

Para que el inventario fuera exacto, se tenía que ver el número que cada res tenía en el lomo, pero obligadamente el *automula* debía avanzar a la velocidad a que corrían los toros. Como los potreros no son planos, el piloto viraba violentamente una y otra vez, y los auditores debíamos agarrarnos con fuerza de la baranda, so pena de caer del vehículo y resultar corneados.

En una ocasión estábamos contando ganado de la raza Santa Gertrudis, cuyos ejemplares son casi tan grandes como elefantes. Como era costumbre, los arrieros que nos ayudaban, metían a las reses dentro de una manga, para pesarlas y aplicarles un insecticida contra las garrapatas. Esa vez todo iba muy bien, hasta que uno de los animales se cayó, los que le seguían se asustaron, pasaron encima de aquél, se saltaron la manga, que era relativamente alta, y en una carrera desenfrenada embistieron nuestro automula. No imagino cómo, pero en cuestión de segundos, mi compañero auditor y yo nos encaramamos a un árbol y evitamos ser víctimas de una tremenda corneada. Ese día las cuentas no nos salieron bien debido al susto, y tuvimos que regresar al siguiente día para contar el ganado. . . Eso sí, desde un poco más lejos.

El licenciado René Ozaeta Garma trabajó para La Unión-Los Tarros durante cuarenta años, en los que su constancia y dedicación fueron un ejemplo para todos. A lo largo de su trayectoria, que culminó en el cargo de Gerente Administrativo, fue copartícipe de una variada gama de situaciones, desde serias y preocupantes hasta insólitas y pintorescas, que relatadas por su persona contribuyen a dar un carácter vivencial al presente libro.



A orillas del cementerio. Tampoco olvido lo que ocurrió una vez que fui a revisar cuentas a Los Tarros. En esa época, la carretera a Santa Lucía Cotzumalguapa no estaba asfaltada, de modo que normalmente abordaba una camioneta extraurbana rumbo a Santa Lucía y, de allí tomaba un taxi para completar el viaje hacia la finca. Sin embargo, nuestro compañero Julio Rayo solía viajar en su camión por esa misma ruta para recoger azúcar, y aquella vez me transportó, como varias otras, pero había llovido intensamente y en esas circunstancias el vehículo se encunetó, exactamente enfrente de un cementerio situado entre Santa Lucía Cotzumalguapa y Los Tarros, lugar donde hay ruinas de una iglesia construida por los franciscanos en el siglo XVI, y en el que hubo una población —ya desaparecida— llamada San Juan Perdido.

Pues bien, intentamos sacar el camión pero nuestros esfuerzos fueron infructuosos porque las llantas resbalaban en el lodo. Pasaban las horas y aparentemente no tendríamos otra alternativa que quedarnos a dormir a la orilla del cementerio pero, como *el miedo no anda en burro*, opté por convencer a don Julio que camináramos el largo trecho que nos faltaba para llegar a la finca, aunque para ello tuviéramos que subir una empinada cuesta. Llegamos como a las cinco de la mañana y acudimos con el Administrador, Genaro Miranda, quien envió un tractor para remolcar el camión. Genaro se reía de que yo hubiese preferido subir la cuesta a pie y caminar muchos kilómetros, en vez de quedarme a dormir junto al cementerio. Mi explicación fue que yo no tenía miedo... sino que soy muy precavido.

¡No más melaza! Una anécdota interesante se derivó del uso que le dábamos anteriormente a la melaza como subproducto de la caña de azúcar, utilizándola para regar los caminos y de esa manera reducir el polvo. Como siempre había excedentes, se almacenaba la melaza en una bodega, y por las noches se descargaba poco a poco en el río que abastece de agua a Santa Lucía. Sin embargo, una noche, al encargado de la bodega, Pancho Cárdenas, se le olvidó cerrar la llave o quizás se durmió, por lo que una gran cantidad de melaza se fue al río.

El problema surgió al día siguiente, cuando las lavanderas que cada madrugada iban a trabajar al río encontraron una gran capa de melaza que les impedía usar el agua. Ellas fueron a denunciar el asunto ante el Alcalde e hicieron un gran escándalo, al extremo que una comisión de la Municipalidad llegó al Ingenio a preguntar por lo ocurrido. Por supuesto, eso nunca más sucedió.

Después se aumentó la venta de miel a los ganaderos, quienes con ella alimentaban a sus reses. Actualmente, La Unión exporta toda su producción de melaza, por medio de las instalaciones de la empresa Melazas de Escuintla, situadas en el Puerto de San José, en el océano Pacífico.

Vivir para contarlo. En una ocasión, Mario Estrada, actual Gerente General, y yo fuimos a la finca a revisar cuentas. Por la tarde, cuando se terminó el trabajo, invitamos a unos oficinistas a pasear por Santa Lucía y La Democracia, en el carro de Mario. Cenamos en Santa Lucía y, como a las ocho de la noche, proseguimos viaje hacia La Democracia, en medio de gran oscuridad. A medio camino, en ruta de terracería, un oficinista que viajaba en el asiento de atrás, dijo: *Por aquí se cayó un puente y todavía no lo han arreglado*. Fue oyendo esto y Mario frenó bruscamente. Cuando nos dimos cuenta, el carro estaba justo a la orilla del barranco, donde pasaba el río. Sólo porque Dios no nos quería muy jóvenes en el cielo estamos para contarlo.»

¡Quién lo iba a decir!

De vez en cuando se dan circunstancias que nos hacen comprender cuán pequeño es el mundo, como lo comprueba el siguiente relato del licenciado Carlos Arriola.

«Algunas frases quedan grabadas en nuestra memoria. Por ejemplo, recuerdo una expresión habitual del licenciado José Molina Calderón, quien durante aquellos años desempeñaba el cargo de Gerente General de la Empresa. Cada año, cuando él salía de vacaciones, dejaba sobre su escritorio una nota que decía: *Me fui a Malasia*. El mensaje significaba que por varios días iba a estar en lugares alejados de la oficina. En aquellos tiempos uno sabía que, geográficamente, podía encontrar a Malasia en el mapa, pero parecía imposible comunicarse a esos países, como ya no es el caso ahora, gracias a la tecnología moderna. Y a partir del año 2002, el Ingenio La Unión exporta azúcar directamente a Malasia. ¡Quién lo iba a decir!»

Noviazgo, boda y hasta congreso azucarero en el paquete

El ingeniero René Cifuentes tomó temprana conciencia de que su futuro profesional estaba en el azúcar pero no imaginaba que su inmersión en la agroindustria sería determinante para encontrar a su compañera de vida.

«Esto empezó porque el papá de Agnes, quien habría de ser mi esposa, fue Presidente de la Asociación de Técnicos Azucareros de Costa Rica ATACORI, en tanto yo presidía la Asociación de Técnicos Azucareros de Guatemala ATAGUA. Él falleció en 1982, y al año siguiente se le dedicó el Congreso de la Asociación de Técnicos Azucareros de Centroamérica ATACA, evento con sede en Costa Rica. Asistí a una reunión previa, para evaluar la organización y aspectos como el hotel y los precios. Allí conocí a Agnes, quien estaba vinculada con la organización y trabajaba en el hotel donde se celebraría el Congreso. Empezamos a tener amistad por teléfono y por carta, de manera que cuando el Congreso se realizó ya llegué con intenciones de noviazgo, y al año siguiente nos casamos.

Durante el Congreso efectuado en Costa Rica, fui electo Presidente de ATACA, y se acordó que la siguiente edición del evento se realizaría en Guatemala en 1985. Mi esposa vino a ayudarnos, con la experiencia que había obtenido en la organización del Congreso anterior, pero mis colegas directores de la Asociación me embromaban, diciendo que me había sacrificado casándome para que me ayudaran a organizar el Congreso de 1985.

De eso hace dos décadas. El papá de mi esposa había sido asesor de Pantaleón, en Guatemala, antes de trabajar en la industria azucarera de Costa Rica, lo que significa que ella creció en el mundo de la caña, allí continuó y ahora sigue conmigo en La Unión.»

Otro tipo de vicisitudes rodearon, varios años atrás, el compromiso matrimonial del ingeniero Dieter Haeckel, por un imprevisto suceso acaecido, por cierto, un Día de los Inocentes.

«Ocurrió durante la zafra de 1963, mi primer año en Los Tarros. Mi tío, el ingeniero mecánico Immo Rainitzer, era muy acucioso y quería medir el agua condensada que producía el Ingenio. Para ello adoptamos un procedimiento muy rudimentario, que consistió en colocar unos toneles vacíos, con el fin de que se llenaran mientras nosotros cronometrábamos el tiempo, y así sabríamos cuántos galones de agua se producían por minuto. Cuando el experimento terminó, vaciamos los tanques con agua condensada hirviendo, y accidentalmente un chorro me quemó los pies.

Aquello sucedió el 28 de diciembre, Día de los Inocentes. Las quemaduras fueron severas y me tuve que hospitalizar en la capital. Tenía programada mi boda para el cinco de enero de 1964, pero ese día todavía estaba inválido y el casamiento se tuvo que posponer. Entonces nuestras amistades nos decían que yo le estaba quemando la canilla a Marlene, porque me había quemado los pies.»

En 1969, un incendio consumió los ranchos situados en la ruta al área en que actualmente están instaladas las cocinas industriales.



Señales de humo

Marlene Federsen de Haeckel, esposa de Dieter, relata anécdotas que abarcan desde menudos sustos hasta falsas alarmas.

«Llegué por primera vez a la finca Los Tarros una noche en que mi esposo tuvo que viajar al área del Ingenio porque algo fallaba allí. A la mañana siguiente, escuché el pito de la fábrica sonar persistentemente, y supuse que era una señal de que ya todo estaba funcionando bien. En eso divisé en el aire residuos de paja quemada, pero me tranquilicé porque Dieter me había contado que de la chimenea salía mucha basura de la hoja de caña, de modo que me imaginé que aquello era normal.

Mi sorpresa fue cuando me enteré que la ranchería se estaba quemando, y vi cómo todos corrían con mangueras. En medio del incendio, un miembro de la cuadrilla gritaba: *¡el patojo, el patojo!* El pánico cundió, cuando muchos de nosotros pensamos que un niño estaba atrapado entre las llamas, pero resultó que *Patojo* le llamaban a un marranito, que estaba amarrado cuando se declaró el fuego y que me imagino terminó convertido en chicharrón.

Aunque mi primer día en Los Tarros fue de sustos, de ahí en adelante pasé muy contenta durante años, en un lugar precioso, con un clima excelente y disfrutando de fiestas alegrísimas.

Una de las primeras frases que escuché en el Ingenio fue el *conductor del bagazo*, dicha por mi esposo en pleno sueño. Hablaba dormido, y decía: *¡las tablillas, las tablillas, el conductor del bagazo!* Después me enteré de que el tal conductor del bagazo dio muchos problemas aquel año, por lo que frecuentemente llamaban a Dieter. El Jueves Santo o el Viernes Santo —días en que se suspendía la zafra— cambiaron todo el sistema, de manera que la primera Semana Santa que pasamos juntos tuvimos que quedarnos allí.»

Trabajo vitalicio a cambio de un pinchazo

Ramón Mejía, ya fallecido, trabajador de La Unión durante por lo menos tres décadas y en un tiempo Administrador de la fábrica, nunca imaginó obtener esas oportunidades laborales en pago de un simple y espontáneo favor, como él mismo lo contaba.

«En 1966 vivía en un lugar llamado El Horizonte, situado cerca de la primera entrada a La Unión. Una tarde, a un *jeep* se le pinchó una llanta al pasar por allí. Acudí en ayuda de los tripulantes e identifiqué al Administrador del Ingenio, Genaro Miranda, y otros personeros. Reemplacé la llanta y ellos prosiguieron viaje hacia la finca Belén, que recién había empezado a ser administrada por la Empresa.

Dos años después, mi hermano, Enrique Mejía, quien trabajaba para el Ingenio, llegó a mi casa y preguntó quién había hecho aquel favor. Le dije que yo, y Enrique me explicó que los jefes me esperaban para ofrecirme trabajo en la finca Tehuantepec, recién adquirida por el Ingenio. Me presenté, inicié mis labores como mayordomo y después fui designado administrador. Trabajé aquí durante cerca de treinta años, con plena satisfacción.»

La resucitación de un niño

El ingeniero Otto Kushiek, ex Coordinador Agrícola, recuerda una situación particularmente difícil, en la que su reacción ayudó a salvar una vida.

«Sufrimos una experiencia angustiosa, un 15 de enero, cuando se celebraba el Día del Cristo de Esquipulas, entonces fiesta patronal de Los Tarros. Estábamos cenando en la casa y al paso de la procesión se escuchaban las bombas pirotécnicas, como todos los años. En eso, empecé a oír que la gente gritaba mi nombre llamándome, e inmediatamente salí a ver. Allí estaba la esposa del ingeniero Dieter Haeckel, Marlene, bañada en sangre, cargando en brazos a su hijo Martín, de aproximadamente nueve años, y me dijo: *¡Martín está muerto; le estalló una bomba en la cabeza!*

Tomé al niño en mis brazos, comprobé que estaba vivo, y junto a Marlene subimos al carro, rumbo a Santa Lucía Cotzumalguapa. Un médico de apellido Ávila le administró los primeros auxilios, llamé a un pediatra de la capital y me pidió que le llevásemos urgentemente al niño. Salimos a gran velocidad, yo al volante, madre e hijo en el asiento de atrás. En un momento dado el niño convulsionó o vomitó, y Marlene dijo: *¡Ya convulsionó, está muerto. Martín ya no respira, esto ya no tiene razón de ser!* Sin perder las esperanzas, seguí avanzando a toda la velocidad y, cuando ascendíamos la pendiente de Villalobos, Marlene clamó: *¡Otto, por favor, maneje más despacio, no quiero que muramos los tres!* Pero yo tenía la idea fija de llegar al hospital. Por fin, en sólo 45 minutos de camino, llegamos, entramos a la sala de emergencias y Martín fue curado. Su vida volvió a ser normal y actualmente es padre de tres niños.»

¡Qué tiempos aquellos!

El licenciado René Ozaeta comenta algunos de los grandes contrastes entre los años sesenta y la época actual.

«Para pagar salarios a los trabajadores de la finca Los Tárros, utilizábamos monedas plásticas de colores, de diversas denominaciones. Su valor dentro de la finca era equivalente al efectivo y gozaba de aceptación general como medio de pago, en el entendido de que posteriormente podía canjearse por dinero de verdad. Esto significa que nosotros ya teníamos un concepto primario del dinero plástico, antes de que se generalizara el sistema de tarjetas de crédito.

El dinero en efectivo se manejaba con gran simplicidad. Violeta de Guzmán tenía a su cargo contar diariamente el dinero de la venta de azúcar. Era un montón de billetes sucios, provenientes de la Terminal de Autobuses de la zona 4, cuyo conteo le consumía el tiempo de trabajo de casi todo el día. Ese dinero se depositaba en bancos mediante una o dos operaciones diarias, según fuese pequeña o grande la cantidad.

En los primeros años de la década de los sesenta todo era tan tranquilo que el dinero se empaquetaba en bolsas de papel manila y, cuando don Pepe no podía llevarlo en su carro, yo me llevaba bajo el brazo la plata al banco, en camioneta del servicio urbano. Del mismo modo, cuando se aproximaba la fecha de pagar la planilla de salarios, íbamos a hacer el retiro al Banco de América, por la Torre del Reformador, y lo transportábamos en la misma forma a las oficinas centrales del Ingenio. De allí, uno de nuestros camiones lo llevaba a la finca, sin mayor protección.

Unos años después el país empezó a vivir tiempos de inseguridad y adoptamos precauciones, como que el Banco enviase en carros blindados el dinero para pagar la planilla. Los billetes iban en bolsas de lona y cuero, cerradas con llave. Después llevábamos en nuestro cabezal-trailer esas bolsas a la finca, guardadas en una pequeña caja fuerte, soldada a la carrocería del vehículo.

Las precauciones no estaban de sobra. En una ocasión tres jóvenes llegaron a la oficina y pidieron hablar con don Pepe. No tenían mal aspecto, se les permitió entrar, hablaron con él y salieron. Inmediatamente después, don Pepe me dijo: *¡Mírelos, son guerrilleros!* Habían llegado a pedirle dinero y les fue negado. Transcurrieron como diez minutos, y los tres jóvenes regresaron, pero no se les dejó entrar. Les hablé a través de una ventana y les dije que don José ya no podría recibirlos. Uno de ellos sacó una gran ametralladora y nos miró como queriéndonos fulminar, pero acto seguido se retiraron y no los vimos más.

¡Todos al suelo! El 13 de agosto de 1975 vivimos un trance peor, también en las oficinas centrales. Estábamos trabajando tranquilamente, me encontraba en el segundo nivel, cuando de repente escuchamos un ruido similar al estallido de cohetillos. Bajé creyendo que a algunos empleados se les había ocurrido celebrar algo, pero en las gradas me encontré a un hombre que, pistola en mano y con un gorro pasamontañas, gritó: *¡Esto es un asalto, todos al suelo!* Por supuesto, obedecemos. En ese momento subió otro asaltante y junto a su compinche cortaron las líneas telefónicas y abrieron gavetas donde sólo había papeles de la Empresa. Uno de ellos dijo amenazante: *O nos dicen donde está el dinero, o empezamos...*

Fue escuchando esto y recordé que el dinero destinado a pagar los salarios de los trabajadores estaba en una caja fuerte, en el primer piso. Convencido de que no había otra alternativa, y tendido en el suelo como estaba, levanté la mano y les dije: *Yo sé dónde está el dinero.* Justamente en ese instante un asaltante gritó desde el primer piso: *¡Aquí hay una caja fuerte!* Nos ordenaron bajar en fila india, yendo yo de último, encañonado con una pistola en la nuca.

Cuando bajábamos, vimos un reguero de sangre. Encerraron a todos los demás empleados en dos servicios sanitarios —muy pequeños por cierto—, y me llevaron a mí solo hasta la caja fuerte. Empecé a mover la perilla, buscando la combinación de apertura, pero uno de los asaltantes empezó a patearme por detrás. En ese momento, los nervios se me transformaron en cólera y les grité: *¡Si me siguen pateando, no voy a poder abrir la caja!*... Me dejaron de golpear y en el primer intento abrí la caja, donde estaba el dinero, guardado en bolsas. Se me ocurrió que podía darles sólo la mitad y hacerles creer que eso era todo cuanto había, pero por suerte me arrepentí y les di hasta la última bolsa. Digo por suerte, ya que uno de ellos se acercó a cerciorarse de que no había más.

Sin dejar de apuntarme me encerraron junto a los demás empleados. Nos dijeron que, si salíamos antes de cinco minutos, nos mataban. Calculamos que pasaran unos ocho minutos y salimos.

La sangre que habíamos encontrado en las gradas era de mi compañero de oficina Juanito Nicolau, a quien hirieron de un disparo en la frente, afortunadamente sin mayor gravedad. Mario Estrada, actual

Gerente General, lo llevó a un sanatorio en el que le extrajeron la bala. Juanito relató que, cuando ocurrió el asalto, él estaba parado junto a una puerta de madera y, al ver que le iban a disparar, cerró instintivamente la puerta. La bala atravesó la madera y se le incrustó en la frente, pero el proyectil —de bajo calibre— había perdido fuerza y ello le salvó la vida.

Dos días después, en la finca Los Tárros, se celebró la fiesta de nuestra patrona, la Virgen de la Asunción. Todos asistimos, Juanito llegó con la cabeza vendada, y la mayoría de comentarios fue acerca del asalto.»

Para asombro de Ripley

Hubo una época en que se podía transportar con tranquilidad fuertes sumas de dinero y hasta dejarlas confiadamente “guardadas” en plena vía pública, para asombro del mismísimo Ripley, tal el caso que relata Patrocinio García, auxiliar de la Jefatura de Bodega de la zona 13, con más de cuarenta años de trabajar en la Empresa.

«En 1960, la cantidad de 7 mil quetzales equivalía a 7 mil dólares y constituía una fortuna. Ello no le importó al piloto de un cabezal de Los Tárros, quien debía entregar ese dinero en las oficinas de la Empresa, pero antes decidió disponer de unas horas del tiempo de trabajo para beber unas copas.

El protagonista de esta historia estacionó el vehículo en una calle de El Trébol, escondió los Q7 mil bajo el asiento y entró a una cantina, donde se desentendió de responsabilidades, compromisos y obligaciones. El cabezal con su plataforma era el primero de marca *International* que tuvo La Unión, y algunas personas lo conocían perfectamente. Una de ellas, que por casualidad pasó por allí, se extrañó al ver el vehículo en apariencia abandonado, y lo comunicó por teléfono a las oficinas centrales. Personal de La Unión acudió al lugar, encontró el cabezal, y en un bar al piloto, quien dijo dónde había dejado el dinero. Justo allí estaba, intacto.»

Los atentados del 11 de septiembre

Entre los acontecimientos internacionales que han tocado en nosotros, como comunidad empresarial, fibras muy sensibles, un caso representativo es el de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, que evoca el licenciado Carlos Arriola.

«Se me eriza el cuerpo cuando recuerdo la destrucción de las Torres Gemelas en Nueva York, con su cauda de muerte y el desastre económico mundial provocado por ese atentado. Un año después del hecho, algunas economías todavía estaban siendo afectadas por las secuelas del ataque. Estuve allí varios años antes de la catástrofe, porque en el lugar se encontraban las oficinas del principal comprador de azúcar de La Unión, la casa *Farr Man*. Conservo una fotografía con un miembro del Consejo de Administración de La Unión, James McSweeney, en la azotea de una de las Torres Gemelas.»



James McSweeney, miembro del Consejo de Administración, y Carlos Arriola, Gerente Financiero, en la azotea de las Torres Gemelas del World Trade Center, con una panorámica parcial de la ciudad de Nueva York, tal como podía apreciarse años antes del ataque terrorista que, el 11 de septiembre de 2001, destruyó uno de los edificios emblemáticos de la Gran Manzana.

Constancia histórica

Sucesos, eventos, cosas y casos como los anteriormente relatados, constituyen sólo una parte del extenso anecdotario que en un grupo humano como el nuestro, tan numeroso y, a la vez, tan fraternal, amistoso y solidario, se enriquece constantemente.

En ese marco, una de las iniciativas más simpáticas adoptadas dentro de la Empresa ha sido la revista interna *El Terroncito Informativo*, que incluye en cada edición una entrevista con algún personaje histórico de la Empresa. Tales entrevistas han dado la oportunidad de aprender mucho de sus iniciativas, de sus dudas, de sus esfuerzos, y esta ha sido una gran enseñanza para todos. Las entrevistas de *El Terroncito Informativo* se hicieron desde el inicio teniendo en mente que este libro se llegaría a escribir, por lo que era importante lograr que los empleados más antiguos dieran sus testimonios. El ingeniero Leonel Borja, Asesor en Recursos Humanos, quien participa en el proceso de producción de *El Terroncito Informativo*, subraya la utilidad de ese tipo de publicaciones periódicas en las empresas.

«El periódico de una empresa es un medio de comunicación muy positivo, porque le permite a cualquier trabajador de una determinada área, en una entidad tan grande como La Unión, conocer detalles de las otras áreas, e informarse sobre aspectos importantes que la propia empresa ofrece a su personal. Los criterios ideales en el contenido de un periódico corporativo son informar y educar a los trabajadores. Conviene incluir una sección destinada a las familias de los empleados, con el propósito de que sus miembros se incorporen a la vida laboral de la Empresa. Una sección así, permite educar y ofrecer consejos a madres de familia y a los hijos de los trabajadores.»

Uno de los primeros miembros del directorio de *El Terroncito Informativo*, el ingeniero Elvis Reyes, explica los propósitos de la publicación:

«El objetivo básico de *El Terroncito Informativo*, revista creada y diseñada por La Unión, es permitir una comunicación entre el personal a todos los niveles. Esta revista da respuesta a interrogantes como las siguientes: ¿Qué es el Ingenio La Unión? ¿Cuál ha sido su trayectoria? ¿En qué posición se está dentro de la agroindustria azucarera? ¿Quiénes somos y hacia dónde vamos?

Existen empresas cuyos trabajadores no tienen clara la importancia de su aporte al desarrollo de la propia compañía y de la rama industrial en la que laboran. En nuestro caso, *El Terroncito Informativo* ha permitido divulgar esos aportes, los resultados del esfuerzo corporativo y algunos relatos históricos sobre hechos y personajes de La Unión y Los Tárros.

En *El Terroncito Informativo*, trabajadores con treinta o cuarenta años de laborar en la Empresa han plasmado testimonios sobre lo que ello ha significado en sus vidas. Eso les enorgullece y permite a todos los empleados enterarse de hechos muy interesantes y de logros de los compañeros en el propio trabajo y en actividades deportivas y culturales.»

A medida que pasa el tiempo, personal de reciente ingreso ocupa los puestos que otros han desempeñado con anterioridad. Si las nuevas generaciones de trabajadores disponen de material histórico, pueden conocer cómo ha sido la Empresa a través de los años; las razones que en un momento dado influyeron para proceder de una forma o de otra, así como las anécdotas y las circunstancias que han rodeado cada caso específico. Esa es, también, la razón de este libro, así como de la iniciativa de plasmar en audiovisuales y en documentos impresos los hitos más importantes en la historia de la Compañía. Es una forma de agradecer a las personas que nos antecedieron en nuestra labor, ya que cualquiera podría suponer que ambos ingenios se desarrollaron fácilmente, sin saber que son el resultado de una sucesión continuada de trabajo. La producción documental así realizada es una forma de comunicar experiencias al personal actual y al nuevo personal que se incorpora, y permite que miembros de otras empresas conozcan lo que aquí se ha hecho: un esfuerzo colectivo de más de cincuenta años, que partió de un sueño nacido de la convicción y la audacia de un hombre verdaderamente visionario: don José García Paniagua.



Índice analítico

A

Abadía, coronel	134, 135
Abascal Eizaguirre	33
Abascal, Miguel	33
Academia de Geografía e Historia	46
Acatenango (volcán, pueblo)	20, 25, 52, 250, 264
Aceros Arquitectónicos (ARCO)	101
Acuerdos de Paz	24, 144, 145
Acuña, Augusto	127
África	121, 163
Agrícola (finca)	106
Agroquímicos, S.A.	66, 211
Aguilar, Humberto	34, 85, 90, 120
Aguná o Ahuná (finca, sitio arqueológico)	49, 54
Ajashá (sitio arqueológico, río)	54, 55
Alcain, Joaquín	78
Alejos Arzú, Roberto	137
Alemania	54, 90, 95, 188, 194
Alfa (marca)	152
Alfabetización y Primaria Acelerada	24, 248, 249
Almacenadora Guatemalteca (ALMAGUATE)	97, 163, 167
Almolonga	30, 51
Alonso Fernández, Juan Luis	120, 121
Alonso, Ramón	98, 101, 105, 109, 111, 119, 121, 127, 134, 137, 151, 153
Alotenango	30, 31
Alta Verapaz	260
Alvarado, Mario	149
Álvarez Ruiz, Donaldo	137
Álvarez de Vega, Francisco	30
Amatitlán (lago)	20, 63, 95
Amatitlán (pueblo)	27, 29, 37
Amerop	39, 163
Andrews, Keith	166
Andux, Miguel	155, 164, 165
Antigua Guatemala (v. t. Santiago de los Caballeros)	23, 51, 127, 128, 221, 264
Aparicio e Hijos	41
Aparicio Barrios, Francisca	51, 73, 76, 77
Aparicio, Francisco	72
Aparicio Barrios, Graciela	51, 73, 76, 77

* Las páginas correspondientes a los términos La Unión, Los Tarros y Santa Lucía Cotzumalguapa no fueron incorporadas en el índice, porque las referencias que de ellos se hacen aparecen prácticamente a todo lo largo del libro. El uso de la modalidad *itálica* o *cursiva* en el tipo de letra fue aplicado a denominaciones que de manera extraoficial identificaron a entidades o grupos. Los números en *cursiva* indican que la referencia correspondiente deberá buscarse específicamente en un pie de foto de la respectiva página, no en el texto general.

Aparicio Hermanos	19, 51, 80
Aparicio Barrios, José Luis	51, 73, 76-78, 80, 81
Aparicio Barrios, José Vicente	51, 73, 89, 262
Aparicio, Juan	33
Aparicio, Luis	50
Aparicio, María	50
Aparicio Barrios de Saravia, Olga	51, 52, 73, 76-78, 80, 81, 268
Aparicio, Romelia Lucila Barrios y Barrios de	51, 73, 76-78, 262
Aragón Trujillo, Erick	159
Arana Osorio, Carlos	39, 95, 108
Arbenz Guzmán, Jacobo	37, 61, 68, 132
Archivo General de Centro América	49, 50, 52, 56, 77
Arenas, Jorge	132
Arenas Barrera, Luis	132
Arévalo Bermejo, Juan José	61
Arís, Lionel	61
Armas, Álvaro	155, 165
Arreaga, Aníbal	165
Arriola, Carlos	97, 110, 129, 208, 234, 269, 273
Arroyave, Rodolfo	111, 129, 147, 166, 177, 234, 262
Arzú, Álvaro	161
Asamblea Nacional Constituyente	227
Áscoli, Ana Isabel Carrera de	219
Asensio, Julio	39
Asia	163
Asociación de Azucareros de Guatemala (ASAZGUA)	27, 30, 37, 39, 44, 94, 112, 160, 162, 163, 192, 194, 211, 241
Asociación de Técnicos Azucareros de Centroamérica (ATACA)	20, 270
Asociación de Técnicos Azucareros de Costa Rica (ATACORI)	270
Asociación de Técnicos Azucareros de Guatemala (ATAGUA)	20, 194, 270
Asociación para el Desarrollo Educativo (APDE)	57, 246
Asociación Educativa del Sur (ASEDES)	247
Asociación Experimental del Café	167, 168
Asociación Nacional de Cañeros	105
Asociación Solidarista de Trabajadores del Ingenio Los Tarros	21
Asociación Solidarista de Trabajadores del Ingenio La Unión	21
Asturias (España)	116, 117, 263
Asturias, Miguel Ángel	148
Asturias, Rodrigo	24, 148
Asunción Chuchué (referente arqueológico)	49
Atkins, Phil	212
Australia	161, 194, 196, 252
Autrey, Jean Claude	170
Aviateca	259
Ayau, Manuel	114
Ayau, Olga García de	114
Ayutla (México)	57
Azmitia, José Antonio	50
Aztecas	57
Azucareros-Santa Lucía Cotzumalguapa (club deportivo)	266

B

Bacardí (ingenio, Cuba)	38
Baja Verapaz	29, 31, 33, 159

Ballself, Roberto	155, 156, 187	C	
Banco de América	272	Cabarrús, Mauricio	200
Banco de Comercio e Industria	96	Cabrera Cienfuegos, Hugo	185-187
Banco de Guatemala	64, 98, 167, 232, 258, 259	Cabrera, Sergio	72, 81, 110, 145, 169, 209
Banco de Londres y Montreal	163	Cáceres Lehnhoff, Eduardo	137
Banco del Agro	228	Cadillac (marca industrial)	224
Banco G&T Continental	128	Cakchiqueles	47, 53, 56, 59
Banco Industrial	97, 141, 167	California (Estados Unidos)	91, 125, 173
Banco Metropolitano	77	Cámara de Comercio de Guatemala	145
Banco Mundial	24, 212	Campeche (México)	86
Barahona (ingenio, República Dominicana)	199	Campollo, familia	199, 200
Bárcenas, Villa Nueva	125, 258	Campollo, Ramón	64
Barillas Izaguirre, Roberto	252	Campollo, Amparo Codina de	64
Barrera Navas, Délfido	262	Cancedo, Vicente	228
Barrios, Francisca Aparicio de	72, 73, 76	Cantábrico (mar)	120
Barrios, J. Rufino	27, 33, 50, 52, 72, 76	Cañaverales del Sur (finca)	54
Barrios, Luciano	51, 52, 72, 73, 76, 78	Capacitación en el Puesto de Trabajo	23, 238, 239, 249
Barrios, Venancio	72	Capetillo (finca)	31
Batista, Fulgencio	38	Carbonell Rodas, Federico	80
Bato, Hidalgo	166	Cárdenas Santos, Guadalupe	67
Baton Rouge, Louisiana (Estados Unidos)	153, 203	Cardona, Raúl	102
Batres Jáuregui, Antonio	52	Carías, Raúl	166
Batres, hermanos	31	Caribe	30, 154, 155, 163
Bautista, Élfego Arturo	187	Caribe (ingenio, Jamaica)	102
Bayer	229	Carlos V	30
Bedford (marca industrial)	19, 87, 90, 121	Carrera, Rafael	31, 39
Bélgica	193	Casariego, Mario Cardenal	95
Belén (finca)	19, 20, 87, 94-96, 98, 101, 125, 140, 151, 220, 247, 263	Castañeda, Clemente	50
Belice	29, 96	Castañeda Muñoz, Mario	119, 120, 227, 262
Bellamy, John	37	Castellanos, Rodolfo	165, 167
Bennet, Martin	69	Castellanos, Patty	213
Berger, Óscar	219	Castillo Armas, Carlos	63
Berger, Roberto	137	Castro, Fidel	34, 38
Bilbao (sitio arqueológico)	47, 53-55	Castroconde, María Elena Cottone de	69, 128
Bobadilla, Francisco	191	Catedral de Escuintla	263
Boca del Monte	29	Catedral Metropolitana de Santiago de Guatemala	127
Bolonia (Italia)	27	Caterpillar (marca industrial)	68, 121
Bolsa de Azúcar de Nueva York	151, 162	Catsa (ingenio, Costa Rica)	199
Bonaparte, Napoleón	154, 155	Ceiba Amelia (aldea)	151
Bonilla Sandoval, Saúl Guillermo	41, 102	Central Añejadora	64
Borja, Leonel	224, 233, 274	Central Izalco (ingenio, El Salvador)	194, 206
Boston, Massachussets (Estados Unidos)	227	Centro Educativo La Unión-Los Tarros	20, 23, 237-245, 247-249
Botrán, familia	34, 64	Centro Escolar Costasur	21, 57, 164, 241, 242, 246, 247, 259, 265
Botrán Gómez, Andrés	39	Centro Experimental de Capacitación Educacional para Adultos	22, 237, 240, 241, 243, 247, 249
Botrán Gómez, Alejandro	64	Centro Guatemalteco para la Investigación y Capacitación de la Caña de Azúcar (CENGICANÑA)	164, 169, 191-194, 199, 211, 241
Bouscayrol Díaz, Antonio	35, 39	Centro Universitario Ciudad Vieja	155, 164, 165, 193, 258
Bouscayrol, Enrique	39	Centroamérica	21, 37, 97, 103, 181, 190, 191, 202, 206, 211, 252, 2658
Bouscayrol, José Luis	35-39	Cerrito del Carmen	137
Bracamonte, Carlos	20	Cerro Colorado	129, 130, 140
Brasil	30, 111, 161, 187, 188, 194, 196, 200, 203, 252	Cerro Redondo (ingenio)	29
Brisbane (Australia)	161	Cessna (marca industrial)	94, 107
Brito, Escuintla	264	Chalchuapa (El Salvador)	33, 72
Buenas Prácticas de Manufactura	213, 238, 239		

Chamorro Zelaya, Pedro Joaquín	72
Chatá	49
Chiapas (México)	27, 57
Chiayá	49
Chicago (Estados Unidos)	93
Chilton, St. John P.	202
Chimaltenango	59
China	194
Chinchilla, Oswaldo	53, 57, 245
Chipichapa	49
Chiquimula	30
Chitalón (finca, ingenio)	41
Chixoy (río, hidroeléctrica)	22, 185
Chocolá (finca, ingenio)	31, 41
Choluteca (ingenio, Honduras)	20
Chrisman	163
Ciba Geigy	165
Cifuentes, Agnes de	270
Cifuentes, René	110, 129, 153-155, 165, 190, 203, 207-209, 226, 233, 234, 237, 240, 270
Círculos de Calidad	208
Club Guatemala	108
Club de Leones	228
Club de Tenis Guatemala	97
Club Tucán de Guatemala	244
Cobán, Alta Verapaz	260
Código de Comercio	102
Cofiño, Ernesto	166
Cogeneración eléctrica	22, 34, 97, 184-187
Colegio de Infantes	132, 148
Colegio Alemán	90
Colegio Americano	107, 241, 242
Colegio Campo Alegre	246
Colegio El Roble	246
Colegio La Preparatoria	107
Colegio Lehnsen	107
Colegio Santa Teresita	77
Colombia	194, 195, 196, 200, 208
Colón, Cristóbal	32
Colotenango, Huehuetenango	29, 30
Comalapa	128
Comité de Unidad Campesina (CUC)	133, 134, 137
Comité Político Nacional de Trabajadores	63
Compañía de Jesús	29
Compañía Agrocomercial	90
Compañía Hamburguesa	41
Compañía Hansiática Alemana	41
Compostela (chalet)	51, 80
Concepción (finca e ingenio)	31, 39, 41, 63, 85, 90, 90, 96, 155, 251
Congo	221
Congreso de la República	63, 80, 104, 222, 249, 252
Congreso Centroamericano de Técnicos Azucareros	108, 270
Congreso Mundial del Azúcar	161, 166, 168, 170, 171, 194

Consejo de Administración	23, 64, 96, 114, 115, 166, 171, 180-182, 198, 203, 232, 239, 248, 251, 255, 257, 263, 2773
Conservadores	30
Constitución Política de la República	227
Consultores de Ingenios Azucareros, S.A. (CIASA)	23, 34, 157, 165, 184, 190, 206, 209, 233
Convenio de Accionistas de Ingenio La Unión	23, 180
Convento de La Merced	29
Cooper, Kenneth H.	266
Cordón Schwank, Adolfo	106, 120
Cordón Schwank, Daisy	106, 120
Córdova Cerna, Juan	77
Coronado, Hugo	219-221, 247
Corte Suprema de Justicia	63, 80, 95
Cortés y Larraz, Pedro	49-52
Cortés, Hernán	27
Costa Rica	37, 137, 138, 193,199, 270
Cottone, María Luisa de	71
Cottone, Víctor	151
Cotzumalguapa (área arqueológica y cultura prehispánica)	46-57, 245
Coyolate (río)	125, 129, 148, 151
Craig (marca industrial)	101
Crédito Hipotecario Nacional	51, 167
Cristo Crucificado (advocación religiosa)	127
Cristo de Esquipulas (advocación religiosa)	76, 256, 262, 263, 271
Cristóbal (finca)	21, 55, 94, 98, 99, 119, 135,151, 220, 224, 262
Cristóbal (río)	54, 151
Cruz, Mariano	50
Cuba	30, 32, 34, 38, 95, 96,132, 161, 165, 166, 189, 194
Cuilco, Huehuetenango	30
Cunén, Quiché	121
Curso de Administración de Empresas Agrícolas	155, 164-166, 168
Cuyotenango, Suchitepéquez	37, 105
D	
Dabroy, Pedro	266
De Agüero, Francisco	30
De Alvarado, Diego	47
De Alvarado, Pedro	27, 47
De Arriaza, Diego	29
De la Cueva, Beatriz	29
De la Cueva, Francisco	29
De León, Domingo	61
De León Carpio, Ramiro	142
De León, Romeo Augusto	95
De los Ríos, Efraín	61
De Luján, Rafael	29
De Meza, Francisco	29
De Paz, Francisco José	52
De Souza, Francisco	30
Delayle, Dina	38
Destiladora de Alcoholes y Rones, S.A. (DARSA)	64, 90
Díaz Masvidal, Alberto	34, 96, 97
Díaz, Cayetano	52

Diosdao, Antonio	27	Escaler, Luis Pedro	156, 164
Dirección General de Obras Públicas	129	Escamilla, familia	95
Distribuidora Azucarera Guatemalteca (DAZGUA)	96-98, 167, 173, 181	Escamilla, Óscar	39
Doctrina Social de la Iglesia	244	Escobar, Arturo	68, 76, 86, 114, 234, 262
Domínguez, capitán	134, 135	Escuela de Negocios Tayasal	179
Dominicana, República	32, 195, 199	Escuela Nacional Central de Agricultura	125, 258
Don García (La Democracia)	34	Escuela Nacional de Ciencias Comerciales	69, 181
Don Genaro (puente)	117, 130, 133	Escuela Politécnica	78
Dorión Bacardí, Roberto	37	Escuintepeque	30
Dorión, Willy	38	Escuintla	29-31, 37, 41, 44, 45, 58, 59, 61, 63, 77, 105, 141, 147, 164, 177, 184, 221, 243, 244, 246, 263, 264
Du Teil, Javier	31		
Du Teil, Oscar	31	España	29, 34, 61, 114, 116-121, 142, 153, 194
Dubiel, Roger	165	Esquisúchil (árbol)	23, 220-223
		Eso	80
E		Estados Unidos de América	30, 34, 38, 90, 95, 101, 125, 132, 146, 188, 192, 194, 198, 264
E. D. & F. Man-London	163	Estela “C”	46
Echeverría Castillo, Carlos	153	Estrada Bertolín, Carlos	105
Echeverría, Luis Fernando	247	Estrada, José María	105
Ecuador	176, 195, 204	Estrada Cabrera, Manuel	72
Edificio Médico Obelisco	76	Estrada González, Mario René	94, 141, 149, 166, 176, 181, 187, 199, 203, 206, 211, 217, 219, 232, 239, 255, 257, 269, 272
Edificio Reforma Obelisco	128, 132, 140, 251		
Editorial José de Pineda Ibarra	52, 227	Estrada, Rubén	173
Ejército de Guatemala	129, 132, 133, 144, 146	Estructura J-107	49
<i>Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP)</i>	133, 137, 138	Europa	27, 30, 154, 255, 264
El Anís (trapiche)	29	Everst, Eduardo	163
El Barco (finca)	53, 55	Exploraciones Mineras de Izabal (EXMIBAL)	97
El Baúl (finca, ingenio, sitio arqueológico)	22, 37, 47, 55, 76, 77, 85, 96, 105, 116, 227, 229	Exportadora de Granel, S.A. (EXPOGRANEL)	30, 209
El Cajón (finca)	63, 117, 124		
El Carrizal (finca)	87, 133		
El Castillo (sitio arqueológico)	47, 54	F	
El Chile (anexo finca)	33	Fábrica Ducal	22, 64, 69, 90, 91
El Chol	30	Farr Man	162, 163, 273
El Convento	55, 56	Federación Latinoamericana de Bancos (FELABAN)	165
El Imparcial (diario)	70	Fernández, Constantino	87, 98, 119, 262
El Jabalí (finca)	99	Fernández Rivas, José	80
El Jaguar (escultura)	46	Fernández, Miguel	165
El Mensajero Luciano	261, 262	Figueroa, Emilia de	246, 265
El Niño (fenómeno meteorológico)	198	Figueroa Álvarez, Luis Alberto	246
El Pilar (finca, ingenio)	19, 57, 99, 106, 153, 156	Figueroa, Rafael	77
El Porvenir (finca)	33	Fillippi, Juan	112, 173, 205, 258
El Progreso	30	Florencia (finca)	87, 119, 135, 137, 138
El Recuerdo (finca)	130	Flores, Jorge	155
El Salto (finca, ingenio)	30, 33, 34, 37, 97, 165, 251	Flores, Silverio	166, 190
El Salvador	30, 37, 132, 137, 138, 153, 199, 206	Florida (Estados Unidos)	184
El Terroncito Informativo	19, 91, 116, 274	Ford (marca industrial)	121
El Tigre (finca)	47, 54	Fordson Power (marca industrial)	19
El Valle (finca)	90	Forno Aguirre, Guillermo	179, 207, 219
El Zapotillo	77	Fors, Alfonso	108, 166, 190, 259
Embajada de España	137	Francia	155, 194
Embajada de Estados Unidos	95,140	Franco, Francisco	121
Embajada de México	24, 148, 149, 212, 218, 219	<i>Frente Guerrillero Luis Turcios Lima</i>	137
Empresa Eléctrica de Guatemala, S.A. (EEGSA)	22, 101, 156, 184-187	<i>Frente Popular 31 de Enero (FP-31)</i>	137
Ermita, valle de la	51	Fuentes Mohr, Alberto	95, 104
		Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio	29, 33, 47

Fuentes, María del Carmen Aceña de	219, 248, 249
Fuerza Aérea Guatemalteca (FAG)	134
<i>Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR)</i>	95
Fulton Iron Works (marca industrial)	102, 153, 190, 192
Fundación para el Desarrollo del Azúcar (FUNDAZUCAR)	242, 246
G	
Gage, Thomas	27
Gall, Francis	59
Gálvez, Mariano	31
Gálvez Paiz, Marta	106
Gamalero, Fernando	220
Gamboa, Edwin	185-187
García Kutzbach, Abraham	103
García, Ana María Cottone de	19, 51, 61, 63, 64, 70, 71, 80, 93, 102, 118, 179, 260
García, Armando	118
García, Augusto	119
García, Belarmino	68
García Granados de Garay, Jorge Raúl	137
García Paniagua, José	19, 22, 33-35, 37, 51, 60-62, 64, 67-71, 80, 85, 90, 91, 93-96, 102, 107, 110, 112, 117, 118, 120, 179, 181, 211, 248, 257, 267, 272, 274
García Valdizán, José Gerardo	113, 120, 127, 145, 261
García van der Henst, José Similiano	113, 114
García Noriega, Marco Augusto	19, 176, 249-251
García, María Teresa de	114
García, Patrocinio	269
García Granados, Raúl	133
García Valdizán, Rodrigo	115, 123, 141, 257
García, Rosita Campollo de	110
García Campollo, Similiano	57, 110
García Cottone, Similiano	20, 22, 23, 33, 36, 37, 61, 63-66, 68, 69, 85, 87, 90, 91, 93-103, 105, 107, 130, 132-134, 137-140, 145, 151-154, 156, 157, 159, 177, 179-183, 190, 191, 193, 199, 210, 211, 227, 232, 233, 239, 241, 246, 248, 257, 258, 260, 262, 267
Gardel, Carlos	113
Gijón, Asturias (España)	117
Gil, Alfredo	164
Ginebra, Joan	179, 180
Girón, Andrés	50
Girón, Máximo	50
Girón, Sarbelio	116
Glasgow, Escocia (Reino Unido)	33
Gobernador (río)	106
Gómez, Diego	29
González Barrios, Carlos	211
González Quezada, Carlos Alfonso	52, 221, 227-229, 261
González Bogush, Eugene	23, 180, 252-255
González, José Ignacio	98, 127
González Donis, Juan	29
González Bauer, Luis	32-34, 66, 85, 95, 182
González y González, Rafael	6, 7
Gordon Mein, John	95
Granda Longo, Fernando	98, 107, 109, 120, 121

Gremial de Compañías de Seguridad	145
Grupo Solidaridad	22
Guadalupe (ingenio)	156
Guanipa (finca)	106, 125, 135, 147
Guastatoya	30
Guayacán (ingenio)	156
Guerra Borges, Alfredo	41
Guerra Mundial I	30
Guerra Mundial II	33, 90, 121
Guinea, Gerardo	70
Guinness (record)	196
Guzmán, Armando	69, 86
Guzmán, Carlos	90
Guzmán, Violeta Herman de León de	72, 69, 272

H

Haeckel, Dieter	90, 91, 98, 100, 101, 108, 116, 123, 127, 139-142, 152, 153, 221, 225, 257, 260, 262, 267, 270, 271
Haeckel, Marlene Federsen de	90, 140, 260, 270, 271
Haeckel, Martín	261, 271
Hawai	66
Henst, Nisla van der	109
Hermanos Maristas	132
Hernández, Carlos	130
Hernández, Florentín	229
Hernández, Gerbin Ariel	229
Hernández Yanes, Julián	129
Herrera y Compañía	41
Herrera, Arturo	106
Herrera, Carlos	30, 33
Herrera Dorión, Carlos	37, 63
Herrera, familia	37, 63, 76, 85, 229
Herrera, Julio	165, 246
Herrera, Manuel María	31
Herrera Dorión, Rafael	36, 37
Herrera Ibargüen, Roberto	132, 133
Hesse, Billy	93
Hitler, Adolfo	154
Hoadley, Kenneth	166
Holanda	32
Honduras	20, 37, 102, 166, 195, 199
Hospital General San Juan de Dios	103
Huehuetenango	29, 30
Hurtarte, Gustavo	155

I

Ibargüen Segovia, Marcos	23, 149, 180, 218, 219, 253-255
IBM de Guatemala	173, 179
Icahiá	49
Iglesia Católica en Los Tarros	264, 265
Iglesia de Nuestra Señora del Carmen	61
Iglesia de San Francisco (Antigua)	127
Iglesia de San Francisco (capital)	80

Ingeniería y Construcción, S.A. (ICSA)	153, 164
India	194
Indonesia	194
Ingenios de religiosos jesuitas	29
Instituto de Sismología, Vulcanología, Meteorología e Hidrología (INSIVUMEH)	126
Instituto de Telesecundaria	24, 148, <i>149</i> , 218, 219, 247, 249
Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE)	166
Instituto Centroamericano de Investigación y Tecnología Industrial (ICAITI)	108
Instituto Geográfico Nacional (IGN)	59
Instituto Guatemalteco de Seguridad Social (IGSS)	176, 217, 219, 233
Instituto Modelo	77
Instituto Nacional de Bosques (INAB)	219
Instituto Nacional de Electrificación (INDE)	184, 187
Instituto Técnico de Capacitación y Productividad (INTECAP)	194, 234, 239-241
Interamericana (carretera)	148
International (marca)	87, 121
International Planning Service	153
Ipala (finca)	210
ISO, normas	207, 239
Italia	27, 125
Ixcán, Quiché	132, 144
Iximché	47, 53
J	
Jacinto, Nicolás	50
Jalapa	30
Jamaica	102
Jardín Botánico La Unión-Los Tarros	23, 24, 199, 220
Java (isla)	32
Jiménez de la Guardia, Manuel	33
Johnston, René	46, 47, 55, 57
Jones (marca industrial)	87
Joyabaj, Quiché	121
Juan Pablo II	23, 218, 244
Juarros, Domingo	127
Jurún Marinalá (hidroeléctrica)	61
K	
Kern's	91
King's College of Medicine	103
Kosak (comercio)	61
KPMG	160
Kummerfelt	37
Kushiek, Otto	68, 97, 100, 108, 109, 117, 134, 140-142, 146, 154, <i>159</i> , 160, 164, 165, 169, 173, 190, <i>192</i> , 261, 271
Kushiek, Vera de	261
L	
La Ceiba (finca)	73
La Confianza (finca)	106, 125, 130
La Democracia	34, 52, 59, 106, 147, 151, 269
La Fragua	130
La Garrucha (finca)	13

La Giralda (finca)	51, 61
La Gomera	59, 106, 130, 196, 217, 224, 228
La Grecia (ingenio, Honduras)	199
La Joya (ingenio, México)	102
La Libertad (finca)	99, 146
La Perla (finca)	130
La Puerta del Sol (comercio)	69
La Santísima Trinidad (ingenio)	29
La Vega (ingenio)	29
Laboratorio de Control Biológico	21, <i>202</i> , <i>203</i>
Laboratorio de Cómputo	24, 212, <i>248</i>
Laboratorio Donovan	217
Lam, Luis	<i>153</i>
Lamborn	162
Lambour, Rodolfo	66, 211
Landívar y Caballero, Rafael	26-28
Laredo (chalet)	51, 80
Laredo (finca)	98, 120, <i>121</i> , 147, 151
Las Ilusiones (finca)	47, 57, 228
Las Marías (finca)	19, 51, 73, 123
Las Violetas (finca)	76, 80
Laugerud, Kjell	129
Leal, Luis Fernando	39
Lembke, Pablo	166
León XIII	218
Ley de Almacenes Generales de Depósito	167
Ley de Fomento al Desarrollo de Fuentes Nuevas y Renovables de Energía	184
Ley de Reforma Agraria (Decreto 900)	63
Ley del Impuesto a las Empresas Mercantiles y Agrícolas (IEMA)	161
Ley del Impuesto sobre la Renta (ISR)	249
Ley Azucarera	39
Liberales	30,31
Librería Helvetia	69
Liceo Guatemala	148
Lima, José	153
Lloyd's Bank	97
Lobo, Mario	162
Londoño, Fernando	165
Londres	152, 162, 163
Longo, José Manuel	147
López, Hugo	<i>159</i>
Lorenzo, Julio	64, 118
Los Dolores de Nuestra Señora (paraje de Los Tarros)	50, 56
Louisiana (Estados Unidos)	184
Lucas García, Fernando Romeo	104, 132, 133, 139, 251
M	
Madre Tierra (ingenio)	<i>64</i> , 111, 199, 200, 204
Madrid (chalet)	51
Maegli, Juan	106, 125, 137
Magdalena (ingenio, finca)	153, 157, 164, 165, 176, 211, 264
Magnum (marca industrial)	130
Malasia	194, 267

Maldonado, Miguel	87, 109, 111, 121, 135, 145, 146, <i>153, 165</i> , 166, <i>168</i> , 190, 198-200, <i>202</i> , 208, <i>219</i> , <i>222</i> , <i>235</i> , 241, 247, 259
Maldonado, Shený de	145, 259, 263, <i>265</i>
Mames	59
Man	163
Manejo Integrado de Plagas	21, 189, 191-193, <i>202, 203</i>
Mansilla, Humberto	211
Margaritas (finca)	94, 107, 116, 120, <i>121</i> , 148, 151, 220, 268
Markword, Julio	<i>109, 154</i>
Marroquín, J. Antonio	51
Marroquín, Liliana de	128, 258
Marroquín, María Morales de	51, 73
Martínez, Aura Marina	<i>219</i> , 237, 247
Martínez, Florencio	130
Masagua, Escuintla	268
Mata, Ricardo	42-45
Mauricio (trapiche)	30
Mayas	47
Mayorazgo de Arrivillaga (ingenio)	27, 29
Maza Castellanos, Julio	69
Mazariegos, Jorge	4, 114, <i>115</i> , <i>237</i>
Mazatenango, Suchitepéquez	176, 177
McFarland	20, 101
McSweeney, James	23, 64, 96, <i>170, 180, 252-255, 273</i>
Medical School	103
Mejía, Enrique	271
Mejía, Juan	147
Mejía, Max	86, 111, 266, 267
Mejía Víctores, Oscar	184
Mejía, Ramón	271
Melazas de Escuintla, S.A.	64, 96, 269
Melchor Toledo, Johan	73
Melgar, Mario	192-194
Méndez Montenegro, Julio César	95, 104
Mendoza, José Guadalupe	165
Menéndez Castejón, Adolfo	132, 211, 251-255
Menéndez, Erminio	102, <i>151</i> , 154, 156, <i>157</i>
Menéndez de la Riva, Gonzalo	95
Menéndez, Lourdes de la Riva de	253
Mercedes Benz	141, 189
Mesoamérica	27, 46, 54
México	24, 86, 90, 101, 102, 137, <i>142</i> , 148, <i>166</i> , 193, 195, 212, 218, 258
Miami, Florida (Estados Unidos)	34, 166, 190
Mieles del Pacífico	43
Ministerio de Educación	22, 248
Ministerio de Energía y Minas	184
Ministerio de Finanzas	104, 184
Ministerio de Gobernación	132, 145
Ministerio de Relaciones Exteriores	91
Ministerio de Trabajo	134
Minondo, Lucrecia García Cottone de	20, 33, 61, 102, 103, 179
Minondo, Rafael	20, 102, 103
Minondo, Raúl	20, 102, 226, 248

Miranda, Alicia	116, 139
Miranda, Carmen María	116
Miranda Pumarada, Genaro	<i>19</i> , 20, 34, <i>66</i> , 90, 98, 101, 105, 111, 116-121, 127, 133-135, 139, 142, 153, <i>155</i> , 156, <i>190</i> , 227, 249, <i>262</i> , 263, 269, 271
Miranda, Julio	85, 116, 117, 119
Miranda, María Teresa	116
Miranda, Petronila	77
Miranda, Teresa de	116, 117, 133, 139-142
Mirandilla (ingenio)	34, 39
Miriam II (aldea)	244
Mississippi (Estados Unidos)	125
Mitsubishi	212
Molina Orantes, Adolfo	137
Molina Calderón, José	23, 57, 91, 98, 99, 121, 151, 155, 159, 165, 180, 182, 187, 193, 202, 211, 241, 246, 251, 253-255, 258, 269
Molina, Milton	137
Mollinedo, Alfonso	173, 266
Monjas de Santa Clara	128
Montealegre (finca)	21, 94, 121, 196, 220, 224
Montejo, Walter	100, 108, 134, 154, <i>159</i> , 164, 165
Monterrosa (ingenio, Nicaragua)	206
Monzón Reyna, José Ernesto	245
Mora, Mario	105
Morales, Alberto	<i>116</i>
Morales de la Cruz, Baltasar	95
Morales, familia	76
Morales, Secundino	51, 73
Morazán, Francisco	29, 31
Morelia (finca)	<i>106</i>
Municipalidad de Guatemala	61
Municipalidad de Santa Lucía Cotzumalguapa	21, 24, 147-149, 219, 228, 241
Muñoz, Ricardo	47, <i>227</i>
Museo de Arqueología (capital)	47
Museo Cultura Cotzumalguapa	46
Museo Etnográfico de Berlín	54
Museo Popol Vuh	53, 57
MWM Motoren Werke Mannheim AG	101
N	
National School	234
Nejapa	52
Nelson, Jack	198, 213
Nelson, Susan	213
Nesbitts	94
Neumann, Bernardo	97
Nicaragua	37, 132, 138, 195, 199, 202, 206, 222
Nicolau, Juan	272
Noriega, Fernando	114, 154
Nottebohm	80
Novella, Enrique	37
Nuestra Señora de Guadalupe (ingenio)	27
Nuestra Señora de la Encarnación (ingenio)	29
Nuestra Señora de los Pobres (advocación religiosa)	127

Nuestra Señora del Rosario (ingenio)	33	Parsons, Lee	55
Nueva Concepción	129	Pascual, Fabriciano	69, 93
Nueva Esperanza (finca)	130	Pastrana, Eulogio	101
Nueva Santa Rosa	90	Patulul, Suchitepéquez	59
Nueva York (Estados Unidos)	151, 152, 162, 163, 273	Paz Espinoza, Julio	24, 147-149, 219
Nuila Ericastilla, Héctor	148	Pellecer Samayoa, José Ramiro	263, 264
Nunciatura Apostólica	128	Peña, Mario	166
		Pérez, Isidro	52
O		Petayá (río)	21, 126, 129
Obelisco	76, 80	Petén	30, 55
Ochoa Barrios, familia	77	Piloña, Asturias (España)	119
Ojeda, Rosalba	24, 148, 149, 218, 219	Pineda Zea, Édgar Iván	41
Olmecas	245	Pinillos, Juan	90
Omega (marca)	110	Pinula (acueducto)	76
oncocercosis	55	Pipiles	53, 56, 59
Orden de La Merced	29	Pira, Nils	259
Orden de los Dominicos	29	Piracicaba (Brasil)	258
Orden de San Agustín	29	Plan de Alta Productividad para el Área Agrícola	195, 198, 199
Orden Franciscana	47, 56	Playa Grande, Quiché	144
Orden Jesuita (Compañía de Jesús)	29	Plazuela España	137
Orellana, José María	73	Polasek, José	259
Organismo Ejecutivo	95	<i>Policía Judicial</i>	140
Organismo Judicial (v. Corte Suprema de Justicia)		Policía Militar Ambulante	140, 144
Organismo Legislativo	95	Policía Nacional	86, 140, 141
<i>Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA)</i>	24, 143	Porras, Carlos	78
Ortiz de Letona, Manuel Francisco	50	Porras, Francisco	72
Ortiz de Letona, Pedro Baltasar	50	Portela, Eusebio	166, 192
Ospina, Humberto	23, 182, 195, 198, 200, 203, 226	Portillo, Alfonso	161
Oviedo (España)	117	Prensa Libre	143
Ozaeta, Elizabeth Pérez de	114	Price Waterhouse	162, 206
Ozaeta, René	69, 112, 114, 176, 200, 248, 262, 268, 272	Programa de Incentivos Forestales (PINFOR)	219, 222
		Programa de Sanidad Vegetal	191
P		Prunales, Parras, Asturias (España)	120
Pacheco, Jorge	202	Puerto de San José	176, 264, 269
Pacífico (océano, litoral, carretera)	30, 46, 59, 73, 106, 124, 135, 269	Puerto Barrios	61, 140
Pakistán	194	Puerto Quetzal	30, 209
Palencia	29	Puerto Rico	86, 153, 154, 193
Palencia, Matías de	29	Puerto Santo Tomás de Castilla	154
Palín	19, 29, 30, 116		
Palma, Víctor Hugo	220, 222, 243, 244, 263	Q	
Palo Gordo (ingenio)	32, 34, 39, 66, 105, 182	Quast, Richard	205
Palo Verde (finca, referente arqueológico)	47, 51, 54, 57, 73	Quetzaltenango	33, 142, 193
Panamá	195, 204, 258	Quiché	121, 144
Panamá (finca)	168	Quichés	59
Paniagua, Delfina	61, 71	Quintanal, Estela Paiz de	118
Pantaleón (finca, ingenio)	31, 33, 34, 37, 41, 47, 54, 57, 77, 96, 132, 153, 155, 160, 162, 165, 199, 200, 220, 227-229, 241, 242, 246, 259, 262	Quintanal, Roberto	68
Pantaleón (río)	20, 21, 57, 73, 76, 106, 117, 118, 123-126, 128, 130, 147	R	
Paquete Tecnológico del Cultivo de la Caña	189, 190	Rabinal, Baja Verapaz	30
París (Francia)	162, 163	Rainitzer, Immo	90, 101, 270
Parque Centenario (capital)	77	Ranero, Héctor	168, 199, 200
Parque Jardín del Ingenio La Unión	19, 96	Ray, Thomas G.	203
Parras (España)	120	Rayo, Julio	269

Reforestación y Conservación del Ambiente	22, 23, 214, 217, 219, 222, 223	San Felipe (finca)	53
Registro de la Propiedad Inmueble	52, 72	San Francisco de Padua (trapiche)	30
Rendón, Ignacio	52	San Francisco Ichangüegüe	47, 55
Rendón, Manuel	50, 52	San Francisco Perdido (Cotzumalguapa)	55
Rendón, María Francisca	50	San Francisco Zapotitlán	19, 33, 85
Rendón, Mariano	50	San Gregorio (finca)	220
República Dominicana	32, 195, 199	San Ildefonso (trapiche)	30
Responsabilidad Social Empresarial	22, 23, 30, 148, 217	San Isidro (finca)	54, 73
Retalhuleu	31, 41, 61, 177	San Jerónimo (ingenio, ahora museo)	29, 31
Reyes, Elvis	112, 200, 202, 204, 210, 221, 222, 226, 241, 256, 263, 274	San Jorge (finca)	98, 101, 117, 151, 268
Reyes, René	68, 86, 93, 94, 111, 124, 126, 130, 147	San José de Palencia (ingenio)	29
Reynoso, Hugo	221, 222	San Juan (finca)	130
Ribeirao Preto (Brasil)	203	San Juan Aloteque (Cotzumalguapa)	47, 49, 55, 56
Ricondo Fernández, Eustaquio	21, 190-192, 202, 204, 205, 259	San Juan Perdido (Cotzumalguapa)	31, 47, 50, 55, 269
Rio Grande Valley Sugar Growers (ingenio, Estados Unidos)	23, 198	San Juan Sacatepéquez	30, 95
Rivera, Raúl	114, 117, 154, 155	San Lucas Sacatepéquez	264
Rivera Maestre, Manuel	50	San Luis (finca)	31
Rizzo, Rodolfo	166	San Luis, Missouri (Estados Unidos)	190, 192
Rodríguez Pedrazuela, Antonio	113, 187	San Martín Jilotepeque	30
Rodríguez Briones, Ernesto	137	San Miguel (advocación religiosa)	127
Rodríguez Benito, hermanos	31	San Miguel Petapa	27, 29
Rodríguez, Miguel	34, 165, 190	San Nicolás Tolentino (ingenio)	29
Roma (Italia)	163	San Pedro (ingenio)	29
Román, Nery	105, 125	San Pedro Sacatepéquez	264
Royal Home (comercio)	61	San Rafael, California (Estados Unidos)	63
Royer, Pablo	106	San Rafael Military Academy	63, 64, 107
Rubio Cifuentes, Rolando Roberto	49-52	San Ramón (ingenio)	29
Ruiz, César	234	Sanarate	30
Ruiz Furlán, José Fernando	137	Sánchez, Ángel	148
Ruiz Furlán, José María	137	Sánchez, Erasmo	168
Ruiz, René	104	Sanchezviesca, Víctor	108, 121, 164, 190, 191, 193, 200
Rusia	154	Sandinistas	132, 202
Ruttiman, Roberto	37	Sandoval, Jorge	200
S		Sangerhausen	19, 20, 101
		Sansare	30
	S. García y Compañía, Sucesores	Santa Ana (ingenio)	39, 64, 96, 97, 101, 112, 153, 155, 162, 176, 177, 191
	Sacapulas, Quiché	Santa Catarina Ixtahuacán	30
	Sacatepéquez	Santa Cecilia o Cecilia (finca, antiguo trapiche)	19, 30, 33, 35, 41, 85, 86, 120
	Sáenz Marroquín, Niño	Santa Cristina (finca)	106, 120
	Sáhara (desierto)	Santa Isabel (finca)	55, 68, 129, 140
	Salamá, Baja Verapaz	Santa Isabel (puente)	135
	Salazar, Sergio	Santa Lucía (advocación religiosa)	127
	Salcajá, Quetzaltenango	Santa Sofía (finca)	76, 106
	Samayoa Hermanos	Santa Teresa (ingenio)	20, 33, 37, 39, 95, 101
	Samayoa, hermanos	Santander, España	61, 114
	Samayoa, Luis C.	Santiago (río)	54
	San Agustín Acasaguastlán	Santiago de los Caballeros de Guatemala	27, 47, 51
	San Andrés Tepechapa	Santiago Cotzumalguapa	47, 49, 55, 56, 57
	San Antonio (ingenio, Nicaragua)	Santiago Sacatepéquez	264
	San Cristóbal Cotzumalguapa	Santísimo Sacramento (advocación religiosa)	127
	San Cristóbal Verapaz	Santizo, Américo	144
	San Diego (ingenio)	Santo Hermano Pedro de Betancur	23, 220-222
		Santo Tomás Perdido (Cotzumalguapa)	31

Santoña (chalet)	51, 80
Sao Paulo	161
Saravia Santolino, Roberto	80
Scotland Yard	140
Secretaría de Agricultura de México	212
Seguros Cruz Azul	77
Seminario Juan Pablo II	264
Servicios Administrativos, S.A. (SERVISA)	145
Servicios Profesionales Educativos Integrales (SEPREDI)	237, 248
Sett Oliva, Rolando	129, <i>151</i> , 154, <i>155</i> , 156, <i>157</i> , 165
Sevilla (España)	29
Shell Guatemala	173
Sí Calidad	207
Siemens	90
Sinibaldi, Alejandro	155
Sinibaldi, Dolores de	50
Sinibaldi, Jesús	50
Sinibaldi, Regina Aparicio de	78, 81
Siquinalá	59, <i>90</i> , 124
Sisay, Juan	38
Sistema Geográfico Posicional (GPS)	189, <i>205</i>
Soconusco	57, 59
Sololá	30
Solórzano, Valentín	41
Somensatto, Eduardo	24, 212
Somoza Debayle, Anastasio	132
Sotelo, Raúl	101, 102
Soto, Belarmino	<i>66</i> , 123, 168
Spreti, Karl Von	95
Steed, Rodrigo	163
Sthal, Ismar	137
Stupiello, José Paulo	203
Suchini, Oscar	166
Suchitepéquez	31, 33, 41, 59, 86, 105
Sudáfrica	194
Szarnikow-Rionda	163
T	
Taiwán	194
Tecpán	53, 90
Tecún, S.A.	66
Tehuantepec (finca)	20, 21, 94, 98, 101, 111, 117, 119, 124, 126, 133-135, 137, 147, 148, 151, 154, 220, 224, 247, 268, 271
Tehuantepec (pueblo prehispánico)	55
Tejutla, San Marcos	126
Teleprensa	179
Tesalia (finca)	23
Texas (Estados Unidos)	23, 91, 198, 213
Texcuaco	129
Thompson (puente)	54
Thompson, Eric	47, 55
Tierra Buena (ingenio)	157, 199
Tiquisate	59, 63, 228

Tívoli	51
Toledo, Julio	<i>200</i>
Tomkins, Lou	162
Toriello Saravia, Jorge	132, 139
Torolá del Salto (trapiche)	30
Torolita (finca)	30
Torrebiarte, familia	137
Torres, Miguel Francisco	221, <i>222</i>
Trapiche Grande (finca)	31, 39
Trapichitos (finca)	220
Tratado de Libre Comercio CAFTA-DR	<i>191</i> , 229
Tres Trapiches (ingenio)	30
Trinidad (ingenio)	169, 199, 211
Triumph (marca industrial)	141
Trujillo, Arnulfo	160, 173, 233, 235, 240
Tululá (finca e ingenio)	31, 37, 39
Turcios Lima, Luis	132
U	
Ubico, Jorge	30, 37, 61, 73, 76
Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG)	24, 144, 147-149, 219
United Fruit Company	228
Universidad de Boston (Estados Unidos)	227
Universidad de Harvard (Estados Unidos)	<i>103</i>
Universidad de Louisiana (Estados Unidos)	203
Universidad de Montpellier (Francia)	195
Universidad de San Carlos de Guatemala	53, <i>103</i> , 132, 156, 166, 258
Universidad de Vanderbilt (Estados Unidos)	53
Universidad del Valle	46, 49, 111, 164, 166, 193, 241, 242, 259
Universidad Agrícola Panamericana El Zamorano (Honduras)	111, 153, 190, 198, 259
Universidad Francisco Marroquín	53, <i>103</i> , 193
Universidad Galileo	24, <i>238</i> , <i>242</i> , <i>247</i>
Universidad Nacional Agraria La Molina (Perú)	258
Universidad Rafael Landívar	166
Universitätsstadt Marburg/Lahn (Alemania)	<i>103</i>
Urruela, Jorge	<i>119</i>
Usabiaga Arroyo, Javier	212
V	
Valdizán, Aurora	<i>113</i> , 227
Valdizán, Gerardo	85
Valle, Arturo	<i>193</i>
Valle, Aurora	<i>113</i>
Vanguard (marca industrial)	154
Velásquez, Enrique	<i>187</i>
Velásquez, José	112, 126, 146
Venezuela	184
Verapaces	30
Verdugo, Luis	34, 165, 190
Versalles (finca)	47
Viego, Senén	20, 98, 100-102, 108, 109, 164, 166
Viejo Rodríguez, Rafael	23, <i>149</i> , <i>170</i> , 180, <i>203</i> , 219, 252-255
Vigil, Aquilino	190, 192

Vila Betoret, Fraterno	110, 154, 161, 169
Vila Girón, Fraterno	110, 160, 182, 241
Villa Canales	20, 29, 33, 37, 95
Villa Nueva	141
Villagrán Bracamonte, Virgilio	137
Vitaminización del azúcar	208, 229
Viteri Bertrand, Ernesto	80
Volcán de Agua	20, 116
Volcán de Fuego	20, 21, 24, 54, 112, 116, 119, 124-130, 152, 184, 251, 264

W

W. R. Grace y Compañía	91
Wagner, Regina	27-31
Walkers (marca industrial)	19
Washington (Estados Unidos)	273
Web (marca industrial)	187
Weissenberg, Rudy	64, 111
Weissenberg, Pilar de	64
Widmann, Walter	95, 96, 137
World Trade Center	163, 273

X

Xatá (río)	124
------------	-----

Y

Ydígoras Fuentes, Miguel	19, 85, 86, 90, 132
Yepocapa	47, 51, 52, 55, 59

Z

Zacapa	129
Zacualpa, Quiché	121
Zaragoza, Gilberto	120
Zavaleta (ingenio)	27
Zavaleta, Sebastián Esteban de	27
Zea, Agripino	101, 102, 108, 151, 153, 154, 155, 156, 157
Zollikofer	41
Zona Militar de Santa Lucía Cotzumalguapa	144-146
Zoológico La Aurora	73

Índice de Fotos

El primer molino, observado por Genaro Miranda	18
Pista de aterrizaje en Los Tarros	20
Volcanes de Fuego y Acatenango, desde la ruta de Santa Lucía Cotzumalguapa	25
Fábrica del Ingenio San Jerónimo	31
José García Paniagua observa instalación del primer molino, 1958	35
“Los capitanes” (Dirigencia gremial azucarera, finales de los años sesenta del siglo XX)	36
Descarga de caña en Los Tarros	40
Foto satelital del área de los ingenios	42, 43
Panorámica de Santa Lucía Cotzumalguapa	44
Estela C, representación del Jaguar	46
Palmeras, ranchos, carretas, bueyes, Los Tarros, 1949	48-49
Carreta tirada por bueyes transportando caña	52
Cabeza de piedra, Parque La Democracia, Escuintla	53
Pueblo perdido, SLC, sobre ruta asfaltada, límites de Los Tarros y El Baúl	54
Pueblo perdido, SLC, sobre ruta asfaltada, límites de Los Tarros y El Baúl	55
En la finca Las Ilusiones, Ricardo Muñoz y el autor, 1976	57
José García Paniagua	60
José García Paniagua y Anny de García	62
Reunión de esposos García Cottone con familias Weissenberg y Campollo	64
Similiano García, tras graduarse en la San Rafael Military Academy, California, 1950	65
Belarmino Soto, Genaro Miranda y otras personas en Los Tarros, 1973	66
José García Paniagua observa cafetales, alrededor de 1960	71
Boda García Cottone, 10 de mayo de 1930	71
Casa hacienda de Los Tarros, construida a inicios del siglo XX	72
Jorge Ubico, Presidente de la República (1931-44)	73
La ceiba de Ubico y vista panorámica	74, 75
Francisca Barrios de Barrios	76
Familia Aparicio	76
Campana de la Iglesia, 1906	78
Los Tarros en el siglo XIX, foto de Joaquín Alcain, 1895	79
Camino de salida de Los Tarros, 1949	80
Los Tarros con la Iglesia al fondo y grupo de trabajadores, alrededor de 1960	82, 83
Panorámica de Los Tarros con casas a ambos lados de la carretera, 1971	84
Detalle de la producción de panela	85
Colocación de la caña en una carreta jalada por bueyes	87
Caña cortada, lista para su transportación en carreta	88
Bueyes utilizados para transportar caña; al fondo, el peñón de Siquinalá	88
José V. Aparicio, uno de los ex propietarios de Los Tarros, y Juan Pinillos, a la par de un camión de trabajo, 1949	89
Nueva maquinaria adquirida para Los Tarros, 1965	89
Similiano García, Dieter Haeckel y el autor, 1993	91
Vista de Los Tarros a la salida del Sol, 2005	92
José García Paniagua con un grupo de amigos	93

Similiano García y colaboradores, con la avioneta Cessna al fondo	94
Similiano García, 1970	95
La Unión en su primera zafra, 1969-70	96
El autor, en su despacho de Gerente General (1971-96)	98
Puente colgante entre La Libertad y El Pilar, 1974	99
Montaje de nueva planta en La Unión, 1976	100
Panorámica de la fábrica de La Unión en plena actividad	101
Anny de García, Lucrecia de Minondo y Raúl Minondo en la celebración del fin de zafra, 1972	102
Folleto de <i>Beca a la Excelencia</i>	103
Puente colgante entre Los Tarros y las fincas Santa Sofía y Morelia	106
Ingenio La Unión visto en operación desde una de las áreas de siembra	107
Similiano García, Julio Markword y otro colaborador de la Empresa, en La Unión, 1978	109
Similiano García, su hijo José Gerardo García Valdizán y su nieto José Similiano, con doña Anny de García	113
Aurora Valdizán y su nieto José Similiano García	113
Bautizo de José Similiano García, por Monseñor Antonio Rodríguez Pedrazuela	113
Rosita Campollo de García	114
Genaro Miranda, Similiano García y Dieter Haeckel en Los Tarros	116
Similiano García y Genaro Miranda en el patio de caña de La Unión, 1978	117
Genaro Miranda y Alberto Morales	117
Genaro Miranda, Mario Castañeda, Julio Lorenzo y otras personas en Los Tarros	118
Ramón Alonso, Genaro Miranda, Rodrigo García Valdizán, Similiano García, Constantino Fernández, Jorge Urruela	119
Juan Luis Alonso, Fernando Granda y Gilberto Zarabozo	120
Juan Luis Alonso, Similiano García, el autor y Ramón Alonso, 1974	121
Víctor Sanchezviesca y Fernando Granda en la finca Montealegre, 1973	121
Fernando Granda y el autor en la finca Margaritas, 1973	121
Similiano García sacude un cafetal cargado de ceniza volcánica, 1974	122
Aspecto de Los Tarros, tras la erupción de 1974	124
Desbordamiento de ríos por la arena volcánica	124
Tres personas a la par del río con su nivel de agua disminuido	124
Trabajos en el río Pantaleón, para encauzar el agua, 1974	125
Azolvamiento a la entrada de La Unión	126
José Gerardo García, Genaro Miranda, Ramón Alonso, Rodrigo García, Similiano García, Dieter Haeckel y José Ignacio González, 1974	127
Trabajadores con maquinaria retiran arena volcánica, 1974	128
Volcán de Fuego en erupción, 1974	128
Otra escena del Volcán de Fuego en actividad	129
René Reyes	130
Fábrica de Los Tarros, dañada por erupción, 1967	130
Panorámica de La Unión, con enfriador de agua, 1973	131
Estanques para enfriamiento del agua, 1973	131
Escena de camión destruido en ataque guerrillero	132
Camión destruido por la guerrilla, 1981	133
Inauguración del Instituto de Telesecundaria de La Unión -Los Tarros, 2004	149
Construcción de drenajes en finca Cristóbal, 1972	150
Víctor Cottone, Erminio Menéndez, Agripino Zea, Ramón Alonso y Rolando Sett, 1976	151
Agripino Zea y el autor, durante la realización de montajes en La Unión, 1976	151
Corte de caña a mano y alce en carretas de bueyes, alrededor de 1970	152
Panorámica de La Unión, previo a una de sus ampliaciones, 1975	153
Agripino Zea, Luis Lam, Ramón Alonso y Miguel Maldonado, durante la ampliación, 1976	153
Víctor Cottone, Julio Markword y Armando Guzmán, en Santo Tomás de Castilla, 1975	154
Agripino Zea y el autor, con técnicos en colocación de ladrillos, provenientes de México	154

Agripino Zea, Genaro Miranda, Rolando Sett y el autor, 1975	155
Agripino Zea, Erminio Menéndez y Rolando Sett, durante montajes en La Unión	157
Maquinaria para ampliar La Unión, observada por Hugo López y el autor, 1976	158
Escena de La Unión en pleno proceso productivo	162
Visita a La Unión por personeros del Banco de Londres y Montreal	163
Alfredo Gil, Víctor Sanchezviesca y otros asistentes a Curso de Administración de Empresas Agrícolas	164
Miguel Andux, Rodolfo Castellanos y Fernando Londoño	165
Aníbal Arreaga, el autor y otros asistentes a Curso de Administración de Empresas Agrícolas, 1977	165
Ernesto Cofiño y Alfonso Fors	166
Silverio Flores	166
Walter Montejo, Erick Aragón y Otto Kushiek, 1984	158
Día de campo, fotografía captada desde la plataforma rodante	167
Día de campo, otra perspectiva	168
Participantes en el XXV Congreso Mundial Azucarero recorren instalaciones agrícolas, 2005	170
Día de campo durante el XXV Congreso Mundial Azucarero, 2005	170
Rafael Viejo Rodríguez, Jean Claude Autrey y James McSweeney en el XXV Congreso Mundial Azucarero, 2005	171
Uso del sistema mecanizado para el corte de caña	172
Aplicación de tecnología basada en lanzallamas para la quema de caña	172
Aspecto de área cultivada con caña de azúcar	174, 175
Bodega destruida por incendio, 1998	177
Vista aérea del Ingenio La Unión	178
Consejo de Administración de La Unión, integrado por Eugene González Bogush, Marco Augusto García Noriega, José Molina Calderón, Rafael Viejo Rodríguez, James McSweeney y Marcos Ibargüen Segovia	180
Similiano García, 2004	183
Unidad de generación eléctrica del Ingenio La Unión, 2004	185
Bendición de nuevo turbogenerador, por Monseñor Antonio Rodríguez Pedrazuela, 2002	189
Tractor jala un tanque de agua	188
Avión aplica agroquímicos	189
Víctor Sanchezviesca y Genaro Miranda	190
Víctor Sanchezviesca imparte curso	191
Aquilino Vigil, Otto Kushiek, Genaro Miranda y Eusebio Portela, 1975 aproximadamente	192
Arturo Valle y Víctor Sanchezviesca	193
Humberto Ospina	195
Sistema de riego que utiliza La Unión, con su pivote central en la finca Montealegre, 2004	197
Detalle del funcionamiento del sistema de riego, 2004	197
Miguel Maldonado, 2005	198
Mauricio Cabarrús, Héctor Ranero y Julio Toledo, durante Curso de Administración de Empresas Agrícolas, 1977	200
Aplicación de agroquímicos, controlada por satélite, 2004	201
Inauguración del laboratorio biológico de La Unión, 1994	202
Aplicación de tecnología biológica en el laboratorio de La Unión, 2004	203
Vista parcial de las áreas donde se desarrolla la actividad agroindustrial de La Unión, 2004	204
Richard Quast, 1977	205
Eustaquio Ricondo	205
Guillermo Forno y René Cifuentes, 1994	207
Trabajadores de la Empresa preparan el alce de caña a una carreta jalada por bueyes	208
Carga de azúcar a granel en Puerto Quetzal	209
Aspecto del trabajo que La Unión realiza con observancia de los estándares internacionales de calidad	213
Escolares de Los Tarros siembran árboles	214, 215
Otro aspecto de la forma en que evoluciona el Programa de Reforestación	216

Rosalba Ojeda, Embajadora de México, 2004	218
Acto inaugural del Instituto de Telesecundaria de La Unión-Los Tarros, 2004	218
Elvis Reyes, Hugo Reynoso, Carlos González Quezada y Dieter Haeckel, 2002	221
Siembra de un árbol de esquisúchil por Monseñor Víctor Hugo Palma, 2002	223
Cocina industrial en Los Tarros	224
Zona de habitaciones y comedor industrial en Los Tarros	225
Florentín Hernández y Gerbin Ariel Hernández, trabajadores de la Empresa	229
Vista panorámica de la fábrica de La Unión	230, 231
Trabajadores de La Unión presentan maqueta de la fábrica	233
Trabajadores muestran certificados de cursos de capacitación	238
Alumnos de la carrera de Técnico en Supervisión Industrial y Eléctrica, proyecto conjunto con Universidad Galileo	239
Campo de fútbol, con el Ingenio Los Tarros al fondo	240
Salón de usos múltiples y gimnasio techado en Escuela de Los Tarros	241
Alumnos en el aula de estudios	242
Celebración escolar en el gimnasio techado de Los Tarros	243
Bienvenida a Monseñor Víctor Hugo Palma, por coro estudiantil	244
Vista aérea del campo de fútbol en el área escolar	244
Jóvenes del Club Tucán de Guatemala pintan escuela, 2004	245
Traje regional de Cotzumalguapa, lucido por Nibea Alejandra Tiño	246
Graduación de bachilleres	247
María del Carmen Aceña de Fuentes, una alumna y el autor	248
Vista aérea de Ingenio La Unión	250
Adolfo Menéndez Castejón, 2003	252
Visita del Consejo de Administración a Adolfo Menéndez Castejón, 2004	253
Carroza alegórica jalada por bueyes durante celebración en Los Tarros	256
Mario Estrada, 2005	257
Mario Castañeda, Constantino Fernández, Genaro Miranda, Similiano García y Dieter Haeckel, 1972	262
Interior de la Iglesia de Los Tarros	263
Iglesia de Los Tarros, con los volcanes al fondo, 1960	264
Iglesia de Los Tarros, en construcción, en los años cincuenta del siglo XX	265
Matrimonios colectivos en Iglesia de Los Tarros, 1968	265
Posada navideña en Los Tarros	265
Diez antiguos trabajadores, tras recibir reconocimiento, 1999	266
René Ozaeta	268
Ranchos ardiendo por incendio, 1969	270
James McSweeney y Carlos Arriola en Nueva York	273

MAPAS Y PLANOS

Plano de la finca Los Tarros, 1902	16, 17
Mapas de Centroamérica y Escuintla, sobre foto satelital	58, 59

PINTURAS

Cultivo de la caña en pintura naïve, obra de Rafael González y González	6
Cuadro de La Unión, obra de Jorge Mazariegos, 2001	115
Cuadro de La Unión con carreta al frente y los volcanes al fondo, por Jorge Mazariegos	236

GRABADOS

<i>Rusticatio Mexicana</i> , página inicial del capítulo <i>Saccharum</i>	26
<i>Rusticatio Mexicana</i> , grabado de trapiche común	28
<i>Rusticatio Mexicana</i> , grabado de trapiche de agua	28
Grabado de un ingenio cubano	32

OTROS DOCUMENTOS

Crónica de la boda García-Cottone	71
Tarjeta en que se comunicó al gremio azucarero el surgimiento del Ingenio La Unión	97
Detalle del folleto <i>Beca a la Excelencia</i>	103
Logotipo del Ingenio La Unión	104
Logotipo del Ingenio Los Tarros	104
Manifiesto clandestino del FP-31, 1981	136
Portada de Prensa Libre con información del ataque guerrillero a Los Tarros, 1995	143
Canción Santa Lucía Cotzumalguapa, de José Ernesto Monzón	245
Carta de la Ministra de Educación, María del Carmen Aceña de Fuentes, 2004	249
Carta de Sra. Lourdes de Menéndez al Consejo de Administración, 2004	253
Reconocimiento del Consejo de Administración a Adolfo Menéndez Castejón, 2003	254, 255

REFERENTES BIBLIOGRÁFICOS

Acuña, Augusto. *Los Terremotos de Antigua Guatemala y los de la Nueva Guatemala de la Asunción*

Asociación de Azucareros de Guatemala. *La Industria Azucarera de Guatemala en 1971*

Chamorro Zelaya, Pedro Joaquín. *El Patrón* (Biografía de J. R. Barrios)

Cortés y Larraz, Pedro. *Descripción Geográfico-Moral de la Diócesis de Goathemala*

De los Ríos, Efraín. *Ombres contra Hombres*

Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio. *Recordación Florida*

Gall, Francis. *Diccionario Geográfico de Guatemala*. Instituto Geográfico Nacional

García Kutzbach, Abraham. *Personajes Notables de la Medicina Guatemalteca del Siglo XX*

Geplacea. *La Importancia de los Mercados de Melaza*

Geplacea. *Manual de los Derivados de Caña*

González Quezada, Carlos Alfonso. *Monografía de Santa Lucía Cotzumalguapa*

Guerra Borges, Alfredo. *Guatemala, el Largo Camino a la Modernidad*

Juan Pablo II. *Encíclica Centessimus Annus*

Landívar y Caballero, Rafael. *Rusticatio Mexicana*

León XIII. *Encíclica Rerum Novarum (La Renovación de las Cosas)*

Mirón, Danilo. *Conozca la Industria Azucarera en Guatemala*

Molina Calderón, José. *Curso de Administración de Empresas Agrícolas*

Pineda Zea, Édgar Iván. *Características del Proceso Productivo y Agroindustrial del Azúcar*

Rubio Cifuentes, Rolando Roberto. *Estructura J-107, sitio arqueológico El Baúl, Santa Lucía Cotzumalguapa, Escuintla*

Solórzano, Valentín. *Evolución Económica de Guatemala*

Spencer-Meade. *Manual del Azúcar de Caña*

Wagner, Regina. *El Azúcar en Guatemala – La Historia* (en proceso de impresión)

